de la Torre, Huerta del Rey y San Arsenio, y la Gallega y Espejon; va luego por los cerros que separan de Soria á Navas del Pinar de Ontoria, Ontoria del Pinar y Aldea de Ontoria, y por el S. de Cañicosa y Tregumiel, y finalmente acaba en el Pico de Orbidu.

De todos cuantos rios atraviesan la provincia, el mas notable es el *Duero*, que nace en la sierra de Urbion y recorre los partidos de Soria, Almazan y Burgo de Osma, penetrando despues en Búrgos por la jurisdiccion de Sauga. En su camino le pagan el tributo de sus aguas varios otros rios, á saber: el *Ebros* ó *Ebrillos*, que naciendo en la sierra de Umbría, afluye á él cerca de Vilviestre de los Nabos: el *Moñigon*, que se forma en la sierra del Almuerzo y desagua en las inmediaciones de la antigua Numancia: el *Rituerto*, que empezando en esta misma sierra termina antes de llegar á Almarail: el *Tera*, que nace en la sierra de Piqueras y va á afluir cerca de Garray: y el *Ucero*, que se origina en la sierra de Umbría y desagua en el término de San Estéban. Tambien afluyen al Duero en diversos puntos los arroyos *Escalote*, *Losana*, *Moron*, *Revinuesa*, *Talegones* y *Triguera*.

Otros rios menos importantes que el *Duero* recorren tambien el territorio de Soria, como son el *Alhama*, el *Añamaza*, llamado tambien *Dévanos*, el *Araviana*, el *Cidacos*, el *Henar*, conocido igualmente bajo las denominaciones de *Lerar* y rio de *Deza;* el *Jalon*, ó *Linares*, *San Pedro* y *Corsago*, que estos tres diversos nombres se le aplican; el *Manubles*, el *Queiles*, el *Ragima* ó *Fagima*, y el *Ventosa;* además existen algunos otros arroyos, como el *Avion* y el *Rinaragra*.

No faltan tampoco varias lagunas entre las cuales sobresalen las de *Urbion* en la sierra de su nombre que dan su orígen al Duero; la *Negra* y las dos *Morosas*, situadas todas en el partido de la capital: hay tambien en el partido de Agreda las de *Añavieja*, *Borobia*, el *Carro*, *Noviercas* y *Vozmediano:* en el de Almazan, las de *Torreandaluz*, *Valdespina* y *Valtueña;* y en el de Medinaceli, las de *Esteras*, *Truecha*, *Judes*, *Miño* y *Villaseca;* la penúltima de estas es notable por sus finas sanguijuelas, al par que temible por las tronadas que sus emanaciones producen en las inmediaciones.

Existen tambien varios manantiales de aguas minerales sulfurosas y ferruginosas que, á pesar de las buenas condiciones de algunos de ellos son muy poco conocidos, y solo se aprovechan de sus beneficios los habitantes de los pueblos limítrofes.

Los manantiales sulfurosos de aguas frias, todos son: el de Agreda, cuya temperatura en julio es de 14° centígrados y la del aire 26°; el de Deza con el agua á 17° de temperatura siendo la del aire de 19°; el de Suellacabras con la temperatura respectiva de 8° y 25° centígrados; y el de Villarijo, cuya agua se halla á 15° de temperatura y el aire á 25°. Entre los manantiales ferruginosos, los mejores son los de Almazul y Vinuesa, de 14° de temperatura el agua y 22° el aire.

Merecen especial mencion las fuentes de Vozmediano y de Laina, orígenes respectivamente del Queiles y del rio Blanco, la primera de las cuales forma un surtidor de mas de metro y medio de altura, y tan abundante que, á escasa distancia del orificio de un pié de diámetro por donde brota, pone en movimiento un martinete, dos molinos harineros y una fábrica de papel. La segunda es tambien notable, porque su agua

lleva en disolucion carbonato de cal, que sedimentándose, deja en el curso del rio un depósito calcáreo al que ha debido este sin duda el nombre que lleva. No omitirémos tampoco el manantial de aguas salobres de Medinaceli que dan orígen á las salinas allí formadas.

Numerosas é importantes sierras cruzan en todas direcciones la provincia, siendo las principales: la del Moncayo, cuya cúspide se halla á 2,303 metros sobre el nivel del mar; la de Pela, á 1,597; y las de Urbion, Cebollera y Cameros.

Los montes abundan en pinares de todas clases y en la parte oriental y meridional hay tambien encina y quejigo, no faltando tampoco en el centro enebrales, pero tanto estos como los pinos de la especie llamada *pinus pinacter*, que en dicho punto se hallan, son de tan mala calidad que solo sirven como leña; existen tambien montes de haya en iguales condiciones que los demás de la península.

Cereales de varias clases, legumbres, vino, verduras, lino, cáñamo y frutas; ganado asnal, caballar, de cerda, lanar, mular y vacuno; abundante caza mayor y menor y no escasa pesca de anguilas, barbos, cangrejos, truchas y sanguijuelas, son los principales productos vegetales y animales de la provincia; y multitud de canteras de cal, jaspes, mármoles y yeso, constituyen su produccion mineral.

En algunos puntos se dedican sus habitantes á la colmenería, que da tan excelente miel y cera que uno y otro producto fueron premiados en la última *Exposicion universal* de Paris.

La extension superficial de la provincia es de 9,935'50 kilómetros cuadrados, ó sea 320'50 leguas españolas de 20 al grado. En medidas agrarias esta extension es de 993,550 hectáreas ó 1.542,882 fanegas de marco real, de las cuales 1.103,175 están cultivadas, siendo de regadío 26,155 y de secano las restantes.

De las primeras, 20,442 pertenecen á la clase de tierra de labor, y las otras 5,713 á la de prados. De las de secano están destinadas 559,407 fanegas á tierras de labor: 293,762 á monte alto y bajo; 220,260 á tierras de pastos y á viñas las 3,591 restantes.

Los principales medios de comunicacion con que la provincia cuenta, son: tres carreteras de primer órden, la de Madrid á la Junquera por Zaragoza, paralela á la línea de ferrocarril que va á esta última ciudad; la de Taracena á Urdax por Soria; y la de Soria á Logroño; dos carreteras de segundo órden, la de Valladolid á Soria por Peñafiel y el Burgo de Osma y la de Soria á Calatayud, ya construidas; y una de igual clase en proyecto, desde Búrgos á Soria por San Leonardo: finalmente, de tercer órden existen otras dos carreteras: la de Garray al confin de la provincia de Logroño por Yanguas, y la de Burgo de Osma al de la provincia de Zaragoza por Almazan y Monteagudo; una tercera carretera del mismo órden desde Puente de Ullan á Medinaceli por Berlanga y Villasayas, está en proyecto, pero sin empezar aun.

La poblacion absoluta de la provincia de Soria se eleva á 149,549 habitantes, lo cual dá para la relativa, la cifra de 15'05 por kilómetro cuadrado, segun las nuevas medidas métricas, y la de 466'61 por legua cuadrada, segun las primitivas.

Darémos fin á estas nociones generales con la enumeracion de los partidos judicia-

les en que el territorio de Soria está dividido, que son en número de cinco, á saber: Agreda, Almozan, Burgo de Osma, Medinaceli y Soria.

I.

Llegada á Soria.—Aspecto de la poblacion.

Dos dias tardaron nuestros amigos en recorrer las trece leguas que separan á Medinaceli de Soria, por haberse detenido á pernoctar en Almazan, pero como la distancia es poca, hácia las doce del segundo dia, se hallaban ya frente la capital de la provincia.

—Hé aquí á Soria,—dijo D. Cleto.

—Hombre, no es mala poblacion, á lo que parece,—observó Sacanell.

—Efectivamente que su aspecto exterior promete: con tal que el interior no nos dé chasco.

—Desde luego aseguro á V., Pravia, que no. Vamos á ver una poblacion, no de las mayores y mas importantes, pero sí de las mejor acondicionadas.

—El agua, sobre todo, no debe escasear, pues el Duero que hace tiempo llevamos á nuestra derecha, pasa, segun veo, muy cerca de ella.

—Efectivamente es así, pero gracias á que la transportan en caballerías, porque de todas sus numerosas antiguas fuentes, solo cinco ó seis están servibles, lo cual produce alguna molestia á los vecinos.

—Lo que observo es, que se halla en una posicion especial—dijo Castro;—mientras la mitad de ella está circuida de montañas la otra mitad se halla cási por completo en descubierto.

—Como que por una parte la dominan y abrigan el monte de las Ánimas, el de Miron, la sierra de Peñalba y el elevado cerro del Castillo, mientras que por la otra solo en la parte N. la altura de las Eras de santa Bárbara, la resguarda algun tanto de los vientos.

Al decir estas palabras penetraron en la ciudad, y se dirigieron al punto de parada de la diligencia, hospedándose en el mismo parador donde estas se detienen, el cual es de lo mejor que en la poblacion existe.

Una vez en él, y como ya fuera mas de la una, decidieron esperar á que el sol estuviera mas bajo para salir á recorrer la ciudad que ya habia chocado á los amigos de D. Cleto, por la regularidad de sus edificios y la limpieza de sus bien empedradas calles.

Conforme se habian propuesto, á la caida de la tarde, se pusieron en movimiento, dirigidos por el erudito é infatigable *cicerone*, D. Cleto.

—¡Qué diferencia entre esta poblacion y algunas de las que hemos visto!—decia Sacanell que, como buen catalan era partidario y admirador del progreso material.

—Verdaderamente que estas calles tan regulares y empedradas con tal perfeccion demuestran que el Ayuntamiento ha mirado esta parte con mas atencion que la de la fácil conduccion de aguas para el abastecimiento de sus subordinados.

—Con tal que al adelantamiento material corresponda el intelectual.

—No está tan atrasado como en otros puntos, además de un instituto provincial de segunda enseñanza, situado en el colegio de jesuitas, y de una escuela normal de primera clase, hay dos escuelas públicas de adultos, una de párvulos y otras dos para niñas, costeadas todas por el Municipio.

Muy loables son los esfuerzos de la autoridad popular, pero ¿y la iniciativa individual?

—Tampoco adolece de la extrema inercia que se nota en otras partes, como lo atestiguan las seis ó siete escuelas que para ambos sexos existen con el carácter de privadas y que no dejan de verse concurridas. En cambio tocante á ateneos y academias no puede Soria hallarse en peor estado.

—Es extraño.

—Pero cierto. Existen tres casinos de puro recreo, mas sociedades científicas solo la Económica de Amigos del País...

—Que habrá prestado á la provincia buenos servicios ¿no es así?

—Ciertamente: sobre todo á fines del siglo pasado y principios de este; á ello se debe la construccion del sólido y elegante puente de piedra que se ostenta sobre el rio Golmayo y la del paseo del Miron que ya tendrémos ocasion de observar. Hoy ya está mas decaida.

—¿Pues cómo?

—Merced á las guerras de la Independencia y civil, y á partir de esta última especialmente no ha vuelto ya, como vulgarmente se dice, á levantar cabeza.

—¡Bonita plaza!—exclamó Castro llegando á la sazon á una como de unas cien varas de longitud por cuarenta y dos de latitud.

—Es la Mayor,—dijo D. Cleto.

—Por lo que veo ese edificio debe ser la Casa consistorial,—observó Pravia.

—En efecto, y por mas señas que en ella se halla una de las cosas en que se debe censurar la incuria del Municipio.

—¿Cuál es?

—La cárcel pública, cuyas condiciones no pueden ser peores.

—Verdaderamente que es reprensible este abandono, pues los que hay dentro de ella, criminales ó inocentes son seres desgraciados, dignos, por lo tanto, de la mayor consideracion y de que se procure endulzar por todos los medios posibles la pena que sufren.

—No lo entienden todos así, y prueba de ello los muchos calabozos en que la humedad penetra hasta los huesos, con grave detrimento de la salud de los que en ellos se ven precisados á permanecer.

—Pues las apariencias no son por cierto de eso.

—Las apariencias, amigo Azara, son esta vez engañosas.

—Verdaderamente, que al ver tan hermosos pórticos, nadie se figuraria que pasados ellos, algunos infelices, tal vez sin culpa, estarán sufriendo además de la pérdida de su libertad, los males acarreados por el imperdonable descuido de las autoridades.

—Filosofas admirablemente, Castro, esto me haria temer por tu salud sino supiera que estás enamorado.

La salida de Azara hizo reir á sus compañeros y lanzar al andaluz un ahogado suspiro, provocado por el recuerdo de Antonia, tras de lo cual dijo:

—¿Acaso no tengo razon en lo que digo? ¿Ó querrás sostener que obra bien el Ayuntamiento descuidando asuntos de tamaña importancia?

—Líbreme Dios de semejante cosa, y solo en chanza he proferido mis anteriores frases que han tenido la virtud de hacer salir de tu pecho en direccion á Guadalajara un enamorado suspiro.

—Eres insoportable cuando empiezas con tus burlas.

Y al par que pronunciaba Azara estas palabras se ruborizaba hasta las orejas, excitando de nuevo la hilaridad de sus amigos.

—Observen Vds. dijo D. Cleto, atento siempre á evitar cuanto á unos ú otros pudiera causar disgusto; observen Vds. este otro edificio que tambien es notable.

—¿Cuál? interrogó Pravia.

—Este situado á nuestra derecha.

—Con efecto, tambien es bella su apariencia.

—Es la casa de los *Doce linajes*.

—Extraño nombre,—dijo Sacanell.

—Sí, en verdad,—afirmó el andaluz.

—Se debe á que en ella se reunia una corporacion así llamada, que constaba de doce nobles de linajes diferentes, aunque habia seis, de los cuales cada dos tenian el mismo apellido, y para diferenciarse se conocian con las denominaciones de *someros* los que vivian en la parte alta de la poblacion, y *honderos* los moradores de la parte inferior.

Dadas estas explicaciones por D. Cleto abandonaron él y sus acompañantes la plaza Mayor, y siguieron recorriendo varias calles igualmente limpias, bien empedradas y cómodas que las anteriores.

—Lo que noto—dijo Pravia,—es que abundan los soportales: ya en dos ó tres calles los he visto.

—En todas las principales los hay.

—¡Soberbio edificio!—exclamó Azara al llegar frente á una nueva plaza llamada del Conde de Gomara.

—Es el palacio de los condes de Gomara, que han dado su nombre á la plaza.

—Notables dimensiones tiene, dijo el andaluz.

—No son pequeñas las de esas dos estatuas que adornan la puerta principal, añadió Pravia.

El edificio objeto de las exclamaciones de los cuatro amigos, era en verdad acreedor á ellas por mas de un concepto. Pertenece al órden dórico y sostiene en su extremo oriental una elevada torre, cuyo frente es de diez varas, arrancando á la cuarta parte de su elevacion una cornisa que gira á una galería de once intercolumnios con escudos de armas, formando arcos de medio punto terminados en el pilastron del segundo órden de balcones.

Sobre la cornisa de esta galería elévase á su vez otra que, aunque de menor altura, consta de veinte y tres intercolumnios igualmente adornados con escudos, debiendo advertirse, que tanto en una como en otra las columnas son todas de una sola pieza. En el costado S. se halla situada la puerta principal y en ella hay un tercer intercolumnio con pedestal y cornisamento, de bastante mérito, y en el centro se hallan dos escudos de armas, guardianes de los cuales asemejan los dos colosales maceros de piedra de los lados, que habian llamado la atencion de Pravia, y que si notables por su tamaño, no lo son por la regularidad de sus formas.

Encima de los escudos se ostenta una cabeza de mujer, que ha dado orígen á varias dudas aun no resueltas, pues la especie de que sea representacion de una señora de la casa, no es segura. En el extremo O. del palacio se eleva un arco de considerables dimensiones, y en su interior se halla una caballeriza que corresponde al resto del edificio en magnitud, pues puede hallar cabida en ella un escuadron entero.

Algunas otras de las diferentes calles y seis plazas que forman las nuevecientas y pico de casas de Soria, recorrieron nuestros amigos, llamándoles la atencion de las últimas, además de las dos ya citadas, la de San Estéban no solo por la belleza de algunos de sus edificios sí que igualmente por una verja de hierro de agradable aspecto que está colocada sobre un pretil de unas tres varas de altura, y la de Herradores en que se halla el palacio del marqués de la Vilueña y á la que dá gran alegría la proximidad del paseo del Espolon y la afluencia de gente consiguiente á desembocar en ella seis calles.

Las dos plazas restantes de Teatinos y de Fuente de Cabrejas son menos notables.

Retiráronse ya tarde nuestros amigos á el parador lo que les permitió poder apreciar el buen alumbrado de gas, con que cuenta Soria y llegaron á su mansion rendidos en extremo.

Pocos minutos despues se hallaban ya en la mesa comiendo y conversando á la par.

—Largo ha sido el paseo, dijo Azara.

—Sí en verdad; estoy rendido.

—Pues aquí tienes, Sacanell, á D. Cleto que parece que no se ha movido de casa.

—Nos avergüenza á todos con su robusta naturaleza.

—¡Oh! Eso que á Vds. tanto les choca, nada tiene de particular y es solo efecto de la costumbre.

—De seguro que cuanto tengamos su edad, por muy acostumbrados que estemos, no podrémos imitarle.

—Y bien, señores, —dijo D. Cleto procurando modestamente variar la conversacion, —¿dónde quieren Vds. que vayamos mañana?

—V. dirá.

—Yo opino que debemos levantarnos temprano é ir á ver algunos edificios notables, volver á almorzar, y salir despues á contemplar de cerca algunos de los hermosos paseos que hoy solo hemos divisado.

—Por lo que he podido ver me han parecido buenos.

—Sonlo en efecto, como se podrán Vds. convencer mañana.

—Hablando de otra cosa, —dijo Sacanell, —¿sabeis que dan aquí buen trato?

—Efectivamente, no se parece este parador á algunas de las posadas que hemos visitado.

—El local es espacioso y cómodo.

—Todas las casas de la ciudad lo son por regla general.

—Tengo ya ganas de saber si es cómoda la cama.

—Yo creí que los enamorados no dormian.

—Siempre habia de ser Azara el burlon; vas á hacer que te aborrezca.

—Á la verdad, no le faltan motivos á Castro para estar rendido; yo participo de su opinion.

—Y yo.

—Y yo tambien; pues he dicho lo anterior solo por hacerle hablar.

—Entonces señores,—dijo D. Cleto haciéndose intérprete de los deseos de todos,—creo que podemos retirarnos á descansar, ya que mañana hemos de salir temprano.

—Retirémonos, pues.

Y haciéndolo así en efecto no tardaron mucho en disfrutar en brazos de Morfeo el reposo que bien necesitaban.

II.

Edificios notables.—Paseos.—Instruccion pública.

Aun no habia empezado el sol á dorar las crestas de las vecinas montañas cuando ya D. Cleto, el hombre de hierro, como solia llamarle Azara, estaba en pié y vacilaba entre dejar dormir á sus compañeros algun rato mas, ó despertarles.

La consideracion de que no les era posible detenerse mucho tiempo en Soria y por lo tanto urgia aprovechar el de que pudieran disponer, le decidió al fin por lo segundo, no obstante, la repugnancia que le causaba el haber de interrumpir su tranquilo sueño.

—Arriba, perezosos;—exclamó,—no hay duda que á no ser por mí saldríamos bien temprano de casa.

—¿Á que no sabe V. lo que estaba soñando? dijo Castro medio bostezando.

—Yo sí que lo sé;—interrumpió Azara, despertado tambien por las voces de don Cleto, con su acostumbrado buen humor. —Soñabas que estabas en Guadalajara y que te habias casado con tu Antonia, y que tenias una docena de hijos; que te inscribian en el padron como vecino honrado y cabeza de familia y que...

—No disparates mas, dijo Castro entre mohino y risueño, á la par que sus compañeros, igualmente despiertos, se reian á carcajadas de la facundia del aragonés.

—¿Acaso no lo he adivinado?

—Ni por pienso.

—Entonces pido perdon de mi error y todo está terminado.

—Mas vale así.

—Y ahora ¿querrás decirnos que era lo que soñabas?

—Que se habia acabado la raza de los burlones, contestó amoscado el andaluz.

—Te doy las gracias, si lo dices por mí; pero desearia que me dijeses el verdadero objeto de tu sueño, pues has excitado mi curiosidad.

—Ya no me acuerdo, por lo tanto te quedarás sin satisfacerla al menos por esta vez.

—En ese caso, vamos á tomar el desayuno.

Y los cinco, ya vestidos y arreglados á la ligera salieron al comedor á desayunarse.

—Conque, D. Cleto;—interrogó Pravia,—¿cuál es el plan de V. para hoy?

—Ya lo dije anoche: que ahora nos vayamos á visitar algunos edificios notables, reducidos á varias iglesias, y luego de haber almorzado, que recorramos los principales paseos de la poblacion. Esto es, si Vds. no tienen inconveniente.

—Yo por mi parte, no.

—Ni yo tampoco.

—Ni yo,—exclamaron todos.

—En este caso y puesto que hemos tomado un tente en pié, vamos á emprender la caminata.

—Vamos, pues.

Y pocos momentos pasaron antes que los cinco viajeros se lanzaran á la calle.

—¿Dónde nos dirigimos? dijo Pravia.

—Vamos á la colegiata de San Pedro primeramente.

—Vaya por la colegiata.

Marcharon, en efecto, hácia este edificio situado en la parte E. de la ciudad é inmediato por lo tanto al Duero: su arquitectura pertenece al órden dórico y la fachada es de bastante buen gusto. Su interior en realidad lo forma una sola nave por mas que Loperraez en su historia del obispado de Osma, á cuya diócesis pertenece Soria, sostenga que son tres; pero esta nave es bastante espaciosa y la forman intercolumnios que se componen de seis columnas en su longitud y cuatro en su latitud, de las cuales parten los arcos y cordones constitutivos de las bóvedas, sólidas, aunque algo aplanadas, y adornadas con algunos realces y molduras.

En el centro de la iglesia, cuyo cuerpo, excluidas las capillas laterales, mide sesenta y tres varas de largo por cuarenta y tres de ancho, se halla situado el coro encima del cual hay un órgano bastante regular. Una de las capillas hace de parroquia sirviendo el curato, que es de primer ascenso, un prevendado; es notable el altar llamado del Trascoro por el hermoso cuadro de Ticiano que ostenta, representando el Descendimiento de la cruz.

En la parte izquierda de la entrada del templo y como á unas dos varas de altura, encuéntrase el sepulcro de D. Martin Sanchez, uno de sus deanes y capellan del rey D. Juan II, y se hallan asimismo otros varios en la extension del claustro, tambien bastante hermoso.

El obispo D. Juan, segundo de su mismo nombre, fue quien, en 1152 erigió la iglesia en colegial, sujetando á su cabildo á la regla de san Agustin. El plan de redotacion de 1830 disponia que el cabildo habia de componerse de un dean, un prior, un

lector, un maestrescuela, un doctoral, siete canónigos y cuatro racioneros, con una bastante numerosa capilla de músicos; pero hoy dia está formado por un abad, un magistral, un doctoral, ocho canónigos y seis beneficiados; la capilla y demás dependencias han experimentado alguna disminucion en el personal.

—¿Qué les ha parecido á Vds. la iglesia? interrogó D. Cleto cuando tras hacerse cargo de los pormenores que hemos referido, hubieron salido de ella.

—Yo la he encontrado buena.

—Y yo. El cuadro del Descendimiento sobre todo, es cosa notable.

—Como obra del Ticiano.

—Ya hemos visto la primera iglesia de Soria; vamos pues á visitar la segunda.

—¿Cuál es?

—La de Santa María la Mayor.

—No será tan buena como esta.

—Ni con mucho, pues aunque su construccion es sólida, adolecen sus formas de cierta pesadez que las hace toscas.

—¿Es parroquia tambien?

—Sí, de primer ascenso, pero no crean Vds. que van á encontrar grandes maravillas que admirar, ni en arquitectura, ni en pintura, ni en cualquier otra clase de objetos de arte. Santa María la Mayor es sencillamente una iglesia de cuarenta y cinco varas de largo por veinte de ancho, que consta de tres naves, un poco mas elevada la del centro que las laterales, pero en todas ellas forma la bóveda un artesonado de madera; su torre de forma poligonal tampoco ofrece nada de notable, pues apenas sobresale del resto del edificio.

Visitaron, en efecto nuestros amigos la mencionada iglesia y encontraron que en nada les habia engañado D. Cleto de cuanto les dijera acerca de ella.

De allí se dirigieron á la parroquia de San Nicolás, de la misma categoría que la anterior, y cuyo edificio de órden gótico es de formas mas regulares y bellas que esta; por lo demás ningun monumento artístico digno de mencionarse guarda en su seno.

Tambien recorrieron las parroquias de San Juan, cuya única nave está bastante bien construida habiendo entre sus cuatro capillas alguna de buen gusto: la de Santo Tomé perteneciente antes al convento de dominicos, uno de los cinco que en Soria habia, á saber: el de franciscanos que sufrió dos incendios, en 1618 el primero y el otro en la guerra de la Independencia; reedificado posteriormente, la iglesia permanece cerrada y el edificio, dentro del cual existen restos del templo en que Garcilaso de la Vega fue asesinado, se ha destinado á hospital; el de mercenarios en cuya iglesia, tambien cerrada, se hallan los restos del famoso Gabriel de Tellez (Tirso de Molina) y que hoy sirve de casa de Beneficencia en la que se alojan unos doscientos acogidos, cuidados con esmero por las hermanas de la caridad que prestan tambien sus importantes servicios en el edificio anterior; el de carmelitas, convertido hoy en escuela de párvulos; el de agustinos, hoy cási ruinoso; y el de dominicos, ya citado, cuya iglesia bajo la advocacion de santo Tomé es, segun hemos dicho, otra de las parroquias servida por un cura de provision del ordinario ó por real concurso.

Al salir de Santa María del Espino, otro de los templos, compuesto de tres sólidas naves, que recorrieron D. Cleto y sus cuatro jóvenes compañeros, exclamó Azara.

—¿Habeis notado lo deteriorado que está el edificio?

—Ya lo creo y por cierto que me ha llamado mucho la atencion.

—No lo extrañen Vds. porque esta iglesia, ahora destinada al culto como parroquia de término, lo ha estado á fuerte durante la guerra civil.

—Siendo así, ya no me extraña.

—Y aun, gracias á su sólida construccion, pues sino no lo hubiera contado.

—Triste cosa son las guerras siempre, pero mucho mas las intestinas en que hermanos combaten contra hermanos y destruyen por sí mismos las fuerzas vitables de su madre patria.

—Bien dices, Castro, yo nunca he podido comprender que la perversidad humana llegue hasta el punto de provocar esas luchas fratricidas en que no hay gloria ni honra alguna para el que triunfa y en que el baldon del vencido alcanza tambien al vencedor.

—Seguramente que si todos pensaran como Vds., pocas veces se repetirian los sucesos que á partir de 1833 estuvieron durante siete años destruyendo la virilidad de nuestra España.

—Calamitosa época fue en verdad.

—Dígamelo V. á mí, Pravia, que tuve motivos para apreciarla de cerca, —dijo D. Cleto y añadió como evocando antiguos recuerdos:

—Época fatal, en que todo era sangre, todo llanto, en que todo tambien estaba desquiciado y participaba del general desórden.

—Una prueba de ello lo tenemos en el templo que hemos abandonado; —observó Sacanell, —pues solo en épocas semejantes una mansion de la religion, de la paz y la caridad puede verse destinada á un servicio tan en pugna con el suyo propio.

—Y no fue solo ese el que sufrió tal suerte. En Soria existian en aquel tiempo tres conventos de monjas: el de carmelitas, fundado por santa Teresa y que aun hoy subsiste, el de concepcionistas que se halla hoy en una casa próxima á la parroquia de San Clemente y el de clarisas, que sufrió la misma suerte que Santa María del Espino en la guerra civil.

—¿Y quedó destruido?

—No, pero las monjas que le habitaban han sido trasladadas al de concepcionistas y sirve de cuartel.

—¡Calle! pues si estamos frente á nuestra morada.

—¿Y qué tiene eso de extraño, Pravia?

—Nada; pero yo creí que aun nos faltaba algo que ver, en punto á edificios.

—Podíamos haber ido á otras dos parroquias, la de san Clemente y la del Salvador, ambas de primer ascenso, pero he omitido el hacerlo porque poco ó nada de notable ofrecen.

—Diga V. ¿no existe una iglesia ó convento llamado de san Juan del Duero?

—Restos querrá V. decir. Sí, señor; pero están fuera de la poblacion, aun cuando dentro de su término.

—Y á propósito de término ¿qué límites tiene el de Soria?

—Segun algunos apuntes tomados por mí en otras épocas y que consulto conforme se ofrece para poder dar á Vds. las necesarias noticias, confina al N. con Garray; al E. con Fuentesauco; al S. con Los Rábanos, y al O. con Golmayo.

—Pero volviendo á lo de antes ¿cuándo visitarémos á san Juan del Duero?

—Que tenaz es V., Pravia. Déjelo correr que no nos irémos sin admirar sus notabilidades.

A todo esto ya habian entrado en el parador y dejando sus sacos y sombreros, se prepararon á fumar un cigarro y charlar un rato antes de tomar alimento alguno.

—Ya veo, amigo D. Cleto, que, segun V. dijo, no engañaba el aspecto exterior de la poblacion.

—Efectivamente; lo que llevamos visto hasta ahora me agrada mucho.

—Lo que he notado es que los edificios se distinguen mas por la solidez de la construccion que por la belleza de las formas, sin que esto sea decir que no haya algunos muy apreciables tambien bajo este aspecto.

—La misma observacion he hecho yo.

—Y es, á la verdad, exacta.

—Hombre, entre paréntesis ¿son muy aficionados á divertirse los sorianos? Porque me ha parecido ver á la gente mirando con gran afan el cartel de la funcion del teatro.

—No dejan de gustarles los entretenimientos pues además de ese coliseo, bastante bonito y en el que cogen unas setecientas personas, tienen una plaza de toros capaz de contener seis mil espectadores y construida con perfeccion y á todo gasto, además de los casinos de recreo de que ya les he hablado en otra ocasion.

—Señores, cuando Vds. gusten—dijo en esto uno de los mozos de la fonda penetrando en la estancia.

—Vamos, pues, á reparar nuestras fuerzas.

Y los cinco se dirigieron al comedor.

Hermoso dia—exclamó Sacanell mirando por una ventana de este, junto á la cual se hallaba su silla.

—Sí que lo es; parece que el tiempo ha conocido que esta tarde habíamos de salir.

—Y por cierto que si hemos de recorrer todos los paseos tendrémos que apretar un poco las clavijas, como suele decirse.

—¿Tantos hay?

—Siete, segun creo; pero bastante largos y muy bellos.

—Entonces no los visitarémos todos hoy.

—Como Vds. quieran.

—Lo que podiamos hacer es dejar para mañana el ó los que se hallen mas próximos á san Juan del Duero, y verlos al mismo tiempo de ir á visitar este edificio.

—Mucho teme V. dejar de ver el dichoso templo, amigo Pravia—dijo D. Cleto sonriendo ante la pertinacia del gallego,—y para que no pase cuidado alguno, desde ahora le prometo seguir su consejo.

—Mil gracias.

Y á estas frases siguieron otras varias sobre asuntos completamente indiferentes, hasta que satisfecho el apetito de nuestros amigos, levantáronse de la mesa y se retiraron á su habitacion, encargando al camarero que les subiera el café.

Tomáronlo, y tras un rato de higiénico reposo preparáronse para lanzarse de nuevo á la calle, haciéndolo en efecto así que estuvieron arreglados.

—¿Dónde nos dirigimos primero?—interrogó una vez en la calle el andaluz.

—Al paseo del Espolon—dijo D. Cleto.

—Vamos allá.

Y con efecto, tomaron el camino de dicho sitio que se halla al O. de la ciudad, próximo á la plaza de Herradores.

—Hermoso paseo es en verdad—exclamó Sacanell al llegar á él.

—Delicioso; la fragancia que exhalan las flores es exquisita.

—Y que bien dispuesto está ese jardin rodeado de árboles.

—Ya ven Vds. que no les habia engañado.

—Ciertamente; si la poblacion es comparativamente buena, los paseos, este al menos, son lo mejor de ella.

—Los demás no desmerecen en nada de este, y pronto se convencerán Vds. de ello.

Del paseo del *Espolon* se dirigieron nuestros cinco personajes á otro situado á la derecha de este, y resguardado del viento por una tapia que, empezando frente al palacio del marqués de Vilueña, sita en la mencionada plaza de Herradores, va á terminar en otro tercer paseo denominado la *Dehesa;* uno y otro reunen tambien grandes condiciones de hermosura y salubridad, y admiraron, no menos que el primero, á Azara y sus compañeros.

Marchando despues hácia el N. pudieron llegar al paseo del *Miron,* que forma una curva con numerosos árboles y en el que se halla la ermita de *Nuestra Señora del Miron*, edificio de órden corintio con un pretil de dos varas de altura y un pórtico cuadrado bastante espacioso, en cuyo centro se eleva una pirámide de basa triangular y otras tres con intercolumnios que terminan en un cuadrilongo picado en espiral; dicho cuadrilongo sustenta un pedestal y este á su vez una columna dórica sobre la que se ve la imágen de san Saturio, patron de la ciudad.

—Es bastante buena esta ermita—dijo Sacanell al abandonarla.

—Pues mas le gustará á V. la de san Saturio cuando mañana la veamos.

—¿Es quizá un pequeño edificio que he visto en el paseo del Espolon?—interrogó Pravia.

—No; la que V. dice se titula de la *Soledad;* no hice á Vds. visitarla porque aunque por lo general se ve muy concurrida, nada de notable ofrece interior ni exteriormente. Tambien hay otras dos dedicadas á san Lázaro y santa Bárbara, pero ninguna encierra tampoco nada de particular.

—¡Caramba! Estoy cansado—exclamó Azara á la sazon.

—Y yo,—añadió Castro.

—No tiene nada de extraño, pues el paseo ha sido mas que regular.

—Creo que podemos dirigirnos á casa sin escrúpulo alguno.

—Lo mismo opino.

—Pues en ese caso hagamos un cuarto de conversion, que en el parador falta gente.

Y con efecto, los cinco viajantes emprendieron el camino de su mansion á la que no tardaron en llegar, y en la que encontraron los medios de mitigar su cansancio y su apetito y de disponerse para comenzar de nuevo al dia siguiente su instructiva al par que agradable tarea.

III.

San Juan del Duero.—La ermita de San Saturio.

Al otro dia prosiguieron nuestros infatigables amigos la série de sus investigaciones.

Conforme á lo anteriormente convenido, la arruinada iglesia de san Juan de Duero fue esta vez el punto á que dirigieron sus pasos.

Situada en la márgen izquierda del Duero, fuéles preciso atravesar este, hallándose á poco junto á dicho edificio, cuya base occidental bañan las aguas del rio, y cuya general disposicion es semejante á la de las basílicas primitivas con el santuario del lado del oriente.

Fórmanle una nave en forma de trapecio; un coro cási cuadrado; un ábside semicircular y un atrio de irregular conformacion y extensas dimensiones. Los muros son de mampostería ordinaria, y las columnas, capiteles, dinteles, jambas y cornisas, como igualmente la bóveda del coro y el cascaron del ábside, de sillería arenisca fuerte, aunque de fácil trabajo, producida por las cercanas canteras de Valonsadero; el techo de la nave es de madera y se halla aun en regular estado.

Terminan esta dos capillas laterales de construccion indudablemente posterior á la del resto del edificio, con el probable objeto de ocupar los dos frentes que la nave dejaba en descubierto al unirse con el coro, que tiene menos amplitud y cuya escalinata se adelanta hasta el paramento de ellas.

La planta de ambas es cuadrada y son asequibles por arcos de medio punto sostenidos en cada una de sus extremidades por un haz de cuatro columnas colocados á uno y otro lado. Únelos una bóveda de forma exteriormente cónica, pero esférica por la parte interior y que constituye en conjunto una especie de pórtico ó dosel. Los arcos se apoyan de dos en dos sobre el ábaco de un capitel que á su vez lo está en uno de los haces de columnas, y en el intradós de ellos pueden aun observarse restos de una pintura encarnada, formando espirales.

En todos los capiteles vénse tambien figuras de bajo relieve que representan: las de la derecha, el nacimiento de Nuestro Señor, la adoracion de los Reyes, la Degollacion de los inocentes y la huida á Egipto; y las de la izquierda, varios asuntos simbólicos ó de fantasía; igualmente conservan las columnas señales de estrías no muy profundas y que probablemente no correrian en toda su extension.

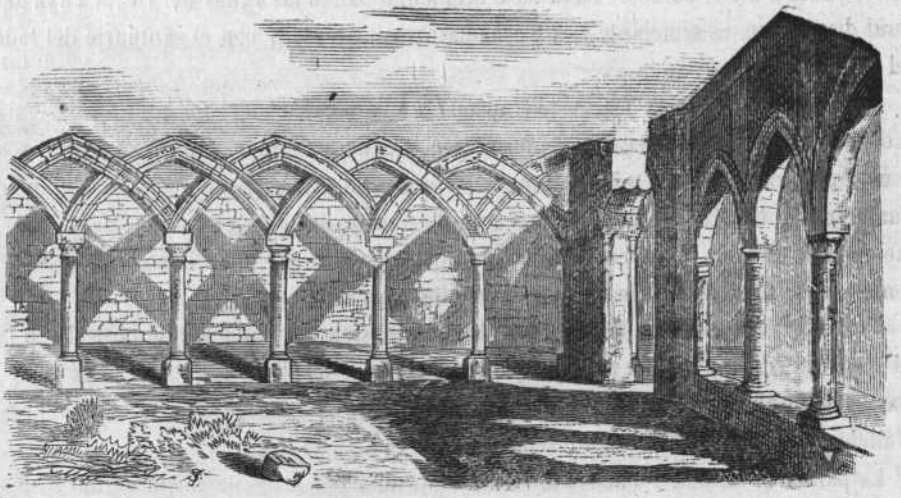
Entre el coro y el ábside, en el que aun existe parte de la pintura negra que ador-

naba su paramento, debió, á no dudarlo, haber una escalinata, si se ha de juzgar por la mayor elevacion del suelo de este, respecto al de aquel, pero nada se conserva de ella, como tampoco del altar mayor, del pavimento, ni de los bancos que corrian en otro tiempo á lo largo del santuario.

Á los lados del coro queda aun algo de los bancos, y en la prolongacion de estos se apoyan varias de las columnas monostilas con capiteles foliados que sostienen el arco del triunfo.

En el muro septentrional se conserva la losa de tapa de un sepulcro con una estatua de abad, y el cerco terminado por un arco escarzano con la orla perlada. Es notable que no haya puerta principal á los piés del templo, sino dos laterales con una simple imposta que da arranque al arco y sin ornamento alguno en jambas y archivoltas.

La galería que rodea el atrio es aun mas notable que el mismo edificio. La componen cuatro diferentes arcadas dispuestas, no ocupando cada una uno de los frentes, sino dos mitades contiguas de ellos en forma de ángulo,



Patio y atrio de San Juan del Duero.

Los arcos del ángulo N. E. son lanceolados, y su archivolta está engalanada con multitud de filetes y retallos; las columnas se hallan hacinadas de cuatro en cuatro; en el S. E. los arcos son de medio punto quebrado, esto es, apuntados ligeramente y prolongados en herradura, sin capitel y con pilastra y basa rectangulares; los arcos del ángulo S. O. son de la misma clase, pero varia la combinacion y las columnas que los sostienen son dobles; en cuanto al N. O. su parte N. ha desaparecido, y en la O. los arcos son de medio punto, el basamento corrido y las columnas dobles.

De estos cuatro ángulos los tres primeros están ochavados y tienen un arco mayor anceolado; mas el último se dejó vivo con una série de retablos que ocupaban dos

órdenes superpuestos de columnas, de las que solo pueden hoy verse las basas y los capiteles.

En la parte central de cada frente hay un macizo de ángulos redondeados por columnas, cási todas hoy sin capiteles ni cornisa, y en los chaflanes que aun conserva esta última, vénse sosteniéndola, cabezas de leon, canecillos, etc.

Á primera vista se observa el gran número de vanos del muro del atrio, pues además de la puerta con escalinata del O. que hace de principal, hay otras cinco, una en el chaflan N. E. y las tres restantes en la parte S., una ventana al E. y un aligeramiento bajo y apuntado en el punto hácia donde vienen á caer las capillas.

La correccion de dibujo de los capiteles, la variedad y buen gusto de los alzados cubiertos cási en totalidad de hojas, ya lisas, ya mas ó menos laciniadas, ya bordadas en su limbo, ya combinadas con volutas, ya, en fin, exhornadas bien con grifos ú otras figuras monstruosas, bien con varios animales, ó bien con imágenes humanas, y lo acabado del trabajo de las molduras de las archivoltas, en los arcos enlazados sobre todo, hacen al atrio muy superior en mérito al resto del edificio, sin que esto quiera decir que el segundo carezca de él.

No obstante el valor artístico del atrio y templo, no obstante ser una de las curiosidades mas notables de la provincia, el primero está convertido en huerto, cuyo cultivo ha hecho subir tanto el nivel del suelo que cási todas las basas están ya cubiertas y las yedras y emparrados causan sensibles é irreparables destrozos al cornisamento y á las dovelas de los arcos; en cuanto al cuerpo mismo del edificio, es decir, á la parte de él que aun se conserva, su destino actual es no menos deplorable é inconveniente, pues se ha convertido en establo.

Dados estos antecedentes, á nadie extrañará que al salir nuestros amigos del edificio, tras de haberse hecho cargo de las particularidades que hemos referido, lo hicieran exclamando:

—Grande es á la verdad el mérito artístico de esta iglesia.

—Ya veis que hacia yo bien en mostrar tanto empeño porque la viéramos.

—¡Lástima que esté tan abandonada!

—Verdaderamente que la incuria de las autoridades en este asunto es verdaderamente inconcebible.

—No diga V. solo la incuria sino tambien la incapacidad; pues ha habido alguna que ha propuesto arrancar los preciosos arcos que hemos podido admirar en el atrio para adornar con ellos uno de los paseos.

—¡Qué atrocidad! — exclamó Castro.

—Vaya un destino propio y oportuno que se les iba á dar.

—Y no es lo malo eso únicamente, Pravia, sino lo desfigurado que quedaria el ya no muy entero templo.

—Pues tampoco habian de salir muy bien librados los mismos arcos, porque no sé cómo los colocarian sin suprimir los chaflanes y hacer otras transformaciones igualmente perjudiciales.

—Afortunadamente espero que no se llevará á efecto proyecto tan descabellado.

—No es de esperar, porque si bien varias veces se ha puesto sobre el tapete, pronto ó ha sido rechazado ó relegado al olvido, sirviendo solo para mostrar la nulidad de sus iniciadores. Mas diré á Vds.; últimamente se han destinado para la reparacion de dichos arcos en su mismo sitio y de otros varios monumentos de la provincia, algunas cantidades por la Diputacion provincial.

—Pero el caso es que se ha dejado que una obra tan notable llegue á semejante extremo.

—Sí señor.

—¿Y despues no quieren Vds. que hable y me lamente y diga que solo en nuestro país sucede una cosa semejante?...

—Cuidado amigo Castro—repuso D. Cleto tratando de contener al andaluz, que no es el país el culpable en esto. La generalidad conocida bajo esa frase del país, no es las mas veces inteligente y capaz de apreciar ciertas obras de arte. Las individualidades que las conocen y obligacion tienen de conservarlas, son las dignas de censura.

El achacar al país semejantes males, sobre ser antipatriótico es inexacto; donde el vicio radica es en las altas esferas, es en los poderes públicos que por regla general solo atienden á sus intereses particulares; no en el pobre y asendereado país que harto hace con pagar crecidas contribuciones y satisfacer las demás cargas con que tirios y troyanos le gravan, amenazando con llegar á dejarle como el célebre gallo de Moron.

—Lógica y merecida ha sido la filípica, y confieso que me he dejado llevar, aunque momentáneamente, por una vulgar é injusta preocupacion, pues por lo demás bien sabe V., D. Cleto, que he sido el primero en no pocas ocasiones, que al escuchar la frase, *cosas de este país*, he contestado *y de los demás tambien*, porque para mí el hombre es el mismo en todos los tiempos y lugares.

—Opino igualmente; pero creo que, no ya los españoles, sino todos los pueblos de raza latina en general, padecemos de ese mal gravísimo llamado *indiferentismo*.

—En cambio tenemos virtudes de que las otras razas carecen, y así se compensa todo.

En esto, llegaron frente á la ermita de san Saturio, situada en la falda de la sierra de Peñalba, para llegar á la cual hubieron de atravesar un pretil de seiscientas varas de longitud por una y media de altura que termina en una puerta abierta en la peña.

Principia en dicha puerta un camino subterráneo, al final del cual hay una escalera construida tambien á pico en la roca que conduce á las habitaciones del santero y á algunas otras de desahogo y recreo fabricadas igualmente en el peñasco y colocadas unas sobre otras.

Para llegar á la iglesia situada en un colosal peñon, es necesario aun subir una escalinata bastante empinada, pudiéndose ya entonces penetrar en el interior del santuario que consta de una sola nave octogonal, al rededor de la cual hay un cornisamento dórico desde el cual arranca un banquillo y la bóveda; dicho cornisamento está sostenido por columnas variadas.

Entre las obras artísticas dignas de mencion, podemos citar las varias pinturas al fresco que representan diversos pasajes de la vida de san Saturio ejecutados por Zapata, pintor, hijo de Soria y discípulo de Jordan.

El mismo santero mostró á nuestros amigos todas estas particularidades, y lo hizo con tal agrado que no pudieron menos de manifestarle su agradecimiento y ofrecerle desde luego su amistad.

Al salir de la ermita, tras haberse despedido del santero y dádole las gracias nuevamente, dijo Castro:

—Decididamente tenemos buena suerte; en cuantos puntos hemos estado solo hemos tropezado con personas amables y complacientes.

—Y tan complacientes—observó Azara mirando al andaluz maliciosamente.

—¿Ya tornas á tus indirectas?—replicó este dirigiéndole una suplicante mirada.

—Me has conmovido—dijo el aragonés comprendiendo el mudo ruego de su amigo y desistiendo de sus burlas.

—¿Han observado Vds. bien el edificio que acabamos de abandonar?—preguntó D. Cleto siempre oportuno.

—Ya lo creo; y por cierto que es notable, sino como mérito artístico al menos como una prueba de lo que pueden conseguir la industria y la paciencia humanas.

—Verdaderamente que esas escaleras y esas habitaciones hechas en una roca de tal dureza, deben haber costado esfuerzos inmensos.

—La iglesia no me ha parecido gran cosa.

—Sin embargo no es fea, y situada sobre aquel enorme peñasco tiene un no sé qué de atrevido y fantástico.

—Aquí profesan gran devocion á sus imágenes; así es que esta ermita y la de la Soledad son las mas concurridas.

Poco debe quedarnos ya que ver en Soria—observó á este tiempo Pravia.

—Sí, á la verdad, y en rigor cási podríamos abandonarla inmediatamente, pero si á Vds. les parece nos detendrémos un par de dias mas con el doble fin de perfeccionar y completar nuestros conocimientos acerca de ella y de dar algun mayor descanso á nuestros cuerpos.

—Sea como V. dice—asintieron todos.

Y conversando amigablemente y haciendo observaciones sobre lo que habian visto, salvaron la distancia que aun les faltaba para llegar á su mansion.

IV.

Mas datos sobre Soria.—Producciones: industria y comercio.

Para completar las noticias que acerca de Soria habian ya adquirido nuestros amigos, recurrió D. Cleto á los apuntes que en épocas anteriores habia tomado, y de ellos resultó que esta ciudad, capital de la provincia civil, administracion de Rentas, comandancia general, partido judicial de su mismo nombre y administracion de correos, pertenece á la capitanía general de Búrgos y á la diócesis de Osma.

El terreno de su término llano en parte y en parte montuoso, es todo de secano, habiendo en él trozos muy tenaces, otros flojos y muchos de bastante miga; en él está

comprendida la nombrada dehesa de Valonsadero que produce abundante leña y pastos; hay además otros varios prados de distintos propietarios y los montes de las Ánimas, Arenalejo, Chaparral, Miron, Peñaranda y Valhondo, que proporcionan asimismo gran cantidad de combustible. Tambien se encuentran en él algunos minerales y carbon de piedra.

Fertilizan el término soriano dos rios; el *Duero*, uno de los mas importantes de la península, que mide ciento treinta leguas de longitud, y es por este concepto el tercero de los de España, así como por la extension de su region hidrográfica, y el número de sus tributarios ocupa el segundo lugar, y el *Golmayo* que le tributa sus aguas sin salir de la jurisdiccion.

El primero tiene junto á Soria, situada en su derecha márgen, un hermoso puente de sillería con ocho arcos de bastante elevacion, que se apoyan en catorce estribos de variada forma; pues unos son triangulares, otros rectangulares curvilíneos, y los restantes semicirculares, excepto uno que forma dos ángulos agudos y uno obtuso; una robusta torre, que arranca de la base misma del puente, sirve á la par que para su defensa, para su mayor seguridad.

El *Golmayo* tambien tiene otro puente de piedra que consta de tres arcos y remonta su antigüedad á fines del pasado siglo.

Las principales producciones del suelo son: en el reino vegetal, avena, cáñamo, cebada, centeno, frutas, garbanzos, guijas, varias otras legumbres, leñas, lino, maderas de construccion, pastos, trigo y verdura; y en el animal, además del ganado asnal, caballar, cabrío, lanar, mular y vacuno, bastantes conejos, liebres, perdices y algunas otras aves, como tambien varios pescados de rio, entre ellos, truchas del Duero de exquisito gusto.

La industria, apartando la agrícola, la fabricacion de las célebres mantequillas y varios telares en distintos puntos de la provincia, está reducida al ejército de los oficios y artes indispensables á toda poblacion, y el comercio á la importacion del vino, aceite y productos coloniales y ultramarinos, y á la exportacion del sobrante de los que da el país en abundancia.

Celébrase anualmente en Soria una feria cuya duracion es de ocho dias, desde el 16 al 24 de setiembre.

Tambien hay todos los jueves un mercado bastante concurrido; pero en las festividades de Jueves Santo, Ascension y Corpus Christi, se adelanta en un dia. Constituyen esencialmente el tráfico de dicho mercado los cereales, legumbres y diferentes clases de ganado.

No terminarémos estos ligeros apuntes sobre Soria sin dar antes una idea de su escudo de armas.

Vese en él un castillo con la cabeza de un rey coronado sobre la puerta del homenaje y el siguiente mote: *Soria pura, cabeza de Estremadura.*

En las Casas consistoriales de la ciudad, se conservan aun algunos sellos antiguos, en los cuales la figura del rey está completa y á caballo en la puerta del castillo, que es de plata, así como el campo es de sangre, signo aquello de la leltada de los

sorianos y esto de la sangre derramada por ellos en defensa de su patria y sus reyes.

Segun la explicacion que Mosquera da del mote que se ostenta en dicho escudo de armas, su primera parte: *Soria pura*, expresa que esta poblacion es noble y sin mezcla de mancha ni mal linaje.

Respecto á la segunda: *cabeza de Estremadura*, dice que le corresponde este calificativo por hallarse en el extremo del Duero é intenta probar que, en efecto, fue en un tiempo cabeza de la provincia de Estremadura; pero sus argumentos, por mas que ingeniosos, no son por cierto incontestables.

V.

Recuerdos históricos de Soria.—Numancia.

Necesario nos es para encontrar el probable orígen de Soria, remontarnos á mas antiguos tiempos de los en que principia á conocérsela en nuestra historia.

Pasarémos por alto las distintas versiones que respecto á la etimología de aquel nombre han hecho algunos autores, y nos fijarémos oportunamente en la que á nuestro juicio parece mas exacta.

Que Soria estaba dentro del límite de la antigua Numancia, siendo tal vez alguna de sus aldeas tributarias, es indudable; que á expensas tal vez de su destruccion se fue ensanchando, parece muy posible tambien; que sucumbió ó quedó cási destruida cuando la invasion musulmana, como otras muchas poblaciones, tambien es presumible; por lo tanto, para seguirla en cuanto nos sea dable en todas sus peripecias, nos parece muy oportuno empezar por Numancia, puesto que no solamente ella nos ha de conducir á Soria, sí que tambien forma la gran página de la historia particular de aquella provincia, y una de las mas gloriosas de la general de España.

No busquemos respecto al nombre de Numancia las derivaciones que algunos le atribuyen y que solo nos conducirian á fantasear durante un buen espacio por el terreno de las conjeturas, sin una base segura en que apoyarnos.

La verdadera gloria de Numancia no se la dió la etimología de su nombre, diéronsela los hechos de sus hijos, y de estos vamos á ocuparnos.

Pretor de la España exterior por el año 585 de la fundacion de Roma, era Tiberio Sempronio Graco, y conocedor del carácter de los numantinos, probo, desinteresado y entendido, hizo alianza con ellos no tratándoles con la violencia y rigor que tratara á otras poblaciones de la Celtiberia.

En vano la potente Roma trataba de dominar en paz en la española region.

Sus habitantes, enérgicos, obstinados con su amor ferviente hácia la libertad, sin que el percance de hoy fuera bastante á destruirles la esperanza para mañana, luchaban sin tregua ni sosiego contra los romanos.

Pero efecto de su mismo carácter independiente, no sabian, no podian pelear unidas las distintas tribus ó pueblos que habitaban en la península, hasta que al cabo de

grandes luchas y combates particulares, los celtíberos, los vacceos, los arevacos y los lusitanos formaron una especie de coalicion que no pudo menos de alarmar en gran manera á los romanos, puesto que si aislados aquellos pueblos habíanles dado tanto que hacer ¿qué no seria estando confederados?

El cónsul Quinto Fulvio Nobilior, al frente de treinta mil soldados escogidos dirigióse á España, pero los celtíberos supieron tan mañosamente atraerle á una emboscada en las cercanías de Numancia, que sus legiones quedaron terriblemente castigadas, sucumbiendo en la pelea uno de sus mas afamados caudillos llamado Casus.

Repuesto algun tanto de aquel desastre el cónsul romano, merced al refuerzo que le enviara desde África Masinisa, consistente en trescientos caballos númidas y diez elefantes, esperó que los celtíberos se aterrarian, pero no sucedió así.

La primera impresion al ver los colosales paquidermos, fue la de sorpresa, mas bien pronto herido uno de los elefantes, irritado por el dolor, metióse por entre las filas de los romanos, y siguiéndole los demás, acabaron de desordenarles, dando campo así á los celtíberos para que obtuvieran un nuevo triunfo, dejando muertos en el campo á cuatro mil legionarios y tres elefantes.

La guerra lusitana sostenida por Viriato, llamando sériamente la atencion de Roma, obligóla á ajustar paces con los numantinos por medio del cónsul Marcelo, que sucediera á Fulvio Nobilior, paces en virtud de las que quedaba reconocida la independencia de Numancia.

Mas no duró mucho tiempo semejante estado.

Apenas libre Roma de la guerra lusitana, buscó un pretexto para romper la paz con Numancia, sirviéndole admirablemente la circunstancia de haber dado asilo los numantinos á varios celtíberos partidarios de Viriato.

El cónsul Quinto Pompeyo Rufo exigió la entrega de aquellos refugiados, á lo cual se opusieron los de Numancia confiando en que Roma respetaria la fe de los tratados que entre ambos pueblos mediaban.

Pero Pompeyo les contestó que «Roma no trataba con sus enemigos sino despues «de desarmarlos,» y en su consecuencia la paz quedó rota y cada adversario preparó sus huestes.

Ocho mil hombres reunieron los numantinos al mando de Megara, y treinta mil pusieron los romanos ante los muros de la ciudad bajo la direccion de Pompeyo.

Con tanta prudencia como acierto, sostuvo Megara el sitio sin aceptar jamás la batalla á que procuraba atraerle su contrario, defendiéndose valerosamente desde las murallas y haciendo algunas rápidas é inesperadas salidas que causaban graves pérdidas á los sitiadores.

Pero semejante situacion íbase prolongando demasiado, y cansado Pompeyo levantó el cerco de Numancia y fué á atacar á otras poblaciones amigas de los numantinos.

Termes, que fue la primera, les rechazó denodadamente, no así Manlia que se le entregó, del mismo modo que otros varios puntos de la Edetania.

De nuevo cayó Pompeyo sobre Numancia, mas no con mejor suerte que la primera, viéndose obligado finalmente á ajustar la paz que no fue respetada por su sucesor el

cónsul Popilio, porque el mismo Pompeyo, cuando este llegó, negó haberla celebrado, que de tal modo sabian los romanos guardar la fe jurada.

Menos feliz Popilio que lo fuera Pompeyo, al presentarse ante los muros de la ciudad decidido á tomarla por asalto, encontróse, al poner las escalas por las que habian de subir sus guerreros, que la ciudad estaba silenciosa y desiertos los muros.

Hízosele sospechosa semejante quietud, y cuando ordenó la retirada temeroso de caer en un lazo, salieron impetuosamente los numantinos, arrollaron sus legiones, y el ejército romano quedó completamente derrotado.

De tal modo llegó á imponer á los soldados de Roma la bravura de los numantinos, que acudian de mala gana á la guerra que el senado se empeñaba en sostener, y este mismo disgusto y el pavor que sentian, proporcionáronles nuevos desastres.

Cayo Hostilio Mancino, nuevo cónsul nombrado para enfrenar á los numantinos, llegó á cobrarles tal miedo, que su hueste apenas se atrevia á salir del campamento.

Quien sabe cuanto prolongara su inaccion, si la noticia de la aproximacion de los vacceos y cántabros que acudian en socorro de los de Numancia no le hiciera levantar el campo apresuradamente, procurando alejarse de la ciudad á favor de las sombras de la noche.

Pero en mal hora emprendió la retirada.

Un incidente verdaderamente novelesco y del cual D. Cleto habia formado en sus ratos de ocio, una leyenda, llevó á noticia de los numantinos la fuga de los romanos.

Inmediatamente aprestáronse cuatro mil guerreros, y saliendo en su persecucion, alcanzáronles en un desfiladero en el cual no les quedaba á los soldados de Mancino mas recurso que rendirse ó morir.

Optaron estos por lo primero, y mediante la intervencion del cuestor Tiberio Graco, cuyos buenos oficios reclamaron los de Numancia, conociendo su rectitud, ajustóse un convenio en virtud del cual Numancia seria siempre independiente, y el ejército romano quedaria libre, entregando todo el bagaje, máquinas de guerra y objetos preciosos que poseian.

Como quiera que no habia otro remedio que acceder para salvar la vida de aquellos veinte mil hombres, aceptóse tan afrentosa condicion por el ejército.

Mas el senado romano, no queriendo pasar por aquella humillacion, cometió la nueva felonía de no aceptar la estipulacion por mas que el cuestor se esforzó en que se respetara lo que él habia acordado.

Los numantinos exigian que, puesto que no se ratificaba el convenio, volviesen las cosas al mismo ser y estado que se hallaban en los momentos en que aquel se verificó, pues ya los soldados libres como habian quedado, no podian causar mas que nuevos perjuicios á los de Numancia.

Pero el senado no quiso acceder á esto, nombrando cónsul á Emilio Lépido para que se pusiera al frente del ejército, y condenando al desdichado Mancino á que fuese entregado atado y desnudo á los numantinos.

Lépido no fue mas afortunado que sus antecesores.

Entretúvose en pelear contra los palentinos que, entrando en su mismo campo, hiciéronle gran destrozo, regresando á Roma sin haber podido obtener nada de los principales enemigos.

Lucio Furio Philon y Calpurnio Pison fueron los dos cónsules que sucesivamente vinieron á atacar á los numantinos, y ambos hubieron de retirarse con la vergüenza de no haber podido desempeñar la mision que se les impusiera.

Afrentoso era ya para la altiva Roma semejante estado.

Seis cónsules se habian estrellado contra aquella indómita ciudad, y los mejores soldados de aquellas, hasta entonces invencibles legiones, habian huido ante un puñado de valientes montañeses.

Numancia era el *terror de la república*, y se hacia preciso un poderoso esfuerzo para vencerla y dominarla.

En esta situacion volvió sus ojos el senado hácia el vencedor de Cartago.

Escipion el *Africano* fue á su vez nombrado cónsul la segunda vez, recibiendo el encargo de vencer en Numancia, como antes venciera en Cartago.

Escogió cuatro mil voluntarios, de los que entresacó quinientos con los que formó una *cohorte de amigos*, segun la denominó, y con aquellas fuerzas dirigióse á España.

En deplorable situacion encontró á las legiones que Roma habia enviado á este país. Su disciplina estaba completamente relajada, enervado su valor, y poco dispuestas para emprender una campaña como la que se preparaba.

El primer paso del general romano debia ser la reorganizacion de aquel ejército, y emprendióla con tanto acierto como prudencia.

Comenzó por dirigirle á fáciles empresas; obligaba á los soldados á hacer grandes marchas, conduciendo cada uno su equipaje y provisiones para acostumbrarles á la fatiga; haciales abrir fosos y levantar murallas á fin de tenerles trabajando constantemente, y cuando los creyó aptos para la empresa que iba á acometer, llevoles ante los muros de Numancia.

Sesenta mil hombres tenia Escipion bajo sus órdenes, y á pesar de ser tan formidable aquel ejército, no decayó el ánimo de los numantinos.

Por el contrario; desde el primer momento comenzaron á provocar á los romanos con objeto de entrar en batalla, mas Escipion esquivóla con suma habilidad.

Un dia hicieron los numantinos una salida al objeto de caer sobre los enemigos que iban á forragear á un punto á propósito para que aquellos pudiesen pelear con ventaja; mas el general, que siempre estaba prevenido, mandó tres mil caballos para proteger á los forrageadores, viéndose precisados los enemigos á replegarse al abrigo de sus murallas.

Semejante retirada primera que en muchos años habian hecho los de Numancia, no pudo menos de alentar en gran manera á los romanos que vieron en ella el presagio de mayores triunfos, y con nuevo ardor dedicáronse á los trabajos ordenados por el Africano.

Decidido este á cortar la comunicacion á los sitiados, rodeó por completo la ciudad de una série de fosos, empalizadas y torres, atajando el rio para impedir

que por él pudieran recibir socorro alguno, con una cadena de vigas llenas de puas de hierro, con tal artificio puestas, que no solamente barcas, sino que ni aun los mas inteligentes buzos podian franquearla.

Las torres estaban defendidas por los saeteros y honderos; todas las máquinas de guerra estaban dispuestas siempre, y se ejercia en todo el campo una vigilancia extraordinaria, teniendo combinado un juego de señales tanto para el dia como para la noche, á fin de avisar inmediatamente el punto por donde atacaba el enemigo.

Fácil es de comprender que los sitiados no habian de dejar que llevasen sus enemigos tranquilamente á cabo semejante operacion; pero todos sus esfuerzos se estrellaban contra la pericia de aquel esforzado general.

Solamente entonces comprendieron los numantinos que habia llegado el supremo momento.

Pero aun cercados por aquel tan considerable ejército, encerrados por aquella espesa línea de torres empalizadas y fortificaciones, intentaron lo que parecia imposible. Retógenes Casunio, uno de los mas esforzados guerreros de Numancia, seguido de cuatro compañeros tan decididos como él, una noche escalaron las fortalezas romanas, degollaron cuantos soldados encontraron á su paso, atravesaron el campo y fueron á demandar auxilio á las poblaciones inmediatas.

Todas permanecieron sordas á su demanda excepto *Lutia* que, sin temor á la cólera romana, preparó la hueste auxiliadora; mas apenas tuvo de ello noticia Escipion, dirigióse hácia la ciudad, y exigiendo que le entregaran cuatrocientos jóvenes, tuvo la crueldad de ordenar que les cortasen las manos para impedir que acudieran en socorro de los numantinos.

Estos perdieron desde entonces toda esperanza.

Enviaron parlamentarios al cónsul romano á fin de obtener una honrosa capitulacion, haciéndole presente la gloria que podria caberle de su rendicion; pero el Africano recibióles con frialdad, contestándoles que mientras no depusieran las armas entregándose á discrecion, no podia tratar con ellos.

Semejante respuesta exaltó á los numantinos, siendo las primeras víctimas de su exaltacion los mismos parlamentarios.

Cególes la cólera, y resolvieron perecer antes que entregarse al cruel general de Roma.

Arrojáronse impetuosamente sobre el campo romano, sin tener en cuenta ni lo exíguo de su número, ni la debilidad de sus cuerpos enflaquecidos por el hambre.

Por mas que lucharon desesperadamente fueron vencidos, retirándose de nuevo á la ciudad donde dió comienzo la mas horrible de las escenas de aquel espantoso drama.

El hierro, el incendio y el veneno fueron las armas que los numantinos esgrimieron entre sí para destruirse, y no tardó mucho tiempo en quedar convertida en humeantes escombros la ciudad, escombros que servian de ardiente sudario á los hacinados cadáveres de sus habitantes.

Por todas partes el incendio; la sangre disputando la presa á las rojizas llamas, y la matanza y la destruccion imperando por do quiera.

Cuando las tropas romanas franquearon las murallas de Numancia, solo tropezaron con humeantes ruinas y con cadáveres carbonizados; ni un numantino quedó con vida para ser conducido á Roma como trofeo del vencedor, ni un edificio quedaba entero para servir de albergue al inclemente Escipion.

Este, no satisfecho con lo que presenciaba, mandó arrasar las casas que el incendio no concluyera de destruir, y al regresar triunfante á Roma, añadiendo al dictado de Africano el de Numantino, no comprendió que mas hubiera ganado él y Roma mostrándose clemente con el enemigo que le demandaba gracia, que no rechazándole con dureza, obligándole en su desesperacion á destruirse á sí mismo antes que ceder á lo que su despiadado enemigo exigia.

. . . . . .

Numancia habia quedado arrasada, pero es muy probable que inmediatamente acudirian á repoblarla los vecinos de las inmediatas aldeas, pues para ellos tenia recuerdos venerandos que tratarian de conservar.

Y prueba de esto que Plinio la cita como una de las ciudades adjudicadas por los romanos al convento jurídico de Clunia, y el *Anónimo* de Rávena la da como existente todavía en el siglo VII.

¿Cómo es presumible que pudiera desaparecer conservando tan gloriosos recuerdos y siendo tan digna de estimacion por sus habitantes?

Parece probable que sucumbiera bajo el poder de los árabes como otras muchas poblaciones que habian subsistido á pesar de la invasion de los bárbaros, y que todavía hemos alcanzado á conocer subsistentes en la dominacion gótica.

Los restos de aquella poblacion irian á buscar asilo á otros lugares, y cuando por efecto de las empresas de los reyes cristianos pudieron volver á repoblarse estos sitios, buscaríanse los mas á propósito para ser defendidos, los que se encontrasen al abrigo de alguna fortaleza como sucedió en Soria, quedando reducida la antigua Numancia al mezquino lugar de Garray, á corta distancia de aquella y que contiene apenas sesenta vecinos.

VI.

Soria. — Tiempos primitivos. — Su repoblacion.

Es indudable que Soria existia ya en la época en que Numancia alcanzó tan alta prez y fama por su patriotismo y ferviente amor á su libertad é independencia.

Segun Strabon, *Oria* era el nombre que tenia la capital de los pueblos oretanos, é indudablemente sucumbió á la par de Numancia, siendo quizás repoblada tambien cuando se cree que en tiempo de los suevos la poseia como plaza de armas, y que en ella el rey Miro reunió sus huestes para defenderse del godo Alarico, debiéndose á aquellos el nombre de *Suevaria* con que tambien se la ha designado.

Posteriormente á esa época debió de nuevo de participar de la misma suerte de Numancia, toda vez que Alfonso VII al arrojar á los árabes de aquellos sitios la repobló, prueba de que antes habia existido poblacion que yacía yerma y abandonada.

Y lo corrobora que, segun opinion de la mayor parte de los historiadores, existia en aquel sitio el castillo ó atalaya llamado de Oria, de donde vino el nombre de Soria ó Sub Oria al pueblo que á su abrigo fue constituyéndose.

Esta es en nuestro juicio la opinion mas acertada respecto á la etimología del nombre actual y á la marcha de la poblacion que vamos historiando.

Desde este momento ya las conjeturas desaparecen, y ya vamos viendo mas claro el progresivo desarrollo de la ciudad que nos ocupa.

El castillo, bien pudo ser fundacion del conde de Castilla Fernan Gonzalez, quien hizo varias correrías por la parte de Osma, y san Estéban de Gormaz edificando algunas fortalezas por los sitios mencionados.

Constituida una poblacion al amparo del castillo de Oria, nombre que tradicionalmente debió subsistir á la destruccion de la antigua ciudad, D. Alfonso de Aragon, el *Batallador*, que la poseia, no porque esta comarca perteneciese á su reino, sino por su enlace con D.ª Urraca de Castilla, protegióla en gran manera.

Fuéla concedido voto en Cortes, y Fortun Lopez ó Franco Lopez fue el primer gobernador que tuvo la ciudad, el cual casó con D.ª Elvira, hija de Pedro Nuñez de Fuente Armexir, á quien ya en otros episodios históricos hemos visto jugar un papel de gran importancia durante la minoría de Alfonso VIII.

Desavenidos los régios cónyuges, segun en otra parte hemos dicho, el Monarca aragonés tuvo presa á su esposa durante algun tiempo en el castillo de Soria, hasta que, merced al divorcio que sobrevino, quedó esta en libertad.

No sucedió lo mismo con la ciudad, que el aragonés conservó durante algun tiempo sirviéndole para tener franco el paso para penetrar en Castilla, como lo hizo varias veces á fin de sostener sus pretendidos derechos á varias plazas de este reino.

Fácil es de comprender que teniendo la importancia que para el aragonés tenia, debió cuidar de su engrandecimiento y que los gobernadores procurarian no solamente atraer nuevos pobladores, sí que tambien enriquecerla con edificios; así es que se tiene por cosa probada que la iglesia del Salvador fue debida al primer señor de Soria Fortun Lopez, siendo por el Monarca agregada y comprendida en la diócesis de Sigüenza; mas á consecuencia de reclamaciones de los obispos de Osma y Tarazona en el concilio de Búrgos, celebrado en 1136, quedó Soria definitivamente comprendida en la jurisdiccion episcopal de Osma.

Y prueba de que en muy corto espacio habia ya Soria adquirido gran preponderancia que en las turbulencias ocurridas durante la minoría de D. Alfonso VIII tocóle jugar un gran papel.

Desde este momento puede decirse que da comienzo la verdadera historia de esta ciudad, pues ya obrando por instigacion de sus señores, ya por cuenta propia, ejerce alguna influencia en los acontecimientos de su tiempo.

Ya la hemos visto renacer de entre el polvo de su pasado, ya comprendemos que su orígen se pierde en la oscura noche de las primeras edades, que, contemporánea de Numancia, aun cuando inferior á ella, debió quedar comprendida en su desdichada

suerte y ser reedificada tambien á la par de ella para sucumbir mas tarde bajo el irresistible empuje de los sectarios del Islam.

Arrojados estos por las armas cristianas de aquellos lugares, la posicion de Soria creyóse conveniente para la construccion de una atalaya que así pudiera servir de freno á las correrías de los infieles, como para dar aviso á los demás puntos del interior.

Mas tarde, el *Batallador,* equivocando quizás á Soria con Numancia y tratando de perpetuar el recuerdo de la heróica ciudad, promovia la repoblacion de aquella, poniéndola en condiciones favorables para sus intentos.

Creyóla dominio suyo, y tal vez una parte de egoismo debió influir para que en tan corto espacio elevase á Soria del modo que lo hizo.

Mas como contra derecho la tenia, como no estaba comprendida en los límites de su territorio y como á la revuelta y azarosa época de D.ª Urraca sucedió el reinado de su hijo, Soria, como otras poblaciones que el aragonés arrebatara á Castilla, volvió á poder de esta, y de entonces data su influencia, segun hemos manifestado y pasamos á exponer.

VII.

Desde el reinado de Alfonso VIII hasta el de Alfonso XI.

Calamitosos fueron los años que duró la menor edad de Alfonso VIII.

En otro lugar nos hemos ocupado de ellos, y fuera ocioso repetir en este lo que ya expusimos.

Los Laras y los Castros disputábanse al régio niño, y el rey de Leon amparando á los segundos y tal vez esperando tambien arrancar algun giron del castellano manto, merced á tan revuelto estado, pidió para sí la tutela de su sobrino.

Los Laras trajéronse al rey niño á Soria, donde se reunieron cortes y donde el Monarca leonés exigió con mayor violencia la entrega de su pariente.

Íbasele ya á entregar, cuando el caballero soriano D. Pedro Nuñez cogióle, y envuelto en su capa sacóle de la ciudad, llevándole á san Estéban de Gormaz, despues á Atienza, y finalmente á Ávila, restituyéndole á Soria, donde los ciudadanos volvieron nuevamente á entregarle á D. Manrique de Lara, diciéndole: «Libre vos dimos al rey «D. Alfonso nuestro rey, et vos libre le guardad.» Señal inequívoca de que el rapto habia sido cosa convenida entre el jefe de los Laras y Pedro Nuñez, contando con el afecto que Soria y otras poblaciones tenian por aquella familia.

Merced á estos incidentes, la importancia de Soria iba en aumento, habiéndose dado en señorío á distintos poderosos magnates que con sus donaciones y privilegios fomentaban el aumento de su poblacion.

Á Fortun Lopez sucedió Iñigo Lopez, esposo de D.ª María de Lehet, cuyo hijo Lopez Iñiguez obtuvo mas tarde su señorío y el de Calahorra.

Completamente oscura, ó mejor dicho, sin importancia en los hechos subsiguien-

tes á la minoría de Alfonso VIII, nada menciona la historia que se relacione con aquella ciudad hasta el reinado de Alfonso el *Sábio*.

Este Monarca, que con tanto afan se dedicaba al mejoramiento de sus ciudades dotándolas con leyes y fueros especiales, no pudo ver, sin tratar de poner remedio, la confusion que existia en las ordenanzas municipales de Soria, y la concedió un fuero propio.

La poderosa casa de Haro que poseia el señorío de Vizcaya, ejerció el gobierno de Soria juntamente con el de Bribiesca, siendo por esta razon de las que mayor influencia ejercian en los acontecimientos políticos del reino.

Las consecuencias de la famosa derrota de Alarcos llegaron tambien desgraciadamente hasta la ciudad de que nos estamos ocupando.

El rey de Castilla, resentido por la lentitud con que el de Navarra acudiera en su auxilio para luchar con el infiel, recibióle desagradablemente en Toledo, mediando entre ambos ágrias y duras frases.

El navarro no tardó en dar muestras de su resentimiento.

Al frente de sus tropas entró por la comarca de Soria en los dominios castellanos, talando sus campos y haciendo sentir el peso de su cólera á poblaciones que estaban inocentes por completo respecto á aquellos hechos.

Víctima tambien de las correrías de los aragoneses en 1224 fue la comarca soriana, que siempre han sido los pueblos las verdaderas víctimas de las ambiciones ó de las cuestiones personales de sus reyes, y mucho mas en las épocas á que nos referimos.

El año 1256 fue verdaderamente importante para Soria.

La república de Pisa invistió con la dignidad de emperador y rey de los romanos al rey D. Alfonso X el *Sábio;* en esta ciudad se otorgaron las escrituras necesarias para este objeto.

Poco tiempo antes habíase reunido en ella con su suegro D. Jaime el *Conquistador*, rey de Aragon, donde ajustaron paces bien necesarias para la tranquilidad de aquellos pueblos que harto castigados se hallaban.

Merced á esto, Baudino Laura, enviado de la república de Pisa, vió al Monarca en Soria, y le presentó el acta de reconocimiento que como emperador y rey de los romanos le mandaban (1).

La muerte del emperador Guillermo, conde de Holanda, fue la que dió lugar á semejante eleccion, pues el Monarca de Castilla se hallaba ligado con la casa de Suavia, segun en el preámbulo que copiamos, ya se indica.

(1) Para que pueda juzgarse del concepto en que se tenia en aquellos paises al Monarca de Castilla transcribimos el preámbulo de aquel documento.

Dice así:

«En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen. Porque el Comun de Pisa, de toda Italia y de «cási todo el mundo os reconoce á vos el excelentísimo, invictísimo y triunfante señor Alfonso, por la gracia de «Dios rey de Castilla, de Toledo, de Leon, de Galicia, de Sevilla, de Murcia y de Jaen, por el mas excelso sobre «todos los reyes que son ó fueron nunca en los tiempos dignos de memoria... y saben tambien que amais mas que «todos la paz, la verdad, la misericordia y la justicia: y que sois el mas cristianísimo y fiel de todos... y sabiendo «que vos habeis nacido de la sangre de los duques de Suavia, á cuya casa por privilegio de los príncipes y por con«cesion de los pontífices de la Iglesia romana es notorio pertenece digna y justamente el imperio...»

Á este preámbulo sigue el reconocimiento de homenaje hecho á nombre de la república Pisana por el síndico Baudino Laura.

Este documento fue copiado por Fernando Ughel que se sacó del archivo de Florencia, donde se trasladó el de Pisa.

Manantial de sérios disgustos, de graves complicaciones é inversion de cuantiosas sumas fue para Castilla semejante nombramiento durante el largo período de diez y ocho años, sin que jamás Alfonso X pudiera conseguir la investidura de aquellos estados, negándose todos los pontífices que en ese espacio ocuparon la silla de san Pedro, á concedérsela.

Ajeno á nuestro propósito ocuparnos de este hecho, solo podemos hacernos cargo de ellos por la parte que se refiere á la provincia que historiamos.

Nada encontramos ya desde esta fecha que digno de mencion sea hasta el reinado de Alfonso XI.

Varias visitas del rey D. Sancho el *Bravo*, bien para celebrar vistas con el de Aragon, ó bien para entrar al frente de sus tropas en los dominios del aragonés.

En una de aquellas entrevistas concertóse el matrimonio de la infanta D.ª Isabel, hija del castellano, con el mismo rey de Aragon, quedando aquella en su poder hasta que tuviera la edad necesaria para consumar el enlace.

En 2 de abril de 1304, el rey D. Fernando IV el *Emplazado*, concedió á los caballeros de Soria un privilegio para que no pudieran salir á campaña mas que cuando á ella asistieran el Monarca ó el príncipe heredero.

VIII.

Alfonso IX.—Muerte de Garcilaso de la Vega.

Dolorosísimas escenas tuvieron lugar en Soria en los primeros años del reinado de Alfonso XI, apellidado el *Justiciero*.

El infante D. Juan Manuel, prevaliéndose de su poder y ansioso de conservar el predominio sobre el jóven Monarca, habíale obligado á enlazarse con su hija D.ª Constanza.

Semejante matrimonio no llegó á consumarse, y mas tarde el Monarca, enlazándose con D.ª María de Portugal, repudió á D.ª Constanza bajo el pretexto de haber sido su consorcio impuesto á la fuerza, dando lugar con esto á que el ofendido padre y ambicioso magnate, viendo destruidos todos sus ensueños de ambicion, se separara del servicio del Rey, y uniéndose al de Aragon moviese guerra á D. Alfonso.

Soria, si bien no tomó una parte ostensible en el alzamiento, simpatizaba con él, y toda la comarca mas bien era partidaria y amiga del infante, que del legítimo Rey.

La importancia que ya por este tiempo tenia la ciudad puede comprenderse perfectamente al ver que, segun la crónica de aquel monarca, existian muchísimos caballeros que sostenian á su costa mas de mil doscientos hombres de á caballo.

El monarca de Castilla, tanto para asegurarse del verdadero estado de la poblacion, cuanto para sacar de ella el contingente que tan necesario le era, dada la situacion en que le ponian los parciales de D. Juan Manuel, ayudados por los reyes de Aragon y Granada, envió á Soria á su merino mayor Garcilaso de la Vega.

Favorito este del Monarca en union con Alvar Nuñez de Osorio, era tan odiado por el pueblo como su compañero de privanza, y fácil es de comprender que no se veria con mucho gusto su llegada á la poblacion.

Hízose correr la voz por los enemigos de Garcilaso que este iba á posesionarse de la ciudad, castigando á los partidarios del infante D. Juan Manuel.

Con estos antecedentes los sorianos decidiéronse á impedir la entrada del merino mayor y de sus gentes, en términos que este tuvo que aposentarse en el monasterio de san Francisco, situado en las afueras de la ciudad, alojándose sus soldados en los lugares vecinos.



Alfonso XI.

Garcilaso envió á preguntar á la ciudad por qué se le negaba la entrada, siendo así que su objeto era solamente reunir la hueste para entrarse por las fronteras de Aragon en son de guerra.

Los sorianos, á su vez, enviáronle un mensajero, prévio acuerdo de la ciudad, el cual le contestó que, puesto que su objeto no era mas que el de reunir los soldados de Soria á los que habian de partir para la guerra, podia marchar tranquilo hácia la frontera que allí irian á reunírsele, proveyéndole de vituallas y cuanto fuese necesario para el mejor éxito.

En esta negativa de los sorianos á recibirle, iba envuelta una ofensa al hombre que además se presentaba con el carácter de enviado del Monarca, siendo, por lo tanto, causa de su disgusto y de que pronunciase varias frases bastante duras ante el caballero que le llevó tal respuesta.

Á su vez los sorianos, cuando supieron lo ocurrido, enfureciéronse doblemente, enviando nuevo mensaje á Garcilaso para que se alejase de allí y no persistiera en su empeño de penetrar en la ciudad si no queria ser causa de mayores males.

Concíbese muy bien que al extremo á que habian llegado ya las negociaciones, el enviado del Monarca no quisiera ceder, y que por el contrario, persistiera en exigir que se le franquease la entrada.

Desde este instante los sorianos no pensaron mas que en deshacerse del que consideraban como su enemigo y de los veinte y cuatro caballeros que le acompañaban.

Esto era necesario hacerlo, de modo que los cogieron desprevenidos á fin de que no pudieran acudir en su socorro los soldados que estaban por las inmediaciones.

Para ello idearon abrir una puerta en el muro por la parte que daba al monasterio á fin de caer sobre ellos antes de que pudieran apercibirse de nada.

Efectivamente, hiciéronlo así; y una tarde, cuando Garcilaso y sus amigos regresaban de una excursion por los alrededores, al apearse á la puerta del monasterio, lanzáronse repentinamente sobre ellos, penetrando en su seguimiento hasta en el mismo templo, ensangrentándole con los asesinatos, tanto de Garcilaso y de su hijo, como de los demás que constituian su séquito.

Algunos, disfrazados con hábitos de frailes, escaparon, dirigiéndose hácia el inmediato pueblo de Golmayo, pensando así librarse de la suerte que les amenazaba, pero inútilmente.

Alcanzáronles allí las tumultuadas turbas, y muchos sucumbieron en el mismo sitio donde creian encontrar su salvacion.

Cuando llegó á noticia del Rey semejante hecho, irritóse extraordinariamente, mas comprendiendo que no era ocasion oportuna para tomar venganza, disimuló, hasta que al siguiente año, volviendo de la villa de Agreda, donde fue á acompañar á su hermana D.ª Leonor que habia de casarse con el rey de Aragon, mandó destruir trescientas casas de las mas principales, sembrando de sal otras muchas, y castigando con no menos dureza á los indivíduos que pudo hallar á mano, pues muchos habian procurado ya ponerse en salvo.

Este desgraciado suceso fue de gran trascendencia para la futura suerte de Soria.

Su vecindario, sus casas disminuyeron en gran manera, pudiendo decirse que entonces dió principio la decadencia de una poblacion que habia llegado á ser verdaderamente importante.

IX.

Desde el reinado de D. Pedro I de Castilla hasta el de D. Juan II.

Largo espacio, desde los últimos sucesos pasó, sin que en Soria ocurriese nada de notable.

La terrible venganza tomada por Alfonso XI pesó durante muchos años sobre la

poblacion que en vano, desde entonces, trató de recobrar su antiguo estado.

Faltaban multitud de familias que, ó bien extinguidas, ó bien expatriadas, la privaban de un gran elemento de movimiento y vida.

Así fue que permaneció muchos años sin tomar parte activa en los acontecimientos que tenian lugar en el reino, hasta que en 1358, D. Enrique de Trastamara hizo pagar harto caro á los sorianos el ser vasallos de D. Pedro I.

Azaroso y triste fue todo aquel período para la mayoría de los pueblos de Castilla. Ambos hermanos haciéndose una guerra de exterminio con auxiliares extraños la mayor parte del tiempo, destruian las poblaciones y talaban los campos de aquel mismo territorio que se disputaban.

Los caballeros de Soria partidarios de D. Pedro auxiliáronle en aquel desastroso período, por cuya razon tal vez, al subir al trono de Castilla el fratricida de Montiel, cedió la ciudad de Soria á su auxiliar el famoso Beltran Duguesclin, como varias otras villas y lugares, en pago de sus servicios.

Duguesclin presentóse ante los muros de Soria para tomar posesion de ella en virtud del despacho rodado que el Rey le confiriera, mas los sorianos que no estaban ni acostumbrados á ser cedidos como un rebaño de siervos, ni placiales tampoco haber de reconocer vasallaje á un extranjero, apercibiéronse para la defensa permaneciendo muchos dias los franceses en el arrabal sin poder penetrar en la poblacion, á pesar de los repetidos mandatos del rey D. Enrique para que aquella se entregase.

Por fin cedieron sin duda los franceses y se alejaron de la resuelta Soria, pegando fuego antes al arrabal, el cual quizás se propagaria á parte de la ciudad, puesto que segun la confirmacion de un privilegio hecho por D. Juan I en 1384, despréndese que la ciudad fue quemada con su arrabal por Mosen Leon que gobernaba en aquel punto por Mosen Beltran Claquin.

Que á pesar de los reveses que la ciudad sufriera, tanto por su posicion cuanto por el valor de sus naturales era plaza de importancia, se desprende al ver que en 1373 los ingleses ofrecian su posesion, como cebo, al rey de Aragon para que les ayudase en la guerra que pensaban hacer al castellano, y cuando el mismo rey de Castilla hubo de dar á Beltran Duguesclin en equivalencia de ella 260,000 doblas.

El doble enlace del príncipe heredero de Castilla D. Juan, con D.ª Leonor de Aragon y el del príncipe de Navarra D. Cárlos, con D.ª Leonor de Castilla, celebráronse en esta ciudad, habiendo con este motivo grandes fiestas y obteniendo merced á ello grande lucro los habitantes además de los privilegios y mercedes otorgadas á los dueños de las casas en que los régios consortes se aposentaron.

Cortes generales celebró en Soria el rey D. Juan I tratándose en ellas de varios asuntos de interés para el reino, y concertándose además el casamiento del infante D. Enrique con D.ª Beatriz de Portugal, casamiento que despues no llegó á verificarse.

Entre las disposiciones adoptadas en estas cortes es digna de especial mencion la que ordena que las mancebas de los clérigos se distingan en lo sucesivo de las mujeres

honestas, «por un prendedero de paño bermejo de tres dedos de ancho, puesto sobre el tocado.»

De esta misma ciudad sacó aquel Rey gran número de caballeros que le acompañaron á la guerra de Portugal, pereciendo todos en la memorable batalla de Aljubarrota tan contraria á las armas castellanas.

Juan Ramirez de Arellano, señor de los Cameros, era quien iba mandando la hueste de sorianos y riojanos y todos cumplieron como buenos.

Uno solo de entre ellos pudo volver con vida á Soria, y es fama que al verle llegar su padre y saber de sus labios la terrible nueva de tan gran desastre, echando mano á la daga le dijo: —«*Hijo non es posible que vos entráredes á pelear en la batalla donde tanto bueno quedó; non deviades vos aca venir.*» —y al pronunciar estas frases le atravesó el pecho con el arma que blandia.

Largo tiempo permaneció preso en el castillo de Soria el infante D. Juan hijo del rey D. Pedro y de D.ª Juana de Castro.

Envuelta en el mas oscuro misterio existe la vida de este desdichado hijo del rey de Castilla, sin que las mas repetidas investigaciones hayan podido esclarecerlo.

Preso á su vuelta de Inglaterra, fue encerrado en el castillo indicado bajo la guarda de D. Beltran de Eril, con cuya hija llamada D.ª Elvira, se casó, muriendo en la prision, siendo enterrado en la iglesia de San Pedro hasta que fueron sus restos trasladados al convento de Santo Domingo el Real de Madrid.

De nuevas talas fue la víctima la comarca de Soria en el año de 1429. El rey de Aragon penetró por ella con su ejército y hasta que en 1435 se avistaron el monarca de Castilla y su hermana la reina de Aragon, no se ajustaron las paces entre ambos reinos, cesando por entonces los desastres que sufrieran las tierras de Soria.

Doce años mas tarde de nuevo penetraron los aragoneses en aquellos campos, apoderándose de la fortaleza de Peña de Alcázar, lo que obligó al Monarca castellano á apercibirse para rechazar semejante agresion, dirigiéndose á Soria con numerosa hueste.

Felizmente pudo evitarse la guerra que parecia inminente y los sorianos respirar con alguna mas tranquilidad que hasta entonces.

Mas á falta de las perturbaciones extrañas hubieron de sufrir las propias, que en época como la que vamos recorriendo, no podian por largo espacio reposar los pueblos, que si no les agitaban las guerras con los monarcas vecinos, nunca faltaba un magnate que, ó bien se pusiera en armas contra su legítimo señor, ó bien á fuerza de exacciones y atropellos, vejara á las poblaciones que tuviera á su cargo.

Respecto á Soria, tocóle esta desgracia con su gobernador Juan de Luna sobrino del condestable D. Alvaro decapitado algunos años antes en Valladolid.

Cargados ya de tributos los sorianos, impúsoles otro nuevo el gobernador, oponiéndose con tanta justicia como resolucion Hernan Martin de San Clemente, fiel de Soria y su tierra, mirando en pro de los sagrados intereses que le estaban confiados.

Agriáronse las cuestiones entre ambos y el resultado fue que valiéndose el de Luna de un bribon llamado Juan Barnuevo, el cual reunió un centenar de villanos como él,

asesinó al procurador Hernan Martin, á un hijo suyo (1) y cometió otra porcion de desmanes y tropelias en la ciudad, de las cuales conservaron recuerdo por mucho tiempo los sorianos.

Mas no quedaron sin castigo los culpables.

Sus parientes, la ciudad entera, demandaron justicia al rey D. Enrique IV y él

(1) Un proceso incoado con este motivo y que el ilustrado autor de la historia de Soria publicada en *La Crónica general de España*, ha tenido ocasion de ver, refiere aquel hecho con tanta sencillez como verdad.

Esto nos mueve á copiar integro el periodo á que en la obra mencionada, se refiere el Sr. Perez Rioja.

Dice asi:

«Martes 11 de Henero de 1459 años entre las doce y una estando todos durmiendo en sus casas, entró Juan de Barnuevo con 100 hombres en Soria y fuése derecho á casa Hernan Martinez de San Clemente, y cercándosela, dió con las puertas en tierra y encendiendo luces, se fué para el aposento donde dormia Hernan Martinez de San Clemente (que era ya viejo y biudo), dió golpes á la puerta diciendole que abriese, y declarandole como era Juan de Barnuevo; respondió que le esperase mientras se echaba una ropa, y empuñando una espada abrió, y vista la gente, preguntó al Juan de Barnuevo qué queria. Él le respondió, no tenga pena buesa merced que no es nada. Y el Hernan Martinez de San Clemente le replicó; pues hazed lo que quisiéredes. Y el Juan de Barnuevo, le puso guarda de los que consigo llebava, y con el resto de la gente, se vino la calle abaxo á casa de Lope de San Clemente su hijo, que era la primera, y hallando abierta la puerta de la calle, que un azemilero suyo avia madrugado á yr por leña, y se dejó la puerta asi, y pareciéndole al Juan de Barnuevo que los avia sentido allí, pasaron á la casa del hermano que fué la de Alonso de San Clemente, hallaron cerradas las puertas y al ruido que tenian en la calle (dice el testigo) que dispertó un criado de casa, y desde la ventana les dixo: á ellos, á ellos que mas somos que ellos, y les arroxó un tizon con lumbre, y fué corriendo al punto de su señor adarle aviso de como quedavan haciendo fuerza para hechar las puertas en tierra. El Alonso de San Clemente se levantó, y ya estaba la gente dentro, y encendieron hachas y candelas para entrar por la casa, y al entrar ellos en el patio, el Alonso de San Clemente se pasaron por un agujero á otra casa vecina, y los enemigos, como acertaran á verles fuéron tras él, y le cogieron: y declara el testigo que hazia luna clara y que desde una ventana vió como sacaron á la calle á Alonso de San Clemente, y el Juan de Barnuevo hechó mano á un puñal y le fué á dar un golpe, mas tubóle el Alonso de San Clemente el brazo, y á esto acudió la otra gente y le dieron tres cuchilladas en el muslo derecho, y dijo el herido á vozes tres vezes (confesion) confesion; y luego el Juan de Barnuevo le dió una puñalada por la tetilla derecha, de la cual cayó en tierra, y alli le degolló el Barnuevo, y le dió otras dos puñaladas amantemente por la degolladura: dexándole muerto á la puerta de su casa, se entraron adentro y le saquearon y robaron la casa y se llevaron quanto en ella avia, y testifica el dicho hombre que hallaron en plata cosa de quarenta marcos y en la caballeriza tres caballos de la brida é uno de la gineta é dos mulas de silla é tres azemilas é un asno, y que andando en el saco uno de los cien lacayos de Juan de Luna (que asi los llamavan), quitó á su muger del Alonso de San Clemente un'alayd de aljofar muy rico que trahya al cuello, que era lo mismo que sarta ó gargantilla, y ella le rogó que tomase el alayd y la matase, pero no la mató. Los criados de casa salieron á recoger el cuerpo de su señor, mas no se le dejaron meter los que estavan de guarda. Mientras esto pasava en casa de Alonso de San Clemente, su hermano Lope de San Clemente, viendo no ser parte para resistir á tanta gente, púsose en salvo, y dexó su casa al riesgo que la viniese y pasóse por un agujero á casa del Bachiller Calderon, y alli vinieron las monjas que avia en Santa Clara con color de que venian á consolar á la muger de Alonso de San Clemente, y miraron cual era la mas larga monja de las que alli avian venido, é desnudóse el hábito é vistiéronsele á Lope de San Clemente y con asaz temor dellas seyendo á boca de noche llevaron asi á su monasterio al Lope de San Clemente. Estas palabras son del testigo, el cual (dize) fué en hazer el agujero por donde se pasó Lope de San Clemente á casa del Bachiller Calderon, y en vestirle el hábito de la monja. Luego que Juan de Barnuevo hubo acabado con la casa de Alonso de San Clemente, vino á la de Lope de San Clemente para matarle, la cual estava cerca: y como no le hallaron, dieron saco á su casa, y de aqui se fuéron á la de Hernan Martinez de San Clemente su padre, en la cuan recogieron todo lo que de las otras avian robado, y dexando en guardello algunos lacayos, el Juan de Barnuevo con los demás llevó preso al Hernan Martinez de San Clemente á la Torre de la Puente, y lo pasó por delante del cuerpo difunto de Alonso de San Clemente su hijo, que le fué de grande dolor.

«Despues de pasado el padre, dexaron el cuerpo á los criados para que le metiesen en casa, de donde se entiende que lo avian antes estorbado porque el padre lo viese: ya á este tiempo era cerca del dia, y Juan de Barnuevo fué al castillo á dar cuenta á Juan de Luna de la maldad que avia hecho, y diziéndole como dexava en prision á Hernan Martinez de San Clemente; le dixo ¿que por qué no le avia muerto, que á ese avia de matar el primero? A lo cual respondió el Juan de Barnuevo, que no tuviese pena, que bien se podia enmendar el yerro. Los cien lacayos á esta saçon estavan encastillados en las casas de Hernan Martinez de San Clemente que eran fuertes y con su torre de piedra, y en la de la iglesia de Sancto Thomé que está junto á ellas. Aqui se hizieron fuertes y repartieron el robo, que fue de muchas riquezas de joyas, de oro y de plata, de cosas de casa, especialmente de la casa de Hernan Martinez de San Clemente; el cual se estava en la Torre de la Puente aparexando para bien morir. Robaron tambien la casa del Arcediano de Soria; su hijo, y otras algunas. Venido el dia las monjas de Santa Clara y algunos religiosos padres de San Francisco fuéron á rogar á doña Maria de Luna, muger del Juan del Luna, que recavase con su marido les diesen á Hernan Martinez de San Clemente, y una de las monjas que lo pedia era la Constanza de San Clemente, su hija. La respuesta que dió el Juan de Luna á su muger fué decir: que si, que él les daria á Hernan Martinez de San Clemente, y hablando con Juan de Barnuevo le dixo que fuése á las Torres de

mismo en persona acudió á Soria condenando á muerte á los que pudieron ser habidos de aquellos miserables.

Juan de Barnuevo pudo escapar por el momento, pero mas tarde murió á manos de aquellos mismos rufianes de quienes se valiera para su misma hazaña, en la batalla de Albarcuza.

En cuanto al principal autor de semejante villanía, D. Juan de Luna, al decir de las crónicas, no se quedó tampoco sin castigo, aun cuando suponemos que el que obtuvo, mas que dar una satisfaccion á la pública vindicta, fue para acallar la ambicion del marqués de Villena D. Juan Pacheco.

Supónese que el Monarca mandóle llamar bajo el seguro de su palabra y ofreciéndole el perdon, mas cuando le tuvo en su poder, hizo que le prendiesen en una cacería haciéndole escoger entonces, entre perder la vida ó entregar las fortalezas de Soria y de San Estéban de Gornaz á D. Juan Pacheco que las deseaba.

Soria no consiguió en todo esto mas que cambiar de señor. A Luna sucedió Pacheco cuya ambicion y cuyas rebeldías fueron tan célebres en los reinados de D. Juan II y de su hijo Enrique IV.

El gran maestre de Calatrava que la poseia en 1470 se la cedió á su hermano, y poco tiempo despues pasó á poder de la corona, terminando con esto la parte histórica de nuestra ciudad durante la Edad media.

X.

Gobernacion de Soria durante la Edad Media.—Sus fiestas.—Los Doce Linajes.

Nada que mas claro demuestre el lustre y nobleza de la antigua Soria que la institucion de los *Doce Linajes* que tan importante papel jugaron en la Edad media tanto para el gobierno interior de la villa cuanto en las guerras que por aquel tan dilatado espacio ensangrentaron nuestro suelo.

Ya hemos hablado en otro lugar de Fortun Lopez como el encargado de repoblar y defender á Soria, y fácil es comprender que á su lado acudirian algunos otros caballeros de noble estirpe y probados en los azares de la guerra.

De aquí se presume que data aquella institucion, pues este número de nobles creáronse el compromiso de defender la villa estando siempre dispuestos para combatir, y sosteniendo, aderezadas sus huestes, para defender el pueblo y las fronteras.

Doce fueron los indivíduos que constituyeron aquel robusto tronco, del cual brotaron tan poderosas ramas, obteniendo privilegios y concesiones, en completa armonía con el servicio que prestaban y la obligacion que se imponian.

Como su mision era no solamente la de defender aquella tierra si que tambien la

la Puente y matase á Hernan Martinez y muerto se le diese. El Juan de Barnuevo lo cumplió asi porque fué á la Puente y le dió de puñaladas, y llegando allá por él su hija la monja con las religiosas y padres de San Francisco, y otras personas seglares, les sacaron muerto á Hernan Martinez de San Clemente y se le dieron. La hija y las monlas recibieron el cuerpo con gritos y llantos y le llevaron á su monasterio de Santa Clara, donde le enterraron en el chorro por causa de estar ocupada y tomada por los lacayos la iglesia de Sancto Thomé y no se poder enterrar en la capilla mayor que era suya. Cometido este delito Juan de Barnuevo y su gente se fuéron á Navarra.»

de procurar su adelanto y el aumento de su poblacion, natural era que tomasen una representacion y participacion grande en su gobierno.

Este, le compusieron las dos comunidades representadas por la villa por medio de los alcaldes y los *Doce Linajes* por diputados nombrados de su mismo seno.

Mas tarde entraron en el gobierno de Soria los corregidores y regidores y entonces tuvieron participacion los tres estados en la direccion de los asuntos interiores de la poblacion.

Los *Doce Linajes* tenian el derecho de proveer las escribanías de la ciudad; elegir tres indivíduos del Ayuntamiento de su propio seno; la provision de regimientos y guardas de Valonsadero; la eleccion del alferez mayor de Soria y su provincia, el cual se llamaba el *caballero del Pendon* y era el que acompañado de la nobleza hacia la proclamacion de los reyes.

Iguales en categoría los *Doce Linajes*, llevaban las denominaciones siguientes:

El de los *Chancilleres* que representaba dos; el de los *Morales* que tambien eran otros dos denominados el uno, *Somos — Blancos*, y *Hondoneros* ó *Negros* el otro; el de *Martin Salvador*, que tambien se dividia en dos con la distincion de *Someros* y *Hondoneros;* el de *Santisteban;* el de *D. Vela;* el de *Calatañazor;* el de *Santa Cruz;* el de *San Llorente* y el de *Barnuevo*.

El Chanciller, nombrado tambien por los *Doce Linajes*, tenia á su cargo la revision y sello de los instrumentos públicos, teniendo bajo su custodia el sello de armas de la ciudad.

Cada uno de los *Linajes* tenia su iglesia particular donde celebraban sus cabildos ó reuniones y en la de San Miguel de Montenegro, que hoy ha desaparecido, era donde tenian las juntas generales.

En clase de administracion poseian la iglesia de San Lázaro con todas sus tierras de labor, además de otra porcion de heredamientos, montes, molinos y censos.

Merced á las grandes rentas que tenian, fundaron un hospital para recoger á los niños expósitos, haciendo otras varias obras de gran importancia.

Entre los privilegios de que disfrutaban, merece citarse el que les concedió Alfonso XIII de cien pares de arneses, sillas, escudos y capellinas, que cada monarca habia de darles al subir al trono.

Disfrutaron de este privilegio hasta los Reyes católicos, quienes le trocaron por la suma de 350,000 maravedís, los cuales cobraron hasta el reinado de Cárlos III.

Fernando IV el Emplazado, concedióles otro, en virtud del que se encomendaba á los *Doce Linajes la guarda de los reyes en tiempo de guerra*.

En la desdichada jornada de Alarcos salvaron la vida del Monarca, habiéndose portado valerosamente sucumbiendo en gran número, los mil doscientos caballeros hijosdalgo de la jurisdiccion de Soria que acudieron á aquel hecho de armas.

. . . . . .

Como verdaderamente original, no podemos dejar pasar desapercibida la fiesta llamada de *Las Calderas*, cuyo inmemorial orígen las hace doblemente dignas de llamar la atencion.

Indudablemente los elementos religioso, político y civil, aunados, tienen su parte esencial en el fundamento de esta diversion que durante algunos dias lleva la agitacion y el bullicio á la tranquila Soria, y que no puede menos de sorprender agradablemente al forastero.

Celébrase esta fiesta el primer domingo despues de san Juan, y la base de ella no puede ser mas original.

En su primitivo tiempo, los Jurados elegidos por cada cuadrilla, eran los que llevaban la iniciativa en esta diversion, hoy son los alcaldes de barrio, pues en estos se halla dividida la poblacion segun nuestro actual sistema de administracion económica y civil.

Prévio el permiso del Ayuntamiento reúnense para disponer las fiestas, adquirir fondos y formalizar sus cuentas con la cooperacion de los vecinos de sus respectivas cuadrillas.

Cuatro auxiliares á quienes llaman *Cuatros*, tiene á sus órdenes cada Jurado ó alcalde, y estos hacen las convocatorias y prestan otra clase de servicios mas inferiores.

Lo primero que cada jefe de barrio procura, es adquirir un toro para lidiarle en su dia, y reunidos los diez y seis, se dirigen á la dehesa para hacer la compra y *lavar la lengua al toro*, segun dicen.

Fácilmente se comprende que con esta expedicion da principio la fiesta.

La lavada de la lengua del toro, celébrase con grandes meriendas, y escogidas las reses, tráenlas á la plaza.

Hácese la prueba á presencia de la multitud y al dia siguiente son lidiados muriendo todos, menos uno que se rifa.

Aquella noche hay grandes bailes en la casa de cada uno de los Jurados, donde se ve el Santo titular, en un altar primorosamente adornado.

Al dia siguiente marchan las cuadrillas al campo en alegre romería, llevando cada una en su caldera la res que le corresponde, formándose todas en la dehesa hasta que la autoridad va probando cada una de las viandas.

Celébrase despues la comida y entre bailes y zambra y alborozo, abandónase el campo para dirigirse cada cuadrilla por su Santo, y procesionalmente se dirigen á la iglesia donde se celebra una gran funcion.

Repítense las meriendas durante dos dias mas, acudiendo gran número de vecinos de los pueblos inmediatos, reinando con este motivo una gran animacion y movimiento en la ciudad durante ese espacio.

Estas cuadrillas ó barrios de hoy tienen una gran significacion histórica.

En otros tiempos reunidas cada una bajo la presidencia del Jurado no solamente se ocupaba de los asuntos puramente municipales, si que tambien de los negocios así civiles como criminales.

Piérdese en la oscura noche de los tiempos el origen de estas cuadrillas, puesto que en el fuero de Soria, se reconocen los derechos poder y autoridad que tenian.

Por lo tanto compréndese muy bien lo interesante que es ver la reproduccion de aquella antiquísima forma de gobierno, en nuestros dias, siquiera sea para la ordena-

cion de unas fiestas, pues ello demuestra el espíritu de amor hácia sus antiguas leyes, que conservan los sorianos.

Los pobres tienen tambien su participacion en ellas, y tanto bajo el punto de vista filantrópico cuanto por su esencia verdaderamente popular, son dignas de llamar la atencion.

Hay quien tacha tanto estas fiestas puramente tradicionales con sobrada dureza, creyéndolas incompatibles con los adelantos y la ilustracion de la época; pero nosotros sin declararnos acérrimos defensores de ellas, solo dirémos, que placeres y diversiones que se apoyan en una veneranda costumbre, que tienen por base la conmemoracion de un hecho, de una gloria, de un recuerdo de pasadas instituciones y que son esencialmente populares y filantrópicas, son mas dignas de loa que de vituperio.

Présteselas en buen hora cierto barniz mas en armonía con la actual civilizacion, corrijanse algunos defectos que pueden tener como la de que nos ocupamos, fue corregida hace mas de trescientos años por la misma reina esposa de Cárlos V (1); pero

(1) Por su originalidad y para que pueda apreciarse debidamente el espíritu y fama de esa fiesta tan popular y característica de la ciudad que historiamos, transcribimos íntegro el siguiente documento por el cual se reformaron aquellas, que tambien lo trae el Sr. Perez Rioja en su historia de la provincia de Soria.

Dice de este modo:

«Ordenanzas de la fiesta titulada de la Madre de Dios.

«D.ª Isabel, por la divina clemencia emperatriz, reina de Castilla, de Leon, de Aragon, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarves, de Gibraltar, de las Islas de Canaria, de las Indias, Islas é Tierra Firme del mar Océano, condesa de Barcelona, señora de Vizcaya é de Molina, condesa de Flandes é de Tirol, é duquesa de Aténas é de...

«Por cuanto por parte de los Caballeros, Consejo, Justicia é Regidores de la mi Ciudad de Soria me fué hecha relacion que en esa dicha Ciudad de tiempo inmemorial se celebraba una fiesta que se llama de Nuestra Señora el Domingo primero despues de San Juan, en la cual dicha fiesta se hacian gastos deshordenados é se ocupaban con ella muchos dias, é la Misa é procesion no se decia ni hacia con aquella reverencia, solemnidad y devocion que se requeria é de noche é de dia se cometian muchos pecados públicos, á causa de lo cual y para reformacion de ello avia echo ciertas ordenanzas que en el mi consejo presentantes, las cuales se habian comunicado é comunicado é practicado con el obispo de ese obispado, las cuales eran útiles y provechosas al bien de dicha Ciudad é Vecinos de ella, é me suplicastes é pedistes merced las mandase confirmar é aprobar é mandar que se guardasen é cumpliesen, segun é como en ellas se contenia é como la mi merced fuese, lo cual visto por los de mi consejo é las dichas ordenanzas que de uso se haze mencion, que son del tenor siguiente: —En el nombre de Dios y de Nuestra Señora Virgen María, amen. —En la noble ciudad de Soria á tres dias del mes de Diciembre año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil é quinientos é treinta é cinco años, estando juntos los muy ilustres Señores, Caballeros é Consejo, Justicia é Regidores de la dicha Ciudad en la Sala de la casa de su Ayuntamiento, segun que lo tienen de uso é de costumbre de se ajuntar y estando presentes en dicho Ayuntamiento los Señores Diego Mexia Dobando, Corregidor en la dicha Ciudad y su tierra, é el Licenciado Zorita su Teniente é Juan Morales é Juan de Barrionuevo, é Juan Ruiz de Ledesma, Regidores, é Juan de Torres de Mendoza, y el Licenciado Pedro de Morales por el estado de los Caballeros, y Fernando de Barrionuevo, Fiel de la Tierra, y el Licenciado San Clemente, asesor de la dicha Ciudad, y que el Doctor Castro Asesor de la terra é Alfonso de Jayme Procurador del Comun de la dicha Ciudad, é Gonzalo de Fresneda Procurador de la Tierra de la dicha Ciudad y en presencia de mí, Juan Ramirez de Lucena, Escribano público del Número é Ayuntamiento de la dicha Ciudad, los dichos Señores digeron: que por cuanto la experencia extrañamente por muchas é grandes desazones que hacerca de la fiesta que llaman de la Nuestra Señora que en esta Ciudad se hace é celebra en cada un año un Domingo despues de San Juan de Junio se sacan muchos gastos desordenados é ocupan las gentes muchos dias en la dicha fiesta é se seguian de dichos inconvenientes dignos de reformacion, y en lo espiritual é procesion é misa no se hazia ni cumplia con aquella solegnidad é decoro que se requeria para el servicio de Nuestra Señora la Virgen María, en cuyo servicio é nombre de dicha fiesta se hacia, sobre lo cual el muy ilustre licenciado Señor D. Pedro Gomez, nuestro obispo de Osma, ha hablado con ellos para reformar cerca de la dicha fiesta con que fuese propio de reformacion por ende que ellos procurando el servicio de Dios é Nuestra Señora su vendita madre, é lo que convenia al bien público de la Ciudad vecinos é moradores de ella, é conformándose con el tiempo ordenaban é ordenaron que de aqui adelante para siempre jamás en la celebracion de la dicha fiesta se tenga la forma, se haga é cumpla en la manera siguiente: 1.ª Primeramente ordenamos y mandamos que de aqui adelante la dicha fiesta de Nuestra Señora continúe el Sábado á las vísperas vigilia de dicho Domingo despues de San Juan de Junio é se repiquen todas las campanas de las Iglesias de dicha Ciudad, é se digan las vísperas solenes de la manera que se suele hacer en otras vigilias de las fiestas de Nuestra Señora la Virgen María. 2.ª Iten que por cuanto las cuadrillas de esta Ciudad tienen por costumbre loable de sacar en procesion el Santo é Santos de la vocacion de dicha

dejó de las subsistentes siempre que no ofendan ni á lá religion, ni á la moral ni á las costumbres.

Otras diversiones han traido consigo los modernos tiempos tal vez mas perniciosas que esas tradicionales fiestas populares y por mas que ellas suelen entrañar la perdicion de muchas familias, tampoco serémos nosotros los que las condenarémos en absoluto.

Holgáranos sí, que se las vigilara mas, que se las atendiese porque bien merecen atencion todos los actos del pueblo, puesto que ellos, por decirlo así, constituyen su cultura y su moralidad, mas por desgracia tanto en esto como en otras muchas cosas de que fuera prolijo el hacernos cargo, vemos que está sobradamente desatendido.

Con esta ligera reseña de la gobernacion de Soria y de su antiquísima fiesta terminamos por decirlo así todo el período de la Edad media en lo que á Soria se refiere.

Poblacion importante como plaza fronteriza en una época en que España estaba dividida en distintos reinos, desde el momento en que estos se unan y concentren en una sola mano, desaparece tal vez la mas grande causa de su importancia.

Las guerras de monarca á monarca, las disensiones civiles, creadas, sostenidas y alimentadas por la ambicion de la nobleza y por la especie de tutela en que tenia constantemente á la corona, acállanse desde el momento en que una mano poderosa y fuerte

Cuadrilla é llebando en dicha procesion en hombros é andas como es costumbre, mandamos que de aqui adelante el Sacristan que fuere de tal Iglesia sea obligado á lo que los Cuatros de las Cuadrillas sean obligados de le llebar en los hombros á la procesion é traerlo á la dicha Iglesia do saliere é que en esto haya gasto ninguno con hombres ni con mugeres y que en la dicha procesion yendo é viniendo lleben tamboriles é danzas ó diversiones que sean de hombres é no de mugeres por órden y como lo requiere la fiesta. 3.ª Iten ordenamos é mandamos que las cuadrillas de la dicha Ciudad el dicho Domingo en dicha fiesta de Nuestra Señora se junten en las Iglesias donde tienen de costumbre de se juntar hombres y mugeres, é que subiendo la procesion de San Pedro salgan con su Santo é Solecnidad é vengan á la dicha procesion y entren en ella y vayan los Santos en medio como se hace el dia de hoy por á quella órden y en aquel lugar delante é de tras de la manera que solian ir hasta aqui, é por que las cuadrillas que están dentro de la Ciudad salgan á dicha procesion todas antes que lleguen á la Punta del Postigo, y los de los arrabales é Santa Bárbara salgan al campo y entren en la procesion por el órden que antes tenian y que no lleben como solian, no hallamos razon ni origen para que los llebaban. 4.ª Iten que en llegando á Nuestra Señora Santa Maria del Mercado, en cuya casa siempre se celebró esta fiesta, que la procesion toda junta como ba, den una vuelta al rededor como es costumbre y se entren en la dicha Iglesia, y alli se diga la misa de la procesion con toda solecnidad, como es razon que se aga, é por que no se podrán borber con la procesion ordenados como vinieron, por razon de lo que se han de ocupar para la caridad, que los Santos que lleban esten en la dicha Iglesia; desde la caridad cada uno de ellos buelba el Santo á su Iglesia como se suele hacer no haya procesion á la vuelta. 5.ª Iten por cuanto hasta aqui se nombraban cada cuadrilla un Mayordomo y un compañero para servir en dicha fiesta é hacer un padron é repartimiento de muchos maravedises en cada cuadrilla por todos los vecinos de todos los estados de personas de la dicha Ciudad, y Clérigos legos ricos é pobres para gastar en comer y veber, y estas cosas temporales mal gastadas, de que se siguen muchos daños é perjuicios contra los mayordomos como á los tales cuatros, y para pagarlos á veces sucede que cada año se vendian muchas prendas de pobres y se seguian otras cosas que no convienen decir ó de ningun servicio para Nuestra Señora; por ende procurando el bien público ordenamos ni se haga padron ni repartimiento de maravedises algunos por dichas cuadrillas y algunas de ellas, pues no ha de haber gastos para que sean menester. 6.ª Iten por cuanto de tiempo inmemorial á esta parte se dió siempre una cantidad de pan é vino, é carne de vacalado á las personas que la quisiesen recibir, ansi personas de fuera de la ciudad como de vecinos de ella, lo que fue inventado para dar á los pobres, é para esto solian cada cuadrilla matar un novillo, y el pan é vino hacian muchos de los dichos gastos, por ende ordenamos que la dicha Ciudad de aqui adelante é despues de acabada la misa solemne de la procesion, en tañendo la campana de Nuestra Señora de Mercado como se suele hacer y que el gasto sea de esta manera, que la Ciudad tome el pan que se da de renta de las suertes de los Tajones de la labor de Valonsadero que son de todos los vecinos de todos los estados de dicha Ciudad y que despues y si aquello no vastare lo demás se ponga y gaste de los propios de dicha Ciudad ó de otra cosa como al regimiento pareciese á la dicha Ciudad ó mayordomo compren cada un año dos ó tres nobillos los que fuesen menester, los cuales se gasten é den haciéndose dividir raciones de caridad en el campo donde se suele dar, é sus raciones de pan é de vino á los pobres é las personas que se presentasen á recibir la dicha caridad é que se cargo de hacer dividir la carne, el pan y el vino y el guisar la carne é dar la dicha caridad lo tenga la justicia é Regidores é Caballeros ó personas del Ayuntamiento é como quien ellos mandasen partir, que se dé bien dada y por su órden, é porque será trabajosa cosa buscar manteles para tantos, mandamos que se dé la carne

no solamente enfrena todas aquellas ambiciones si que tambien reune las coronas de los varios Estados que con muy ligeros intervalos de paz habian sido cási siempre enemigas.

Dada la unidad de España, arrojado de ella el enemigo comun, que era el musulman, cierta clase de instituciones, cierta clase de importancia de muchas poblaciones debia desaparecer.

Soria está en este caso. Los Reyes católicos al arrojar de España á los musulmanes reuniendo en una las coronas de Castilla, Leon, Aragon, Cataluña y Navarra; restringiendo los poderes de aquella nobleza díscola y turbulenta, hiciéronla perder parte de su importancia dejándola reducida á seguir solamente la suerte general del país.

Verémos en las épocas posteriores si bajo otra forma de gobierno y en otras condiciones totalmente distintas, Soria supo mostrarse digna de su pasado tan lleno de gloriosos recuerdos.

XI.

Soria bajo el dominio de la casa de Austria y de la de Borbon.

Escasísima importancia tiene Soria durante el largo período en que ocuparon el trono español los indivíduos de la dinastía austríaca.

Tomó tambien su parte en la cruzada emprendida por la mayoría de las ciudades

sobre el pan á los que la reciviesen é que no dén á persona ninguna vino en jarra ni en otra basija para lo llebar, sino que el que quisiera lo veva allí, é lo dé él, y que las raciones de pan sean de cuatro en cuartal y el vino sea que ocho jamas hagan azumbre, y la racion de carne sea de un cuarteron de carne cada una, como pareciere á los que lo han de dar el pan é vino é carne. 7.ª Iten ordenamos por escusar algunas cosas que me parecen bien que de aquí adelante en ninguna cuadrilla sola ni todas juntas no hagan bailes ni danzas por las calles de dia ni de noche hombres ni mugeres por las calles como se solia hacer; y si el dicho Domingo quieren tomar placer é bailar que sea á las puertas de sus casas, é dentro en ellas y no por las calles de dia ni de noche. 8.ª Iten por cuanto como dicho es hasta se solian ocupar Viernes, Sabado, Domingo, Lunes y aun algunas cuadrillas el Martes, que es cosa muy baga y supérflua y dañosa, mandamos que la dicha fiesta se acabe el Domingo, y no haya mas regocijo ni gasto en la dicha fiesta, pues de ello ningun servicio se hacia á Nuestra Señora, antes hera cosa deshonesta y de que tenian que decir los estrangeros que lo veian. 9.ª Otrosí por cuanto el Sábado como dicho es, la vigilia de la dicha fiesta de Nuestra Señora venian muchas personas á esta Ciudad á la dicha fiesta, y tienen de costumbre los que ansi vienen á la dicha fiesta muchos de ellos é tambien muchas personas de esa Ciudad de ir á velar aquella noche á la Iglesia de Nuestra Señora Maria del Espino é de Santa Maria del Mercado y de allí, debiendo de estar rezando y con devocion, están vailando, voceando é tocando tamboriles y atambores y otros instrumentos, é se hacen otras cosas que no son onestas ni decentes á las dichas iglesias, lo cual es contra Dios, ordenamos é mandamos que de aquí en adelante los que quisieren venir á ver las dichas Iglesias ó entraren la dicha noche, que entraren con toda devocion ó onestidad, é sin tañer ningun instrumento ni cantar ni bailar, é que el instrumento que se tañera á quella noche por solemnidad sean los órganos de las dichas Iglesias y no otros, porque lo que se hiciere sea en servicio de Nuestra Señora y no en vanidad temporal. Lo cual dichos Señores, otorgaron de la manera que dicho es, las dichas ordenanzas, é digeron que se aplicaran á suplicacion á la Emperatríd é Reyna nuestra Señora é Señora de esta ciudad para que mande ver y confirmar é que asi mismo por lo que toca á lo espiritual pedian. E pedicion por esto dicho Sr. obispo de Osma lo apruebe; é lo firmaron de sus nombres, á lo que fueron presentes Diego de Tormes é Alonso de San Juan el mozo vecino de dicha ciudad.—Diego Mexia Dobando.—Juan de Barnuevo.—Juan Ruiz de Ledesma.—Juan de Torres de Mendosa.—El Licenciado Morales.—Fernando Castro.—Licenciado San Clemente, Gonzalo de Cepeda. Fué acordado que devia de mandar dar otra mi carta para voz en dicha (Villa), razon é yo tubelo por bien, y por la presente, sin perjuicio del derecho de mi corona real y de otro tercero alguno, confirmo é apruebo las dichas ordenanzas que de suso van incorporadas, é mando que por el tiempo que mi merced é voluntad fuere se guarden, é cumplan y egecuten en todo tiempo, segun é como en ello se contiene, cuidando al que es ó fuere mi Corregidor é Juez de residencia de dicha ciudad é á sus sucesores en ello en dicha ciudad que guarden é empleen é ejecuten, é hagan guardar, é cumplir y egecutar las dichas ordenanzas segun y como en ellas se contienen, é contra su tenor, é forma de ellas no hayan, ni pasen ni consientan ir ni pasar en tiempo alguno, ni por ninguna manera, é por que lo su dicho sea público y notorio, é ningun no pueda pretender ignorancia, mando que esta mi carta é ordenanzas se pregonen públicamente en la dicha Ciudad por vuestro pregon é mercados, é otros lugares acostumbrados de ello por pregonero é ante con anticipacion, é los unos ni los otros no pagan de el ni pagan ende por ninguna manera, sopena de la mi merced é de Dios, mil maravedises para mi Camará. Dada en la Villa de Madrid á veinte y tres dias del mes de Febrero, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil é quinientos é treinta é seis. — Yo la Reyna.»

españolas al principio del reinado de Cárlos I, oponiéndose á la rapacidad flamenca, sin que otro hecho notable registren sus anales en los reinados subsiguientes.

El fanatismo religioso empezó á dominar por doquier. Los autos de fe seguian á los agitados episodios de las civiles guerras; los conventos y las iglesias ocupaban en el órden de construcciones las de los castillos y plazas muradas de la anterior edad, y el pueblo aletargado por la influencia religiosa sumergíase en el sueño del no ser, del cual únicamente podian despertarle las campanas de los templos llamándole á los divinos oficios, ó los anuncios de la próxima quemazon de herejes.

Las desastrosas guerras que en el exterior sostuvo la casa de Austria, la desdichada administracion de los dos últimos Felipes y el tétrico y vergonzoso reinado del segundo Cárlos, despoblando la nacion, arrebatándola sus tesoros y teniendo solamente encendidas las hogueras del Santo Oficio, contribuyeron de una manera extraordinaria á su decadencia.

Para comprender hasta qué punto habíase desarrollado en Soria el elemento religioso dirémos, que á principios del siglo XVIII, como restos de las dominaciones anteriores, subsistian treinta y tres parroquias, ocho conventos, un colegio de Jesuitas, otro llamado *Casa de la Doctrina*, en el que se daba enseñanza á los niños pobres bajo la direccion del clero regular, y la Casa de recogidas.

Y téngase en cuenta, que la poblacion de Soria en aquella fecha escasamente llegaria á cuatro mil almas.

Inútiles son los comentarios al lado de estas cifras que dicen mucho mas que cuanto pudieran expresar nuestras frases.

Con la entronizacion de la casa de Borbon cambió por completo la faz de España y como es consiguiente la de sus provincias.

La guerra de sucesion tuvo necesariamente que dar campo á nuevas ideas, y un órden de cosas totalmente distinto, sucedió al que rigiera hasta entonces.

Soria, despertando de su letargo, se adhirió completamente al nuevo monarca, y sin que fuera bastante á hacerla vacilar en su decidido empeño el ejemplo que la daban el vecino reino de Aragon, puesto en armas contra Felipe V, vióse obligada como plaza fronteriza que era, á fortificarse y prepararse para rechazar al enemigo y sufrir todas las consecuencias que acarrearla pudiera su excesiva fidelidad.

El puente de Garray quedó defendido por algunas piezas que del castillo se condujeron á él, y organizando dos compañías de caballería á las órdenes de D. Manuel Perez y del coronel D. Cárlos Morfi, las envió á contener á los partidarios de la casa de Austria que se aproximaban á la villa de Deza.

Al mismo tiempo se aprestó para la defensa, acordándose sus hijos que antes que todo eran descendientes de aquellos heróicos numantinos que jamás contaron sus enemigos para rechazarlos, y haciendo sacrificios considerables, á la par que mantenian á los prisioneros que los austríacos les hicieran, sostenian nuevas compañías y atendian al sostenimiento de las fuerzas que luchaban en su territorio.

Fácilmente se comprende que los partidarios del Archiduque no perdonarian á esta comarca su acendrada fidelidad á Felipe.

Talas y exacciones de todo género hubo de sufrir, sin que por esto decayera su esfuerzo un solo momento.

El vecindario ayudaba al Municipio, y de aquí que pudieran sobrellevarse las infinitas cargas que pesaban sobre él.

Habíase operado la reaccion, y la vida tornaba á la cadavérica ciudad.

Desde este momento, á la quietud sucede la animacion, y á la vida religiosa y contemplativa sucede la vida agrícola é industrial.

La guerra terminó, pero ya habia dejado en medio de su destructora huella en el órden material, el gérmen del adelanto y del progreso en el órden moral.

Los últimos años del reinado del quinto Felipe, dedicólos la poblacion á restaurar sus perdidas fuerzas, y ya la vemos al empezar el de Fernando VI en la forma con que hizo su proclamacion (1), demostrar la riqueza que en ella reinaba.

(1) Como muestra de las costumbres y de la importancia que ya habia adquirido la ciudad de aquella época transcribimos el siguiente documento que se conserva en el Archivo municipal de la ciudad.

«La muy noble y antigua ciudad de Soria, cabeza de provincia en estos reinos de Castilla la Vieja: domingo 27 de setiembre de este año de 1746, siendo entre tres y cuatro horas de la tarde, estando junta esta ciudad en las salas de su casa de Ayuntamiento, segun su estilo y costumbre, siendo y estando presentes los señores licenciados D. José Antonio de Aguilar Mendivil, corregidor, justicia mayor y capitan de guerra de esta ciudad y su jurisdiccion, por Su Magestad superintendente general de todas rentas Reales y servicios de millones de ella y su provincia; D. Juan Manuel de Salcedo y Beaumont, teniente de alferez mayor de esta dicha ciudad, por indisposicion del Sr. D. Luis de Salcedo Rio y Azcona, caballero del Orden de Santiago, conde de Gomara, señor de la villa de este nombre y de la de Almenar que lo es en propiedad su presidente D. Cárlos Montáreo de la Peña, D. Francisco Antonio Yañez de Barnuevo, D. Francisco Plácido de Herrera, D. José Joaquin Carrillo Hidalgo, D. Fernando de Guzman, D. Joaquin José La Peña y Rada, corregidor de la villa de Berlanga, D. Alonso Pablo de Sotomayor y Dávalos, D. José Antonio de Salcedo y Camargo, marqués del Vadillo, señor de las villas de Magañas, Murel Viejo y Taveila, D. Manuel de Torres y Barnuevo, conde de Lérida, señor de la villa de Retortillo, D. Antonio Zapata Lerma y Salomanca, señor de la villa de Tejado, Malluembre y la Serna, D. Juan Fernando de Uriarte y Vaquedano, señor del lugar de Osonilla, todos regidores perpétuos de esta dicha ciudad, D. Jerónimo Muñoz de Morales, caballero de Ayuntamiento, licenciado D. Fernando de Laviesca Espina, abogado de los Reales consejos, procurador síndico general del Estado, del comun de ella, y Pedro Jerónimo Perez, procurador síndico general de la Universidad de la tierra de esta ciudad, estando asi juntos en presencia de Nos los infrascritos licenciados de Su Magestad, sus escribanos y de este Ayuntamiento y Reales servicios de millones; el otro señor Corregidor tomó en sus manos el pendon de esta ciudad que sobre la mesa de dicha sala estaba, puesto en una lanza dorada, el cual es de tafetan carmesí y con las armas de la ciudad bordadas de hilo de oro, y estando todos en pié dijo en alta voz: «Escribanos que estais presentes, ó cualquiera de Vos dadme por testimonio como en nombre de dicha ciudad y por ella entrego á D. Juan Manuel de Salcedo y Beaumont, teniente de alferez mayor de ella, este pendon Real, para que por esta ciudad, como cabeza de provincia y conforme á su título, se levante y alce por la Magestad de nuestro católico rey y señor D. Fernando VI de este nombre (q. D. g.) felices años.» Y besando la asta de dicha lanza se la entregó, y el referido señor lo recibió con todo acatamiento, y trayéndolo en su mano como tal teniente de alferez mayor, salieron todos los dichos señores de la expresada sala al corredor de ella, que estaba colgado y adornado de brocatela y tapicerías, y bajo de dosel el retrato de Su Magestad, y en él inmediatamente la música de arpa, violines y obués, empezó á hacer su salva á lo que correspondieron los dos clarines y timbales con buena órden y armonía, con lo cual bajaron todos á ponerse á caballo, y estándolo se salió de dichas casas de Ayuntamiento, y empezó el paseo por la plaza Mayor, dando vueltas á ella y volviendo despues á el tablado que estaba formado en ella: yendo delante un timbalero, detrás de él dos clarines, despues de estos cuatro ministros alguaciles de esta ciudad, á quienes seguian los dos maceros de ella con sus mazas sobredoradas en los hombros, á la parte de afuera, tras ellos Matías Gomez y Hermenegildo Ruiz de Carabantes, fieles de bastimentos por el Estado general y de los hijosdalgos, á quienes seguia Agustin Martinez, mayordomo de propios de esta ciudad por el Estado general, y despues de este José Gimenez de Vinuesa, solicitador, y D. Francisco Cerraton, alguacil mayor de ella, y tras ellos, nosotros, los infrascritos escribanos, y despues los dichos señores procuradores generales de tierra y ciudad, y luego los dichos Sres. D. Jerónimo Muñoz de Morales, caballero de Ayuntamiento, y D. Juan Fernandez de Uriarte, á quienes seguian los demás caballeros regidores, que van nominados en el principio de este acto, por parejas, segun su antigüedad, detrás de ellos los dos reyes de armas, que lo fueron D. Juan de Aguirre y D. Antonio Medrano, que iban vestidos de negro, encima con sus cotas ó capotillos de damasco carmesí, puestas en ellos las armas de esta ciudad y con sus letreros dorados, á quienes seguian dichos señores corregidor y teniente de alferez mayor, yendo este á la mano derecha y vestido de casaca y calzon del priveta de color y chupa de tela oro, en un caballo negro y detrás dos castaños de mano, todos tres equipados con costosísimos aderezos, que los llevaban dos volantes, y otros dos que iban cada uno á su lado de dicho señor teniente de alferez, y detrás de los dos caballos de mano tres coches de respeto, que es en la forma que desde las casas de dicho señor su padre llegó á las dichas de Ayuntamiento, llevando delante los dos reyes de ar-

La marcha seguida por este monarca, su afan de conservar la paz en sus dominios único medio de que estos pudieran prosperar, y el nuevo giro que las ideas habian tomado favorecieron en grande escala la mejora y prosperidad de las provincias, y como inmediata consecuencia el bienestar de la nacion en general.

Verdaderamente podemos decir que desde los últimos años del reinado de Felipe V, es decir, desde la terminacion de la guerra de sucesion, dió comienzo para la poblacion que historiamos, una existencia completamente nueva.

Si en el órden político, durante el tiempo que siguió hasta la llamada guerra de la Independencia, nada de notable ocurrió en Soria; en cambio, en el órden moral, adelantó bastante.

A Fernando VI sucedió Cárlos III, y por demás público y conocido es el inmenso

mas: y el dicho señor corregidor iba vestido de golilla, todo de tafetan negro, en un caballo castaño con rico aderezo, servido de dos lacayos, y los demás señores regidores y capitulares vestidos de carro de oro negro, casaca y calzon chupas de colores de toda estimacion, con plumas blancas y botones de diamantes en los sombreros, en muy buenos caballos equipados de costosos aderezos, servidos los unos de lacayos y los otros de volantes, yendo con igual uniformidad los demás comprendidos en el acto, manifestando todos en el lucimiento su amor y lealtad, y su celo correspondiente á tan elevado asunto, y habiendo en la forma dicha llegado al tablado referido que estaba en medio de la plaza, cubierto y adornado con ricas alfombras, se apearon los dos maceros de la ciudad y se pusieron cada uno á su lado en la segunda grada, igualmente nos apeamos nosotros, los infrascritos, dichos reyes de armas y señores Corregidor y Teniente de alferez mayor, y todos seis subimos al tablado, quedando de á caballo á su rehedor todos los demás señores, y puestos los dos reyes de armas en cada esquina de dicho tablado, delante de los referidos señores y de nosotros, los infrascritos, mirando las dichas casas de Ayuntamiento dijo en voz alta el uno de dichos reyes de armas: «¡Silencio! ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Oid! ¡Oid! ¡Oid!» Y luego el referido señor teniente de alferez mayor, teniendo el pendon un poco bajo, dijo: «Castilla, Castilla, Castilla, por la Magestad de nuestro rey D. Fernando VI de este nombre (q. D. g.) muchos y felices años;» levantando tres veces el pendon, á que correspondió la muchedumbre del pueblo y concurrió con sentidas aclamaciones de «¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!» Dicho señor corregidor lo pidió por testimonio, con lo cual debajo del tablado y vueltos á montar se prosiguió el paseo con el mismo órden subiendo en derechura desde la dicha plaza Mayor á la calle del Collado, en donde habia formado otro tablado igualmente adornado de alfombras, en el cual se repitió la misma ceremonia que en el primero, y continuando el paseo en derechura por la misma calle y puerta del Postigo, se salió á la plazuela que llaman de los Herradores, en medio de la cual estaba formado y adornado otro tablado en la forma que los antecedentes, en el que se hizo igual ceremonia que en los dos primeros; y volviendo el paseo por la derecha puerta del Postigo y calle del Collado se llegó hasta el frente de las casas principales de dicho señor alferez mayor, cuyos balcones estaban adornados de ricas colgaduras, como tambien lo estaban los demás de las plazas y calles del paseo, y encima de la portada de dichas casas un dosel y en él dos retratos de nuestros Reyes; en el tablado que en frente de ellas estaba tambien formado y cubierto de ricas alfombras se repitió la misma ceremonia de proclamacion en la conformidad que los otros tres y órden que el primero se espresa, con igual albórozo y festivas aclamaciones de «¡Viva!» de todo el pueblo y grande número de forasteros que á esta funcion concurrieron; y concluido el acto en dicho tablado, vueltos á montar se continuó con la propia órden, volviendo por la entrada de la dicha calle del Collado á la referida plaza Mayor y casas de Ayuntamiento, en donde habiéndose apeado todos subieron al dicho su corredor, y estando en él, el expresado señor teniente de alferez mayor entregó el pendon á dicho señor corregidor, quien le recibió y le puso bajo el ya espresado dosel, en donde quedó con la asistencia de muchas personas que para este efecto se hallaban presentes haciendo al mismo tiempo la música de instrumentos diferentes salvas correspondiendo á ellas los clarines y timbales con sumo regocijo de todo el pueblo, y el espresado señor corregidor lo pidió todo por testimonio.

«Y despues de lo susodicho, el alferez mayor dijo á todos los dichos señores estimaria le favoreciesen, pasando á la casa de su padre á refrescar; y con efecto, habiendo admitido el convite volvieron á montar en sus caballos, y con la propia órden que se fué en el paseo acompañaron todos á este, llevando á la derecha al corregidor. Llegados á la casa se sirvió un espléndido refresco de aguas aderezadas y dulces, con lo que se concluyó este acto: hasta que por la noche, despues de haberse tocado todas las campanas con un repique general, y puestas luminarias en todas las calles de la ciudad y luces en los balcones y ventanas de sus vecinos, estando llena de luminarias la plaza Mayor, doce hachas de cera blanca en el corredor de la de la ciudad, donde permanecian el retrato y pendon, como asi bien en los balcones de la casa de los Linajes y corredor del Comun, se dió principio al disparo de fuegos que habia prevenidos de diversas invenciones y entre ellos un árbol de todo coste con su cenador, que al medio del disparo manifestó con letras bien formadas «¡Viva D. Fernando VI y D.ª María Bárbara!» con universal júbilo de todos y acompañamiento de las músicas, repitiéndose á la noche siguiente, la misma funcion.»

De igual manera que nosotros se hace cargo tambien de este documento, el ilustrado autor de la última historia de la provincia de Soria, Sr. Perez Rioja, á quien mas de una vez consultamos, tanto porque su opinion la tenemos en mucho cuanto porque con mas espacio que nosotros, y con tan buen deseo, ha podido examinar y compulsar documentos que sirven de mucho para ilustrarnos en determinadas ocasiones.

beneficio que este sábio reinado derramó sobre España, para que nos detengamos á encomiarle.

Hubiera seguido las huellas trazadas por su antecesor, el rey Cárlos IV, y otra hubiese sido la suerte de la nacion, que á tan alto lugar elevara el tercer Cárlos.

Las consecuencias de su torpe y desacertada marcha pronto se hubieron de tocar.

Sin tacto, sin energía en las difíciles circunstancias que para las naciones limítrofes llegaban á consecuencia del terrible sacudimiento experimentado en Francia, cayó del trono, por no haber sabido ser buen padre, así como arrastró á la nacion á una guerra desastrosa y terrible por no haber tampoco sabido ser buen rey.



Cárlos III.

Con mejores ejemplos que imitar, Fernando, con una educacion mas moral y menos abandonada, ni hubiera promovido el motin de Aranjuez ni hubiesen llegado las vergonzosas escenas que le siguieron; del mismo modo, que con mas atencion á los asuntos exteriores, con menos confianza en Godoy y con mas perspicacia y tacto político, no hubiesen llegado los funestos dias que siguieron á las sorpresas de la ciudadela de Pamplona, del castillo de Monjuich en Barcelona y del 2 de mayo en Madrid.

XII.

Soria durante la guerra de la Independencia.

La perfidia francesa hizo exhalar un grito de indignacion á toda la península y en todas partes el entusiasmo era grande y el odio al invasor mostrábase abiertamente.

La Junta de Soria no tuvo que hacer llamamiento alguno á los naturales de su provincia.

De todas partes acudian, y en breve espacio creó el batallon de voluntarios Numantinos, fuerte de ochocientas plazas, y que á las órdenes del general D. Gregorio de la Cuesta tanto se distinguió en aquella memorable lucha.

Al mismo tiempo completaba el regimiento de milicias, y aprestábase para oponerse con todas sus fuerzas á la marcha de los hasta entonces siempre victoriosos ejércitos franceses.

Pero llegó el momento en que millares de soldados extranjeros hollaron nuestra patria, tratando, sin duda, bajo el peso de su numerosa muchedumbre de ahogar su independencia, y entonces los sorianos, como en otras muchas provincias, emprendieron aquella clase de guerra que tan costosa habia de ser á la Francia.

Correos, municiones, víveres, convoyes, todo era atacado por aquellas partidas que aparecian hoy en un puesto y reaparecian al siguiente dia en otro, é incansables, activas, enérgicas, vengativas y conocedoras del país, no dejaban un instante de sosiego á aquel coloso de tan múltiples brazos, manteniendo en una perpétua ignorancia á los generales franceses de los movimientos de sus compañeros.

Villacampa, el Empecinado y el cura Merino, contaban en sus filas multitud de guerrilleros sorianos; y sin que el número les arredrase, sin que la fatiga les hiciera desfallecer, sin que los reveses consiguieran quebrantar su esfuerzo, mostrábanse siempre donde habia enemigos á quienes combatir.

En 1810, á consecuencia de la desgraciada accion de Yanguas, la Junta de Soria hubo de evacuar la ciudad retirándose á Deza, mientras los franceses establecian su cuartel general en aquella.

El brigadier D. José Joaquin Duran tomó entonces el mando de la division soriana, y dias de gloria alcanzaron aquellos bravos descendientes de Numancia, bajo la direccion de tan bravo jefe.

Organizóla de nuevo, aumentóla con nuevas fuerzas que su prestigio logró reunir, y aun cuando todavía era el número de sus soldados bastante escaso, en varios encuentros que con el enemigo tuvo, supo demostrarle que no siempre la superioridad numérica es la que reune las mayores probabilidades del triunfo.

El gobernador francés de Soria, Duvernet, teniendo á sus órdenes mil seiscientos hombres de la guardia imperial, veíase en algunas ocasiones bastante apurado para hacer frente á su atrevido contrario.

Pidió refuerzos al general Dorsenne que estaba en Búrgos, pero Duran sin intimidarse por esto continuó haciendo sus preparativos para la grande empresa que meditaba, que era la toma de la ciudad.

Y decimos grande empresa, porque efectivamente lo era, con tan escasas fuerzas acometer una plaza fortificada y con guarnicion decidida (1).

(1) Hé aquí en qué términos describe D. Lino Matías Picado, capellan que fue de uno de los cuerpos que estaban á las órdenes de Duran, este interesante episodio:

«Luego que el general se vió en Trébago con la division reunida, y que de ambas armas juntaba cerca de tres mil plazas útiles, avanzó á las inmediaciones de Soria. Puso su cuartel general en Narros, quedándose con el batallon de numantinos y compañías de artillería, colocó el de voluntarios de Soria en Castelfrío, y el de Rioja y caballería en Almojano. La gran guardia de caballería y un destacamento de infantería ocupaban á Garray, y las avan-

Pero Duran, merced á las noticias y al plano de la ciudad que le facilitó el arquitecto D. Dionisio Badiola formó su plan y se dispuso á realizarlo.

El dia 18 de marzo de 1812 comenzó el ataque despues de algunos dias de vacilacion, hija de las noticias que sobre aproximacion de mayores fuerzas contrarias habia recibido.

El éxito mas brillante coronó los esfuerzos de aquellos valientes, consiguiendo con la toma de la ciudad restaurar sus abatidas fuerzas posesionándose de los grandes depósitos de víveres que en Soria tenian los enemigos.

Poco tiempo pudieron permanecer en ella, que ni la situacion ni las fuerzas con que Duran contaba eran suficientes para poder resistir en ella el empuje del contrario; mas no por esto es menos digna de loa su heróica accion.

Sangriento espectáculo fue el que los franceses dieron á Soria, cuando posesiona-

zadas por la noche se extendian hasta cerca de Santa Bárbara, ermita que está á medio tiro de Soria. Hizo varios movimientos con la division, pasando por las inmediaciones de aquella capital, con direccion al pueblo de Villaciervos, y en uno de ellos logró que la caballeria de la guarnicion hiciese una salida y trabase una pequeña escaramuza con la nuestra, que costó á los enemigos seis muertos, algunos heridos y tres prisioneros, y á nosotros que fuese herido un oficial ayudante de caballeria y tres soldados. Volvia á su cuartel general por caminos ocultos, y de este modo alucinaba á aquellos enemigos, que nunca podian fijarse en los planes que tenia el general español. Les cortó toda comunicacion, é impidió que por pretexto alguno entrase nadie en la plaza. Hizo un crecido acopio de escalas fuertes, de la altura de la muralla; juntó muchos pinos; mandó hacer unas garitas, ó sean galápagos, que pudiesen moverse con ruedas interiores á beneficio de palancas, y de maderos y tablones tan gruesos que resistiesen las balas de fusil, con el objeto de acercarlos á la muralla, y que trabajasen veinte ó treinta hombres cubiertos en abrir brecha: inquietaba la guarnicion con continuos ataques falsos las mas noches, y de este modo la cansaba, la tenia en una continua incertidumbre, é ignorante del punto ó puntos que premeditaba para el asalto: mas tan acertadas y militares disposiciones estuvieron en la mayor contingencia, porque el 12 de marzo se recibió la noticia de que cuatro columnas enemigas en combinacion se iban aproximando por la parte de Logroño y del Búrgo de Osma, en disposicion que á las primeras las daban ya en Torrecilla, y las segundas en Calatañazor. En tanto apuro, el general bastante enfermo, un tiempo cruel, y la tropa poco alimentada y casi desnuda, mandó la retirada á Almazan para la mañana del 13. Con mucha inquietud de su espíritu pasó Duran aquella noche: veia que si entonces perdia la ocasion de asaltar á Soria, con mayor dificultad, ó acaso imposible, le seria poder hacerlo despues que entrasen en ella tropas de refresco: palpaba la miseria en que estaba todo el pais, imposibilitado de socorrer ni con un cuarteron de racion á sus soldados; preveia que estos en su misma tierra, y á vista de tanta necesidad, no seria posible contenerlos en sus banderas, y estaba cierto de que en la plaza habia cuantiosos almacenes de galleta, trigo, cebada, aluvias y otros efectos. Eran muchas las veces que al pasar por las inmediaciones de Soria, habia dicho á sus soldados: «Hijos: allí hemos de saciar nuestra hambre y remediar nuestras necesidades: mucho archiva en aquella bastida el enemigo; pero todo será para vosotros y para vuestros padres.» Todo este cúmulo de reflexiones le decidieron á dar contraórden, y á salir á batir las columnas que venian por el Búrgo de Osma: así lo ejecutó, pasando frente de Soria y colocándose en Villaciervos; mas aquellas luego que supieron este movimiento retrocedieron, bien fuese porque les impuso un movimiento que no esperaban de nuestras tropas, ó porque llegase á su noticia que las columnas de Logroño habian tambien retrocedido, asombrados de la mucha fuerza que decian tenia Duran, y hacian subir á seis mil hombres. Este general volvió á ocupar los puntos anteriores, y dispuso el asalto para la madrugada del 18, sin que le arredrase el mal estado de su salud.

«Para que se pueda graduar el mérito de una accion tan grande y meritoria, como fue asaltar por escala la plaza de Soria, es preciso que nuestros lectores tengan presente que su situacion geográfica la hace dominar una porcion considerable de terreno, que era un punto de apoyo para los enemigos en sus espediciones y retiradas; un almacen ó depósito de granos que aseguraba la subsistencia de sus tropas en Búrgos, Aranda, Tudela, Tarazona y otras partes; que era una plaza fortificada con un muro contiguo de diez y ocho piés de altura y seis de espesor; unos cubos salientes que formaban verdaderos baluartes, y varias almenas en sus cortinas; un arrabal no menos fortificado, que hacia la accion duplicada, pues eran dos los asaltos; y que logrado uno se duplicasen los esfuerzos para el otro: un castillo, cuya situacion le hacia inexpugnable sin artillería: que de esta arma solo tenia Duran dos violentos de batallon ó de á cuatro; y que los enemigos mismos que burlaron el ataque que se intentó con duplicada fuerza en el mes de enero, la habian fortificado mas y mas, y la miraban y llamaban un segundo Figueras, por su importancia en todos sentidos.

«La exaccion de continuas y enormes contribuciones; los saqueos en su defecto; los atropellamientos é insultos con que habian sido afligidos, y podian serlo en adelante (si la division se veia precisada á obrar en otros puntos), los infelices habitantes de la provincia y la escasez de medios para la subsistencia de la tropa, hacian preciso un esfuerzo extraordinario. Preciso era un arrojo temerario, pero el general español habia calculado muy militar y políticamente: el éxito lo confirmó como verémos.

«Da las órdenes, reune todas las tropas acantonadas en las márgenes del Duero, en el pueblo de Garray, y emprende la marcha por el órden que habia detallado, empezando las columnas que debian asaltar; llevando la van-

dos nuevamente de ella fusilaron á los individuos de la Junta de Búrgos, D. José Ortiz Covarrubias, D. Pedro Gordo, D. José Navas, y D. Eulogio José Muro, que sorprendidos en Grado fuéron conducidos á la ciudad y ejecutados, colgándose sus cadáveres en la horca.

Con esto trataron sin duda de aterrar á los sorianos; pero inútil fue su empeño.

Los sorianos tenian todas sus simpatías concentradas en los que por su independencia se batian, y les prestaban toda clase de socorros.

Duran continuaba batiendo á los franceses desde San Pedro Manrique y Arnedo, y posteriormente apoderándose de Tudela de Navarra y Aranda de Duero.

Tampoco los franceses permanecieron mucho tiempo en Soria.

Comprendieron todo lo insostenible de su posicion, mucho mas, despues que Du-

guardia el batallon de Rioja y una compañía del ligero de Soria, todo al mando de Tabuenco, que debia asaltar por la casa del marqués de Vadillo: seguiale otro trozo del batallon de Numantinos al mando del capitan D. Gregorio de Vera, que debia hacer la entrada entre la Concepcion y San Benito, y la tercera que habia de entrar por las casas de la Tejera, iba al mando del teniente coronel comandante de la compañía de zapadores, D. Domingo Murcia.

«La noche tempestuosisima de viento y nieve, caminando sobre un piso de media vara de esta, helado, y la necesidad de hacerlo por una senda tortuosa á fin de huir de la carretera y ocultar la marcha á los enemigos, hacian ya cási impracticable el empeño; pero fue superior el esfuerzo á todas las dificultades. Las escalas se conducian en hombros de los mismos asaltantes, pero las garitas ó galápagos fue necesario dejarlos en el camino, porque el tiempo apuraba, porque por la senda no cabian, y porque el camino real ofrecia la dificultad de ser descubiertos, y el general para el primer asalto llevaba la confianza en la sorpresa. Seguia este con la division, aunque enfermo, y colocó su cuartel general en la ermita de Santa Bárbara, á medio tiro de fusil de la plaza: en el mismo sitio puso el primer hospital de sangre, y el segundo en el pueblo llamado las Casas.

«Llegó el teniente coronel D. Juan Antonio Tabuenco al sitio que se le habia señalado, y llegaron las otras dos columnas á los suyos respectivos, y todos aplicaron las escalas, no contestando al «¿Quién vive?» de los centinelas enemigos, y despreciando su fuego. Tabuenco, que fue el primero que asaltó la muralla del arrabal, se posesionó á la fuerza de la casa ó palacio del marqués de Vadillo; habia entrado con solos sesenta hombres, y tenia al frente un reducto ó fortin del enemigo custodiado por este, mas conociendo que si no entraba el resto del batallon no tendria favorables consecuencias su arrojo, mandó al capitan Sologaistoa que volviese á salir y animase aquella tropa. Él se sostuvo en la casa, y Sologaistoa al ver que los enemigos habian cargado sobre el punto donde estaba la escala, que le habian muerto tres hombres, que habian puesto el pié sobre la muralla, y que cuantos lo hiciesen tendrian igual suerte, dió un medio circulo sobre su izquierda, y mandando abrir brecha con los picos por el hospicio pudo entrar toda su gente sin mas pérdida. Era ya de dia, y Tabuenco que vió su batallon dentro del arrabal, se posesionó de los portales llamados de los Herradores, despues de haber hecho encerrar dentro de la plaza á mas de doscientos hombres que habia en el convento de San Francisco, y los que habian ocupado la casa de Vadillo.

«La columna que entró por las casas de la Tejera, al mando de Murcia, logró tambien encerrar en la ciudad las fuerzas enemigas que se le opusieron: todo se habia logrado hasta entonces como podia apetecerse, pues aun la columna que escaló por la Concepcion se hallaba mucha parte dentro del arrabal, mas una salida que desde la ciudad hizo el enemigo con su caballeria y bastante infantería por la parte que ocupaba esta tropa, la sorprendió algun tanto, nos mató algunos soldados, y los arrolló en disposicion que la victoria que se creia ya conseguida se hizo problemática. Los ayudantes del general que corrian con peligro todos los puntos, le dieron luego la noticia de la salida que habian hecho los enemigos y la tenaz resistencia que oponian; y este señor, olvidándose de si mismo montó al momento á caballo, y atravesando por un diluvio de balas, se puso al frente de la tropa que ocupaba á san Benito, y era la que habia entrado por la Concepcion; allí, animándolos con la voz, con el ejemplo, con la esperanza del premio, temor del castigo, y diciéndoles: Soria ha de ser nuestra á toda costa; llenó de tanto entusiasmo á jefes, oficiales y soldados, que todos trepaban animosos y llenos de ardor, sin acordarse mas que de vencer. Ya Tabuenco se habia acercado al punto disputable, y su bien dirigido fuego puso al enemigo en disposicion que la victoria volvió á inclinarse á nuestra parte; pero la decidió una brecha que hizo hacer el general, donde colocó los dos vientos, y el estrago que les causaba la artillería los obligó á volverse á encerrar en la plaza.

«No debe omitirse que el comandante de la caballería, D. Bartolomé Amor; se ofreció con parte de sus dragones á obrar pié á tierra, y ser de los asaltantes, como que este jefe corria el cerco, animando todos los puntos de ataque de órden del general.

«A las siete de la mañana ya éramos dueños del arrabal; pero nada se habia ganado sino se entraba en la ciudad que ofreciendo siempre grandes inconvenientes, necesitaba nuevo empeño y no menos ardor; reúnese uno y otro, y la resolucion de Tabuenco, auxiliado de las llamadas que por los otros puntos hacian los otros cuerpos, lo facilitó todo. Este jefe, noticioso que en la misma muralla habia una puerta tapiada que tenia comunicacion con las casas, elige treinta hombres que pone al mando del capitan Sologaistoa; y él el primero atravesó por delante del reducto que tenian en la huerta del Postigo; quince ó veinte fusiles que hicieron una descarga cási á boca de cañon, no le mataron mas que un sargento y un soldado; llega á la puerta tapiada, y á beneficio de los picos abre

ran al posesionarse de ella demolió todas las fortificaciones para que no volvieran á servir al enemigo, y evacuar la ciudad.

Duran volvió de nuevo á ella y entonces hizo demoler el castillo, temeroso de que pudiera volver á servir á los contrarios, pues por su posicion era muy á propósito para oponer todavía gran resistencia.

Soria, como el resto de España, sufrió horrorosamente durante aquel largo espacio, mas no reparaba ni en sufrimientos ni en sacrificios tratándose de defender la integridad de su país y el trono de Fernando VII.

¡Bien pagó el desagradecido monarca tanta abnegacion y tantas amarguras!

Su reinado no fue mas que una série de calamidades para el país.

Soria, como todas las provincias españolas, sufrió las consecuencias tanto de

brecha, entra por ella con Sologaistoa y veinte y ocho hombres, habiendo dejado órden de que le siguiesen otros, y derribando algunos tabiques de casas logró colocarse en la última, que estaba sobre el cubo de la derecha del Postigo, y abriendo un grande agujero, hizo una descarga á los enemigos que estaban en aquel reducto, que les mató tres hombres, les obligó a abandonarlo, cerrar las puertas y refugiarse al castillo. Ya por la izquierda habian subido tambien á la muralla algunos soldados de los otros cuerpos, y todo contribuyó á que el enemigo se intimidase en tal disposicion, que ni atentó, ni hizo resistencia alguna en las calles. Fue mucha lástima que Tabuenco, que era el que mas fuerza tenia dentro, lo ignorase, y se viese en la precision de seguirlos en el alcance; pues si hubiese tenido conocimiento de ellas, podria haberles cortado mucha de su fuerza. no obstante les hizo quince prisioneros, y les ocasionó bastante pérdida de muertos y heridos.

«Se abrieron luego las puertas, y entró la division con su general al frente. ¡Qué gozo el de aquel pueblo! ¡Cómo demostró su grande patriotismo! ¡Todos, hombres y mujeres, ancianos y jóvenes se mezclaban entre las filas, y con pan, botellas de vinos generosos, y todo género de comestibles, hacian un alarde de su amor á aquella tropa, que miraban como el origen de su libertad. No era posible que la formacion guardase el riguroso órden militar; y se hacia preciso que los jefes y oficiales lo disimulasen por complacer á unos ciudadanos tan dignos.

«Fue el primer cuidado del general cubrir todas las avenidas del castillo á la ciudad abriendo zanjas, y fortificando las casas inmediatas á él por la parte de su frente. Mandó en seguida que se empezasen las obras de aproximacion para minarle y atacarle; pero su enfermedad, los pocos conocimientos geométricos de los que llevaban la voz de ingenieros; el amor propio de estos, y el que estando Duran en cama, las órdenes no tenian aquel nervio necesario en ocasion tan oportuna, hizo que la mina emprendiese por donde no era posible y se perdiesen siete dias sin adelantarla veinte varas: ¡dolor grande á la verdad (pues aunque la fortaleza ofrecia dificultades y los refuerzos que luego vinieron para auxiliar aquella encerrada guarnicion no hubieran permitido completar la operacion, si se hubiese conseguido volar alguna cortina, aquella bastida hubiera dejado de serlo en lo sucesivo, y el honor de las tropas españolas habria llegado á lo sumo.

«Como uno de los objetos del general Duran era dejar á Soria un pueblo abierto; y los enemigos hacian una fortificacion inaccesible para tropa, sin artillería, de toda casa que ofrecia alguna seguridad, mandó demoler las murallas, conventos de San Benito, San Francisco, la Concepcion, San Agustin y el Hospital.

«El cabildo de la iglesia de Osma habia sido llevado á la fuerza á Soria, privándole de su sello primitivo, y Duran dió órden para que volviese á ella; además eran muchos los patriotas que se hallaban en sus cárceles, y todos lograron entonces la libertad.

«Pasaba de ocho mil fanegas de grano el acopio que los franceses tenian en la ciudad, á mas de una considerable porcion de galleta, y el general mandó que se extrajesen para varios puntos de la provincia cantidad de uno y otro, pero la falta de carros y caballerías, y la dificultad que presentaba un temporal, el mas rigido, y que tenia los caminos intransitables, ofrecia tantas dificultades, que no pudo extraerse todo el que se deseaba. Se vendió cantidad muy considerable de fanegas, dándolas á 90 reales (valia en la provincia á 950) á todos los vecinos, y á razon de 60, á los padres y hermanos de los soldados de la division.

«A pesar de tan acertadas disposiciones no pudo remediarse el mal por completo, mas es indudable que sin lo que se hizo, no hubiera podido subsistir la division, en el miserable estado en que se hallaban los pueblos.

«Pasaron tambien de doscientas camas completas las que se sacaron del hospital que el enemigo tenia en la ciudad, y que se condujeron al monasterio de Huerto, que lo era de nuestras tropas, y donde se habian llevado noventa y seis franceses enfermos y heridos; se recogieron mas de doscientos fusiles, varias cajas de guerra y algunos uniformes de los cívicos que voluntariamente presentaban los mismos á quien forzosamente se habia alistado en esta clase. Sacáronse de las lonjas algunas piezas de paño que se pagaron del dinero que se cobraba del grano, se hizo un alistamiento de la juventud, y se destinaron los útiles á los cuerpos; además, como la ciudad no habia podido antes contribuir ni á la provincia, ni á las tropas con dinero ni raciones, se la impuso una contribucion de 395,000 reales, cuya distribucion se dejó á cargo de sus capitulares; esto y el excedente del grano vendido, se dió una gratificacion á la tropa y se pagó una mesada á toda la division.

«La entrada en Soria fue como se ve fecunda en buenos resultados; la empresa acometida y llevada á cabo tan felizmente es digna de recordarse. Dos asaltos en cuatro horas, sin brecha abierta, sin auxilio de artillería de batir y por una débil escala, hacen el elogio mas cumplido de las tropas sorianas.»

la desastrosa marcha política de aquel monarca, cuanto de su marcha económica.

Empobrecida habia quedado la nacion tras de la desastrosa guerra de la Independencia, y no fue por cierto Fernando VII quien procuró mejorar aquel estado abriendo anchas vias al comercio y fomentando la industria.

Mas atento á sus veleidades políticas; persiguiendo hoy á los liberales para jurar mañana una Constitucion que al siguiente dia habia de romper, no era posible que se hiciera cargo de las necesidades de los pueblos, quien, por el contrario, solamente de vejarles se ocupaba.

Severa tiene que ser la historia con semejante monarca por la misma razon de que jamás pueblo alguno hizo los sacrificios que el español, por su rey, ni jamás hubo tampoco otro que con mayor desagradecimiento fuese tratado.

Desastrosa guerra nos produjo á su elevacion, perjudicial tanto bajo el punto de vista político y económico fue su reinado, y á su muerte nos legó una guerra mas desastrosa, si cabe, que la de la Independencia, pues sabido es que las guerras civiles son los enemigos mas perjudiciales que pueden tener los pueblos.

XIII.

Soria durante la guerra civil.

Fácilmente puede comprenderse que Soria, del mismo modo que el resto de la nacion, saludaria alborozada la aurora de libertad que aparecia en el horizonte político de la España, con el fallecimiento de Fernando.

Dominaba á la sazon el partido realista templado, é inmediatamente tanto el batallon de voluntarios realistas como el de voluntarios de la villa y tierra de Soria prepáraronse para los acontecimientos á que pudiera dar lugar la sublevacion que, en sentido carlista, acababa de verificar D. Santos Ladron.

Puestos ya en armas los partidarios de D. Cárlos, y encendida por lo tanto la guerra civil, dispúsose la formacion de dos batallones y un escuadron, que se denominaron *Francos de Soria*, los cuales prestaron grandes servicios durante aquellos azarosos dias.

Vencidos unas veces, triunfantes otras, Soria estaba vivamente interesada en el triunfo de las ideas liberales puesto que su juventud militaba en estas filas.

La poblacion se aprestó para la defensa en cuanto el desmantelamiento ordenado por el general Duran en la guerra de la Independencia lo permitia, aspillerándose algunas puertas, y fortificando el antiguo convento de Santa Clara convertido en cuartel.

El dia 16 de julio de 1836, la division carlista mandada por D. Basilio García, fuerte de algunos mil quinientos hombres, penetró en la poblacion encerrándose la guarnicion en el fuerte, desde donde cruzó algunos disparos con ella, dejando en el mayor abandono á los nacionales que se vieron obligados á escapar como les fue posible, dirigiéndose algunos hácia las villas de Almazan y Medinaceli.

Contra lo que era de esperar, los carlistas no cometieron los desmanes que en otros puntos, bien fuera por temor á las columnas que les perseguian, bien por la prisa con que trataban de verificar un movimiento sobre Castilla.

El grueso de las tropas enemigas quedóse en las alturas de Santa Bárbara mientras que una partida compuesta de algunos doscientos hombres fue la que entró en la ciudad, publicó un bando llamando bajo pena de la vida á que se les reunieran todos los jóvenes útiles para el servicio, é imponiendo una contribucion de diez mil duros, y pidiendo raciones para el resto de la fuerza.

Pocos, muy pocos, fueron los mozos que bajo la presion de aquella amenaza se fueron á engrosar las filas del carlismo, pues la mayor parte ó estaban escondidos ó se habian escapado, y en cuanto á la contribucion no fue tampoco posible realizarla en su totalidad.

Por esta razon se llevaron en rehenes á varios vecinos de los que disfrutaban de una posicion mas desahogada, ocasionando con este motivo disgustos de consideracion á sus familias.

La posicion de Soria, plaza fronteriza de Navarra y Aragon, puntos tan infestados por la faccion, era bastante comprometida, por cuyo motivo vióse muy amenazada durante tan terribles dias.

Felizmente los carlistas no volvieron á penetrar en ella como en distintas ocasiones lo temieron.

Graves perjuicios se irrogaron á la ciudad con tan fratricida lucha.

De igual manera que las demás provincias españolas, tras el calamitoso reinado que terminaba, hallábase ávida de paz y de sosiego, elementos principales para el desarrollo de la pública riqueza.

El cambio político verificado á la muerte del Monarca, fácilmente hubiera podido compensarla de los anteriores tiempos, mas, por el contrario, la desastrosa guerra acabó de agotar sus ya esquilmados recursos.

Felizmente el convenio de Vergara, poniendo término á la fratricida guerra, devolvió á los pueblos la perdida calma.

Nuevas vicisitudes políticas siguiéronse á la conclusion de aquella, inmensos cambios gubernamentales tuvieron lugar, y Soria siguió en ellos la suerte del resto de la nacion.

Movimientos, agitacion consiguiente á las convulsiones del cuerpo principal, ha sufrido, mas no en tal extremo que sériamente pudiesen alterar su tranquilidad.

XIV.

Algunas noticias complementarias referentes á Soria.

Con profunda atencion estuvieron nuestros viajeros escuchando el largo relato histórico hecho por D. Cleto.

Cada vez admiraban mas no solamente la memoria, si que tambien el recto juicio de aquel anciano que imprimia su imparcial opinion á los hechos que iba refiriendo.

La conclusion de la parte histórica de Soria representaba para ellos la continuacion de su viaje puesto que ya conocian de la ciudad todo su pasado y su presente.

Sin embargo, no parecia darse por satisfecho todavía Pravia puesto que dijo:

—¡Caramba! estoy procurando recordar una cosa que se me ocurrió durante el relato de D. Cleto y que por no interrumpirle no lo dije entonces.

—¿Acaso respecto á alguna duda que tenga? preguntó el anciano.

—Creo que era mas bien sobre una omision que V. ha hecho.

—Pues que ¿conocia V. acaso ya la historia de esta poblacion?



San Saturio.

—No señor, pero... ¡Ah! ya sé lo que es. Me parece que ha dicho V. que el patron de la ciudad es san Saturio, hijo de Soria.

—Cierto.

—Y queria preguntarle si no se tiene de él ninguna noticia, porque he observado que nada nos ha dicho respecto á ese particular.

—Tiene V. razon. Olvidéme por completo y me place que me hagan esas preguntas, pues ellas me prueban la atencion que ponen en lo que ven. Saturio desciende de una de las mas ilustres familias godas. Desde su niñez mostró tan buenas disposiciones y tan piadosos sentimientos, que sus padres se apresuraron á cultivar las unas y á fomentar los otros obteniendo felicísimos resultados.

La muerte de sus padres proporcionóle la ocasion de realizar su mas querido deseo que era el de retirarse á la soledad á fin de poderse entregar sin testigos á las penitencias y austeridades de la vida eremítica.

Una gruta á las orillas del Duero sirvióle de albergue, haciendo en ella un pequeño oratorio dedicado á san Miguel, ante cuya imágen pasábase largas horas en oracion.

Alimentábase de yerbas silvestres, imponíase las mas duras penitencias y por espacio de treinta años vivió de este modo siendo objeto de una gran veneracion por parte de aquellos naturales, admiradores de su virtud.

Hallábase el Santo anacoreta una mañana segun su costumbre haciendo oracion á la entrada de la gruta, cuando en la opuesta orilla del Duero vió un jóven que se disponia á vadear el rio.

El peligro que corria, alarmó á Saturio, quien subiéndose sobre una peña empezó á gritar al jóven para que desistiera de su empeño.

Pero este, que no era otro que Prudencio, obispo mas tarde de Tarazona y varon virtuosísimo ya, léjos de detenerse lanzóse audazmente sobre las aguas y pasó al otro lado corriendo á arrodillarse ante Saturio demandándole su bendicion.

Este á su vez admirado ante tan gran milagro no pudo menos de pedirle tambien la suya y juntos penetraron en el oratorio dando gracias al Señor.

El objeto de Prudencio, al visitarle, no era otro que el de hacer en su compañía la vida eremítica.

Saturio aceptóle á su lado y durante siete años permanecieron juntos hasta que enfermando Saturio rogó á su discípulo le tendiese sobre el suelo y le recitase los fúnebres oficios, durante cuyo acto, espiró.

Prudencio le enterró en el mismo oratorio de san Miguel, poniéndo en la lápida que cubria su cuerpo, una inscripcion.

—¿Y permaneció mucho tiempo allí?—preguntó Azara.

—Cuando Prudencio fue elevado á la silla de Tarazona, trasladó sus reliquias á otro sitio donde tributábale, él, y á su ejemplo toda la comarca, gran veneracion, hasta que finalmente fueron sus restos trasladados á la Colegiata de Soria.

—Y dígame V., D. Cleto, como es que el obispado ha de ser de Osma y no de Soria, que es la capital de la provincia.

—Mucho se ha trabajado respecto á eso, y aun hubo un tiempo en que el obispo titulábase de Soria. En 1867 elevó el Ayuntamiento una exposicion al Gobierno pidiéndole esta traslacion, pero del mismo modo que otras gestiones hechas anteriormente, quedó sin resultado (1).

(1) El documento mencionado, notable por mas de un concepto, insértale íntegro el ilustrado historiador de Soria, Sr. Perez Rioja, cuya obra consultamos para rectificar nuestros apuntes, y de quien le tomamos. Dice así:

«Señora: El Ayuntamiento de la muy noble y muy leal ciudad de Soria, capital de la provincia á que da nombre, llega á los Reales piés de V. M. reverentemente pidiendo una gracia, que confia alcanzar de vuestra soberana munificencia: la traslacion de la silla episcopal de la diócesis de Osma, á que Soria pertenece. Otras poblaciones han conseguido ver satisfecho tan legítimo deseo, y algunas mas gestionan tambien para realizarlo. Cada una alega en su apoyo las razones particulares que le asisten. Empero, todos vienen á coincidir en dos fuertísimos apoyos, que son, el espíritu, por lo menos, del Concordato vigente con la Santa Sede, y la necesidad y conveniencia política y económica de asimilar la circunspeccion eclesiástica á la civil. Y uno y otro conducen á la realizacion de un gran

—Parece extraño que el obispado lleve el nombre de una de las villas de la provincia, y que el prelado y como consecuencia inmediata todas sus dependencias residan en aquel punto y no en la capital de la provincia.

—Precisamente esa era una de las razones en que el Ayuntamiento se apoyaba.

—Y eso que indudablemente seria beneficioso para la ciudad, quedó sin resolver.

—Mas beneficioso todavía que eso, fuera otra cosa en que Vds. no han reparado todavía tal vez y que desgraciadamente no se atiende como debiera, es verdad que en esto no es solamente el Gobierno el culpable.

—¿Qué es?—preguntaron los jóvenes.

—La despoblacion de los montes. Sabido es que el arbolado atrae las lluvias, las lluvias son necesarias para las cosechas y faltando aquel, escasean estas y como consecuencia natural vienen las sequias.

—Que tanto se padecen en algunas provincias de España.

—Y para las cuales no suele á veces emplearse otro medio que las públicas rogativas, como si eso fuera suficiente,—añadió Castro con irónico acento.

fin, «que puede llamarse de moral social, y de lo imperioso y urgente de que desde los grandes centros donde, por desgracia la corrupcion va en aumento, se haga sentir mas inmediata y salvadora la accion evangélica de los pastores de la Iglesia. Bajo estos principios, y con la esperanza que á su sombra nace, el Ayuntamiento de Soria se atreve á llamar la atencion de V. M. con la presente instancia.

«Soria, una de las mas esclarecidas ciudades de Castilla, viene gestionando para el logro de este importantísimo deseo desde la remota antigüedad que su historia encierra. Los últimos tiempos de la dominacion agarena aun recordaba la ciudad de Uxama, cuando destruida y pobre por efecto de las guerras desoladoras de la reconquista, vió levantarse su arrabal, el Burgo, y ya Soria se acercaba al trono, pidiendo la traslacion de la silla episcopal, y ya entonces, además de fundadísimas razones de localidad, alegaba las disposiciones del derecho canónico y las del municipal de España, que prevenian estar situadas las iglesias catedrales en ciudad ó lugares de los mayores que hubiese dentro del distrito del obispado.

«Soria era entonces, como es hoy, cabeza de provincia, con una iglesia colegial. Pero además indicaba sus numerosas parroquias y monasterios de religiosos y religiosas, sus cuatro hospitales y sus cuarenta cofradías, aduciendo hallarse ilustrada «con cinco cuerpos santos y otras muchas reliquias de grande devocion.» Y si en lo religioso tenia títulos tan abonados, en lo civil no eran menores por la mucha nobleza que encerraba, y por el crecido vecindario que en ella vivia.

«En cambio, Osma, la antigua Hotzama de los celtas, que bajo la denominacion de Uxama Argelae, era de una de las ciudades mas notables que con los romanos litigó en el convento jurídico Cluniense, yacia débil, abatida, y convertida en ruinas, de que no se ha levantado, y el Burgo un pueblo con escasa gente.

«Acreciendo Soria en nombre é importancia, obtuvo del sábio rey D. Alonso en 1256 un fuero particular de legislacion, por el grande renombre que le dieron sus servicios á los monarcas de Castilla, y tanta fue la predileccion con que la honró durante su reinado, que solicitó y obtuvo del soberano pontífice Alejandro IV dos señaladas gracias: una, la de llamarse ciudad, y otra la de erigir en catedral su colegiata de San Pedro; mercedes ambas que Su Santidad concedió por bula expedida en Viterbo en 8 de enero de 1260.

«Desde entonces, y por efecto de su concatedralidad, los prelados se llamaron obispos de Soria por mucho tiempo, y aun existe en la Iglesia-colegial la tabla genealógica que los enumera.

«Es notable la gestion que Soria hizo en el año 1537, cerca del rey D. Felipe II, en demanda de la division del Obispado de Osma y ereccion de la silla episcopal en ella. El Rey pidió informe al ilustre Prelado de Osma, entonces D. Francisco Tello de Sandoval, el cual aseguró haber visto el traslado de la bula pontificia, que Soria obtuvo mas de trescientos años antes, declarándola ciudad y obispado; pero combatió la division del de Osma, fundándose en que siendo Soria y sus pueblos lo mas pingüe de él, quedaria el de Osma reducido á escasas rentas.

«Ni aun esta aparente razon milita hoy en favor de Osma, desde que por efecto del actual sistema económico y administrativo, del Tesoro público dependen todos los gastos del culto y del clero.

«Por otra parte, las necesidades de esta época exigen imperiosamente que los principios religiosos se conserven con mayor empeño en las localidades populosas, donde por efecto de multitud de concausas, la relajacion es mas fácil que en cortos vecindarios. Un clero numeroso sigue á la silla episcopal, y la predicacion y el virtuoso ejemplo se ejercen mas de cerca.

«Lo contrario sucede al presente. Relegada la silla episcopal en un rincon de la provincia, sin roce apenas con la capital civil, no es posible que su accion moralizadora y santa llegue al único centro de importancia con la eficacia que las necesidades sociales exigen.

«Por otra parte, el Burgo, cuya importancia y vecindario son infinitamente menores que los de Soria, no re-

—Diré á V. señor Castro,—repuso D. Cleto,—respetemos porque respetar se deben las creencias de un pueblo, y natural es que los cristianos, en esas grandes calamidades que á veces les afligen dirijen sus preces á Dios. Esto es natural y digno de elogio en los pueblos que de religiosos se precian, lo que si debemos decir es que á la par que esto se haga no debe dejarselo todo á la Providencia, debe el hombre poner de su parte lo principal, que es el trabajo y de este modo es mas fácil que sea ayudado por aquella (1).

—Es mucha verdad y acepto la leccion que tan discretamente acaba de darme.

—No es leccion, es únicamente hacerle presente que á veces nos reimos de cosas que encierran en sí un gran principio moral y religioso que podrá ser falseado por algunos que las tomen solo como distraccion y entretenimiento, pero que no por eso debe dejar de merecer elogio la idea que las inspira. Ahora sí, que me diga V. que no son solamente las rogativas las que pueden atraer las benéficas lluvias si no que esto obedece á otras leyes físicas á las cuales contribuye poderosamente el trabajo del hombre y que este es el que se debe estimular, desde luego se lo concederé. A Soria como á otros muchos puntos que sucesivamente hemos de recorrer, le hace esto gran falta.

quiere, no necesita igual cuidado espiritual. Bástale con el clero parroquial que habia de quedarle, y en verdad que al llegar á este punto una sola observacion convence. El Burgo cuenta una sola parroquia, y con ella tiene á cubierto todas sus necesidades. Soria tiene ocho parroquias, y aun no es número bastante para el pasto espiritual que apetece. Otra prueba de su respectiva importancia y á la vez de la inconveniencia de que la cabeza del Obispado esté relegada en un extremo de la provincia.

«Continuando Soria sus incesantes gestiones el año 1851, elevó respetuosa instancia á S. M., y en 1852, su Ayuntamiento acordó que se dirigiesen preces á Roma para la traslacion de la silla.

«Hé aquí, Señora, á grandes rasgos trazada la historia de esta ciudad en cuanto á sus incesantes deseos de obtener lo que hoy de nuevo pide, y las vicisitudes porque este importantísimo asunto ha pasado.

«Hoy, como entonces y como siempre, la ciudad confia en la justicia con que pide; pero además espera alcanzar la realizacion de su justo y natural deseo, por la bondadosa mediacion de V. M.; por la gran necesidad de asimilar la circunscripcion eclesiástica á la civil; por la conveniencia social que ha de resultar religiosa, politica y económicamente considerando de que las capitales de provincia sean á la vez capitales de los obispados; por la importancia y alta consideracion que tiene el que los prelados residan en las poblaciones de mas importancia de sus diócesis, y ocupando el lugar altísimo á que son llamados, en vez de estar en puntos secundarios donde aparecen relegados; por la necesidad de que ni aun aparentemente se ofrezca á la imaginacion del vulgo divorciado, hasta cierto punto, la autoridad civil de la eclesiástica, y esta como en inferior escala, cuando tan oportuno es, atendido el descuido de la educacion moral en los grandes centros, que hasta la imaginacion y los sentidos del vulgo vean que si la una es fuerte por su proceder, la otra es grande por su mision y su importancia, y ambas se ayudan, y juntas viven, y mandan y gobiernan.

«Seguro es, Señora, que cuando esto vieran las gentes cesarian de oirse ciertas palabras que ofenden el pudor y escandalizan la moral, sin que la vigilancia de las autoridades ni la rigidez del Código puedan poner el correctivo eficaz, que por desgracia elude una sociedad harto combatida por el genio del mal.

«El Ayuntamiento de Soria, al elevar ante V. M. esta respetuosa instancia, si bien atiende al interés de su localidad, en primer término tiene en cuenta una necesidad social, á la vez que el mayor prestigio y lustre del episcopado, y las consideraciones que se desprenden de la conveniencia de acomodar la division territorial eclesiástica á la civil.

«En méritos de todo lo expuesto, para que esta pretension pueda llegar hasta nuestro Santísimo Padre, ya que en virtud del artículo 5.º del Concordato vigente obtuvo el Gobierno de S. M. la traslacion de la silla episcopal de Calahorra á Logroño, y á fin de que este precedente sirva de regla en el presente caso, el Ayuntamiento de Soria á V. M. rendidamente suplica se digne acceder á esta solicitud, elevando las correspondientes preces á Su Santidad para que la residencia y silla del prelado diocesano de Osma, sea y se entienda fijada para lo sucesivo en la capital de Soria, á cuyo efecto se compromete á procurar tener los edificios necesarios, tanto para el ilustre Prelado y sus dependencias, cuanto para seminario conciliar y demás. Gracia, etc.»

(1) En prueba de la verdad que existe en las frases de D. Cleto, debemos citar la opinion de un distinguido escritor muchas veces mencionado en nuestro trabajo respecto á esta provincia, el cual dice, «Que la repoblacion no es en los bosques obra de un dia, pero alguna vez se ha de empezar. La falta de lluvias puede ser un aviso providencial que debemos aprovechar, como deberiamos hacerlo con todos aquellos que acerca de otras cuestiones, no menos interesantes, se nos dan un dia y otro. El ejemplo de otros pueblos trabajadores puede servirnos, porque al esperarlo todo de la misericordia divina, olvidamos lo que el Cristianismo nos enseña. *Ayúdate y te ayudaré.*»

(Perez Rioja; *Crónica general de España.—Historia de la provincia de Soria*).

—Segun eso tambien Soria padece del mismo mal que Cuenca.

—Sí, señor. El gran elemento de ambas son los montes, si estos se desatienden poco puede ser el fomento y adelanto de ellas.

—Y dígame V., D. Cleto, antes de que terminemos todo lo referente á la capital, ¿qué hijos de ella se han señalado mas en la esfera del saber ó en el ejercicio de las armas ó de la política?

—Hay varios en toda la provincia, pero respecto á Soria no debe omitir á D. Francisco Mosquera y Barnuevo.

—¿Qué hizo ese señor?

—Dedicarse tanto al estudio de la jurisprudencia y de las bellas letras como al servicio de las armas, siendo muy elogiado su esfuerzo obteniendo varias mercedes del emperador Cárlos V, y escribiendo varias obras, entre ellas el poema titulado *La Numantina*, que dedicó á los doce Linages de que ya hice mérito.

—¿Hay algun otro personaje notable?

—Sí, señor; el Dr. D. Juan Fernandez de Soria, médico que fue de D. Enrique IV el *Impotente*.

—¡Hombre! indudablemente su opinion serviria para darle esa calificacion con que la historia le señala.

—Está V. en un error.

—¡Cómo!

—Por el contrario, solamente el sostuvo contra todos, que no existia semejante impotencia y que la infanta D.ª Juana era su hija.

—Importante es esa declaracion.

—A pesar de ella esa desdichada señora despues de haber servido de juguete á tantas ambiciones fué á sucumbir oscura y abandonada léjos del trono al cual segun el indicado doctor, tan legítimos derechos tenia.

—Sin embargo, España mejoró notablemente con el reinado de los reyes católicos.

—Eso es innegable y todos debemos felicitarnos de que estos fueran los que sustituyesen á aquella princesa.

—Despues de ese doctor ¿nos queda algun personaje mas importante tambien?

—El bachiller Pedro de Rua que escribió tres cartas eruditas impresas con las del obispo D. Antonio Guevara y otras varias obras tanto en verso como en prosa, y don Francisco Antonio de Salcedo marqués de Vadillo, corregidor que fue de Madrid y muy estimado de Felipe V. El cuartel de Guardias de Corps, el Hospicio, el puente de Toledo, la ermita de la Vírgen del Puerto y la fuente de la Red de san Luis, monumentos todos existentes en la corte, fueron hechos bajo su direccion.

Otras varias celebridades existen en la provincia de las cuales nos iremos ocupando al visitar las poblaciones de su nacimiento.

XV.

La industria en Soria.—Algunas noticias respecto á su pasado.

Nuestros viajeros emprendieron su marcha hácia el Burgo, residencia del Obispo de la diócesis de Osma, y uno de los partidos judiciales en que se halla dividida la provincia.

La conversacion de los cinco amigos recayó como era natural sobre todo cuanto acababan de ver y sobre los recuerdos del pasado tan diestramente evocados por don Cleto.

Buen rato llevaban ya ocupándose de estos particulares, cuando dijo Sacanell:

—Observo amigo D. Cleto, que hablando tanto del pasado histórico de Soria, nada nos ha dicho V. respecto al estado de su industria en mas remotos tiempos.

—Es verdad.

—Y yo supongo que criándose en Soria tan gran número de ganados, es decir, existiendo la primera materia en tan grande escala, podria tal vez aprovechar para la industria.

—Así era.

—Por otra parte me parece tambien haber visto en los antiguos libros de mi casa algunas partidas de manufacturas sorianas, que ni recuerdo lo que eran, ni tampoco á punto fijo podria decirle el año.

—Tiene V. razon y ha sido una omision que espero me dispensen Vds. rogándoles que cuando reparen alguna semejante me lo adviertan. La fabricacion de paños en Soria remóntase hácia el siglo XII. Alfonso X dió en 1283 unas ordenanzas para el gremio ú asociacion de Tejedores establecido aquí.

Habia varios tintes de cuyos edificios vénse todavía restos en las orillas del Duero, pero se conoce que la industria fue decayendo de una manera lastimosa por cuanto en 1747 la vemos reducida á un número muy exiguo de telares.

En el último tercio del siglo XVIII hubo algun movimiento industrial en Soria, estableciéndose una fábrica de medias de estambre hechas á telar.

Por distintas peripecias pasó tanto este ramo de industria cuanto la fabricacion de paños en los años que siguieron (1) adversas unas y favorables otras, llegando sin em-

(1) De los apreciables datos que respecto á tan importante ramo trae el historiador de Soria en su obra, entresacamos los siguientes, tanto porque completan en mucho las noticias que teniamos ya adquiridas, cuanto por el extracto que de ellas hace:

«En 1780, algunos comerciantes de Cádiz, individuos de la Sociedad económica de Amigos del Pais, de Soria, en la que figuraban como sócios beneméritos, remitieron á esta la suma de 31,000 rs. Con este auxilio dispuso la Junta el establecimiento de una fábrica de medias de estambre á telar, que al poco tiempo funcionaba con cuatro telares y daba ocupacion á cuarenta mujeres de la poblacion.

«Por este tiempo consiguió la Sociedad, que por cuenta de la fábrica de Brihuega se estableciese una escuela abierta para hilar lana al torno, aprontando tambien treinta de los suyos, y alistando igual número de muchachos y muchachas, ofreciendo que á cada persona que concurriese á trabajar se le pagaria el valor de lo que trabajare y dos cuartos diarios de premio, añadiendo el de un vestido entero y un torno para los seis operarios que en el primer semestre adelantasen mas en la perfeccion de las hilazas, y el mismo premio para otros seis que lo consiguiesen en el otro semestre siguiente.

bargo, á un grado de prosperidad que hace lamentar doblemente la decadencia de hoy.

En el año de 1786 llegáronse á contar en Soria hasta ochenta telares de lienzo de diversas clases, trabajándose tambien por el gremio de cabestreros los efectos pertenecientes á su industria. Habia tenerías y tintes, y en resúmen este ramo de la pública riqueza se hallaba en un estado bastante floreciente.

«Igualmente admitió la proposicion de un vecino de la ciudad, obligándose á poner una escuela para enseñar á tejer trenzaderas, galoncillos de lana y estambre hilados, fajas y ligas, para lo cual se pusieron corrientes cinco telares.

«Establecida la fábrica de medias, la Real Sociedad comprendió que los auxilios librados por sus sócios de Cádiz no eran capaces para sostener su intento, y no pudiendo destinar para conseguirlo parte de sus propios fondos, porque debian destinarse á los recomendables fines de su instituto, pensó que dejando al maestro D. Tomás Sanchez Almendro, bajo ciertas condiciones, podria lograrse aquel; determinado así, haciendo reserva del interés de cuatro acciones que resultó haber suplido de sus fondos para telares, utensilios y enseres, no produjo esta disposicion el fin deseado, pues hizo luego conocer lo mucho que diferian las medias trabajadas bajo este sistema de aquellas otras del primer ensayo.

«Este perjuicio y otro mayor que iba á seguirse con la separacion del maestro por desavenencias ocurridas entre él y D. Francisco Sanchez de Perales, uno de los curadores de la escuela, fueron motivo para que D. Isidro Perey, su secretario perpétuo, á cuyo cargo habia puesto la Real Sociedad la direccion de la fábrica, lo avisase á la Junta de Cádiz significándole su sentimiento por el abandono en que habia de verse un pensamiento tan útil á la patria, y el desamparo que padecerian veinte y un oficiales que trabajaban en ella, haciendo ver que para evitarlo no discurria otro arbitrio sino que los interesados residentes en Cádiz, ó algunos de ellos particularmente, lo tomasen por cuenta suya, comprando á la Sociedad sus acciones y entregándole su importe, y las sumas suplidas por falta de suscripcion en beneficio de ella.

«Consistia el fondo de la fábrica, cuando aconteció esto, en 2,900 pesos, distribuidos en catorce medias acciones. Este capital, aunque verdaderamente corto para propagar industria tan útil á la localidad, fue suficiente para facilitar los primeros ensayos, y deducir con conocimiento las utilidades que pudiera prometerse si continuaba.

«Interesados los de Cádiz en sostenerla, lograron una suscripcion de sesenta y cuatro medias acciones, cuyo producto ascendia á 12,900 duros.

«Este fondo fue suficiente para cangear con la Sociedad y Perez sus respectivas acciones, y los suplementos hechos por aquella; aumentar los telares, y facilitar el abasto de medias para enviar con los propios interesados.

«Buscaron tambien los de Cádiz sujeto á propósito para desempeñar el grave cargo de director de la fábrica, en D. Andrés Martinez de Aparicio, el cual fue admitido por la Sociedad bajo ciertos pactos y condiciones, y con un sueldo de 1,000 ducados anuales.

«En 1792 se concedió á esta fábrica el privilegio de poner sobre su puerta y en la de los demás almacenes que estableció en la corte y otros puntos del reino, el escudo de las armas reales; el Monarca se constituyó en su primer accionista con ciento veinte acciones de á 3,000 reales cada una, y todo marchó perfectamente.

«Dirigió despues el establecimiento con tal tino el maestro Francisco Cabrujas, que por dias se iban palpando sus mejoras y fecundos resultados.

«En este tiempo contaba con veinte y ocho telares, que trabajaban al año unos siete mil pares de medias de dos y tres hilos, á mas de considerable número de calzones y justillos de diferentes colores que se gastaban en el pais: consumia al año la fábrica quinientas arrobas de lana entrefina de la cosecha de la ciudad, y daba ocupacion á mas de trescientas personas, entre tejedores, estambreros, costureras, hilanderas, y demás dependientes.

«La Sociedad de Soria, conociendo desde su establecimiento la decadencia de las fábricas de paños y bayetas de la provincia, y queriendo impedirlo dirigió tambien circulares á las autoridades de los pueblos, convocó diputados de cada uno de ellos á la capital, donde se examinaron las causas que originaban la decadencia de sus fábricas de lana.

«Eran estas, la falta de grandes capitales en los fabricantes, la extraccion de lanas churras y riberiegas de que se sentian las fábricas, el tráfico que se hacia de la primera materia por sujetos no fabricantes, para revenderla á estos con onerosas condiciones, y la falta de salida de los paños y bayetas por la introduccion de los géneros extranjeros de esta especie.

«La Sociedad quiso reparar estos males con medidas que la ciencia económica rechaza como estériles.

«No buscando las causas en la misma naturaleza de las causas, es fácil caer en errores, esto fue lo que sucedió en este punto á nuestros paisanos.

«Creóse por entonces la Compañía de ganaderos trashumantes de las provincias de Soria y Búrgos, para el establecimiento de una fábrica de paños en la capital de la primera.

«El principal objeto de esta Compañía fue el comercio de sus lanas, extrayéndolas en rama del reino. A los ocho años de su fundacion (se habia fundado en 1781) reconoció, que así como daban sus sócios ocupacion á las fábricas extranjeras, podian darla á las nacionales, pues aunque á la Compañía no le fuese fácil establecer de pronto fábrica de paños finos en que se consumiesen todas, era asequible el reducir á hilazas mucha parte de ellas. Sobre este punto presentaron sus directores una Memoria en la Junta general de accionistas, celebrada en mayo de 1788, proponiendo la extraccion de las ideadas hilazas fuera del reino, como se hacia de las lanas en rama, y á vista de la grande y útil ocupacion que en la ciudad y provincia podrian lograr las muchas gentes que de ambos sexos carecian de ocupacion, se acordó dar las facultades necesarias á sus directores para que promoviesen este ramo de hilazas y su extraccion por los medios mas proporcionados y convenientes.

Y no era solamente la capital la que á tanta altura habia llegado á poner la industria. En toda la provincia segun tendrémos ocasion de demostrar al ocuparnos de los respectivos partidos judiciales, veremos el estado en que se hallaban; y al compararle con el de hoy, no podrémos menos de deplorar semejante decadencia.

De igual manera su comercio era tambien mucho mayor que en el dia, sien-

«Facilitaba esta empresa una oferta de la Sociedad económica de Amigos del Pais, que por circular se habia dirigido á las justicias de todos los pueblos de la provincia, proponiendo los medios de llevarla á cabo.

«Se proponia, que turnando sus cuatro escuelas de hilazas finas se adiestrasen en ellas un gran número de mujeres y muchachos que no habian podido conseguir esta ocupacion y enseñanza por no haber quien les suministrara las lanas preparadas, cuya dificultad allanó la Compañia dando las cardas á los maestros de las mismas escuelas, como se hacia en las Reales fábricas de Guadalajara y Brihuega; el segundo medio era, que de estas fábricas fueran á la de Soria sujetos instruidos en todas las operaciones, hasta la de hilar inclusive, para que instruyesen á aquellos naturales en el modo perfecto de ejecutarlas. El tercero, el de que siguiéndose la máxima de fomentar con premios todo nuevo establecimiento útil, señalase el de 44 reales á cada arroba de hilaza que se extragese del reino hasta que llegase la extraccion al número de seis mil arrobas, cuarta parte de las veinte y cuatro mil que anualmente creian saliesen en rama; los derechos de estas veinte y cuatro mil arrobas á razon de 66 reales una con otra, importarian 15.880,000, y reduciéndose en aquel caso á 190,000 no ascenderian mas que á 11.880.000 reales ó solamente 9.240,000 por deberse deducir de ellos los 2.640,000 de los premios respectivos á las restantes 60,000 arrobas que se trataba salieran en hilazas; cuando la extraccion de estas pasase desde las sesenta mil arrobas hasta ciento veinte mil, podrian subirse los derechos de extraccion de la lana en rama, desde los 66 reales hasta los 80, y bajar el premio ó gratificacion de las hilazas desde 44 á 33 reales, en cuyo caso sumarian aquellos 9,600,000, y estos 3.960,000, y quedarian líquidos para el Real erario 5.640,000 reales y del mismo modo resultarian para este 2.040,000 reales, si se aumentase la extraccion de las hilazas desde ciento veinte mil arrobas hasta ciento ochenta mil arrobas, y se redujese á sesenta mil la de lana en rama, en el supuesto de crecer los derechos de estas á 100 reales, y moderar 22 la gratificacion de aquellas, que no seria necesario continuar ya desde aquella época.

«Para dar principio á esta idea dejó la Compañia tres cientas arrobas de lana lavada sin extraher en la ciudad de Soria y villa de Vinuesa, pero al extender y proponer sus directores este plan, se hallaron con la dificultad de que estaba prohibida la introduccion de hilazas en Inglaterra, y probablemente en las demás naciones extranjeras, porque todas procuraban admitir los géneros en rama y rechazar los manufacturados que podian excusar; mas no obstante continuaron sus diligencias para el despacho de las hilazas de lana fina, si se les señalase el premio de 44 reales en arroba, hasta que llegasen al número de sesenta mil, y se declaró que siendo una verdadera manufactura solo debian pagar al extraerse el tanto por ciento señalado á cualquiera otra del reino, y que siendo regular fuese muy corta ó ninguna la extraccion de dichas hilazas, lo era tambien que la Compañia resolviese destinarlas para fabricar paños finos de las calidades de los de Guadalajara, Brihuega, Escaray y Segovia, estableciéndose en Soria, en la cual iban á celebrar Junta sus individuos y tratar este importante asunto.

«Hecho así y elevada una peticion al Rey exponiendo los auxilios que contemplaban mas necesarios para su ejecucion, el intendente de Soria, prévios los correspondientes informes, dió curso al expediente, que dió por resultado una Real cédula á la Compañia en 11 de junio de 1792, en la que se la dispensaban las gracias siguientes:

«1.ª La exencion de derechos de la lana hilada que sacasen del reino y llevasen á paises extranjeros: y durante un año el premio de 44 rs. de vellon por cada arroba de estas hilazas que extrajera, pagados de los productos de la renta de lanas.

«2.ª El permiso de que el veedor general que fue de las Reales fábricas de Guadalajara y Brihuega, D. Gregorio Garcia, pasase á establecer las escuelas de hilazas y las fábricas que esta Compañia proponia si se conviniere á ello, y siendo de su cuenta el sueldo ó dietas que le hubiere de abonar.

«3.ª La declaracion de que si además necesitase maestros y oficiales de las citadas Reales fábricas, podrian pasar al servicio de la Compañia los que no hicieran falta en ellas, y la facultad de que enviara á las fábricas y á las de Escaray los que destinasen á ser instruidos en sus maniobras, á los cuales no se les ocultara secreto alguno, ni nada de lo que condujera á mejorarlas, dejándoles asimismo sacar modelos de las máquinas que hubiera para facilitar su perfeccion.

«4.ª La recomendacion que tambien solicitaba la Compañia, para que por el Banco nacional de San Cárlos se la franqueasen las anticipaciones y auxilios que necesitara, por el interés de 5 por 100 al año y bajo las condiciones y seguridades correspondientes y acostumbradas.

«5.ª El uso de la que tuvieron los exjesuitas en Soria, á excepcion de la parte que anteriormente se le dió á la Sociedad patriótica de aquella ciudad, y tenia ocupada con la fábrica de medias de su cargo, á fin de que esta Compañia pudiera establecer en el resto de ella la de paños que habia proyectado.

«6.ª La facultad de hacer construir á sus expensas los lavaderos, tintes, batanes, tendederos y demás oficinas conducentes para completar este importante establecimiento en los sitios ó parajes que mas le conviniese, tomando las aguas que necesitare de las fuentes, arroyos y rios mas á propósito, y precediendo el pago de los terrenos que ocupara, segun se ajustara con los pueblos, comunidades ó particulares, á quienes pertenecian, ó por tasacion de péritos.

«7.ª Últimamente, que este establecimiento y su Compañia por él, gozará de las gracias, exenciones y privilegios concedidos por punto general á todas las de su clase del reino, en las Reales cédulas de 18 de noviembre de 1779, 8 de mayo de 1781 y 11 de mayo de 1783.»

do confirmadas por Fernando VI las ordenanzas ó estatutos del gremio de tenderos.

Por el año de 1778 pensóse en la creacion de un consulado para protegerle y fomentarle, bien por medio de la fundacion de nuevas fábricas, bien bonificando los productos para que pudiesen competir con los extranjeros, que aprovechaban nuestras lanas para sus manufacturas, saliendo del país en grandes cantidades estas primeras materias, sufriéndose como es consiguiente perjuicios de consideracion.

Por mas reducidos que se pusieron los gastos que esto produciria, vióse de una manera patente que no bastaba á cubrir el presupuesto el arbitrio indicado por los promovedores del pensamiento.

Pensóse en exigir á todas las mercaderías que se introdugesen en la ciudad un cuartillo de real por ciento y otro tanto del valor de la lana fina y churra perteneciente al ganado de la misma ciudad, mas al llegar á computar á cuanto podria aproximadamente ascender el producto de semejante impuesto, vióse que la suma que daba era tan exigua que apenas podria cubrir el pago de los oficios que en sí requeria el consulado, á pesar como ya hemos expuesto, que estos se pusieron sumamente económicos.

Ya en aquella época habia decaido mucho el comercio por lo que los mercaderes trataron de esta fundacion como único medio de poderle enaltecer, mas la exigüidad misma de aquello que trataban de fomentar no les permitió llevar á cabo su propósito.

Segun las leyes, todas las ciudades podian crear esta clase de consulados, mas era preciso que tuvieran fondos bastantes para atender á las necesidades propias de su institucion.

Soria no estaba en este caso, su comercio habia decaido y el gravámen que como arbitrio se pensaba imponer á las mercaderías que se introdugeran en la capital habia de perjudicarlas, por lo tanto fue denegada la solicitud que con tal objeto presentaron á Cárlos III los iniciadores de aquella idea.

—Deplorable es señores—dijo Sacanell,—que la falta de proteccion, de estímulo que en nuestro país ha existido y existe, haga improductivos tantos elementos de riqueza como posee.

—Y que ese mal ya es muy viejo amigo Sacanell. Esto mismo de que nos estamos ocupando es una prueba de ello y tengan Vds. en cuenta que Cárlos III es quizás el Monarca de los tiempos modernos á quien mas beneficios debe nuestro país.

—Es cierto,—repuso Azara.

—Si se hubiese prohibido la exportacion de aquellas materias, cargando con ciertos derechos las manufacturas extranjeras, fomentando al mismo tiempo la fabricacion nacional, hubiésemos mas tarde ó mas temprano conseguido poder competir con aquellas y por lo tanto asegurar á nuestra industria un ventajoso porvenir. Así vemos que nuestras lanas han salido de España para volver á entrar en ella manufacturadas; nuestros vinos han hecho el mismo viaje para regresar transformados; nuestros aceites, nuestros minerales, todo cuanto este riquísimo suelo produce, otro tanto sale de él para enriquecer á extraños.

—Doloroso es haber de confesar nuestra ignorancia en todos esos perfeccionamien-

tos que á tan alto grado llevan los extranjeros, y mas doloroso todavía por cuanto no es que sea por incapacidad de nuestros industriales sino por falta de proteccion.

—¿Pero por qué nuestros industriales no procuran ponerse en disposicion de competir con los extraños?—dijo Castro—estudien, aprendan y entonces no deberán temer á las procedencias del extranjero.

—Amigo Castro lo primero de todo,—repuso D. Cleto,—es poner á ese industrial en condiciones para que pueda hacer esa competencia que V. dice, y que yo deseo tambien. Los Gobiernos deben proteger las industrias nacionales, por medio de los derechos protectores para las procedencias del extranjero, cuando las del país no se hallan todavía en estado de equilibrarse con aquellas. Una vez obtenido esto, déjese en buen hora franca la entrada, que mientras aquellas tienen que hacer un viaje, que siempre produce gastos y ha de recargar sus precios, las del país, que no se encuentran en el mismo caso, tienen ya mejores condiciones para la venta. Esto se lo han hecho á V. todas las naciones, y aun hoy mismo las ve V. que mantienen sus derechos sobre aquello que las podria perjudicar. ¿Cómo quiere V. que haya un industrial que se ponga á perfeccionar una industria determinada, si á la par que esto hace ve penetrar del extranjero aquellos mismos productos en unas condiciones de baratura con las cuales él no puede competir todavía? El libre cambio es muy bueno, si señor, pero es cuando los pueblos se hallan en disposicion de sostenerlo y aun así, en absoluto, jamás.

—Confieso que las razones de V. son atendibles.

—Además, en nuestro país tenemos tambien otro mal gravísimo.

—¿Cual?

—El inmenso contrabando que se hace por todas partes. Esto es muy perjudicial para la industria, no le quede á V. duda.

—Y eso que hay tanta vigilancia.

—Pues á pesar de ella entra mucho, y nuestras discordias civiles obligando á concentrarse en las capitales las fuerzas destinadas á impedir aquel, dejan francas las fronteras, haciéndose grandes acopios durante esos dias.

—¡Desdichado país el nuestro!—exclamó Sacanell.

—Muy desdichado, sí, señores, y vale mas que doblemos la hoja al llegar á este punto, pues sabe Dios donde nos conducirian las reflexiones á que esto se presta.

Los cuatro amigos comprendieron que el anciano tenia razon, y permanecieron silenciosos durante un buen espacio, ocupándose despues de la próxima poblacion.

XVI.

El Burgo de Osma.

—No me parece muy sana la situacion que ocupa esta villa—dijo Azara á su guia al dar vista á la poblacion en que iban á pernoctar.

—Efectivamente—añadió Pravia,—situada en una hondonada no me parece que tenga mucha ventilacion.

—Dicen Vds. perfectamente; el Burgo tiene además la contra de estar sobre

un terreno húmedo, lo cual es causa de que se padezcan bastantes fiebres intermitentes.

—Y parece buena poblacion.

—Ya lo creo, se ha crecido á expensas de su vecina, la ciudad de Osma, que hoy apenas tiene significacion. Toda la importancia la ha absorvido el Burgo.

—¿Pero el obispo no es de Osma?

—Sí señor, pero reside aquí.

—¿Qué distancia separa una poblacion de otra?

—Una media legua escasa, un paseo mejor dicho.

—¿Á qué categoría pertenece el partido judicial?

—Es de entrada y depende de la Audiencia territorial de Búrgos.

Hablando de este modo, la diligencia en la cual iban nuestros viajeros, penetró en la villa, deteniéndose poco despues en un buen parador cuyo aspecto no pudo menos de satisfacer á Castro que ya estaba temiendo caer en las posadas de que tan ingratos recuerdos tenia en su expedicion por la provincia de Cuenca.

El Burgo se halla situado al O. de la provincia, en medio de sierras bastante elevadas.

Confina al N. con Salas de los Infantes; al S. con Atienza; al E. con Almazan y por el O. con Aranda y Riaza.

Las sierras que le rodean son las de Búrgos y Soria, subdividiéndose en distintos ramales que cruzan en todas direcciones el partido, y cuyos accidentes dan lugar á bastantes vegas y valles.

Extensos bosques de enebros, pinos y robles vénse en las montañas situadas al N. y E., donde tambien existen las ricas canteras de jaspe de Espejon y Cantalucia, mientras que las yerbas de pasto, y las canteras de granito quedan relegadas para el S. y el O. de su demarcacion.

El rio Duero es el mas importante que recorre el partido, prestando mas beneficio á la parte agrícola que á la industria, á la cual pudiera hacer muchísimo bien.

Además están el Ucero, el Avion, el Riosequillo, el Reja, el Pedro y el Adante que sirven en gran manera para fertilizar vastas porciones de terreno.

Este en lo general, es bastante fértil, debiendo, sin embargo, hacerse especial mencion de las cañadas y valles que se encuentran á las orillas del Duero, las cuales, están dedicadas á la siembra de cereales y al viñedo.

La produccion agrícola es bastante buena, consistiendo en trigo puro, ó de primera calidad, mas inferior, centeno, cebada, avena, guisantes, yeros, patatas, judías, lino y cañámo, vino, excelentes frutas, bellotas y leñas tanto de combustible como de carboneo.

La abundancia de pastos permite la cria de gran número de cabezas de ganado, así lanar como cabrio, vacuno, de cerda y mular, abundando tambien las yerbas aromáticas y medicinales, lo cual produce excelentes colmenas, cuya miel no desmerece de la famosa de la Alcarria.

Las mejores condiciones en que se hallan las vias de comunicacion, especialmente

en las cabezas de partidos judiciales, y las carreteras que cruzan por la provincia, pónenla en mejores condiciones que la de Cuenca para dar salida á sus productos, contribuyendo á prestarle mas animacion y vida que la existente en aquella otra provincia.

No debemos terminar esta brevísima reseña sin hacernos cargo del carácter en general de los habitantes de este partido.

Las costumbres están menos corrompidas que en otros puntos. Los naturales sencillos y honrados, ni tienen grandes necesidades ni gustan de la holganza.

Visten con sencillez, usando generalmente las telas fabricadas en el país, y adviértese algo mas de educacion entre aquellos labriegos, que en los de la provincia de Cuenca, efecto indudablemente del mayor trato que tienen por las vias de comunicacion que hemos mencionado.

XVII.

Aspecto interior y exterior del Burgo de Osma.—Edificios notables.

Al dia siguiente de su llegada, nuestros viajeros, guiados por D. Cleto, dieron principio á su correría por el interior de la poblacion.

Su aspecto es bastante agradable. Las casas, por lo general, espaciosas y de buena apariencia, no carecen de ciertas comodidades.

Hay algunas que descuellan tanto por su arquitectura cuanto por su capacidad, sin que por esto podamos citar nada de notable artísticamente consideradas.

En la plaza Mayor están las Casas consistoriales, edificio bastante regular, y en la misma un hospital que merece nos detengamos en el siquiera sea por breves momentos.

Débese la ereccion de tan suntuoso edificio, porque verdaderamente lo es, al ilustrísimo señor obispo de aquella diócesis, D. Fr. Sebastian de Arévalo y Torres.

La fachada es de piedra sillería, destacándose en el centro las estatuas de san Agustin, san Francisco y san Sebastian, y las armas del fundador. Dos torres le flanquean, y un atrio espacioso facilita la entrada á un oratorio y á un patio aclaustrado, en el cual se halla la sala de enfermos y habitaciones de los enfermeros.

Las cocinas, botica y laboratorio se encuentran debajo, y un magnífico lavadero, la huerta y el cementerio, constituyen, por decirlo así, toda la planta baja.

El departamento de mujeres está en el piso superior, así como tambien las habitaciones del mayordomo y capellan.

El lugar destinado para los convalecientes se encuentra en la parte O. del edificio, donde hay una galería cubierta para su solaz y esparcimiento.

Toda esta parte construyóse con posterioridad al resto del edificio, y se debe al obispo de Osma, Fr. Joaquin Eleta, confesor que fue del rey Cárlos III.

La asistencia corre á cargo de los hermanos Obregones con la dotacion necesaria de médicos, cirujanos, practicantes y farmacéuticos, de modo que los enfermos se encuentran perfectamente atendidos.

Es de los mejores establecimientos que de su clase existen en España, y el edificio reune cuantas condiciones de salubridad é higiene son indispensables.

Nuestros amigos permanecieron buen espacio deteniéndose en observar escrupulosamente la asistencia y el trato que á los enfermos se daba, elogiando extremadamente una y otro.

Cuando de allí salieron, dijo Azara:

—¿Qué mas establecimientos de beneficencia hay en la poblacion?

—Un Hospicio é Inclusa que ya visitarémos, y que ha de llamarles la atencion.

—Supongo que habiendo tanto cuidado aquí respecto á ese ramo, no estará descuidada tampoco la instruccion.

—No señor. Existen dos escuelas, una de niños y otra de niñas, costeadas por los fondos municipales, y varias particulares de uno y otro sexo; eso sin contar con el Seminario del cual tambien nos ocuparémos á su debido tiempo.

—¿Tienen buena asistencia?

—Sí señor, se ven muy concurridas, y en general los alumnos son bastante aprovechados.

—Mas vale así.

—¡Otra fuente!—exclamó Pravia viendo una por el sitio que atravesaban,—Tres he visto ya, y de agua muy cristalina.

—Y muy buena tambien. El Burgo está dotado de excelentes aguas, y con gran abundancia.

—¡Ola!—dijo á su vez Sacanell.—Esta será la catedral.

—Así es ¿qué le parece á V.?

—Buena, sí señor, no podré artísticamente analizársela ni decirle en que consiste la belleza que le encuentro, pero me gusta, y creo que su arquitectura es notable.

—Lo es, amigo mio, lo es.

—Desde luego esa fachada de piedra blanca hace buen efecto.

—Sí, es piedra sillería caliza, que tiene el color mas claro que la generalidad.

—Me parece que esa torre es mas moderna que la catedral.

—Tiene V. razon Castro,—repuso D. Cleto.—La torre y el reloj se construyeron á principios de este siglo á expensas del Ilmo. Sr. Obispo D. Juan Dominguez.

Tres espaciosas naves con su elegante crucero constituyen el interior de la basílica, en la cual se hallan trece capillas siendo algunas de ellas dignas de llamar la atencion.

Obra de Juan de Juni es el altar mayor, que resalta doblemente en su majestuosa capilla de esbeltas formas con varias ventanas formando semicírculo.

El delicado medallon de su altar, en cuyos siete cuadros el artista representó de bulto los misterios de la vida de la Vírgen, es notable por mas de un concepto.

Pureza en el estilo, elevacion en el pensamiento, y destreza y acierto en la ejecucion, recomiendan de una manera notable aquella.

Entre las figuras que como acompañamiento puso en el tránsito, el artista, se ve la del obispo D. Pedro Alvarez Acosta, á cuyas expensas se hizo la obra.

La capilla del venerable Palafox, es de figura ochavada construida con ricos jaspes

de Espejon y Cantalucia. Vénse en ella graciosos adornos de estuco hechos por Domingo Bril. Las pinturas al fresco, que la embellecen débense al pincel de Maella, así como las estatuas, que son muy recomendables, son obra de Gutierrez.

Construida en alto, facilitando acceso hasta el tabernáculo una rica gradería de jaspe de Espejon, ofrece una agradable perspectiva la capilla de san Pedro de Osma.

El cuerpo del santo se halla en una urna de jaspe cuyas piedras labradas ya, parece que estaban destinadas para el mausoleo de D. Alonso de Aragon, rey de Nápoles.

Su hijo D. Fernando costeaba dicha obra, mas hallábase tan lleno de deudas que se vió obligado á venderlas al dean de la catedral D. Antonio Melendez de Gumiel, el cual las dió el destino que hoy tienen.

Ocho grandes columnas de jaspe con embutidos de bronce, sostienen la real capilla de la Concepcion, digna tambien de ser visitada por el viajero.

La capilla de Santa Cruz, espaciosa y recomendable tambien por su arquitectura, es la que sirve de parroquia, y está servida por un capellan de número, teniendo la categoría de curato de segundo ascenso, y un teniente nombrado por el cabildo.

Hállase situado el coro en la nave central entre dos enrejados de mucho mérito, siendo de admirar la sillería de nogal tallada, con dos órdenes de asientos.

Á la derecha hay uno ocupado por la efigie de Santo Domingo de Guzman.

Los dos órganos que contiene son bastante buenos y las cinco sacristías de que consta la basílica reunen las condiciones de capacidad y ornamentacion necesarias y especialmente la construida en 1540, contiene una cajonería con embutidos y adornos de bronce de gran mérito, cuadros muy notables, espejos, rico aguamanil de jaspe en figura de concha y frescos en la bóveda muy elogiados por los inteligentes.

Los claustros son espaciosos rodeando un jardin cerrado con verjas de hierro.

El cabildo catedral está compuesto del Obispo, de las dignidades, canónigos, racioneros, capellanías de número y distintos sirvientes entre sacristanes, monaguillos é *infantes* ó *infantejos* para el coro con arreglo al último concordato.

Nuestros viajeros estuvieron observándolo todo y tomando sus notas y terminadas estas abandonaron la basílica.

—¿Dónde vamos ahora?—preguntó Pravia á su guia.

—Nos dirigirémos al Seminario,—repuso este.

—¿Y qué puede tener que admirar un edificio como ese? Ya hemos visto otros y me parece que como obra arquitectónica será como los demás.

—Está V. en un error, amigo Castro; el que vamos á ver está considerado como el mejor de España.

—Siendo así, ya será notable.

—¿De qué época data su fundacion?—preguntó Sacanell.

—Eso sí que no se lo puedo decir á Vds., solo sé que el actual no es el primitivo.

Iba á replicar el catalan, cuando D. Cleto exhalando una exclamacion de alegre sorpresa al ver aproximarse un caballero anciano que iba en direccion opuesta á la que llevaban, detuvo las frases que iba á pronunciar.

—¡Caramba!—dijo D. Cleto,—precisamente aquí llega quien podrá dar á Vds. todas las noticias que deseen.

Y dirigiéndose al anciano prosiguió:

—Amigo Medina, ¿no me conoce V. ya?

El interrogado fijó sus ojos en el que le hablaba y al cabo de algunos segundos exclamó á su vez.

—¡D. Cleto! ¿V. por aquí?

—Sí amigo, sí, á la vejez viruelas, como dice el refran; cuando ya me encuentro con un pié en este mundo y el otro dispuesto á abandonarle, se han despertado mis deseos de viajar y héteme aquí dispuesto á dar una vueltecita por España.

—Pues ahí es un grano de anís.

—Pero no es mia toda la culpa, han sido estos amigos, que tengo el gusto de presentarle, quienes me han sacado de mis casillas.

Los cuatro jóvenes á su vez saludaron al anciano, cambiaron recíprocamente algunos cumplidos y despues de haberse D. Cleto informado de la salud de la familia de su amigo, le dijo:

—Precisamente su encuentro me ha sido agradable por dos razones.

—V. dirá.

—La una, por haberle vuelto á ver al cabo de tantos años, y la otra porque V., conocedor de esta poblacion como hijo de ella que es, estudioso y amante de las glorias de su país, puede servirnos de mucho en nuestra artístico-científica expedicion.

—Ya sabe V. que puede contar conmigo para todo y especialmente lo que me indica, lo haré con tanto mayor placer cuanto que con ello puedo complacerle.

—Mil gracias.

—¿Han visto Vds. algo de lo que hay en el Burgo de notable?

—Generalidades, y la catedral de la cual salimos ahora.

—Pues si Vds. me permiten que entre en casa que está muy cerca, á la par que podré darles posesion de ella, descansarán un momento é inmediatamente me pondré á su disposicion.

Los viajeros aceptaron tan cortés invitacion y poco tiempo despues se hallaban en la casa de Medina, cuya familia les acogió con la mayor cordialidad.

No trascurrió mucho tiempo sin que se dirigiesen al Seminario, puesto que D. Cleto manifestó á su amigo que este era el punto donde se dirigian cuando le encontraron.

—El edificio que van Vds. á ver—dijo Medina,—no es el primitivo.

—Eso mismo nos decia D. Cleto, precisamente en el momento de ver á V.—repuso Azara.

—Y añadí inmediatamente que V. podria darles mejores noticias que las mias por cuanto á mí me se han olvidado algunas con el transcurso de tantos años y con tanto como he corrido y he visto.

—Diré á Vds. cuanto sepa y les manifestaré lo poco de notable que aquí poseemos.

—¿Qué se hizo el primitivo edificio?—preguntó Pravia.

—Desapareció para dejar libre el terreno á la construccion actual.

—Por lo visto se halla fuera de la poblacion exclamó Castro, al ver que salian de ella.

—Sí, señor. Llámase el lugar en que se encuentra, el Postigo, denominacion tomada sin duda de algun portillo que en lo antiguo existiria por aquí.

—¡Magnífica portada!—exclamó Sacanell,—al dar vista al edificio donde se dirigian.

—Lo es, si señores; entrarémos primero en esta capilla que se encuentra á la derecha, que estoy seguro ha de agradarles.

Y guiando Medina, penetraron en la capilla que se halla bajo la advocacion de Santo Domingo de Guzman.

Elegantes tribunas, tres altares con pinturas de gran mérito, espaciosa sacristía y adornos de tanto gusto como delicadeza, vénse en aquel sagrado recinto.

Los jóvenes demostraron la satisfaccion que les causaba lo que estaban contemplando, y prévio el permiso solicitado por Medina, pasaron á examinar el interior del Seminario.

Ancha y espaciosa la escalera de piedra, da ingreso á un gran patio aclaustrado donde están situadas las aulas, enfermería, cocinas, refectorio y despensas.

Dos buenos ramales de escalera que se reunen despues en uno solo, facilitan el acceso al piso superior, que sigue la misma forma claustral y en el cual se encuentran las habitaciones de los jefes y seminaristas, sala rectoral, de juntas y demás dependencias.

Los corrales, huerta y demás sitios de recreo se hallan como es consiguiente en la planta baja, constituyendo un todo grandioso y severo, sencillo y elegante.

Razon tuvo D. Cleto en decir que este Seminario quizás es el mejor de España.

Con extraordinaria amabilidad prestóse tanto el rector, como varios de los demás jefes de la casa, á acompañar á nuestros forasteros, dándoles cuantas noticias estos necesitaban para su propósito.

—Y la construccion de este edificio, ¿á quién se debe?—preguntó Castro.

—El ilustrísimo señor Obispo de esta diócesis,—contestó Medina,—D. Fernando Acebedo, en virtud de los deseos manifestados por Felipe II y á tenor de lo dispuesto en el concilio de Trento, hizo que se construyese un seminario bajo la advocacion de santo Domingo de Guzman.

—¿Y en que fecha dieron principio las obras?

—En 1612.

—Pues no parecen de aquel tiempo estos trabajos,—añadió Azara.

—Ya lo creo, como que el edificio que hoy ven Vds. no es aquel, sino el moderno empezado á construir en tiempo de Cárlos III.

—Eso es otra cosa.

—Segun eso seria tal vez mezquino el primitivo.

—Calculen Vds. que solo tenia rentas para el sostenimiento de diez y seis alumnos.

—Pero bien aumentaria algo mas.

—Sí, señor; sucesivamente fueron aumentándose, pero aun así era todo muy insuficiente.

—Ya comprendo entonces que Cárlos III, que tanto interés se tomaba por el adelanto de sus pueblos, dedicase á este objeto lo necesario para darle la importancia que requeria.

—Débese todo mas todavía que al Monarca á la iniciativa de su confesor.

—¿Quién era?

—Fr. Joaquin Eleta, precisamente era hijo de la poblacion; su padre era el cirujano titular que aquí existia y de tal modo supo influir en el ánimo de su real penitente, que no satisfecho con el proyecto de ensancharlo que se concebió primeramente, envió al famoso ingeniero Sabatini, para que hiciera los planos de un edificio completamente nuevo.

—Ya se concibe que esta obra no está ideada por un genio vulgar.

—La villa cedió el terreno que era necesario para el nuevo proyecto é inmediatamente dieron comienzo los trabajos. El ilustre iniciador de ellos les prestó mayor actividad durante el tiempo que ocupó la silla de este obispado, y á su muerte, habia conseguido del Pontífice una pension de 5000 ducados sobre la mitra para la dotacion de tres cátedras de filosofía, dos de gramática y otras atenciones consiguientes á un establecimiento de esta índole.

—¿Sufrieron alguna paralizacion las obras despues de su fallecimiento?—preguntó Sacanell.

—Las consiguientes á las épocas que se sucedieron. Ya en el reinado de Cárlos IV, habia menos afan por estas construcciones, por estas empresas que tan alto renombre dieron á su antecesor, y en el reinado de su hijo Fernando, la guerra de la independencia, vino, no solamente á suspenderlas del todo, si que tambien á atrasarlas por efecto de las injurias que recibieron en aquella desastrosa época.

—De modo que tardarian mucho en terminarse.

—En el año 1828. Y tan completa quedó tanto la parte material del edificio como la referente á su objeto, que con justicia se puede decir que de sus aulas han salido porcion de ilustrados colegiales que honran tanto al Seminario cuanto á la diócesis.

—¿Qué número de alumnos pueden calcularse por término medio?

—De ciento setenta á doscientos.

—¿Cuántas becas tiene obligacion de sostener el establecimiento, porque supongo que será lo mismo que los demás?

—Veinte y seis que se subdividen entre los pobres de cada arciprestazgo.

—Supongo que tambien habrá pasado este establecimiento por sus vicisitudes como tantos otros.

—Desde luego, estuvo cerrado un poco de tiempo trasladándose todos sus efectos al de Soria, mas suprimido este, volvió de nuevo á abrirse en el año de 1843 y así ha continuado hasta hoy.

Con esta visita dieron por terminada nuestros amigos su correría de aquel dia.

El amigo de D. Cleto se empeñó en que habian de ir á su casa, mas Azara se escusó con la incomodidad que habian de causarle tan gran número de huéspedes y despues de haber comido unos y otros, reuniéronse por la tarde, dedicándola á recorrer la poblacion.

XVIII.

Colegio de Santa Catalina.—Casa de Caridad.

—¿Dónde vamos hoy?—preguntó Azara á sus guias, al dia siguiente al en que visitaron el Seminario.

—Á la casa de Misericordia que es tambien un edificio muy notable.

—Amigo lo que es el Burgo, no puede por lo visto quejarse de falta de buenos monumentos.

—Todos ellos los debe á la cabeza de la diócesis. Los prelados son quienes mas han hecho por esta poblacion que sin una importancia histórica antigua, sin otra razon de ser que la indicada, ha ido creciéndose de un modo extraordinario.

—Ya se ve que es una buena poblacion.

—En cambio Osma su vecina, con importancia histórica, con elementos de vida propios, ha ido decayendo en términos que como verán Vds. solo conserva sus recuerdos y su título de ciudad.

—¿Y el edificio que vamos á visitar tambien debe su fundacion á algun prelado?

—Sí, señores. El mismo padre Eleta, á quien se debe el Seminario que hemos visitado, interesóse de tal modo en la creacion de este, que consiguió fuese fundacion Real bajo el título de San José.

—¿En qué época quedó terminado?

—En el año de 1801, y como van Vds. á juzgar dentro de un instante es de las obras mas acabadas en su género, que existen.

Como dijo muy bien el amigo de D. Cleto, pocos segundos despues podian los jóvenes convencerse de esta verdad.

Apenas alcanzaron á ver el edificio en cuestion, no pudo menos de decir Pravia:

—Efectivamente que si por el exterior juzgamos, buena obra es.

—Ahora verán Vds. el interior.

Cuantas condiciones de solidez, capacidad y desahogo pueden apetecerse en un edificio de esta índole, todas las reune la casa de Misericordia que vamos visitando.

Trescientos cuatro piés de longitud por ciento cincuenta y dos de latitud y cuarenta de altura, tiene la obra, hallándose dividido el edificio en dos departamentos de tres pisos cada uno.

Otro edificio de planta baja se halla unido á ellos, en el cual hay hornillos con calderas de cobre para los tintes, cuadras para la elaboracion de tejidos, extensos patios, fuentes abundantes, cocinas y tendederos.

Los dormitorios y demás dependencias de la casa todas grandes y espaciosas, se hallan en los dos cuerpos antes mencionados.

En el mismo edificio está comprendido el asilo de expósitos, que como fácilmente se comprende, disfrutará de las mejores condiciones higiénicas.

—En el establecimiento obtienen los asilados la primera educacion por los profesores sostenidos al efecto, pudiendo tambien dedicarse á varias industrias.

Otro de los edificios que merecen visitarse en el Burgo, y al cual fueron los jóvenes despues que salieron de la casa de Misericordia, es el colegio universitario de Santa Catalina, el cual se halla en el camino de Soria.

El obispo de Osma D. Pedro Alvarez Acosta construyóle á sus expensas y satisfecho pudo quedar de su obra.

De cuadrada planta, con espacioso atrio y preciosa portada de escelente arquitectura, rematada por el escudo de armas de Aragon y Castilla, ostentándose en los cuatro ángulos del edificio las particulares del fundador, encanta desde el primer momento en que la vista se fija en él.

Un extenso patio con dos claustros arqueados es lo primero que al penetrar en el interior se encuentra, viéndose en el inferior la capilla y aulas, y en el superior las habitaciones tanto de los alumnos, como rectoral, biblioteca, etc.

Durante la guerra civil estuvo este edificio convertido en fuerte haciéndose en él las consiguientes modificaciones y quedando como es fácil de presumir bastante maltratado.

Mas á pesar de eso, todavía puede admirarse la obra en conjunto, siendo digno de loa el espíritu que presidió á su creacion.

Para terminar el paseo por las afueras de la poblacion, nos harémos cargo del convento de Carmelitas descalzos que se encuentra como á unos doscientos pasos hácia la parte S. del Burgo, y cuya iglesia está abierta para el culto.

Una cofradía bajo la advocacion de Nuestra Señora del Cármen, es la que se cuida de su sosten y merced á esto se mantiene el templo, que es bastante recomendable.

XIX.

Comercio, industria, caminos y produccion.

Poco era ya lo que á los jóvenes les quedaba que ver en la poblacion.

Visitados los edificios y recorrida la villa donde cási nada se advierte respecto al movimiento y animacion de las poblaciones modernas, poco tenian ya que hacer en el Burgo.

—¿Qué término municipal tiene?—preguntó Pravia.

—Muy reducido, estendiéndose poco mas por la parte de N. á S.

—¿Y las condiciones del terreno, qué tal son?

—En lo general excelentes.

—Es decir que hay parte inferior tambien.

—Sí, señor; y es tan mala que apenas si sirve para que de ella pueda extraerse alguna parte de piedra para construccion.

—Hay monte por lo que hemos podido ver.

—Dos; poblados, de robledal el uno, y de fresno el otro. De los dos rios que atraviesan el término, el Avion no produce beneficio alguno á la agricultura, pero el Ucero del cual se han formado dos buenas acequias para riego, fertiliza de gran manera los campos. Á corta distancia de la poblacion facilita el paso de este rio un buen puente de piedra de cuatro arcos.

—¿Qué produccion da el terreno?

—En cereales escasa, tanto que apenas basta para el consumo de la poblacion.

—¡Caramba! ya es un mal.

—En cambio, el vino, las judías que son de superior calidad, el lino, cáñamo, las frutas y las hortalizas son abundantísimas y muy exquisitas. Además hay bastante ganado así lanar, como cabrío, vacuno, mular y caballar.

—¿Y caza?

—Tambien hay alguna en los montes, así como de igual manera, los rios nos ofrecen barbos, anguilas, cangrejos y truchas muy exquisitas.

—De modo que el comercio será escaso.

—No lo crea V., como que tenemos escasez de algunos artículos y en cambio abundancia de otros, el mercado que todos los sábados se celebra en el Burgo hállase sumamente concurrido. Además habrán Vds. observado ya que en el interior de la villa no escasean las tiendas tanto de objetos de primera necesidad cuanto de otros de lujo.

—Es cierto.

—Pero el tráfico principal estriba aquí en el ganado de cerda que abunda mucho y que es de lo mejor que se conoce; los cereales y las carnes tambien invierten muchos capitales.

—Mas en cuanto á la industria creo que bien poco me podrá V. decir, pues segun he observado se encuentra bastante abatida.

—Sí, señor; pero ese no es mal exclusivamente del Burgo, en cási todas las poblaciones se halla en el mismo caso.

—Y segun he podido juzgar—prosiguió Sacanell,—aquí hay elementos para ello.

—No puedo decirle á V. mas sino que en otro tiempo tuvimos fábricas, que en el mismo hospicio han visto Vds. los hornillos y calderas de tintes, las cuadras de los telares, los tendederos y en fin cuanto necesario es para esa clase de trabajos.

—Y todo abandonado.

—Y todo improductivo señores mios, aquí que tanto la proteccion se necesita, es donde menos existe y una V. á esto la apatía de las poblaciones, que se acostumbran á esta existencia y que no hacen esfuerzos por salir de ella.

—Si que es deplorable eso.

—Vds. no lo saben bien, para comprenderlo es preciso que vivan en puntos así donde hay elementos y medios para crear industrias que presten mayor vida y adelanto al país y se les vea permanecer inactivos.

—Ya lo comprendo.

—Y es inútil cuanto V. haga para inspirar ánimo á los que podrian hacer algo. Pre-

fieren mejor tener guardado el dinero ó emplearlo en préstamos mas ó menos onerosos, á dedicarlo al planteamiento de industrias.

—Á eso debo decir á V. amigo Medina,—repuso D. Cleto, que tambien hay otra razon.

—¿Cuál?

—La inseguridad con que se vive en este país. No ve V. que el barómetro de nuestra política cási siempre se encuentra agitado, ¿cómo es posible que cuando se teme algo, cuando se anuncian trastornos mas ó menos próximos puedan ó quieran los que tienen algun capital emplearlo en especulaciones cuya base principal para el éxito es la paz y la tranquilidad?

—Muy cierto, y esta es, en mi juicio, la razon principal.

—Como están las comunicaciones en este partido judicial—preguntó Pravia, al cabo de algunos segundos de silencio producidos por las consideraciones que á cada uno sugerian las anteriores frases.

—En general no muy bien. Tenemos las carreteras de Aranda, Castilla la Vieja, Aragon, Soria y Navarra; hay las de herradura y vecinales y para pasos de ganados, pero ya le digo que no están cuidadas como debieran.

—Eso influye bastante tambien para el estado de una localidad. Gracias que aquí con el cruce de las carreteras indicadas puede haber algun movimiento.

—Sin embargo, los caminos vecinales son tambien importantes, pues facilitan el acarreo de productos que pueden hallar mas fácil salida y por lo tanto dejar su utilidad en los pueblos productores.

—Tiene V. razon.

—De modo, que en resúmen el Burgo es una buena poblacion que podria mejorar sus condiciones con algun estímulo á su industria y algun mas interés tambien por parte de sus habitantes.

—Justamente.

—¿Qué nos falta ya que ver de la poblacion?—preguntó Azara.

—Nada segun creo.

—¿Tienen Vds. ya todas las noticias que creen necesarias para el objeto que se proponen?—preguntóles D. Cleto.

—Me parece que sí,—repuso Sacanell.

—Yo creo que se les olvida algo.

—No sé que pueda ser.

—Olvidan Vds. que estamos en una diócesis.

—Es verdad, la historia religiosa de ella.

—De eso se encargará nuestro buen amigo Medina.

—Ya saben Vds. que puse á su disposicion lo poco que sé respecto á la poblacion en que he nacido, y del mismo modo, puesto que tratan mañana de ir á Osma les acompañaré, pues como es natural, dada la proximidad que tiene con el Burgo, la conozco bastante.

—Aceptamos con sumo gusto su oferta.

—Pues si Vds. quieren saber lo poco que respecto á esta diócesis puedo decirles, daré principio á su relato cuando les plazca.

—Cuando V. quiera.

Y el buen amigo de D. Cleto, comenzó su relacion en los términos siguientes:

XX.

Historia eclesiástica de la Diócesis de Osma.

—Antes de todo debo decirles que la diócesis es de Osma, y solamente este punto sirve de residencia al prelado y aquí se hallan todas las dependencias del obispado por lo tanto, mas en su lugar estaria esta ligera descripcion que voy á hacerles al visitar á Osma.

—Desde luego, —repuso D. Cleto contestando á su amigo, —que en la ciudad vecina debiéramos habernos ocupado de esto, mas como quiera que nos faltan algunas horas para emprender nuestra marcha y en algo hemos de entretenerlas y la distancia que separa al Burgo de la cabeza del obispado, es tan corta, no me parece que esté fuera de lugar esta relacion.

—Desde luego, yo no hago mas que una ligera advertencia á estos señores.

—Que nosotros apreciamos en lo que verdaderamente vale.

—Supónese, —dijo Medina dando comienzo á su relato, —que el establecimiento de esta diócesis se remonta á los principios de la publicacion del Evangelio pero lo cierto es que no es posible asegurarlo con datos ciertos.

—Naturalmente, de tan remotas épocas ¿cómo es posible que se conserve nada que justifique semejante suposicion?

La tradicion remóntala al tiempo de la predicacion del apóstol Santiago, mas yo lo que únicamente puedo decirles, es que auténticamente, solo puede provarse en la época gótica.

—Desde luego, —objetó Azara.—En los concilios tal vez figurasen ya estos prelados.

—Justamente, en los nacionales de Toledo ya se hace mencion de los obispos oxomenses.

—Pero cuando la invasion sarracena desapareceria por completo.

—Siguió la suerte del resto de la nacion. Mas sin embargo, durante la primera época de la dominacion, continuaban llevando el título de obispos oxomenses varios prelados que acompañaban á los primeros reyes de Asturias y Leon.

—¿Y en qué época se restauró la silla de Osma?

—A fines del siglo XI merced á la especial proteccion del rey Alfonso VI y por instigacion del arzobispo de Toledo.

—Es verdad, —repuso Azara, —ahora recuerdo que ese monarca, arrebatando á los árabes la antigua metrópoli gótica, extendió sus correrías tanto por la provincia de Cuenca, cuanto por esta y sin duda aprovecharia esta circunstancia el prelado toledano.

—Así fue, entonces ocupó esta silla el ínclito san Pedro, monge de Cluni, como gran parte de los prelados de aquella época.

—Pero la cuestion de límites aquí, seria un tanto pesada por no estar todo el territorio en poder de los cristianos.

—Ya lo creo, como que no pudieron quedar definitivamente marcados hasta el Concilio celebrado en Búrgos en 1133 quedando cási los mismos que posee en la actualidad.

—¿Y no ha pasado desde entonces por ninguna vicisitud?

—Un poco de tiempo estuvo en Soria la silla episcopal, pues este ha sido el objeto constante de los deseos de la capital, mas no ha podido conseguirlo. De nuevo volvió á Osma y aquí continua.

—Segun he podido observar por las obras que se han hecho, ha tenido prelados que miraron mucho por el bien de la diócesis.

—Y que han sido muy eminentes, D. Pedro Alvarez Acosta, D. Pedro de Mendoza, gran Cardenal de España; D. García de Loaisa, y finalmente, el venerable Palafox, fueron prelados que han honrado la silla oxomense.

XXI.

Osma.—Interior de la poblacion.—Sus particularidades.

Al siguiente dia por la mañana, D. Cleto y sus compañeros dispusiéronse á marchar á Osma, mas al ir á despedirse del señor Medina que tan buena acogida les habia dispensado, halláronse con que este se disponia igualmente á acompañarles. Gran placer recibieron en ello y poco transcurrió, sin que los cuatro jóvenes y los dos ancianos tomasen el camino que á Osma conduce.

Aun no habrian andado veinte minutos, cuando descubrieron ya la poblacion, situada en la falda de una cuesta, único resguardo que tiene por la parte O. pues por los demás puntos se halla completamente á merced de los vientos; esto no obstante su clima es sano y solo las tercianas y cuartanas parecen predominar en ella. Es ciudad con Ayuntamiento y obispado de su mismo nombre, si bien el Obispo reside en el Burgo á cuyo partido judicial pertenece, estando incluida en la capitanía general y audiencia territorial de Búrgos.

Su término confina con los del Burgo, la Olmeda, Alcubilla, Quintanilla y Barcebalejo, y su terreno muy llano y de gran fertilidad, comprende, además de un bosque de pinos y enebros, otros dos de encinares; le fertilizan el Avion y el Ucero, sobre el primero de los cuales y próximo al punto de confluencia de ambos, hay un puente de madera, y otro de piedra, con tres arcos, cerca de la iglesia de la ciudad junto á la cual pasan ya unidos.

Media hora no habria aun transcurrido desde que nuestros viajeros abandonaron el Burgo, cuando ya penetraban en Osma, habiendo observado las anteriores particularidades. Esta vez sirvióles de *cicerone* el señor Medina que ya conocedor de la pobla-

cion, á causa de su proximidad á ella, les condujo á una hostería en la que no dejaron de encontrar comodidades.

Salieron tras un breve reposo á recorrer las calles principales de la ciudad, que contiene en unas doscientas casas ochocientas almas próximamente, y entraron en la iglesia parroquial de Santa Cristina, servida por un cura de ascenso y á la cual se halla anejo el cementerio; mas en una situacion tal, que en nada perjudica á la salud pública.

De los datos que durante su paseo adquirieron y de los que el señor Medina les proporcionó, vinieron en conocimiento de que Osma, un tiempo mas próspera y floreciente, habia visto despues absorvida su importancia por el Burgo que hasta le ha arrebatado su obispo, residente, segun sabemos, en este último punto. Son sus principales producciones, además de varios cereales, legumbres y hortalizas, frutas, carbon y leña, y pastos que sostienen un no escaso ganado de diversas especies, los bosques proporcionan perdices, conejos y liebres y el Ucero no niega su tributo de anguilas, barbos y truchas de exquisito sabor.

La industria, aparte del ramo agrícola, está reducida á algunos molinos harineros, y á la fabricacion de paños, lienzos ordinarios y curtidos; en cuanto al comercio, consiste en la exportacion del sobrante de frutos, ganados y algun otro producto y en la importacion de aquellos géneros de que la ciudad carece. El correo se recibe y despacha en la cabeza del partido, con bastante regularidad á pesar del mal estado en que se hallan asi los caminos locales que por ella pasan como los que se dirigen á Soria, Aranda y varios otros puntos. Tambien proporcionaron D. Cleto y el Sr. Medina á nuestros cuatro amigos las noticias sobre la historia de Osma que damos á continuacion.

XXII.

Historia antigua y moderna de Osma.

Osma, conocida en lo antiguo bajo la denominacion de Uxama es una de las ciudades de mas remoto orígen.

Silio Itálico atribuye su fundacion á los sármatas que con Hércules visitaron nuestra península; pero menos dados nosotros á la mitología nos limitarémos á considerarla con Varron de orígen celtíbero y perteneciente á la region de los arévacos, en que tuvieron lugar guerras sangrientas entre naturales y romanos.

Hácia el año 600 de la fundacion de la reina del Tíber, el cónsul Fulvio Nobilior sitió á Osma al frente de sus legiones, mas obtuvo por únicos resultados, junto con la vergüenza de la retirada, el convencimiento de su impotencia; los víveres que encerraba la ciudad, destinados al mantenimiento de los rebeldes celtíberos y causa de los ataques del romano contra ella, quedaron intactos y aquellos hombres valerosos pudieron aun ser por mucho tiempo el terror de los descendientes de Rómulo.

Mas hábil Marco Claudio Marcelo, sucesor de Fulvio, trató de atraerse políticamente á los oxmenses, y si bien lo consiguió al pronto, no tardaron estos en recordar que por sus venas corria la indomable sangre celtíbera y unidos á los recien rebelados segedanos, contribuyeron con sus esfuerzos á la obra de Viriato, hasta que con el asesinato de este y la posterior destruccion de Numancia, desapareció toda esperanza de independencia.

La guerra de Sertorio vuelve á poner en conmocion á los habitantes de Osma, que abrazaron entusiastas su partido, causando con esto su perdicion, pues vencedor Pompeyo de los sertorianos no perdonó á las ciudades que con mas empeño se le resistieran y, al igual de otras varias, Osma fue destruida por haber dado asilo dentro de sus muros á las reliquias del ejército rebelde que en ella se refugiaron despues de el asesinato de su caudillo. Ocurrió este lamentable hecho el año 664 de Roma.

En tiempo del imperio, fue reedificada y adscrita para lo civil y contencioso al convento jurídico de Clunia (Coruña del Conde), señalándola el Itinerario romano como ciudad de descanso en la via de Astorga á Zaragoza. En varias copias de este Itinerario se adultera el nombre de Uxama muy diversamente, haciendo de él el descuido y la ignorancia de los copistas Uxaman, Vasana, Vasama, Vasania y Vasaman; tambien por igual causa hallamos en los antiguos manuscritos convertida la primitiva denominacion en las de Vixaman, Vesana, Vesaniam y Vesariam; pero autoridades tan respetables como Plinio y Ptolomeo no la dan otro nombre que el de Uxama y muy raras veces el de Uxamensis.

No falta quienes confunden esta poblacion con otra de su mismo nombre perteneciente á los austrigones y próxima á ella; mas ya en su tiempo Ptolomeo supo diferenciarlas, llamando á la primera Uxama Argelæ y Uxama Barca ó Burca á la segunda, y colocándolas á los 11° 15' de latitud por 42° 26' de longitud, y á 13° de latitud por 44° 15' de longitud respectivamente. Plinio nombrando solo á Uxama de los arévacos entre los pueblos concurrentes al convento jurídico de Clunia, y Antonino Pio determinando en su *Itinerario* las distancias que la separaban de esta última poblacion y de la de Veluca hacen mas imposible aun cualquiera confusion y prueban hasta la evidencia que eran en todo diferentes Uxama Burca de los austrigones y Uxama Argelæ de los arévacos.

Varias han sido las explicaciones que acerca del significado de este calificativo se han dado, queriéndole unos derivar de la palabra hebrea *archela* tomada en sentido de la *antigua* aunque propiamente significa *metrópoli;* otros del término griego *arges, activa* ó *vivamente,* y otros finalmente tomando la palabra *argelæ* en sentido propio afirman que la denominacion de Uxama fue la de *la blanca* ó *arcillosa;* esta última tésis es la que reune mayor número de probabilidades de certeza.

Algunos han supuesto que en tiempo de los godos fue nuevamente destruida esta ciudad y es lo cierto que aunque nada sabemos de positivo, ó no sufrió tal destruccion ó de sufrirla, en breve fue reedificada, puesto que la vemos figurar como silla episcopal bajo el nombre de *Oxoma,* del cual vino á los prelados la denominacion de *oxomenses.*

Con la invasion de los árabes comenzaron para Osma los verdaderos dias de prue-

ba; retirado su obispo á Asturias al verificarse este hecho y situada en paraje muy desventajoso para su tranquilidad, no tardó en ser destruida por los musulmanes; si bien restaurada en 912 por D. García, tuvo la satisfaccion de ver veinte y un años mas tarde, bajo sus muros, derrotado á *Almudhaffar*, por las huestes de Leon y Castilla al mando del rey Ramiro y del conde Fernan Gonzalez.



Almudhaffar.

Poco mas de un lustro transcurrió desde este suceso, cuando cayó en poder de Abderrahman, quien la hizo arrasar una vez mas; el conde Gonzalo Tellez la repobló nuevamente al siguiente año, de órden del rey Ramiro.

Las correrías de Almanzor, primer ministro del imbécil califa omníada entonces reinante, llevaron consigo en 989 la destruccion de Osma, que, apenas repuesta de tal desastre, sufrió otro nuevo en el año 1000, ocasionado igualmente por los enemigos de la fe, no tardando sin embargo mucho en ser reedificada, por cuanto que siete años mas tarde, cayó en poder de Almudhaffar y en 1010 volvió á poder de los cristianos.

No tardó mucho en ondear de nuevo el estandarte de la media luna en sus muros y dueños de Osma los agarenos la dieron en 1013 al conde D. Sancho; mas á poco la recobraron para verla caer despues en poder de Alfonso VI que seguro ya de dominar en su territorio, una vez realizada la conquista de Toledo, dedicóse á repoblarla, verificándolo así en 1088.

Con todo, hasta 1096 no fue restaurada la silla episcopal, pero esto no impidió que el primero de la nueva série de obispos oxomenses, Pedro de Burges, arcediano de Toledo, tuviera la gloria de ser contado en el número de los santos. Otros muchos prelados de la ciudad se hicieron célebres por la fama ya de sus hechos, ya de sus virtudes, contribuyendo con ello á dar mayor lustre é importancia á esta silla episcopal.

Despues de su repoblacion por Alfonso VI, gozó Osma un período de tranquilidad que terminó á principios del siglo XII con los disturbios del reinado de D.ª Urraca y D. Alfonso de Aragon que la hicieron padecer bastante. Ni fue tampoco mas afortunada en las subsiguientes revueltas surgidas con motivo de la rebelion de D. Sancho contra su padre Alfonso el *Sábio;* continuando asimismo aquel estado de agitacion y alarma en que se hallaban los osmenses, durante el reinado de Sancho IV el *Bravo,* en que D. Juan Nuñez de Lara al frente de sus parciales y de algunos navarros estuvo talando los campos de Osma, Calahorra y Sigüenza, hasta que las tropas del monarca le obligaron á renunciar á sus correrías.

Tambien á continuacion de este hecho debió sucederse una época de quietismo y reposo para la antigua Uxama, y no vuelve á mencionarse hasta 1430 con motivo de la recepcion que en ella hizo D. Juan II á los embajadores aragoneses, cuando se disponia á invadir el Aragon, resultando de las conferencias habidas entre aquellos y este, la estipulacion de unas treguas en cuya virtud D. Juan licenció su ejército, no sin darle antes órden de volver á reunirse en la siguiente primavera, para hacer una campaña contra los infieles.

En 1469 vuelve á hablarse de Osma por haber ido á ella disfrazado y en compañía tan solo de cuatro fieles servidores, el entonces infante de Aragon, D. Fernando, mas tarde uno de los *Reyes Católicos*, con objeto de tener una entrevista con su futura esposa D.ª Isabel; en esta ciudad se encontró al conde de Treviño, partidario de su union con la reina de Castilla, que le esperaba, y al frente de doscientos caballos se partieron para Dueñas.

Este es el último hecho digno de notar en que figura la ciudad de Osma.

A partir de él, su importancia material é histórica empieza á decaer, sin haber nada que la detenga en su camino hácia el no ser, si semejante expresion puede permitírsenos; hoy, segun saben ya nuestros lectores, está reducida á un par de centenares de casas con un corto vecindario y nada en su estado actual demuestra su pasada grandeza.

El Burgo de Osma, situado como sabemos á una media legua escasa de la poblacion ha absorvido por completo la importancia de esta, atrayéndose gran número de pobladores y procurándose multitud de comodidades de que ella carece y que han hecho que no solo el obispo, si que tambien varias otras personas, le hayan tomado por su habitual residencia.

No obstante haber sido Uxama una ciudad de tanta importancia en la época romana, son pocas las ruinas de aquel tiempo que en ella pueden observarse; esto, que sorprende á primera vista, tiene sin embargo, segun Loperraez una explicacion satisfactoria, á saber, que verificada la invasion de los árabes y apoderados de este y mu-

chos otros puntos, la precision en que se vieron de construir con toda premura castillos y fortificaciones les obligó á emplear en su construccion los restos de las poblaciones romanas que, por lo demás, proporcionaban excelentes materiales.

Esta explicacion se confirma con el exámen de la fortaleza que existe frente á la ciudad, en cuyas piedras se observan letras, adornos y otras varias señales que denuncian su orígen romano; donde mas ruinas de este género han subsistido es en las inmediaciones del Burgo, en las que se han descubierto algunas habitaciones subterráneas con bóvedas de piedras, trozos de columnas con estrias mas ó menos profundas, basas, capiteles y zócalos de no escaso tamaño.

En compensacion de la escasez de esta clase de monumentos, abundan los de otro género, de la misma época, en todo el ámbito que ocupaba la ciudad antigua, en el que podian cómodamente hallar cabida hasta seis mil vecinos. Consisten dichos monumentos en multitud de fragmentos de piedra labrada, ladrillos de regular grosor, cuyas diferentes formas manifiestan los diversos usos á que estaban destinados, tejas planas y semicirculares, medallas de municipios, colonias y emperadores, y trozos de vasijas de barro, delgadas, pero tan perfectamente cocidas que cuesta mucho trabajo romperlas.

Hánse encontrado tambien mosáicos con dibujos de colores variados y caprichosos, conocidos de los antiguos con el nombre de *opus telesatum*, y formados por piedras coloreadas cogidas entre una argamasa que á una gran diafaneidad reune tal dureza y consistencia que no hace en ella el acero mella alguna; prueba es esta de un gran adelantamiento en las artes, que vienen á confirmar el hallazgo de varios pedazos de armas y de anillos primorosamente trabajados, sobre todo sus piedras, en las que se representan deidades gentílicas y asuntos fabulosos y mitológicos.

Por sí lo ya anteriormente expuesto no fuera bastante á probar toda la importancia de que Osma ha gozado en mas remotos tiempos, á continuacion transcribimos las siguientes inscripciones, hallada la primera en las murallas de Segovia:

G. POMPEYO. MVCRONY
VXAMENSY
AN. XC.
SODALES
T. C.

La segunda copiada por Loperraez en Clunia (Coruña del Conde) dice así:

M. AEMYLYVS
MVRRYANVS
CARBYLY. T.
VXAMEN. AN. LXIII.
G. T. AN. XIIII.

Finalmente, la tercera, que se encontró en el monasterio de Santa Úrsula de Alcalá, de donde la tomó Ambrosio de Morales, está concebida en los siguientes términos:

LYCYNYVS YVLYANVS
VXAMENSYS. AN. XX.
H. S. EST.
YVLYA. MATER.
T. C. S. T. T. L.

Para terminar cuantas noticias á Osma se refieren, dirémos que su escudo de armas se compone de un rey sobre un castillo en campo azul, que es patria de un fa-

moso poeta árabe del siglo X llamado Abd-el-Rahman y que en sus alrededores, por la parte oriental y en una cavidad abierta á pico en la peña como á unos ocho ó nueve metros de alto del camino, estuvo encerrado en época remotísima, si se ha de creer á la tradicion osmense, el cuerpo del pretor Lucio Pison, que falleció de resultas de una lanzada asestada por un Termentino, deseoso de poner fin á sus desmanes.

XXIII.

Coruña del Conde.—La antigua *Clunia*.

Una vez adquiridas por nuestros amigos las anteriores noticias sobre Osma, nada les restaba que hacer en dicha poblacion y por lo tanto regresaron al Burgo, donde el Sr. Medina se obstinó en que se detuvieran en su casa siquiera un par de dias, al objeto de mostrarles entre varias de las particularidades que esta encerraba y que no habian podido notar la vez primera, su coleccion de monedas y medallas.

La política les impidió negarse á las reiteradas instancias de quien tan complaciente con ellos se habia anteriormente mostrado, y á fe que no hubo de pesarles, pues agradecido aquel, tratóles á cuerpo de rey, y proporcionóles un útil y agradable entretenimiento con el exámen de lo que él llamaba su pequeño museo numismático.

Cada nueva medalla ó moneda examinada por los compañeros de D. Cleto suscitaba por parte de alguno de ellos preguntas y observaciones que eran contestadas y atendidas por su huésped de un modo que demostraba claramente los no escasos conocimientos que sobre esta parte del saber humano poseia.

Una de ellas en cuyo contorno se leia HYSPANYA CLVNYA SVLPYCYA, ocasionó la siguiente exclamacion de Azara:

—¡Hombre! Una medalla de la famosa Clunia.

—Y ahí verán Vds. otras varias, pues esta ciudad situada antiguamente en un collado que mide en su altura máxima mas de ciento sesenta varas de elevacion y al que limitan los términos de Coruña del Conde, derivacion suya, Ibinojar, Quintanarraya y Peñalva, nos ha dejado multitud de esta clase de pruebas de lo que fue un tiempo.

—¿Creo que en la época romana alcanzó gran importancia?

—Y tan grande, amigo Pravia: Clunia, cuya fundacion hace remontar Mares en su *Fénix Troyana*, aunque con exageracion evidente, al año 3043 de la creacion, llegó á ser bajo los Emperadores uno de los conventos jurídicos de mas importancia. La primera noticia que de ella tenemos, es su heróica resistencia contra las tropas del pretor Quinto Metelo Nepote, que tuvo que retirarse sin fruto alguno de ante sus muros, y la osadía con que sus habitantes unidos á los vacceos marcharon en seguimiento del romano, quien debió su salvacion solo á la prudencia con que se mantuvo encerrado en las trincheras, hasta que llegada ocasion propicia trasladó sus tropas á las fronteras y las acuarteló, marchando él á Roma con el doble objeto de asistir á las elecciones y exponer al Senado el estado del país.

—¿Y qué determinacion tomó el Senado?

—La de enviar á Cneo Pompeyo á la Península con encargo de sujetar á toda costa á los rebeldes; mas este, ardientemente enamorado de la bella Julia, hija de César, con quien poco antes se desposara, no decidiéndose á cambiar las dulzuras del hogar doméstico por el estruendo de los campos de batalla, trasladó á su vez la comision á su lugarteniente Afranio, dándole al objeto tres legiones.

—Suerte fue para los clunienses no tener que habérselas con aquel temible capitan.

—No tanta como á V. le parece, Castro amigo, porque Afranio era tambien valiente y entendido, y sobre todo, contaba con mas elementos que ellos, así es que mal de su grado, hubieron de sometérsele.

—¡Triste cosa es ver como en todas las épocas y países la fuerza vence á la justicia y la razon se adjudica, no al que la posee, sino al que cuenta con mas elementos materiales para sostener sus ideas ó proyectos!

—Y tan triste, pero que quiere V. Pravia, así está el mundo y así es preciso dejarlo.

—Sin embargo al ver uno confirmado por esa gran maestra de los hombres, llamada Historia, lo que en los actuales tiempos observa por sus propios ojos, no puede menos de sentir oprimido el corazon, pensando que tantas generaciones extinguidas, tantas desgracias pasadas, tantas lecciones recibidas, tanto número de siglos transcurridos, no han podido variar la esencia de la humanidad; que el hombre es hoy el mismo que era ayer y que será mañana probablemente, con los mismos vicios, iguales defectos é idéntica manera de ser, consistiendo solo la diferencia en llamarse Cayo ó Pedro, vestir la *toga* y la *prætexta* ó el chaqué y el gaban, y leer en un libro manuscrito ó impreso.

—Chico, chico, pues no te ha conducido poco léjos tu manía de filosofar. ¿Sabes que vas á negar nada menos que los adelantos de la civilizacion?

—Nada de eso; ó me he explicado mal ó no me habeis entendido: yo lo que he dicho y sostengo es que el hombre moralmente considerado ha mejorado muy poco ó nada, sin negar que haya progresado materialmente. Y cuenta que al decir moralmente no me refiero á la cuestion religiosa bajo cuyo punto de vista han sido inmensos los adelantos realizados, pues desde el fetichismo y sabeismo primitivos, hasta el paganismo de Grecia y Roma, y desde este hasta el cristianismo va tanta diferencia como de la barbarie mas completa y absoluta á la mera ignorancia y de esta á la mas esplendorosa cultura.

—Siendo así estoy conforme contigo,—dijo el andaluz,—ó por mejor decir, todos lo estamos,—añadió viendo las muestras de asentimiento de sus compañeros.

—Efectivamente,—objetó Sacanell,—pero esta cuestion nos ha separado del principal objeto de nuestra conversacion; la historia de Clunia, que con tanta amabilidad y erudicion nos estaba relatando el Sr. Medina.

—Cierto; y yo sino temiera fatigarle le rogaria que la continuase, perdonándome antes el haberle interrumpido.

—No hay de que perdonar y como no estoy cansado voy á procurar complacer á V.

Y efectivamente, despues de un momento de pausa durante el cual estuvo sin duda recogiendo datos en su imaginacion, prosiguió el digno émulo de D. Cleto:

—Desde el hecho que ya he narrado á Vds. no ocurrió nada digno de mencion en Clunia, al menos que yo sepa, hasta el imperio de Augusto, quien dividió la Península en tres provincias; Tarraconense, Lusitánica y Bética, y varios conventos jurídicos; Clunia quedó comprendida en la primera como uno de los siete conventos en que estaba dividida; esto y el haberse hallado en una medalla la inscripcion COL. CLVNYA, es lo que ha decidido la cuestion de si esta fue municipio ó colonia en favor de los sostenedores de la última opinion, pues los romanos por regla general solo en las ciudades que tenian este carácter, establecian conventos jurídicos.

—¿Y era muy extenso el Cluniense?

—Bastante, pues solo de Norte á Sur abrazaba unas sesenta leguas y comprendia otros tantos pueblos; gozaba entre varios privilegios el de acuñar moneda, pero muerto el sucesor de Augusto, Tiberio, Calígula, que lo fue de este, la arrebató esta prerogativa. Durante el reinado de este y el de su sucesor Neron, nada vuelve á hablarse de Clunia; pero en los últimos tiempos de este, Sulpicio Galba, gobernador de la Tarraconense, se retiró á ella, ya acariciando en su mente la idea de ceñir á sus sienes la imperial diadema.

Al llegar á este punto hizo el narrador un breve descanso, durante el cual se cruzaron entre sus oyentes algunas insignificantes frases; despues prosiguió:

Julio Vindex su colega de las Galias, planteóle la cuestion abiertamente proponiéndole aclamarle emperador si se decidia á atacar y destronar al odioso hijo de Mesalina y la respuesta fue que lo hiciera así en la seguridad de que inmediatamente se levantaria él con sus tropas. Ejecutólo Vindex y al saberse en Clunia la noticia, sus habitantes, muy afectos á Galba se apresuraron á proclamarle tambien emperador, si bien al principio no se atrevió aun á tomar abiertamente este título.

—Pues ¿cuándo se decidió á ello?

—Al tener noticia de la muerte de Neron y de que Oton, gobernador de Lusitania se hallaba tambien dispuesto á apoyarle. En todo este tiempo y anteriormente, debió Clunia prestarle grandes servicios, puesto que la decoró con el distintivo de su familia, como han podido observar Vds. en la medalla que ha dado origen á estas explicaciones.

—Y á la molestia que indudablemente deben haberle producido.

—¡Molestia! Todo lo contrario, y tan no es así que no quiero terminar esta conversacion sin acabar de comunicarles cuantas noticias poseo respecto á este particular.

—De ninguna manera, seria para V. muy cansado.

—Quedan ya muy pocas palabras y es lástima interrumpir el relato por cuestion de algunos momentos; por lo tanto si es que esto no les aburre...

—En ningun modo.

—No faltaba mas.

—No era esa nuestra intencion, se apresuraron á responder sus oyentes.

—En ese caso voy á terminar. A partir de la proclamacion de Galba como empe-

rador, ningun hecho notable marca la existencia de Clunia durante la dominacion romana. Al tener lugar la invasion de los bárbaros debió indudablemente ser destruida, pues no vuelve á saberse mas de ella; en sus inmediaciones y con parte de sus ruinas se levantó la moderna Coruña del Conde, cuyo primer nombre es una derivacion del antiguo, y el calificativo con que se la distingue proviene de haberla dado Enrique IV como condado á D. Lorenzo Suarez de Mendoza y Figueroa para premiar los servicios que de él habia recibido. Antes de este hecho habia pasado por varias vicisitudes, pues destruida á poco de su fundacion fue repoblada por un conde de Castilla en 912, conquistada poco despues por Almanzor y recobrada á principios del siglo XI por otro conde castellano; Alfonso XI la dió á D. Juan Martinez de Leiva, pero habiéndola heredado D. Pedro Padilla, la confiscó Enrique II incorporándola á la corona á la que perteneció hasta la posterior merced que de ella hizo Enrique IV.

—Con esto, dijo el infatigable Sr. Medina, —he terminado cuanto relativo á la historia de Clunia podia decir á Vds.; mañana, pues hoy ya es muy tarde, les mostraré un plano que tengo de su antiguo teatro y les hablaré de las ruinas que de ella han quedado, si es que acaso esto no les es enojoso.

Dichas estas palabras D. Cleto y sus compañeros se retiraron á los aposentos que les estaban destinados, no sin asegurar antes á su huésped, del mucho placer que tendrian en escuchar al dia siguiente sus eruditas disertaciones.

El Sr. Medina cumplió su palabra y cuando á la siguiente tarde se hallaron todos reunidos en su gabinete, mostróles el croquis que del teatro de Clunia poseia y algunas otras curiosidades arqueológicas de esta ciudad, con las que por diversos conductos habia podido hacerse.

Al mismo tiempo les dió respecto á aquel edificio y á los vestigios que de la época romana se conservan en el sitio en que primitivamente estuvo la ciudad, los antecedentes que subsiguen.

El teatro de Clunia no obstante su antigüedad se conserva bastante bien; aun puede perfectamente verse su medio círculo macizo, abierto á pico, cuya anchura es de sesenta piés castellanos y cuyas cinco *præcinctiones* (ánditos) miden cerca de seis piés de ancho y recorren todo el semicírculo, al objeto sin duda de facilitar la circulacion de los espectadores y su colocacion en las tres gradas de dos piés de altitud y anchura que entre cada ándito existen.

Estas gradas están divididas por once *cúneos* ó bajadas de el mismo ancho de las *præcinctiones* y entre cada uno se cuentan sesenta asientos; en todo el medio círculo no se ve bóveda ni comunicacion alguna é igualmente carece de *vomitorios* ó puertas.

Desde la pared divisoria de el sitio destinado al público y lo menos hasta las primeras gradas, se cuentan cerca de cincuenta y cuatro varas, midiendo la citada pared doce de altitud por una y media de anchura y no menos de sesenta y seis de longitud. Los arcos de las dos puertas laterales de los huéspedes se han arruinado dividiéndola así en cuatro partes; en una de estas, la que mirando desde el centro del círculo, cae á la derecha, se ve una ventana cuadrada con dinteles y jambas de sillería.

A esta pared están unidos diez estribos destinados sin duda á sostener las pilastras

sobre que cargaban los arcos que cubrian el *podio*, en los cuales se observan dos portadas con *mansiones*, situadas una enfrente de otra. Por lo que de la parte del pavimento que no está cubierta de tierra, se deduce, sabemos que este se hallaba adoquinado de piedra y por lo que en el dibujo que les facilitó el Sr. Medina pudieron observar nuestros amigos, vinieron en conocimiento de que la figura del teatro por lo exterior del proscenio, es circular, siguiendo por el opuesto la línea del medio círculo y cortando recto hácia la parte de las puertas de las mansiones.

No es este el solo monumento que de la época romana conserva el sitio ocupado por Clunia, pues vénse tambien en él, multitud de basas de columnas, paredones de elegante y sólida construccion, algibes, baños abiertos á pico en la lastra sobre que estaba edificada la ciudad, restos de acueductos espaciosos con llaves y registros de bronce, trozos de piedras de sillería, mármoles, jaspes y pórfidos, dos arcos de robusta construccion, capaces de sostener un peso enorme, multitud de medallas y varias otras curiosidades, como anillos de diversos metales, trozos de armas, cornerinas en las que se hallan grabadas las imágenes de Hércules y demás deidades paganas, y otras que fuera prolijo enumerar.

Muy satisfechos quedaron los jóvenes viajeros del buen trato é instruccion del señor Medina, que ya D. Cleto como antiguo amigo habia tenido ocasion de conocer y apreciar, mas como la instructiva y agradable tarea que se habian impuesto les vedaba permanecer mas tiempo en el Burgo, á los tres dias de estar en casa de aquel, le manifestaron su intencion de partir en direccion á Soria, y lo efectuaron así á la mañana siguiente dándole infinitas gracias por cuantas atenciones les habia merecido.

XXIV.

Desde el Burgo á Soria.—El último dia de Numancia.

Apenas hubiéronse instalado nuestros viajeros en la diligencia que habia de conducirles á la capital de la provincia para desde ella marchar á Agreda, dijo Castro dirigiéndose á su guia:

—¿Sabe V. D. Cleto que se encuentra en deuda con nosotros, y que no se la podemos perdonar?

—¡Hola! algo les he ofrecido, por lo visto, que se me ha olvidado ya; dígamelo V. y aprovecharémos la distancia que hemos de recorrer para solventar esa deuda, que no me gusta dejar cuentas atrasadas.

—Nos ofreció V. cierta leyenda que del desastroso fin de Numancia habia hecho y yo por mi parte, estoy impaciente por conocerla.

—Tiene V. razon. Voy á satisfacer su curiosidad.

Y el anciano dió comienzo á su relato en los términos siguientes:

Habia en Numancia dos jóvenes llamados Alaro y Carucio, valientes ambos y ambos tambien apuestos y gallardos.

Habíanse enamorado de Amancia, hija de un anciano guerrero numantino.

Durante las guerras que habia sostenido ya, la heróica ciudad, contra las legiones

de Roma, el padre de Amancia habia tenido ocasion de admirar la energía y el valor de los dos mancebos.

Una noble emulacion les lanzaba á acometer las mas arriesgadas empresas, y los seis cónsules que Roma habia enviado sucesivamente para castigar á la esforzada Numancia recordaban con terror los nombres de Alaro y de Carucio.

Varias veces habian dicho los dos, al padre de Amancia:

—Elige entre nosotros al mas valiente, para darle la mano de tu hija.

Pero el anciano numantino no habia podido hacer semejante eleccion porque no encontraba superioridad en ninguno respecto al otro.

Amancia sufria á su vez, porque ambos la amaban, ambos eran nobles generosos y esforzados, y no sabia á cual de ellos elegir.

En este estado, Escipion el *Africano* puso cerco á Numancia.

El entendido general romano despues de haber levantado el abatido espíritu de sus tropas, púsose ante la ciudad con un ejército de sesenta mil hombres, y los valerosos numantinos por vez primera huyeron ante la caballería romana.

La ciudad vióse terriblemente apretada.

El prudente Escipion esquivando una batalla formal, contentábase con rechazar los furiosos ataques de sus contrarios cansándoles y agotando sus fuerzas.

En vano estos, arrojábanse desesperadamente sobre aquellas empalizadas y aquellas torres construidas por los romanos.

Sus esfuerzos se estrellaban ante la prevision y vigilancia del vencedor de África, y los numantinos comenzaban á ver aterrorizados, que dentro de un plazo no muy lejano, iban á caer bajo el poder de Roma.

La embajada que enviaron á Escipion asegurándole que se rendirian con ciertas condiciones, fue desechada por el cónsul, y al regresar á la ciudad los embajadores, fueron víctimas del furor popular por no haber obtenido satisfactorio resultado en la mision que se impusieran.

Alaro y Carucio hallábanse en casa de Amancia demandándola por la centésima vez que eligiera para esposo á uno de los dos.

La jóven permaneció algunos momentos pensativa, hasta que dijo por fin:

—Numancia tiene un enemigo terrible. Id á la tienda de Escipion y el primero de vosotros que le hiera, será mi esposo; el otro será mi hermano.

Los dos jóvenes aceptaron, jurándose mútua lealtad, y partieron.

Aquella noche escalaron la empalizada romana. Los centinelas que á su paso encontraron apenas tuvieron tiempo para apercibirse de su brusca acometida.

Alaro y Carucio llegaron hasta la tienda de Escipion.

Rasgaron los paños que la cubrian, y por el agujero practicado deslizáronse silenciosamente.

El cónsul hacia pocos momentos que se habia entregado al reposo.

Una lámpara ardia sobre su pedestal.

Escipion dormia sobre una soberbia piel de tigre teniendo sus armas al alcance de su mano.

Los dos numantinos se aproximaron á él.

Sus diestras alzáronse armadas con el terrible acero.

Mas de repente cayeron inertes, los antes potentes brazos.

—Los numantinos no son asesinos jamás—exclamaron.

En este momento despertó Escipion.

Sorprendido quedó al ver aquellos dos contrarios armados cerca de sí.

Fué á dar voces llamando á sus soldados, pero Alaro lo impidió diciéndole:

—¡Oh! Escipion escucha y quieran los dioses mover tu corazon á la piedad, aun cuando nos arrebates la vida. Ambos amamos á una mujer, ambos hemos lidiado por nuestra patria. Hoy nos ha dicho Amancia. Numancia está en peligro. Escipion es su enemigo; si me amais, corred á su encuentro y aquel de vosotros que primero le hiera, será mi esposo. Que valor nos sobra, pruébatelo el vernos en tu tienda, habiendo tenido que pasar sobre los cuerpos de tus numerosas centinelas. Empero al verte inerme, nuestro valor ha flaqueado, no hemos sabido ser asesinos; sabemos morir pero no matar al enemigo indefenso. Toma nuestra vida pero perdona á nuestra patria.

Escipion permaneció suspenso un breve espacio.

Despues les dijo:

—Id en paz, numantinos. Os dejo la vida mas no puedo acceder á lo que me pedís. Roma quiere á Numancia vencida y Roma quedará satisfecha. Decid á vuestros hermanos que el sol de mañana nos verá sobre los muros de la ciudad.

Y llamando á sus oficiales, hízoles acompañar á los numantinos hasta las trincheras.

Alaro y Carucio regresaron á Numancia.

—¿Y Escipion?—preguntóles Amancia al verles.

—Nuestro brazo ha caido inerte ante él. No tuvimos valor para asesinarle y mañana estará con sus legiones dentro de los muros de la ciudad.

—Antes la muerte que presenciar tal ignominia,—exclamó iracundo el anciano guerrero.

—Dices bien, antes la muerte,—dijeron los dos mancebos—y pues valor no tuvimos para matar á nuestro enemigo, tendrémosle para morir y que tengan nuestros hermanos en nosotros ejemplo que imitar; antes que caer en manos del vencedor.

Y así diciendo abrazáronse ambos, y con sus mismas armas se hirieron mortalmente.

—Numancia—gritó el anciano guerrero ante tan sangriento espectáculo.—Tu postrer dia ha llegado y no quiero presenciarle. Hija mia, muramos como buenos, antes que caer en poder del tirano.

Y su mortífera arma rasgó el albo seno de Amancia que cayó al suelo sobre los cadáveres de Alaro y Carucio.

Despues lanzóse á las calles. Su acento llevó por doquiera la noticia de lo que pasaba.

La poblacion agitada por un vértigo horrible, arrojóse á las calles.

La matanza dió comienzo.

—Antes la muerte que la esclavitud—gritaban los numantinos.

Y unos á otros se herian, incendiábanse los edificios, arrojábanse á las llamas hombres y mujeres y niños, y cuando los primeros rayos del sol brillaban sobre la azul cortina del firmamento, Numancia no era mas que un monton de ruinas en medio de un lago de sangre.



El último dia de Numancia

XXV.

Agreda.—Su estado actual.

Un dia permanecieron en Soria los viajeros, saliendo al inmediato para la villa de Agreda.

Apenas alcanzaron á distinguir la poblacion, dijo Azara:

—Bonita situacion tiene la villa, porque supongo que esa categoría tendrá por lo menos.

—Sí señor,—repuso D. Cleto—lo es, con administracion de rentas y loterías, dependiente en lo civil de la provincia de Soria, en lo militar y criminal de la capitanía general y audiencia de Búrgos y en lo eclesiástico de la diócesis de Tarazona.

—Y parece que la poblacion está dividida por el rio.

—Así es; el *Queiles*, que tal nombre tiene, la atraviesa por el centro, quedando unidas las dos partes por un magnífico puente de un solo arco sobre el cual hay una gran plaza que ya verán Vds.

—¿Qué sierra es esa?—preguntó Pravia indicando la en que se apoya la poblacion.

—Ese es el famoso Moncayo. Agreda está edificada en su falda sobre la peña viva.

—Muy sana debe ser.

—Mucho, sí señor, tiene un cielo alegrísimo segun Vds. podrán juzgar y su clima aun cuando algo fresco, es sin embargo saludable y bueno.

—Grande parece.

—Y lo es. Compónenla unas setecientas casas poco mas, en las que se albergan sobre tres mil quinientas almas.

Apenas hubieron tomado algun descanso nuestros viajeros fuéronse á dar su acostumbrado paseo por la poblacion, á fin de tomar una idea general de ella.

Como habian visto al aproximarse á Agreda, esta se halla edificada sobre la dura roca, en la falda del Moncayo y dividida por el rio *Queiles*.

El caserío es bastante regular, distinguiéndose algunos edificios particulares, tanto por su arquitectura, cuanto por las mejores disposiciones que poseen.

Entre estos llaman desde luego la atencion los pertenecientes á los condes de Ayamonte y á los marqueses de Velamazan.

En las calles, aun cuando limpias y como hemos indicado formadas por buenas casas, adviértese cierta irregularidad, hija de la posicion topográfica de la villa.

En la plaza, que segun manifestó D. Cleto se encuentra encima del puente, destácase en primer término la fábrica de las Casas consistoriales que es bastante recomendable.

Hay varias escuelas de instruccion primaria para ambos sexos, unas particulares y dos de niños y niñas, costeadas por el Municipio.

Un buen hospital, sirve para que los enfermos necesitados encuentren en él los cuidados que sus dolencias exijan y tres parroquias convenientemente servidas por otros tantos párrocos auxiliadas por tres anejos, facilitan el pasto espiritual á los vecinos de la villa.

Un capítulo compuesto de varios beneficiados hijos en su mayor parte de la poblacion presidido por el arcipreste, atiende al servicio eclesiástico.

Las tres parroquias de San Juan Bautista, San Miguel y Nuestra Señora de los Milagros, así como los anejos San Pedro, Santa María de la Peña y Santa María de Magaña, son bastante notables.

En Santa María de la Peña que es la iglesia mas antigua, suponiéndose que existe desde los primeros tiempos del cristianismo, se conservan dos espinas de la corona de Jesucristo, las cuales se dan á adorar al público el domingo inmediato al 22 de octubre.

Hállase dotada la poblacion de abundantes y exquisitas aguas.

Entre estas, la principal es la llamada de Pompeyo la cual se encuentra á la entrada de un precioso paseo llamado la Dehesa.

No muy léjos de la villa está el convento de monjas de la Concepcion Francisca, cuya fundacion se debe á sor María de Jesús Coronel y Adama, hija de la villa y escritora ilustre de su tiempo.

Otro convento existe en el sitio llamado Campo de los Mártires, siendo opinion muy admitida que allí fueron alcanzados gran número de cristianos que huyendo de Zara-

goza cuando la cruel persecucion de Daciano fueron á alcanzar la palma del martirio en este punto, degollados por los sicarios que aquel envió en su persecucion.

Pocos terrenos habrá tan productivos como el de Agreda. Su calidad es superior criándose en sus extensos y cultivados campos, cáñamo, lino, judías, patatas, hortalizas muy delicadas y frutas, y toda clase de cereales; en sus dehesas nutritivos pastos, y en sus montes, encinas, robles y multitud de plantas aromáticas y medicinales.

Tres dias á la semana celébrase un mercado en la villa, el cual está bastante concurrido haciéndose muy regulares transacciones.

En cuanto á la industria, notable fue en otras épocas la de Agreda,

Poseia varias fábricas de paños conocidos con la denominacion de *Somontes*, de muy superior calidad, pero la invasion francesa que tan considerables perjuicios trajo al país, destruyó aquellos poderosos elementos de vida.

Desde entonces la existencia que arrastra la industria en la cabeza del partido, es tan lánguida y triste como la de otros muchos puntos.

Háse quedado reducida á varias fábricas de paños comunes, telares de lienzos, y las demás indispensables para el uso del vecindario.

En el interior de la poblacion existen varias tiendas tanto de comestibles como de quincalla.

El comercio está concretado en la parte de exportacion, al sobrante de los productos del terreno; y en la importacion, á los artículos de que en el partido se carece.

XXVI.

Agreda antigua.—Ilurci, Grachuris.

Tres fases completamente distintas presenta la historia de Agreda sintetizadas en los tres diferentes nombres con que se la ha designado.

Ilurci, Grachuris, Agreda: hé aquí denominaciones distintas de una misma ciudad cuya sucesiva adopcion significa, no el capricho de un conquistador ni la voluntad de sus habitantes, sino un cambio radical, completo y absoluto en su manera de ser.

Busquemos á Ilurci en los primitivos tiempos y la encontrarémos ciudad exclusivamente íbera, con la sencilla organizacion y la vida especial de aquel pueblo que dió á nuestra península un nombre con el cual aun hoy se envanece y que desea ardientemente poder llevar con toda exactitud; verémosla despues admitir gustosa en su seno á los celtas y partir con ellos sus bienes, sin conservarles rencor alguno; de manera que en breve ambas razas se fundieron y formaron así en esta como en otras poblaciones, la que se ha llamado celtíbera.

Ilurci en este segundo período de su existencia superó con mucho á lo que habia sido en el primero; conservando la sencillez y frugalidad de los íberos, adquirió de los celtas el valor indomable y el amor á la independencia, que se inocularon de tal modo en la sangre de sus moradores, que el transcurso del tiempo no fue bastante á hacerlos desaparecer.

Prontos siempre los celtíberos á rechazar todo extraño yugo; guerreros por instinto y despreciando la muerte y las fatigas de los campos de batalla, mostraron al verificarse la invasion romana, el teson y la energía que les valió el epíteto de *Natio rebelatrix,* por parte del pueblo rey.

Ilurci en estas circunstancias no desmintió su orígen. Luchó y lo hizo con la bravura que dan el amor de patria, y el hábito de la guerra, poniendo en mas de un aprieto á aquellos orgullosos legionarios, vencedores á tan poca costa de los otros pueblos de Italia y aun de los galos, y obligándoles mas de una vez á mostrarla sus espaldas.

En este estado las cosas, el procónsul Tiberio Sempronio Gracho vino á España y reuniendo fuerzas considerables propúsose la sumision de aquellos hombres indomables: al valor opuso el número; á la astucia la prudencia; á la tenacidad la constancia, y siguiendo invariablemente este sistema, muy luego empezó á recoger sus frutos.

Las ciudades celtíberas aisladas ya materialmente, por las cohortes romanas, ya moralmente en virtud de las maquinaciones, propuestas artificiosas y hábiles negociaciones del procónsul, fueron poco á poco sucumbiendo.

Ilurci fue una de tantas: sus moradores no anduvieron remisos en defender su independencia, mas el sistema empleado por el romano era fatal y de seguro éxito.

En vano una y otra vez sus bríos inutilizaron las tentativas de Gracho; en vano los alrededores de la ciudad se empaparon con frecuencia en la sangre de los descendientes de Rómulo; el ilurciense que sucumbia no tenia reemplazo; sus compañeros luchaban tambien aislados de los demás pueblos mientras que á unas cohortes sustituian otras nuevas y la habilidad y concesiones del procónsul le procuraba aliados hasta entre los de la misma raza rebelada.

Ilurci sucumbió, pero coronada de laureles que no fue bastante á marchitar su derrota.

El vencedor, léjos de destruirla, léjos de relegarla al olvido cual con otras de su misma procedencia ejecutara, dedicóse á engrandecerla y constituirla bajo un pié exclusivamente romano.

Entonces fue cuando su ibero nombre, trocóse en el romano *Grachuris,* del afortunado procónsul que la sometiera y segun ya hemos manifestado, esta variacion señala una nueva fase distinta por completo de la anterior.

Ilurci y Grachuris son dos ciudades totalmente diferentes aunque una y otra ocuparan sucesivamente el mismo sitio. En la primera, vemos la infancia de la civilizacion y la pureza de las costumbres; el valor y el sentimiento de libertad innato en el hombre en su estado primitivo, se manifiestan en todo su esplendor; la segunda, por el contrario, brilla con todo el esplendor de la cultura romana; pero á causa de esta misma cultura sus costumbres se han corrompido, ha desaparecido aquella vida frugal y sencilla propia de los íberos para ser sustituida por la costosa y llena de placeres no siempre lícitos, de los romanos.

Roma al difundir por los pueblos sometidos las ventajas de su civilizacion les ha comunicado tambien sus inconvenientes, y Grachuris, municipio romano, participa de ellos.

El carácter independiente de los celtíberos no se ha extinguido en sus moradores; pero yace aletargado por las caricias de la cultura romana, y solo á fuerza de tiempo, cuando extrañas dominaciones hayan borrado la huella de aquella civilizacion tan refinada en la parte material é intelectual como perniciosa moralmente considerada, volverá á manifestarlo.

Roma ganosa de cuanto á su aparente progreso contribuyera, miró con descuido y hasta con desprecio el elemento moral, tan importante en toda sociedad y la corrupcion encontrando en ella este punto vulnerable se introdujo por él en su interior y logró dominarla por completo.

Y ese desprecio con que miró la parte moral la patria de los Horacios, no somos nosotros, es la Historia quien lo afirma; esta nos enseña que la que llegó á ser capital del mundo conocido, cuando sometia un pueblo, le daba una organizacion exclusivamente romana, le quitaba ó concedia derechos á su antojo; pero no solo no le privaba de su religion, sino que admitia dentro de su seno sus dioses y ritos, prohijándolos por decirlo así; lo que si bajo el punto de vista político la reportó el beneficio de facilitar la asimilacion de los países conquistados, llevaba el descreimiento y la duda á unas conciencias ya dispuestas al escepticismo por el refinamiento de los placeres materiales; pues no podia menos de caer en el descrédito, una religion que á cada conquista que hacian sus sectarios, aumentaba el catálogo de sus divinidades.

Esta y no otra fue la causa de la caida del imperio de Occidente: esta y no otra la gangrena que corrompió el cuerpo social romano y que partiendo de la ciudad de Augusto se extendió á todas las provincias sometidas á su yugo.

Grachuris sufrió igualmente sus consecuencias, como ya hemos apuntado y muy difícil hubiera sido en los instantes que precedieron á la invasion gótica reconocer en el romano municipio, que gozaba entre otras preeminencias la de acuñar moneda, á la sencilla y modesta ciudad celtíbera.

Llegó el año 414 los bárbaros empezaron á cumplir la providencial mision de regenerar la corrompida sociedad entonces existente: alanos, vándalos, suevos y visigodos vinieron á la península, y vencedores los últimos de toda clase de competidores dieron principio á una nueva época denominada gótica, durante la cual, Grachuris sufrió la influencia de sus nuevos dominadores que aunque de un modo algo brusco fueron en ella como en todos los puntos arrancados al poder de Roma, destruyendo la deletérea influencia de esta.

Sin embargo mientras este fenómeno se verificaba, Grachuris permaneció en una completa postracion.

Lo mismo acaeció á la que un tiempo fuera su metrópoli, porque tal es la marcha ineludible de todos los pueblos que se hallan en idénticas condiciones.

Tras la civilizacion, la corrupcion; tras esta, la impotencia y el olvido.

Y entiéndase bien que al hablar de civilizacion nos referimos á la que solo es facticia cual la romana; á la que como ella está fundada en bases deleznables y que, brillante en la apariencia, oculta en el fondo un gran elemento destructor que acaba por hacerla caer en tierra, pues nada está mas léjos de nuestro ánimo que anatematizar la

verdadera cultura y entonar á la ignorancia y la barbarie himnos que serian tan injustificados como mal recibidos.

Pero dejando á un lado digresiones que pudieran no ser del agrado de nuestros lectores continuemos en nuestra tarea de dar cuenta de los hechos que en Grachuris tuvieron lugar; mas como á partir de la invasion árabe estos crecen en número é importancia, creemos que su narracion bien merece párrafo aparte.

No terminarémos este sin hacer constar que algunos han colocado á Grachuris en el pueblo hoy conocido con el nombre de Grábalos y sin demostrar el error en que incurren, pues no siendo controvertible que Ilurci estuvo en el sitio en que hoy se halla Agreda, bastan para el objeto las siguientes líneas de los *Anales de Festo:*

Grachuris urbs Iberiæ regionis, dicta à Gracho Sempronio, quæ antea Ilurcis nominabatur.

XXVII.

Agreda á partir de la invasion árabe.—Sucesos que en ella tuvieron lugar.

La tercera fase de la historia de Agreda está marcada por la invasion de los sarracenos, mejor dicho, por un hecho algo posterior á ella.

Al verificarse aquel hecho, cuyas circunstancias son de todos conocidas, la ciudad de Graco sufrió la misma suerte de tantas otras, sin que en el período de confusion que se siguió, sepamos si su resistencia á la media luna fue grande ó nula, ni si los nuevos bárbaros la trataron con dureza ó benignidad.

Lo que sí consta de una manera positiva es que permaneció cerca de dos siglos en poder de los árabes hasta que, en 912, la reconquistó el rey de Navarra D. Sancho I, denominado *Abarca* por haber hecho emplear á sus tropas el calzado conocido con este nombre al objeto de poder pasar con mayor presteza los Pirineos y acudir en socorro de Pamplona, sitiada por los infieles mientras él realizaba una expedicion á la Galia; en tiempo de este monarca cambió Grachuris su nombre por el de Agreda que hoy tiene, á cuya variacion debieron sin duda contribuir las modificaciones que su pronunciacion experimentara por parte de los árabes y aun de los mismos naturales.

Parece como que al dejar la ciudad su segundo nombre, único resto que de la dominacion romana la quedara, rompió por completo con cuantos vestigios pudiera conservar de ella.

Agreda volvió mas bien á ser la celtíbera Ilurci, que la romana Grachuris.

Con su nueva denominacion recobró sus hábitos guerreros y su antiguo amor á la independencia; de modo que no pudiendo vivir emancipada del yugo de los monarcas, al menos no toleró otro que el suyo y siempre se resistió á pasar á poder de un particular.

Pocos años despues, sin embargo, de haberla conquistado Sancho *Abarca*, su hijo García el *Temblon* hizo donacion de ella al abad de San Millan; mas no transcurrió mucho tiempo sin que los agarenos intentaran recobrarla y lo consiguieron, si bien solo

momentáneamente, pues rescatándola de su poder el rey de Castilla, la incorporó á sus estados.

No por esto perdió nada de su importancia, antes al contrario, en 1171, Alfonso VIII de Castilla ajusta un convenio con Alonso II de Aragon con objeto de someter al titulado vasallo de Santa María, D. Pedro de Azagra, que fundándose en ser libre y exento se negaba á reconocer señor alguno y aun se habia apoderado de varios castillos del primero; Agreda fue la prenda entregada por este al aragonés, en seguridad del cumplimiento de lo estipulado.

No fue muy satisfactorio el resultado que obtuvieron, pues el obstinado exento les obligó á reunirse en dicha ciudad el año 1186 para tomar contra él mas enérgicas y decisivas providencias, entre las que se contaron la de desterrar de los dominios de ambos á cuantos siguieran el partido del rebelde.

Al fin lograron el fruto deseado y sin duda el castellano cumplió todas las condiciones del convenio, pues Agreda volvió á su poder, y en ella se celebraron en 1221 las bodas de Jaime I el *Conquistador*, rey de Aragon, que á la sazon contaba solos doce años y medio con una hija del difunto monarca castellano Alfonso VIII.

D. Jaime, cuyo dilatado reinado abrazó los de Fernando III el *Santo* y Alfonso X el *Sábio* en Castilla, tras de haber arrancado á la media luna las islas Baleares y reducido á su dominacion multitud de poblaciones de la península que antes estaban sometidas al yugo de los árabes, enemistado con el último de estos soberanos, estuvo á punto de romper las hostilidades, mas antes accedió á tener con él una conferencia en Soria; verificándolo así en 1256 con tan buen éxito, que todas las diferencias quedaron zanjadas y Agreda fue tambien en esta ocasion una de las elegidas para afianzar las reales promesas.

Esto no obstante, hasta 1262 no se decidió Alfonso á entregarla y aun temeroso de confiarla al aragonés, prefirió darla en fieldad á D. Alfonso Lopez de Haro, no sin relevarle antes del homenaje á que le estaba obligado.

Tambien debió el Rey Sábio cumplir sus compromisos y en 1282 vemos á los agredenses siguiendo ardientemente el partido de D. Sancho, hijo de aquel y rebelado contra su padre; pero habiéndole este desheredado al siguiente año ante su consejo y declarádole impío, parricida y rebelde, el miedo á las excomuniones que á continuacion de este acto fulminó el papa Martin IV contra cuantos siguieran el partido del príncipe, bastó para reducir la ciudad á la obediencia del soberano.

En 1284 la grave enfermedad que D. Sancho padeció hizo que predominando en el monarca el afecto de padre sobre los motivos de resentimiento que contra él tenia, volviera á declararle sucesor suyo, á tan buen tiempo que dentro de aquel mismo año enfermó él á su vez y exhaló el último suspiro.

Sucedióle, pues, D. Sancho, cuarto de este nombre, á quien la Historia apellida, no sin razon, el *Bravo*, y es de creer que los de Agreda que tan adictos se le mostraron cuando solo era infante, siguieran siéndolo de monarca y contribuyeran con todas sus fuerzas á cuantas expediciones y empresas llevó este á cabo.

A Sancho el *Bravo* sucedió Fernando IV el *Emplazado*, y á este Alfonso XI que rei-

nó hasta 1350 y durante la vida de estos dos monarcas nada de particular nos ofrece Agreda.

Pero en dicha fecha ocupa el trono D. Pedro á quien unos apellidan el *Justiciero*, otros el *Cruel*, y que en ocasiones dadas justificó los dos epítetos.

Este rey, ganoso de la real autoridad, tan deprimida por una turbulenta y ambiciosa nobleza, decide poner coto á sus aspiraciones, y ella al penetrar en sus intenciones se le pone de frente y encuentra á su lado á los mismos individuos de la familia del monarca.

Logran estos apoderarse de él y encerrarle en Toro donde sufre mil humillaciones, pero logra escaparse, comienza una lucha con sus hermanos bastardos, en la que sucumben cási todos los últimos. D. Enrique, uno de ellos refugiado primero en Asturias, despues en Aragon, pelea bajo las banderas de D. Pedro IV en las guerras que entre este y su hermano tuvieron lugar; hasta que habiéndosele ofrecido las compañías francesas que Beltran Dugueselin acaudillaba y que penetraron en España á pretexto de combatir á los árabes, arroja por completo la máscara y trata de arrebatar la corona de las sienes del legítimo soberano.

Este, no preparado para semejante ataque y como cediendo á un estado especial de su ánimo que le enerva y amilana, sabe tan solo huir ante el ejército rebelde, de Búrgos á Toledo, de Toledo á Sevilla y de Sevilla á las posesiones que en Francia tenian los ingleses, quedando así en un año escaso todo el reino en poder del Bastardo.

Pero al siguiente año, 1367, D. Pedro logra la ayuda del príncipe de Gales conocido por el príncipe Negro, por ser de este color su armadura, y con su apoyo, el del rey de Navarra y el de los partidarios que tenia en la península, marcha contra Enrique, le derrota en Nájera y le obliga á refugiarse en el Languedoc, recobrando sus Estados con la misma celeridad con que los habia perdido.

En estas circunstancias Agreda se mostró siempre muy decidida en favor de D. Pedro, siendo tal su actitud que cuando al tener lugar el último hecho, envió D. Enrique seiscientos caballos para apoderarse de ella, estos intimidados ó convencidos de la maldad de su causa, en vez de hacerlo así, se unieron á los agredenses.

Dos años mas tarde logró al fin D. Enrique sus ambiciosos intentos mas que por las simpatías de que en el país gozara, por los desaciertos de su hermano, á quien por sí mismo asesinó en Montiel y cuyo cadáver sirvióle de grada para subir al trono.

Tres monarcas se suceden en el corto período que media entre 1369 y 1390: Enrique el *Fratricida*, Juan I y Enrique III el *Doliente*. Este á los cinco años de su reinado hizo donacion de la ciudad de Agreda á D. Juan Hurtado de Mendoza, su mayordomo y valido, mas negáronse sus habitantes á reconocerle por señor, manifestándose dispuestos á rebelarse, en caso de insistir el Rey en su determinacion; mas este juzgó prudente revocar la donacion, ó por mejor decir cambiar el objeto de ella, dando al de Mendoza, Almazan y algun otro pueblo.

Á Enrique III sucedió en 1406 Juan II, y con objeto de arreglar las cuestiones de este con Alfonso V de Aragon que hubieran hecho correr gran cantidad de sangre á no ser por la intervencion del Pontífice, se convino en nombrar de una parte y otra

catorce jueces, siendo Agreda una de las dos ciudades designadas para residencia de estos; estos catorce jueces arreglaron las diferencias entre ambos soberanos, estipulando una tregua de cinco años, en el de 1430, tregua que espirado el plazo, se convirtió en paz por mediacion de la esposa del aragonés.

En 1455, habiendo sucedido á Juan II, Enrique IV el *Impotente*, reuniéronse en Agreda un delegado suyo, otro de Juan II de Navarra y otro del príncipe Cárlos de Viana, á fin de reconciliar al segundo con este último; pero no hubieron de dar gran resultado sus gestiones, una vez que prosiguió la lucha entre padre é hijo terminando solo con la muerte del desgraciado príncipe.

El mismo D. Enrique hizo donacion de ella en 1458 á Miguel Lucas de Iranzu, su privado, mas no tardó en salir del poder de este, y siete años mas tarde se la da el Monarca al conde de Medinaceli bajo cuyo dominio permaneció muy contra su gusto, hasta que viendo en 1473 ocasion propicia de emanciparse, lo hizo así pasándose á las banderas de la infanta Isabel que mas tarde habia de ser la *Reina Católica* y á la que á la sazon disputaban la corona los partidarios de la hija de la esposa del Impotente y D. Juan de la Cueva conocida por la Beltraneja.

Desde este último suceso empieza á decaer la importancia histórica de Agreda y en todo el período que abraza el reinado de los *Reyes Católicos* y las casas de Austria y Borbon hasta nuestros dias, solo dos hechos bien distantes entre sí, podemos consignar respecto á esta ciudad.

El primero, es la reunion en 1592 de D. Alonso de Vargas y el maestre de campo D. Francisco Bobadilla para marchar sobre Zaragoza, rebelada en defensa de sus fueros, que amenazaba Felipe II, con motivo de haberse en ella refugiado su secretario Antonio Perez y acogídose al privilegio de la Manifestacion.

El segundo, es la estancia que en ella durante tres dias verificaron en noviembre de 1808, veinte y cinco mil franceses acaudillados por el mariscal Ney, que causaron gran daño á la poblacion y contribuyeron no poco con sus destrozos á ponerla en el estado relativamente decadente en que hoy se encuentra.

Agreda, patria de varias personas ilustres, tiene por escudo de armas el monte Moncayo con una vid cargada de racimos que brota á su pié y se extiende sobre él.

XXVIII.

Una ligera visita á San Pedro Manrique.

— Antes de alejarnos de Agreda — dijo D. Cleto á sus amigos despues de haberles dado todas las noticias de que dejamos hecho mérito, — quiero que hagamos una ligera visita á San Pedro Manrique.

— ¿Qué es? ¿algun monasterio? — preguntó Pravia.

— Es un pueblo perteneciente á este mismo partido judicial, en el que hay varias iglesias dignas de ser visitadas.

— Pues vamos allá, — dijeron los jóvenes.

Y hechos los preparativos de viaje marcharon al puesto indicado.

San Pedro Manrique es una villa distante seis leguas de Agreda, situada sobre un barranco á la falda de un cerro que la domina por completo.

Su clima, aun cuando bastante frio, es muy sano y disfruta de un cielo despejado y alegre.

Sobre ochocientas almas constituyen su poblacion sin que el caserío tenga nada de notable.

La escuela de instruccion primaria obtiene muy regular asistencia y en lo general la riqueza se halla muy repartida, por cuya razon no existe tanta miseria como en otros pueblos.

Tiene cuatro parroquias cuyos titulares son Santa María, San Juan, San Martin y San Miguel, las cuales á su vez poseen distintos anejos en los lugares inmediatos.

Lo verdaderamente notable que tiene la iglesia parroquial de San Miguel, es un arco que nuestros jóvenes estuvieron admirando durante un buen espacio.

Tres naves constituyen el conjunto del templo cuya arquitectura en lo general pertenece al órden árabe germánico.

Franqueando el acceso á una capilla, hállase el arco en cuestion, en el cual se encuentra todo el apostolado en relieve, colocadas las figuras en nichos góticos, trabajados con gran delicadeza.

En la clave ó remate del arco vése la Trinidad, y todos los adornos y el gusto que en la obra domina, es el gótico.

Nuestros viajeros no podian menos de tributar los elogios que merecia tan delicado trabajo, admirando tanto la correccion y limpieza en el dibujo de la figura, cuanto el esmero de los accesorios.

De igual manera visitaron tambien las demás iglesias, sorprendiéndoles que en una poblacion de tan escasa importancia, pudiesen existir obras tan recomendables.

Varias ermitas existen en las inmediaciones de la villa, cuyo terreno fertilizado en parte por el rio *San Pedro*, produce algunos cereales, verduras y legumbres.

En el monte, hay leñas de combustible y abundantes pastos, con los cuales se atiende á la cria de ganados, y alguna caza.

La industria carece de importancia, estando reducida á lo puramente indispensable. El comercio se encuentra en el mismo caso. Durante una temporada que abraza desde el 1.° de octubre á Navidad, celébrase todos los lunes un mercado que se ve bastante concurrido, constituyendo la mayoría de las transacciones que en él se verifican, la venta de cereales sobrantes y la de ganados.

Fácil es de comprender que como el único objeto del viaje de los cinco amigos, habia sido el de visitar los templos de la villa, su estancia en esta no se prolongó mas que el tiempo indispensable para ocuparse de aquellos, y tomar algun ligero descanso.

Al dia siguiente regresaron á Agreda desde donde se dirigieron á Almazan cabeza del partido judicial de su nombre.

XXIX.

Almazan.—Su estado actual.

—¿Qué distancia separa á Almazan de la capital de la provincia?—preguntaba Castro á D. Cleto conforme se iban aproximando á la villa.

—Seis leguas solamente—respondió el buen *Cicerone*.

—¿Y depende de la misma capitanía general, audiencia y diócesis que Agreda?

—En cuanto á esta última no señores; pertenece á la de Sigüenza de cuyo punto dista ocho leguas Almazan, es arciprestazgo y á su tiempo les diré la forma en que está servido el culto.

—¿Qué posicion geográfica y topográfica ocupa?

—Está situada la villa al N. de la provincia, sobre un plano inclinado, elevándose con suavidad desde la mitad de la pendiente, en la cual hay una parte llana, hasta su parte mas alta. Está combatida por los vientos de N. y NO. lo que la proporciona un clima bastante sano, aun cuando frio.

—¿Es acaso la poblacion aquella que á lo léjos se ve?—preguntó Pravia indicando á su guia una encantadora perspectiva que acababa de ofrecerse á su vista al salvar un recodo que hacia el camino.

—Sí señor. ¿Qué tal? ¿les agrada á Vds. el golpe de vista que ofrece Almazan?

—Mucho, es sumamente pintoresco.

—¿Qué poblacion tiene?

—Sobre dos mil quinientas almas.

—Observo que es provincia muy poblada la de Soria.

—Sí señor, bastante, y ni la instruccion ni la moralidad se encuentran tan abandonadas como en otros puntos.

—Y por lo visto fue plaza murada—prosiguió Pravia conforme pudo ir distinguiendo mas claramente la villa.

—Pero ya están muy derruidos sus muros.

—Gran parte de caserío, está fuera de las murallas.

—Así es, cási una cuarta parte se encuentra fuera del antiguo recinto. En el interior de la poblacion verán Vds. algunas casas bastante buenas y la generalidad no carecen de ciertas comodidades.

—¿Son buenas las calles?

—Sí señor, anchas, espaciosas, y están empedradas mejor ó peor, cási todas.

Conforme iban hablando, la diligencia se aproximaba á la villa en la cual penetró por fin, yendo á detenerse en un espacioso parador, cuyo aspecto satisfizo á nuestros viajeros que iban ya deseando descansar.

Al dia siguiente salieron á visitar la villa.

Segun dijo perfectamente D. Cleto, las calles son bastante espaciosas viéndose gran parte de ellas empedradas.

El número de las casas contenidas en su recinto es de unas quinientas sesenta, ocupadas por dos mil seiscientos habitantes; muchas de aquellas que años atrás eran solo viviendas informes construidas con tierra, han sido derribadas y sustituidas por sólidos edificios de dos pisos, que por lo general, reunen las condiciones exigidas por los adelantos modernos.

Esto unido, á una plaza central de regulares dimensiones forma cási cuadrilonga, con soportales en algunas de sus casas; á otras dos no pequeñas, destinada una al mercado de madera y otra al de ganado de cerda, y á las ferias que tienen lugar en la poblacion; á cuatro mas que mejor pudiera llamárselas plazoletas, y á varias iglesias de que muy luego habrémos de hablar, dan á Almazan un aspecto bastante agradable.

Al llegar á la plaza central de que hemos hecho mencion chocóle á Castro una casa de dos pisos, como todas las demás, pero cuya fachada presentaba mejor aspecto y cuyo largo balcon ocupaba todo su frente.

Así es que no pudo menos de exclamar:

—¡Bonito edificio!

—Es la Casa consistorial, —dijo D. Cleto.

—Pues si interiormente corresponde á lo que su exterior promete, dígole á V. que ya puede estar satisfecho el Municipio de poseerla.

—Efectivamente, la fachada es muy linda.

—Debe ser de construccion moderna.

—El año 1842 se edificó y en cuanto á su interior, aunque yo apenas he visto otra cosa que la sala capitular, puedo sin miedo alguno asegurarles que no solo iguala, sino que sobrepuja á las esperanzas que su fachada hace concebir.

—Reparad que contraste, —observó Sacanell, —al lado de la casa consistorial con un balcon tan desmesuradamente largo, esa otra que carece por completo de ellos.

—Cierto; y tiene un aspecto triste y severo que trasciende desde luego á cárcel.

—No es extraño, Pravia, porque tal es el destino que la ha cabido; ese edificio cuyas rejas ostentan sendos barrotes de hierro es la mansion del crímen y de la desgracia, que no pocas veces se confunden, y si dentro de él pudiéramos penetrar no hallaríamos tan proporcionado su interior con la exterior apariencia como en el Municipio.

—Es decir que los calabozos...

—No reunen las condiciones de desahogo, ventilacion y demás que tan necesarias les son, si en vez de servir de habitacion al preso mientras cumple su condena, no han de trocarse en un nuevo y mas insoportable castigo.

—Muy de lamentar es el descuido que respecto á esto he observado ya en no pocos puntos de los que hemos visitado.

—Y eso que ahora ya no es lo que era, pues hace algunos años solo constaba de un piso en vez de dos, y carecia de la sala de audiencias que hoy tiene.

—Veo que no escasean en esta plaza los buenos edificios, —hubo de observar Azara.

—¿Lo dices por aquel de piedra rojiza que ocupa todo el frente del O.?—interrogó Sacanell.

—Precisámente: observa su fachada que descuella entre las demás no solo por su

altura sino por su mejor gusto arquitectónico; observa esos siete magníficos balcones, esas cuatro elegantes columnas de la elevada portada, ese conjunto, en fin, tan bello y tan sencillo á la par, y díme si no puede considerarse este edificio como uno de los mejores de Almazan.

—Como el mejor en cuanto á apariencias,—afirmó D. Cleto, que hasta entonces conversando con Pravia y el andaluz no se habia hecho cargo del tema de conversacion de los otros dos amigos.

—Eso quiere decir que se puede decir de él lo que la zorra del busto,—observó Castro.

—Sí, porque si este tenia hermosa cabeza pero le faltaba el seso, á la casa que nos ocupa no obstante su hermoso aspecto, vale muy poco vista por dentro.

—Y debe ser de algun título á juzgar por el escudo de armas que se destaca sobre el balcon principal.

—Es de pertenencia del conde de Altamira.

Al lado de la mansion condal y en la parte N. de la plaza un nuevo objeto llamó la atencion de nuestros viajeros.

—¡Hombre! no es fea esta puerta.

—Me gusta de ella la torre de encima aunque no es muy alta.

—Debe tener próximamente doce ó catorce varas.

—Es V. buen calculista, Sacanell, porque, en efecto, la torre de la puerta de la villa es de doce varas de altura.

—No es realmente mucho pero como la puerta tiene ya una regular elevacion no hace mal golpe de vista.

—Por lo que presumo su objeto al construirla debió ser el de formar un sitio á propósito para la colocacion de ese reloj que en ella se ostenta y hacerle mas visible.

—Tú que tienes buena vista, Castro ¿qué hora marca ese reloj?

—¿No tienes tú el tuyo?—opuso el aludido.

—Sí, replicó Pravia pero quiero confrontarlo con él.

—Pues marca..... la hora de que nos volvamos á casa á hacer algo por la vida.

—Pronto te cansas.

—Es que no me encuentro bien.

—En ese caso vamos,—dijeron todos.

—De cualquier manera dentro de la poblacion ya no teníamos cási nada que ver, al menos por hoy, pues las iglesias exigen un mayor detenimiento del que podíamos ya emplear.

—Entonces creo lo mas acertado que volvamos á nuestra habitacion.

—Sí, sí, volvamos, apoyaron los cuatro á una voz alarmados por el estado de su amigo que, sin embargo, no presentaba síntoma alguno alarmante.

Y con efecto emprendieron la vuelta de su casa.

Segun su costumbre fuéron por el camino ocupándose acerca de las particularidades de la poblacion, que les pareció muy superior á otras muchas de mayor categoría, tanto por la regularidad y buen estado de sus calles, como por lo notable de los edifi-

cios que hemos mencionado y de algunos otros menos importantes que no se escaparon, sin embargo, á las investigadoras miradas de D. Cleto y sus estudiosos compañeros.

La instruccion pública ocupó un lugar tan preferente en su conversacion como debia ocuparla en el ánimo y decisiones de cuantos gobiernos rigen los destinos de nuestra patria.

Almazan en esta parte se halla en un adelanto relativo: tiene además de la escuela de instruccion primaria retribuida por el Ayuntamiento y bastante concurrida, otras varias particulares con no escasos asistentes y una cátedra de latinidad cuya provision pertenece al Obispo; antiguamente las rentas para su sostenimiento consistentes en cierta cantidad de trigo y cebada, se sacaban de la masa decimal del arciprestazgo, y la retribucion de los particulares venia á aumentarlas, pero hoy dia aquel recurso ha desaparecido y la cátedra se encuentra cási abandonada.

Como, ya de intento y en virtud de ser insignificante la indisposicion de Castro, habian dado un pequeño rodeo á fin de visitar el extremo S. O. de la poblacion, pudieron ver un edificio que si bien nada de particular ofrece en punto á condiciones arquitectónicas, hízosele notar D. Cleto á sus amigos por el objeto á que estaba destinado.

Era el hospital: su fachada de ladrillo nada que admirar ofrece; ni es mas notable su distribucion interior; una sala de hombres y otra de mujeres en que solo hay cabida para seis de cada sexo, y otras dos supletorias colocadas en el segundo piso, con las estrictamente necesarias dependencias, es lo que constituye la parte interior del hospital, cuya administracion corre á cargo de un consejo de cinco personas, y cuyas rentas, bastante regulares un tiempo, han venido á quedar algo reducidas.

Tratando de este y otros particulares llegaron al fin nuestros amigos á su mansion donde en breve una taza de té y algunas horas de sueño volvieron al andaluz á su estado normal, permitiéndole acompañar á sus amigos en la visita que al dia siguiente pensaban girar á los templos de la poblacion.

XXX.

Parroquias de Almazan.—Capillas principales.

Al siguiente dia conforme lo tenian decidido emprendieron muy de mañana la tarea de visitar las iglesias de Almazan y prudentes anduvieron en hacerlo así porque de otra manera imposible les hubiera sido recorrerlas todas en una mañana, á menos de solo entrar y salir en cada una.

Seis parroquias existentes y cuatro que por haberse destruido han sido agregadas á ellas, pueden contarse en Almazan, amen de varias capillas particulares.

Las que aun subsisten son: Santa María de Calatañazor, Santa María del Campanario, San Miguel, San Andrés, San Vicente Mártir y San Estéban; á las cuatro primeras están respectivamente agregadas, las del Salvador, Santiago, Santo Domingo de Silos y San Pedro, con la particularidad de que habiendo sido esta la agregada á

la de San Andrés, la que hoy existe comprendiendo á entrambas está bajo la advocacion del primero de los Apóstoles.

Las principales capillas son las de Jesús Nazareno, la del palacio del conde de Altamira y la de Nuestra Señora de Guadalupe.

Entremos ahora en algunos detalles acerca de unas y otras.

Santa María de Calatañazor es un templo de gusto gótico, bastante espacioso y elevado, que consta de una nave y un crucero posteriormente construido, en cuyas dos capillas hay cuatro altares de los órdenes jónico y corintio, que con siete más de no gran valor artístico y el mayor, constituyen el cuerpo del edificio. Para el servicio del coro cuenta con un órgano completo de regulares voces.

Tiene tambien dicha iglesia, servida por un párroco, cuyo cargo se provee por concurso, una torre construida por mitad de piedra y ladrillo: siendo su agregada como hemos dicho, la parroquia del Salvador.

De condiciones de estabilidad y solidez muy apreciables, pero careciendo por completo de gusto artístico y proporciones en su distribucion interior, es la parroquia de Santa María del Campanario; la causa de su deformidad ha sido, no la ignorancia del artífice que siglos há la construyera, sino que su arquitectura gótica se ha adulterado de un modo lamentable en las sucesivas restauraciones que varias de sus partes exigieron en diversas épocas; pues la antigüedad de dicha iglesia si bien no puede precisarse con exactitud, debe ser grande, toda vez que tiene fundaciones hasta del siglo XVI; su interior se compone de tres naves con bóvedas desiguales, y sostenidas por pilastrones que hacen muy mal efecto, y cinco altares, en uno de los cuales, el mayor, se ostentan en ambos extremos el escudo de armas de los condes de Altamira.

Un párroco y dos beneficiados hacen el servicio del templo, en el que se cree llegó á predicar el famoso san Vicente Ferrer.

Notable por su singular construccion es la iglesia de San Miguel; consta de tres naves cuyos arcos en las dos colaterales son tan reducidos que apenas si cabe un hombre por ellos: el ser la fábrica morisca así en el conjunto como en sus detalles hace creer que fue un tiempo mezquita, y que allí donde hoy se verifican las sublimes prácticas del Catolicismo ejecutaron sus ridículas ceremonias los fanáticos descendientes del falso Profeta.

En el interior del edificio que es bastante oscuro y no muy extenso, hay dos capillas modernamente construidas, y seis altares; está servida por un párroco y tenientes, y su antigüedad tambien debe ser grande, puesto que es de construccion anterior á la de la muralla como lo prueba el dejar esta un claro en el sitio que, á su mismo nivel, ocupa aquella. Tiene una torre de figura redonda sobre una media naranja apoyada en varios pilares.

Hundida hace dos siglos la iglesia de San Pedro, incorporóse su parroquia á la de San Andrés, cuyo templo notablemente mejorado y ensanchado, cambió la advocacion de este santo por la del fundador del pontificado, con la que hoy se la conoce.

Su posicion céntrica, la agradable apariencia de su fachada, á cuyo buen golpe de vista contribuye no poco su elevada torre con un chapitel bastante bello, y lo espa-

cioso y cómodo de su interior, hacen que este templo sea el mas concurrido de la poblacion.

Le constituyen por dentro, tres extensas naves divididas por delgadas columnas; sus siete altares todos de órden corintio son bastante buenos y el mayor forma un cascaron; es notable una capilla que en él hay, cuya construccion costeó D. Patricio Muñoz de Busto, comisario general de la Cruzada, en la cual llama la atencion un altar, imitacion á jaspe, en el que se ostentan las imágenes de los santos Patricio, José y Antonio, esculpidas por Navarro, con bastante primor.

Los ternos y alhajas con que por valor de diez mil duros la adornó su fundador, fueron presa de la rapacidad francesa al verificarse la invasion en 1808, cabiéndole la *honra* de ejecutar tal acto, al cuerpo de tropas que acaudillado por Ney, ocupó á Almazan.

Tambien debe hacerse mencion del coro, no solo por su órgano de excelentes voces, si que por su silleria de nogal de mas que regular trabajo; prestan el servicio de esta iglesia, un párroco y un teniente.

La parroquia de San Vicente Mártir, aunque tampoco mal situada, es la antítesis de la anterior; de pobre apariencia, pequeño y oscuro su interior, nada hay en ella que pueda con justicia llamar la atencion; la semejanza de su construccion con la del templo de San Miguel de que ya hemos hablado, hace que á ambos se atribuya una misma procedencia; está servida por un cura párroco.

De no mayor extension aunque con mejores condiciones arquitectónicas es la iglesia de San Estéban cuya robusta construccion la valió el ser destinada al oficio de fuerte durante la guerra civil; consta de una sola nave y un coro muy reducido, sin que ni una ni otro ofrezcan nada digno de mencionarse. Hace su servicio un párroco que acude por medio de tenientes á sus anejos, al igual de lo que hacen con los suyos respectivos, los de las demás parroquias anteriormente citadas.

Una vez recorridas por los cinco viajantes todas las mencionadas iglesias y al salir de Santa María del Campanario, última, sino en el órden de nuestra descripcion, en el de la visita girada por aquellos, dijo D. Cleto:

—¿Se encuentran Vds. muy cansados?

— Yo por mí no, —contestó Azara.

-Ni yo, —añadieron Pravia y el catalan.

—Pero quizás, sí, Castro, que puede no estar aun bien repuesto de su indisposicion de ayer.

—No lo crea V.: he tardado en contestar porque estaba distraido; pero ya estoy completamente bien y en disposicion de ir á donde V. disponga.

—He hecho esta pregunta, señores, porque como aun podemos disponer de algun tiempo antes de que llegue la hora de volver á casa á reponer nuestras fuerzas, podriamos visitar dos de las tres capillas que cité á Vds., la de Nuestra Señora de Guadalupe y la del palacio del conde de Altamira.

—¿Y por qué no la de Jesús Nazareno?

—Porque está á la entrada del pueblo, cási en las afueras, por la parte del camino

de Soria, y podrémos verla cuando emprendamos nuestro paseo por los alrededores de la poblacion.

—Pues vamos donde V. guste, dijeron todos.

—A Nuestra Señora de Guadalupe que está mas cerca—dijo D. Cleto—ó mejor al Hospital donde se halla situada.

—¡En el Hospital!—exclamó Azara entre interrogante y admirado.

—Sí, en el Hospital; no le extrañe á V. que habiendo pasado ayer por él no la hayamos visitado porque, segun recordará, era ya tarde.

—Tiene V. razon; mi asombro carecia de motivo, y le suplico que me dispense.

—De nada.

Y terminado con estas frases, el incidente, prosiguieron todos hablando ya acerca de lo que en los diversos templos habia llamado su atencion, ya de otros asuntos que no son de nuestra incumbencia.

Llegados al Hospital y apenas traspuesto el portal, encontráronse en la capilla colocada como hemos dicho, bajo la advocacion de Nuestra Señora de Guadalupe y destinada principalmente para que los enfermos puedan oir misa, si bien la entrada en ella es libre; en el interior bastante reducido pero agradable, solo hay un altar y un coro desde el cual aquellos asisten al santo sacrificio.

Breve espacio se detuvieron en ella nuestros amigos porque poco era á la verdad lo que habia que ver, y como al salir dijese Pravia sacando su reloj.

—Me parece que ya no llegamos á buena hora para entrar en la capilla del palacio del conde de Altamira.

—No pase V. cuidado por eso, pues esa capilla antes abierta y en la que se decia misa los dias de fiesta, se halla actualmente cerrada y habrémos de pedir permiso para verla.

—¿Ofrece algo de notable?

—Cási nada y solo llevo á Vds. á ella para que puedan ver en su sacristía el sitio donde existió un costoso relicario.

—Sin duda habria en él los restos de algun santo.

—Entre varias otras reliquias de menor importancia, se hallaba la cabeza del protomártir san Estéban.

—Pero..... ¿auténtica?

—Sin duda alguna, porque junto á ella estaban sus documentos justificativos.

—Y ¿dónde se halla actualmente?

—Años hace que los Condes hicieron trasladar á su palacio de Madrid esa y cuantas reliquias encerraba la capilla del de esta, y supongo que allí continuarán.

En esto llegaron á la plaza en cuya parte O. sabemos que está situada la mansion condal, y pidieron y obtuvieron el permiso que deseaban pudiendo en consecuencia, visitar la capilla que conforme habia dicho D. Cleto nada de particular ofrece; detrás del altar mayor está situada la sacristía donde se hallaba colocado el armario que contenia las reliquias antes de su traslacion.

Dieron las gracias por su complacencia al mayordomo del palacio y saliendo de él se dirigieron á su casa.

XXXI.

Paseo por los alrededores de Almazan.—Su muralla.—Producciones, industria, comercio y otras particularidades.

Sobre las cinco serian cuando D. Cleto y sus amigos despues de reparadas sus fuerzas por el doble medio de la comida y el sueño, se hallaban conversando en el gabinete de la casa que ocupaban, cuando dijo el primero:

—¿Les ha fatigado mucho á Vds. la expedicion que esta mañana hemos hecho?

—¡Hola! paseo tenemos—exclamó Azara.

Y añadió despues:

—Yo por mí confieso que estaba muy cansado cuando vine, pero ahora ya me hallo en disposicion de ir donde V. guste.

—Pues nosotros tampoco dejarémos á V. mal,—dijo Sacanell interpretando acertadamente la opinion de sus compañeros.

—En ese caso habia pensado que diésemos un paseo por los alrededores de la poblacion.

—Como V. guste—asintieron todos.

—Vamos, pues, antes que sea mas tarde.

—Sí, sí, vamos.

Y con efecto tomando los cinco sus sombreros y bastones se lanzaron á la calle.

Una vez en ella, interrogó Castro.

—¿Hácia donde nos dirigimos?

—Por aquí: al S. para salir por la puerta del Mercado y entrar por la de Herreros.

—Sea por el Sur.

Tomaron en efecto dicha direccion y no tardó en ofrecerse ante su vista la primera de aquellas puertas, que consta de varios arcos en forma de pasadizo, que se prolonga hasta unos cuarenta piés de longitud por dos fortines laterales de bastante extension y tan sólidos que constituyen una verdadera fortaleza.

Al salir del casco de la poblacion pudieron observar la muralla en gran parte derruida, cuya construccion atribuyen algunos á los romanos y con mayor fundamento á los árabes, y que pegada en unas partes á la ciudad se separa en otras de ella de una manera notable. Se apoyan los que atribuyen á los sarracenos la edificacion de la muralla en que su fábrica es del mismo sistema y materiales idénticos á los empleados por estos en una multitud de construcciones de igual índole.

La solidez del muro hizo exclamar á Sacanell:

—Soberbia muralla; poco tendria que temer Almazan á cualquier enemigo, cuando estuviera completa.

—Con efecto era de las poblaciones mejor fortificadas, pues no solo tenia esa muralla, la puerta que en este momento pasamos y la otra que pasarémos luego al volver, además de otras cuatro menos notables, sino que estaba además tanto interior como exteriormente llena de caminos cubiertos, cuyo centro se hallaba en la plaza.

—Lo que no comprendo es la causa que pudo mediar para el derribo de esa parte de la muralla.

—El temor que el general Duran, jefe del ejército de operaciones de la provincia en 1813, tuvo de que los franceses ocupando la poblacion se fortificaran en ella.

—¿No es aquello un cementerio?—interrogó Castro á la sazon.

—Sí, y vamos á visitarle si Vds. no tienen inconveniente.

—Ninguno,—contestaron todos.

—Así de paso verán Vds. la ermita de San Roque que está á su entrada y le sirve de capilla.

Dirigiéronse en efecto á dicho sitio y pocos momentos despues penetraban en la mencionada ermita.

Es esta de piedra en su totalidad y tiene un altar con la imágen del santo tutelar, que se edificó despues de haber sido en 1833, restaurada del percance que sufrió en la guerra de la Independencia.

Poco de notable ofrece á la verdad y es indudable que el cementerio se halla en mejores condiciones relativas, pues es proporcionado á las necesidades de la poblacion y en cuanto á ventilacion nada tiene que envidiar á ningun otro; está construido con piedra al igual de la ermita.

Prosiguiendo su camino, luego que hubieron salido nuestros amigos, por la derecha de la puerta del Mercado, encontraron al S. O. un convento de monjas Claras en el que, como forasteros, demandaron y obtuvieron licencia para entrar; pudiendo en consecuencia recorrerlo todo á excepcion de las celdas de las siervas del señor.

La iglesia consta de una nave de bastante longitud y nada estrecha y un crucero de escasas dimensiones; tiene cuátro altares y dos coros: el situado en el piso bajo, bastante oscuro, y destinado á sepultura de las monjas de la comunidad y á la celebracion de las ceremonias de monjíos, profesiones y otras: es notable el segundo, situado encima, por su hermoso aspecto y por una buena sillería de nogal que la adorna.

En el convento propiamente dicho, hay habitaciones para treinta religiosas pero son muchas menos; tiene dos patios y un espacioso mirador por el cual pudieron perfectamente ver al Duero que desde el N. de la poblacion se dirige al O. y lame el edificio por este lado. Tambien se ofreció ante su vista la magnífica alameda formada de álamos, chopos y otros elevados árboles, que sirve de paseo á la poblacion y que si bien no descuidada hoy dia, carece del esmero empleado en ella en épocas anteriores.

Al salir se hicieron cargo del extenso patio que precede á la portería y en el cual están situadas las habitaciones del vicario y la demandadera y la parte destinada á hospedería, que es de muy corta extension.

Ya otra vez en el campo y á continuacion del mencionado paseo pudieron observar un bosque bastante espeso, de robles y pinos que se continúa por otro de álamos y chopos de menor elevacion hasta cosa de un cuarto de legua; tanto uno como otro siguen la márgen derecha del Duero y sus árboles están dispuestos sin órden ni concierto alguno.

A la derecha del segundo bosque se hallan situadas varias huertas muy regulares,

lo que en union de aquel, del primero y de la alameda forma un extenso paseo que seria delicioso sino se dejaran sentir en él las mareas del rio, en invierno y verano, poco despues de ponerse el sol.

En la parte N. E. de la poblacion se halla otro paseo denominado del Campo de san Francisco que, empezando en el extremo de la calle de la Merced, abraza una extension de terreno considerable.

Hállase en él un buen calvario de piedra, de cuyos pedestales se aprovechan los transeuntes para sentarse, y el monasterio que fue de religiosos franciscanos.

Este edificio es notable por su iglesia, cuya nave es verdaderamente colosal y proporcionadas á ella las rasgadas ventanas que en el cubo formado por la capilla mayor habia y que hoy se encuentran cerradas sin mas aberturas que las estrictamente necesarias para dar luz á aquella parte: el coro, sostenido por un arco de bóveda es de regular extension y su sillería no despreciable. Sin embargo de estas buenas condiciones, la desconcertada y desacertada disposicion de los altares, y lo descuidado de una capilla de san Bernardino que se halla hasta sin verja y forma un extraño contraste con otra de moderna construccion bajo la advocacion de san Antonio, en la que hay un altar bastante decente, dan al interior un aspecto feo y desagradable.

El convento, de no escasas dimensiones, está pésimamente distribuido y entre sus habitaciones con dificultad podrá hallarse una que merezca el nombre de regular, no siendo tampoco mas digna de llamar la atencion, su escalera.

El edificio está construido en parte de piedra y en parte de ladrillo con algunos trozos de tapia y tiene cabida para unos treinta monjes si bien nunca han llegado á este número, ni aun cuando en él se estableció un colegio de filosofía.

Su antigüedad es cási la de la época en que floreció su santo tutelar y fue pertenencia primero de claustrales y despues de menores. Sobre la puerta principal están las armas de la casa del conde de Altamira, que un tiempo tuvo el convento bajo su patronato, en señal del cual daba á los monjes cierta cantidad anual de trigo.

Rodean este edificio, célebre bajo el punto de vista histórico por haberse hospedado en él D. Pedro I el *Cruel*, una tapia ó cercado de piedra que abraza un buen espacio de terreno destinado cási en su totalidad á prado y el resto al cultivo de legumbres regadas con norias.

A pocos pasos de este, hállase un tercer convento tambien de frailes, pero de la órden de la Merced; es mucho mas reducido que el de franciscanos, aunque bien pueden en él acomodarse unos veinte monjes, y se compone de una luneta y claustros superiores de poca extension, pero con buena ventilacion é inmejorables luces; sus celdas sino muy desahogadas, disfrutan de bellas vistas pues unas dan á la espaciosa huerta aneja al edificio y otras al paseo que atraviesa el Duero á unos diez pasos del edificio.

La iglesia consta de tres naves separadas por delgadas pilastras y dos altares, pues otros tres mas que en ella habia han sido trasladados á distintos templos de la diócesis. ¡Lástima que todo el edificio se halle en un estado ruinoso deplorable!

No muy léjos de este convento se halla la capilla de Jesús Nazareno, cuya visita

suspendió D. Cleto aquella mañana, segun ya sabemos y que por lo tanto se apresuraron á examinar él y sus compañeros antes de que se hiciera mas tarde.

Encuéntrase esta capilla frente al puente que hay sobre el Duero por aquella parte, en un terraplen algo elevado sostenido por una pared de gran espesor y que si por la parte anterior forma una especie de pretil y deja el espacio suficiente para un patio, por la posterior, apenas si queda el necesario para poder dar vuelta á la capilla.

Esta ofrece desde luego un golpe de vista sumamente agradable: su solidez es grande, pues está construida con piedra y su forma la de un octógono de bastante elevacion; la puerta se halla en uno de sus lados y los otros siete corresponden á siete altares que hay en el interior.

Recibe luces por ocho arcos abiertos en su gran cimborrio y contribuye mucho al buen efecto que produce el conjunto, el ser de pizarra trabajada con bastante primor el tejado y todo el chapitel. En el sitio en que hoy se encuentra dicha capilla á cuyo tutelar profesan especial devocion los vecinos, se hallaba antes la parroquia de Santiago, agregada mas tarde como sabemos á la de Santa María del Campanario, á causa de haberse arruinado.

El puente que está próximo á esta capilla y cuya construccion se remonta á algunos siglos atrás sin que podamos precisar la fecha, es todo de piedra de sillería y consta de trece ojos de mas que regulares dimensiones, sobre todo los ocho centrales; su longitud total es de poco mas de ciento noventa y seis varas: su anchura de cinco, y de nueve su máxima elevacion sobre la superficie del agua: tiene una barandilla de cinco cuartas de altura.

La figura de dicho puente no es rigorosamente plana sino que por ambos lados va elevándose insensiblemente hasta llegar al centro, donde alcanza la elevacion que hemos citado. No obstante la solidez de los estribos y de toda la obra en general, la circunstancia de haber en sus inmediaciones algunas isletas en medio del rio le perjudica de una manera notable, pues dividiendo la corriente hace recaer toda la fuerza de esta sobre los arcos extremos que son precisamente los mas débiles; así es que á cada inundacion padece mucho no obstante su gran fortaleza.

Todas estas y otras varias particularidades menos importantes fueron notando nuestros infatigables viajeros hasta llegar á la puerta de Herreros, situada al S. E. de la poblacion, y por consiguiente, hasta haber dado cási por completo la vuelta á la poblacion.

Esta puerta sin tener las condiciones de arquitectura y fortaleza que recomiendan la del Mercado, no deja por eso de ser apreciable bajo ambos aspectos, sobre todo bajo el segundo; pues sus dos grandes cubos de igual altura que la muralla la dan un aspecto imponente, por mas que sean incapaces de compararse con los fortines que preceden á la última.

Durante el camino D. Cleto segun costumbre, les dió cuantos datos poseia respecto á Almazan; datos que completó al llegar á su casa con los apuntes que de veces anteriores tenia hechos y resultó de sus noticias que el término de la villa confina por el N. con Belacha, Matas de Súbias y Tardelcuende: por el E. con Perdices, la Milana,

Villalba y Baniel: por el S. con Almántiga, Balluncar, Miñoca y Bordejé, y por el O. con Matute, Cobarrubias y Ciadueñas.

Además del Duero, dos arroyos llamados Moron y Galin Gomez, tributarios suyos contribuyen á proporcionar agua potable y fertilizar el terreno; este por la parte N. y N. E. es bastante flojo y arenoso; pero por el S., E. y S. E. es fértil y apenas hay un palmo que no esté en cultivo.

Las principales producciones son: en el reino vegetal, trigo de diferentes calidades, avena, cebada, centeno, garbanzos, lentejas, lino, cáñamo y otros varios artículos en menor escala, además del aprovechamiento de la madera de los bosques: en el animal el ganado lanar y el cabrío, que en el invierno han de ir á pastar á Aragon ó la Alcarria, están sin embargo en mayoría; pero por eso no falta vacuno, caballar, asnal y mular, si bien en mucha desproporcion; el monte proporciona de caza mayor, lobos, venados y zorras, y de menor perdices, liebres y conejos, y el Duero suministra abundantes truchas y barbos de hasta seis y ocho libras, cuyo comer es exquisito.

La fabricacion de bayetas y paños del país: la alfarería y la fabricacion de tejas y ladrillos son la principal industria de Almazan, cuyo comercio al por mayor es muy reducido; pero el al por menor, se verifica en el mercado que tiene lugar un dia á la semana con gran concurrencia y grandes operaciones, especialmente en granos y ganado de cerda que viene de fuera.

Se celebran anualmente dos ferias y en la llamada de los Santos es tal la abundancia de ganado vacuno y de cerda que acude, que, á pesar de estar destinado contener el de estas y otras clases el extenso campo de San Francisco apenas si pueden coger en él.

Los puestos y mesas de otros objetos se colocan tanto en esta feria, que es la mas concurrida, como en la otra, en la plaza central y calles principales.

Respecto á caminos tiene Almazan dos carreteras, la de Madrid á Pamplona y la que de aquel punto se dirige á Logroño; hay además varios caminos carreteros, cuales son, el que de Aragon se dirige á Castilla la Vieja y llega hasta Berlanga; el que desde este pueblo va hasta Aranda por la orilla derecha del Duero; uno que llega hasta Algora donde se reune á la carretera de Madrid á Zaragoza y además el que conduce á Soria.

Tiene la poblacion estafeta de correos en la que se reunen las correspondencias de Berlanga, el Burgo, y toda la parte de Monteagudo y Seron. Las cartas se reciben tres veces por semana.

Sabidas ya por nuestros amigos las anteriores noticias, nada habia que pudiera detenerles en Almazan y por lo tanto decidieron dedicar un dia al descanso, y partirse luego para Calatañazor; mas, animados siempre por el deseo de aprender, adquirieron durante aquellas últimas veinte y cuatro horas, acerca de la historia de la poblacion que iban á abandonar, los datos que en el párrafo siguiente pueden ver nuestros lectores.

XXXII.

Orígen é historia de Almazan.

El orígen de Almazan es bastante oscuro; algunos han querido hacerla ciudad romana, pero la etimología árabe de su nombre y los recuerdos que de esta denominacion ha conservado tales como su muralla y las dos iglesias de San Miguel y San Vicente Mártir, fuerzan atribuir su fundacion á los fanáticos creyentes del Coran.

¿Cuándo tuvo lugar este hecho? No podemos precisarlo; ni aun nos es dado consignar las vicisitudes porque pasó desde su fundacion hasta que, en 1098, Alfonso VI de Castilla apoderándose de ella y hallándola arruinada, realizó su repoblacion y restauracion.

A partir de este suceso ya la historia de Almazan larga é importante nos es bien conocida; así sabemos que poco despues de su repoblacion, Alfonso VII la ensanchó, y que en 1158 fue ya lugar donde celebraron una entrevista D. Sancho III y el rey de Navarra al objeto de pactar una alianza contra los árabes.

En 1196 y 1197 su comarca fue corrida y talada por el navarro Sancho IV apellidado el *Fuerte*, y al verificarse posteriormente el célebre triunfo de las Navas de Tolosa contra los almohades, contribuyó á él con su milicia. D. Sancho IV de Castilla estuvo en 1289 en Almazan disponiendo las tropas que habian de marchar contra el aragonés protector del infante D. Alonso; el mismo año este monarca la puso sitio, pero cuantos esfuerzos hizo por apoderarse de ella se estrellaron ante el teson y la constancia de sus moradores, así es que tuvo que regresar á Aragon sin haber conseguido su intento aunque no sin haber causado daños de gran consideracion en su campiña.

Año fue de acontecimientos para Almazan el de 1289, pues luego de verse ya libre de enemigos tuvo en ella un consejo D. Sancho al que asistieron todos los ricos-homes que allí se encontraban y en él se decidió la entrada en Aragon.

Mucho padeció la poblacion en estas luchas entre castellanos y aragoneses, pues en 1290, el soberano de estos Alfonso III llevando consigo á D. Diego Lopez de Haro y D. Juan Nuñez de Lara volvió á arrasar sus alrededores; y seis años mas tarde habiendo sucedido á este Jaime II, y á Sancho, Fernando IV el *Emplazado*, cincuenta mil soldados de Aragon invadieron el territorio de Castilla apoderándose de todas las ciudades que no apoyaban á D. Alonso de la Cerda.

Esto no obstante, Almazan logró sostenerse hasta 1298 en que el rebelde infante con ayuda de Jaime II y merced mas que todo á la inteligencia que con varios de los de dentro sostenia, consiguió al fin apoderarse de ella.

No tardaron en acudir á recobrarla las tropas de la regente pero no pudieron conseguirlo; ni fueron mas afortunados en 1301 los infantes D. Juan y D. Enrique, bien que esta vez el mal resultado de la empresa se debió á que obedeciendo ambos mas que á su deber á sus miras particulares, despidieron los soldados que llevaban y se retiraron á Ariza.

En 1303, posesionado aun el de la Cerda de la ciudad, recibió en ella una embajada de los dichos infantes para proponerle un concierto en virtud del cual habia de apoyar á la reina D.ª María contra su hijo Fernando.

Este al fin logró recuperarla dos años mas tarde, no por medio de las armas, sino en cumplimiento de la sentencia dictada por D. Jaime II de Aragon y D. Dionisio de Portugal, elegidos árbitros por los desavenidos hermanos para arreglar sus diferencias. En 1322 Almazan estaba en poder de D.ª Blanca, hija del difunto infante D. Pedro, cuyos estados heredó.



Sancho IV.

Las guerras civiles tan frecuentes por estos tiempos fueron siempre muy perjudiciales á Almazan. En la que estalló entre D. Pedro I y su hermano el bastardo D. Enrique, taló este en 1358 sus fértiles campiñas, mas se retiró poco despues no sin haber ya causado gran estrago, y en el propio año, D. Pedro fué á la poblacion y con los infantes y caballos que en ella habia intentó penetrar en Aragon y aun puso

sitio á Monteagudo; pero no le fue posible tomarle y se retiró nuevamente á la poblacion muy quebrantado de salud.

Al año siguiente, el cardenal Guido, enviado por el papa Inocencio VI con el fin de poner término á las guerras entre aragoneses y castellanos, llegó á esta villa donde celebró una entrevista con D. Pedro, en la cual le expuso el profundo sentimiento con que el Pontífice veia prolongarse una guerra entre dos príncipes cristianos, vecinos, y que debian vivir en la mejor armonía para llevar reunidos sus huestes contra sus únicos y verdaderos enemigos, los árabes, que no podian menos de regocijarse ante el espectáculo que él y Pedro IV estaban ante sus ojos ofreciendo, el cual les permitia, no obstante su postracion, vivir en una paz cási completa sin temor de ser hostilizados apenas.

Contestó á esto D. Pedro que desconfiaba mucho de entrar en tratos con el rey de Aragon, pero que sin embargo se hallaba dispuesto á ello bajo las condiciones siguientes: que expulsara de su reino al conde D. Enrique, y á D. Tello, D. Sancho, y en una palabra, á cuantos rebeldes del suyo se habian refugiado en aquel; que le devolviera á Orihuela, Alicante y todas las demás poblaciones de que se habia apoderado Jaime II en la guerra sostenida contra Fernando IV durante su minoría: finalmente, que le pagara por gastos de guerra la cantidad de quinientos mil florines.

El cardenal Guido marchó luego á avistarse con Pedro IV y le expuso las condiciones que D. Pedro imponia, pero por mas esfuerzos que hizo no logró que este suscribiera á ellas y en consecuencia la guerra continuó declarada.

En el mismo año y hallándose aun en Almazan el rey de Castilla, procedió á declarar al infante D. Fernando y á sus hermanos D. Enrique y D. Tello, rebeldes y enemigos de la patria.

Fue esta poblacion nuevamente visitada por el Monarca castellano cuando en 1361 marchó contra Aragon al frente de fuerzas numerosas; esta circunstancia y la de haber recibido el año anterior en Nájera un golpe terrible las aspiraciones de D. Enrique, movió á Pedro IV á entrar en negociaciones con Pedro I, resultando de ellas una suspension de hostilidades entre ambos monarcas, para afianzar la cual se estipuló la celebracion de una boda entre D. Alfonso, hijo de este, y D.ª Leonor que lo era aquel; en este contrato se estipuló que Almazan fuera una de las poblaciones que D. Alonso llevase en dote.

Poco despues, en el mismo año aun, visitó la villa dicho infante y allí fué á reunírsele el Monarca su padre. Convertida la tregua al fin en paz definitiva en 1363 en virtud del tratado firmado en Murviedro, fue rota por el castellano el mismo año de ajustada, de resultas de cuya falta de formalidad Cárlos el *Malo* de Navarra que hasta entonces habia sido partidario suyo se apartó de su alianza.

En los años subsiguientes la suerte de las armas se inclinó del lado de su competidor y hermano bastardo D. Enrique, y si bien es cierto que despues de haber tenido que abandonar el reino logró recobrarle cási en su totalidad con ayuda del príncipe Negro, tras de haber derrotado segunda vez en Nájera al pretendiente, rehecho muy luego este y abandonado aquel de los ingleses por haberles faltado á lo prometido,

vióse D. Pedro en una situacion muy precaria, que fue empeorando de dia en dia hasta reducirle en 1369 á encerrarle en Montiel.

En este castillo sitiado por las grandes compañías francesas que acaudillaba Beltran Duguesclin y que se habian puesto al servicio de D. Enrique, y reducido al último extremo, ofreció á aquel hacerle donacion de varias plazas, Almazan entre ellas, con tal que le dejase salir de allí.

Rechazó noblemente Duguesclin la oferta y es bien seguro que á haber mostrado siempre igual caballerosidad, ni D. Pedro muriera el propio año asesinado por su hermano en la propia tienda de este, donde le condujeron las falsas palabras del caudillo francés, ni pudiera por lo tanto, D. Enrique sentarse en un trono por tan malos medios adquirido.

Aun en 1369 D. Fernando de Portugal que se titulaba soberano de Castilla ofreció la poblacion al aragonés; mas, hechas ilusorias sus pretensiones, D. Enrique teniendo en cuenta los buenos servicios que Duguesclin le habia prestado, se la donó en 1370, permaneciendo en poder del francés cinco años hasta que al cabo de ellos volvió en virtud de una venta, á poder del Monarca.

A mediados de abril de 1375 se ajustaron paces entre Enrique II y Pedro IV en Almazan, estipulándose en ellas que se celebrase una boda entre el infante D. Juan, hijo del castellano y D.ª Leonor, que lo era de Pedro IV, ofrecida ya anteriormente al hijo de D. Pedro I para afianzar el tratado de Murviedro: que el dote de esta fuese de doscientos mil florines: que el aragonés devolviese al castellano la ciudad de Molina, y que este pagase en varios plazos á aquel, ciento ochenta mil florines por gastos de guerra.

Muerto en 1379 Enrique II, sucedióle su hijo Juan I, y como siete años mas tarde, envalentonados los portugueses con el éxito de la batalla de Aljubarrota, se atreviesen á incitar y prestar ayuda al duque de Lancaster con objeto de que disputara la corona de Castilla al legítimo soberano, fundándose en los derechos que por su mujer D.ª Constanza pudiera tener, alentado este con su apoyo desembarcó en la Coruña é inició una guerra bien desgraciada por su parte.

De derrota en derrota y de poblacion en poblacion, hubo de ir retirándose hasta que al fin se internó en Portugal con su gente llená de enfermedades y falta de víveres; esto no obstante, deseoso D. Juan I de prevenir sus ulteriores tentativas y de consolidar la paz, ofrecióle la celebracion de un casamiento entre su primogénito D. Enrique, y D.ª Catalina, hija del duque y de D.ª Constanza, mediante la renuncia de los derechos que esta pudiera tener.

Avínose á ello el de Lancaster y firmado el tratado en 1387, Almazan fue tambien una de las poblaciones señaladas en dote á la hija de este por el rey de Castilla.

Sucesor el infante D. Enrique de su padre, en 1390, hizo donacion cinco años despues, á su valido D. Juan Hurtado de Mendoza de la ciudad de Agreda; mas habiéndose resistido los agredenses á recibirle por señor y manifestándose dispuestos á rebelarse, segun ya en su lugar dijimos, revocó el Monarca la donacion y para compensar á su favorito de la pérdida que con esto habia experimentado le dió las villas de

Santisteban de Gormaz y Almazan, cuyos habitantes mas sumisos, no tuvieron inconveniente en reconocerle por señor.

En el espacio que media entre 1395 y 1461, que abraza todo el reinado de don Juan II sucesor de Enrique III y parte del de Enrique IV, que lo fue de aquel, nada de particular respecto á Almazan recuerda la historia; pero en esta última fecha, Enrique el *Impotente* visitó la poblacion con dos mil quinientos caballos, acaudillados por el maestre de Calatrava D. Pedro Giron, de vuelta de la expedicion verificada contra el aragonés Juan II, para obligarle á poner en libertad á su desgraciado hijo Cárlos, príncipe de Viana, como lo consiguió efectivamente.

La muerte de dicho príncipe ocurrida, merced á un tósigo, en el mismo año, despues de haber legado sus derechos á su hermana Blanca, provocó una rebelion de los catalanes quienes, muerta tambien la infortunada princesa, aclamaron y llamaron en su auxilio á D. Enrique.

El haber acudido este á su llamamiento produjo una guerra con el aragonés, para terminar la cual, Juan de Rohan fue enviado á Castilla de parte del Monarca francés con objeto de hacer aceptar su mediacion á ambos contendientes; y como á la sazon se hallaba D. Enrique en Almazan, allá fué á buscarle el embajador.

Obsequiado este en dicha poblacion con espléndidas fiestas y banquetes y honrado por el castellano haciéndole bailar con su esposa, á cuya distincion quedó tan agradecido que juró no bailar mas con ninguna otra mujer, convino con el Monarca en que este y Luis XI celebraran una entrevista, que se verificó en efecto á orillas del Bidasoa; pero siendo el objeto del rey de Francia mas que apaciguar las discordias entre aragoneses y castellanos, impedir que llegaran á una avenencia, no produjo resultado alguno positivo.

Desde 1463 hasta 1474, durante cuyo período de tiempo Castilla ardió en guerras civiles provocadas ora por el infante D. Alfonso, alzado rey por varios nobles rebelados, ora por los bandos que defendian los derechos al trono de D.ª Juana la *Beltraneja* y por los que apoyaban á la hermana del rey, D.ª Isabel, ora en fin por la vacilante conducta del rey que ya reconocia por hija y sucesora suya á la primera, ya transferia sus derechos á la segunda para despues intentar de nuevo desposar á la Beltraneja con el duque de Guiena y hacerla jurar por las Cortes, lo que no consiguió por haber ya estas reconocido á Isabel; desde aquella fecha, decimos, hasta dos lustros despues en que acaeció la muerte de Enrique IV, solo se menciona á Almazan por haber estado en ella D. Fernando de Aragon en 1473, ya desposado con la hermana del monarca, y sido muy festejado por el señor de la villa, que lo era á la sazon, D. Pedro Mendoza.

Cuando al año siguiente, fue proclamada solemnemente D.ª Isabel reina de Castilla en la ciudad de Segovia, D. Fernando que al saber la muerte de su suegro habia vuelto á Almazan, recibió en esta poblacion la noticia de aquel suceso, y poco despues una embajada de D. Luis de la Cerda, conde de Medinaceli, diciéndole que sus derechos al reino de Navarra eran incontrovertibles, como lo probaria con los documentos que obraban en su poder, y demandándole auxilio para hacerlos valer; pero

en tales términos se expresó el enviado Francisco de Barbastro, llegando hasta amenazar al aragonés con la guerra con Francia en caso de negarse á su peticion, que este, no haciéndole caso alguno, continuó su camino.

Muerta D.ª Isabel y tras el breve reinado de Juana la Loca y Felipe el Hermoso, quedó al fin en 1506 como soberano de Castilla y Aragon Fernando, y partido á Italia para arreglar los asuntos de aquel reino, regresó al año siguiente y en su viaje de vuelta á la corte, se detuvo en Almazan, que le recibió con entusiasmo.

Un gran período de silencio sucede á este hecho: período de mas de tres siglos en el cual ningun suceso notable tiene lugar en Almazan, ó por lo menos si alguno acaeció, no se conserva memoria de él.

Para volver á oir hablar de Almazan necesitamos llegar á nuestra época y registrar los anales de esa gloriosa guerra llamada de la Independencia en la cual apenas si quedó en España un pueblo por insignificante que fuese, que no purificara con su sangre el suelo manchado por la extranjera planta, y que entre montones de humeantes escombros y cadáveres, no levantase un monumento á su inmortalidad.

Almazan no dejó de distinguirse en esta guerra; el general francés Duvernet la puso sitio en 1810, mas sus habitantes apoyados por mil seiscientos hombres que acaudillaba D. Jerónimo Merino, se resistieron con inusitado teson, é inutilizaron cuantos medios empleara contra ellos el sitiador, que para rendir su esfuerzo no vaciló en pegar fuego á la villa.

Otra guerra célebre, ocurrida en España en este mismo siglo, tan distinta en índole de la anterior, que si una es gloriosa página de nuestra historia, forma la otra un padron de ignominia, como lo son todas las civiles; la guerra de los siete años, en fin, nos proporciona una última ocasion de mencionar á Almazan.

En el mes de noviembre la visitó el célebre caudillo Cabrera y un mes mas tarde hubo de pasar á ella forzosamente á curarse de una herida que en Arévalo habia recibido, mas como por entonces se hallaba en poder de los defensores de Isabel II, permaneció oculto todo el tiempo de su estancia, en casa del cura párroco.

Este es el último hecho digno de mencion, de la historia de Almazan patria de uno de los hijos de D. Pedro I de Castilla, llamado Sancho y de Diego Caines, general de la órden de Jesuitas, que se distinguió por su talento y prendas personales en el célebre concilio celebrado en Trento.

Las armas de esta villa se reducen á un escudo con una higuera.

De Almazan partieron D. Cleto y sus amigos para Calatañazor, villa con ayuntamiento de la provincia de Soria, perteneciente al partido judicial de aquella poblacion, de la que dista seis leguas, á la audiencia territorial y capitanía general de Búrgos y á la diócesis de Osma.

XXXIII.

Calatañazor.—Su historia.—Muerte de Almanzor.

A pesar de lo no muy largo de la distancia que separa á una villa de otra, iban ya nuestros viajeros mas que cansados por lo malo del camino, pues Calatañazor está situada en un cerro de bastante elevacion cuya subida hace difícil y fatigosa, lo empinado de sus vertientes y lo escabroso de su terreno.

Por fin tras algunas horas de marcha descubrieron un grupo como de unas ochenta casas, circuido por un muro bastante deteriorado y al que dan un aspecto imponente los enormes peñascos que se ven á su alrededor.

—Ese pueblo es Calatañazor,—dijo D. Cleto.

—Lo que es su aspecto nada ofrece de agradable,—observó Castro.

—Dí mas bien que es horroroso,—añadió Pravia.

—De todas maneras celebro infinito que al fin hayamos llegado á él pues os aseguro que ya estaba mas que molido.

—No sabia yo que los aragoneses tenian tan poca resistencia.

—Vamos, amigo Sacanell que el que mas y el que menos tiene sus ganas de hacer, lo que se llama tomar la horizontal.

—Es verdad,—contestaron todos incluso el aludido.

Y la conversacion giró sobre otros varios asuntos durante los escasos momentos transcurridos hasta que llegaron á la villa.

Entraron en ella y muy luego un templo de hermoso aspecto llamóles la atencion y penetraron en él deseosos de ver si correspondia á la fachada el interior del edificio.

Esto produjo las siguientes exclamaciones de los viajeros que probaron no haber salido fallidas sus esperanzas.

—¡Soberbia iglesia!—dijo Pravia.

—Sí en verdad,—afirmó Sacanell.

—Bien dicen,—observó el andaluz, que bajo una mala capa se encubre un buen bebedor.

—Cierto, porque de seguro ninguno de nosotros se figuraba que un pueblo de tan mal aspecto pudiera contener un templo como este.

—Lo que es yo estaba muy léjos de imaginarlo.

—Yo tampoco—exclamaron todos.

Motivada era á la verdad la admiracion de nuestros amigos, pues con efecto la iglesia parroquial de Calatañazor supera de mucho á lo que de una villa tan reducida y de tal apariencia habria derecho á esperar.

Todo el edificio está embovedado y el altar mayor es bastante notable por el trabajo que en él empleó el artista.

Fuera de esto nada de particular encierra la poblacion de hoy.

En cambio si es pobre para el viajero que superficialmente la considera, es muy rica en recuerdos históricos.

A su nombre va unida una de las páginas mas gloriosas de la historia de nuestra reconquista y en tiempos muy anteriores, Calatañazor ocupaba tambien un lugar importantísimo en la Romano-hispana.

La antigua *Voluce* señalada en el Itinerario de Antonino y *Voluca* segun Ptolomeo, corresponden perfectamente á la poblacion que nos ocupa, estando ya demostrado que en el sitio donde hoy se encuentra Calatañazor estuvo en un tiempo la capital de los *volcianos* situada en la region de los arevacos.

Gran celebridad adquirió á aquellos naturales la respuesta altiva y orgullosa que dieron á los romanos cuando despues de haber sostenido á Sagunto los invitaron para que se reuniesen á ellos ofreciéndoles su amistad.

Los volcianos les contestaron que reservasen su amistad para los pueblos que desconocieran la memorable historia de Sagunto, que harto por ella conocian lo podian prometerse de la amistad y de la tan famosa fe romana.

Grande era su importancia entonces y presumible es que existiera en aquel sitio una gran poblacion.

Posterior á este hecho no podemos precisar las vicisitudes porque pasaria siendo lo mas probable que destruida y tal vez repoblada cuando la invasion gótica, tornara á ser tomada y quizás destruida por los árabes, reapareciendo en la historia de esta época con el nombre puramente musulman, de *Kalaat en Nosur*.

Bajo esta denominacion, equivalente á *altura del Buitre* aludiendo á lo enriscado de su posicion, registra la historia la famosa batalla en que sucumbió tal vez la mas grande figura del espléndido Califato cordovés.

Corta fue la estancia que los viajeros hicieron en la antigua *Voluce*.

Apenas descansaron restaurando las perdidas fuerzas durante la noche, que pasaron en una casa para cuyo dueño llevaran de Almazan una recomendacion, salieron para la cabeza del partido al inmediato dia.

—Si á Vds. les parece — dijo D. Cleto—les amenizaré el camino que hemos de recorrer, refiriéndoles la famosa batalla que tuvo lugar en estos campos en el mes de agosto del año 1002.

—Desde luego, ya sabe V. con cuanto placer escuchamos sus narraciones históricas.

—Antes de dar principio al relato del hecho que en estos campos tuvo lugar, me parece muy conveniente y hasta necesario, darles algunos antecedentes respecto al personaje principal de ella, y en el cual está concentrada, por decirlo así, toda la última época de los Califas cordoveses.

—Precisamente me agradaria conocerla detalladamente — dijo Castro.

—Tiempo tendrá V. de satisfacer su deseo, si como espero visitamos las provincias andaluzas. Allí sobre el terreno donde aquellos califas llevaron á cabo obras tan importantes y desde donde extendieron su ilustracion y sus conquistas por el resto de España, podrán Vds. conocer mejor su historia.

—Tiene V. razon.

—Ahora si les hablo de Almanzor, es por la parte tan importante que tuvo en la accion de que voy á ocuparme.

—Pero ese Almanzor era califa—dijo Azara.

—No señor. Alhakem II, que fue uno de los mas ilustrados príncipes ommíadas, dejó al morir por sucesor, puesto que no tuvo mas hijo varon, á Hixem II, que solo contaba diez años.

—Y Almanzor sin duda quedaria nombrado su ministro.

—No tal. El *hagib* ó primer ministro lo era Giafar hombre distinguido y que prestó grandes servicios á Alhakem en las guerras que sostuvo.

—Entonces el personaje de quien nos ocupamos subiria á su puesto por medio de la intriga ó tal vez por otro peor.

—De todo hubo. Almanzor, cuyo verdadero nombre era Mohamed (1) ilustre por su nacimiento, era *wacir* y distinguíase ya entre sus compañeros por su capacidad no comun, por su afabilidad y por su figura arrogante y expresiva. Merced á estas dotes habíale distinguido en vida de su esposo la sultana Sobheya, la cual especialmente en los últimos diez años de la vida de Alhakem tomó parte muy activa en los negocios del Estado.

—¡Hola! ¿con qué tambien las mujeres se entrometian en esas cosas en la corte musulmana?—exclamó Pravia sonriendo.

—Diré á V., Sobheya es la única mujer que en la historia de los ommíadas ha representado papel en los negocios políticos. Dotada de cualidades muy superiores, mereció la distincion de que Alhakem la consultase y atendiese sus consejos. A su muerte, Mohamed, y así le llamaré puesto que el dictado de Almanzor no le obtuvo hasta mas tarde, sostenido por ella, comenzó su obra para apoderarse por completo del poder.

Tanto los wazires (2) como los walíes (3) guardábanle grandes consideraciones por la superioridad de sus conocimientos, y bien pronto la sultana le confió la tutela de Hixem con la regencia del reino.

—Semejante eleccion produciria envidias que quizás degeneraran en rebeliones ¿no es así?

—Precisamente amigo Pravia, ese fue el primer cuidado de Mohamed. Tanto el primer ministro Giafar como algunos walíes y wazires mostráronse algo resentidos y el nuevo regente supo de tal modo usar el castigo con unos, la atraccion de otros por medio de ciertas dádivas y honores y las disensiones entre sí, de los restantes, que estos se destruyeron recíprocamente y aquellos quedaron inutilizados para estorbarle.

—Y el califa niño ¿qué hacia entre tanto?

—A pretexto de su corta edad y suponiendo que se hallaba en cierto estado de imbecilidad, tanto su madre como el regente, relegáronle á la magnífica residencia de

(1) El nombre de Almanzor era Mohamed ben Abdallah ben Abi Ahmer el Moaferi.
(2) Consejeros y grandes dignatarios de palacio.
(3) Equivalentes á nuestros gobernadores de provincia.

Zahara donde no dejaban penetrar á nadie, rodeándole de mujeres y de esclavos jóvenes, que le tenian constantemente entretenido.

—Buen modo de reservarse el poder completamente para sí.

—No se le puede negar á Mohamed que poseia grandes dotes y de ellas comenzó á dar muestra desde sus primeros actos (1).

—Suerte tuvieron los musulmanes de que á la muerte de ese Alhakem, que dice V. fue un gran califa, encontrasen ya que no un sucesor legítimo digno de él, un regente que mantuviera la nacion en el grado de prosperidad en que la dejara.

—Desde luego Mohamed comprendió que para los planes que habia concebido érale necesario el afecto y la proteccion del emir fatimita de África; celebró con él un tratado de amistad, y seguro por esta parte, contando con el apoyo de la sultana y el del pueblo, circuló las órdenes convenientes á los walíes de las provincias y dió principio á sus campañas contra los cristianos.

El plan de estas consistia en hacer dos entradas al año por las tierras que estos ocupaban, cambiando en cada una el lugar por donde las hacia á fin de cogerlos desprevenidos.

—Buen plan.

—Y que le dió maravillosos resultados. Unan Vds. á esto su esplendidez, su buen trato para con los cristianos á pesar de lo que les aborrecia y comprenderán el prestigio que llegaria á alcanzar. Segun algunas crónicas arábigas que he tenido ocasion de leer, bajo sus banderas militaban muchos soldados cristianos atraidos, tanto por su afabilidad, cuanto por su fama, y cuando en el campamento ocurria algun tumulto, antes que castigar á uno de aquellos, hacíalo con los musulmanes (2).

—Ó yo estoy trascordado — dijo Azara — ó me parece haber leido que ese general guardaba el polvo que recogia en los campos de batalla.

—Vaya una rareza — repuso Sacanell.

—Así era,—contestó D. Cleto.—El polvo que recogian sus vestidos durante la batalla, apenas entraba en su tienda guardábase cuidadosamente en una caja que al efecto llevaba.

—¿Para qué hacia eso?

—Para que le enterraran con aquel mismo polvo el dia que falleciera.

—¿Y por qué tomó el dictado de Almanzor?

—A consecuencia de sus primeras victorias sobre los cristianos. Llamósele *Al Man-*

(1) Hé aquí en qué términos se expresa respecto al personaje que nos ocupa, el distinguido orientalista Mr. Dozy en su obra *Investigaciones sobre la historia política y literaria de España en la Edad media:*

«Un solo hombre llegó no solo á hacer importante al Califa su señor si no tambien á derribar los nobles de entonces, ya que no la nobleza. Este hombre que no retrocedia ante ninguna infamia, ante ningun crimen, ante ningun asesinato, con tal de arribar al objeto de su ambicion; este hombre profundo político y el mas grande general de su tiempo, ídolo del ejército y del pueblo, á quien la fortuna favorecia en todas las ocasiones; este hombre era el terrible primer ministro, el hagib de Hixem II, era Almanzor. Trabajando únicamente por afianzar su propio poder, se contentó con asesinar sucesivamente los jefes poderosos y ambiciosos de la raza noble que le hacian sombra; pero no trató de destruir la aristocracia misma. Léjos de confiscar los bienes y tierras que esta poseia, era al contrario el amigo de aquellos patricios que no le inspiraban temor.» (Lafuente, *Historia general de España*, P. II, lib. I).

(2) El monje de Silos dice que «lo que sirvió mucho á Almanzor fue su liberalidad y sus larguezas, por cuyo medio supo atraerse gran número de soldados cristianos.» (Mon. Silens., Chrom., n. 70).

sur que equivale á Victorioso, y por corruptela le conocemos bajo el nombre de Almanzor.

—De modo que los cristianos que todavía estarian en el primer período cási de su restauracion encontraríanse con un enemigo formidable.

—Ya lo creo, sus periódicas expediciones fueron todas seguidas de un éxito felicísimo y especialmente Castilla y Leon fueron los puntos que mas hubieron de sufrir.

—¿Hizo muchas expediciones de esta especie?

—Por espacio de veinte y cinco años no dejó una primavera y un otoño de hacer sus entradas en las tierras cristianas.

—Segun eso sostendria por lo menos cincuenta batallas.

—Y obtuvo cincuenta victorias. Sí señores, infatigable siempre y consecuente con el plan que se trazara, plan que á ser seguido fielmente por sus sucesores pudiera haber sido muy funesto para los cristianos, batiales sin cesar, arrasábales sus mejores ciudades como sucedió con Leon y Santiago regresando á Córdoba cargado de botin y llevando siempre un número considerable de esclavos.

—De modo que era un gran guerrero.

—Y un gran político y un protector decidido de las ciencias y las artes. Reuníanse en su palacio de Córdoba los hombres mas sábios de su tiempo á los cuales honraba y trataba con gran consideracion, premiándoles con una liberalidad extraordinaria. Fundó una especie de universidad en la cual enseñaban los hombres mas distinguidos, no desdeñándose él mismo de asistir á ella muchas veces, tomando asiento entre los alumnos.

—Apenas puede concebirse semejante amalgama entre el hombre de saber y el guerrero.

—Es que esa amalgama tan especial la encuentran Vds. en todo el pueblo árabe generalmente. Lo mismo sus califas que sus siervos mas humildes eran tan á propósito para empuñar el alfange como para manejar la pluma; peleaban en los campos de batalla lo mismo que sostenian polémicas en las academias y lo mismo soportaban las fatigas y las privaciones de la guerra que elevaban esos monumentos maravillosos que todavía admiramos, desparramados por toda nuestra península, pero mas especialmente en Andalucía.

—Verdaderámente que es extraño eso.

—Almanzor no es mas que la personificacion de su pueblo. Tornaba de sus campañas para ocuparse de la política, de la administracion y de las ciencias y artes de su nacion, y mientras tanto hacia los preparativos para la próxima correría que habia de hacer en el otoño ó la primavera inmediata.

—¿Y qué accion fue la que tuvo lugar en estos campos? — preguntó Sacanell.

—La postrera que sostuvo tan esclarecido guerrero. Lo mismo Castilla que Leon, Cataluña que Navarra, habian sufrido las repetidas talas del infiel y cuando vieron que en el año 1002 hacian los musulmanes mayores aprestos que hasta entonces hicieran, lo que daba á entender que una mas séria expedicion que las anteriores proyectaban, temerosos cada uno de por sí de ser el blanco de tan fuerte ataque, deponiendo

animosidades y rencillas, aliáronse leoneses, navarros y castellanos para resistir juntos al formidable enemigo.

—¿Quiénes eran los monarcas de estos reinos?

—En Leon reinaba un hijo de Bermudo el Gotoso llamado Alfonso que era el quinto de su nombre, niño de cinco años á la sazon y el cual estaba bajo la tutela del conde Menendo Gonzalez. De Castilla era el conde Sancho Garcés, nieto de Fernan Gonzalez, y en Navarra reinaba otro Sancho Garcés el Mayor. Los tres estaban unidos por los vínculos del parentesco, lo cual no implicaba empero, para que mútuamente se hicieran la guerra cuando mejor les convenia.

—Deplorables disensiones de que se aprovecharian perfectamente los infieles.

—Ya lo creo, como que merced á ellas se retrasó en muchos años la completa restauracion cristiana. La inminencia del peligro, como iba diciendo, obligó á los tres soberanos á aliarse, reuniéndose sus huestes hácia las fuentes del Duero á corta distancia de Soria.

Almanzor no se amilanó con la noticia de semejante alianza.

Los dos cuerpos de ejército compuestos, el uno de musulmanes españoles y el otro de africanos, caminaron por las márgenes del Duero hasta que llegaron á este sitio.

—Magnífica posicion les ofrecia.

—Desde luego, pero los cristianos se les habian anticipado y todas las alturas de Kalat-al-Nosor estaban ocupadas por las tres huestes confederadas.

—Irian en ellas sus monarcas respectivos.

—Las de Leon iban mandadas por el conde Menendo, en representacion del niño rey Alfonso V; las de Navarra por su Rey, y las de Castilla por el conde Sancho Garcés.

Sorprendidos se quedaron los árabes cuando alcanzaron á ver la considerable extension que ocupaba el campo cristiano.

Inquietos pasaron la noche, al decir de los historiadores árabes, como si presintieran la suerte que les aguardaba.

Apenas amaneció el siguiente dia, dieron la señal de ataque las trompetas y tambores árabes, y bien pronto cristianos y agarenos confundiéronse en encarnizada lucha.

¡Terribles horas las de aquel dia!

Los cristianos peleaban con el furor de la desesperacion. Comprendian que de aquella jornada dependia tal vez la suerte de su patria y vendian harto cara la existencia.

No era menor tampoco la saña y el furor de los infieles.

Los Reyes cristianos se hallaban en lo mas récio de la pelea.

En el mismo sitio veíase tambien á Almanzor que por la primera vez durante sus dilatadas campañas tropezaba con una resistencia á que no estaba acostumbrado.

Tal era el polvo que levantaban los innumerables combatientes, que llegaron á cubrir la luz del sol, haciéndose de noche antes de tiempo, segun dicen los mismos historiadores musulmanes.

Esto les obligó á suspender el combate sin que ninguno de los dos adversarios hubiera retrocedido.

Sin embargo, el caudillo musulman habia recibido una porcion de heridas.

Mientras le hacian la primera curacion en su tienda, dijo á los que le rodeaban que donde se hallaban sus mas valientes caudillos que nò se presentaban á su vista, á lo cual hubieron de contestarle que unos habian muerto y otros se hallaban gravemente heridos.

Esto le hizo comprender lo desesperado de la situacion de su ejército pues él herido y faltándole sus jefes de mayor confianza no era prudente permanecer en aquel sitio exponiéndose á una derrota segura.

En su consecuencia dió órden para levantar el campo, y efectivamente, antes de amanecer pusiéronse en marcha y repasando el Duero abandonaron á los cristianos el laurel de la victoria.

Era la primera vez que Almanzor huia ante el enemigo y el dolor que esto le causaba, la fatiga consiguiente á aquella marcha precipitada en lo mas rigoroso de la canícula, agravaron sus heridas de tal modo, que se vió obligado á descender del caballo siendo conducido en brazos de sus soldados hasta cerca de Medina Celim ó sea Medinaceli donde irémos mañana.

En este sitio se reunió á él su hijo Abdelmelik el cual tomó el mando del ejército y recogió el último suspiro de su padre.

—¿Con qué murió Almanzor?

—Sí señores. Indudablemente el bochorno de verse vencido, él que en cincuenta batallas se viera vencedor, debió influir de tal modo en su espíritu, que mas todavía que las heridas, debió contribuir aquel pesar para su muerte.

—¿Y en qué año dijo V. que tuvo lugar ese hecho?

—En 1002 y la muerte del valeroso caudillo musulman en 9 de agosto del mismo año (1).

—Gran pérdida seria para el Califa, —obsrvó Azara.

—Fue la señal de la disolucion del califato. Despues de su muerte, sin freno alguno que contuviera las ambiciones de los nobles muslimes, sin califas enérgicos y entendidos como los Abderrhaman y los Alhakem fue desmoronándose poco á poco hasta desaparecer por completo.

—¿Y el cuerpo de Almanzor fue depositado en Medinaceli ó transportado á Córdoba?

—Se enterró en Medinaceli cubriéndole con el polvo recogido en las cincuenta batallas poniéndose sobre su tumba escogidos epitafios (2).

(1) Tres dias por andar de la luna de Ramazan año 392 de la egira, segun la cuenta árabe.

(2) Hé aquí uno de estos epitafios que el orientalista Conde cita, traducido por su amigo D. Leandro Fernandez de Moratin:

No existe ya, pero quedó en el orbe
tanta memoria de sus altos hechos
que podrás, admirado, conocerle
cual si le vieras hoy, presente y vivo:
Tal fue, que nunca en sucesion eterna
darán los siglos adalid segundo,
que asi, venciendo en guerras, el imperio
del pueblo de Ismael acrezca y guarde.

Con la batalla de Calatañazor á la par que los musulmanes sufrieron una gran pérdida, reanimóse en gran manera el espíritu de los cristianos prestándoles aliento para acometer nuevas empresas.

XXXIV.

Camino de Medinaceli.

Terminado su relato histórico, D. Cleto tomó algunos momentos de reposo, mientras los cuatro amigos cambiaban algunas frases y hacian comentarios sobre lo que acababan de escuchar.

Próximos ya á Almazan dijo el anciano:

—Se me olvidaba decir á Vds. respecto á Calatañazor que en la parte religiosa, la cual omití cuando visitamos su iglesia, es arciprestazgo dependiente de la diócesis de Osma.

—Perfectamente D. Cleto—repuso Pravia—no se olvida V. de ningun detalle.

—Y mucho les estimaré que si algo dejo por referir, me lo pregunten Vds. porque no es fácil recordarlo todo.

—¿Qué tiempo permanecerémos ahora en Almazan?

—Solamente esta noche. Mañana á primera hora partirémos para Medinaceli.

—¿Está muy léjos?

—Unas doce leguas.

—¡Cáspita! supongo que no harémos la jornada en un dia á no ser que haya diligencia.

—No señores. Tardarémos dos y aun así llegarémos bastante molidos porque el camino es fatal. Ahora si Vds. quieren que vayamos á Soria allí podrémos tomar la diligencia.

—¡Ca! no señor, por nuestra parte no hay inconveniente alguno en hacer el viaje á caballo. Ya nos vamos acostumbrando á la fatiga.

—Como Vds. quieran.

Efectivamente al inmediato dia provistos ya de cuanto les era indispensable para las dos jornadas que habian de hacer emprendieron su marcha en las primeras horas de la mañana.

Áspero y quebrado el terreno avanzaban lentamente admirando las pintorescas perspectivas que por doquiera se les ofrecian á la vista.

—¿Qué tal poblacion es Medinaceli?—preguntó Pravia á D. Cleto en uno de aquellos momentos en que parecian haberse agotado todos los chistes con que trataban de amenizar el camino.

—Bastante regular.

—¿Es tambien cabeza de partido?

—Es el quinto de los en que se halla dividida la provincia, segun les dije al ocuparnos de este asunto en Soria.

—¿A qué categoría pertenece el juzgado?

—Es de entrada y bastante extenso.

—¿Ofrécele mucho trabajo el carácter de los habitantes y sus costumbres?

—No señor. El carácter general de los indivíduos de todo el partido es bueno. Rara vez se oye hablar de uno de esos crímenes tan frecuentes, por desgracia en otros.

—¿Qué situacion tiene?

—Hállase á la parte S. de la provincia y sus límites son, por el N. el partido judicial de Almazan, por el E. el de Ateca que ya pertenece á la provincia de Zaragoza, y por el S. y O. los de Molina, Sigüenza y Atienza que todos pertenecen á la de Guadalajara.

—Supongo que todo el terreno será tan quebrado como este, —dijo Sacanell.

—Generalmente, sí señor; hay algunos trozos menos accidentados pero son pocos.

—De modo que los montes constituirán una gran parte de su riqueza.

—Así ha sido y así tambien debia ser, pero aquí como en cási todos los puntos donde los hay, tenemos que deplorar la falta de cuidado en su repoblacion. Se hacen talas sin una direccion acertada y de aquí que se van limitando sin que nadie piense en el gran venero de utilidad que destruyen.

—¿Cruza algun rio importante el territorio?

—El único á quien tal nombre puede darse y que en esa categoría se halla, es el Jalon, que nace en Esteras. Tiene varios afluentes de menor importancia, que en mayor ó menor escala recorren y fertilizan el partido.

—¿Y no hay minas ni canteras en las sierras?

—En Velilla hay canteras de piedra que se emplea en la construccion y para ruedas de molino, siendo muy de notar, que tanto en este punto como en Barahona se han encontrado muy raras petrificaciones de hojas de árboles, mariscos, conchas y herizos marinos. Por todo el partido abundan las canteras de yeso, pero se elabora muy poco.

—De caminos, á juzgar por el que llevamos, cási todos serán de herradura.

—En su mayor parte. Atraviesa el partido la carretera de Madrid á Zaragoza y el ferro-carril tambien toca en algunos puntos; el camino real de Madrid á Soria tambien pasa por el partido y hay algunas otras carreteras de menor importancia.

—¿Y la produccion?

—El terreno es de mediana calidad y unido esto á la crudeza del clima no permite la produccion mas que de cereales, que son muy buenos y en varios pueblos, alguna fruta y legumbres. En cambio abundan los pastos con los que se cria mucho ganado así lanar como de cerda, existiendo tambien, aun cuando en menor escala, el vacuno, cabrío y mular. La caza es muy abundante y tanto en los rios como en las lagunas hay mucha pesca y ánades y otras aves acuáticas.

—Lógico es que con semejantes condiciones la industria sea mas bien la agrícola que cualquier otra.

—Sí señor, esa, y la recriacion de ganados; pero tambien tanto en Medinaceli como en algunos otros pueblos del mismo partido, hay varios telares de bayetas, paños ordinarios y lienzos, pero en pequeña escala y mas para el consumo, que para la exportacion.

—Poco comercio habrá por aquí.

—Escasísimo. Se reduce á la exportacion de lo sobrante en cereales, bayetas y ganados, y la importacion, á los artículos de que en el partido se carece.

—Pero en Medinaceli tanto por ser punto de cruce de las carreteras que nos ha indicado, como por ser estacion del ferro-carril habrá mas animacion y movimiento que en los puntos que ya hemos visto.

—Desde luego. Medinaceli, ya en otras épocas, cuando no se conocian las vías férreas, era poblacion que por aquellas razones tenia mas trato y estaba en otras condiciones sociales distintas de las de otros pueblos del interior. Hoy con ferro-carril ha aumentado, mejorando su estado en gran manera.

—¿Y qué tal posicion ocupa?

—Mala por cuanto está colocada en una eminencia y tiene pendientes bastante molestas; además es fria como un diablo y reinan generalmente unos vientos atroces, pero sana como ninguna; con decirles que aun en épocas de epidemia apenas se apercibieron los vecinos, de ella, creo que les hago el elogio mas cumplido de su clima.

—Desde luego.

—¿Qué poblacion tiene?

—Unas mil setecientas almas.

De este modo unas veces haciendo preguntas á D. Cleto sobre lo que iban á ver y otras comentando lo que ya habian visto, fueron entreteniendo el camino hasta que al dia siguiente llegaron á la poblacion, término de su viaje por entonces.

XXXV.

Medinaceli.—Su aspecto interior y exterior.

Nuestros viajeros encontraron en la villa en que acababan de pernoctar, cuanto podian apetecer dado el cansancio y la fatiga, que les abrumaba.

Una buena fonda, cómodas habitaciones, lechos blandos y limpios y comida abundante y bien condimentada, restauraron sus fuerzas, y al dia siguiente pudieron dedicarse á dar una vuelta por la villa.

Lo que habia dicho D. Cleto respecto á la posicion de Medinaceli era la pura verdad.

Colocada sobre la planicie de un cerro, algunas de sus calles son bastante pendientes.

En lo antiguo fue poblacion murada, mas en el dia solo quedan restos de sus murallas que lentamente se van desmoronando.

El caserío en lo general no demuestra en lo exterior las comodidades y desahogo que en su interior reina.

Hay varias plazas y plazuelas, siendo la principal la de la Constitucion, donde están las Casas consistoriales y el palacio de los duques de Medinaceli que es un robusto y destartalado caseron de piedra y ladrillo, de un solo piso con una hilera de balcones en su fachada, que ocupa cási todo un costado de la plaza.

Nada de notable encierra, siendo lo mejor, la capilla que está consagrada.

En lo general las calles están bastante limpias, advirtiéndose lo que D. Cleto habia ya indicado á sus amigos, el mayor movimiento y animacion que en la poblacion reinaba comparándole con el de las que habian recorrido en la misma provincia.

Perfectamente abastecida de aguas, son exquisitas las que brotan de las fuentes que tanto en el interior de la villa, como fuera de ella existen.

Hay varias escuelas de ambos sexos costeadas, unas por el Municipio y otras particulares, las que tienen una regular asistencia.

El ramo de Beneficencia tiene su representacion en un hospital donde se facilita la asistencia á los pobres enfermos y un departamento para acoger á los transeuntes menesterosos.

Dos conventos de monjas hay en la villa uno de Franciscas y otro de Jerónimas.

En el de estas, se veneran las reliquias de los santos Arcadio, Probo, Pascasio, Eutiquiano y Paulino, las cuales se conservan en una urna de madera y concha.

La iglesia parroquial bajo la advocacion de Santa María la Mayor, erigida en colegiata en 1576, es un gran edificio de una sola nave con varias capillas en los costados.

Separada del resto de la iglesia se halla la principal, por una verja de hierro, lo mismo que el coro, que está al mismo nivel del templo.

La sillería de nogal, con dos órdenes de asientos, está bastante bien trabajada.

Robusta la torre sin que su arquitectura tenga nada de notable, participa del carácter de la mayor parte de los edificios que datan de la Edad media, es decir que puede servir tanto para el objeto á que está destinada cuanto para la fortificacion.

Y en prueba de ello, que durante la guerra civil, de igual manera que otras muchas, sirvió de fuerte.

Desde el monasterio de Santa María de Huerta, del cual nos ocuparémos mas detenidamente, trasladáronse al templo que nos ocupa varios de los restos mortales de distintos personajes de la familia de los La Cerda que llevaban el título de Duques de la mencionada poblacion.

Poco pudieron detenerse nuestros viajeros estudiando las construcciones antiguas de la villa puesto que solo se conservan algunas ruinas tanto de sus murallas cuanto del castillo, bajo cuyo amparo debia desarrollarse en su primitiva época.

Despues de visitado el palacio de los Duques, despues de conocida la iglesia parroquial, y héchose cargo de las Casas consistoriales ó sean los tres puntos mas principales de la cabeza de partido, recorrieron la poblacion viendo distintas tiendas tanto de artículos de primera necesidad, cuanto de algunos de puro lujo; pudieron hacerse cargo de la animacion, bienestar y desarrollo que á la villa ha reportado la via férrea y sin que nada pudiera ya detenerles en ella, preparáronse para abandonarla.

—Conque D. Cleto – decia Azara á su buen guia —es decir, que ya nada tiene V. que mostrarnos en Medinaceli.

—Nada amigos mios, —repuso el anciano — réstame solo hacerles presente que la iglesia parroquial fue erigida en colegiata en 1576.

—Pues ¿qué servicio prestó para obtener semejante concesion?

—El que sus patronos que eran los Duques, cuyo título lleva la villa, quisieron engrandecerla, elevando su iglesia á semejante categoría.

—Supongo—dijo Pravia—que la produccion aquí en Medinaceli, estará en el mismo caso que la general del partido, segun nos hizo V. ya presente.

—Sí señores, abundan los cereales que son de calidad muy superior, las hortalizas, y sobre todo riquísimos y abundantes pastos, con los cuales se mantiene considerable número de cabezas de ganado de distintas clases.

—Buenas leñas debe haber, porque á juzgar por lo poblados que hemos visto algunos montes debe ser abundante.

—Sin embargo la falta de buena direccion en los cortes, las talas hechas muchas veces por los vecinos de alguna localidad, y la incuria y el abandono con que generalmente en España se mira un ramo tan importante, como ya nos hemos ocupado varias veces, ponen á los montes de Medinaceli en un caso muy parecido á otros que ya hemos visitado. Hay leñas de combustible, de carboneo, y sobre todo gran variedad y riqueza en las plantas aromáticas.

—Lo que segun me ha parecido no se encuentra tan mal en este punto relativamente á otros, es la industria.

—En el mismo caso que toda la provincia; hubo un tiempo en que la explotacion de sus lanas preocupó la atencion de los naturales. Hoy existen las industrias mas indispensables y varios telares, que surten de paños ordinarios y bayetas á varios pueblos limítrofes.

—Pero el comercio...

—El comercio ha ganado bastante, porque desengáñense Vds. que las vias férreas facilitan de una manera eficaz y poderosa las transacciones y los adelantos de una localidad.

—Desde luego.

—Solamente que para que este adelanto no se localizase por decirlo así, sino que se extendiera á otras poblaciones era necesario principiar por hacer caminos vecinales.

—Tiene V. razon—D. Cleto—y precisamente nosotros podemos dar buena cuenta de eso porque hemos tenido ocasion de tocarlos mas de cerca como V. sabe.

—Sí tal, en unos puntos por lo escabroso y áspero del terreno, y en otros por la incuria de las Diputaciones provinciales, de los mismos pueblos y de los Gobiernos, el resultado es que las comunicaciones son lentas, difíciles y trabajosas, y esas vias férreas no tienen el alimento que pudieran, dadas las condiciones especiales de nuestro suelo en general.

Largo tiempo llevároнse nuestros amigos lamentándose de lo mismo que tantas veces les hemos escuchado, hasta que de repente—dijo Azara:

—Pero señores, el caso es que hablando así nos olvidamos del asunto principal.

—Cómo.

—Que todavía ignoramos la parte histórica de Medinaceli.

—Tiene V. razon —repuso D. Cleto — cortos serán los detalles, pero de cualquier manera que sean, necesario es que se los facilite.

—Como que nuestro viaje seria incompleto si pocas ó muchas, tal como nos sea posible investigarlas, no diésemos cuántas noticias podamos.

—Antes de concluir lo referente al estado actual de la poblacion, debo decirles que cada ocho dias celébrase en Medinaceli un mercado bastante concurrido, en el cual se verifican muy buenas transacciones.

—¿Y ferias tiene alguna?

—Propiamente dicho no tiene mas que una, mas en agosto y noviembre, se celebran las festividades de los Santos cuyas reliquias les he dicho se conservan en el convento de las Jerónimas, y con este motivo hay una gran afluencia de forasteros y los mercados están extremadamente concurridos.

—Perfectamente queda satisfecha nuestra curiosidad en todo lo que se refiere al Medinaceli del dia, sepamos ahora lo que era el de ayer.

—Voy á complacer á Vds.

Y D. Cleto dispúsose á referir á sus compañeros el pasado de la poblacion que visitaba.

XXXVI.

Recuerdos históricos de Medinaceli.

—Algunos ha habido—dijo D. Cleto—dando principio á su narracion que han creido hallar en Medinaceli la ciudad celtíbera conocida bajo la denominacion de *Mediolani*, pero todas las probabilidades y las mas autorizadas opiniones creen que la *Oscilis* nombrada repetidas veces en la Historia Hispano-Romana, dió orígen á la *Medinat-Oscilis* de los árabes y por corruptela á nuestra Medinaceli actual.

Segun Apiano, *Oscilis* era el depósito que el cónsul Fulvio Novilio tenia para sus granos y sus tesoros, y en el año 153 antes de Jesucristo rindióse la poblacion á los celtíberos, creyendo abatido el poder de Roma, pero al año siguiente el cónsul Marco Claudio Marcelo la sitió, mostrándose con ella despues de obtener su posesion por medio de la fuerza, sobradamente benigno, puesto que no castigó cual debia esperarse su anterior desercion.

La invasion bárbara quizás se estrellaria ante su robusto pedestal de granito, ó tal vez la devastaria como sucedió con otras muchas, pero lo cierto es que no volvemos á encontrarla hasta el año 712 en que Tarick, hizo tremolar sobre sus muros el estandarte musulman.

Ya hemos dicho en otro lugar que en este punto fue donde el famoso *Hagib de Hixem II*, el célebre Almanzor, rindió el último aliento despues de la famosa batalla de Calatañazor.

Alfonso VI, el un tiempo desterrado rey de Leon y mas tarde rey de Leon y de Castilla, se apoderó de la villa en 1083, pero permaneció muy poco tiempo en su poder, cayendo en el del Emir de Zaragoza.

Alfonso I de Aragon, el famoso *Batallador*, esposo de D.ª Urraca de Castilla, la ar-

rebató finalmente al infiel, repoblándola y fortificándola, sin que desde entonces saliese del poder de los cristianos.

D. Enrique II el de las *Mercedes*, para premiar los servicios de Bernardo, hijo bastardo del conde de Foix casado con D.ª Isabel de La Cerda, le hizo donacion de la villa con todas sus dependencias erigiéndola en condado, hasta que los Reyes Católicos la hicieron ducado, perteneciente siempre á la indicada familia de los La Cerdas (1).

Pocos hechos notables tuvieron lugar en Medinaceli, con posterioridad á esta fecha.

(1) Hé aquí la nota de los poseedores de Medinaceli:

Bernardo, hijo bastardo de Gaston, Conde de Foix, casó con D.ª Isabel de La Cerda, viuda de D. Ruy Perez Ponce, á quienes el rey D. Enrique II hizo merced del estado de Medinaceli con título de condado, y de este matrimonio nació:

D. Gaston de La Cerda Foix y Bearne, segundo cónde de Medinaceli; casó con D.ª Menc'a de Mendoza, hija de D. Pedro Gonzalez de Mendoza y de su mujer D.ª Aldonza de Ayala, y de esta union nació D. Luis de La Cerda, tercer conde de Medinaceli, el cual casó con D.ª Juana Sarmiento, hija de Perez Sarmiento, adelantado mayor de Galicia, y de este matrimonio nació

D. Gaston de La Cerda, cuarto conde de Medinaceli, el cual casó con D.ª Leonor de Mendoza y la Vega, señora de Cogolludo, hija de D. Iñigo Lopez de Mendoza, primer marqués de Santillana y de su mujer D.ª Catalina de Figueroa, y de esta union nació

D. Luis de La Cerda, quinto conde de Medinaceli, que pretendió la corona de Navarra, y los Reyes Católicos le crearon primer duque de Medinaceli, quien casó con D.ª Catalina Vigue de Orejon, natural del Puerto de Santa Maria, de quien tuvo á D. Juan de La Cerda, segundo duque de Medinaceli, el cual caso con D.ª Isabel de Silva, hija de D. Juan de Silva, tercer conde de Cifuentes, y de D.ª Catalina de Toledo, y de este matrimonio nacieron:

D. Luis, D. Gaston y D. Juan de La Cerda. D. Luis se tituló primer marqués de Cogolludo, y murió antes que su padre. D. Gaston fue segundo marqués de Cogolludo, y despues tercer duque de Medinaceli; pero no llegó á tener sucesion. D. Juan de La Cerda fue quien por muerte de sus hermanos, se intituló cuarto duque de Medinaceli, marqués de Cogolludo y conde del Puerto de Santa Maria, casó con D.ª Juana Manuel hija de D. Sancho de Noroña, conde de Haro y Mira y de su mujer D.ª Ángela Fabra y Centellas; de cuya union fueron hijos D. Juan y D. Sancho de La Cerda.

D. Juan de La Cerda fue quinto duque de Medinaceli, marqués de Cogolludo, conde del Puerto de Santa Maria y caballero del Toison de oro; casó con D.ª Isabel de Aragon, hija de D. Antonio de Aragon, segundo duque de Montalvo y de su mujer D.ª Antonia de Cárdena; de esta union nació

D. Juan Luis de La Cerda sexto duque de Medinaceli, el cual casó de segundo matrimonio con D.ª Antonia de Toledo, hija de D. Gomez Dávila, segundo marqués de Celada, y de su mujer D.ª Ana de Toledo, y de la referida union nacio

D. Juan Luis ó D. Antonio Juan Luis de La Cerda, sexto duque de Medinaceli, el cual casó con D.ª Ana Maria de Luiza Henriquez de Rivera, quinta duquesa de Alcalá, condesa de los Molares, marquesa de Tarifa, hija de D. Pedro Henriquez de Rivera, marqués de Alcalá y de su mujer D.ª Antonia de Portocarrero, y del expresado matrimonio nacieron

D. Juan Francisco y D. Tomás de La Cerda. D. Juan Francisco de La Cerda fue octavo duque de Medinaceli, y señor de otros muchos estados, casó con D.ª Catalina Antonia de Aragon, hija y heredera de D. Luis de Córdoba, tercer marqués de Comares, duque de Segorbe y de Cardona, y de su mujer D.ª Maria de Sandoval y Rojas, tercera duquesa de Lerma, marquesa de Denia, de cuya union nacieron

D. Luis Francisco y D.ª Feliche de La Cerda. D. Luis Francisco de La Cerda, Aragon, Córdoba y Cardona, fue noveno duque de Medinaceli, de Alcalá, Segorbe y Cardona, y otros muchos estados que heredó de sus padres; casó con D.ª Maria de las Nieves, Giron y Sandoval, hija de D. Gaspar Tellez Giron, quinto duque de Osuna y de su mujer D.ª Feliche de Sandoval, tercera duquesa de Uceda, y no habiendo tenido sucesion pasó este ducado en 1711 á su sobrino

D. Nicolas Maria Fernandez de Córdoba, Aguilar, Figueroa, La Cerda y Aragon: fue décimo duque de Medinaceli, casó con su prima D.ª Jerónima Espinosa de La Cerda, hija de D. Felipe Antonio Espinosa y de su mujer D.ª Isabel Maria de La Cerda y Aragon, y de esta union nacieron

D. Luis Antonio y D. Juan de Mata. D. Luis Antonio Fernandez de Córdoba y Aguilar, undécimo duque de Medinaceli, casó con D.ª Teresa de Moncada y Benavides, hija de D. Guillen Ramon de Moncada, marqués de Aitona y señor de otros muchos estados, y de su mujer D.ª Ana Maria de Benavides, y de esta union nacieron

D. Pedro de Alcántara, D. Cayetano y D.ª Maria del Rosario Fernandez de Córdoba, etc. D. Pedro de Alcántara Fernandez de Córdoba, Figueroa, La Cerda y Moncada, fue duodécimo duque de Medinaceli, casó con D.ª Francisca Javiera Gonzaga, hija de los duques de Solferino, y de esta union quedaron tres hijos, siendo el primogénito D. Luis, D. Domingo el segundo y D.ª Maria Petronila.

D. Luis Maria Fernandez de Córodba, décimotercio duque de Medinaceli, casó con D.ª Joaquina Benavides y Pacheco, duquesa de Santiestevan, marquesa de Solera y otros títulos, hija de los duques de Santiestevan, y de esta union nació

D. Luis Joaquin Fernandez de Córdoba y Benavides, que fue el décimo cuarto duque de Medinaceli y de Santiestevan, casó con D.ª Maria de la Concepcion, Ponce de Leon, hija de los señores duques de Montemar, siendo de sus hijos el primogénito D. Luis Tomás Fernandez de Córdoba Ponce de Leon.

Antes, lo enriscado de su posicion infundia tanto respeto á sus enemigos que á excepcion del cerco que en 1359 la puso el rey D. Pedro de Aragon, sin que á pesar de su empeño pudiera conseguir tomarla, nadie fue osado á llegar al pié de sus muros en son de guerra. Despues como las circunstancias políticas cambiaron de una manera tan radical desde los católicos Reyes, Medinaceli lo mismo que otras muchas villas importantes no se vió ya expuesta á las ambiciones de un noble mas ó menos audaz que únicamente en virtud del derecho del mas fuerte tratase de obtener su posesion.

La guerra de sucesion pasó por delante de ella sin hacerla jugar ningun papel de importancia.

El santo grito de independencia lanzado por la nacion en 1808 resonó tambien dentro de sus muros, mas ningun hecho notable registra su historia, respecto á tanazarosos dias

Dió su contingente de sangre, como chicos ó grandes de mayor ó menor importancia diéronlos todos los pueblos de España, pero ni en sus campos ni en la poblacion libróse ninguna batalla que pudiera influir en la suerte de ambos beligerantes.

Desde aquella época sufrió la suerte general de la nacion en las distintas vicisitudes que se siguieron á la vuelta de Fernando VII, hasta que durante la guerra civil, Cabrera al frente de nuevecientos caballos y cuatrocientos infantes, penetró en la villa á fines del año 1836, prometiendo acompañar al Obispo de Pamplona que por desafecto á la causa de la Reina, se hallaba confinado en dicho punto, hasta el cuartel general de D. Cárlos.

Con este acontecimiento terminan los recuerdos históricos de la villa que nuestros viajeros estaban visitando.

D. Cleto al terminar su relato anuncióles que al dia siguiente se dirigirian á Santa María de Huerta, al objeto de visitar el magnífico monasterio, que se va arruinando lentamente en dicha poblacion.

XXXVII.

Santa María de Huerta

Cinco leguas separan al pueblo que nos ocupa, de la cabeza del partido.

De escasa importancia, no merece que el viajero se detenga en él mas que para contemplar el magnífico edificio, monasterio que fue de monjas Bernardas, deplorando el indiferentismo con que se deja arruinarse lentamente tan robusta y elegante fábrica.

La poblacion se halla situada á la márgen derecha del rio Jalon : el terreno es llano y de buena calidad siendo su principal produccion los cereales.

En su término va comprendido un monte poblado de encina, chaparro y roble, y varios prados naturales y artificiales con buenos pastos, lo que permite el sostenimiento de buen número de ganado.

La instruccion pública está representada por una escuela costeada por los fondos municipales, la cual obtiene una regular asistencia.

La industria está reducida á lo mas indispensable y el comercio á la exportacion de los granos sobrantes y los ganados, y la importacion á aquellos artículos de que se carece en la localidad.

Fácil es de comprender que bien pronto adquiririan nuestros amigos los datos que

acabamos de exponer dando principio inmediatamente á la visita artística del monumento que hemos indicado.

Al regresar D. Alfonso VIII de Castilla de la conquista de Cuenca puso la primera piedra para la construccion del indicado monasterio, cuya fundacion se debe á Fr. Martin de Finojosa que fue el primer abad de él, y mas tarde obispo de Sigüenza.

Su arquitectura en general pertenece al órden árabe-germánico, con bastantes detalles de la escuela bizantina.

Una cerca ó murallon con cubos de sillería en los ángulos le rodea, facilitando su entrada un magnífico arco de tres cuerpos.

El patio que tras él se encuentra pertenece al género toscano, constituyéndole dos órdenes de claustros, de los cuales, el de la planta baja, facilita el acceso á todo el monasterio, y el de la superior, comunicaba con las celdas que se hallaban en aquella parte, habiéndose arruinado unas y otro á consecuencia de un incendio ocurrido en 1858.

De paso sirve el patio que nos ocupa, á otro mas extenso, el cual participa ya del carácter general que segun indicamos, se destaca en todo el edificio.

Del mismo modo que el anterior, hállase formado por dos séries de claustros que facilitan la comunicacion con la iglesia, refectorio, cocinas y escalera principal.

Las bóvedas que sostienen el piso superior, son bastante caprichosas, así como tambien los capiteles de las columnas que sostienen las dos arcadas.

En el claustro alto percibense algunos, aun cuando muy raros, restos del artesonado que debió ser muy delicado.

En una de las alas del claustro bajo, hay una série de sepulcros incrustados, en el mismo muro, los cuales contienen restos de varios personajes.

Este mismo claustro es el que sirve de comunicacion á la iglesia, la cual ofrece un golpe de vista severo y rico, sin esa profusion de detalles que en otros, desdice en nuestra opinion, del objeto á que semejantes construcciones están destinadas.

Tres naves de proporciones elevadas le constituyen, sostenidas por robustas pilastras.

Dos nichos hay abiertos en el muro, en los lados de la epístola y del evangelio, en los cuales se encuentran dos sepulcros exactamente iguales.

Consisten en una urna cineraria de mármol negro con adornos de bronce, de alto relieve, conteniendo, la de la parte de la epístola, las del fundador Fr. Martin de Finojosa, y la del evangelio, el del famoso arzobispo-historiador, D. Rodrigo Jimenez de Rada.

Y ya que á este sepulcro llegamos, permítasenos algunas, aun cuando cortas frases, dedicadas á tan eminente Prelado.

Indudablemente una de las grandes figuras del siglo XIII, es la del ilustre prelado toledano, que ejerció una influencia extraordinaria en los reinados de Alfonso VIII y de su nieto Fernando III.

Tan esforzado guerrero como pulcro é imparcial escritor; tan piadoso y justo como buen religioso, fue, como dice un escritor contemporáneo, «lustre de la Iglesia, de las letras y de las armas españolas.»

Vió la primera luz en Puente de Rada en Navarra, y sus primeros estudios los hizo en la famosa universidad de París.

Ocupó la silla de Osma y de tal modo resplandeció su saber y su piedad, que presto ocupó la de Toledo.

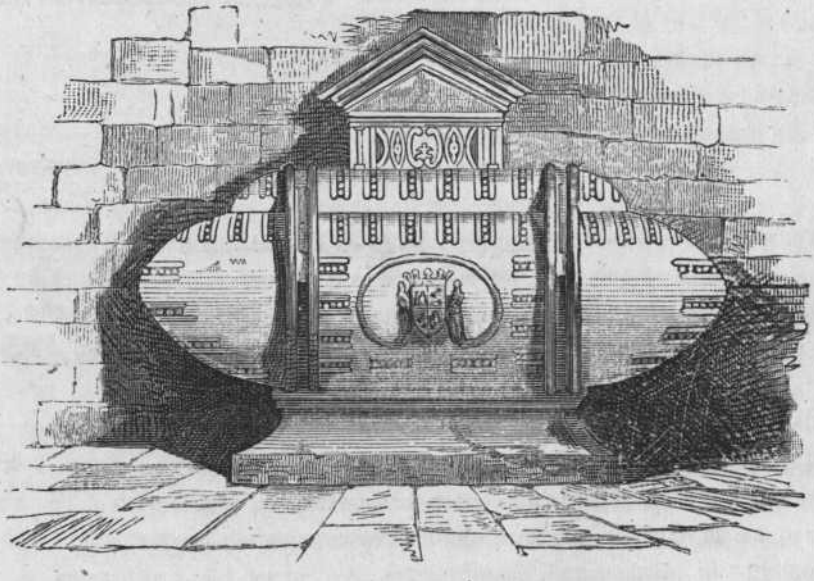
Él fue quien predicó la cruzada de las Navas de Tolosa en Francia, asistiendo á esta famosa batalla, llevando el estandarte de su iglesia.

En el cuarto concilio lateranense donde sostuvo la primacía de España contra los metropolitanos de Braga y Santiago, pronunció un discurso en latin, que al siguiente dia tradujo en cinco idiomas.

Era doctísimo, escribió el tratado de *Rebus in Hispania gestis*, y varias historias de los romanos, ostrogodos, hunos, suevos, vándalos y alanos, y de los árabes abrazando el período de 750 á 1130, y su crónica ha servido de gran luz á nuestros mas eruditos historiadores modernos.

Al regresar á España de vuelta del concilio de Lyon, falleció en 1247, siendo sepultado en el monasterio de Huerta, leyéndose en su sepulcro el siguiente epitafio escrito en mal latin:

«Mi madre es Navarra: Castilla mi nodriza: París mi escuela: Toledo mi domicilio: Huerta mi sepulcro: el cielo mi descanso (1).»



Sepulcro del arzobispo D. Rodrigo Gimenez de Lara.

En el altar mayor en los dos primeros lados que forman el polígono del presbiterio están los panteones de los duques de Medinaceli, pertenecientes al órden dórico.

En la sillería del coro campea el gusto de Berruguete, y los extremos de los dos brazos de la cruz que constituyen su planta con el uno la sacristía y el otro la capilla destinada al relicario.

Elíptica la planta del refectorio elévase su construccion de una manera tan atrevi-

(1) Lafuente, *Historia general de España*.

da que no puede menos de sorprender. Su bóveda se halla sostenida por delgadas y airosas columnas que entrelazándose unas con otras, forman caprichosos dibujos tan agradables á la vista como ricos de trabajo.

En uno de los muros vese abierta la escalera del púlpito, la cual es de bastante mérito, pues sus balaustres, formados por pequeñas columnas, sostienen airosos y bien combinados arquitos góticos.

Tal es en conjunto el famoso monasterio de Huerta que nuestros amigos estuvieron largo espacio admirando, deplorando su ruinoso estado y la incuria con que se mira la conservacion de un monumento tan digno de estimacion por varios conceptos.

Poco tiempo detuviéronse ya los viajeros en Santa María de Huerta, dirigiéndose hácia Medinaceli, desde cuyo punto iban á tomar el tren para penetrar en la provincia de Zaragoza.

CAPITULO VIII.

ZARAGOZA.

Partidos judiciales.—Historia eclesiástica, civil y política.—Sus monumentos.—Posicion geográfica y topográfica.—Condiciones especiales de su terreno.—Industria, agricultura y comercio.—Vias de comunicacion.—Canales.—Usos y costumbres.—Fiestas y diversiones.—Produccion.—Carácter especial de cada localidad.

I.

Ariza.—Cetina.

IMPACIENTES se hallaban ya nuestros viajeros y mucho mas Azara por penetrar en el antiguo reino de Aragon.

Término de su viaje por entonces habia de ser Zaragoza y todos deseaban ya tomar algun descanso despues de tantos y tan fatigosos dias.

Castro proponíase aprovechar algunos de los que hubieran de permanecer en la antigua corte de los Reyes de Aragon, para marchar á Guadalajara á pasar siquiera algunas horas al lado de María-Antonia, cuyo recuerdo cada dia mas vivo en su pensamiento le hacia desear con extraordinaria impaciencia, el término de aquel viaje, plazo señalado ya para su union.

Azara queria hacer en Aragon lo que D. Cleto hiciera con ellos en las provincias que habian recorrido, puesto que parientes y amigos tenia en muchas de sus poblaciones y al mismo tiempo deseaba tambien saludar á su familia.

Fácil es de comprender por lo tanto que todos escucharian con extraordinario placer, el silbido de la locomotora anunciando su partida de la estacion de Medinaceli.

La primera estacion en que hizo alto el tren, todavía pertenece á la provincia de Soria y al partido judicial cuya cabeza acababan de abandonar.

De escasa importancia la pequeña villa de Arcos de Medinaceli, no ofreció aliciente alguno á los viajeros para detenerse en ella.

Las ligeras noticias que D. Cleto les dió, fueron suficientes para dejar satisfecha su curiosidad.

Poco tiempo despues deteníase el tren en la estacion de Ariza.

—Perfectamente—exclamó Azara—ya estamos en mi país, ahora es cuando vais á saber lo que es bueno.

—Cómo ciega el amor de patria — exclamó Castro.

—Vamos á ver D. Cleto, sea V. franco, ¿no es cierto que en Aragon hay una pureza de costumbres, mas espontaneidad y mas franqueza en el trato, mas monumentos y mas recuerdos históricos que en cualquier otro punto?

—Amigo Azara—repuso el anciano—en Aragon sucede lo que en todas partes, no queramos hacer exclusivo patrimonio de una localidad determinada lo que á todas pertenece. La honradez, la lealtad, la franqueza, son de todas las localidades en mayor ó menor escala. En todas las provincias existe lo bueno y lo malo y para que sean justos con nosotros, es necesario que principiemos haciendo jnsticia á los demás. Recuerdos históricos, es cierto que en Aragon existen y de grande importancia, mas no debe V. perder de vista que recuerdos muy importantes tambien hemos encontrado en Guadalajara, en Cuenca y en Soria, en poblaciones de escasísima significacion hoy y de las cuales ninguno de Vds. tenia noticia. Reconozco la honradez y la franqueza de sus paisanos, pero tampoco me podrá V. negar que honradez y franqueza hemos hallado en muchos de los puntos que recorrimos, y así como yo les he demostrado los vicios y los males de que adolecen, no me niegue V. los vicios y los males que en Aragon existen. El mal y el bien es tan antiguo como el mundo, podrán haberse desarrollado en un sentido ó en otro, en la misma progresion que han aumentado las sociedades, así que en Aragon lo mismo que en el resto de España, que en el mundo todo, al lado de la honradez, codeándose con ella y á veces encubriéndose con ella misma, encuentra V. la falsedad, la astucia, la hipocresía y la maldad mas refinada.

—Muy bien dicho—exclamaron Pravia, Sacanell y Castro.

—Le concedo á V. todo eso—repuso Azara—pero yo lo que he querido decir es que Aragon está menos viciado que otras provincias de España.

—Tampoco puedo concedérselo á V., existirán localidades que por sus condiciones especiales, mas alejadas del trato social, podrán conservarse sin cierta clase de necesidades que en la mayor parte de las ocasiones suelen ser engendradoras de los vicios, pero á eso le contestaré, que en esas mismas provincias que hemos recorrido, pueblos hay cuya moralidad nada tiene que envidiar á la de Aragon, y cuyas costumbres tienen un carácter de sencillez tal, que no puede aventajarle el de las localidades de su país de V.

Azara estaba batido en toda la línea.

La lógica que encerraban las razones de D. Cleto, era de una especie que él no podia rebatir.

Sus compañeros á su vez sacaron partido de la tozudez ó terquedad tan peculiar

en los aragoneses, y en resúmen Azara vióse obligado á confesar que sus primeras frases habian sido un tanto ligeras y pronunciadas solamente en tono de broma.

Ariza no era todavía el punto en que debian detenerse los viajeros, puesto que su detencion debia verificarse en Alhama para donde tomaron los billetes.

Puesto de nuevo en marcha el tren Castro dijo:

—Pero señores, hablando de ese modo hemos salido ya de la estacion de Ariza sin saber qué clase de poblacion es esta.

—Dice V. muy bien—repuso D. Cleto—el amigo Azara nos dirá.

—¿Conoce V. la poblacion D. Cleto?—preguntó el aragonés.

—En general conozco toda España—como ya les he dicho, porque la he recorrido distintas veces y me he fijado hasta en el pueblo mas insignificante.

—Pues entonces ya que nos ha venido V. sirviendo de guia con tanta bondad por parte de V. como complacencia por la nuestra, continúe V. de la misma manera.

—Convenido, mas le suplico que en este punto puesto que V. le conoce tanto como yo, se sirva rectificarme, si acaso omito alguna particularidad.

—Convenido.

—Siendo así daré principio: Ariza es una villa con ayuntamiento en la provincia de Zaragoza, perteneciente al partido judicial de Ateca.

—Permítame V. D. Cleto—dijo Sacanell—está muy separada de los límites de Aragon y Castilla.

—Legua y media creo que es la distancia que existe. Como han podido Vds. juzgar, su cielo es despejado, está bien ventilada y goza por lo tanto de un clima benigno y saludable.

—Habrá mejorado indudablemente con la estacion del ferrocarril.

—Antes de esto ya Ariza servia de punto de parada á las diligencias de Madrid á Zaragoza y á los demás carruajes que facilitaban la comunicacion entre ambos puntos.

—Segun eso la carretera general pasaria por aquí.

—Sí señor, y esto la prestaba movimiento, animacion y trato.

—¿Y qué tal el caserío?

—En lo general, de construccion muy antigua, deteriorado y de aspecto desagradable, las calles son estrechas y tortuosas y á excepcion del palacio del marqués de Ariza y de la iglesia de Santa María, ningun otro edificio notable existe.

—Supongo que habrá escuela de instruccion primaria.

—Sí señor, y que obtiene una regular asistencia del mismo modo que la de niñas.

—Me ha parecido distinguir sobre la cima de un cerro, restos de la fortificacion.

—Ya lo creo, el antiguo castillo de Ariza es quizás una de las fortalezas de mas importancia durante la Edad media, y tan es así que su gobierno se confiaba siempre á los mas distinguidos caballeros. El tiempo, ese implacable enemigo de los hombres y de los edificios fue agrietando sus muros y desmoronando sus torreones. En la pasada guerra civil hiciéronse algunos reparos en él para que sirviera de fuerte, mas terminada aquella, volvió á reinar la soledad dentro de su recinto, y como conse-

cuencia inmediata, la ruina contenida por breves dias tornó despues del abandono.

—¿Qué poblácion tiene Ariza?

—Unas ochocientas almas próximamente.

—¿Y el terreno tiene buenas condiciones?

—Es duro aun cuando llano y muy seco, sin embargo produce algunos cereales, lino de calidad muy superior, vino y algunas hortalizas.

—Pertenece á su término el monte que me ha parecido distinguir allá á lo léjos— preguntó Pravia.

—Sí señor, y de muy buena cabida, poblado de arbolado alto y de mata baja, pero bastante descuidado; los ganados y las talas le causan daños de gran consideracion.

—Segun eso hay cria de ganado.

—Y en gran número.

—¿Qué rio es el que pasa cerca de la villa?

—El Jalon.

—La industria será escasa.

—Reducida á la elaboracion del lino, con algunos telares de lienzos ordinarios y los mas indispensables para las necesidades del vecindario. El comercio sigue la misma relacion de la industria; varias tiendas de artículos de primera necesidad, y algunas de quincallería ordinaria.

—Y no tiene mercado ó feria que pueda prestarle algun movimiento mercantil siquiera sea en determinados dias.

—En el mes de noviembre celebra una feria en la cual hay bastante concurrencia de ganados, verificándose en ella muy regulares transacciones. Con esto queda terminado todo cuanto puedo decirles respecto á la poblacion que acabamos de pasar.

—Me parece— observó Azara — que no nos ha dicho V. nada respecto á la iglesia de Santa María.

—Es verdad, hay dos iglesias de las cuales la que acaba de indicar Azara es la verdaderamente notable, puèsto que la de San Pedro que es la segunda, pequeña y de construccion mas moderna no encierra en sí nada que pueda llamar la atencion del viajero.

—Segun eso la de Santa María será muy antigua.

—Sí señor, es un magnífico edificio gótico, robusto y desahogado, constituido por tres naves sostenidas por gruesas y elevadas columnas; nueve altares y una capilla en la que se rinde culto al Cristo de la Agonía, hállanse entre aquellas, siendo bastante notable el órgano. La torre completamente cuadrada, elévase unas diez y siete varas sobre el tejado, conteniendo el reloj. Extramuros de la poblacion está el antiguo convento de San Francisco, obra de gran solidez con una torre elevadísima, la cual se utilizó tambien durante la guerra civil para que sirviera de fuerte.

—Y es antigua esta poblacion.

—Su orígen se pierde en la oscura noche de los tiempos. Algunos historiadores reducen á Ariza la antigua *Arcóbriga* que el itinerario de Antonino Pio coloca entre *Se-*

góntia y *Aquæbilbilinatorum*, pero yo la creo mucho mejor ser la *Complega* que menciona Tito Livio y Apiano (1).

Durante todo el período gótico no encontramos noticia alguna de Ariza hasta que en 1120 Alfonso I de Aragon la arrebató del poder de los moros, lo que prueba que estos se apoderarian de la que existiera en tiempos de los godos ó que agradándoles el lugar y la posicion, edificarian una nueva poblacion sobre las ruinas de la antigua Complega. Alfonso II la cedió al rey de Castilla en prenda, cuando celebró con este el tratado para hacer la guerra al señor de Albarracin, siéndole necesario despues amenazar al castellano con declararle la guerra, para recuperarla.

El rey D. Jaime I hizo merced de ella en 1234 á la reina D.ª Leonor, y en esta villa avistáronse en 1301 el rey D. Jaime II y los infantes D. Enrique y D. Juan ajustando la paz.

El rey D. Pedro I de Castilla al declarar la guerra al aragonés, se apoderó de la villa en 1361 sin que fuera bastante á detenerle ni el rigor de la estacion ni la defensa obstinada de sus habitantes.

De nuevo vió Ariza en 1429, nuevos ejércitos en son de guerra dispuestos.

Los reyes de Aragon y Navarra reunieron en este punto sus huestes para hacer su entrada por los dominios del rey de Castilla, el cual, no solamente no rehusó el ataque, sino que á su vez entróse en Aragon y poniendo sitio á Ariza, se apoderó de ella, y despues de prenderla fuego siguió adelante su marcha por el territorio de su adversario.

Alegre y obsequioso fue el recibimiento que en 1506 hizo la villa del rey católico D. Fernando cuando entró en Aragon por esta parte para tomar posesion de su corona.

(1) Hé aquí en qué términos se expresa sobre este particular el *Diccionario histórico geográfico de Madoz*, con cuya opinion estamos completamente de acuerdo:

«En las historias de Tito Livio y Apiano se encuentra un célebre pueblo en bastante identidad con la actual *Ariza* al referirse las campañas del Q. Fulvio Flacco y su sucesor Tib. Sempron Gracho. Léese del primero en Livio (lib. XL, cap. 13), que abierta su primer campaña reuniendo los ejércitos en Ebura, fue atacado por los celtiberos, que quedaron vencidos con gran pérdida en una sangrienta batalla; y recorriendo la Carpetania pasó á sitiar á *Contrebia*, de la que se apoderó. Segun Apiano, batidos los celtiberos en el Tajo, la mayor parte se retiraron á sus casas, especialmente cuando vieron á Contrebia en poder del procónsul; pero aquellos que no estaban contentos con la tierra en que antes vivian, necesitando mas ó mejor terreno, se dirigieron á unirse en la de *Complega*. Era esta, por testimonio del mismo historiador una c. nueva, que en poco tiempo se habia aumentado considerablemente, y muy fortificada, desde la cual hacian grandes daños á los ejércitos romanos. Desde ella, dice, enviaron á Flacco una embajada, amenazándole con que si no les entregaba un sayo, una espada y un caballo por cada uno de los que habia hecho perecer, y no se marchaba á Roma, no escaparia de la ruina que le amenazaba; á lo que contestó Flacco ir él mismo á llevarles lo que le pedian; echando andar detrás del parlamento, se aproximó á *Complega* y sus habitantes la abandonaron cobardemente. Confunden algunos á *Complega* con *Contrebia*, pero es terminante la diferencia que resulta, entre ambas pob. *Contrebia* se defendió algun tiempo; los celtiberos acudian á su socorro, pero embarazados por los rios que habian crecido con los temporales, no pudieron llegar antes de su rendicion, con cuya noticia hubieron de retirarse. Flacco al llegar sobre Complega, léjos de resistencia encontró solo un c. desp. Como Flacco, comenzó Gracho su campaña por lo mas accidental de la celtiberia. Montiel, Criptana, Alcázar, Cabeza de Griego, fueron sus primeras victorias. Los celtiberos, pelendones y arevacos, se reunieron en los fondos del Moncayo, y batió su ejército en tres acciones: dirigiase á su aliada *Caravi* (Magallon) y los hab. de *Complega* viéndolo pasar por sus confines le salen al encuentro con ramos de oliva en ademan de pedir paz ó indulgencia; mas luego que les vuelve la espalda, le atacan con furor y le ponen en gran conflicto. Gracco aparentando temor, les abandona su campamento, y cuando los ve ciegos en la rapiña, vuelve sobre ellos, les derrota y se hace dueño de su c. (Apiano). Ariza, como se ha dicho, es pobl. antiquísima, fuerte y abundante; está en camino para Caravi desde la celtibera occidental á la oriental; y no muy dist. de ella todo lo que conviene con la *Complega* histórica. Concurre además con esto cierta sinonomia en los nombres, pareciendo derivarse la voz Complega del verbo latino *complico*, complicar, anudar, reunir, y la de Ariza de *Eiro*, que vale lo mismo.» (Lex Schré vel pag. 185), cuyo pretérito es *eireca* ó *aireca*.

Desde esta época dejó ya Ariza de representar un papel importante como hasta entonces le desempeñara por efecto de su situacion, como plaza fronteriza entre Aragon y Castilla.

—Muy bien D. Cleto—dijo Azara—veo que no ha omitido V. nada en su relato, y yo quizás no me hubiese acordado de tanto á pesar de haber estado varias veces en la villa y conocerla perfectamente.

—¡Hola! otra poblacion—exclamó Castro al escuchar el silbido de la locomotora.

—Sí, Cetina, que nada de particular tiene repuso el anciano.

—Parece grande.

—Unas ochocientas almas, pero ni en su pasado ni en su presente guarda nada de notable.

—¿Y su historia?

—La desconozco. Si el amigo Azara sabe algo de ella nos hará un favor refiriéndola.

—No sé nada mas, sino que es villa con Ayuntamiento, que está situada en la márgen derecha del Jalon, que disfruta de buen cielo y no despreciable suelo, que es un pueblo esencialmente agrícola, donde la recoleccion de cereales es bastante regular.

—Pues chico sabes bastante.

—Es que yo tampoco puedo decirles mas. Críase bastante ganado lo cual les probará que existen buenos pastos, que hay un monte que facilita leñas para combustible y carboneo, y aquí terminarán las noticias que respecto á Cetina puedo darles.

—¿Y dista mucho Alhama de esta estacion?

—Pocos minutos tardarémos en llegar á ella.

—Es decir que pasarémos la noche en ese punto.

—Y mas de un dia tambien. Precisamente llegamos en la estacion de baños y allí encontrarán Vds. alguna distraccion.

Efectivamente pocos momentos despues deteníase el tren en la estacion de Alhama.

II.

Alhama.—Su estado actual.—Su historia.

Nada mas pintoresco que la situacion del pequeño pueblo de Alhama, la *Aquæ Bilbilitanæ* del *Itinerario de Antonino*, perteneciente á la provincia, audiencia territorial y capitanía general de Zaragoza, al partido judicial de Ateca y á la diócesis de Tarazona.

Rodéale una bellísima vega formada por incitantes árboles de exquisita fruta, fertilizada por el rio Jalon que ora con apacible murmullo le acaricia, ora se alza irritado de su arenoso lecho y no exime de sus iras ni al lugar mismo, cuyos habitantes mas de una vez hubieron de ponerse en salvo para librarse de ellas. A poca distancia cruza tambien la carretera que de Madrid se dirige á Zaragoza, haciendo resaltar su blanco terroso color entre la verdura que á sus costados domina. El fondo de este pintoresco cuadro le constituye una altura denominada la Serradilla, cuyas vertientes y ágrias

crestas adornan multitud de viñas, cuyo verdor, diferente del de los árboles de la vega y del de los álamos que amenizan las orillas del rio, contribuye á hacer aun mas admirable y magnífico aquel conjunto en el que se destaca, en la parte baja, el grupo de ciento cincuenta casas que constituye á Alhama; en la parte superior, el hermoso castillo árabe, situado en uno de los picos de la Serradilla que miran al Mediodía.

El lugar, interiormente, nada de notable ofrece; distribuidos sus edificios en un escaso número de calles y tres plazas, sobresale entre ellos la iglesia parroquial colocada bajo la advocacion de la Natividad de Nuestra Señora; compónela una sola nave de órden gótico y no despreciable construccion y la adornan nueve altares, de los que es notable el mayor, en el cual además de seis estatuas de regular trabajo, se ostenta un Crucifijo y sobre él una paloma, representacion usual del Espíritu Santo bastante bien ejecutados; el coro posee un órgano, y la torre de ladrillo, que mide de altura veinte y cinco varas, un reloj, que presta gran utilidad. Este templo es antiquísimo y está servido por un cura, varios beneficiados y un sacristan.

En lo relativo á la enseñanza, hay en Alhama una escuela pública subvencionada por el Municipio, que se ve bastante concurrida; no falta tampoco algun particular que se dedique tambien á dar lecciones privadamente de varias materias. La industria se reduce á las artes y oficios de estricta necesidad y á varios telares de lienzos; el principal lucro de sus moradores consiste en alquilar parte de sus casas á los particulares, luego que llega la época de los baños, pues es tal la afluencia de las personas que van á tomar las salutíferas aguas, que no bastan á albergarlas ni los dos establecimientos que junto á estas se hallan, ni las varias posadas del pueblo.

El término de este, confina al N. con el de Rubierca, al E. con el mismo y el de Godojos, al S. con el de Cetina, y al O. con los de Catemina y Ariza; es bastante feraz y produce además de vino y frutas, varios cereales, legumbres, hortalizas, y algunos pastos que mantienen un regular número de cabezas de ganado cabrío, lanar y vacuno; la caza menor no escasea y el rio proporciona igualmente alguna pesca. Por todas partes abundan yerbas aromáticas y medicinales de mucha utilidad como el liken islándico, la salvia, el abrótano, el llantel, el té peninsular y otras.

Pero lo que sobre todo ha dado nombradía á Alhama son sus famosos manantiales de aguas minero-medicinales que en número de treinta ó cuarenta brotan por doquier, y si bien solo dos de ellos están destinados á baños, sirven los demás para fertilizar el terreno y surtir de aguas á la poblacion, que las recibe en una fuente con dos hermosos caños de bronce ya que las del Jalon no son aprovechables á causa de sus malas condiciones de potabilidad y conduccion; sin embargo tales ventajas no dejan de ofrecer el inconveniente de hacer el clima algo húmedo y por lo tanto propenso al desarrollo de enfermedades tercianarias.

Dentro del término, cruzado además de la carretera de Zaragoza, por varios caminos vecinales en bastante buen estado, se hallan esparcidas por la parte N. S. E. como unas ochenta ó cien barracas abiertas en la peña viva y destinadas á diversos usos tales como la fabricacion y conservacion del vino y el almacenaje de paja y yerba para el sostenimiento de los ganados.

Tambien existen, próximas al pueblo, tres ermitas; la de San Roque y San Blas, la de San Juan Bautista y la de San Gregorio Nazianceno. Estas dos nada ofrecen de particular, mas la primera es de aspecto muy agradable tanto interior como exteriormente y llegada la época de los baños, en la que se dice misa diariamente en ellos, se ve sumamente concurrida. A trescientos pasos de Alhama está situado su cementerio que si bien no es de gran extension, reune todas las condiciones de ventilacion y salubridad apetecibles.

La historia de Alhama es tan insignificante que toda ella puede reducirse á muy escaso número de palabras.

Nada á punto fijo sabemos de su fundacion. Los restos de construcciones romanas que en ella se observan y el nombre de *Aquæ Bilbilitanæ* consignado en el *Itinerario* de Antonino Pio, hacen que á la vez que se atribuye á los descendientes de Rómulo, se suponga que el único móvil que les impulsó á su edificacion fue el de gozar de las ventajas que la proximidad de los preciosos manantiales les ofrecian.

La denominacion de *Aquæ Bilbilitanæ* Baños de Bilbilis, fue debida á la proximidad del rio Jalon conocido por los romanos con este dictado.

Ningun dato tenemos acerca de los sucesos que durante la dominacion de la señora del mundo ocurrieron en el lugar, ni aun nos es posible determinar el momento histórico en que pasó de manos de los corrompidos sucesores de Octavio á los de las huestes visigodas. La oscuridad en este punto es tan completa, como la existente durante toda la dominacion gótica.

Llegada la invasion de los árabes, *Aquæ Bilbilitanæ* cayó como otros muchos pueblos en su poder, y como ellos perdió su primitivo nombre por el que al vencedor le plugo darle; entonces fue cuando tomó la denominacion de Alhama que aun hoy conserva y que significa los Baños; como se ve el sonido habia cambiado, mas la idea continuaba la misma. Mas lógicos fueron los sectarios del Profeta que los españoles modernos; aquellos contentáronse con cambiar á su idioma el significado del nombre romano; estos han añadido al epíteto árabe el español y llamado al pueblo Baños de Alhama, cometiendo así una verdadera redundancia.

Si ignorantes estábamos de los hechos en él acaecidos hasta la época árabe, de los que tuvieron lugar desde esta hasta nuestros dias no podemos citar mas que dos de alguna importancia; el uno es su reconquista del poder agareno verificada en 1122 por D. Alfonso I de Aragon quien la pobló de cristianos: el otro acaeció en los tiempos de D. Pedro el Cruel de Castilla y fue su conquista por este en 1361 con motivo de las guerras habidas entre este y el aragonés; pero poco despues celebráronse paces entre ambos, y Alhama volvió á poder del último.

A contar desde este hecho ningun suceso de importancia ocurrido en esta ha llegado á nuestra noticia; por lo tanto aquí tiene que terminar su brevísima historia.

No obstante que, segun hemos dicho posee Alhama cuatro ó cinco posadas, sabiendo por experiencia D. Cleto lo poco que en el lugar hay que ver, y deseando como sus acompañantes hacerse cargo con el posible detenimiento de los establecimientos balnearios á que este debe su fama, no vaciló en dirigirse directamente á uno de estos, el conocido con el nombre de Baños viejos por ser con efecto, los primeros que se edificaron.

III.

Baños de Alhama.

Llegados nuestros viajeros al establecimiento distante unos quinientos pasos de Alhama, precisamente al empezar la temporada de baños, fácilmente pudieron hallar en él cómoda y desahogada habitacion.

Situada esta en el piso principal, desde ella se divisa además, del rio Jalon en el cual desagua el sobrante de los baños, una buena parte de la vega, así es que al aproximarse Pravia á una de las ventanas, no pudo menos de exclamar:

—¡Hermosa perspectiva!

—Sí en verdad,—afirmó Castro;—se descubre un horizonte dilatadísimo.

—Y cási á nuestros piés el famoso Bilbilis de los romanos,—observó D. Cleto,—conocido hoy con el prosáico nombre de Jalon.

—¡Oh instabilidad de las cosas humanas!—exclamó Azara en tono semiburlesco.

—Verdaderamente que este pobre rio tiene bien poco que agradecer á los modernos.

—Y los modernos tampoco creo que reciban de él grandes beneficios; pues segun V. nos ha ya manifestado, sus turbias, salobres y gruesas aguas ni sirven para beber, ni para la agricultura, ni aun para lavar, toda vez que cortan el jabon.

—Así es efectivamente, y sin embargo, los antiguos hispanos las destinaban por estas mismas cualidades á un oficio noble y honroso.

—¿Cuál? preguntaron todos con curiosidad.

—El de templar en él aquellas terribles espadas que empuñadas por los Viriatos y los numantinos eran terror de la ya dueña del Lacio, que aspiraba á serlo de todo el orbe. Hoy solo sirve para dar movimiento á un molino harinero, con que ya ven Vds. si tiene motivo para estar quejoso de los que de tal modo han hecho decrecer su importancia.

—Tiene V. razon; y sin embargo, no sé entre su antiguo y su actual oficio, cual de los dos es, sino mas glorioso, al menos mas útil.

—Indudablemente el segundo.

Y á estas palabras siguieron algunas frases sobre asuntos indiferentes hasta que D. Cleto dijo:

—Ea, señores, si están Vds. descansados ya, vamos á dar una vuelta por el establecimiento y visitarémos los departamentos destinados á los baños.

—Por mi parte cuanto V. guste, asintió Sacanell.

—Y por la mia, contestaron todos.

En vista, pues, de este general asentimiento, dispúsose el iniciador de la idea á ponerla en planta ó imitáronle sus compañeros.

Pocos momentos despues los cinco amigos se dirigian al piso bajo y llegado á él penetraron en uno de los dos departamentos en que están divididos los baños; en el destinado á los hombres.

Está este formado á manera de bóveda en la cavidad de la roca sobre la que se asienta el edificio, y le proporciona agua un surtidor que aunque procedente de un solo caudal de agua, el estar su orificio partido por el centro hace que parezca que son dos manantiales distintos. La cantidad de agua que arroja es de treinta y dos azumbres en cada minuto.

Existe en este departamento un espacio de regular extension con el número de asientos necesario para tomar el vapor. El departamento de señoras es de menor extension, aunque idénticamente construido y tambien su manantial, independiente del primero, arroja un caudal de agua de solos veinte y dos azumbres en el primer minuto.

A un extremo del edificio, pero independiente de él, se halla el departamento destinado á los pobres, cuyo manantial solo arroja catorce azumbres en cada minuto primero : en ninguno de los tres existe depósito ni cañerías, empleándose para llenarlos el sencillo sistema de tapar los sumideros que las pilas tienen en el fondo y cuando se han llenado abrirlos, pues el equilibrio que existe entre el agua que por ellos sale y la que los manantiales arrojan hace permanecer el baño en buenas condiciones.

Tiénelas tambien el resto del establecimiento cuyas habitaciones todas son espaciosas y cómodas y el trato es esmerado y nada costoso.

Todas estas particularidades fueron observadas por nuestros amigos y ellas formaron el tema de su conversacion luego que regresaron á su cuarto.

Despues de hacer algunas observaciones acerca de las ventajas é inconvenientes que en cuanto habian visto pudieron notar, dijo Sacanell:

—Segun tengo entendido hay además de este otro establecimiento de baños por aquí cerca.

—Con efecto, el titulado Baños nuevos.

—Eso quiere decir que el en que estamos es de mas antigua fecha.

—Yo lo creo, como que hay en él trozos que denuncian á la legua un orígen romano; otros que fueron construidos en 1112, y otros finalmente mas modernos. Los Baños nuevos se edificaron en 1827; y ya que el tiempo que podemos estar aquí no nos permitirá tal vez visitarlos personalmente, voy á aprovechar esta ocasion para dar á Vds. las noticias que acerca de ellos pude adquirir en épocas anteriores.

—Ya le escuchamos.

Y se estrecharon al rededor de D. Cleto.

Este les expuso sucintamente las particularidades que acerca de los Baños nuevos sabia, reducidas á lo siguiente.

Los Baños nuevos tanto en el número como en las condiciones de las habitaciones y pilas superan de mucho á los en que los viajeros se encontraban. Su distancia del pueblo es de trescientos pasos y las cinco pilas de que consta, destinada una de ellas tambien para los pobres, reciben el agua del manantial, que sale con fuerza extraordinaria y formacion de burbujas, mirando al S., por medio de un sistema de cañerías que distribuye los doscientos ochenta cuartillos por aquel arrojados en cada minuto primero, entre los cinco caños. Los precios de hospedaje, á pesar de las mejores con-

diciones del local son mas reducidos que los del otro establecimiento y el servicio tambien mas esmerado.

—Si esto es así,—observó Sacanell al llegar este punto del discurso de D. Cleto,—¿por qué ha dado V. su preferencia á los Baños viejos para morada nuestra?

—Es bien sencillo; el edificio donde estamos es el único de algun mérito histórico, pues el otro de construccion moderna, como que solo se remonta al año 1827, nada de particular ofrece bajo este punto de vista; y habiendo comprendido desde luego que nos seria imposible visitar ambos, he preferido que conocieran por sí mismos el mas notable, dejando á cargo de mi pobre imaginacion el darles una imperfecta idea del otro. ¿Está V. satisfecho, Sacanell?

—Completamente; y siento solo haberle molestado con mi inoportuna observacion.

—Nada de eso, me parece muy natural, y lo es en efecto que se sorprendiera al ver que conociendo la mayor comodidad y baratura de los Baños nuevos no les he llevado á ellos en vez de venirnos aquí; pero creí que á trueque de admirar algo mas, bien podíamos ahorrar algo menos.

—Y ha hecho V. tanto mejor cuanto que la superioridad del otro establecimiento sobre el en que estamos no quiere decir que este sea malo, ni mucho menos.

—Mucho celebro que estemos acordes, y ya que de los baños hablamos voy á completar las noticias que acerca de ellos he dado á Vds. con dos notas que llevo en la cartera referentes á la calidad y composicion de las aguas de ellos y á las enfermedades en que están indicadas.

—Veamos, pues.

Y con efecto, D. Cleto se dirigió á la cartera de viaje y de ella sacó, entre otras, dos cuartillas de papel en la primera de las cuales decia así:

«Las de los dos establecimientos nominados Baños viejos y Baños nuevos es idén-«tica é igual su temperatura de veinte y nueve grados del termómetro Reamur. A la «simple vista se presentan cristalinas, diáfanas, transparentes, incoloras é inodoras; «su sabor es acídulo algo estíptico; untuosas al tacto, desprenden al ser agitadas una «gran cantidad de burbujas á consecuencia del ácido carbónico de que se hallan satu-«radas; no llevan en suspension materia alguna insoluble y tienen la propiedad de te-«ñir de verde las piedras; su peso específico es igual al del agua destilada. Frias pue-«den emplearse como bebida ordinaria sin temor alguno, mas para tomarlas en ca-«liente, se han de usar ciertas precauciones y solo convienen en determinados casos.»

En la misma cuartilla pero mas abajo veíase esta otra apuntacion:

«Cada libra de diez y seis onzas de dichas aguas, además del gas oxígeno y ácido «carbónico que lleva en disoluciones, contiene:

«Carbonato de magnesia.	7 granos.
«Sulfato de cal.	6 »
«Sulfato de hierro.	5 »
«Hidroclorato de magnesia.	3'5 »

«Algunos añaden á estos elementos, el hidroclorato de sosa.»

La segunda nota era una numeracion de los casos en que convenia el uso de dichas aguas.

Segun ella, estas obran como diuréticas, bebidas á la temperatura que tienen al salir del manantial, y como diaforéticas en baño ó estufa, estando indicadas para la curacion de las acedías, afecciones ceáticas, gotosas y reumáticas en las que obran como calmante recolectivo, y de las vias urinarias; en los afectos convulsivos y nerviosos; de la sanguinosis de todas procedencias, aun causadas por heridas de armas de fuego; de la artritis así fija como vaga y del asma. Son de gran utilidad en los catarros de la vejiga, clorosis, cólicos nerviosos, condialgías y tambien en los desarreglos menstruales y dolores de estómago y nefríticos. Prestan grandes servicios para la extirpacion de los flatos, flujos blancos y hemorroidales, gastrodíneas, hidropesías, hipocondrías é infartos escirrosos de cualquiera entraña, pero especialmente en las del útero y sus dependencias; se emplean igualmente con buen éxito en las leuconflegmasías no sostenidas por flegmasías de las membranas serosas, nervosis, obstrucciones del bajo vientre, bazo é hígado, oftalmias y parálisis; y finalmente contra las enfermedades sifilíticas y los estragos que en estas y otras causa el uso del mercurio, y contra los tumores frios escrofulosos.

Estas aguas sin embargo son perjudiciales á las personas de constitucion irritable y temperamento sanguíneo y pletórico, produciendo los peores efectos en los casos de abcesos, asmas con fiebre, calenturas y calor ardoroso en las entrañas, considerables demacraciones aun las infebriles, derrames linfáticos en el pulmon, en toda evacuacion crítica, y en las flegmasías agudas, hemotipsis, hidropesías con fiebre, histerismos muy graduados, inflamaciones de los órganos de generacion y de cualquiera víscera, y tambien en la tísis.

—¿Hay muchos manantiales por estos alrededores además de los que surten á los dos establecimientos de baños? interrogó Pravia luego de terminada la lectura de las dos notas, cuyo contenido hemos comunicado á nuestros lectores.

—Ya lo creo, cerca de cuarenta.

—Es de suponer que no estén desaprovechados.

—Efectivamente cási todos se emplean unos para el riego de los campos, pues su composicion y temperatura en nada les impide servir para fomentar la vegetacion; otros, á causa de estas mismas condiciones, están destinados á curar y blanquear el cáñamo y el lino, y al lavado de la lana y toda clase de ropa blanca, pues su misma fuerza impide su aprovechamiento en la ropa de color porque destruiria este.

—A la verdad que las tales aguas prestan servicios inmensos.

—No pueden ser mayores; bien puede V. asegurar, Castro, que á no ser por ellas Alhama no existiria á pesar de su pintoresca situacion.

—Lo que seria un mal para la humanidad doliente y para España, que tiene con ella unos baños que si en lujo y comodidades no, al menos en condiciones higiénicas igualan sino superan á los mejores del extranjero.

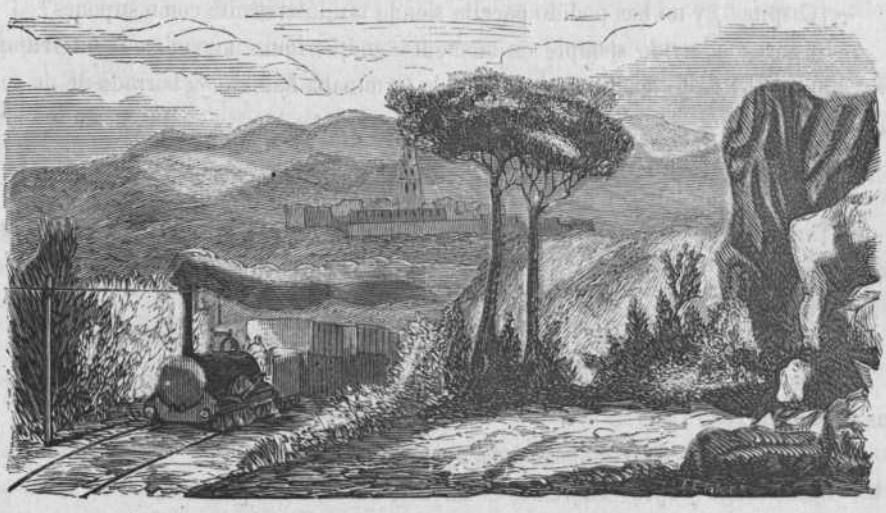
—¡Oh! en nuestra península abundan mucho estos saludables manantiales; quizás nacion alguna pueda contar tan gran número de ellos.

—Díganlo sino Alcantud, Alanje, Hervideros de Fuensanta, Marmolejo, Villavieja y tantos otros que pudiera citar.

—Sin embargo siempre seria una sensible pérdida la de unas fuentes de salud como las de Alhama de Aragon.

—No ha sido mi idea negarlo, sino solo hacer constar la riqueza de aguas minerales de la misma índole que posee nuestro suelo.

Y conversando acerca de diferentes asuntos y dando despues de comer un paseo por los alrededores del establecimiento, transcurrió el dia, con lo que nuestros amigos regresaron á su habitacion y se entregaron al descanso, decididos á partir á la mañana siguiente en direccion á Ateca.



IV.

De Alhama á Ateca.—Armas de los antiguos.

—Perfectamente—exclamó Pravia tan luego como se vió instalado en el wagon—este es el gran medio de viajar.

—Pero tambien el menos á propósito para apreciar las bellezas de un país.

—Tiene V. razon D. Cleto; el ferrocarril es una gran cosa para la existencia material de hoy; es mas, en las condiciones actuales de nuestra sociedad le creo un elemento indispensable. Mas para la vida del arte, para el que desee apreciar las necesidades, las bellezas, los vicios ó las bondades de una comarca, es inconveniente. Su vertiginosa carrera le hace atravesar vastas porciones de territorio sin que la vista pueda detenerse á contemplar las ruinas del derruido castillo, las deliciosas perspectivas de un paisaje, la posicion de un pueblo ó el estado y los adelantos agrícolas de una localidad.

—Cierto es, pero ¿cuántas ventajas no han reportado las vias férreas al comercio y á la industria?

—Ya habló el industrial catalan. ¿Quién te niega semejante cosa Sacanell? Negar que ha sido un gran adelanto fuera absurdo, yo lo único que digo, que para los que como nosotros se dediquen al viajar por instruccion y recreo, no sirve el ferrocarril mas que para conducirnos en breve espacio desde una estacion á otra, en la cual hemos de abandonar tan cómodo medio de locomocion, para detenernos y estudiar, y apreciar con mayor calma las condiciones particulares de aquel punto.

—Desde luego.

—Vaya señores ¿está ya suficientemente discutida esta cuestion?—preguntó Castro.

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Porque quiero hacer una pregunta á D. Cleto sobre una cosa que muchas veces se me ha ocurrido sin haber encontrado nunca oportunidad para hacerla.

—¡Cáspita! ¿y no has podido hacerla siendo tan interesante como supones?

—Se me ha ocurrido siempre en momentos en que fuera imprudencia interrumpir el relato que D. Cleto nos hacia, y cuando le terminaba habíase ya borrado de mi pensamiento.

—Pues habla ahora. Pregunta cuanto quieras.

—Diga V., que como siempre dispuesto me hallo á contestarle.

—Tantas veces como nos ha hablado de combates bien en las épocas romanas, góticas ó árabes, he querido decirle que nos explicára las armas con que combatian en las distintas épocas y siempre se me ha pasado.

—¡Caramba! tienes razon, á ninguno se nos habia ocurrido.

—Y es una pregunta muy natural y que no sé como á mí mismo pudo escapársemе el omitirlo.

—Pues ahora puede V. subsanar fácilmente ese descuido.

—Desde luego y aprovecharémos el trayecto hasta Ateca para esto.

—¿No hay estacion alguna intermedia?

—Sí señores, Bubierca, que aun cuando poblacion de unos trescientos vecinos, con dos iglesias, escuela de instruccion primaria y bastante rica por su agricultura, y por las condiciones de su suelo fertilizado por el Jalon, no tiene un gran atractivo para el viajero ni por su historia ni por sus monumentos.

—En ese caso cree V. que no debemos detenernos en ella.

—Justamente; por eso tomé los billetes para Ateca pasando por alto á Bubierca.

—Pues entonces aprovechemos el tiempo y díganos V. algo sobre armas.

—Vamos allá. En los primitivos tiempos de nuestro país, habitáronle sucesivamente varias razas, que bien dominando á las que ya existian, bien mezclándose con ellas fuéron esparciéndose por toda la península constituyendo tantos pueblos cuantas eran las agrupaciones que formaban. Aislándose unos de otros, considerándose mas como enemigos que como aliados, estaban dispuestos siempre para el combate (1).

(1) Las naciones ó pueblos que mas dignos de mencion poseian nuestro territorio en aquel tiempo, eran los Cántabros, los Astures, los Galecios, los Lusitanos, los Celtiberos, los Vacceos, los Oretanos, los Carpetanos, los Turdetanos, los Bastetanos, los Contestanos, los Hercavones, los Coretanos, los Saletanos, los Indigetas, los Ausetanos, los Ilergetas, los Euskarios ó Vascones y los que habitaban las Baleares.

El orígen de los cinco primeros supónese que era escítico y céltico, y el de la mayor parte de los demás producto de distintas mezclas bien de Celtas y Fenicios, bien de Etruscos y Tirrenos ó de otras varias razas.

La nacion de los Galecios hallábase subdividida en quince pueblos: en cincuenta la de los Suritanos, en dos la Céltica y la Celtibera en cinco.

Los vascones y los cántabros eran los pueblos mas belicosos siguiéndoles inmediatamente los célticos.

Los suritanos usaban para combatir unos escudos pequeños y cóncavos que escasamente podrian tener dos piés de diámetro, con los cuales paraban con suma destreza los golpes del contrario, pues eran sumamente ágiles. Estos escudos los llevaban colgados con unas correas.

Como armas ofensivas manejaban un cuchillo ó puñal de cortas dimensiones, dardos arrojadizos y unas lanzas cortas armadas de cobre (1).

La mayor parte de los pueblos que habitaban nuestro territorio, usaban grandes escudos que llamaban *peltas*, como arma defensiva; y como ofensivas, el dardo, la honda y la espada y lanza mas ó menos larga.

Los celtíberos templaban el hierro dejándole enmohecer en la tierra, usando además como defensa para su cuerpo, unos capacetes de bronce adornados con plumas.

Llevaban una clase de espada corta, ancha y afilada extremadamente, pudiendo herir tanto por ambos cortes como por la punta y un puñal rayado y curvo, que manejaban perfectamente (2).

Los romanos, ó bien perfeccionaron algunas de estas armas, ó trajeron otras nuevas, especialmente en máquinas de batir y en armas defensivas.

Ya usaban cascos y corazas; ya aparecen las lanzas mas perfeccionadas, los escudos redondos ú ovalados con mejor trabajo; y las flechas, dardos, picas, venablos con las puntas triangulares, encorvadas ó rectas, servian para llevar el incendio á las poblaciones ó campos enemigos y la muerte á las filas de estos.

A los arcos sencillos constituidos por una vara de madera encorvada por medio de una cuerda tirante sujeta á sus dos extremos, sucedió la ballesta que la formaba un arco fijo á una caja de madera, perfeccionándose mas tarde con unas ruedas que servian, tanto para dar tension á la cuerda, cuanto para que fuera mas violento el arrojo de la flecha que de ella se lanzaba.

De las máquinas de guerra usadas por los romanos é introducidas en nuestro país con ellos, debo citarles la ballista, onagro ó políbolo, pues estos tres nombres tenia segun el uso para que se la destinaba.

Consistia en dos piés de madera fuertemente enclavados en una tarima de la misma materia, en medio de los cuales habia una madeja de crin ó de nervios de animales fija en los dos extremos del plano ó tarima, la cual estaba retenida por un palo. Cuando se la dejaba ir, impulsaba con una violencia extraordinaria el dardo colocado en la parte superior.

En esta misma madeja, solian poner en su extremo, una especie de cuchara de ma-

(1) Dice Strabon que los lusitanos eran tan diestros para preparar emboscadas como para evitar y descubrir las que pudieran tendérseles; ágiles y ligeros, verificaban sus evoluciones y movimientos militares, con extraordinaria soltura.

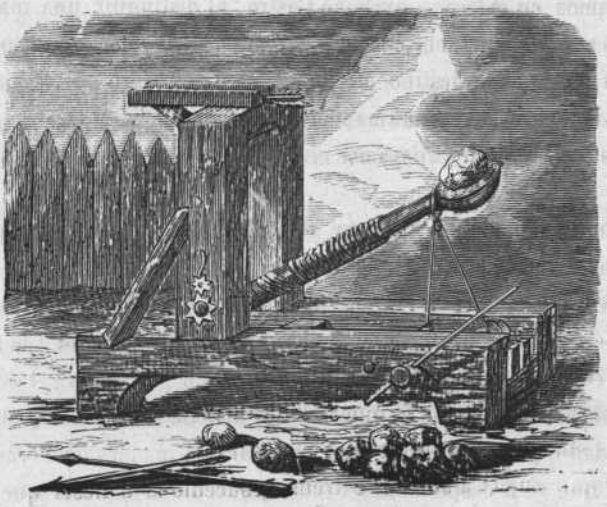
Peleaban indistintamente á caballo ó á pié, armados simplemente á la ligera ó con todas sus armas y aisladamente ó reunidos en numerosos cuerpos.

(2) Llaman los historiadores á esta espada *xiphos*, y al puñal por llevarle colgado en el mismo lado que aquella, *paraxiphides*.

dera, en cuyo hueco se depositaba una piedra ó una masa de metal de gran peso, la que era arrojada á larga distancia al quitar la sujecion que tenia la madeja.

Cuando la máquina servia para los dos usos se llamaba políbolo; cuando estaba destinada para piedras solamente, onagro, y ballista, cuando su objeto era el de arrojar dardos solamente (1).

Tenian tambien la *catapulta* que les servia para arrojar mayor número de dardos y de mas gran tamaño y masas enormes de piedra, que se calcula podrian pesar quinientas ó seiscientas libras y que eran despedidas á mil varas de distancia.



Políbolo, ballista ú onagro.

El *escorpion* tambien tenia el mismo objeto, aun cuando tanto este como las *mantibalistas*, eran mas manuables, pudiendo arrojar los dardos un solo hombre que impulsaba al arco de acero que los arrojaba.

Iba á continuar D. Cleto su relato, cuando el silbido de la locomotora les anunció que habian llegado á la estacion de Ateca. Entonces el anciano suspendiendo la narracion, dijo:

—En este sitio hago alto con mi descripcion de armas, pues vamos á ocuparnos de nuestra instalacion en Ateca. En otro rato tratarémos de las armas para embestir, demoler y tomar plazas y de las usadas tanto para este, como para los demás objetos en la Edad media.

—Aseguro á V., que con tanto placer escuchaba su relacion, que cási me ha contrariado el llegar tan pronto á esta villa.

—Y á mí me ha sucedido lo mismo.

—Digamos á todos, y concluirémos mas pronto—repuso Azara.

(1) Nuestro grabado representa una de estas máquinas sirviendo para los dos objetos.

—Tiempo tendrémos para que se enteren Vds. si no con grandes detalles, al menos lo bastante para conocer el sistema y los medios de combatir empleados por los antiguos.

Y tras estas palabras descendieron los cinco viajeros del tren, y reunidos con sus criados se dirigieron hácia la inmediata villa.

V.

Llegada á Ateca.—Aspecto general de la poblacion.

—Ya estamos en Ateca,—exclamó Castro, al distinguir una masa como de ochocientas casas entre las que sobresalian una torre que de léjos ya demostraba pertenecer á una iglesia y otra cuyo destino era imposible precisar en aquel momento, pero que á la simple vista parecia estar sumamente inclinada hácia el O.

—Di mas bien que no tardarémos en estar, pues aun no hemos llegado,—corrigió Sacanell.

—Eres endiabladamente rigorista, replicó aquel; ya se conoce en tu áfan por la exactitud que eres catalan.

—Con efecto es condicion de todos mis paisanos.

—¿Á qué no habeis notado una cosa?—interrumpió Pravia á la sazon.

—¿Cuál?

—La inclinacion de esa torre que se halla cerca de aquel campanario.

—Es verdad que es extraordinaria.

—Parece que va á desplomarse.

—Yo por mí os confieso que no pasaré por su lado sin cierta aprension y despues de haber tomado algunas precauciones.

—No deben Vds. abrigar temor ninguno; la inclinacion de esa torre es debida como la de las de Zaragoza y Pina á un capricho de su constructor que quiso con ello dar una prueba de su habilidad.

—Y ¿á qué clase de edificio pertenece? porque supongo que no estará aislada.

—Ciertamente; pertenece á una especie de fuerte que se halla situado en sitio muy cercano á la iglesia parroquial, cuyo es ese campanario, como podrán Vds. ver ahora mismo pues ya hemos llegado.

Con efecto, al decir D. Cleto estas palabras trasponian los cinco viajeros las primeras casas de la villa de Ateca, perteneciente á la provincia, audiencia territorial y capitanía general de Zaragoza, y á la diócesis de Tarazona, y cabeza del partido judicial de su mismo nombre.

Esta poblacion, que cuenta unas cuatro mil almas, está situada á orillas del Jalon cási en el punto de confluencia de este con el Piedra y el Manubles; el primero junto con el camino de calzada de Madrid á Zaragoza por el que vinieron nuestros amigos; la divide en dos partes desiguales, de las que la mejor es la mas pequeña colocada sobre una suave cuesta en la márgen derecha. La comunicacion entre un trozo y otro de

la villa se verifica por medio de un puente de cantería con tres arcos de gran extension, bastante bueno.

Dentro ya de ella, pero en el camino, hay tres magníficas posadas de construccion moderna, en la primera de las cuales entraron D. Cleto y sus compañeros deseosos de tomar lo que necesitaban; descanso y alimento.

Pronto encontraron una cosa y otra, pues tanto aquel establecimiento como los dos restantes se hallan bastante bien montados y no escasean las comodidades para el que cuenta con recursos para proporcionárselas.

Un agradable refresco les libró del calor inherente á la estacion y á la jornada, pues aunque Alhama solo dista de Ateca dos leguas y media, siempre en viaje hay menos recursos para librarse de los ardorosos rayos del sol; y apenas lo hubieron tomado, dirigiéronse á sus respectivos lechos con ánimo de reposar hasta que fuera hora del almuerzo. Su cansancio no era á la verdad extraño si se atiende á que en Alhama no pudieron reposar lo suficiente y sobre todo que durante el tiempo que hacia habian salido de Madrid, apenas si habian cesado de ir de una parte á otra y una série tal de viajes, aunque se hagan con la mayor suma de comodidades posible, siempre resiente algo la naturaleza y la predispone á la fatiga cuando la costumbre ó una organizacion vigorosa no la ha dispuesto á soportar grandes fatigas.

Tras algunas horas de sueño, un camarero entró á despertarles anunciándoles que tenian el almuerzo servido; con lo que libres ya del calor y del cansancio se dirigieron á deshacerse tambien de la tercera de las incomodidades que les aquejaban; el hambre.

—Y bien señores,—dijo D. Cleto una vez ya en la mesa,—¿se hallan Vds. con ánimos para que salgamos á dar una vuelta por la poblacion?

—Yo por mi parte, sí, afirmó Azara.

—Y yo tambien.

—Y yo, contestaron los otros tres.

—En ese caso apenas terminemos el almuerzo un regular paseo nos ayudará á hacer la digestion.

—Como V. guste.

—Me parece que la villa no es mala.

—Efectivamente tiene buenos edificios; la iglesia, el hospital y la Casa consistorial, sobre todo, bien merecen ser vistas.

—Lo que no debe ser es muy sana; su extrema proximidad á tres rios por fuerza ha de perjudicarla.

—Sin embargo, apenas si algunas tercianas demuestran la existencia de esa circunstancia; pues por lo demás su clima es muy sano, á causa de la gran ventilacion de que disfruta.

—Creo que es extenso el partido judicial de que es cabeza.

—Bastante; abraza, si la memoria no me es infiel, ocho leguas de N. á S. y cerca de seis de E. á O. Por el N. confina con el de Borja; por el E. con el de Calatayud; por el S. con los de Daroca y Molina y por el O. con los de Almazan y Soria.

—Esos límites son los del partido judicial ¿no es cierto?—dijo Castro vacilante.

—Efectivamente; ¿V. desearia saber los del término de la villa?

—Sí; pero temia abusar de su bondad.

—Todo lo contrario; y en prueba de ello voy á satisfacer su curiosidad á bien poca costa.

Y sacando un papel del bolsillo se lo entregó al andaluz, quien leyó en él:

«—El término de Ateca confina al N. con el de Moros; al E. con el de Terrer; al «S. con el de Baltores y Castejon de las Armas, y al O. con el de Bubierca.»

—Mil gracias, añadió despues de haberlo leido devolviéndoselo á D. Cleto.

—No hay de qué, y para que no les extrañe el que tuviera tan á mano este documento les manifestaré que habiéndome esta mañana despertado antes que Vds. me dediqué á repasar mis apuntes referentes á Ateca, con el fin de poder como en otras ocasiones satisfacer su curiosidad.

—¡Y por nosotros se toma V. tantas molestias!

—¡Eh! no hablemos de ello y puesto que ya hemos terminado nuestra nutritiva tarea, vamos á ver si el juicio que forman Vds. de la poblacion, es ó no semejante al que yo hube de hacer al visitarla por primera vez.

Y regresando los cinco á su aposento en breve le abandonaron dirigiéndose á recorrer las calles de Ateca.

Son estas, en número de diez y seis ó diez y ocho, bastante regulares por lo general, si bien hay algunas que forman cuesta, y los edificios que las componen tienen dos y muchos tres pisos, poseyendo cási todos ellos bodegas dispuestas para recibir el vino, uno de los principales productos del país.

Cuenta además Ateca con cuatro plazas y dos plazuelas; de las primeras es notable la Mayor, que mide ochenta y dos pasos de largo y cincuenta de ancho, hallándose en su parte occidental la Casa consistorial, de magnífica apariencia y construccion robusta, que descansa en diez soportales de piedra labrada; al E. está limitada por el rio Manubles que va un poco mas léjos á confundirse con el Jalon, y en el centro existe una fuente con dos caños y abrevadero.

Al llegar á ella no pudo menos Azara de exclamar:

—Bonita es esta plaza, en verdad.

—Sí, es la mejor de la villa.

—La proximidad del rio, al paso que la embellece, debe hacerla muy húmeda.

—Supongo, —dijo Castro en ademan interrogativo—que á él pertenecerá el agua de esta fuente.

—No por cierto; causas que ignoro y que tal vez serán mala calidad de las aguas ó dificultad de aprovecharlas, hacen que no se empleen estas para el consumo del vecindario, y tanto esta fuente como otra que en el camino de Zaragoza hay, se surten por medio de arcaduces de dos manantiales poco distantes.

—Poca utilidad creo tambien que se podria sacar de este rio, pues su caudal es bien poco considerable.

—No haga V. caso de eso, Castro, por algo dice el refran: *Del agua mansa me libre Dios...*

—¿Tan temible es?

—El Manubles, amigo mio, ahí donde V. le vè tan pacífico é inofensivo al parecer, tiene bromas muy pesadas; sus avenidas causan estragos bastante considerables, y á fe que no me dejará mentir ese puente de madera que se ve aquí en frente, y que fue colocado en sustitucion de uno de piedra muy hermoso que destruyó una de aquellas.

Dejaron al fin la plaza y siguieron recorriendo varias calles hasta dar frente á la iglesia parroquial, colocada bajo la advocacion de Nuestra Señora de la Peana, cuya bella apariencia excitó en nuestros amigos el deseo de visitarla interiormente.

D. Cleto accedió á sus indicaciones y pocos momentos despues los cinco penetraban en el templo.

VI.

Edificios notables de la villa.—Instruccion pública y otras particularidades.

De muy remota fecha es la construccion de la iglesia parroquial de Ateca, cuya fábrica se compone de cantería en las paredes de la entrada, y de ladrillo en todo lo demás del edificio y en la torre, cuya primera mitad es de arquitectura árabe. El conjunto de la fábrica del edificio ofrece gran solidez y no carece de belleza su fachada.

Interiormente, en nada desmerece de su aspecto exterior; compónese el templo de una sola y espaciosa nave con sus capillas laterales, bastante regulares, entre las que descuella la en que se halla la imágen de Nuestra Señora de la Peana, que afirman piadosamente no pocos, fue hallada por un milagro; la advocacion con que se la distingue débese sin duda alguna á la forma del tabernáculo en que se encuentra situada, que efectivamente semeja una peana que se apoya en ocho columnas de jaspe. Todos los habitantes no solo de la villa sino tambien de los alrededores, profesan gran veneracion á esta imágen, y la hacen funciones y rogativas cuando alguna calamidad pública acontece, no dejando por esto de ir privadamente en gran número á demandarla consuelo á sus dolores ó remedio á sus necesidades.

El suelo de esta iglesia es muy notable, pues está tan bien afirmado y construido que carece de humedad por completo, lo que ha permitido conservar en muy buen estado varias momias de personas que en él habian sido enterradas, de las cuales una se ha reservado para mostrarla como un objeto curioso á los forasteros. Posee tambien esta iglesia un esqueleto engarzado en alambres que se coloca el dia de Ánimas en el centro de ella, y le dan el nombre, algunos, de la *muerte de Ateca*. El servicio del templo está á cargo de un capítulo compuesto de varios beneficiados y un sacristan; aquellos presentan á la aprobacion del vicario general de Calatayud, uno de ellos.

—Me gusta esta iglesia, dijo Azara luego que él y sus compañeros la hubieron abandonado.

—Sí á fe; su interior es espacioso y de buen gusto; sobre todo el altar de la Vírgen es muy bonito.

—Y dígame V. D. Cleto, ¿no hay en la poblacion mas templos que este?

—Solo hay dos capillas públicas denominadas de Nuestra Señora de los Ángeles y de Santa Bárbara, además de otra situada en el ex-convento de Capuchinos que vamos inmediatamente á visitar, pues en él se hallan situados el hospital y la escuela pública.

—Hombre, á propósito; supongo que estará bastante adelantada la cultura intelectual entre los vecinos de Ateca, ya que nada atrasados se hallan en cuanto á la material.

—Así es en efecto, la escuela del Ayuntamiento se ve extraordinariamente concurrida y no lo son menos las particulares para ambos sexos establecidas. Antes habia una cátedra de latinidad cuyo profesor con dos mil reales de asignacion que tenia y los honorarios de los discípulos podia pasar medianamente; pero ya cási en nuestros dias la subvencion oficial se suprimió, y no bastando á cubrir las necesidades del cargo los estipendios de los alumnos, dejó al fin de existir.

Al decir D. Cleto estas palabras llegaban todos junto al edificio que un tiempo sirvió para vivienda de los padres Capuchinos y que hoy se halla destinado á contener dentro de sí dos hermosas ideas; la caridad y la ilustracion, sintetizadas, segun sabemos, en un hospital para los pobres y una escuela para los ignorantes.

Uno y otra se hallan bien organizados y distribuidos, debiéndose á la buena administracion de aquel por la Junta municipal, el que, sin que sea obstáculo la insignificancia de las rentas de que puede disponer, se halle bastante bien acondicionado y surtido de todo cuanto es mas necesario á un establecimiento de esta clase.

Dados estos antecedentes no es de extrañar que nuestros amigos dejaran el edificio muy satisfechos de lo que habian podido ver y observar.

Una vez ya en la calle, interrogó Sacanell:

—¿Dónde vamos ahora?

—A casa, si Vds. no se oponen, contestó D. Cleto.

—¡Cómo! ¿ya no hay nada mas que ver?

—Ciertamente: ¿Le parece á V. poco aun? pues poblaciones he visto yo de mayor importancia que no tienen tanto ni con mucho.

—En ese caso me avengo á regresar á nuestra habitacion.

—Digo, á no ser que quieran Vds. dar una vuelta por los alrededores de la villa.

—Yo por mí confieso que no tengo mucha gana de hacerlo.

—Ni yo; me he cansado mucho.

—Y yo tambien.

—En ese caso me adhiero á la opinion general.

—Pues no se hable mas de ello; así como así solo porque me pareció que les disgustaba el volver á casa tan pronto lo propuse, pues á decir verdad poca novedad ofrecen las inmediaciones de Ateca para el que viene de Alhama.

—¿Son, pues, semejantes?

—Sí, pero las de la segunda son mejor de mucho; las de Ateca están reducidas á una vega por el estilo de la que posee la romana *Aquæ Bilbilitanæ*, multitud de vides que forman su principal produccion, y unas nueve ermitas esparcidas por todo el término,

de las cuales son las mejores la de San Roque, junto á la cual se halla el cementerio de construccion moderna y bastante bien ventilado, y las de San Blas y San Gregorio; además tambien existen en él varios corrales destinados á contener el ganado.

—Segun eso será este abundante.

—No escasea, sobre todo el lanar, pues de las demás clases hay muy pocas cabezas.

—Y ¿qué otras producciones son peculiares á Ateca?

—En el reino vejetal, vino en bastante cantidad; trigo, cebada, centeno, cáñamo, lino, judías, frutas y hortalizas; en el animal, aparte del ganado, perdices, liebres, pescados en gran número, miel y cera.

—Su industria es lo que no me ha parecido gran cosa, dijo Sacanell.

—Y no lo es, en efecto; aparte de una fábrica de papel y algunos tejedores y armeros solo cuenta con los oficios y artes que son mas indispensables; su comercio, á la verdad tampoco es gran cosa; pues el interior está reducido á las tiendas de los objetos de consumo diario, paños, lienzos, telas y quincalla, y el exterior á la exportacion del sobrante de sus frutos.

—Es extraña esta cási paralizacion, —observó Castro, —pues he advertido que no carece ni mucho menos de medios de comunicacion.

—Ya lo creo; calcule V. que además del camino de Zaragoza, pasa por la villa la carretera de Navarra á Valencia, y que en aquella empieza otra que se dirige á Soria; esto sin contar varios caminos vecinales, que, si bien tan descuidados como suelen estarlo por lo general en nuestro desgraciado país, no por eso pueden considerarse completamente inservibles. Además en 1842 se concedió la celebracion anual de una feria de tres dias.

—Pues repito que no lo comprendo.

—Es fácil, amigo mio; Ateca se resiente del abandono comun á todas las poblaciones del interior de nuestra península.

—No puede ser mas triste la explicacion.

—Pero cierta por desgracia, Castro.

—Y aun esta villa no es de las peores que hemos visitado.

—Diga V. mas bien que es una de las mejores de su categoría; pero no es sin embargo lo que deberia y podria ser.

—Ya se sabe; cuando en un país la política lo es todo, y nada el interés público, cuanto á este se refiere se halla en el lamentable descuido que en lo que de España hemos podido visitar se observa.

—Y como á la sazon habian llegado á la puerta de la posada en que paraban, suspendióse la conversacion y penetrando en aquella, se dirigieron á su aposento; al poco tiempo de hallarse en él descansando, entró un camarero á anunciarles que la comida estaba servida.

Momentos despues los cinco amigos, segun su costumbre, conversaban y comian.

VII.

Historia de Ateca.

—Siempre es D. Cleto el mas madrugador de nosotros,—exclamó Azara al dia siguiente, despertándose y viendo que el infatigable anciano se hallaba ya en pié y hojeando un cuaderno.

—Ciertamente que nos humilla,—contestó Sacanell.

—Lo hace,—observó Castro,—para probarnos que los hombres de su tiempo valian un poco mas que los del nuestro.

—Nada de eso,—respondió el aludido;—la fuerza de la costumbre es solamente la que me hace levantar temprano, como les pasaria á Vds. si no se hubieran acostumbrado á lo contrario.

—En efecto lo que es en Madrid se madruga poco.

—Y en Galicia menos,—observó Azara con malicia, señalando á Pravia que durante toda esta conversacion habia continuado durmiendo.

D. Cleto, Sacanell y Castro no pudieron reprimir una carcajada al ver confirmada la afirmacion del aragonés por un sonoro y prolongado ronquido.

—¿Eh? ¿qué es eso?—exclamó Pravia despertándose sobresaltado.

—Nada, hombre, nada; no te alteres que aun no ha amanecido,—dijo Azara.

—¿De qué se trataba?—interrogó el gallego vistiéndose y haciendo caso omiso de las burlescas palabras de su amigo.

—Decíamos,—prosiguió este,—que es costumbre en tu país levantarse muy de mañana.

—Y teníais razon; lo cual no es un obstáculo para que yo me levante tarde, porque, lo confieso con dolor, soy un hijo degenerado de la hermosa Galicia; de ese país por muchos escarnecido, por pocos estudiado. ¡Oh patria mia!

—¿Vas á entonar un canto épico á Galicia?—observó el incorregible Azara.

—No, iba á hacer votos porque llegara el dia en que dejara de ser mirada con tanto apasionamiento é injusticia.

—En eso tiene razon Pravia,—dijo D. Cleto; Galicia es quizá de las mas pintorescas y fértiles regiones de España; sus hijos laboriosos y honrados, y sin embargo hay muchos desconocedores de aquella y de estos, para quienes la primera es la sintesis de lo feo y de lo prosáico, y el nombre de gallego una especie de insulto.

—Doy á V. las gracias por una y por otros; si todos procedieran con su imparcialidad y buen criterio en este y otros asuntos, mejor estariamos de lo que estamos.

—No merezco, por cierto, esos elogios, pues en conocer y confesar la razon nada hay de particular, y el mismo Azara, á pesar de su carácter burlon, estoy seguro de que opina de igual modo.

—Ciertamente; con mis palabras he pretendido solo dar expansion á mi buen hu-

mor pero no atacar ni á Galicia, que no he visitado, ni á sus naturales de los cuales solo uno conozco que me merece una gran amistad.

Y al decir estas palabras tendió su mano á Pravia que la estrechó con fuerza.

Despues, aquel, volviéndose hácia D. Cleto, preguntó:

—Hablando de otra cosa. ¿Podrá saberse, si no es demasiada curiosidad, en que se ocupaba V. cuando me he despertado?

—Ya pudo V. verlo: leia.

—Sí; pero ¿qué?

—Mi cuaderno de apuntaciones; estaba repasando la parte concerniente á la historia de Ateca.

—Eso quiere decir que podrá V. ilustrarnos sobre ella.

—Al menos les comunicaré los datos que poseo.

—Pues entonces hagamos que nos suban el desayuno á esta habitacion y mientras lo tomamos, podemos verificar nuestra instructiva sesion.

—Como Vds. gusten.

Y dadas al efecto las órdenes oportunas, poco tiempo despues nuestros cinco amigos se desayunaban, y D. Cleto empezaba de nuevo la interrumpida conversacion con estas palabras:

—Ninguna tradicion, ningun monumento, en una palabra, ningun dato, poseemos en virtud del cual nos sea posible determinar el momento preciso, ni aun aproximado de la fundacion de Ateca y solo por el dicho de Ptolomeo sabemos que era de las poblaciones propiamente celtíberas. Conocíanla los romanos con el nombre de *Atlacum*, que como pueden Vds. observar es muy semejante al que tiene hoy dia, y segun consta por una inscripcion salvada á la destructora influencia de los siglos, gozó de los derechos y privilegios inherentes á los *Municipios*.

—Que si mal no recuerdo, observó Castro á la sazon mientras el narrador se detenia para tomar aliento, eran los de gobernarse interiormente por sí mismos y obtener á veces algunos de los derechos de ciudadanía, entre ellos el importante *jus suffragium*.

—Precisamente, amigo mio; y á fe que si con la extension que de este punto, estuviésemos informados de los sucesos ocurridos posteriormente en Ateca, esta, sus moradores y la historia, nos lo habrian de agradecer en gran manera.

—Eso quiere decir...

—Que ó han ocurrido muy pocos sucesos de nota en la poblacion, ó si muchos han tenido lugar, solo de unos cuantos se conserva memoria.

—Vengan, pues, que al fin y al cabo, mejor es poco que nada.

—El primero de ellos es el paso por la villa en 1073 del célebre Rodrigo Diaz de Vivar, *Cid Campeador*, como le llamaban los sarracenos, cuando desterrado por Alfonso VI, á causa de la valentía con que en el monasterio de Santa Gadea le habia exigido por tres veces el juramento de no tener complicidad alguna con Bellido Dolfos asesino de su hermano Sancho II, emprendió la tarea de crearse con la punta de la espada á costa de la media luna, una patria en reemplazo de la que perdia, y de arrancar preciados florones de las musulmanas sienes para enriquecer con ellos la corona

de su ingrato soberano. Despues de este hecho nada sabemos ya de Ateca hasta 1139, en que, al decir del P. Mariana, mientras el *Emperador* Alfonso VII se hallaba sitiando el famoso castillo de *Aurelia*, hoy Oreja, una hueste de treinta mil hombres formada por las tropas reunidas de Aben-Gania de Valencia y Tachfin de Marruecos, se presentó ante la villa, donde á la sazon se encontraba la emperatriz D.ª Berenguela, y comenzóla á expugnar poniéndola en un grave aprieto; pero ¿qué dirán Vds. que hizo la esposa del monarca castellano en aquel trance?

—¿Resistirse con denuedo? —dijo Pravia.

—Nada de eso.

—¿Engañar á los enemigos con algun ardid ingenioso? —interrogó Azara.

—Tampoco.

—¿Rendirse? —aventuró Sacanell.

—Mucho menos.

Castro no dijo una palabra, pero su sonrisa indicaba claramente que sabia á qué atenerse sobre aquel punto.

Viendo, pues, D. Cleto que nadie daba explicacion satisfactoria, creyó que debia aclarar ya el enigma y prosiguió diciendo:

—Lo que hizo D.ª Berenguela fue enviar un mensaje á los sitiadores, exponiéndoles lo vergonzoso que era para unos tan valientes guerreros luchar contra una mujer pudiendo hacerlo con el mismo Alfonso, con lo que dejóles tan corridos, pues tal era el espíritu caballeresco de la época, que la ofrecieron retirarse siempre que accediera á dejarse ver desde los muros para que pudieran saludarla antes de marcharse, como en efecto se verificó. ¿Qué dice V. á esto, Castro?—interrogó al terminar la narracion viendo que el andaluz no dejaba de sonreirse.

—Que me perdone el venerable Mariana,—repuso este,—pero no puedo estar conforme, sino con el hecho que tengo por cierto, mas no con el lugar en que lo coloca. Y la razon es óbvia; Oreja se halla á unas ocho leguas de Toledo, y por lo tanto á muy considerable distancia de Ateca, así es que considero altamente inverosímil que unas tropas enviadas al objeto de socorrer á los sitiados por Alfonso, dieran un rodeo de tanta consideracion y tan poca utilidad; además de que segun consta por una antigua crónica á la que siguen Lafuente y otros historiadores de nota, fue en la misma capital del reino godo residencia mucho mas á propósito para una emperatriz, donde tuvo lugar el hecho referido, á consecuencia del cual, cuando los de Oreja hubieron de entregarse, fueron tratados con gran benevolencia y aun agasajo, por el Monarca que les permitió retirarse libremente á Calatrava. Además recuerde V. D. Cleto que algo sobre esto nos dijo al visitar las provincias de Guadalajara y Cuenca.

—Chico, que buena memoria has hechado—exclamó Azara al terminar Castro su razonamiento.

—Verdaderamente que ante argumentos tales no hay mas remedio que bajar la cabeza y confesarse vencido, y así lo hago con gusto por lo que á mí toca, pero sintiéndolo por la pobre Ateca que de los pocos hechos notables que en su historia cuenta, pierde el que quizá lo era mas.

—Tiene V. razon, yo he hablado ya de eso y por demás me consta que el hecho en cuestion se refiere á Toledo, mas queria ver si Vds. se acordaban de lo que sobre el particular aun cuando incidentalmente les dije. Despues de esto solo dos acontecimientos referentes á esta villa puedo citar á Vds. de la Edad media, á saber: la celebracion en 1334 de una entrevista de Alfonso XI de Castilla con su hermana D.ª Leonor, esposa de Alfonso IV de Aragon llamado el *Benigno*, al objeto sin duda, de adoptar las disposiciones necesarias para contener los progresos que el partido de D. Pedro, hijo primogénito del aragonés y de su primera mujer, á quien aquella odiaba de muerte, iba haciendo, y la conquista de la villa por D. Pedro el Cruel, hijo de Alfonso XI, en una de sus varias incursiones contra el Aragon, ocurrida en 1362.

—¿Y en la Edad moderna, no hay suceso alguno que ilustre la historia de Ateca?

—Solo tres conozco; dos del tiempo de la guerra de la Independencia y el tercero de la guerra civil, consistiendo aquellos, uno en la reunion verificada en este punto por las fuerzas al mando de D. José Duran y el célebre *Empecinado*, de órden del general Blaque, en 1810; y el otro, en el triunfo conseguido dos años despues por el general Villacampa, venido á la sazon de Murcia, sobre los franceses Launetier y Palombini. El último hecho, en fin, no puede ser mas lastimoso, y se refiere á la sorpresa verificada á mediados de diciembre de 1835 por Cabrera y Quilez, de unos setecientos hombres pertenecientes al bando isabelino, que en la poblacion se hallaban, y de los cuales fueron degollados los mas y dispersados los restantes. Hé aquí cuanto sobre Ateca puedo decirles á Vds.

Y tras estas palabras la conversacion giró sobre varios asuntos de ningun interés para nosotros. El dia se empleó parte en descansar y parte en pasear por la poblacion sin adquirir noticia alguna que ya no sepan nuestros lectores, retirándose en consecuencia los cinco amigos á su habitacion llegada la noche, con ánimo de partir al siguiente dia en direccion á Calatayud.

VIII.

Calatayud.—Su situacion.—Idea general de la poblacion, y de su término.

Conforme lo tenian determinado partieron al otro dia en direccion á aquel punto donde, llevados por el poderoso medio de locomocion llamado ferrocarril, no tardaron en llegar.

Calatayud, ciudad con Ayuntamiento, de la provincia, audiencia territorial y capitanía general de Zaragoza, cabeza del partido judicial de su nombre y perteneciente á la diócesis de Tarazona, se halla situada en la orilla izquierda del Jalon, en sitio próximo al de la confluencia de este rio y el Jiloca, y los cerros y colinas que la rodean como su extensa y hermosa vega, contribuyen á darla un aspecto por demás pintoresco y á hacer su clima templado y agradable.

Compónese la poblacion de mil y pico de casas de buena fábrica por lo general y con bastantes comodidades, en las que se albergan unas siete mil almas; está di-

vidida en dos partes, tituladas alta y baja, de la primera de las cuales hablarémos á su debido tiempo. La segunda tiene mas de sesenta calles y cási la mitad de plazas y plazuelas, y en una de ellas, tal vez la mejor, está situado el mercado.

Entre sus edificios que mas adelante describirémos, se cuentan dos colegiatas tituladas de Santa María y del Santo Sepulcro, buen número de parroquias, un palacio episcopal, un hospicio, varios conventos, dos hospitales y algunos otros. Para recreo de sus habitantes hay un teatro, una plaza de toros y diversos paseos, entre los que merece mencionarse el que situado en la parte S. E. y empezando en las mismas puertas de la ciudad se dilata como á unos tres cuartos de legua, en el cual hay un hermoso parque al que prestan gran amenidad frondosos olmos, álamos y otras variedades de árboles y plantas. Próximas á él se encuentran dos fondas bastante bien servidas y algunas posadas; los demás paseos tambien en su generalidad ofrecen bellos puntos de vista y pintorescos paisajes, pero á la naturaleza y no á la mano del hombre se lo deben.

Tambien para comodidad de los vecinos existe, en las afueras de la puerta de Alcántara y en las inmediaciones del puente de su nombre, una fuente titulada de los *Once caños*, aunque hoy dia solo tiene diez de bronce, y el agua que por ellos sale, traida por un acueducto de piedra de sillería desde una colina distante unos tres cuartos de legua de la poblacion, viene á caer en un recipiente igualmente de piedra y de forma rectangular, al que los árboles de que está rodeado, no solo le proporcionan sombra sino que le prestan gran atractivo. Hay en ella una inscripcion latina cási borrada de la que solo son legibles las siguientes palabras: *venite et bibite*, *anno* 15...; otras dos fuentes hay llamadas de Mirabella y de los Nudos, cuya antigüedad es grande, toda vez que el romano Marcial habla ya de ellas en sus *Epigramas*.

El término de Calatayud está limitado al N. por los de Torralba y Embid de la Ribera; al E. por los de Almendrilla, Sediles y Villalba; al S. por el de Paracuellos, y al O. por los de Terrer, Cervera y Ateca; su extension es de unos doce ó trece kilómetros de N. á S. y de diez y seis á diez y ocho de E. á O., y dentro de él, aparte de varias ermitas y santuarios de que tratarémos con posterioridad, hay dos barriadas que se conocen con las denominaciones de la Huermeda y Torres, y distantes ambas como una legua de la poblacion, pero situadas la primera al N. E. y mas al E. la segunda; así una como otra, tienen su correspondiente iglesia, dependientes respectivamente de las parroquias de San Pedro y de San Juan. A una media hora de la poblacion al N. y N. O., se hallan dos cementerios de buenas condiciones, y por todas partes multitud de fuentes que surten de agua la ciudad y fertilizan sus campos en union de los rios Jalon, Jiloca, Ribota ó mas propiamente Clares y el Miedes ó Brejil; el primero de los cuales está atravesado por tres puentes; el de Algar, á una media legua de la poblacion por la parte superior; el de la Fuente, frente á aquella, y el de San Lázaro en la parte inferior y á solos quinientos pasos; todos estos rios dan movimiento á varios molinos harineros, un batan y fábricas de curtidos, jabon duro, aguardiente y papel de estraza.

Igualmente pueden verse en el término diversos barrancos, entre ellos el de Ar-

mantes, junto al cual hay un dique de sólida construccion destinado á contener sus avenidas que de otro modo, pondria en peligro á la ciudad; este barranco toma un poco mas abajo el nombre de el Salto porque se precipita perpendicularmente desde una regular altura, y en sus inmediaciones existen algunos manantiales de aguas ferruginosas, que contienen magnesia y son muy buenas en baños y bebidas, para ciertas enfermedades: su temperatura es invariablemente de catorce grados del termómetro Reamur.

El terreno que en parte es de regadío, en parte de secano, y erial ó de pastos el restante, es bastante fértil y produce principalmente trigo, cáñamo y vino, además de avena, cebada, centeno, judías, y bastantes frutas y hortalizas; los pastos mantienen algun ganado lanar, cabrío y vacuno; en los bosques se encuentran conejos y liebres, codornices y perdices, y finalmente no faltan en los rios anguilas, barbos, y en el Jiloca, algunas exquisitas truchas.

Los montes que posee el término de Calatayud están formados cási en su totalidad por los terrenos secanos no cultivados, excepto algunos de dominio particular; de los que no lo son, hay una parte que ni aun sirven para pastos, pues los que producen son escasos y de no muy buena calidad; pero otra es muy á propósito para la propagacion de varios géneros de arbolado y plantas, no obstante lo cual solo hay cultivo en la falda de la sierra de Vicor; así pues, todos los montes están desprovistos de bosques, lo que se debe en parte al gasto de combustible, y los que proporcionan la caza se hallan situados en las márgenes de los rios que ya hemos nombrado, conservándose merced al celo de los poseedores de fincas bien de recreo, ó de labranza en las márgenes de aquellos, toda vez que sirven de defensa á sus propiedades.

Proporcionan alimento al ganado una extensa dehesa abundante en varias especies de plantas, y un prado natural y erial, denominado Pradejon, que mas especialmente se destina para la sustentacion de las reses vacunas. El no bastar una ni otro á subvenir á las necesidades de la poblacion agrícola, ha precisado el establecimiento de prados artificiales de alfalfa y zanahoria de los que el de la segunda, es mas extenso y de mejores resultados.

Cruza como sabemos el término de Calatayud la línea de ferrocarril que de Madrid se dirige á Zaragoza; pero además hay una carretera en la misma direccion y varios caminos transversales y locales, unos y otros muy descuidados y en pésimo estado.

Esto influye como no puede menos de suceder, en la industria, á la que no bastan las grandes y extensas vias, sino que necesita tambien de las pequeñas para su desarrollo; así es que, merced á la circunstancia antes citada y al descuido é incuria no tanto de las autoridades como de los mismos particulares, aquella se halla limitada en Calatayud, á la agrícola y las fábricas que mas arriba hemos mencionado en el campo; y á las que las necesidades de la poblacion, absolutamente exigen, en el casco de esta, habiendo muerto por completo las antiguas ferreterías que tan buenos productos proporcionaban, gracias al fino temple que las aguas del Jalon daban á los instrumentos cortantes. Tambien carece enteramente la ciudad de fábricas para elaborar el lino y cáñamo, fábricas que tan grande utilidad podrian reportar y producir artículos de tan buena calidad, dada la excelente de las materias primeras.

Como la poblacion no es escasa, el comercio interior es bastante animado y puede decirse que hay mercado todos los dias con bastante concurrencia así de productores como de consumidores; siendo no menos numerosa la que asiste á la feria anual que celebra la poblacion y que dura tres dias.

El comercio exterior, por el contrario, se reduce á la exportacion del sobrante de cáñamo, vino, frutas y algunos otros productos, y á la importacion de aquellos que exigiéndolos la necesidad ó la comodidad de los vecinos, no los produce el país.

IX.

Edificios notables de Calatayud.—Instruccion pública.—La ciudad alta.—Ruinas árabes.

—Con que, amigo D. Cleto, ¿cuándo comenzamos nuestra excursion por la ciudad, que á juzgar por las apariencias tiene no poco que ver?

Esta pregunta se hacia por el andaluz Castro á el avellanado Mentor de nuestros cuatro Telémacos que, sino en busca de su padre, iban en la de esa segunda madre que se llama *Instruccion*, y que á la sazon se hallaban en una de las dos fondas de que en otro lugar dejamos hecho mérito.

—Por mi parte ya saben Vds. que siempre estoy á su disposicion; por lo tanto no es á mí á quien debe dirigir esa pregunta sino á sus compañeros, —contestó el interpelado.

—Y nosotros á nuestra vez, dejamos enteramente á su arbitrio la fijacion del plan que crea mas conducente á nuestro propósito, con la plena seguridad de que será el mejor que podamos seguir.

—Esa confianza me honra y procuraré corresponder á ella.

—Para empezar á hacerlo,—insistió Castro, díganos V. desde luego en que vamos á emplear el dia.

—Como ya es un poco tarde, si no quieren Vds. perder por completo la mañana, nos marcharémos en seguida y visitarémos algunos de los mas notables edificios, dejando para otro dia las colegiatas é iglesias que son numerosas y algunas exigen gran detenimiento; volverémos á comer y emplearémos la tarde en pasear por los alrededores de la poblacion y examinar los restos de fortificaciones árabes que en las colinas inmediatas se conservan.

—Pues empecemos por lo primero,—dijo Sacanell tomando el sombrero y haciendo los demás preparativos propios del que va á salir á la calle.

Imitáronle sus amigos y unos y otros salian á poco de la fonda y empezaban á recorrer guiados por D. Cleto, las calles de la ciudad.

Uno de los edificios que con mas detenimiento visitaron, fue el antiguo seminario de nobles de la Compañía de Jesús, situado en la plaza de San Juan, y que entre los diversos usos á que está hoy destinado, cuenta los de hospital en el que bajo el título de la Misericordia, se han refundido los dos que con este título y el de los Lunas, existieron en otro tiempo, hospicio y casa de expósitos.

Se sube á las habitaciones por una hermosa escalera de dos ramales y la parte destinada á hospital, posee, además de varias salas cuya capacidad permite la cómoda colocacion de camas para un buen número de enfermos, una capilla denominada de San Clemente, y que si no de mucha extension, es bastante bonita y está hermoseada con cuadros y pinturas de no escaso mérito.

Las buenas condiciones del local, lo surtido de la botica que posee, y el extremado celo de la Junta de beneficencia, hacen que sea este hospital el mejor montado de la poblacion, y que en él encuentren los enfermos un esmerado trato, y una solicitud digna de todo elogio.

Otra parte del edificio ha recibido, como ya hemos dicho, el no menos humanitario destino de Hospicio y Casa de expósitos, gozando al igual de la primera, de las mismas condiciones de capacidad y comodidad para los acogidos que en ella se albergan; de los que unos son realmente expósitos, otros huérfanos y de familias que por pobreza ó imposibilidad física no pueden darles manutencion alguna. Su número es bastante crecido y además del alimento se les proporciona la enseñanza de varios oficios, cuyos productos, está destinado para subvenir á las necesidades del establecimiento.

Al abandonar el edificio, cuya inspeccion dejó muy satisfechos á nuestros amigos, dijo Sacanell:

—La vista de tanto muchacho dedicándose al trabajo, al par que me ha entristecido considerando la triste suerte de esos infelices abandonados por sus padres ó voluntariamente ó en fuerza de la necesidad, me ha causado alegría recordándome las fábricas y talleres de mi industriosa patria.

—Verdaderamente que prestan grandes servicios esos establecimientos en que no solo se ampara al desvalido, sino que se le da una educacion mas ó menos acabada, pero siempre provechosa al que la recibe.

—Y á propósito de educacion,—interrogó Castro—¿sabe V., D. Cleto, en qué estado se encuentra la enseñanza en Calatayud?

—Bastante adelantada; hay un instituto de segunda enseñanza en el que no escasean los alumnos, y no pocos colegios de instruccion primaria, elemental y superior, para ambos sexos, que se ven bastante concurridos. Debo advertir á V. y lo hago igualmente para en adelante, que al decir refiriéndome á esta ó aquella poblacion que se halla bien en cuanto á enseñanza, ha de entenderse relativamente, pues sobrado saben Vds. por desgracia, las pocas que existen en España de las que pueda decirse en absoluto que están adelantadas en tan interesante punto.

—Triste es pero cierta y justa la observacion,—dijo Pravia.

Y continuaron departiendo sobre este y varios otros temas hasta que un nuevo edificio distrajo su atencion y sus miradas.

Era la Casa consistorial.

Este edificio, situado en la plaza del Mercado, y construido en 1842, en el mismo sitio que ocupó el antiguo, derribado á causa de su estado ruinoso, es tambien de belleza notable y gran capacidad. En su fachada, de bastante buen gusto, se ostenta un

reloj y un magnífico balconaje de hierro que le presta mayor realce; en la caja de su ancha escalera, de piedra de sillería en gran parte, se ostentan dos retratos de gran tamaño, representando á D. Alfonso II de Aragon y su esposa D.ª Sancha, fundadores del monasterio de Piedra.

En el piso entresuelo se hallan la secretaría y demás dependencias, bien acondicionadas; pero lo que descuella entre todas las habitaciones, es el precioso salon destinado á las sesiones, en el que hay una sillería de nogal verdaderamente notable; el cuerpo de guardia, situado en el piso bajo, aunque ofrece poco de particular, es de bastante capacidad y propio para el uso á que está destinado.

El edificio antiguo superaba, á la verdad, en mérito al moderno, pero este, en cambio, posee mayor suma de comodidades y las mejoras inherentes al progreso que en las artes y ciencias se ha verificado en el espacio de tiempo transcurrido desde la construccion del uno á la del otro.

El palacio episcopal, construido de mampostería y ladrillo con ventanas de piedra ofrece una vista muy agradable; es digna de mencion su escalera, con una bóveda en forma de media naranja que la embellece notablemente; segun indican las armas colocadas en el frontis la construccion de dicho edificio situado en la esquina de la calle del Obispo se debe al Ilmo. Sr. D. Francisco Pedro y Reinoso, que lo fue de Tarazona.

En la plaza de su nombre se ostenta la Casa de comunidad, construida en los primeros años del siglo presente y que si agrada por su exterioridad, en nada desmerece vista interiormente, pues es de no despreciables dimensiones y algunos de los salones que contiene, llaman con justicia la atencion de cuantos pueden verlos.

Mayor magnificencia, mas grandiosidad aun, se nota en los que posee el palacio del baron de Wersag, edificado en la calle de la Rua, frente á la parroquia de San Pedro, á los que se sube por una lujosa escalera, y que en su interior se comunican por una extensa galería con antepecho de hierro que da á un patio al cual ciñe por completo. La fachada es de buen gusto y en su portada se ostentan dos columnas sobre cuyo cornisamiento hay un hermoso balcon de piedra con balaustrada de igual materia; cuando en alguna ocasion los monarcas han visitado á Calatayud, este palacio les ha servido de residencia.

No son estos los únicos edificios que, aparte de las iglesias son dignas de mencionarse, pero sí los mas notables que la ciudad encierra. Tambien lo son, aunque en menor escala, las casas solares de no pocas ilustres familias del país, cual las de los Heredias, Muñoces y otras, que restauradas cuando la destructora influencia del tiempo lo ha exigido, presentan juntas en un mismo edificio las arquitecturas propias de la época en que fueron edificadas y de la en que tuvo lugar su reparacion, sin que por esto en lo general, amengüe la belleza de su conjunto.

Unos y otros fueron visitados por nuestros amigos, apercibiéndose de cuantos detalles hemos referido acerca de ellos, y tan embebidos estaban en su entretenida y á la par instructiva tarea, que no se apercibieron de que la hora de regresar á la fonda habia sonado ya hacia largo tiempo, y solo cuando D. Cleto les manifestó que nada quedaba ya que ver fuera de las iglesias, fue cuando Pravia, sacando su reloj exclamó:

—¡Cáspita! ¿sabeis que es un poco tarde?

—¿Un poco no mas?—dijo Castro imitando la maniobra de su amigo;—dí mejor que es excesivamente tarde.

—Y que si no apretamos el paso,—observó D. Cleto,—nos será imposible volver á salir esta tarde.

—Pues apretémosle.

Y lo hicieron de modo que en pocos minutos salvaron la distancia que de la fonda les separaba.



Casas abiertas en la peña en Calatayud.

Comieron con bastante apresuramiento y tras de haber dado algun lugar al reposo, empezaron la ejecucion de la segunda parte del plan trazado por D. Cleto aquella mañana.

Una vez en la calle, este les dijo:

—Si Vds. no tienen inconveniente, antes de dirigirnos á recorrer los restos de castillos árabes que ciñen la poblacion, echarémos una mirada á la ciudad alta, que no deja de ser curiosa.

—Inútil es la salvedad; ya sabe V. que hemos dejado á su cargo el dirigirnos y puede hacerlo por donde le guste.

—Vamos, pues, hácia allá.

Y así lo hicieron efectivamente.

La ciudad alta está formada por los barrios mas antiguos, existentes en tiempo de los moros, por cuya razon recibe el nombre de Morería, y las casas de que se compone ofrecen la particularidad de estar abiertas en la misma peña, de modo que á la mano del hombre solo deben la tapia ó fachada que del exterior las separa, y el alisamiento y regularizacion interior de las paredes de la roca.

Ofrecen un aspecto, sí extraño, á la verdad nada agradable estas habitaciones, no ya construidas, sino practicadas en la base de enormes peñascos que parecen una amenaza perenne á los imprudentes que bajo ellos se atreven á anidar.

Hoy dia solo mora en aquellas cuevas, que tal podemos llamarlas, la poblacion indigente, la que falta de todo medio de subsistencia ve un precioso recurso en lo que seguramente á hallarse en otra posicion, miraria con horror y menosprecio.

Recorrida ya por D. Cleto y sus acompañantes la ciudad alta empezaron la tarea de visitar las ruinas de los castillos árabes ya mencionadas.

Numerosas son estas y dignas de llamar la atencion no pocas de ellas.

En la mas elevada de las colinas que á Calatayud circundan, se ostenta un castillo conocido bajo la denominacion de Plaza de armas, á causa de la que contiene, cuya forma es semielíptica y en la que hay un pozo en forma de cuadro que hoy está seco; completan el cuerpo del edificio dos recintos embovedados y una bodega circular formada en la peña, una y otros de cortas dimensiones, además de dos torreones cuyas extremidades afectan la forma de octaedros, y en cuyas escaleras espirales pueden verse algunos arcos en no muy buen estado. Frente al castillo, por la parte que mira al N. hay un rebellin de unos ciento treinta pasos de longitud y doce de latitud.

Tres castillos mas de la misma clase forman la línea de fortificaciones árabes de que nos estamos ocupando y en los espacios que entre ellos median están colocados á distancias iguales, hasta treinta torreones de forma cuadrada.

Los nombres de dichos tres castillos son de la Peña, de D.ª Martina y de el Reloj; el primero de estos se halla transformado en el santuario de Nuestra Señora de la Peña, cuya imágen, escondida en este sitio por los cristianos con motivo de la persecucion de Diocleciano, fue, andando los tiempos encontrada, si á la leyenda ha de darse crédito, á causa de haberse observado junto al lugar de su ocultacion, una viva luz parecida á una estrella, oyéndose á la par un ruido sordo lo que indujo á cavar la tierra por aquella parte, y proporcionó la dicha de la invencion de la milagrosa Imágen.

Construido un santuario en el mismo lugar del hallazgo algun tiempo despues, en 1343 hubo de ser reedificado por los moradores de la ciudad, á causa de haberse derruido, pero veinte y cuatro años despues, en una de las varias incursiones practicadas por D. Pedro *el Cruel* en territorio aragonés, sufrió destrozos de consideracion, sobre todo en la bóveda, contra la que arrojaron los castellanos proyectiles esféricos de piedra de tres y cuatro arrobas de peso. A principios del siglo inmediato, D. Martin

lo que en union de aquel, del primero y de la alameda forma un extenso paseo que seria delicioso sino se dejaran sentir en él las mareas del rio, en invierno y verano, poco despues de ponerse el sol.

En la parte N. E. de la poblacion se halla otro paseo denominado del Campo de san Francisco que, empezando en el extremo de la calle de la Merced, abraza una extension de terreno considerable.

Hállase en él un buen calvario de piedra, de cuyos pedestales se aprovechan los transeuntes para sentarse, y el monasterio que fue de religiosos franciscanos.

Este edificio es notable por su iglesia, cuya nave es verdaderamente colosal y proporcionadas á ella las rasgadas ventanas que en el cubo formado por la capilla mayor habia y que hoy se encuentran cerradas sin mas aberturas que las estrictamente necesarias para dar luz á aquella parte: el coro, sostenido por un arco de bóveda es de regular extension y su sillería no despreciable. Sin embargo de estas buenas condiciones, la desconcertada y desacertada disposicion de los altares, y lo descuidado de una capilla de san Bernardino que se halla hasta sin verja y forma un extraño contraste con otra de moderna construccion bajo la advocacion de san Antonio, en la que hay un altar bastante decente, dan al interior un aspecto feo y desagradable.

El convento, de no escasas dimensiones, está pésimamente distribuido y entre sus habitaciones con dificultad podrá hallarse una que merezca el nombre de regular, no siendo tampoco mas digna de llamar la atencion, su escalera.

El edificio está construido en parte de piedra y en parte de ladrillo con algunos trozos de tapia y tiene cabida para unos treinta monjes si bien nunca han llegado á este número, ni aun cuando en él se estableció un colegio de filosofía.

Su antigüedad es cási la de la época en que floreció su santo tutelar y fue pertenencia primero de claustrales y despues de menores. Sobre la puerta principal están las armas de la casa del conde de Altamira, que un tiempo tuvo el convento bajo su patronato, en señal del cual daba á los monjes cierta cantidad anual de trigo.

Rodean este edificio, célebre bajo el punto de vista histórico por haberse hospedado en él D. Pedro I el *Cruel*, una tapia ó cercado de piedra que abraza un buen espacio de terreno destinado cási en su totalidad á prado y el resto al cultivo de legumbres regadas con norias.

A pocos pasos de este, hállase un tercer convento tambien de frailes, pero de la órden de la Merced; es mucho mas reducido que el de franciscanos, aunque bien pueden en él acomodarse unos veinte monjes, y se compone de una luneta y claustros superiores de poca extension, pero con buena ventilacion é inmejorables luces; sus celdas sino muy desahogadas, disfrutan de bellas vistas pues unas dan á la espaciosa huerta aneja al edificio y otras al paseo que atraviesa el Duero á unos diez pasos del edificio.

La iglesia consta de tres naves separadas por delgadas pilastras y dos altares, pues otros tres mas que en ella habia han sido trasladados á distintos templos de la diócesis. ¡Lástima que todo el edificio se halle en un estado ruinoso deplorable!

No muy léjos de este convento se halla la capilla de Jesús Nazareno, cuya visita

suspendió D. Cleto aquella mañana, segun ya sabemos y que por lo tanto se apresuraron á examinar él y sus compañeros antes de que se hiciera mas tarde.

Encuéntrase esta capilla frente al puente que hay sobre el Duero por aquella parte, en un terraplen algo elevado sostenido por una pared de gran espesor y que si por la parte anterior forma una especie de pretil y deja el espacio suficiente para un patio, por la posterior, apenas si queda el necesario para poder dar vuelta á la capilla.

Esta ofrece desde luego un golpe de vista sumamente agradable: su solidez es grande, pues está construida con piedra y su forma la de un octógono de bastante elevacion; la puerta se halla en uno de sus lados y los otros siete corresponden á siete altares que hay en el interior.

Recibe luces por ocho arcos abiertos en su gran cimborrio y contribuye mucho al buen efecto que produce el conjunto, el ser de pizarra trabajada con bastante primor el tejado y todo el chapitel. En el sitio en que hoy se encuentra dicha capilla á cuyo tutelar profesan especial devocion los vecinos, se hallaba antes la parroquia de Santiago, agregada mas tarde como sabemos á la de Santa María del Campanario, á causa de haberse arruinado.

El puente que está próximo á esta capilla y cuya construccion se remonta á algunos siglos atrás sin que podamos precisar la fecha, es todo de piedra de sillería y consta de trece ojos de mas que regulares dimensiones, sobre todo los ocho centrales; su longitud total es de poco mas de ciento noventa y seis varas: su anchura de cinco, y de nueve su máxima elevacion sobre la superficie del agua: tiene una barandilla de cinco cuartas de altura.

La figura de dicho puente no es rigorosamente plana sino que por ambos lados va elevándose insensiblemente hasta llegar al centro, donde alcanza la elevacion que hemos citado. No obstante la solidez de los estribos y de toda la obra en general, la circunstancia de haber en sus inmediaciones algunas isletas en medio del rio le perjudica de una manera notable, pues dividiendo la corriente hace recaer toda la fuerza de esta sobre los arcos extremos que son precisamente los mas débiles; así es que á cada inundacion padece mucho no obstante su gran fortaleza.

Todas estas y otras varias particularidades menos importantes fueron notando nuestros infatigables viajeros hasta llegar á la puerta de Herreros, situada al S. E. de la poblacion, y por consiguiente, hasta haber dado cási por completo la vuelta á la poblacion.

Esta puerta sin tener las condiciones de arquitectura y fortaleza que recomiendan la del Mercado, no deja por eso de ser apreciable bajo ambos aspectos, sobre todo bajo el segundo; pues sus dos grandes cubos de igual altura que la muralla la dan un aspecto imponente, por mas que sean incapaces de compararse con los fortines que preceden á la última.

Durante el camino D. Cleto segun costumbre, les dió cuantos datos poseia respecto á Almazan; datos que completó al llegar á su casa con los apuntes que de veces anteriores tenia hechos y resultó de sus noticias que el término de la villa confina por el N. con Belacha, Matas de Súbias y Tardelcuende: por el E. con Perdices, la Milana,

—Sea como V. quiera, dijo Pravia.

Y en vista del asentimiento tácito de los otros tres, añadió el anciano:

—En ese caso empezarémos por Santa María la Mayor, que es la mas antigua.

—¿De muy remota fecha? interrogó el andaluz.

—Bastante: primero fue mezquita árabe, y se ignora cuanto tiempo llevaria haciendo este oficio cuando Alfonso *el Batallador*, apoderándose de la ciudad en 1120, la transformó en templo cristiano, erigiéndola en colegial y dotándola con rentas, que fueron despues confirmadas por el monarca de Castilla, Alfonso tambien, cuando en 1135 entró en el reino con motivo de la muerte del aragonés; en ella se celebraron en tiempo de D. Pedro IV las primeras cortes que en Calatayud tuvieron lugar, alojándose el Rey durante ellas en el palacio del obispo, que visitamos ayer.

—¿Qué categoría ocupa hoy? porque yo á la verdad no soy muy fuerte en este punto.

—Es la silla del Arcedianato de Calatayud y se la conoce con el título de Insigne iglesia colegial de Santa María la Mayor.

Al decir estas palabras, llegaron precisamente á la plaza del mismo nombre, donde se halla la puerta principal de la citada colegiata. Precede á aquella un atrio de piedra, y una portada con numerosas columnas, que en los basamentos, frisos y cornisas ostentan adornos de gusto y trabajo no despreciables, como tambien estatuas colocadas en sus correspondientes nichos, entre las que sobresalen dos, de tamaño natural, representando á los apóstoles san Pedro y san Pablo.

Vénse entre el arco y la cornisa una imágen de la Asuncion y dos Ángeles, con lira el uno y el otro con harpa á sus costados todo de piedra y de medio relieve; y sobre la cornisa cubierta toda ella por un tejado, hay otro grupo que representa la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles. Finalmente en los costados existen dos lápidas con inscripciones bastante antiguas.

—Hermosa portada,—exclamó al verla Sacanell;—si el interior es por el mismo, estilo no voy á perdonar á D. Cleto el no haberla colocado en primera línea en su plan de ayer mañana.

—Pues si no contara con su indulgencia, ya podia contarme entre los no perdonados.

—Entremos, pues, en el recinto, si hemos de convencernos de ello.

—Como Vds. gusten.

Penetraron con efecto en el interior y al primer golpe de vista hubieron de confesar que no les habia engañado su *cicerone*.

Compónese el templo de tres naves cuya longitud es no menos de cincuenta varas y su latitud, de catorce la central, y cerca de diez las laterales; su planta es cruz latina y en su recta cabeza, se ostenta el retablo mayor y un altar á uno de los lados con la imágen de Nuestra Señora de la Peña.

La bóveda, blanqueada y embellecida con molduras de varias clases que en su centro llevan dorados rosetones, está sostenida por veinte columnas resaltadas, de pedestales lisos y de poca extension. En los costados de la iglesia hay ocho ventanas circula-

res cuyo diámetro es de cinco palmos; las diez capillas que posee, todas de diferente construccion y con su correspondiente enrejado y el escudo de las familias á quienes se debe su ereccion, están distribuidas de la siguiente manera: dos de ellas en la cabeza de las naves, tres en el costado derecho, dos en el izquierdo y otras tres al pié.

Es notable la central de estas últimas, cuyo frontis está muy bien acabado y que tiene una media naranja y cúpula de trabajo bastante esmerado; posee tambien dos grandes cuadros de iguales dimensiones y no escaso mérito. Tambien merecen citarse la que se halla al lado de esta y la última del costado derecho, que igualmente posee su media naranja con cúpula y dos estatuas de yeso, una de ellas con una ancla.

La media naranja y cúpula del templo es preciosa; hay en su superficie cuatro ventanas rectangulares de dos varas de altura y una de ancho, y en ocho nichos otras tantas estatuas doradas de tamaño natural; en las intersecciones se ostentan igualmente dorados en relieve, los cuatro Evangelistas; todo de buen gusto y bien trabajado.

Despues de haberse hecho cargo de todas estas particularidades, algunas de las cuales no pudieron menos de arrancarles exclamaciones de admiracion, apenas contenidas por el respeto á tan santo lugar, pasaron nuestros amigos á visitar el coro, validos de su calidad de forasteros, que les facilitaba en esta como en las demás partes, lo que á otros quizás hubiera sido mas difícil obtener.

El coro de esta colegiata es bajo y se apoya en cuatro de los diez pilares que sostienen la nave interior de la que ocupa una tercera parte; tiene frente al presbiterio un bello enrejado de bastante elevacion con balaustrada de bronce, sostenida por pedestales de mármol negro con varias molduras de jaspe; osténtase sobre este enrejado otra imágen de Nuestra Señora de la Asuncion, pero de mayor tamaño que la de la fachada y rodeada de una nube de ángeles.

Dando vuelta despues al coro un balconaje con antepecho de yeso, á la parte exterior de los costados, hay veinte columnas sueltas de órden corintio en mosáico de mármol negro, cuyas cornisas están adornadas por estatuas de yeso de diferentes tamaños representando la Purísima Concepcion, la Vírgen del Pilar, san Roque y otros Santos, siendo los dos últimos Santiago y san Jorge á caballo; en las extremidades se encuentran siete altares, dos puertas bastante pequeñas y ocho estatuas mas.

Visto ya el coro restaba solo á D. Cleto y los cuatro jóvenes visitar la torre del templo, y no quisieron omitir este requisito; por lo tanto sin que les impusiera la prolongadísima y cási interminable escalera de caracol que hace asequible el campanario, comenzaron la ascension, y aunque fatigados lograron al fin gozar de la hermosa vista que desde un tan alto punto de mira, se disfruta.

El material de que está construida la torre es de ladrillo, y termina en un hermoso capitel y aguja cubierto aquel de planchas de plomo. Despues de haberse detenido algunos momentos en el campanario, emprendieron de nuevo la tarea de bajar al templo que muy luego abandonaron, mas por su segunda puerta, situada frente á la primera é igual á esta con la sola diferencia, de dar á un claustro rectangular en el que se halla la sala capitular de la misma forma y bastante espaciosa, á la que adornan cuadros y retratos de bastante mérito, contándose entre los últimos los del arzobispo

de Zaragoza y obispo de Tarazona, D. Martin Terrer, de D. Juan Miguel Perez de Olneros, caballero infanzon de Calatayud y otros varios de personas ilustres.

Dicho claustro, que deja en el centro un pequeño patio, tiene salida á la calle de las Almas y por ella tomaron nuestros amigos en direccion á la segunda colegiata titulada Insigne iglesia colegial Real y Regular del Santo Sepulcro.

Por el camino D. Cleto les dió noticia de la composicion del cabildo de Santa María organizado en la forma que á su categoría corresponde.

Este templo es tambien parroquia y su servicio se halla hoy dia á cargo de un canónigo magistral que tiene como ayudante un regente; el curato es de término y reside en el cabildo.

Á la parroquia está unida como filial la iglesia titulada de la Consolacion, que sirve un capellan llamado Racionero de la Consolacion. Tambien como sabemos al cabildo de la colegiata se le agregó el de el templo de Nuestra Señora de la Peña del que ya hemos hecho mencion en otro lugar.

Durante todo el tiempo que invirtieron D. Cleto y sus compañeros en trasponer el espacio que separa una colegiata de otra, la conversacion giró sobre la que acababan de abandonar, que les causó gran admiracion.

—Buena poblacion es Calatayud, dijo Sacanell, pero no creia que encerrara en su recinto una joya de tanto valor.

—Verdaderamente que es muy superior á lo que yo esperaba.

—Pues ahora verán Vds. otra que en nada desmerece de esta.

—Aunque creo en su palabra, desconfio que pueda igualarla.

—Y yo á mi vez afirmo que la colegiata de Santa María solo aventaja á la del Sepulcro en la fecha de su construccion.

—¿Es muy posterior?

—La ereccion de la colegiata tuvo lugar en 1156 en virtud de una convencion habida entre la órden del Santo Sepulcro y el conde Ramon Berenguer, á causa del extraño testamento de Alfonso el *Batallador*, legando su reino á las órdenes militares, y se la concedieron por diversos monarcas multitud de privilegios, pero no fue consagrada hasta 1249 por el Ilmo. D. Pedro de Albalate.

—Entonces la diferencia es corta.

—No tal, sino muy grande, porque del antiguo edificio solo se conservan un claustro y algunas habitaciones del palacio prioral y de los canónigos; el que hoy vamos á ver fue construido á principios del siglo XVII, y á la verdad que es bastante inferior al antiguo.

—Siempre que merezca la pena de verlo...—expuso Sacanell.

—De no ser así les hubiera á Vds. ahorrado la molestia de ir á visitarlo.

—Dispense V. que me haya atrevido á poner en duda el celo é inteligencia de tan amable é instruido *cicerone*, —dijo el catalan con jovial acento.

—Está V. dispensado.

—No esperaba menos de su bondad.

Y el diálogo se interrumpió al llegar á este punto, pues nuestros amigos se encon-

traban precisamente frente á la segunda colegiata de Calatayud, cuyas tres grandes puertas adornadas con bajos relieves de bastante mérito á las que precede un espacioso atrio de piedra, parecian invitarles penetrar en ella.

Hiciéronlo así, no sin haberse detenido algunos momentos á admirar lo ostentoso de la fachada, sus dos cuadradas torres de ladrillo con capiteles cubiertos de pizarra, y el magnífico sepulcro de mármol blanco en medio relieve, que en la portada se admira.

Tres son tambien las naves que componen el templo, de alguna menor longitud que las de Santa María, y bastante mas estrechas las laterales; en la central, adquiere la bóveda, sostenida por diez pilastras con dóricas columnas de un grosor considerable, una mayor elevacion, y toda ella está adornada por molduras rectilíneas que afectan diferentes formas y forman distintas combinaciones.

En la elíptica cabeza de la cruz latina que figura su planta semejante en esto á la de la otra colegiata, encuéntrase el tabernáculo cuya bóveda, con doradas molduras en ambas superficies y terminada por una escultura de madera imitando alabastro que representa la Resurreccion, se apoya en seis columnas de estilo corintio y elevados pedestales, con bases, frisos, cornisamentos y capiteles en que el amarillo color del oro ha sustituido á la mezcla blanca y pajiza del jaspe de que están construidas. Igualmente dorado, aunque de materia mas humilde es el Santo Sepulcro que se ve entre las columnas, y si bien el trabajo del artista ha procurado suplir en la madera la falta de valor material, adornándola con multitud de labores, imposible es que pueda hacer olvidar la rapacidad francesa que en nuestra última gloriosa epopeya, nos privó de la rica pieza de plata labrada á la que sustituye (1).

De madera son tambien las cuatro estatuas de tamaño natural que ostentan los atributos de la Pasion y se hallan colocadas, dos sobre las puertas del tabernáculo, y á los lados de la bóveda las restantes; son obras de bastante buen gusto, y prestan á este no poco embellecimiento.

El presbiterio de la iglesia es verdaderamente notable; súbese á él por una gradería de mármol negro y blanco, y si apenas puesto el pié sobre los azulejos de su pavimento se eleva en derredor la vista, por doquiera se ve la riqueza del jaspe realzada por el trabajo del artífice, tanto en las paredes de los costados como en los antepechos de los dos elevados balcones en que terminan. Llaman la atencion aquellas cuatro extensas planchas grisadas con algunas estrechas vetas de colores variados, de tan fino pulimento, que mas que trozos de opaco jaspe parecen á primera vista brillantes espejos; ellas solas constituyen una verdadera joya tanto por el mérito que suponen la cualidad antedicha, como por el que le da su nada comun tamaño. Dos órganos laterales de hermosas voces completan el adorno del presbiterio que es sin duda alguna lo mejor del sagrado templo como obra artística y de gusto.

Notable es tambien la doble sillería de nogal del coro, situada á la espalda del tabernáculo, por las columnas corintias y delicados relieves de sus respaldos, de los cua-

(1) La estancia en Calatayud de las tropas francesas durante la guerra de la Independencia costó á la colegiata del Santo Sepulcro, la pérdida de esta y otras muchas joyas hasta el peso de treinta y cinco arrobas.

les merecen especial mencion los de las sillas prioral, que representa á san Alberto, y del canónigo reglar, en la que se ven las imágenes de las tres Marías.

En el resto del templo hay dispuestos con regularidad ocho altares de los que mencionarémos los dos que se hallan á la cabeza de las naves de los costados, de arquitectura corintia, construidos de madera dorada y con unas tablas en relieve en las que están representadas todas las escenas de la sagrada Pasion.

De los dos testeros del crucero, uno está ocupado por la capilla de Nuestra Señora de Guadalupe, la cual forma la parroquia de San Márcos, que se venera en un retablo; en el segundo testero se halla la puerta de la sacristía formada por dos salas rectangulares, en una de las cuales está la sepultura de la noble familia de los Gilmanes, de cuya propiedad es una capilla que en la misma hay, bajo la advocacion de Nuestra Señora de Voldue, en cuyo altar descuellan las esculturas de la Ascension y varios otros Santos, colocadas bajo urnas de cristal; un escudo de armas que campea en el mismo, demuestra quienes son sus propietarios.

Dan luz á todo el templo gran número de ventanas de distintas formas cási todas con cristales de colores entre las que son notables, seis que figuran las margaritas del templo de Salomon y algunas que representan ángeles con atributos de la Pasion.

La iglesia se halla servida por un prior, un subprior y varios canónigos, racioneros, capellanes de coro y dependientes que son necesarios; finalmente la parroquia está á cargo de un cura párroco.

XI.

Parroquias de Calatayud.

Además de las dos existentes en las colegiatas anteriormente descritas, hay en Calatayud las parroquias de San Andrés, San Benito, San Juan, Santa Lucía, San Martin, San Miguel, San Pedro, Santiago y San Torcuato. De todas ellas hablarémos sucintamente, marcando solo lo mas notable de cada una.

La primera es una iglesia de tres naves bastante largas pero de poca amplitud, cuya bóveda sostiene dos órdenes de pilares cuadrados y cortados á chaflan que terminan en unos rosetones y de los que parten los arcos apuntados, adorno é inmediato apoyo de aquella; sobre la imposta del templo, hay cinco ventanas arqueadas y de la misma forma es la puerta que le da entrada. La octaédrica torre de esbelta forma y elevada altura, construida de ladrillo como el resto del edificio, es lo mas notable que este encierra.

La parroquia de San Benito se halla situada en el monasterio de monjas benitas, cuya fundacion es antiquísima; el templo consta de una sola nave, cuya planta en forma de cruz latina, mide unas veinte y siete varas de longitud y cási doce de anchura, en cuyos lados, seis pilares cuadrados y de base llana pertenecientes á la arquitectura dórica, forman cuatro capillas de gusto corintio semejante al del altar ma-

yor. A pesar de lo poco digno de atencion que hay en esta iglesia se celebran en ella las fiestas del patron de la poblacion san Iñigo, y otras varias á las que asiste el cabildo de las colegiatas y que se ven favorecidas por una numerosa concurrencia de fieles.

Tambien de una sola nave, aunque de mucha mayor extension es el templo de San Juan, cuya bóveda sostienen ocho pilares corintios con pedestales de piedra; llama la atencion la elevada media naranja, por el balaustre que recorre toda su circunferencia; sus ocho arqueadas ventanas con claraboyas y la bella cúpula en que termina. Al presbiterio se sube por dos gradas de mármol blanco y negro, materia que ve igualmente empleada en su pavimento, en la bóveda del altar mayor y en los pedestales sobre que se apoya el cuerpo de este, además del cual, hay otros seis en sus correspondientes capillas á ambos lados del templo y dos de madera sin pintar en los testeros del crucero, no estando tampoco pintados los balcones de los costados del presbiterio en uno de los cuales se halla el órgano, y en el otro el coro que nada ofrece digno de atencion. La sacristía que se compone de tres salas rectangulares adornadas con cuadros y retratos de bastante mérito, es de lo mejor del edificio, al que dan entrada dos puertas, la principal que da á la plaza de San Juan y es la mas notable y otra secundaria que sale á la calle del Viento, sobre la cual se alza la torre cuyo capitel está cubierto de plomo y pizarra.

Santa Lucía, es una iglesia sencilla que consta de una sola nave lisa de fábrica de mampostería y ladrillo en la que solo hay dos altares además de el mayor, pero á la que hacen notable las dos hermosas sepulturas que existen en su pavimento. En una de ellas se ve en relieve sobre una losa de alabastro, la figura completa de un comendador en hábito de templario, sobre cuyo costado izquierdo se ostenta la cruz de la órden de san Juan y en mitad del pecho la del Temple sobre la que descansa la empuñadura de la espada. Vése á su alrededor en letras algo borradas la siguiente inscripcion: *Fray Miguel Martinez de Marcilla, comendador del Temple de Huesca, de edad de* 67 *años á* 21 *de enero de* 18...; la otra sepultura es de igual extension que la anterior y su losa está fabricada de la misma materia, pero no contiene figura alguna: de su inscripcion se deduce que reposan en ella los restos mortales de otro comendador de la órden de san Juan.

La iglesia de San Martin, fabricada de ladrillo y mampostería, consta de tres naves de cortas dimensiones, dos laterales y una central mas elevada, pero todas con bóvedas lisas, y sostenidas por pilastras exornadas de columnas de órden toscano sin base ni pedestales; nada ofrece de particular y solo en su sacristía llama la atencion el sepulcro de los Muñozes de Pamplona, hoy del conde Arquillo; tenia una torre pero fue destruida en la guerra de la Independencia por su demasiada proximidad á uno de los fuertes y desde entonces no ha sido restaurada.

De antiquísimo orígen es el templo de San Miguel, formado por una sola nave en la que diez pilares de bajo pedestal y órden compuesto, sostienen la bóveda, bajo la cual hay seis capillas á uno y otro lado y en el extremo superior el altar mayor, en el que se ostenta un cuadro representando al Santo titular de la parroquia, pintura de bastante mérito, no siendo tampoco escaso el de un retrato del famoso predicador

Fr. Miguel Ruzola, que adorna el presbiterio. A aquel se le hace una fiesta anual, á causa de atribuirse á su mediacion el haberse salvado su barrio, exclusivamente, de una fuerte epidemia que afligió la ciudad á mediados del pasado siglo.

La gótica iglesia de San Pedro, cuya puerta principal adornan delgados arcos y varias estatuas y figuras, y cuya almenada torre de forma cuadrada, fue demolida por causa de su inclinacion hácia el punto en que debian hospedarse D.ª Isabel II con su familia cuando en 1840 se detuvieron en Calatayud á su paso para Barcelona, la iglesia de San Pedro, repetimos, se compone interiormente de tres naves de ochenta piés de longitud, y treinta de latitud la central, contando solo la mitad las de los costados; dos órdenes de grupos de columnas lisas, sin pedestales y con remates circulares, sostienen la bóveda que se apoya inmediatamente en los arcos apuntados que de ellas arrancan; el coro que estuvo antes en el centro, hoy se halla en el presbiterio y cerca de él una lápida de negro mármol dice á los que se acercan á leer su semi-borrada inscripcion, que en aquel lugar yacen los restos mortales de D. Eugenio Breton, caballero de la órden de Santiago.

Este último nombre es el de otra de las parroquias de Calatayud, que compite en antigüedad con la de San Miguel y que á juzgar por algunas señales que en ella se observan debió algun tiempo estar destinada á mezquita; tres naves la constituyen de arquitectura gótica, pero ha de haber sido modificada y reformada diferentes veces pues no de otra manera se explican los trozos tan diferentes en gusto y época de construccion, que en ella se ven.

Finalmente la última de las parroquias que hemos enumerado es San Torcuato cuya iglesia es tambien de tres naves algo mas cortas y estrechas que las de la anterior, y posee nueve altares, el mayor y ocho laterales, entre los que merece citarse el en que se venera la antigua imágen del Cristo de las Batallas; en la sacristía descuellan dos retratos al óleo de medio cuerpo, pinturas de bastante buen trabajo.

Además de las parroquias que hemos ido sucesivamente describiendo, existen en Calatayud, abiertas al público, otras varias iglesias entre las que solo citarémos las mas importantes.

Es una de ellas la del convento de clarisas, que antes fue de franciscanos, cuya única nave es de gusto gótico, con bóveda sostenida por los arcos apuntados que de diez pilastras arrancan; su planta forma cruz latina, á la cabeza de la cual se halla el altar mayor y ocho mas en los dos costados del templo, que por su gusto y arquitectura claramente demuestra haber sido construidas en varias épocas; de todas ellas es la mejor la segunda del costado izquierdo, concluida sin omitir trabajo ni gasto de ninguna especie.

Tambien merece citarse la del monasterio de dominicas, pues si bien su nave circular como su media naranja y cúpula poco de notable ofrecen, eslo y mucho un sepulcro de mármol negro que hay en el presbiterio, en el cual y en una capilla de la misma materia, se ve una estatua de tamaño natural esculpida en alabastro, representando al fundador del edificio en actitud de orar; en dos lápidas laterales tambien de mármol de igual color, pueden leerse dos inscripciones, una de las cuales dice:

Acabada la obra de esta iglesia y monasterio, á su fundador D. José Palafox, lo hicieron obispo de Jaca; la segunda es mas extensa y consta de estos términos: *El Dr. D. José Palafox, capellan del rey y primer canónigo magistral de Zaragoza, á honra y gloria de la santísima Trinidad y de la Virgen María Madre de Dios y de la órden de santo Domingo, esta iglesia y monasterio de monjas, de sus fundamentos lo levantó, dotó y dedicó en remision de sus pecados el* 12 *de mayo de* 1625.

El convento de las Salesas posee igualmente su iglesia de una sola nave y con planta de cruz latina que mide veinte y cuatro varas de longitud y de anchura poco mas de catorce; seis pilares con pedestales de órden corintio sostienen la bóveda, y en uno de los costados hay un retablo de vara y media de altura, que representa la imágen al óleo de la fundadora de la órden de la Visitacion, santa Juana Francisca Tremiot.

En fin, el templo del edificio que ocupan las capuchinas es tambien de una sola nave y su planta de la misma forma que la del anterior; los seis dóricos pilares de basa llana en que se apoya la bóveda, forman cuatro capillas, únicas que además del altar mayor encierra la iglesia, sin que ni este ni aquellas ofrezcan nada digno especial mencion. El retrato al óleo del canónigo D. Bernardo José Peralta con el traje propio de su clase y en disposicion de orar, que se halla en la sacristía, es una buena pintura, cuya inscripcion demuestra que el original habia hecho á la casa grandes beneficios.

Alguna otra iglesia hay además de las que llevamos enumeradas, pero de poca importancia; de todas ellas visitaron nuestros amigos las principales, admirando cuanto digno de nota encontraban, y los conocimientos del instruido é infatigable D. Cleto les dieron una idea de las que no habian podido ver, de manera que al regresar á la fonda tenian conocimientos aproximados sino exactos de todas ellas.

En su larga expedicion llamóles la atencion un edificio de agradable apariencia, en el que, una lápida engastada sobre un arco ojivo les hizo detenerse para leer su inscripcion; decia esta en caractéres góticos: *Este es l'espital de Sant Johan de los labradores.*

Y efectivamente aquel es el segundo de los dos hospitales con que cuenta Calatayud.

XII.

Historia de Calatayud.

A media legua del sitio en que hoy se levanta Calatayud existió en remotos tiempos una ciudad cuyos moradores respiraban el libre ambiente de la Celtiberia.

Era *Bilbilis*, la famosa por sus ligeros corceles y no menos celebrada por sus espadas de fino temple, de que abastecia á toda la comarca. Sencilla, cual la de todo pueblo primitivo; feliz, como lo es la de la libertad, debió transcurrir la existencia de esta poblacion hasta que extrañas gentes se encargaron de turbar su reposo.

El avasallador poder de los romanos que si no domeñaron á su hermana Numan-

cia, arrastráronla al suicidio, no podia dejar de hacerse sentir en *Bilbilis;* sujetáronla, pues, y la conocieron; conociéndola, la admiraron, y admirándola, la ennoblecieron: el dictado de *Augusta*, las categorías de República y Municipio y el privilegio de acuñar moneda, fueron el tributo de consideracion que la orgullosa señora del Lacio hubo de pagar á la modesta ciudad celtíbera.

No por ello dejó de llorar esta su libertad perdida, que las doradas cadenas del esclavo, cadenas son al fin, y bien lo prueba su favorable espíritu á Sertorio, cuando este ilustre y valiente general concibió la levantada idea de emanciparse del poder de Roma, tiranizada por el aborrecido Sila, y hacer de España una nacion independiente. Con la traidora muerte de este caudillo desaparecieron para *Bilbilis* las esperanzas de independencia, y si bien no por eso dejó de ansiar recobrarla, la templanza y política del sobrino del César, del primer emperador romano, de Octavio Augusto, en fin, acabaron por desarmarla y aun por hacerla consignar en sus monedas la gratitud que su conducta con los españoles todos y especialmente con los celtíberos, le habia granjeado.

Entre varias de las monedas que del Municipio bilbilitano se conservan, dedicadas á Augusto, Tiberio y otros emperadores, citarémos dos de las primeras, cuyas inscripciones sirven para confirmar nuestro aserto, y que representan la efigie de Octavio con la cívica corona de encina, por haber terminado las guerras que ardian en nuestra patria.

Una de las inscripciones dice así:

AVGVSTVS DYVY F.
MV. AVGVSTA BYLBYLYS
M. SEMP. TYBERY
L. LYCY VARO.
Ñ. VYR.

La segunda es mas notable, pues en ella se da el Emperador el dictado de *padre de la patria,* que dos años antes de la venida de Jesucristo le confiriera el senado romano.

Dice lo siguiente:

AVGVSTVS DYVY F.
PATER PATRYÆ
MVN. AVGVSTA BYLBYLYS
L. COR. CALYDO
L. SEMP. RVTYLYO
Ñ. VYR.

San Paterno, y segun algunos, san Pedro, san Pablo y san Márcos, fueron los encargados de abrir los ojos de los bilbilitanos á la clarísima luz de la verdadera fe, y que no hubieron de hacerlo sin fruto, lo prueba el conato que siempre pusieron estos en conservarlo, aun en las circunstancias mas precarias y azarosas.

Tales son los únicos recuerdos que de la dominacion de Roma conservó *Bilbilis,* á la que dotó aquella de un famoso teatro, diferente en un todo de los demás de su época así romanos como españoles; recibiendo, de la ciudad celtíbera á cambio de tantos

favores como la dispensara, una de las mas preciadas joyas de la esplendorosa corona que como reina de la civilizacion y la cultura ciñera un tiempo la señora del mundo: el epigramático poëta Marcial, quien segun la feliz expresion de un concienzudo escritor, esperando que su patria le inmortalizara como Mantua á Virgilio y Córdoba á los Sénecas y Lucano, fue por el contrario quien describiendo con amor los nativos lugares, comunicó á *Bilbilis* su propia inmortalidad (1).

La invasion de los godos en nada influyó para la existencia de *Bilbilis;* conservóse hasta con el mismo nombre que tenia y su vida desde el siglo V al VIII, desde la dominacion gótica á la sarracena por ningun hecho notable se distingue. No debe esto extrañarnos porque igual fenómeno se observa en cási todas las ciudades de la península, aun las mas importantes; la corrupcion de la sociedad romana infiltrada en todos los pueblos á que extendia su dominacion, les habia enervado y privádoles de actividad y movimiento; de aquí el quietismo y aparente falta de vida de cuantos países holló la planta de las hordas septentrionales, reactivo, violento, pero eficaz, deparado á ellos por la Providencia para hacerles arrojar de su seno el virus que la brillante, pero defectuosa civilizacion de Roma les habia infiltrado.

Llega el año 711. A los bárbaros del Norte sustituyen los del Mediodía; los godos son arrollados por los sarracenos que con una rapidez espantosa se apoderan de toda la península cási sin resistencia; pero las circunstancias eran diferentes, ya no se trataba de un pueblo íntimamente corrompido, sino de un pueblo momentáneamente enervado por la inmoralidad de los reinados de sus últimos monarcas, que en el primer instante de sorpresa no habia podido por menos de entregarse á los invasores. Cierto que esta sorpresa tuvo consecuencias muy fatales y que ante los ocho siglos de la reconquista pudiera haber quien dudase de nuestro aserto; pero los hechos se encargan con su irrefutable lógica de justificarlo.

La invasion de los alanos, de los vándalos, de los suevos, y finalmente de los visigodos, no encuentra oposicion alguna en nuestra patria y si luchas hay, es entre las mismas tribus invasoras; el pueblo vencido, permanece indiferente á ellas, aunque sufra sus consecuencias; y en los dos siglos en que los descendientes de Alarico le gobernaron, solo en el Norte de la península los vascones y cántabros, desde las altas montañas á cuyo puro ambiente no habian llegado los deletéreos miasmas que en la llanura se respiraban durante la dominacion romana, son los que se atreven de vez en cuando á proclamar su independencia.

La dominacion de los árabes nos presenta ya muy distinto cuadro. Es cierto que valiéndose del momentáneo decaimiento de España y del estupor que á la catástrofe del Guadalete siguiera, lograron someterla con mayor rapidez aun, con que la hollaran los duros cascos de los corceles de Ataulfo y Jenserico, pero lo es tambien, que apenas

(1) El ilustrado publicista D. J. M. Quadrado es el autor de esta bella frase. En la obra *Recuerdos y bellezas de España*, tomo de Aragon, de donde la tomamos, se hallan tambien estos dos versos latinos que Marcial dedica á designar la situacion de su patria:

Municipes, Augusta mihi quos Bilbilisacri
Monte creat, rapidis quem Salo cingit aquis.

conquistadores de Toledo, fueron vencidos de Covadonga, y que pronto el estandarte cristiano ondeó triunfante en Asturias, Navarra y Cataluña.

Lo que aconteció á la península en general, tuvo lugar particularmente en *Bilbilis;* sorprendida al pronto, rehecha despues, sintió la necesidad ardiente de combatir contra los nuevos conquistadores, y sin reparar en lo desigual de la lucha, sin atender á mas que á su valor y patriotismo, aliándose con otras ciudades de Cataluña, animadas del mismo espíritu y contando con el auxilio de cuantos en las gargantas del Pirineo habian tomado asilo, se precipitan sobre los infieles, y arrollándolo todo en el primer empuje, llegan triunfantes hasta Zaragoza.

Rehechos los árabes, son vencedores á su vez; el caudillo Habid marcha sobre *Bilbilis,* y el heroismo de sus moradores acarrea la destruccion completa de la ciudad.

Poco duró semejante situacion; siete años mas tarde, en 720, Ayub, walí de Sevilla, se encargó de reedificarla aunque un poco mas léjos; el castillo que junto á ella hizo construir varió tambien su nombre, y *Bilbilis Augusta* se denominó en adelante *Calaat Ayub* (castillo de Ayub) de cuya corrupcion viene el nombre con que en el dia se la conoce.

Los habitantes de la poblacion antigua hallaron un asilo en la nueva, llevando á ella sus no perdidas creencias, que propagándose y reanimándose en breve, les hacian suspirar anhelantes por ver tremolar en las almenas de la fortaleza, la gloriosa enseña del cristianismo, á la noticia de cuyas victorias se llenaban de alegría, y cuyos descalabros lloraban afligidos.

No obstante estos deseos, no obstante los fervientes votos que por salir del poder del árabe hacian diariamente, lo fuerte del castillo que defendia la poblacion, privó sin duda mas de una vez á sus moradores de ver aquellos realizados, y mas de cuatro siglos hubieron de transcurrir primero que el valiente monarca aragonés Alfonso, conocido con el sobrenombre de *Batallador*, lograra apoderándose del primero, penetrar en la segunda y arrojar de ambos la aborrecida media luna.

Desde este suceso memorable, que acaeció en el dia de la festividad de san Juan Bautista del año 1120, los hechos hasta aquí tan escasos, se multiplican prodigiosamente, y tanto su número como la importancia de algunos de ellos, nos mueven á dedicarles párrafo á parte.

XIII.

Terminacion de la historia de Calatayud.

Con la conquista de Calatayud por Alfonso el *Batallador* acrece segun ya hemos dicho, la importancia de la ciudad.

Deseoso este Monarca de poner sus fronteras al abrigo de las incursiones de toda clase de enemigos, aumentó sus fortificaciones y atrajo á ella gente de guerra; y queriendo igualmente granjearse servidores fieles que pudiesen acorrerle en el peligro y con los que pudiera contar para poner coto á la nobleza, la instituyó en cabeza de

Comunidad, especie de confederacion á la par militar y política de pueblos, que gozaban de propia autoridad y gobierno propio, en la cual ninguna influencia tenian los barones, y cuyos notables privilegios consistian: en la exclusiva admision de los *pecheros* á los cargos de la comunidad con pena de muerte para los hidalgos, caballeros y escuderos que en ellos quisieran tener parte, y en el auxilio mútuo que para comprar cuantos terrenos y heredades poseyeran en el distrito los nobles y los privilegiados extranjeros, debian entre sí prestarse los miembros de aquella. Sus deberes consistian únicamente en defender el territorio de los ataques exteriores, y al monarca, de los que por parte de los señores feudales pudieran dirigírsele, dándole auxilio igualmente contra ellos, cuantas veces lo necesitara y reclamase. Tuvo lugar esta institucion de Calatayud en comunidad, á la que siguieron las de Daroca y Teruel, á los diez años de su incorporacion á la monarquía aragonesa, esto es en 1130.

Muerto el *Batallador* cuatro años despues y proclamado sucesor Ramiro II el *Monje*, el estado anárquico del reino y la rebelion de los navarros, movieron á Alfonso VII de Castilla á intentar hacer valer por medio de las armas los derechos que á la corona aragonesa creia tener, y penetrando con gran golpe de tropas en el territorio, se apoderó de varias ciudades, y entre ellas, no sin trabajo, de Calatayud.

Cinco años permaneció en su poder, pues aunque antes celebráronse paces entre él y el aragonés por intervencion del conde de Barcelona, fue una de las ciudades que Alfonso se reservó y solo en 1140 la devolvió con cuantas habia retenido, á Ramon Berenguer IV de Barcelona, que por su matrimonio con la hija de Ramiro II, D.ª Petronila, habia reunido á la condal corona la diadema real del Aragon; á esta devolucion solo impuso, la condicion, el castellano, de que los territorios objeto de ella, se consideraran como feudo suyo.

Así continuaron las cosas hasta que fallecido Alfonso VII en 1158, tomó de aquí pretexto el Conde-Rey, para dar por caducada esta estipulacion, y no aviniéndose á ello Alfonso VIII que, por muerte del sucesor del *Emperador*, Sancho III apenas rey un año, ocupaba á la sazon el trono de Castilla, celebraron ambos varias entrevistas en Noxama donde se estipuló que este no tendria castillo ni lugar alguno en la comarca de Aragon, pero quedando obligados así aquel como sus sucesores, á la prestacion de homenaje por los territorios causa de la controversia, y á acudir á las cortes de Castilla, siempre que fueren llamados.

Nuevas guerras surgieron posteriormente entre aragoneses y castellanos, en las que padeció mucho la comarca de Calatayud, talada en 1181 por estos, hasta que saliéndoles al encuentro Alfonso II logró rechazarles, y aun persiguiéndoles, causarles no poco descalabro.

Sabemos cual fuera el doble objeto de el *Batallador* al fortificar la ciudad y al erigirla en cabeza de Comunidad, y si bien hasta ahora no hemos visto muy satisfactoriamente cumplido el primero, vamos á ver como llenó el segundo.

Reinaba en Aragon D. Jaime I desde 1213, cuando inquieta y malcontenta la nobleza, aprovechó en 1225 la oportunidad que la muerte dada á Pedro de Ahones por el grave desacato que cometiera respecto al rey, le ofrecia, alzóse en armas,

arrastrando en su movimiento de grado ó por fuerza á las ciudades del reino y proclamando monarca á D. Fernando, tio del legítimo soberano.

Solo Calatayud permaneció fiel á este, y de tal manera y con tal esfuerzo hubo de defenderle, que su apoyo fue bastante á contener aquel torrente, y á decidir en favor del derecho y la justicia aquella formidable contienda.

El Aragon, la España, la cristiandad en masa, deben agradecer este importante servicio á la ciudad de Ayub; á no ser por ella, el glorioso reinado de sesenta y tres años de Jaime el *Conquistador*, hubiera terminado en su principio y las grandes empresas que durante él verificó, tan beneficiosas á la causa aragonesa, á la de la reconquista y á la de la cruz, habrianse visto indefinidamente retrasadas. Recompensóla el Rey con su cariño y con las frecuentes visitas que la hizo durante su vida, ya temeroso de los planes de su mal aconsejado hijo, ya de los del castellano, ya en fin, sin móvil ulterior alguno y por su sola voluntad.

Muerto Jaime en 1376 y nueve años mas tarde Pedro III que le sucediera, sin que en este periodo ocurriera hecho notable en Calatayud, en el de su sucesor Alfonso II hemos de señalar uno de importancia; la donacion que en la ciudad le hizo, del reino de Murcia, D. Alonso de La Cerda, en 1290.

Un año despues, el Monarca ya no existia y reemplazado por Jaime II, desposábase este en Calatayud con la infanta Isabel de Castilla, con cuyo motivo las fiestas y regocijos dispuestos por sus pobladores, testificaron su afecto al Monarca, como prestándole auxilio y exponiendo por él sus vidas lo habian justificado tiempo atrás, al primero de su nombre; tambien en ella se verificaron en diferentes épocas dos entrevistas entre aquel y Fernando IV el *Emplazado*, una con objeto de arreglar ciertas diferencias, y otra, para concertar la boda del infante D. Jaime, con la tierna infanta D.ª Leonor.

Segunda vez fue pasada Calatayud por el crisol la lealtad á los reyes, y mas pura aun si cabe que de la primera, salió de la segunda prueba. La guerra de la *Union* suscitada por los nobles y ciudades de Aragon y Valencia en 1342 contra Pedro IV que á la sazon reinaba, por haber querido hacer declarar sucesora del trono á la hija de su primera esposa con perjuicio de su hermano, sirvió de causa para ello.

Calatayud, Daroca, Huesca y Teruel permanecieron solamente al lado de D. Pedro; gracias á ellas pudo este sostenerse contra los nobles y las poblaciones rebeladas, á ellas debió la gloriosa jornada de Epila, y contando siempre con su apoyo, pudo, en 1348, hacer pedazos con su puñal el famoso *privilegio de la Union* que autorizaba á los señores á defender sus libertades con las armas, sustituyéndole con leyes sábias, una de las que creaba el cargo, despues célebre, de *Justicia Mayor*, superior al mismo rey.

Pero no bastaba esto; doble habia sido la idea de Alfonso I al interesarse del modo que lo hizo por Calatayud, y ya hemos visto que una parte de ella no se realizó de una manera muy satisfactoria; era por lo tanto indispensable que la ciudad acreditara que no fue culpa suya, si circunstancias especiales la obligaron un tiempo á entregarse cási sin pelear, al de Castilla, y que solo la mas extrema necesidad podia obligarla á entregarse á los enemigos de sus monarcas.

D. Pedro el *Cruel* fue el encargado de hacer resaltar el heroismo de la ciudad, al ponerla cerco con poderoso y aguerrido ejército en 1362; grande era su empeño en poseerla á causa de su importante situacion y no menor el conato puesto por los de dentro en que asi no sucediera, de modo que pasó algun tiempo en que combatiendo diariamente, ni unos lograban penetrar, ni hacer levantar el sitio los otros.

No olvidaba el Rey á sus fieles vasallos; antes bien envióles socorros acaudillados por el conde de Osona, pero habiéndole salido al encuentro muchedumbre de enemigos, su hueste fue derrotada y él hecho prisionero, empeorándose con esto la suerte de la ciudad sitiada, cuyos muros combatidos por no menos de diez y seis destructoras máquinas, estaban en cien puntos aportillados, y cuyos defensores ó perecian en la pelea, ó se rendian al cansancio ocasionado por la larga y porfiada contienda que sostenian.

Las tropas del castellano traspusieron al fin los muros: su pendon ondeaba en el convento de Predicadores: sus proyectiles habian herido de muerte al Justicia Guillermo Domir, y sin embargo, los de Calatayud retrocediendo palmo á palmo ni solicitaban rendirse, ni aun lo pensaban, prefiriendo morir honrados á vivir sin honra.

Entre tanto Pedro IV habia acudido en demanda de socorros al Monarca francés, quien demoraba el enviarlos, y sabedor de la situacion en que se hallaba la ciudad, no quiso dejar perecer á sus fieles vasallos, y á falta de tropas que les libertasen, les envió el permiso para entregarse al vencedor.

Solo entonces trataron estos de capitular; sus proposiciones fueron bien acogidas, túvose en cuenta su heroismo y en 12 de agosto las huestes castellanas se posesionaban de Calatayud á condicion de dejar incólumes las vidas, haciendas y fueros de sus moradores.

Cuatro años dominaron la ciudad sus conquistadores, y ni el justo gobierno que en nombre del de Castilla ejerció Fernan Perez de Monroy, ni el estricto cumplimiento de lo estipulado, bastaron á hacerla olvidar que á un monarca aragonés debia el haber salido del poder sarraceno, y llena de alegría vió en 31 de marzo de 1366 como los soldados de D. Pedro el *Cruel*, temerosos de la aproximacion de las compañías francesas de Duguesclin, abandonaban su recinto devolviéndola su libertad.

Al mes de este suceso, Pedro IV hizo trasladar á ella las cortes, y temeroso sin duda, de que su conducta no hubiese sido tan leal y heróica como parecia, sometióla á exquisitas indagaciones que solo sirvieron para enaltecerla y para que deseoso el Monarca de hacerla olvidar su desconfianza, la elevara al rango de ciudad.

Y téngase en cuenta que fue tanto mas digno de loa el proceder de Calatayud cuanto que al ser sitiada por el de Castilla, se hallaba desde tiempo atrás dividida en dos bandos llamados de los Liñanes y los Sayas, que á pesar de su irritacion y encono, uniéronse en fraternal abrazo á vista del enemigo, solo renovaron sus luchas cuando este se hubo retirado; hiciéronlo entonces con tal saña que las calles de la poblacion se tiñeron en abundancia de la generosa sangre de sus habitantes, á quienes una obcecacion funesta privaba de cordura. Las ambiciones despertadas por el interregno de 1510 pusieron mas de manifiesto esta rivalidad, pues apoyando unas aspiraciones

los unos, solo por dar los otros la preferencia á las opuestas, la rabia recrudecióse, y nuevas y lamentables escenas tuvieron lugar en Calatayud, ocasionando no pocas desgracias las discordias y resentimientos de dos familias desatentadas.

En 1445, el infante D. Enrique, hermano de Alfonso V de Aragon, es inducido por el navarro á tomar parte en la contienda que este sostenia, apoyando á los nobles rebelados contra D. Juan II de Castilla, y encontrándose en Olmedo sus huestes con las acaudilladas por D. Álvaro de Luna, son aquellas derrotadas y el desdichado príncipe mal herido, va á morir á Calatayud donde es sepultado. Dos años despues presenció esta un espectáculo de muy distinta índole: las segundas nupcias del rey de Navarra con una hija del condestable de Castilla, y en 1461 se juró tambien en la ciudad al infante D. Fernando, fruto de este matrimonio.

Además de las cortes que con este objeto se reunieron, celebráronse otras en Calatayud, el año 1495, con objeto de votar unos recursos que eran necesarios en prevencion de la eventualidad de una guerra con Francia en Sicilia; pero el empeño del Monarca en querer que fueran presididas por la infanta D.ª Catalina, hizo que se retrasara la concesion de dichos recursos, que no tuvo lugar hasta no desistir aquel de su empeño y venir en persona á la ciudad.

En 1515 las cortes de Calatayud son nuevamente convocadas y el objeto de su reunion, la exigencia de fondos para sostener la guerra contra los turcos; niéganse estas á la peticion del emperador, y de nada sirven las medidas que para imponerles empleó este, pues, si bien en 1519 tuvieron un momento de debilidad, súpoles mostrar su desagrado el pueblo, amotinándose acaudillado por Lasarte y Serra, y cerrando las puertas á los caballeros, comienza una série de luchas y desórdenes en los que no quedó muy bien parada la ciudad, y que se prolongaron hasta 1525, para renacer de nuevo á últimos de siglo, á la voz de Antonio Perez, el prófugo secretario de Felipe II.

Ciento diez años despues de las anteriores y bajo el reinado de Felipe IV reuniéronse por última vez las cortes de Calatayud, y en vano á partir de este hecho pediríamos á la historia que nos ilustrase sobre los sucesos en esta ciudad posteriormente acaecidos, pues inútiles fueran nuestros esfuerzos, á no venir á los mas modernos tiempos y hojear las páginas de esa gloriosa epopeya llamada guerra de la Independencia y de esa dolorosa y civil contienda que se denomina guerra de los siete años.

En Calatayud se hallaba el general Castaños con el ejército de Andalucía, victorioso en Bailen y otros puntos, cuando la noticia de la aproximacion de Napoleon con fuerzas considerables, obligóle á evacuarla, retirándose en buen órden hácia Sigüenza, donde llegó no sin haber conseguido un honroso triunfo sobre el general Mathieu que con diez mil hombres hostigaba su retaguardia al mando de Venegas, y que solo contaba la mitad de aquella cifra.

Posesionados de la ciudad los franceses, el mariscal Suchet determinó fortificarla y lo verificó en efecto, cual hiciera con otros lugares de Aragon, á fin de mantener en respeto á esta provincia mientras él emprendia el sitio de Tarragona; pero ni estas precauciones, ni el posterior refuerzo enviado á la guarnicion de la antigua *Bilbilis*, la libraron de caer en poder de las fuerzas que acaudillaban el Empecinado y Duran, quienes

no obstante carecer de artillería, la atacaron con tal arrojo que obligaron á rendirse á los quinientos sesenta y seis soldados de la guarnicion en muy breve tiempo, no tan corto sin embargo que no bastara á que los sitiadores derrotaran una columna que de Zaragoza venia en socorro de los enemigos.

El general Musuier, gobernador de esta ciudad, al tener noticia del hecho, marchó sobre Calatayud con cuantos hombres pudo haber á mano; pero su llegada, ni consiguió hacer retirarse á los españoles, ni le proporcionó la gloria de un triunfo ni el consuelo de ver libres á sus compañeros, pues ya prudentemente se habian aquellos retirado con los prisioneros; lo que no obstó para que apenas abandonaron la ciudad los franceses en direccion á los puntos de que habian salido, volvieran á ocuparla nuestras tropas, para dejarla segunda vez ante la noticia de una nueva aproximacion de Musuier.

Reforzaron de nuevo los franceses las fortificaciones de Calatayud de una manera tal que las varias tentativas hechas por nuestros generales y guerrilleros salieron todas fallidas, siendo la mas afortunada la que en 1812 verificó D. Ramon Gayan, en la que sino logró su objeto, hizo al menos prisionero al comandante del convento de la Merced, erigido en fuerte, y á sesenta soldados mas de la guarnicion. Las últimas derrotas de las hasta entonces invencibles huestes de Napoleon, obligándolas á abandonar nuestro territorio, nos devolvieron con otras cien poblaciones, á la ciudad de Ayub, que en la guerra civil solo se distingue por la momentánea estancia que en ella hicieron varios caudillos carlistas, sin lograr penetrar en el castillo ni conseguir de los vecinos los recursos que de efectos y dinero exigian, y teniendo que evacuarla siempre con apresuramiento por la llegada de fuerzas liberales.

Calatayud, patria como sabemos de Marcial, eslo tambien de los santos Iñigo y Paterno, de Lorenzo de Gracia, y de varios otros personajes ilustres; tiene por escudo de armas un hombre á caballo, sin estribos, que algunos creen sea imágen de san Jorge, el cual tiene en su mano derecha una lanza con banderilla y en ella estas significativas palabras: *Augusta Bilbilis.*

XIV.

De Calatayud á Zaragoza.—Armas antiguas.—Illueca y otros pueblos.

—Amigo D. Cleto,—exclamó Sacanell, sentado junto á sus compañeros en un cómodo vagon de primera clase del tren que se dirige á Zaragoza desde la capital del reino,—¿tendria V. la bondad de explicarme la causa de que vayamos directamente á la ciudad *Invicta* y siempre *Heróica,* en vez de proseguir recorriendo los diversos partidos judiciales, ó por lo menos las poblaciones mas importantes del que ya habiamos comenzado á visitar?

—Si esta madrugada te hubieras dispertado cuando te se llamó, estarias mas enterado,—se adelantó á decir Azara;—pero como te pareció bien no hacer caso de

nuestros gritos, cuando dispertaste, solo hubo tiempo para hacerte marchar á la estacion apresuradamente.

—Yo os diré, me dolió anoche extraordinariamente la cabeza, y como dormiais, salí á tomar el aire sin querer incomodaros; así es que apenas pegué los ojos, y á las tres, cuando me llamásteis, acababa de dormirme; además...

—Basta, basta, ya estás suficientemente disculpado.

—Sea como fuere, la peticion es justa y voy á satisfacerla. Es el caso que nuestro viaje se prolonga demasiado y que de seguir el sistema hasta aquí empleado llegaríamos á Zaragoza despues de las fiestas del Pilar, que son dignas de verse; por lo tanto, he pensado que ahora la visitemos con la calma necesaria y asistamos á los regocijos con que celebra la capital la llegada del dia de su patrona, sin perjuicio de proseguir luego nuestras excursiones á los puntos mas importantes de la provincia, que aun no conocen Vds. Esto en cuanto á la primera parte de su pregunta; á la segunda le contestaré que si no hemos visitado otras poblaciones del partido de Calatayud, es simplemente porque pocas hay verdaderamente notables.

—Doy á V. mil gracias por su bondad y apruebo por completo el plan como creo lo habrán hecho ya mis compañeros.

—Sin su anuencia no me hubiera yo permitido nunca...

—Suprima V. lo de anuencia que suena á autoritarismo y diga mas bien que el proyecto que presentó fue aprobado por sufragio universal...

—De vosotros tres,—concluyó Sacanell riéndose.

—Porque tú estabas durmiendo.

—Y ahora que no lo estoy pido que conste mi voto conforme al de la mayoría.

—Constará,—dijo técnica y lacónicamente Azara con gravedad cómica.

—Ahora que recuerdo,—dijo Castro;—hay un punto en que V. y yo no estamos de acuerdo, D. Cleto.

—¿Cuál si no hay inconveniente en decirlo?

—El de que no hay pueblo alguno importante en el partido de Calatayud, pues yo he oido nombrar mucho á uno.

—¿Cuál es?...

—Illueca.

—Pues verá V. que pronto estamos de acuerdo. En primer lugar que solo dije que habia pocos y en segundo que no habia hablado aun de ninguno. Mas ya que V. me indica Illueca, vaya por ella y escuche V. Illueca es una villa situada á la izquierda márgen del rio Aranda, que en trescientas y pico de casas alberga mil cuatrocientas almas, y tiene una Casa consistorial y una parroquia que nada ofrecen de particular, y solo el palacio del conde de Argillo reasume, aunque en muy mal estado, la importancia artística é histórica de la poblacion, en su fachada que adornan varios bustos romanos colocados dentro de nichos, en los plateresços portales de su interior, en el friso de góticos arabescos de la techumbre de la sala *Dorada*, y sobre todo, en los recuerdos que conserva del célebre papa Pedro de Luna, que bajo su techo nació, y en su recinto pasó no pocos años de su vida. Á esta circunstancia se debe sin duda

el que V. haya oido repetir el nombre de Illueca, y que le viese escrito en alguna obra; pero sobradamente su buen criterio comprenderá que no es bastante para decidirnos á visitarla, pues si hubiéramos de hacerlo con todos los puntos que se hallasen en igual caso, ya teníamos larga tarea; porque tan rica en monumentos y recuerdos es nuestra patria que apenas hay mal lugar que no guarde en su seno una obra de arte. que admirar, y la memoria de un hombre ilustre ó de un glorioso hecho.

—Vamos está visto que cuando V. hace ó dice una cosa no hay mas que inclinar la cabeza y decir *Amen*, so pena de exponerse á una vergonzosa derrota.

—Eso consiste en que D. Cleto no procede nunca desatentadamente, sino con toda calma y madura reflexion,—observó Pravia.

—Ustedes me elogian inmerecidamente; si pienso y me fijo antes de decir ó hacer algo no es por virtud, sino por amor propio; para no haber de rectificar ó arrepentirme luego exponiéndome á la censura de los demas.

—Añade, Pravia, que sobre ser nuestro Mentor sesudo y cuerdo, es tambien modesto en grado superlativo, y aun así no habrás enumerado todas sus buenas cualidades.

—Señores, por Dios, si de este modo hemos de continuar...

—Vaya, ya dejamos de elogiar á V. como se merece, puesto que le causa disgusto.

—Y yo á mi vez voy á citarles un hecho referente á nuestra anterior conversacion sobre Illueca que á la par de interesarles, les causará la misma indignacion que en mí produjo su relato,—dijo D. Cleto á fin de alejarles por completo de la cuestion.

—Veamos ese hecho, pues me han inspirado curiosidad sus palabras, —expuso Azara.

—Es relativo á una de las grandes figuras de los siglos XIV y XV, que hemos mencionado no ha mucho, al antipapa Pedro de Luna; al hombre que, creyéndose con derecho á llevar la tiara, negóse siempre á deponerla, y durante veinte y nueve años ya apoyado por Aragon, Castilla y Francia, ya desamparado por todos tres reinos mantúvola con firmeza en sus sienes así en el pontifical solio de Aviñon, como en el encierro de Peñíscola donde tuvieron fin sus dias, el año 1423.

—¿Es de su vida el suceso que nos va V. á referir?

—No por cierto: hace referencia á época muy posterior á su muerte. Siete años despues de acaecer esta, sus restos mortales fueron trasladados á Illueca y sepultados en el palacio donde viera la primera luz; conservándose allí mirados con respeto por los vecinos y cuantos el lugar de su sepulcro visitaban, hasta que llegada la última invasion francesa, las *disciplinadas* huestes de Napoleon sin detenerse ante ninguna consideracion divina ni humana y mirando solo á su codicia, no vacilaron en profanar su sepulcro, y lo que es mas inícuo, en esparcir sus huesos y aventar sus cenizas; la cabeza de Benedicto XIII que tal fue el nombre que tomó al subir al pontificado, anduvo rodando por las orillas del Aranda, cuyas aguas la respetaron, hasta que por fin la recogió un habitante del cercano pueblo de Saviñan.

—Verdaderamente que fue indigna la conducta de los franceses.

—Ciertamente, y lo peor es que como ese, se cuentan cien y cien abominables he-

chos llevados á cabo en nuestra patria por los soldados de una nacion que pretende marchar á la cabeza de la civilizacion.

—No basta pretender, es necesario probar, y preciso es convenir en que muchas veces léjos de hacerlo así, ha demostrado lo contrario.

Al acabar de pronunciar estas palabras la llegada á una estacion interrumpió momentáneamente el dialogo, y le dió nuevo giro.

—¡Morés! dos minutos,—gritaban los empleados.

—Hola,—dijo D. Cleto,—¿en Morés estamos?

—Sí,—afirmó Pravia, consultando al Indicador de los caminos de hierro que en la mano tenia;—distraidos con la conversacion hemos pasado Paracuellos sin advertirlo.

—Y hubiera sentido hacer otro tanto con Morés; porque vean Vds. que pintoresca situacion ocupa el pueblo al pié de ese caprichoso risco, aun cuando amaneciendo como está poco podra ver.

—Algo se distingue.

—Y si no me engaño, en la cima de esa roca hay un castillo.

—Famosa vista tienes, Sacanell, pues yo por mi parte solo veo contornos vagos y confusos.

—Y Morés pertenecerá sin duda al partido judicial de Calatayud,—observó Pravia.

—Cierto, pero nada ofrece de particular; es como Saviñan, Sástrica ó Séstrica y otros pueblos, que fuera de su posicion, carecen por completo de aliciente.

Cumplido en esto el tiempo de parada el tren, se puso de nuevo en marcha.

Nuestros amigos echaron una última mirada al pueblo de que se alejaban y continuaron luego su conversacion, que durante algunos minutos giró sobre asuntos de ninguna entidad, hasta que Castro exclamó:

—Ahora que pienso, D. Cleto, bien podria V. continuar la descripcion de las armas y maquinas antiguas que empezó á hacernos el otro dia.

—Es verdad, que ninguno nos hemos vuelto á acordar de ello.

—Puesto que lo desean, lo haré de buena gana, y explicaré á Vds. las máquinas de embestir y demoler fortalezas, que conozco.

—Vaya por las máquinas de embestir y demoler.

—No poca era la utilidad que prestaban las llamadas *galerías cubiertas*, especie de chozas de unas siete varas de largo por tres de ancho, fabricadas con zarzos y colocadas sobre ruedas, cuyo objeto era poner en comunicacion las torres, las *testudos* y otras varias máquinas.

—¿La *testudo* no era tambien una galería cubierta, D. Cleto?—interrogó Pravia.

—Sí, pero se diferenciaba de esta en que llevaba un alero ó pantallas y en que su objeto era resguardar á los trabajadores que se adelantaban á allanar el terreno que habian de recorrer las maquinas de demolicion y tambien proteger á estas mismas maquinas; así vemos que bajo su amparo iba siempre el formidable *ariete*, que era una viga de longitud variable que oscilaba entre veinte y cincuenta varas, á cuya extremidad se colocaba primeramente una barrena de gran potencia que empezaba á abrir brecha en las murallas, y despues una masa de hierro ó bronce en figura de

una cabeza de carnero, de donde le vino su denominacion, con la cual se terminaba la obra de destruccion.

—No estaba mal ideado, y preciso es reconocer que no eran tan tontos los antiguos como se les cree en nuestros tiempos.

—Diga V. mas bien, como los creen los ignorantes; el hombre estudioso, el que exento de preocupaciones y de un exagerado apasionamiento en pro de los modernos adelantos, investiga los arcanos del tiempo pasado, encuentra en la antigüedad grandezas sin cuento que admirar, ejemplos que aprender y genios que harian inclinar la enhiesta cerviz á mas de una celebridad contemporánea.

—Diablo, D. Cleto, se va V. haciendo un oscurantista de primera fuerza.

—No por cierto amante soy del progreso, pero me gustan las cosas en su lugar y me exalta oir á imberbes mozos apellidar siglos de ignorancia á los en que florecieron hombres de la talla de Platon, Sócrates y Demóstenes; en los que hubo poetas como Esquilo, y como Virgilio y Horacio: en los que brillaron artistas como Fidias: en los que, finalmente, tuvieron origen multitud de instituciones que engalanadas hoy con nuevos nombres, queremos atribuirnos y nos envanecemos con ellas. Aunque solo debiéramos á los antiguos el fundamento de los idiomas que se hablan en la superficie del globo, aunque solo nos hubieran legado esa legislacion cuyos grandes lunares, que soy el primero en reconocer, no han bastado á amenguar su magnificencia y sabiduría, ni á impedir que en ella estén basados los códigos de las naciones modernas mas civilizadas, nuestro agradecimiento habria de ser infinito, y léjos de querer rebajarlos, vilipendiarlos y desconocerlos, deberiamos mostrarnos orgullosos en tenerlos por ascendientes.

—Bravo, bravísimo; es V. un segundo Demóstenes, — dijo Azara con su habitual buen humor.

—Verdaderamente que sus argumentos son de gran peso, y mas de uno de esos que parecen poseidos de hidrofobia contra todo lo que huela á antiguo se veria en un brete para rebatirlos,—expuso Sacanell.

—Y al cabo no los rebatiria, dijo Castro; porque es necesario convenir en que D. Cleto es, como dice el vulgo, un pozo de ciencia.

—Yo por mi parte hace tiempo que he convenido en ello.

—Y yo.

—Y...

—¿Empiezan Vds. de nuevo con sus alabanzas? pues prosigo describiendo las máquinas que han motivado esta digresion.

—Y nosotros escuchamos ya religiosamente.

—Si terribles eran los efectos de la testudo, superábanles de mucho, los producidos por el *helépolo*, torre cuadrada construida de abeto ó pino, muy elevada, y cuya base tenia el lado igual al tercio de la altura. Un tejido de cuerdas ó crin, ó bien una cubierta de zarzos y mimbres verdes, resguardaban su frente y costados de los golpes del enemigo, y protegidos por ella se aproximaban á la muralla dentro de sus doce ó quince pisos multitud de soldados y varias máquinas destructoras, entre ellas dos arie-

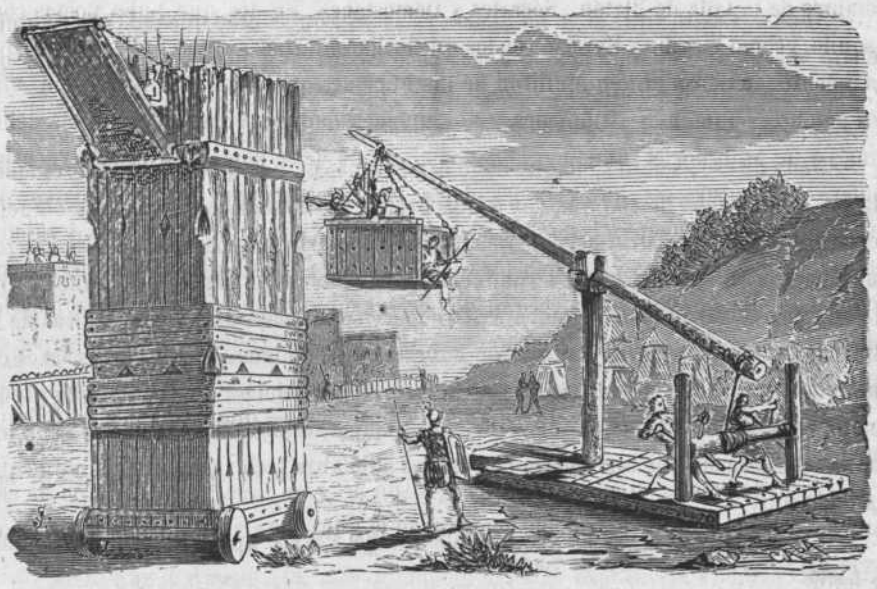
tes que rodando sobre polines iban en el piso inferior; esta torre tenia además á la altura del muro, un puente de corredera que permitia el paso desde aquella á este.

—¡Famosa máquina!—exclamó Castro.

—Pues oigan Vds. otra que no le va en zaga.

—Veamos, veamos,—dijeron los cuatro vivamente interesados.

—Llamábase el *tonelon*, y consistia en una gran palanca que se apoyaba en una viga de mas elevacion que la muralla atacada, y en uno de cuyos extremos iba un cajon, en el que hallaban cabida hasta una veintena de soldados; bajando dicha palanca por el extremo opuesto, el cajon subia á la altura del muro, donde saltaban los que iban dentro despues de haber disparado sus armas á fin de facilitar el acceso (1).



Helépolo ó torre cuadrada y el *Tonelon*.

—Tambien es notable el *tonelon;* y á la verdad que no dejaria de ser pintoresco ver enviar cajones de soldados á las murallas como si fuesen fardos de mercancías.

—Pues lo que es á los sitiados no les pareceria tan pintoresco.

—Á buen seguro, pues entre las máquinas ya citadas, la *escala de asalto* y las *cigüeñas de zarpa y garfios*, se veian bastante apurados para sostenerse.

—Vamos por partes, que á mí me gusta mucho el órden,—dijo Sacanell,—¿era la escala de asalto como las modernas?

—Nada de eso: la á que yo me refiero, tenia unos sesenta piés de largo por seis de ancho y terminaba en una plataforma de extension suficiente para veinte hombres,

(1) El grabado que va adjunto facilitará á los lectores la comprension de estos detalles.

hallándose toda ella defendida con faginas ó sacos de lana ó pelo que servian de *manteletes* á los que por ella subian.

—Entre paréntesis, ¿qué eran *manteletes*?

—Unos escudos de mimbres detrás de los cuales disparaban los arqueros al abrigo de los tiros enemigos.

—Otra pregunta: ¿cómo se manejaba la escala de asalto? porque tal como V. la ha descrito debia ser una mole bastante pesada.

—Y lo era en efecto, pero se transportaba en un carro, y para facilitar su elevacion á la altura conveniente se apoyaba en un larguero horizontal colocado entre dos piés derechos.

—Ya veo que era la escala una máquina perfecta; ¿y las cigüeñas en cuestion?

—Pregunton por demás está Pravia.

—Vamos, Castro, que si yo no hiciera estas preguntas creo que no faltaria quien llenara mi lugar, pues á todos poco mas poco menos nos interesan las noticias que D. Cleto con tanta bondad nos proporciona.

—Bondad de que nosotros abusamos á cada momento.

—Nada de eso, señores; lo que hago es para mí, no un trabajo, sino un verdadero placer, y en prueba de ello que voy á satisfacer la curiosidad de Pravia. Las cigüeñas de garfios eran una larga asta de madera, á cuyo extremo iba un garfio de hierro y que se apoyaba en una armazon conducida por un carro: la cigüeña se manejaba por el extremo opuesto al en que estaba el harpon, y servia para arrancar ya trozos de las almenas, ya los manteletes con que se cubrian los enemigos, ya, en fin los lazos con que estos procuraban sujetar las férreas cabezas de los arietes; en cuanto á las cigüeñas de zarpa eran solo una variedad de las anteriores, diferenciándose en que el garfio estaba reemplazado por una tenaza con la que sujetaban y elevaban el objeto que querian destruir.

—No sé como agradecer su amabilidad,—dijo Pravia apenas terminó de hablar D. Cleto.

—De ninguna manera, porque no merece la pena,—contestó este.

—La verdad es,—observó Azara,—que las armas de los antiguos eran por lo menos de tan terribles efectos como las modernas.

—Y las guerras mas sangrientas,—añadió Castro.

—No puedo creerlo,—exclamó Pravia.

—Pues haces mal porque es verdad.

—¡Cómo! ¿querrás sostenerme que por destructoras que fuesen las armas antiguas producian efectos mas destructores que el fusil aguja, el cañon Amstrong, el Krupp, y tantas otras máquinas como hoy llevan la muerte al seno de los ejércitos beligerantes?

—Ya se ve que lo sostengo, porque si en un combate la mortandad es mayor en nuestros tiempos, como las guerras son mucho mas cortas, son menores las pérdidas experimentadas por las naciones contendientes.

—Sin embargo...—insistió el gallego.

—No le quepa á V. duda, Pravia,—dijo D. Cleto;—Castro tiene razon y V. se convencerá de ello á poco que se fije.

Inconfeso parecia aquel á juzgar por sus ademanes, y aun seguramente hubiera vuelto á oponer argumentos á la asercion del andaluz; pero la llegada á una estacion sirvió á D. Cleto para distraer su atencion de la polémica: dicha estacion era Épila.

—Hombre, hombre, exclamó, ya en Épila; en la antigua *Byspolis*.

—Ese nombre suena á griego,—dijo Sacanell.

—Y lo es efectivamente; de su corrupcion vino *Ispalis*, y de esta su denominacion actual, con la que se hizo célebre en la famosa guerra de la *Union*, entre D. Pedro el del *Puñalet* de Aragon y sus rebeldes nobles.

—Tambien ocupa bonita posicion esta villa.

—Con efecto, ese monte á cuyo pié se halla, forma un fondo oscuro en el que se destaca la blancura de sus quinientas casas que dan albergue á mas de mil cuatro cientos vecinos; y el Jalon que pasa por su lado, completa la armonía del cuadro.

—¿Sabe V. que estamos ya como quien dice en Zaragoza?

—Sí, y á la verdad que siento no haber advertido nuestra llegada á Ricla y Calatorao, que con Morata y Salillas hemos dejado atrás, para que hubieran podido contemplar en la primera, tan grande pero menos populosa que Épila, el lugar donde tuvo asiento la antigua Nertóbriga, famosa por la resistencia que opuso á los romanos en union de otros pueblos de la comarca; y admirar en la segunda el hermoso panorama que ofrece, colocada en una pequeña altura y dominando una dilatada y frondosa vega, pues aunque pretende disputar á Ricla la gloria de haber sido cuna de la ciudad sujetada por Metello, las mas eruditas investigaciones, han dado por tierra con todas sus pretensiones en este sentido.

—Y ¿cuál era el fundamento de esta divergencia?

—Algunas medallas y otros restos romanos que en el término de Calatorao se encontraron, y en algunos de los cuales constaba el nombre de Nertóbriga; pero aparte de que otros monumentos de mayor fuerza han venido á dar la preferencia á Ricla, quitando todo su valor en este sentido á los hallados en la otra villa, cuya presencia se explica por la proximidad que hay entre ambas, el nombre solo de la última es para los filólogos prueba suficiente.

—Bien ha dicho V.; para los filólogos, porque lo que es yo, que no lo soy, no veo la analogía que haya entre Nertóbriga y Ricla, —dijo Pravia.

—La verá V. con solo hacer una aféresis en el primer nombre y dejarlo reducido á Riga, pues la corrupcion de este en el actual se aplica fácilmente.

—Es cierto, pero convenga V. en que á primera vista no es fácil hallar la procedencia.

—Ya damos vista á Rueda, —dijo á la sazon Castro.

—Creí que ibas á decir á Zaragoza, y me habia alarmado.

—Pues no crea V., dentro de una hora estarémos allí.

En aquel momento el tren paraba frente á la estacion nombrada por el andaluz.

—Vean Vds., dijo D. Cleto, ¿quién dirá que ese grupo que no llega á cien casas fue un tiempo poblacion de importancia?

—Verdaderamente, que ha de haber decaido extraordinariamente.

—Pues en tiempo de los árabes fue famosa con el nombre de *Ruta* ó *Rota;* en el último tercio del siglo XI pertenecia á un hijo del emir de Zaragoza, *Ab-el-Melek,* que se llamaba, si no me equivoco porque el nombre es bastante enrevesado, *Giafar Amad-Sayfeldanlah*, que otros denominan *Ebu-Talasch.*

—Vamos este nombre ya es mas fácil.

—Y sobre todo mas breve; lo que es el primero el diablo que lo retenga.

—De fijo que lo retendrá en union del que lo llevó en este mundo.

—¿Tan malo era?

—Juzguen Vds. por este hecho: hallábase en Rota el año 1084, y envió un mensaje á Alfonso VI que ceñia la doble corona de Castilla y Leon, invitándole á que viniera á la ciudad pues se hallaba dispuesto á entregarla; la importancia de esta y lo inmotivado del ofrecimiento hizo que le mirase el Monarca con recelo, y los tenebrosos planes del mahometano quedaron frustrados; pero repetidas las ofertas al rey de Navarra, este mas incauto, cayó en la red, y cuando dos hijos suyos con no pocos valientes capitanes se adelantaban confiados á las puertas de la poblacion y los musulmanes hacian lo propio en ademan de hacer la entrega, cambiando de pronto de continente, arrojáronse sobre los cristianos que no esperando semejante acometida perecieron alevosamente asesinados.

—¡Qué infamia!

—Es una traicion abominable.

—Digna de los descendientes de *Caleb-ben-Hafsun*, y tantos otros bandidos, que no otro nombre merecen, y que asolaron nuestra patria durante la dominacion árabe.

—Una duda se me ocurre D. Cleto, — dijo Castro.

—¿Y cuál es?

—Que si mal no recuerdo, el P. Mariana coloca á Rota junto al Guadalquivir.

—Cierto, y da á Ebu Talasch el nombre de Zafatola, pero este es uno de los muchos errores en que incurrió el venerable historiador, que se han encargado de probar y corregir los escritores mas modernos. Si Rota hubiese estado donde Mariana supone, mal hubiera podido años despues del suceso que he narrado, tomar posesion de ella Alfonso el *Batallador*, por haber obligado á entregársela á Abd-el-Melek que en ella habia establecido su corte.

El pito del tren anunció la llegada á Plasencia, que como la anterior poblacion se distingue con el epíteto de *Jalon,* para no confundirlas con otras de su mismo nombre.

Nada de notable ofrece esta villa compuesta de unas doscientas casas, pero en aquel momento desvaneciéronse las nubes que empañaban el horizonte, y el astro del dia mostró su brillante disco en toda su magnificencia, lo que hizo exclamar á Castro.

– ¡Qué cosa tan bella es la salida del sol!

– Como lo es su postura; como lo es la aparicion de la luna; como lo son, bien considerados, todos los fenómenos de la naturaleza.

—Convengo en ello, pero á mí el que nos ocupa me deja una impresion muy grata cuantas veces lo presencio.

—Pues yo prefiero contemplar una puesta de sol.

—Tambien me gusta, pero el efecto que me causa es diferente; la salida del astro me deja un sentimiento de grandeza, de majestad, mientras que su postura me produce una impresion agradable, pero melancólica.

—En cuya melancolía irá regularmente mezclado el recuerdo de Antonia.

Al ver el gesto que hizo Castro cuando escuchó este nombre de los labios del festivo Azara, todos incluso D. Cleto, no pudieron menos de reirse.

—Grisen, un minuto,—gritaron los empleados de la estacion oportunamente para evitar alguna ligera cuestion entre los dos amigos.

Y no fue ciertamente porque la poblacion, de unas doscientas almas, ofrezca nada de particular, sino porque es tal la condicion humana que el menor incidente basta para dar un nuevo giro á las ideas.

Así es que tomándole las de D. Cleto y sus compañeros, cuando tras la breve detencion anunciada volvió á emprender la marcha el tren, ya no se habló mas del asunto, y disertando sobre varias cuestiones, llegaron á la última estacion de la línea: las Casetas, pueblo formado por una agrupacion de varias casas en las que moran sobre ciento veinte habitantes.

—Ahora si que podemos decir que estamos á las puertas de Zaragoza porque dentro de algunos minutos nos hallarémos en ella.

—¿Minutos tan solo?—dijo Pravia.

—Consulte V. al Indicador, – contestó simplemente D. Cleto.

Hízolo aquel así y al cabo de un instante dijo:

—Veinte y uno faltan nada mas.

—Y ¿á qué fonda quieren Vds. ir, cuando lleguemos, á la del Universo ó á la de Europa?

—¿Qué es eso de fonda?—dijo Azara; —¿por ventura no tengo yo una casa en Zaragoza?

—Cierto, pero somos muchos, y la molestia...

—Para todos hay sitio, y en cuanto á incomodidad mis amigos no la causan nunca á mi familia.

—Muchas gracias, — dijeron todos.

—Pues no se hable mas del negocio.

Y así se hizo, cambiándose entre los cinco compañeros algunas insignificantes frases, hasta que la silueta de la ciudad término de su viaje, destacándose en el horizonte, hizo prorumpir á Azara en exclamaciones:

—¡Ah! hé aquí á Zaragoza; hé aquí mi ciudad, mi hermosa cuna.

Todos al escuchar estas frases volvieron la vista en direccion á ella, y satisfecha su

curiosidad, como prosiguieran las exclamaciones de júbilo del aragonés, no pudo menos de decirle en tono irónico Castro:

—Parece que el amor patrio ha dado al traste con tu burla sempiterna; ¿no estaria bien que ahora nosotros te embromáramos por ese exagerado entusiasmo?

—Embroma cuanto quieras; pero, lo confieso, la vista del lugar de mi nacimiento me causa una alegría extraordinaria.

—Pues ahora se aumentará porque va V. no solamente á verle sino á pisar su suelo,—dijo D. Cleto al silbido de la locomotora que avisaba su llegada á la estacion.

Con efecto, dos minutos mas tarde, el tren detenia su marcha y nuestros cinco amigos eran conducidos por un carruaje á la casa de Azara, elegante edificio situado en la magnífica calle del Coso.

XV.

Situacion de Zaragoza.—Su término, producciones é industria.—Comercio y caminos.

Entre los 41° 38' 19" de latitud N. y los 2° 47' 21" de longitud oriental, contada desde el meridiano de Madrid; á la derecha márgen del impetuoso Ebro y rodeada de una extensa, fértil y hermosísima vega, ostenta Zaragoza sus coloreadas cúpulas y plomizos botareles.

Apenas se posa en ella la planta, sus estrechas calles que contrastan con la altura de sus edificios y la espaciosidad de sus plazas; sus elevadas torres, sus suntuosos monumentos, llaman la atencion y embargan el ánimo de un sentimiento indefinible, mezcla de admiracion y respeto.

Y es que Zaragoza sin tener el carácter exclusivamente romano, cual Tarragona, ni gótico como Toledo, ni como Granada árabe, conserva preciados recuerdos de las épocas árabe, gótica y romana, completados y como embellecidos por la mas reciente memoria de sus preclaros hechos en la gloriosa guerra de la Independencia.

Pocas ciudades envanecerse pueden con una tan honrosa historia: menos aun las que la cuentan no interrumpida desde los mas remotos tiempos hasta nuestros dias.

Hay en la vida de todos los pueblos un momento en que la tradicion se corta: la oscuridad sucede á la luz, y sea efecto de una terrible catástrofe ó resultado de una atonía completa, el nombre con que eran designados se borra de los universales fastos, para reaparecer al cabo de un periodo mas ó menos largo y con una mayor ó menor modificacion que corresponde por lo general á un cambio en el modo de ser del pueblo que representa.

Zaragoza forma una de las escasas excepciones de esta regla: ya la gobiernen los Césares ó los monarcas godos, así obedezca á los emires como á los reyes de Aragon, bajo el dominio de la casa de Austria ó regida por los Borbones, ni un solo instante decae su importancia; ni un momento solo permanece en el olvido: por el contrario, aumentada sin cesar con nuevos laureles su envidiable corona, pudo decir al francés

en su última y terrible catástrofe: «*No al impulso de tus armas caigo, sino abrumada por el peso de mi propia gloria.*»

Tal es Zaragoza: tal es la *heróica* ciudad trazada á grandes rasgos que poco á poco irán precisándose hasta dar un exacto y minucioso conocimiento de ella.

Su término confina al N. con los del ant. Castellar, Zuera y San Mateo de Gallego; al N. E. con los de Leciñena y Perdiguera; al E. con los de Alcubierre, Monegrillo y Tarlete; al S. E. con los de Mediana, Roden, Fuentes de Ebro, la Puebla, la Puebla de Alfinden y Alfajarin; con los de la Puebla de Alborton y Belchite al S.; con los de Urrea de Jalon, Rueda de Jalon y Épila, al O., y al N. O. con los de Sobradiel, Marlofa, La Joyosa, Pinseque, Alagon, Peraman, Bárboles y Bardallur.

Este término se subdivide en otros varios, á saber: el de Manublas, Malpica y el Saro, limitado por las tierras de Villamayor, Puebla de Alfinden, carretera de Barcelona y acequia de Urdana; le riega una hijuela procedente del rio Gállego, denominada Camarera, y hay en él viñas, olivos, tierras de labor y algunas incultas.

El de Urdana, en que se incluyen la Vireina y Jarandin formado por los mismos laboreos que el anterior y regado por otra acequia de su mismo nombre que igualmente se origina del Gállego.

El de Rabal, inclusos Cascajo, Pasaderos y las Navas, fertilizado por una acequia que de él toma su denominacion, y procede de igual rio que las ya citadas.

El de Almozara, cuya acequia se origina del Jalon. No así la del de Mozamfal que debe sus aguas al Huerva, á semejanza de la que recorre el de Alfaz.

El término de Miralbueno, en que va incluido el de Garrapinillos, es el mas extenso de todos y su fertilizacion está encomendada á las aguas del *Canal Imperial*, que tan buenos servicios presta á la comarca entera, y que asimismo surte del líquido elemento á los de la Romarera, de las Fuentes y Adulas, del Plano de las Fuentes y Cartuja, de Miraflores y Abulas, y de Rabalete, incluyendo en este último el de Cabaldos.

Todos estos términos ofrecen una vista hermosa, así por lo abundante y ameno de su cultivo, como por las muchas quintas de recreo que por todos ellos se ven esparcidas y que los convierten en un dilatado paseo.

Abundantes, ricas y variadas son las producciones del territorio zaragozano; aparte del trigo, la cebada y demás cereales; de multitud de hortalizas y legumbres exquisitas, las cosechas de aceite y vino son tan numerosas que de uno y de otro se surte toda la comarca, y á pesar del gran número de molinos que de el primer artículo existen, no son suficientes á convertir en líquido toda la aceituna que dan la muchedumbre de verdes y frondosos olivos, esparcida especialmente por las márgenes de los rios Ebro, Gállego y Huerva.

Tambien las frutas son exquisitas, y entre ellas se distinguen los melocotones, ciruelas y peras de varias clases, y granadas; abundando igualmente la morera, que produce hoy dia muy buenos resultados. La falta de suficiente número de maderas de combustible, está sobradamente compensada con la abundancia de pastos en los que se mantiene gran número de cabezas de ganado lanar, algunas de cabrío y pocas del asnal, caballar, mular y vacuno; los bosques que hay, abundan en conejos, liebres y

perdices, y sobre todo, en tordos, cuyo número no disminuye á pesar de la gran mortandad que anualmente se hace de ellos, pues perecen á millares.

La industria, además de los diversos ramos de la agrícola que ya hemos marcado, consiste en el ejercicio de todas aquellas artes y oficios que las necesidades de tan importante poblacion exigen, y á la fabricacion de harinas y la de salitre, que producen así una como otra muy buenos resultados. Hay finalmente varias imprentas y litografías.

El comercio de importacion consiste en trigo, arroz y otros productos agrícolas de que carece ó no tiene en suficiente cantidad; productos coloniales, hierro labrado, fundido y en barras, alumbre y otras materias para teñir, paños, telas de seda, lino, lana y algodon, y todos estos productos en bruto, á excepcion de la lana. Tambien se importan maderas de construccion.

El comercio de exportacion gira sobre los productos de la industria como sedas teñidas, muy apreciadas por la perfeccion del tinte, botones de gran perfeccion, jabones, objetos de fundicion, chocolate célebre por el sabor exquisito que le da su especial elaboracion á brazo, papel, harinas, lana y los turrones que tanta fama gozan y tal consumo obtienen en la época de Navidad.

En cuanto á caminos además de la línea férrea que de Madrid se dirige á Zaragoza y de la que desde este punto sale en direccion á Barcelona, hay una carretera tambien desde la corte á la ciudad *Heróica* que se prolonga hasta la capital del Principado; un camino carretero que va á Pamplona, y varios provinciales para Alcañiz, Barbastro, Huesca, Teruel y otros.

XVI.

La familia de Azara. — Un paseo por Zaragoza.

El coche que conducia á nuestros cinco amigos se detuvo junto á la casa del aragonés.

Apeáronse todos y subiendo una elegante y cómoda escalera de mármol, presto se hallaron frente á una moldeada puerta que al sonido de un timbre cuyo boton apretó Azara, abrióse y apareció un criado que apenas apercibido de quien era el que llamaba exclamó con alegre acento:

— ¡Otra! es el señorito.

—Psch, calla, dijo Azara, porque supongo que mis padres estarán aun en la cama y quiero proporcionarles una sorpresa.

— Que no va á ser floja ni mala, porque como V. no escribió, ya se ve, en lo que menos se figuran. Y ¿estos señores vienen con V.? — añadió reparando en los cuatro amigos á quienes en la turbacion del primer momento no habia apercibido.

—Sí, y permanecerán en casa mientras estemos en Zaragoza, por consiguiente condúcelos á mi cuarto, mientras yo voy á sorprender en el suyo á los autores de mis dias y se dispone definitivamente lo que se haya de hacer.

Y volviéndose hácia D. Cleto y sus compañeros que permanecian en pié en el recibidor, añadió:

—Seguid á Tomás que él os indicará donde podeis descansar ínterin se os preparan habitaciones.

Hiciéronlo estos así, y el sirviente, que hacia ya cerca de veinte años que se hallaba en la casa, les condujo á un bien amueblado gabinete en cuyos cómodos divanes pudieron descansar de las fatigas que siempre ocasiona un viaje por corto que sea.

En tanto Azara, dirigióse apresuradamente á la alcoba en que sus padres reposaban, y entrando de repente en ella dijo en voz alta:

—Buenos dias, pápá.

—¡Hijo del alma!

A esta exclamacion pronunciada á un tiempo por dos diferentes voces siguióse un triple y estrecho abrazo, pues no pudiendo ninguno de los cónyuges resistir los impulsos de su corazon paternal, habian rivalizado en abandonar precipitadamente el lecho y arrojarse en brazos de Azara.

Pasados los primeros momentos de emocion, comenzaron las preguntas.

—¿Cómo es que has venido así, sin escribir ni mandar aviso alguno?

—Diré á V.; en primer lugar no sabia á punto fijo cuando llegaria y además, aun de haberlo sabido no hubiera avisado para proporcionar á Vds. esta sorpresa.

—Por ese lado estoy satisfecho; pero, cuéntame, ¿qué tal te ha ido en el viaje que segun desde Madrid me comunicaste ibas á emprender con objeto de conocer tu país?

—Hasta ahora perfectamente; he tenido la suerte de ir asociado á tres amigos animados de iguales deseos que yo, y de un señor ya de edad, muy complaciente é instruido que forma empeño en allanarnos cuantas dificultades se suscitan y en comunicarnos todo su caudal de conocimientos; entre paréntesis, los he traido á casa, esperando que Vds. no lo llevarian á mal.

—Has hecho perfectamente.

Y como á la sazon ambos esposos estuviesen ya vestidos, dijo la mujer:

—Voy á dar las disposiciones necesarias para que tus amigos no digan que les has engañado.

—Muchas gracias, mamá, —contestó Azara pagando su solicitud con un nuevo abrazo.

—Y yo,—dijo á su vez el padre;—voy á mi despacho donde tendrás la bondad de llevarme á ese señor y sus compañeros y presentármelos.

—Inmediatamente.

Y cada uno salió de la alcoba á cumplir su mision respectiva.

Azara encontró á sus amigos sentados tranquilamente departiendo y fumando ricos vegueros de una magnífica tabaquera que sobre la mesa habia.

Apenas les expuso el deseo de su padre, pusiéronse en pié manifestándose dispuestos á satisfacerle.

Con efecto pocos momentos despues penetraban los cinco en el despacho del anciano y Azara verificaba su presentacion con las fórmulas acostumbradas.

Cambiadas entre unos y otros las frases de cajon, la conversacion se hizo general y versó sobre los viajes que acababan unos de hacer, y de rechazo, sobre los que el otro llevó á cabo en sus mejores tiempos. Despues giró sobre asuntos indiferentes.

El anciano Azara no pudo menos de quedar complacido al ver á aquellos jóvenes deseosos de aprender, inteligentes y de esmerada educacion, así es que el diálogo se prolongó hasta que fue interrumpido por la entrada de la madre de Azara.

A su llegada, todos se pusieron en pié y repitióse la ceremonia que habia tenido lugar poco antes con D. Joaquin, que así se llamaba el padre del aragonés, solo que esta vez fue el mismo anciano el encargado de presentar á D. Cleto y sus compañeros.

La entrada de la madre de Azara tenia por objeto anunciar á su esposo que estaba ya servido el almuerzo, y en consecuencia pasaron todos al comedor.

Natural era que la conversacion recayera sobre las próximas fiestas que celebraba Zaragoza en obsequio de su Patrona y sobre los futuros proyectos de los viajeros.

—Chico, —decia el padre dirigiéndose á Azara, con esa entonacion peculiar á los aragoneses, —las fiestas de este año van á superar á las de los anteriores y mucho me alegro de que hayan Vds. llegado en estos momentos.

—En cualquier circunstancia en que hubiésemos conocido á Vds., —repuso Castro —nos hubiera sido verdaderamente satisfactorio.

—Nuestra y muy grande es esa satisfaccion en poder estrechar la mano á los buenos amigos de nuestro hijo.

—Me parece Sr. de Azara —dijo D. Cleto que desde su llegada habia estado mirando al anciano —que ya en otra ocasion tuve el gusto de tratarle, y por cierto en circunstancias bien críticas para esta poblacion.

—No tendria nada de extraño, mas no puedo recordar.

—¿Tiene V. presente la madrugada del dia 5 de marzo de 1838?

—Ya lo creo y en prueba de ello que, vea V.

Y el anciano abandonando precipitadamente la mesa volvió al cabo de breves segundos con una cruz que enseñó á D. Cleto diciéndole (1):

—Aquí tiene V. el recuerdo que de aquella memorable fecha conservo.

—Tambien yo la guardo del mismo modo junta con alguna otra no menos gloriosa.

—¡Hola! ¡hola! —exclamaron los jóvenes—¿con qué esas tenemos D. Cleto? ¿y tan callado se lo tenia V.?...

—Señores las cosas á su tiempo. Sin este incidente, cuando al ocuparnos de la historia de Zaragoza hubiésemos llegado á este punto, les habria referido la parte que me cupo en ese hecho de armas.

—¿Con qué estuvo V. aquí?

(1) En memoria de aquel suceso, que fue la entrada del jefe carlista Cabañero en Zaragoza, se concedió á los valientes zaragozanos que se distinguieron en tan memorable accion una cruz de cuatro brazos curvilíneos esmaltado de rojo, cuyos extremos las forman dos puntas con globos de oro. El centro es de esmalte blanco con la inscripcion *Combatió por la libertad en 5 de marzo de 1838*; y en el reverso, que es igual, otro lema que dice: *Isabel II á la siempre heróica Zaragoza*. Sobre el brazo superior hay una corona cívica y la cinta para usarla, es azul con filetes negros.

—Sí señor, y si no me engaño, yo fuí quien avisó á V. de la entrada de los carlistas y...

—¿Acaso era V. un vecino que vivia al lado de nuestra casa y que pertenecia tambien á mi batallon de milicianos?

—Justamente. Yo, merced á que solia retirarme muy tarde á casa, sorprendí la entrada de las gentes de Cabañero y le dí aviso.

—Y se batió V. como un valiente.

—¿Qué hacer cuando Vds. se portaban de aquel modo?

Y los dos ancianos estrecháronse con nueva efusion las manos al recuerdo de aquel hecho, estableciéndose con doble motivo entre los dos, una amistad mas profunda, por las raíces que conservaba de aquella fecha.

Largo rato se llevaron hablando tanto sobre aquel suceso cuanto respecto á otros particulares, hasta que recayendo la conversacion sobre el viaje y lo que pensaban hacer en aquellos dias, retiráronse á descansar quedando en visitar al inmediato, el magnífico templo de La Seo, iglesia metropolitana de Zaragoza.

XVII.

Armas antiguas.

Largo tiempo llevaronse nuestros amigos, descansando.

Cuando despertaron exclamó Azara.

—Vamos, vamos pronto á dar un paseo por mi ciudad.

—Al momento, por mi parte — repuso Castro — que ya me encuentro ágil y dispuesto á acompañarte aun cuando sea hasta el fin del mundo.

—Confieso — añadió Sacanell,—que no habia dormido hacia mucho tiempo, tan á gusto como acabo de hacerlo.

—¿Os agrada esta posada?—preguntóles sonriendo Azara.

—Ya lo creo.

—Lo mejor que tiene es que es vuestra.

—Gracias chico, estamos á la recíproca; cuando lleguemos á nuestras respectivas poblaciones harémos lo mismo contigo.

—¿Pero salimos?

—Por mi parte dispuesto estoy.

—Y yo tambien.

—Calma señores, un poco de calma, — repuso D. Cleto que estaba ya levantado, cuando los jóvenes lo hicieron y se ocupaba en hojear algunos papeles.

—¡Qué! ¿no quiere V. venir?

—¿Pues no he de querer? Mire V. que hacerme semejante pregunta á mí... He querido decir que no vayan Vds. tan de prisa porque el padre de Azara me ha dicho que tenia que salir con precision, y que como queria acompañarnos tuviésemos la bondad de esperarle, que no tardaria mucho.

—Eso es otra cosa.

—Sí señor que le esperarémos con mucho gusto.

—Vaya ¿y en qué entretendrémos este tiempo?

—Ya ve V. Azara, en que lo entretenia yo, en repasar mis apuntes de otro tiempo.

—Pienso una cosa, —dijo Sacanell — bien podia D. Cleto continuar la reseña que de las armas antiguas nos va haciendo en ratos perdidos, como vulgarmente se dice.

—Tienes razon.

—Ya lo oye V.

—Sí señores, y voy á complacerles en seguida.

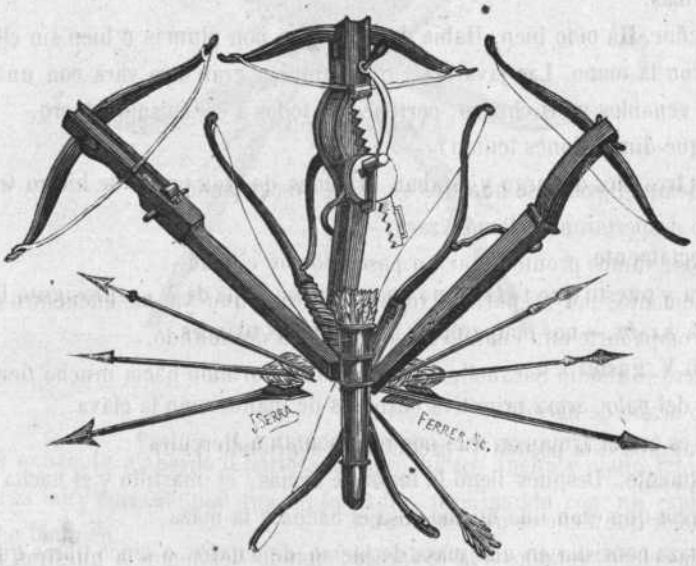
Y el anciano, recogió sus papeles diciendo despues:

—¿Qué armas fueron las últimas de que les hablé?

—De las torres cuadradas y...

—Ya me acuerdo; hoy nos ocuparémos de las armas arrojadizas y de las blancas.

—Como V. quiera.



Arcos, ballestas y dardos.

—Ya creo que les indiqué algo respecto á las ballestas, mas como estas fueron perfeccionándose mas cada vez, bueno será que les dé una idea de estas modificaciones.

Las flechas ó dardos eran varillas rectas de madera guarnecidas de plumas á uno de sus extremos y con acerada punta por el otro.

Sus dimensiones y aun su forma variaban bastante por la clase de hierros que tenian.

Habíalas largas, muy ligeras y dispuestas para que girasen en el aire como si fueran un volante, que se llamaban *viras* ó *virotones* y otras mas largas y armadas con una especie de maza, tenian el nombre de *virotes*.

Todas estas, generalmente se lanzaban con los arcos ó con las ballestas.

En estas tambien las habia de distintos tamaños y fueron sucesivamente mejorándose.

Las primitivas eran las compuestas de una vara flexible de madera ó de acero reforzada en su parte media y encorvada por los extremos por medio de una cuerda tirante, en que se apoyaba la flecha que era despedida al soltarla.

La ballesta comenzó, siendo una caja de madera en la que estaba fijo el arco con un hueco para que corriese la cuerda, hasta llegar á poseer un mecanismo consistente en una ruedecita de metal con dos muescas, armándose el arco por medio de una palanqueta, molinete ó polea segun las dimensiones que tenia la ballesta (1).

Merced á esto la puntería era mas certera.

—¿Y no habia además otra clase de flechas que se arrojaban con la mano?—preguntó Azara.

—Esas no eran flechas, amigo mio.

—Bien, será cuestion de nombre, pero recuerdo haber oido algo respecto á esa clase de armas.

—Sí señor. Ha oido bien. Habia dardos, bien con plumas ó bien sin ellas, que se lanzaban con la mano. Las javalinas, que tambien eran otra vara con una punta de hierro, los venablos y los chuzos, pertenecian todos á ese mismo género.

—¿Y qué dimensiones tenian?

—Unos tres piés de largo y estaban armados de una punta de hierro triangular ó piramidal.

—Perfectamente.

—Ahora y puesto que todavía no ha venido su papá de V.,—prosiguió D. Cleto refiriéndose á Azara,—nos ocuparémos de las armas blancas.

—Como V. guste.

—Tras del palo, arma primitiva entre las de mano, vino la clava.

—¿No es esa el arma con que nos representan á Hércules?

—Justamente. Despues llegó la maza de armas, el martillo y el hacha de armas.

—Yo creia que eran una misma cosa el hacha y la maza.

—La maza consistia en una masa de hierro de cuatro ó cinco libras que afectaba unas veces la forma elíptica, y estriada ó armada con puntas muy espesas, estaba sujeta á un mango de unos dos piés y medio, el cual tenia en su extremidad una cadena para sujetarle con mas fuerza á la mano.

El hacha de armas tenia una cuchilla en forma de media luna cuyas puntas eran bastante prolongadas; habíalas que tenian dos cuchillas, una por cada lado, muy cortantes siempre y con el mango mas delgado y ligero.

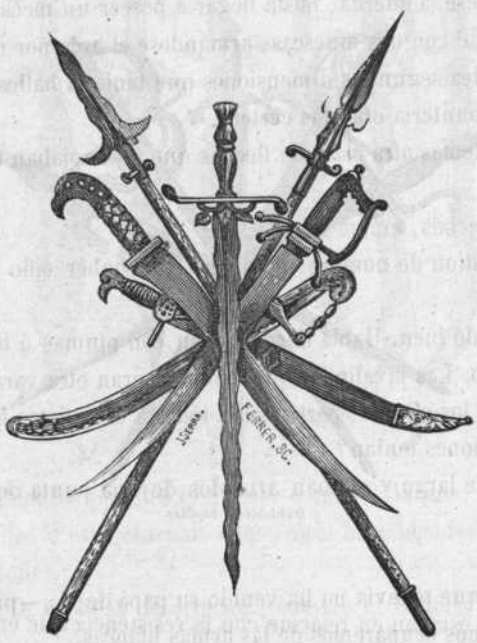
La guadaña consistia en un palo con una cuchilla corva, bastante grande, en forma de hoz, colocada en uno de sus extremos.

Las lanzas han tenido diversos tamaños y formas, desde las primeras que eran cor-

(1) El grabado que acompañamos puede dar una idea de los arcos y de la ballesta de ruedas y las sencillas.

tas y ligeras, constituidas por un asta de madera de fresno con un hierro aguzado y cortante, de varios filos, hasta el pesado lanzon de roble que tenia en el centro del asta un rebajo para que pudiera agarrarse mejor.

Tambien hubo las picas, lanzas mas cortas usadas por la infantería y que eran muy convenientes para resistir las cargas de la caballería.



Alabardas y sables.

Además existia la alabarda ó partesana cuyo hierro ancho y plano tenia la forma de media luna muy cortante por uno de los lados, terminando con un espigon aguzado y ancho tambien.

Respecto á las espadas las hubo tambien de varios tamaños y formas.

La de los galos era larga y muy flexible, la de los romanos corta y fuerte. Francia adoptó la de dos filos con un simple guardamano de dos gavilanes.

Las hojas variaron tambien; unas veces ora eran lisas, ora formando ondas pero siempre afiladas y de una longitud que variaba de cuatro hasta seis piés (1).

—Diga V. D. Cleto y permítame V. que le interrumpa, ¿no habia tambien una clase de espadas que se llamaban mandobles?

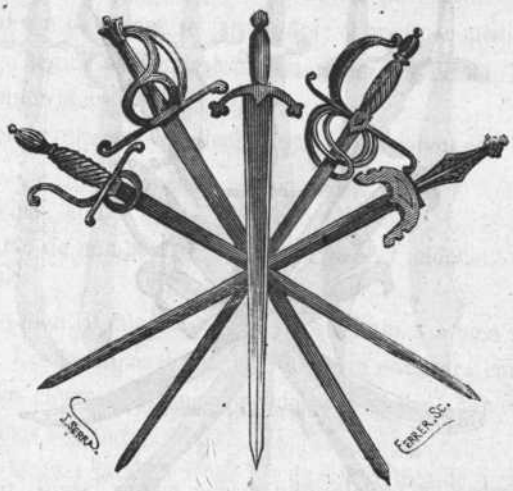
—Sí señor.

—¿Y cómo eran?

(1) Nuestros grabados reproducen algunas espadas de diversas clases y lanzas, así como tambien varios sables de hoja corva con un solo filo.

—Muy sencillos como construccion pero de tal manera pesados que se cogian con las dos manos para manejarlos. La hoja era ancha y de dos filos y la empuñadura formando cruz.

Posteriormente vinieron las espadas con guardamanos mas ó menos complicados, pero siempre pesadas y fuertes.



Mandobles y espadas.

—Naturalmente, estaban en relacion con la resistencia que encontraban.

—Y con los hombres que las manejaban. Para aquellas generaciones robustas y vigorosas, que soportaba perfectamente el peso de las armaduras, esa clase de armas eran lo que para las nuestras el sable actual y las ligeras armas modernas.

—Y las espadas llamadas de taza, ¿cuándo se usaron?

—Despues, ya llegarémos á ellas amigo Pravia.

—Vamos, deja á D. Cleto y no le interrumpas mas, — dijo Castro que escuchaba con profunda atencion al anciano.

—Tambien se usaba—prosiguió D. Cleto—el sable con un filo cortado al sesgo y empuñadura de madera con varias incrustaciones; despues estas empuñaduras fueron de metal, y se hicieron con dos gavilanes en forma de cruz.

Tambien teníamos la cimitarra y el alfange usados por los árabes, pero que se extendieron por todas partes.

Sus hojas eran mas encorvadas y sus filos mas agudos tambien.

Habíalos que ensanchaban desde la punta á el último tercio de su longitud, estrechando de nuevo hasta la empuñadura.

Otras afectaban la forma de media luna en la parte de la punta, y otras tenian toda la hoja dentellada á manera de sierra.

En fin, si á describir les fuese, —proseguia D. Cleto dirigiéndose á sus jóvenes oyentes, —todas las distintas clases de hojas que tenian bien los sables, las espadas ó los alfanges, creo que nos estaríamos la mayor parte de la noche.

Los temples en lo general eran magníficos, y bien se necesitaban que fueran así para poder hacer mella en aquellas fuertes armaduras.



Varias formas de cimitarras.

Tambien se usaban los puñales que mas ó menos largos, triangulares ó lisas las hojas ya conocen Vds. la estructura de ellos, pues han llegado hasta nuestros dias con muy ligeras variaciones.

Iba á proseguir D. Cleto su descripcion, cuando la llegada del padre de Azara la interrumpió.

—Vamos á la calle señores, —dijo el recien llegado; siento infinito el haberles hecho esperar.

—Nada de eso papá, nuestro buen amigo D. Cleto nos ha hecho pasar muy agradablemente este tiempo.

—Mucho me alegro, pues estaba impaciente.

—Nos ha dado algunas noticias muy curiosas sobre armas antiguas.

—Ea pues, ahora, á dar una vueltecita por la ciudad, y mañana emprenderémos la visita de los edificios mas notables.

Poco despues todos salian á la calle donde no les seguirémos por ahora.

XVIII.

La catedral de la Seo.

Al dia siguiente y en virtud de lo que de antemano habian dispuesto nuestros viajeros acompañados por el padre de Azara salieron de la casa de este, dirigiéndose hácia el magnífico templo de La Seo.

—¿De qué época data ese magnífico edificio que segun he oido distintas veces es una de las mas preciadas joyas que tiene Zaragoza? — preguntó Pravia.

—Difícil es poder fijar su fundacion primitiva—repuso D. Cleto.

—Creo que era mezquita de los árabes, — añadió el padre de Azara.

—Tal vez en este mismo sitio se asentaria la antígua iglesia gótica, quizás el mismo terreno que hollaban los sectarios de Mahoma habia escuchado la enérgica voz de Valero y las ilustradas discusiones de los concilios, pero nada afirmarse puede y solamente les diré que Hanax-ben-Abdalá hizo construir en este sitio su soberbia mezquita, y que purificada cuando la reconquista de Zaragoza en 1119 transformóse en cristiano templo.

—Pero indudablemente sufriria algunas reformas.

—Sí señores, hasta principios del siglo XIV conservó todavía su antigua forma oscura y baja, mas ya en esa época y merced á las donaciones y especialmente á la poderosa iniciativa del famoso Pedro de Luna reconocido como papa, por Aragon, alzóse la soberbia nave que ahora admiran Vds. juntamente con las dos de los costados.

—¿Con qué el Pontífice aragonés tanto hizo por esta basílica?

—A su costa hiciéronse varias obras, entre ellas el magnífico cimborio y el ensanche de la iglesia llevado á cabo por el maestro Muza.

—Pero ¿cómo es posible que pueda V. tener tanta memoria? — exclamó asombrado el anciano aragonés.

—¡He leido tanto!...

—Pues aun verá V. mas, padre, porque D. Cleto es un archivo, es una biblioteca ambulante donde de todo cuanto V. desee encuentra.

—Prosiga V., D. Cleto, prosiga V. — dijo Sacanell que escuchaba con profunda atencion á su buen guia.

—Por el mismo tiempo en que les hablaba, dió comienzo la construccion del retablo mayor y del coro, obras ambas de notable mérito, y con otros trabajos que á la par se hacian, quedó preparado por decirlo así, el grán ensanche que por los años de 1490 recibió el templo gracias á las donaciones del arzobispo D. Alonso de Aragon.

—¡Otro nuevo ensanche!

—Sí señores, otras dos naves se unieron á las laterales, y aun cuando en 1498 estuvo á punto de suceder un terrible fracaso á consecuencia del hundimiento de uno de los pilares que sostenian el cimborio, lo que produjo un estremecimiento general en todo el edificio, remedióse prontamente.

—Pero la fábrica quedaria algo afectada.

—Si tal, y prueba de ello, que fue necesario que se reunieran los mas famosos arquitectos de aquella época, para buscar el medio de conjurar el mal que preveian.

—¿Y lo encontraron?

—Sí señor; rebajóse el cimborio á la forma en que hoy le verán Vds.

—¡Caramba! sabe V. mas D. Cleto que yo que he nacido en Zaragoza y que pocas veces he salido de ella; confieso que jamás habia oido nada de lo que V. dice ahora.

—Porque no se ha tomado V. el trabajo de registrar el archivo del templo.

—Es verdad, confieso mi pecado, nada he visto de lo que V. dice.

—¿Y desde aquella fecha quedó ya la iglesia tal como está?

—Diré á Vds. Las obras de ampliacion continuaron, y al cabo de bastantes años contaba en su recinto el claustro, habitaciones, capillas y demás necesario para la existencia reglar de los canónigos.

—Pues sabe V. que seria colosal.

—Todavía no he concluido.

—¡Cómo! ¿aumentóse todavía mas?

—En 1546 si mal no recuerdo, el ilustre prelado D. Fernando de Aragon, convocó al cabildo al objeto de hacerle presente una cosa que todo el mundo observaba y que perjudicaba á la general armonía del templo.

—¿Qué era?

—Que la iglesia tenia demasiada latitud comparada con su longitud y por lo tanto era preciso remediar este defecto.

—Si que lo era.

—¿Y acordó el cabildo?...

—El Arzobispo pedia que se le suministraran los materiales necesarios para la obra que proyectaba, y que le concedieran la capilla de Nuestra Señora la Blanca para sepultura, y que él costearia la nueva construccion.

—Proposicion era.

—Ya lo creo como que se trataba nada menos que de añadir dos arcadas á cada una de las cinco naves por la espalda del coro. Aprobada semejante reforma y comenzados los trabajos, en el año de 1550 ya pudo el fundador admirar la nueva construccion.

—Vamos, vamos, está visto, si de todo sabe V. como de esto, no dudo que estos caballeros al concluir el viaje que proyectan, sabrán lo que difícilmente habrian podido encontrar recorriendo todas las bibliotecas de España.

—Vamos, vamos, Sr. de Azara, no tanto. Yo lo poco que sé lo he aprendido leyendo y estudiando; ¿por qué los demás no pueden hacer otro tanto?

La llegada á la plaza de La Seo donde se eleva el suntuoso templo, hizo enmudecer á los viajeros que se detuvieron un buen espacio contemplando la soberbia mole.

D. Cleto y los Azaras padre é hijo dejaron al andaluz, al gallego y al catalan que á su sabor contemplasen el conjunto, y al cabo de algunos minutos dijo el anciano aragonés:

—¿Eh? ¿qué tal? ¿Qué les parece á Vds.?

—Magnífico Sr. de Azara — contestaron los tres jóvenes.

—Desde luego, — dijo el erudito D. Cleto — deben Vds. comprender que esa fachada es greco-romana y en la torre hay algo de barroquismo que como dice muy bien el autor de una obra, que muchas veces he consultado, *parece poco análogo á las tradiciones de la metrópoli cesaraugustana* (1).

(1) Quadrado, *Recuerdos y bellezas de España.*

—A nosotros nos parece muy bueno—repuso Pravia.

—Y lo es efectivamente.

—Diga V. D. Cleto ¿á qué órden pertenecen esas columnas que adornan el primer cuerpo de la fachada?

—Al corintio, y las estatuas que ven Vds. en el segundo, dentro de sus nichos son del Salvador, san Pedro y san Pablo. Pero lo que verdaderamente deben Vds. admirar es esa atrevida y esbelta torre que positivamente hace empalidecer la fachada.



Exterior del templo de la Seo.

—Efectivamente que es una gran obra.

—¿Ven Vds.?—prosiguió D. Cleto indicando á los jóvenes todas las bellezas de la fábrica—consta de cuatro cuerpos, de los cuales, el primero que se eleva hasta las mismas naves está almohadillado; el segundo está compuesto de pilastras y sus esquinas son convexas.

—¿Y esas dos figuras que hay á entrambos lados del reloj que se ve en ese mismo cuerpo?

—Son las alegorías del Tiempo y la Vigilancia que sostienen la esfera. El tercer cuerpo es octogonal con columnas corintias y las cuatro colosales estatuas que en él encuentran asiento, son las virtudes cardinales.

—En ese es donde están las campanas ¿no es así? porque mi vista no alcanza á distinguirlo bien.

—Sí señor; las ocho ventanas que hay en él sirven para que puedan voltear. El cuarto cuerpo sigue el mismo órden del tercero y sostiene el capitel...

—Que me parece de forma extraña — dijo Castro observándole con atencion.

—Diré á V.; lo que encuentra de particular en él, es que afectando la forma de cúpula remata inopinadamente en una pirámide octógona.

—Acuérdese V. D. Cleto,— dijo el padre de Azara—que ese capitel creo que no es el primitivo.

— Ya lo sé y precisamente en este momento iba á explicar á estos señores la razon que hubo para sustituir el primitivo con el actual.

—¿Cuál fué?

—Un incendio producido por una exhalacion que penetrando por el capitel lo destruyó, haciendo necesaria su reposicion en la forma y estado que Vds. le están viendo.

—Perfectamente descrita la torre, Sr. D. Cleto, — exclamó Azara.

—¿Y quién llevó á cabo una obra tan colosal?

—La concepcion se debe á Juan Bautista Contini estando en Roma en 1685, y la ejecutaron, modificándola en algo, Pedro Cuyen, Gaspar Serrano y Jaime Borbon. Allí en el primer cuerpo está la inscripcion que lo indica (1).

—Diga V. D. Cleto, ¿y por qué se llama este templo de La Seo?

—Porque en lenguaje lemosin, Sede, se llama Seo ó Seu, y como es la iglesia metropolitana, llamósela así, y se ha perpetuado aquella denominacion.

—De modo que ya podemos penetrar en el templo porque supongo que ya habrémos visto todo lo notable del exterior.

—Así es.

—Pues vamos allá.

Y los jóvenes seguidos de ambos ancianos penetraron en la iglesia.

Mas apenas hubieron puesto los piés en el sagrado recinto, detuviéronse los viajeros impresionados por la grandeza de aquella colosal construccion.

—Lo que deben Vds. de admirar aquí, — dijo D. Cleto,—es la homogeneidad que existe en estas distintas construcciones que datan de distintos siglos, y que sin embargo parece que han sido todas hechas por la misma mano é ideadas por la misma cabeza.

—Es verdad que apenas se encuentra diferencia alguna en todos los diversos trabajos que nos ha indicado V. ya.

Y los jóvenes repasaban aquellas naves hasta que se detuvieron ante la capilla mayor.

—Me parece que es reducida para la grandiosidad del templo — dijo Pravia.

(1) En el Archivo de La Seo, se conserva el primitivo proyecto firmado por su autor, con la aprobacion de otros dos arquitectos romanos. En la ejecucion sufrió algunas modificaciones que contribuyeron á mejorarle.

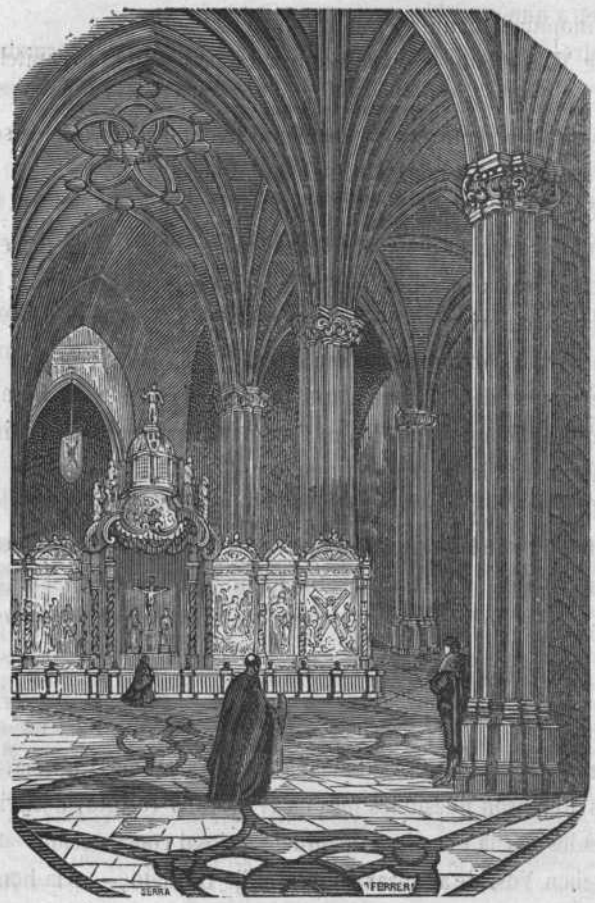
—Así es, pero no por eso es menos bella. Admire V. esa elegantísima crucería del techo y sobre todo fíjense bien en el retablo.

—Verdaderamente que tiene gran mérito — exclamó Castro.

—Es de alabastro.

—Y del estilo gótico mas puro.

Efectivamente D. Cleto tenia razon y cuantos elogios puedan hacerse del bellísimo retablo son pálidos y frios comparados con la realidad.



Interior del templo de la Seo.

Arrancan del suelo las afiligranadas pilastras que subdividen el primer cuerpo en siete comparticiones ocupadas por relieves ó por follajes. Destácanse de una manera vigorosa el martirio de san Lorenzo, la sepultura de san Vicente, la presentacion de san Valero al tirano y la curacion del endemoniado, tanto por la verdad de las figuras cuanto por la prolijidad de los trajes y adornos.

A entrambos lados, vénse en las puertas de madera las efigies de cuerpo entero

de san Valero y san Vicente, y sus arcos están orlados de primorosa guirnalda de pámpanos y hojas de rosal.

No menor es el mérito de los tres grandes cuadros de relieve que constituyen el cuerpo principal.

El del centro representa la Adoracion de los Reyes, y los de los costados, la Transfiguracion y la Ascension del Señor, y nada hay comparable á la delicadeza y vigorosa entonacion de aquellas figuras (1).

En el cuadro del centro, en la parte superior, vénse seis ángeles que sostienen unas cortinas perfectamente trabajadas, las cuales parecen recoger, para que quede á la vista la lumbrera que con el sagrario se comunica.

Los tres cuadros se hallan flanqueados por lindas pilastras adornadas con estatuas y guardapolvos y otras mas pequeñas subdividen los grandes pináculos que las coronan rematando el todo con un floron de buen efecto.

Doradas abrazaderas de delicados relieves, sujetan por decirlo así, este primoroso trabajo de gótica crestería, viéndose algunos ángeles que sostienen los blasones de los que contribuyeron tan eficazmente á su construccion, mas, no se halla en parte alguna de su obra, el nombre del distinguido artífice que la realizó.

Únicamente en los libros de fábrica encontramos el nombre de Pedro Johan de Cataluña, y merced á ellos podemos conocer al que tanta riqueza de genio demostró en el indicado retablo.

—¿Y todos los accesorios de esta preciada obra son del mismo autor? — preguntó Sacanell.

—No señor; en primer lugar que aun en el mismo trabajo del retablo trabajó el

(1) Hé aqui algunas noticias tomadas de los libros de fábrica referentes á los jornales dados á los artistas ocupados en la construccion de tan delicada obra, con el nombre y el sueldo que disfrutaba el maestro:

1445. «Á 2 de Enero obró Pere Johan en la obra del retaulo de piedra, y prendió por su salario segunt havia acostumbrado, 6 sueldos: ayudavanle tres obreros Pedro Garcés, Guillermo Mocet y Pedro Navarro con 3 s. 6 din. cada uno. Dia 14 obró Ramon Tayero en la fusta con un mozo, y prendió por su salario por ordinacion de Pere Johan, 3 s. 8 d. y el mozo 1 s. 6 d. y además trabajaban dos valencianos con el sueldo de obreros. — El maestro Pascual García trabajaba un candelero ó tenebrario con un mozo que quasi cumplia tanto como él; el jornal del maestro era de 4 s. el del mozo de 2 s. y el coste de dorar y pintar el tenebrario, fue de 7 s. En abril se marchó á Tarragona Pere Johan, y se le contaron por un jornal, los ratos que empleó en dar é trazar obra para dexar á los obreros: en su ausencia obraban Miguel Navarro y Soriano á 4 s. y medio cada uno, y á 28 de mayo estaba ya Pere Johan otra vez trabajando. Se compró por 10 s. una tabla grande para los tabernacles del retaulo. — En 10 de julio empezó maese Pascual á parar los andamios para la obra de reloja para respaldo al retaulo sobre el altar mayor ganando él con su mozo el chico 6 s. y su nieto Juan que obra tan bien como él 3 s. 8 d. — En 16 de agosto reemplazó á Pere Johan que cayó enfermo Juan de Segorbe con el salario de 4 s. 6 d. y se labraban las claves de los tabernacles del retaulo de fusta. — En 18 de diciembre por órden del Arzobispo y Cabildo cesó (es decir se suspendió) la obra, y se pagaron 6 s. á Juan Soriano, Miguel Navarro y Juan de Segorbe que la alzaron y metieron en órden.

«La suma universal de la espensa del retaulo de alabastro pagada por mosen Juan de Teruel procurador á maese Ans por las obras de 1473 á 1477 asciende á 27,406 s. — En 1480 la espensa total de dorar el retaulo é polseras é facer puertas, suma 14,928 s. 7 d. — Á 6 de junio de 1481 se pagaron 2 s. por dos lámpedas que se crebaron el dia que se cremaba el retaulo, y en 9 del propio mes 12 s. por un almuerzo para 40 peones que tiraron el bastimento del altar.

«Las puertas del retaulo se avinieron con maese Gombao por precio de 700 s. de los cuales recibió 270 de maese Barbarán en 1483, 100 en 1484 del maestro Épila (el célebre Pedro de Arbués), y 248 en 1485 de mosen Gerónimo Lope: en 1486 se le dieron 6 florines de oro ó sea 96 s. en cumplimiento de pago para acabar las puertas.

«En 1487 maese Gaspar despues de trabajar en las capillas de S. Miguel, S. Agustin, S. Bartolomé y otras, ganando 3 s. 8 d., pasó á labrar el ventanaje de la parte de afuera del sagrario; y en el libro de fábrica de 1488 hay un recibo de Gil Morlan imaginero confesando haber recibido 200 s. en parte de paga del tabernáculo del sagrario, otro de 100 s. por el mismo tabernáculo, y otro de 110 s. como principio de paga de dos ángeles para la misma obra.»

maestro Ans, por fallecimiento sin duda del primitivo creador, y en segundo, que siendo distintos los trabajos que constituian el todo, mientras Gombao escultaba las puertas del retablo, el maestro Gaspar labraba el gótico ventanal que rodea el abside por la parte de afuera, á la altura del sagrario, y el imaginero Gil Morlan se ocupaba en esculpir el tabernáculo y ángeles del sagrario.

—Pues, señor, está visto, —murmuraba el anciano Azara, escuchando lleno de admiracion á D. Cleto, —es necesario que venga un forastero á revelarme cosas que yo hijo del país ignoraba y que aun cuando las hubiese sabido, quizás ya no me acordaria.

Al lado de la epístola hay una plateresca silla de dos asientos, y en este lado era donde se alzaba el solio para la coronacion de los reyes de Aragon.

Primorosamente trabajada la cornisa de piedra, cuelgan de ella cortinas moradas, en cuyo centro se ven bordadas las armas del cabildo.

El paño ó cortinaje del lado del evangelio oculta el ataud de madera que contiene los restos de María, la hija menor de D. Jaime el *Conquistador*, en las habidas con su segunda esposa D.ª Violante, cuya efigie está sobre la cubierta del féretro.

A su lado se encuentra el sepulcro de mármol del arzobispo D. Juan de Aragon hermano del católico rey D. Fernando, cuya urna ostenta mas el gusto plateresco que el gótico; vése adornada con nichos y estatuas perfectamente trabajadas.

La estatua del difunto está en la urna cineraria y la Vírgen con el Redentor en los brazos, rodeada de varios santos, parece que velan su eterno sueño.

Bajo el presbiterio reposan otros dos prelados padre é hijo, D. Alfonso hijo natural del Católico Rey y D. Juan su nieto, viéndose en el epitafio que hay en la losa que les cubre, que es un recuerdo filial y fraternal de su otro hijo y hermano D. Fernando que les sucedió en la dignidad arzobispal (1).

En el mismo sitio y segun la inscripcion en dísticos latinos, se halla enterrado el corazon de Baltasar Cárlos, primogénito de Felipe IV.

Largo tiempo lleváronse nuestros viajeros admirando las preciosidades de aquella capilla hasta que saliendo de ella comenzaron á recorrer lo demás del templo.

—Amigos mios, —dijo D. Cleto. —No pueden Vds. imaginarse los distintos espectáculos que en este recinto se han dado. Desde la velacion de armas por los caballeros hasta las ceremonias de ungirse los prelados y coronarse los monarcas; desde la celebracion de cortes hasta las mas numerosas procesiones y desde las exequias y régios bautizos hasta la representacion de *Misterios* como entonces se les llamaba, todos estos heterogéneos espectáculos han tenido lugar aquí.

—¿Que aquí se representaban misterios? —exclamaron sorprendidos nuestros amigos.

—Sí señores, en 1487, si no me es infiel el recuerdo, en presencia de los Reyes

(1) D. Alonso habia tenido dos hijos con D.ª Ana de Gurrea, llamados D. Juan y D. Fernando, antes de ordenarse de sacerdote.

Católicos y de sus hijos, celebróse aquí con gran pompa y decoraciones y trajes, el Misterio del nacimiento del Hijo de Dios (1).

—¿Y ese Misterio tenia ya alguna forma de nuestras obras dramáticas?

—Era el nacimiento, por decirlo así, del teatro, era la alborada del arte dramático, que dió comienzo en los templos para desarrollarse y salir mas tarde fuera de aquel estrecho círculo.

Hablando de este modo nuestros viajeros iban admirando á la par, las veinte columnas que sostienen las cinco naves, formando agrupaciones de ocho columnitas, en las que se advierte alguna reminiscencia gótica.

Sobre pedestales modernos, de mármol, descansan las basas de las columnas y sobre sus capiteles de follaje aparecen los abacos dentellados, viéndose cuatro escudos de armas sostenidos bien por ángeles, bien por animales.

La ojiva de los arcos es notable por su esbeltez, así como los adornos de crucería, y las labores de las bóvedas parecen reflejarse en el pavimento de mármoles cuyos dibujos y colores sorprenden y maravillan.

Ténue y suave luz desciende sobre el presbiterio desde el elevado y majestuoso cimborio al cual su fundador pontífice Pedro de Luna dióle la forma de tiara, viéndose en los arcos laterales en que se apoya, esculpidas entre otros delicados relieves, las insignias y blasones de aquella nobilísima familia.

En la reedificacion de que ya nos hemos ocupado en otra parte, adquirió la forma ochavada un tanto aplastada por lo largo y en su cornisa se advierte el estilo plateresco así como en los nichos de las ocho estatuas de santos colocadas en el centro de cada costado, conservándose empero, el gótico en las ventanas.

En el friso escrita en caractéres lemosines hay una inscripcion que encierra la historia de aquella obra y que dice así: «*Cimborium quod in hoc loco Benedictus papa XIII Hispanus, patria Arago, gente nobili Luna extruxerat, vetustate collapsum, majori impensa erexit amplissimus illustrisque Alphonsus catholici Ferdinandi Castellæ, Arago, utriusque Siciliæ regis filius, qui gloria finatur; anno MDXX.*

(1) El diligentísimo y erudito escritor Sr. Quadrado, pudo con mas suerte que nosotros encontrar una cuenta de los gastos de esta obra, que nosotros por falta de tiempo no acertamos á encontrar en los libros de fábrica, por lo cual transcribimos las partidas que aquel señor cita en su obra *Recuerdos y bellezas de España*.

«Espensa estraordinaria de la fábrica de los cadahalsos mandada por el Arzobispo y Cabildo para la representacion de la Natividat de nuestro Redentor en la noche de Nadal de 1487, que se fizo por servicio y contemplacion de los señores Reyes Católicos, del infante D. Juan y de la infanta D.ª Isabel. — Para hacer las fiestas del buey y del asno, para el pesevre ó piezas de oropel, 7 sueldos. — una libra de coton cardado, 3 s.— tres de lana cárdena y bermeja, 5 s.—unas cabelleras de cerdas para los profetas, 4 s. 6 d.— siete pares de guantes para los ángeles, 6 s. —un par de garrotes para puyar el torno donde estava asentada la Maria, 4 d.—veinte y dos clavos palmares, limados, redondos, para los ángeles, volverse en derredor en las ruedas, 1 s. 10 d.—un par de guantes para el que era Dios Padre, 1 s. 6 d.—Item, pagué el segundo dia de Nadal por el desazer el tablado donde estaron los señores Reyes la noche de Nadal, que se lo querian llevar los de la señora Reina diciendo que eran insignias reales, por lo desazer y poner la fusta en recaudo, 2 s.—El tercer dia de Pascua por desazer los cadahalsos del entremés de los pastores para la fiesta de los Inocentes, 5 s. —por media libra de oro de bacin para los cielos y ruedas de los ángeles, 6 s. — por una piel de oropel para estrellas, 2 s. — tres libras de *aigua cuita* (cola) para pegar nubes y estrellas, 1 s. 6 d.»

«Mandó el Cabildo dar de estrenas á Maese Just por el magisterio de fazer toda la representacion de la Natividat, 5 florines de oro ó 80 s. — A los ministres de los señores Reyes por el sonar que ficieron, 2 florines de oro ó 32 s. — Item, á Maese Piphan (Epifanio) por tantos quinternos que fizo notados para cantar á los profetas, á la María y Jesús, medio florin de oro ó 8 s.—A la que hazia la María, al Jesús y al Joseph, que eran marido y muger y fixo porque el misterio y representacion fuese mas devotamente, mandó el Cabildo dar 2 florines de oro ó 32 s.»

De este friso parten los estribos de la espléndida estrella de la bóveda que está tachonada con diez y seis florones y que por la abertura del centro permite ver la linterna, octogonal tambien, y por cuyas claravoyas penetra la luz.

Fácil es de comprender que la admiracion de nuestros viajeros iba aumentando, participando de ella tambien ambos Azaras, pues aun cuando tenian muy conocido el templo que visitaban, las explicaciones de D. Cleto les daban nueva luz sobre aquello mismo que tanto habian visto.

—Pasemos á ver el coro — dijo Azara — que es digno tambien de admirarse.

—Ya lo creo — repuso D. Cleto — como que tambien se debe á la munificencia del arzobispo D. Dalmacio Mur que está sepultado en el centro de su obra.

—Parece que esta verja que le cierra—dijo Sacanell - es de construccion mas moderna que la fábrica de la iglesia.

—Sí señor, pero no por eso es menos digna de elogio. Mas penetremos dentro y observen Vds. con atencion.

Efectivamente digno de ser admirado es aquel recinto donde en primer término se destaca la silla arzobispal, en la que campean las armas del prelado Mur y que se halla materialmente cuajada de figuras con doseletes de crestería como las dos inmediatas.

De roble de Flandes es el resto de la sillería con medallones de figuras en los brazos y el alto respaldo circuido por arcos de relieve con arabescos y pequeñas columnitas góticas.

El facistol es de gran mérito tambien, viéndose en los libros de fábrica de 1413, una partida que dice así: «Fizo fazer el arcediano un leon de cera para servir de muestra á los que se deven fazer en los piedes del fagistol de noguera, é diose al maestro por su treballo 4 s. 9 d. Item al maestro pintor Solanas por razon que obró dos leones para el pied del fagistol, 12 s. Todo el coste del fagistol fué de 480 s.»

El pié del órgano guarda alguna analogía en sus labores con el coro, por lo cual creemos que no debe haber mucha distancia entre las fechas de ambas obras ni entre las manos que la ejecutaron.

Si en la parte interior de este campea de una manera inmejorable el género gótico, el arte plateresco ostenta todos sus primores en la parte exterior.

El basamento es de mármoles y las obras que sobre él se alzan, las estatuas de san Lorenzo y san Vicente, los cuatro relieves que en él se ven, las columnas que les dividen y aquel cornisamento con agrupaciones de ángeles y pechinas, revelan el portentoso genio de Tudelilla que lo demostró en la obra que nos ocupa.

En medio del trascoro bajo un tabernáculo sostenido por seis columnas salomónicas de negro mármol que cubren una cúpula dorada con adornos de ángeles y por remate la efigie de Jesús resucitado, vése un precioso Crucifijo, á uno de cuyos lados está de rodillas contemplándole en piadoso éxtasis la estatua del canónigo Funes, que fue mas tarde obispo de Albarracin.

De mérito mas inferior son los trabajos hechos en los muros laterales.

Hase seguido en ellos el plan del trascoro, mas desde luego échase de ver que faltaba ya el genio creador de Tudelilla.

De piedra trabajada con esmero es el basamento y las columnas tienen figuritas en los pedestales, pero las estatuas y relieves son mas inferiores á las de que ya hicimos mérito en aquel.

Los relieves representan la muerte de san Dominguito de Val y de san Pedro Arbués.

Este está representado precisamente en el mismo lugar en que tuvo efecto su martirio. En una de las columnas inmediatas estuvieron colgadas las homicidas armas, y en el presbiterio hay una losa con que los Reyes Católicos trataron de conmemorar el sitio donde cayó herido por los asesinos (1).

Los viajeros despues de haber estado contemplando un buen espacio tanta belleza, dieron comienzo á recorrer las capillas que esmaltan los cuatro lienzos de la iglesia.

Atendiendo mas á la ostentacion que al buen gusto la mayor parte de ellas, con sus portadas prolijas en trabajo, pero faltas de pureza y rigor de estilo, conservan cada una, sin embargo, alguna obra, algun recuerdo de su primitiva fábrica que merece verse.

En las capillas de Santiago y San Vicente deben pasarse por alto las portadas para fijarse tan solo en los tres cuadros de Rabiella que hay en la una y en la estatua de san Vicente, obra debida al cincel de D. Cárlos Salas.

Contraste notable con las portadas de estas capillas, fórmanle las de las santas Justa y Rufina y del Nacimiento.

Esta conserva todavía su primitiva bóveda y las pinturas en tabla que posee, son notables por lo minucioso de su trabajo y su colorido, mientras que en aquella merecen verse las del retablo y los frescos de la cúpula y de sus muros.

Teatro de sangrienta lucha fue en 16 de noviembre de 1570, la capilla de San Már-

(1) En el libro de *Actos Comunes*, se encuentra la siguiente notabilísima carta dirigida por los diputados al Rey á los doce dias de aquel acontecimiento:

«Miércoles que se contava á quatorce dias del presente, á ora de Maytines aconteció que algunas personas diabólicas, é infieles dieron dos cuchilladas al Rev. Mtre. Pedro de Arbués alias de Epila, inquisidor, la una en el cuello la otra en el brazo, y esto dentro de la Seu, e haun el stando agenollado é faziendo oracion, de las cuales es muerto. Fué cosa tan nueva y tan grave, tanto iniqua y scandalosa quanto Vra. Alteza puede considerar é dio tan grande alteracion en esta ciudat, que á la mesma hora repicadas campanas se armaron infinitas gentes, e con la oppinion e fantasia que este caso havian fecho fazer los conversos á quienes se fazia la inquisicion toda aquella gente que stava armada e plegada senyalaba é fablava de matar é robar dhas. gentes, e mesclada Juderia e Moreria; y es cierto si el robo se hoviera escomenzado á fazer, segunt á la gente popular agrada el robar, se huviera stendido á todas las casas que pudieran fallar ropa. Plugo á la bondat e misericordia divina turbar e evitar el dho. scandalo, de lo cual fué principal causa el Yltre. e Reverend.º Senyor Arzobispo e ayudaronle mucho los nobles D. Lop. Ximenez, D. Felip. de Castro e D. Blasco de Alagon ensembles con el Gobernador, é muchos que á causa de ellos se hubieron bien en el dho. negocio. Y asi la ciudat se reposó y quedamos todos con intencion de facer accérrima e diligent investigacion para saber quien ha cometido é cupido en tan gran maleza y fealdat é castigar el dho. caso para execucion del cual el dho. Yltre. Lugar teniente e la cort dieron poder al Gobernador, Justicia de Aragon é Calmedina que des libertadament pudiessen proceyr e proveyr acerqua todo el dho. negocio con acto de cort. copia del qual con la presente enviamos á V. M., e asi lo fazen que de continuo investigan y entienden en él e á otra part la ciudat, hizo facer cridas é offrecimientos de cincientos florines á quien lo descobriese e los dhos. tres judges scriven á diversas partes, de fuera de este reino todo á fin de investigar y descobrir este fecho, y es u niversal intencion y voluntat de todos perseguir e castigarlo cruedelisimament, si res cruel se puede pensar contra tales delinquientes no perdonando el regno ni la ciudat á espensas ni á trebajos. Los Diputados muy excellent senyor, havemos tardado algun dia de facer la presente sperando si se sentiria algo mas que pudiésemos significar á V. M., et con consideracion que el dho. Yltre. Sr. Arzobispo e la ciudat luego seguido el caso lo intimaron á V. A. Plega á la Magestad Divina de traer en luz este caso, porque para ejemplo e castigo de otros se faga en él tal exsecucion que ella sea servida e vuestra real serenidad en alguna manera satisfecha, á la cual humilmente suplicamos buelva todavia los ojos á este reyno que está asaz fatigado y en camino e via de perdicion si V. A. no lo remedia, la cual Ntro. Sr. Dios prospere por luengos tiempos segunt desea e á nosotros mande lo que su servicio sea. De Çaragoça á XXVI de setiembre anyo MCCCCLXXXV. Los diputados del reino de Aragon.

cos, siendo condenados por el cabildo los caballeros de Osera y de Maella que promovieron la contienda á hacer una mucceta de brocado para el sacerdote que administrase los santos Sacramentos.

El retablo de alabastro con medallones y figuras que existe en la de San Bernardo se debe al arzobispo D. Fernando de Aragon, cuyo es el plateresco sepulcro que encierra aquella en su recinto.

Ideado y realizado por Morlanes, llama la atencion por el buen gusto y el primor de la ejecucion.

En esta misma capilla está tambien el sepulcro de la madre del prelado, D.ª Ana de Gurrea, notable tambien por el trabajo y la efigie de la ilustre dama que en su interior reposa.

Cuatro bustos de góticos angelitos sostienen todavía el arranque de los arcos en la capilla de San Benito; de plateresco y barroco participa la de Santa Elena, mas la de San Gabriel puede considerarse con justicia como un verdadero modelo del estilo plateresco.

La bronceada reja y la marmórea portada abundan en menudas y delicadas labores, mientras que el techo conserva la elegante crucería, y el altar rivaliza con los adornos de la portada.

Fundóla para reposar en ella con el eterno sueño de la tumba D. Gabriel Zaporta.

La capilla de San Dominguito de Val, encierra los restos mortales del tierno infante víctima de la saña judáica en 1250.

La del canónigo san Pedro Arbués tiene aislado el tabernáculo, hallándose enterrado el santo, bajo el altar, en una urna con verja de bronce, obra de Gimenez de Tarragona.

Entre nubes y sobre el altar, hállase la estatua del mártir, á la que prestan luz en las grandes solemnidades, cinco preciosas lámparas de plata pendientes de la embocadura de la capilla.

Magnífica es tambien la sacristía donde debe admirarse el cuadro del Samaritano, obra segun se cree de Guercino, asi como otros varios de gran mérito y en la antigua sala capitular, algunos de Rivera el Espagnoleto.

Fácilmente debemos comprender que despues de haber estado tan detenidamente visitando el templo, no saldrian de él nuestros amigos sin ver la capilla de San Miguel Arcángel, que sirve de parroquia, y donde se encuentra el sepulcro de su fundador D. Lope de Luna, y las alhajas que posee la iglesia de La Seo.

Con el correspondiente permiso, pusiéronse á examinar aquel rico tesoro, llamando su atencion la cruz de oro sobre que prestaban el juramento de los Fueros, los antiguos reyes de Aragon; la magnífica custodia de tres cuerpos que se muestra al público en la procesion del Corpus; los altares de plata labrada que se colocan sobre el ara en las grandes fiestas de la iglesia y otras que seria prolijo enumerar.

XIX.

Recuerdos históricos de *La Seo.*

Difícilmente habrá un templo que como el de La Seo, haya sido testigo de tantas y tan diversas escenas, de tan dramáticos incidentes, y de tan régias pompas.

Coronaciones de monarcas, solemnes bautizos, velaciones de armas, reuniones de cortes, conspiraciones, procesiones y rogativas, de todo ha habido en este templo tan digno de admiracion como obra de arte, cual de respeto por su histórico pasado.

En aquellas sombrías bóvedas donde habia tambien resonado la voz de D. Jaime el *Conquistador,* alzóse tambien la potente voz de aquel terrible monarca coetáneo de D. Pedro I de Castilla denostando á su hermano el infante D. Jaime que se habia puesto al frente de la *Union,* dominando con su audacia á aquella nobleza turbulenta y orgullosa y á aquel pueblo que la ayudaba.

Hé aquí las palabras del Rey segun él mismo las refiere en su crónica:

«E axis' feu que nos estant un dia en les dites corts legent mols capitols desrahonables, y entre los altres ni havia un molt desrahonable e desconvinent qui era gran destrucció de tot lo poble de nostre regne, oynt aquel nos vos levam e altament nos diguèm al infant en Jaume: E com, infant? nous basta que vos siats cap de la Unió, éncare us fets concitador del nostra poble, e 'ns avolotan ab aquell? nos vos diem que axó fets á volment e falsa e com á gran traydor que vos sots e axó us entenem a combatre cors per cors guarnit ó menys de guarniment ó que en gonella vos ho combatrem ab coltells, y que us farem per la vostra boca mateixa dir que axó que havets fet havets fet desordenadament, y renunciarem á la dignitat real que haveme á la primogenitura, e us absolem de la dignitat qué 'ns sots tengut. E com axó haguem dit, callam; pero nos ordenam que Pero Ximenez de Pomar y en Gonçalvo de Castellví estiguessen als peus del dit infant, per xó que si ell se movia desordenadament vers nos que aquets lo matasen. E lo dit infant en Jaume levas é dix: Senyor, yo á vos no dich res, mes tot altra hom, exceptat vos, que diga axó, ment per la barba. E dites aquestas paraulas, ell se girá ver lo poble qui era allí per las corts, é dix aytals paraulas: O poble benastruch, vejats com vos vá que com á mi diu aytals paraulas qui som son frase e son lochtinent quant mes dirá á vosaltres. E dites aquestas paraules, ell se assech, e mossenyer Joan Ximenez de Urrea levas e vol parlar e nos qui 'l vehem levar diguemle: en Joan Ximenez assiets vos e nous es ops que parlets, que vos ne altri nous devets metre entre nos el' infant en Jaume, e posats vos é ops queus es. Y ell qui ens oy així parlar descolorit tot, que ell era da si ja blanch, assechse. Y en aquella hora en Guillem Casirera qui era cambrer major del dit infant levás é dix altament: ¡Oh Deu! e no hi ha nengú qui gos respóndre per lo infant qui es reptat de trayció? Cridá á manera de avalot; Viafore! viafore! é anassen á obrir les portes. E axí cridant: ell isqué de fora é entraren murmurant. E nos e tots aquells qui eren ab nos y les gents de peus nostres e aximateix tots aquells qui eren tornats á la nostra part

dels cuals háviem ya pres sagrament homenatje e seguretat que nos serien bons e leals, estrenguem nos ab los coltells en la ma. E axí levamnos, e isquem de fora, e anamnos al Aljaferia y segons que en apres sabem com nos en fom tornats digueren aquells de la Unió: Be apxar que gran liga hic es feta com lo senyor rey ha dites aytals paraulas (1).»

De igual manera en aquel sagrado templo mas de una vez salieron á relucir las espadas, escuchándose en su recinto los mas formidables juramentos.

En él los Reyes católicos asistieron á la representacion de uno de aquellos famosos episodios del cristianismo, primeros albores del arte dramático, el cual segun las descripciones hechas, fue superior á cuanto hasta entonces se viera.

Tambien en el augusto templo alzóse muchas veces el solio real para cobijar á los monarcas que iban á recibir su corona de manos de los prelados zaragozanos.

Y al hablar de estas coronaciones, acontecimientos importantísimos de la vida de los pueblos, y de las fiestas inherentes á ellas, que entrañaban las costumbres de la época, no podemos resistir á la tentacion de dar á conocer una de estas escenas, magistralmente descrita por el famoso historiador de Aragon D. Jerónimo Blancas, extractada concienzudamente por D. Joaquin Tomeo y Benedicto, con cuya amistad nos honramos durante su vida y cuya prematura muerte hemos deplorado amargamente por la gran pérdida que con ella han tenido las letras españolas.

Trátase de la coronacion de Alfonso IV el *Benigno* y las fiestas con que este acto se solemnizó, son tan características, por decirlo así, que creemos, á la par que rendir un tributo de respeto al ilustrado cronista de Aragon sucesor de Zurita, complacer á nuestros lectores.

Dice así:

«Divulgada la coronacion que iba á tener lugar en Zaragoza, concurrieron á ella diversos señores de Gascuña, de la Provenza, de Francia y otros reinos y provincias: y señaladamente vinieron embajadores de los reyes de Castilla, Navarra, Bohemia y de los reyes moros de Granada y Tremecen, sus aliados. Sin estos tambien vinieron diversos prelados, ricos-hombres, caballeros y síndicos de las ciudades de Valencia y Cataluña, en tan copioso número, que se juzgaban serian pasados de treinta mil de á caballo. Vinieron de Cerdeña el juez, y arzobispo de Arborea con dos sobrinos suyos, y el almirante y gobernador de Cerdeña, que todos desembarcaron en Barcelona con tres galeras, y de allí vinieron con grande acompañamiento; señaladamente el juez de Arborea trajo consigo mucha gente, porque era tan gran señor en Cerdeña, que cási la mitad de la isla era suya. Los embajadores de los reyes moros tambien entraron muy acompañados, y traian muy grandes joyas y presentes. El infante D. Juan, arzobispo de Toledo, hermano del rey, trajo consigo mucha gente que posó en el monasterio de San Francisco; el infante D. Pedro, hermano del Rey, entró con mas de ochocientos de á caballo; el infante D. Ramon Berenguer, tambien hermano del Rey, con quinientos; el noble D. Jaime de Exerica, con otros tantos, y su hermano D. Pedro de Exerica, entró con doscientos; el vizconde de Cardona, D. Ramon Jolih, trajo

(1) Crónica de Pedro IV, lib. IV, cap. III.

gran muchedumbre de caballeros, y el conde de Pallás, ni mas ni menos. Luna, Castelnou, Moncada, Anglesola, Cardona, Cerbellon, Cornel, Ximenez de Urrea, Castro, Ribellas, Eril, Villamur, Caramany, Cruillas, Fernandez de Izar, Fernandez de Vergua, Castellot, Almenara, Tramacet, Ibies, Perez de Arenos, Duerta de Arenos, Ricaberti, Cabrisa, el maestre de Calatrava, el maestre de Montesa, el comendador de Montalvan, D. Fr. Sancho de Aragon, Castellan de Amposta, cada uno de estos entró con mucha gente de á caballo. Señaladamente los ricos-hombres, que como en aquellos tiempos tenian muchas caballerías y las daban á caballeros que por esta razon se decian sus vasallos, de ordinario solian llevar mucha gente de á caballo consigo. De los eclesiásticos, á mas de los dos arzobispos de Toledo y Arborea, concurrieron el arzobispo de Zaragoza, D. Pedro Lopez de Luna, los obispos de Valencia, Lérida, Huesca y Tarazona, y otros obispos, abades y priores de diversas partes; concurrieron tambien los síndicos de las ciudades y villas de Aragon, Valencia, Cataluña, que fueron muchos y todos vinieron muy acompañados con tropas, atabales y menestriles; de suerte, que se puede bien creer seria el mas copioso ajuntamiento que se hubiese visto jamás en esta ciudad para una fiesta, y que pudo muy bien ser que pasasen de treinta mil de á caballo.

«Todos estos entraron en Zaragoza despues del Rey, que entró la semana de Ramos, con solo los oficiales de su casa y corte, que eran muchos; y entraban todos de luto por la muerte del rey D. Jaime II. Y así lo estuvieron los dias que hubo de aquella semana hasta el Viernes Santo, á la tarde que el Rey mandó que al dia siguiente Sábado santo, dicha el alleluya, se lo quitasen y se aparejasen muy de propósito para la fiesta.

«El Sábado santo, dicho el alleluya y repicadas las campanas, comenzaron á salir las galas de los caballeros y cortesanos que allí habia, que fueron muchas y costosas libreas de seda y brocado que en aquellos tiempos llamaban paño de oro; desto y de Peñas Veras ó armiños, iban vestidos los mas principales. Y los primeros que dieron principio á la fiesta fueron los seis síndicos que estaban por la ciudad de Valencia, porque partiendo de mañana de su posada, que la tenian cabe la iglesia de La Seo, y llevando delante de sí sus trompetas y atabales y los juegos de dulzainas y ministriles que habian traido, yendo todos, muy ricamente vestidos, de dos en dos en caballos enjaezados, y sus escuderos delante, de la misma manera, fuéron á la Aljafería atravesando á lo largo toda la ciudad, por la calle Mayor al Mercado y por la calle de San Pablo al Portillo, y de allí á la Aljafería. De esta suerte el mismo dia por la mañana, acudieron todos los demás al mismo palacio, yendo cada uno de los señores principales por sí y con su acompañamiento particular lo mas en órden que podia y con grande estruendo de música y atabales. Llegados á la Aljafería comieron todos allí. Despues, volviéndose á sus posadas con el mismo órden y acompañamiento que habian venido, tañidas vísperas, ordenaron de encender los blandones y hachas de cera que cada uno tenia. Y ya en las paredes de las calles por donde el Rey habia de venir desde la Aljafería á la iglesia Mayor, estaba escrito y señalado á cada uno el puesto y lugar donde debian de arder los suyos. Porque habian de estar fijos, sin mu-

darse, y solo habian de servir de dar luz para cuando el Rey pasase, que se suponia que seria de noche, como en efecto así fue. Y desta manera, en muy buen órden, se llenaron las calles de hachas y blandones de cera, que de solo los seis síndicos de Valencia hubo ciento y cincuenta blandones de á doce libras, todos con armas y escudos reales. Puesto esto á punto, y atañidas las oraciones salió el Rey de la Aljafería por este órden: los primeros de todos iban á caballo los hijos de los que habian de ser armados caballeros aquel dia, llevando sus espadas; detrás de estos seguian los que llevaban las espadas de los ricos-hombres que el Rey habia de armar caballeros, que á los otros primeros, otros caballeros ó ricos-hombres los armaban: despues de estos iba la espada del Rey, que la llevaba un rico-hombre muy principal llamado D. Ramon Cornel, que era de su consejo y muy privado suyo, acompañado de otros dos ricos-hombres que lo llevaban en medio; y la espada era la mas rica que en aquel tiempo se sabia que tuviese rey ni emperador. Despues de la espada iban dos carros triunfales del Rey, en que iban ardiendo dos grandes cirios, cada uno de diez quintales (1) que tanta era la luz que estos daban por donde pasaban, que parecia de dia claro. Luego tras de estos cirios venia el Rey á caballo, vestido un arnés riquísimo, y luego detrás venian los ricos-hombres que llevaban sus armas, yendo cada uno en medio de otros dos. Despues de estos iban los ricos-hombres que el Rey habia de armar caballeros, despues los que los infantes, y los postreros de todos los otros caballeros que habian de ser armados por los ricos-hombres yendo todos de dos en dos por su órden. Pasados estos, venian tambien de dos en dos los que llevaban las armas de los caballeros noveles, y así iban todos á caballo en corceles muy bien enjaezados y ellos magníficamente vestidos con ricas vestiduras, llevando muchos de ellos riquísimos arneses: la demás gente, exceptuados los infantes D. Pedro y D. Ramon, iban á pié acompañando al Rey, llevando entre sí de trecho á trecho grandes músicas de trompetas, atabales, dulzainas, ministriles y comparsas de salvajes, que iban todos por las calles apellidando á voces: — «Aragon, Aragon, por el rey D. Alonso, nuestro señor.» Desta manera llegó el Rey á la iglesia de La Seo, seria ya pasada la media noche; y lo que restó della hasta el alba, pasóse en oir los maitines que se dijeron con gran solemnidad por los arzobispos, obispos y otros prelados y personas eclesiásticas que allí se hallaron; y la gente popular anduvo cantando prosas y oraciones con grandes muestras y señales de contentamiento. El dia siguiente, primero de Pascua de Resurreccion, á 3 de abril, el arzobispo de Zaragoza, D. Pedro Lopez de Luna se revistió para decir la misa de pontifical; el Rey puso sobre el altar mayor la corona y la espada. Despues se vistió el alba como si hubiera decir misa, y sobre el alba se puso la estola y el manípulo y sobre todo la dalmática real, que era muy rica, y la estola y manípulo lo eran tanto, que se estimaban en una gran suma, porque estaban cuajados de perlas y piedras preciosas. Y á cada cosa de estas que el Rey se ponia el arzobispo decia su oracion.

«Hecho esto, el arzobispo comenzó la misa con grande solemnidad, y dicha la epís-

(1) No se admirará de la grandeza de estos cirios quien sepa que el cirio Pascual de la santa iglesia de Sevilla tiene ochenta arrobas de cera blanca. — (Rodrigo Caro, *en las antigüedades de Sevilla*, lib. XI, cap. I).

tola hízose el Rey calzar las espuelas, la derecha á su hermano el infante D. Pedro y la izquierda á su otro hermano el infante D. Ramon. Despues, allegándose un poco al altar, tomó la espada en su mano y con ella, postrado, se puso en oracion, y así estuvo un rato diciendo sobre él diversas oraciones el arzobispo. Y acabadas que fueron, volvió el Rey á hacer oracion otra vez, y besada la cruz de la espada, él mismo se la ciñó, y arrancándola luego de la vaina, blandióla tres veces; luego volvió á envainarla, y cuando fué cantado el Evangelio, ofrecióse el Rey á Dios nuestro Señor, suplicándole fuese siempre en su guarda y le diese victoria contra sus enemigos. Entonces el arzobispo de Zaragoza que decia la misa, ungió al rey en la espalda y en el brazo derecho y prosiguió adelante en su misa. Y despues que fue acabada, volvióse el Rey á desceñir su espada, púsola sobre el altar donde antes habia estado, junto á la corona, y estúvose quedo en su sitial. En esto el infante D. Juan, arzobispo de Toledo, su hermano, se revistió y comenzó otra misa, y poco despues que la hubo comenzado, tomó el Rey de sobre el altar la corona y él mismo se la puso en la cabeza, y teniéndola así puesta, llegaron á él el mismo infante su hermano, que decia la misa, y los otros infantes sus hermanos, D. Pedro y D. Ramon y se la aderezaron. Entonces todos los arzobispos, obispos, abades, priores y los demás eclesiásticos que allí se hallaron, comenzaron el *Te Deum laudamus*. Y en el entretanto que este se cantó, tomó el Rey en su mano derecha el cetro de oro y mudólo á la izquierda, y despues tomó el pomo y túvolo en su mano derecha, diciéndose á cada cosa destas sus oraciones. Hecho esto, pasóse adelante en la misa, que el arzobispo de Toledo dijo, y acabada que fue, sentóse el Rey en su sitial, que estaba puesto delante el mismo altar mayor, y puestos el pomo y cetro sobre el altar, teniendo la corona en la cabeza, hizo venir ante sí los ricos-hombres que habia de armar caballeros, de uno en uno, y á todos los armó, que fueron estos: Exerica, Jolih, Luna, Pallás, Fernandez de Ixar, Anglesola, Ximenez de Urrea, Cornel, Cervellon y Moncada, y así como el Rey los armaba caballeros, se salian de la capilla mayor donde el Rey estaba, y se iban á una de las otras capillas junto al coro, donde, con la misma ceremonia que el Rey los habia armado caballeros, armaban á otros.

«El infante D. Pedro armó caballeros al noble D. Dalmau, vizconde de Castelnou; D. Guillen de Eril, vizconde Villamur; y D. Gilabert de Cruillas, que fueron cuatro. El infante D. Ramon solamente armó tres. Todos estos ricos-hombres y nobles, nuevamente armados caballeros así por el Rey como por los infantes, puestos en sus capillas, luego armaban á otros. D. Jaime de Exerica en su capilla armó veinte caballeros. El hijo del juez de Arborea ordenóse que luego que llegase á Cerdeña armase veinte caballeros, los diez catalanes y los otros diez aragoneses. El vizconde de Cardona armó solo tres nobles caballeros: á su hermano D. Ramon, al noble D. Amorós de Ribelles, y á D. Pedro de Regal; despuse D. Lope de Luna armó veinte caballeros y el conde de Pallás otros veinte. D. Alfonso Fernandez de Ixar, quince; D. Guillen de Anglesola, diez; D. Juan Ximenez de Urrea, otros diez; D. Berenguel de Anglesola, tambien diez; D. Pedro Cornel, D. Guillen de Cervellon y D. Ot de Moncada, tambien armaron otros diez cada uno. Y de los que armó el infante D. Pedro: el vizconde

de Castelnou, el noble de Eril y el vizconde de Villamur, asimismo armaron otros cada diez, y el noble de Cruillas no mas de seis; y de los tres que armó el infante D. Ramon, tambien armaron cual á ocho, cual á diez.

«Y así como cada uno acababa de armar en su capilla, se salia con ellos y se iba á la Aljafería, yendo delante dél los que llevaban las espadas; despues iba él solo y á él seguian detrás todos los armados caballeros, marchando todos de dos en dos á caballo. Por este órden se fuéron á la Aljafería, que fue un hermosísimo espectáculo. Cuando ya todos estos doce ricos-hombres con sus caballeros hubieron salido de la iglesia Mayor, camino de la Aljafería, como se ha dicho, el Rey bajó del altar mayor llevando el pomo en la mano derecha y el cetro en la izquierda, y su corona puesta en la cabeza, y salió á la puerta de la iglesia donde se puso en su caballo que ya le estaba aparejado, riquísimamente enjaezado, y comenzó á caminar hácia la Aljafería por las calles que habia venido, llevándole delante su espada y detrás sus armas los ricos-hombres que las habian traido. La corona era riquísima, toda de oro, llena de piedras preciosas, rubíes, balaxes, zafires, turquesas y esmeraldas, y delante tenia un carbunclo de grande estima; toda ella seria de un palmo en alto, y tenia diez y seis florecillas ó mureznos que habia en ellos algunas perlas muy gruesas; y así, toda ella se estimaba en 50,000 escudos. El cetro tambien era de oro, de tres palmos largo, y en la punta tenia un rubí muy grueso. El pomo asimismo era de oro y tenia en lo alto una flor y sobre ella una cruz muy bien labrada. De manera, que todo lo que el Rey llevaba aquel dia con los aderezos del caballo, se estimaba en mas de 150,000 escudos, que para aquellos tiempos era una gran suma.

«Con estas insignias reales y con las vestes de dalmática, estola y manípulo con que habia estado en la coronacion, subió el Rey en su caballo, de cuyo freno y de los brazos dél salian dos pares de riendas, las unas eran las del mismo caballo que lleva al cuello y servian para regirlo, y destas llevaban de la parte derecha el infante D. Pedro y de la izquierda el infante D. Ramon, y muchos ricos-hombres de Aragon y Cataluña. De las otras riendas, que eran de seda blanca y tenian cincuenta palmos de largas, llevaban otros ricos-hombres, caballeros y ciudadanos, y tras ellos, los postreros de todos, iban los síndicos de las ciudades de Zaragoza, Valencia, Barcelona y Tortosa, que eran por todos veinte y dos, y en este órden iban todos á pié acompañando al Rey, pues á ninguno se le permitió ir á caballo sino al que llevaba la real espada que iba delante de los que cogian las riendas.

«Y con esta magnificencia fue llevado el Rey á la Aljafería, que cuando llegó serian bien las tres de la tarde. Las calles estaban muy aderezadas, llenas de instrumentos de música; de trompetas habia mas de trescientos juegos; de juglares y disfraces de salvajes y de otros mas de mil.

«Llegado á la Aljafería, apeóse el Rey y subióse á su aposento, del cual salió de allí á un buen rato con otra corona menor, porque la primera le pesaba mucho; y no era esta tan pequeña que no tuviese medio palmo en alto, ni valia tan poco que no se estimase en 25,000 escudos. Con esta, pues salió á la gran sala y dejando en un sitial de brocado que estaba á la mano derecha, el pomo y en otro que estaba á la izquierda

el cetro, se sentó á comer en una mesa que le estaba aparejada, mas alta que todas, y tendría diez y ocho palmos de larga, y en ella, á su mano derecha, un poco apartado dél, se sentó el infante D. Juan, su hermano, arzobispo de Toledo, y á la otra parte, que era la mano izquierda, algo mas apartados, se sentaron los arzobispos de Zaragoza y Arborea (el de Zaragoza primero).

«Despues, en otra mesa mas baja, á la misma mano izquierda, se sentaron los otros obispos, abades y priores. Y en otra á la derecha, los ricos-hombres que el Rey habia armado caballeros aquel dia y tras ellos los otros caballeros nobles. Los postreros de todos se sentaron los ciudadanos y síndicos de las ciudades principales que allí concurrieron, cada uno en el lugar que se le señaló.

«A estas mesas servian nobles personas con tanto órden y concierto, que con ser tantos parecia que no habia ninguno: la mesa del Rey se sirvió desta manera: el infante D. Pedro hizo el oficio de mayordomo, el infante D. Ramon sirvió al Rey la tohalla y despues la copa, y doce ricos-hombres con él sirvieron la mesa.

«Desta manera se sirvió la comida. Acabada que fue, quitáronse las mesas y aderezóse un tablado muy rico en medio del cual se asentó el Rey en su silla, con la corona puesta en la cabeza y el pomo y cetro en las manos, y á sus lados los arzobispos algo apartados dél, como habian estado en la mesa; y por las gradas del tablado, á los piés del Rey, se asentaron los ricos-hombres, caballeros y ciudadanos que allí habia.

«Cuando todos estuvieron así asentados, uno de los juglares que allí estaban, llamado Romaset, comenzó en voz alta á cantar una villanesca que el infante D. Pedro habia compuesto en honra y alabanza del Rey y por la solemnidad de aquella fiesta.

«Y acabado esto, el mismo Romaset, que tenia muy linda voz, cantó otra cancion compuesta por el mismo infante, toda en alabanza del Rey; despues entró otro juglar llamado Novellet, y este recitó en voz y sin cantar mas de setecientos versos que el mismo infante habia compuesto en lo que entonces decian reseña vulgar (1).

«Cuando todo esto fue acabado, que era ya muy bien tarde, el Rey se entró á su aposento á descansar, y los demás se fuéron á sus posadas. El lunes siguiente tambien hizo plato y dió de comer á los mismos. Y el martes el infante D. Pedro convidó al Rey y á toda la corte en su posada, que no se sabe cual era. El miércoles el infante arzobispo de Toledo en el monasterio de los frailes Menores, donde posaba, hizo lo mismo. Y el jueves, el infante D. Ramon, y con este se acabaron los banquetes, habiendo en todos estos dias grandes fiestas y diversas invenciones de bailes por la ciudad, y entre ellos mas de trescientos que llamaban bordonadores, y cien caballeros é hijos de caballeros y ciudadanos honrados que, como decian, tiraban al tablado. Sin esto hubo mas de cien jinetes de Valencia y de Murcia muy bien aderezados, con grandes pretales de cascabeles, que iban dando carreras por las calles, regocijando la fiesta. Esto de tirar al tablado era un juego y ejercicio de caballería muy usado en los tiempos antiguos de lanzas arrojadizas que se hacia de esta suerte: hincábanse en tierra unos palos largos y derechos y en estos se ponian atravesadas unas tablas de madera á modo de palen-

(1) * Romance.

que, sino que era menor y subia en alto, y estaba al un lado de la carrera, y á esto llamaban tablado.

«Los que entraban en esta fiesta, partiendo de su puesto, corriendo en sus caballos á toda furia, arrojaban sus lanzas, que llamaban hastas, procurando en todo caso de acertar en el tablado, como que tirasen á deshacello. El que tenia tanta pujanza en el brazo y tan buen tino, que acertando á dar en el tablado hincaba en él su lanza, ó lo pasaba de claro en claro, ganaba precio y teníase en mucho. Porque no se permitia que el cabo de estas lanzas con que se habia de dar el golpe tuviese ningun género de punta, ni de la misma madera de la lanza, ni de hierro: solo podia tener un cercillito de hierro, hueso ó de otro metal, á la manera del cuento. Y así venia á tenerse en mucho el hincar las lanzas en este tablado, y mucho mas si se pasaba, habiéndose de arrojar, como se arrojaba, de léjos y llevando los caballos á espuela batida. Que esto se hacia para ejercitar los caballeros en esta milicia á imitacion de lo que en la guerra se usaba, que así con lanzas arrojadizas aunque con puntas de diamantes, se solia embestir en los enemigos, y el tablado servia en lugar de los arneses que solian llevar.

«Además de esta fiesta que era tenida en mucho, al un lado de la Aljafería, se habia hecho un hermoso campo, todo cerrado con tapias, donde cada parroquia de la ciudad llevó su toro divisado con las armas reales y mucha música y montería que lo alanceaba á manera de caza salvaje.

«Tambien por las calles hubo grandes danzas y bailes y se encarece en estas fiestas la grande armonía habida entre naturales y extranjeros, y los obsequios prodigados por aquellos á cuantos llegaron á la ciudad ávidos de regocijos.»

XX.

Iglesia de las Santas Masas ó Santa Engracia.

Nuestros viajeros estuvieron largo tiempo admirando una por una todas las bellezas de aquel templo que D. Cleto les iba describiendo con tan buen criterio como sencillez.

Los mismos Azaras se maravillaban de aquella profunda erudicion hija de un estudio sano y de un verdadero afan de saber.

Cuando abandonaron la iglesia de La Seo preguntaron todos:

—¿Dónde vamos ahora?

—Ustedes dirán, señores,—repuso D. Cleto indicando á los aragoneses—Vds. que son hijos del país y que por lo tanto deben conocer mejor que nosotros los sitios mas importantes.

—Irémos á la Aljafería—dijo el anciano Azara.

—Con perdon sea dicho,—contestó D. Cleto—me parece que siguiendo el órden que nos hemos propuesto, tras de La Seo debemos visitar la iglesia de las Santas Masas y sucesivamente las demás para terminar con la riquísima joya de Zaragoza, con el Pilar donde obras tan notables se han hecho desde que yo la ví.

—¡Otra! pues tiene razon—dijo Azara padre—chico ni tú ni yo habíamos caido en eso; cuando yo digo que V. sin ser de Zaragoza sabe de ella mas que nosotros...

—Si he indicado la iglesia de Santa Engracia no ha sido como monumento de arte sino como tradicion religiosa. Despues del venerando suelo del Pilar, creo que el regado con la sangre de tantos mártires es el que naturalmente debe llamar nuestra atencion.

—Dice V. bien, dice V. bien—repusieron los dos aragoneses.

Y en consecuencia quedó decidido el dirigirse á Santa Engracia.

Efectivamente razon tenia D. Cleto.

Ningun otro sitio en Zaragoza guarda mas recuerdos religiosos que el lugar que nos ocupa.

El pretor Daciano habia recibido de Roma el encargo de ahogar entre sangre el naciente cristianismo y apenas llegó á Zaragoza, dió comienzo á su sangrienta mision.

Engracia y diez y ocho ilustres varones sufrieron con heróica constancia el martirio y Valero y Vicente fueron terriblemente perseguidos.

Mas no estaba contento con esto el Pretor.

Un decreto de proscripcion mandaba salir inmediatamente de la ciudad á todos los cristianos.

Hé aquí en qué términos, un moderno cuanto malogrado historiador de Zaragoza, refiere este dramático suceso, orígen y fundamento del templo que vamos á visitar (1).

«Una lucida compañía de caballería romana salió por las calles de la ciudad escoltando un peloton de lictores cuyo jefe enarbolaba el pendon de Roma.

Era un nuevo pregon.

El pueblo atraido por la curiosidad y no sin temor, se arremolinaba en torno á la comitiva.

Estas nuevas órdenes, se reducian á mandar á todos los cristianos que abandonasen la ciudad al salir el sol del siguiente dia, sin exceptuar sexos ni edades.

La publicacion de estos mandatos volvió un tanto la calma á los infelices católicos que veian deshecha la negra nube formada sobre sus indefensas cabezas.

Mas no con pocos suspiros y lloros se despidieron de los lares queridos donde habian visto la luz primera y aprendido los preceptos santos de la hermosa religion, por la que se sacrificaban.

Pero era preciso obedecer y se prepararon á ello.

El sol asomaba ya por el Oriente; en torno suyo se extendian, en forma de auréola, rojas y resplandecientes nubes.

La puerta de Occidente era la destinada para la salida de los proscritos; á sus lados se veian formados en línea hasta cuarenta lictores fieros y amenazadores.

Una hueste numerosa comenzó entonces á desfilar por el muro en direccion á las afueras de la ciudad.

Allí caminaban ancianos de blanca barba apoyados sobre robustos jóvenes, tímidas doncellas, llorosas madres con sus tiernos hijos en brazos; todos llevando sobre sus

(1) Tomeo y Benedicto.

hombros y cabezas miserables lios donde se encerraban sus únicas riquezas, y despidiéndose con lágrimas y sollozos de la patria de sus padres.

El espacio resonaba con los gritos lastimeros de los desterrados.

Aquellas gentes traspasaron, por fin la puerta, y se hallaron fuera de Augusta siempre custodiadas por un numeroso peloton de caballería.

Luego que los cristianos salieron de la ciudad, la puerta de esta se cerró con estruendo, y aquellos se encontraron en el monte rodeados de inmensos bosques de encinas y abetos que no léjos del muro comenzaban, cerrando el horizonte, mientras á su izquierda asomaba entre la maleza el murmurante Huerva.

Un triste pensamiento cruzó por la mente de todos aquellos desgraciados.

Volvieron sus ojos arrasados en lágrimas hácia la ciudad querida y comenzaron á caminar en silencio.

El eco de un clarin sonó luego no muy lejano.

Entonces tuvo lugar otra escena espantosa y horrible: escena fraguada, sin duda, por las deidades del infierno.

De todos los bosques de encinas y olivos que se extendian al rededor de los cristianos, salió una gritería terrible; los proscritos detuviéronse espantados y antes de comprender, vieron precipitarse sobre ellos numerosas huestes de caballería.

La carnicería comenzó.

Niños, mujeres, ancianos, jóvenes, todos cayeron bajo los sangrientos aceros del romano: una inmensa polvoreda ocultó á los rayos del sol aquel nefando cuadro de donde salian alaridos de muerte y carcajadas horribles.

Al disiparse, solo pudo verse una montaña de cadáveres destrozados y una legion de hombres feroces y ensangrentados que se dirigian á la ciudad.

La historia y la tradicion elevan el número de víctimas á diez y siete mil.

Satisfecho el feroz Daciano quiso evitar que aquellos cuerpos fuesen recogidos por los cristianos que hubiesen podido escapar de su infame astucia.

Al efecto mandó encender hogueras y arrojar en ellas los restos de los mártires juntamente con los de otros malhechores encerrados en las cárceles, para que, mezcladas sus cenizas, evitasen la última tentativa de los perseguidos.

El fuego consumió pronto las inmensas pirámides de cadáveres que se elevaban no léjos de los muros augustanos.

Llegada la noche, una leve niebla se extendió sobre las humeantes cenizas y dejó caer en ellas los diamantes de un rocío vivificador, al mismo tiempo que soplaba un viento suave y apacible.

Unas masas blancas como trozos de nieve se formaron entre los huesos calcinados y los troncos medio apagados.

Eran las cenizas de los mártires separadas de toda otra materia, gracias á aquella milagrosa lluvia y que, recogidas luego por los cristianos, fueron depositadas en unos vasos de piedra junto á los restos de Engracia y sus compañeros, en el venerado subterráneo al que dieron nombre (1).

(1) Iglesia de las Santas Masas.

Desde entonces los moradores de Augusta, aunque gentiles, no pasaron sin cierto horror y respeto por aquella puerta de la ciudad que, en vez de llamarla de Occidente, apellidaron Cinérea (de las cenizas) en memoria del tremendo suceso que en sus umbrales habia tenido lugar (1).

No solo los muros de César Augusta se tiñeron de sangre, sino que la venganza de Daciano fue lo bastante para verterla en otros puntos.

Los cristianos que lograron escapar de la cruel matanza y huyeron al través de bosques y montañas, viéronse alcanzados en los campos de Agreda (Castilla la vieja) y acuchillados sin piedad.

Tales eran las órdenes transmitidas por los emperadores á su digno general y tal la ferocidad de este para llevarlas á cabo.»

La paz de Constantino permitió que el cementerio de tan innumerables mártires pudiera erigirse en templo, aun cuando reducido á cortas proporciones.

En el siglo VI encargáronse de su custodia monjes que unos llaman jerónimos y benedictinos otros; pero su verdadero desarrollo se debe á san Braulio, quien le ensanchó y protegió extraordinariamente.

La invasion agarena no fue suficiente á extinguir aquel asilo del Cristianismo.

Allí acudian todos los perseguidos por el fanatismo musulman, y mas de una vez la sangre de los cristianos modernos empapaba aquella tierra regada con la sangre de los cristianos primitivos.

En 1389 descubriéronse los cuerpos de santa Engracia y san Lupercio en los nichos dentro de un sepulcro de piedra con dos inscripciones, en las que constaba el nombre de los mártires, y semejante hallazgo inspiró mas ferviente devocion por parte de los zaragozanos á la santa Vírgen.

D. Juan II que creyó deber á la influencia del milagroso clavo del martirio de la Santa, la curacion de las cataratas que padecia, legó á su hijo la obligacion de restablecer el monasterio.

Bajo la advocacion de Santa Engracia, y sin omitir gasto alguno abrióse la nueva casa, debiéndose su construccion al arquitecto vizcaino Juan Morlanes.

Monjes jerónimos la habitaron, y aun cuando renovada la primitiva construccion sosteníase todavía sobre sus robustos cimientos, cuando en la noche del 13 de agosto de 1808 al alzar los franceses el cerco que pusieran á la ciudad, despidiéronse de ella volando el convento de Santa Engracia.

Las obras de Berruguete que se ostentaban adornando la capilla, los sepulcros de Jerónimo Zurita el ilustrado autor de los *Anales de Aragon* y de Jerónimo Blancas erudito historiador tambien, el claustro plateresco, obra de Tudelilla, la riquísima biblioteca y las pinturas tan notables que allí existian, todo desapareció.

Únicamente quedó en pié la portada de mármol, cuyo estilo parece ser, mas que del viejo Morlanes, de su hijo, que prosiguió los trabajos de la fábrica.

(1) De este nombre ha venido hoy á llamarse de Cineja, aun cuando algunos pretenden que este título se lo dió el pretor Cinégio, prefecto ó juez de los judios por los años de 386.

D. Cleto fue refiriendo á sus amigos todos estos antecedentes, por manera que al llegar ante el mencionado templo, exclamaron:

—¿Esa es la portada que se pudo conservar?

—Sí señores. Reedificóse el templo posteriormente y ahí como enclavada en ese modesto muro de ladrillo pueden Vds. admirar todavía el buen trabajo de esos preciosos restos.

El estilo de la portada es completamente plateresco.

Altas columnas abalaustradas flanquean el arco de entrada, viéndose en los intercolumnios las estatuas de los cuatro doctores de la Iglesia.

Una doble fila de serafines sirven de orla al arco mencionado y en el segundo cuerpo, vénse las figuras de los reyes fundadores orando de rodillas ante la Vírgen María, que con su Hijo en brazos ocupa el centro.

Un Crucifijo y las estatuas de san Juan y la afligida Madre sirven de remate á esta portada.

Franqueada la puerta, nuestros viajeros descendieron á la iglesia subterránea, sintiéndose vivamente impresionados al penetrar en aquellas catacumbas tan llenas de recuerdos dignos de veneracion y respeto.

Al resplandor de las lámparas y á través de las pilastras que á seis por parte dividen en cinco naves aquel recinto, vénse los sepulcros de los mártires «tan rudos segun el arte, tan ricos de gloria para el cielo y de veneracion en la tierra (1).»

Uno de estos sepulcros es el que constituye el altar mayor. Esculpidas en su frente, vénse veinte y siete figuras en su mayor parte sin cabeza, advirtiéndose en el centro una de mujer, que se supone trate de representar la de la santa Engracia.

Obra sin duda de los primitivos artistas cristianos, demuestra ya su afan por legar á las generaciones futuras en aquella obra de piedra consignado, el recuerdo de tan heróicas víctimas.

Sobre el altar está la efigie de la Santa, rodeada de sus diez y ocho compañeros.

Innumerables, los mártires que sucumbieron en aquel sitio al furor de Daciano, apenas guárdase memoria mas que de la noble Vírgen que les precedió en su martirio, y de los compañeros que con ella sufrieron la gloriosa muerte.

Lamberto, siervo de un pagano y decapitado por este segun la tradicion, recogió el tronco la mutilada cabeza, y con ella en las manos entonando cánticos de gozo anduvo un buen espacio hasta que se reunió con sus demás compañeros de martirio, encontrando sepultura en este mismo lugar.

El papa Adriano IV en 1522 segun aseguran varios documentos, vió el cuerpo de san Lamberto en esta iglesia, y la ciudad le regaló una reliquia del Santo en una primorosa caja de plata.

En medio del templo hállase el brocal del pozo que no se abre sino con gran solemnidad y en presencia de los reyes de la tierra, pozo del cual se extrajeron tantas reliquias, y donde tal vez reposen confundidas otras tantas.

(1) Quadrado, *Recuerdos y bellezas de España.*

El efecto que producen en el visitador aquellas catacumbas, aquel templo oscuro y severo, es extraordinario y nuestros amigos no pudieron menos de sentirse impresionados poderosamente mientras permanecieron en él.

Cuando salieron dijo Pravia:

—¿Dónde nos dirigimos ahora?

—Mucho hay todavía que ver,—contestó Azara.

—Debo decir á Vds. antes que de aquí nos alejemos, que este edificio hoy convertido en cuartel y donde tan antigua y por tantos títulos digna de respeto se conserva esta iglesia subterránea, estuvo antes el famoso convento de Santa Engracia, segun ya les indiqué al aproximarnos aquí.

—Y lo recordamos perfectamente D. Cleto—repuso Castro.

—Se lo advierto para que al hacer despues la nomenclatura de los conventos existentes y extinguidos, recuerden este que pertenece á los que desaparecieron ya.

—Con que diga V. Sr. D. Cleto—dijo el anciano Azara,—¿dónde le parece que nos dirijamos desde aquí?

—Donde V. quiera. Cualquiera diria que yo era el hijo de Zaragoza y que Vds. eran los forasteros. Tanto V. como su señor hijo conocen la poblacion mejor que yo y con mas facilidad pueden guiarnos.

—Supongo que aquí seguirémos el mismo órden que en todo nuestro viaje, es decir que recorrerémos primeramente las parroquias, despues los conventos y finalmente los demás edificios públicos ó particulares, ¿no es así?

—Sí señor, me parece que así lo indiqué antes.

—En ese caso, continuemos visitando las parroquias. Nosotros, tanto mi papá como yo, les guiarémos y V. será nuestro *Cicerone* siempre, quien nos ilustre á nosotros que conocemos el monumento, pero no su historia, al menos tan rica en detalles, como V.

—A su disposicion estoy, amigo Azara.

Y con arreglo á esta decision pusiéronse en marcha los viajeros á proseguir su peregrinacion religiosa.

XXI.

Parroquias de San Pablo y San Miguel.

Reina del antiguo arrabal muéstrase la parroquia de San Pablo, cuya fundacion segun algunos, proviene de una pequeña ermita dedicada á san Blas situada extramuros de la ciudad.

El obispo D. Arnaldo de Peralta, la señaló límites de parroquia, trasladándola al sitio en que hoy se encuentra.

En él se eleva gallarda y altanera su octógona torre ceñida de arabescos, con airosas ojivas, un reloj y una aguda veleta por remate.

Cuatro puertas dan acceso al interior, el mas espacioso de todos los templos de Zaragoza, despues de las dos basílicas de La Seo y del Pilar.

Restauradas las capillas, como toda la iglesia, solamente la que está hácia el N. guarda sus góticas molduras, y sus severas estatuas bajo los cincelados guardapolvos.

Extraño y misterioso respeto, siéntese en aquel interior donde artísticamente hay poco que admirar, pero cuya arquitectura fria, severa y desnuda, impresiona poderosamente por el grandioso carácter monumental que conserva.

Rasgadas ventanas derraman su luz sobre la nave principal, en no muy lejanos tiempos cubierta de antiguos tapices y cuyas dos laterales reuniéndose en el abside, y en el trascoro, la encierran formando una especie de ancho corredor.

Dedicado al Santo titular está el altar mayor, cuyo retablo muéstrase tan envanecido con sus labores de crestería sobre dorada madera, con sus pulseras lindamente trabajadas, sus imágenes y doseletes, que algunos han llegado á atribuirle al famoso Damian Forment, que construyó, como ya sabemos, el del Pilar.

Sin embargo, manifiéstase en sus góticos detalles, en el gusto y en la ejecucion de la obra, bastante degeneracion, en términos que el inteligente no puede menos de atribuirla mas que al gran maestro á alguno de sus mas aventajados discípulos.

Seis relieves representando otros tantos pasajes de la Pasion lleva en el basamento, viéndose otros cuatro en el cuerpo principal á los lados de la efigie del Santo, conmemorando episodios de su vida y otros cuatro en el segundo, sirviendo de remate la imágen del Crucificado.

Desiguales entre sí las naves laterales, la de la izquierda de bóveda de aguda ojiva, encierra capillas con retablos góticos de gran mérito y pinturas excelentes de Jerónimo Secano.

Cerrado, como las del Pilar y La Seo, está el coro de esta iglesia, por una bastante bien trabajada verja, cuyos remates están formados por imágenes.

La parroquia de San Miguel de los Navarros comparte con la de San Pablo su feligresía en todo aquel lado de la poblacion.

Segun las tradiciones, la denominacion de los Navarros, proviene de que al cercar á Zaragoza, la hueste de D. Alfonso el *Batallador*, encomendó á los navarros que le acompañaban el asalto de esta parte de la poblacion.

Con extraordinario valor lanzáronse aquellos sobre los muros sin que pudieran los infieles resistir su poderoso empuje, siendo fama, que ellos dijeron haber visto en lo mas récio del combate al arcángel san Miguel que les animaba, peleando contra los árabes.

Sabido esto por el Monarca mandó que en aquel mismo sitio se erigiera un templo bajo la advocacion del santo Arcángel.

Su interior consta de una sola nave con distintos altares y capillas, llamando entre ellas la atencion, la denominada de *Nuestra Señora de Zaragoza la vieja.*

Cinco cuerpos constituyen el retablo mayor en los que se ven distintas imágenes de talla bastante bien trabajadas.

Las ventanas que prestan luz á la nave ostentan por su parte exterior góticos calados de muy buen efecto.

Su fachada es sencillísima viéndose sobre la puerta que sirve de entrada, la estatua del Santo titular, obra del célebre escultor Jerónimo Mesa.

La antigua torre nada de notable encierra. En ella se ha colocado en los últimos tiempos un reloj, sin adornos de ninguna especie.

Con la visita de esta iglesia dieron nuestros viajeros por terminada su excursion de aquel dia, dejando para el inmediato la visita de las que restaban.

XXII.

Santa María Magdalena.—San Felipe y Santiago.—San Gil.—Santa Cruz.—Santiago.—San Nicolás.—San Andrés.

Á las primeras horas de la mañana dieron comienzo los viajeros á su excursion, al objeto de terminar en todo el dia su tarea.

Mas que bellezas arquitectónicas, mas que páginas de arte, encierran la mayor parte de los templos que iban á recorrer, recuerdos históricos.

Restos bizantinos indican claramente el gótico orígen de la pequeña iglesia de Santiago, que ocupa segun la tradicion el mismo espacio donde se alzaba la morada de los siete discípulos del santo Apóstol y donde habitó este mismo.

En su antigua y ruda torre consérvase todavía una campana llamada la *Goda*, fundida en aquella remota época.

En su pórtico se administraba justicia para cuyo efecto se reunia bajo él, segun algunos instrumentos de 1151 y 1260, el Consejo y Jurados de Zaragoza.

En su interior hay un fresco que representa la célebre batalla de Clavijo.

Ocho altares sin contar el mayor, hay en él, y en la sacristía se conserva el báculo del Apóstol titular, consistente en una pértiga de hierro de unos doce palmos, formada de plata.

Santa Cruz, restaurada segun el órden greco romano merced á los fondos que para ello destinó la marquesa de Estepa, remonta su orígen á los tiempos de Constantino, y fue ampliado en 1499 por los Sres. de Osera.

En el altar mayor hay un gran cuadro de no escaso mérito, representando la batalla de las Navas de Tolosa.

Convento de religiosas benedictinas fue en su orígen la que hoy es parroquia, de San Gil, y acreciendo sin cesar su feligresía, hizo necesario que se introdujeran en ella algunas mejoras, hasta que se la dió la categoría de que hoy disfruta.

Su exterior es bastante modesto, y solamente la torre cuadrada, de árabe construccion y dibujos de este mismo género consigue llamar la atencion.

Una sola nave encierra en su interior, conteniendo algunas obras bastante recomendables en sus altares y en el mayor que está dedicado al Santo titular.

De la misma época que la de Santa Cruz supónese la fundacion de la de San Felipe y Santiago que muy reducida en su principio, merced á las innovaciones hechas en ella, ha llegado á ser una de las mejores iglesias de la ciudad.

El lávaro calcado sobre los primitivos, corrobora su inmensa antigüedad y las bulas de los pontífices Paulo IV y Gregorio XIII dieron á su cofradía de Minerva una importancia y unos privilegios extraordinarios.

Tres naves constituyen el interior, mas elevada la del centro, observándose en su arquitectura algo de los órdenes jónico y corintio.

El altar mayor está aislado y sostenido por cuatro columnas salomónicas y se halla dedicado á los Santos titulares.

A su espalda se encuentra el coro que nada de particular encierra.

En uno de sus once altares, hállase una venerada imágen del santo Ecce-Homo, á la cual se tiene gran devocion y cuyo favor acude á implorarse en las calamidades públicas.

Distínguese la de Santa María Magdalena, por la altura de su cuadrada torre y por los dibujos de ladrillo que adornan su exterior, así como por la grandiosidad de su interior compuesto de una sola nave.

Aislado tambien está el altar mayor sostenido por cuatro columnas corintias. En él se halla la Santa titular, que con otras varias estatuas, son obra del escultor Ramirez.

Su portada es de buen gusto, decorándola dos columnas de mármol negro.

San Nicolás de Bari debe su fundacion á san Clemente obispo de Zaragoza por los años 326 á 347. Derruida quedó durante los asedios de Zaragoza en la desastrosa guerra de la Independencia, mas reedificada poco despues, abrióse de nuevo al culto.

Nada encierra en su recinto digno de llamar la atencion bajo el punto de vista artístico.

Sus ocho altares, incluso el mayor son completamente nuevos, pues de la antigua fábrica, segun dijimos, solo quedaron ruinas, y por lo tanto en nada recuerdan haber debido su primitivo orígen en 1133 á Lope Arcos Pelegrin y á su esposa D.ª Mayor.

Antigua y pobre la construccion de San Andrés, su nave rodeada de tribunas, con ocho altares, carece de títulos para detener al curioso, hallándose en el mismo caso la llamada vulgarmente de San Juan el Viejo que reunió hace algunos años la feligresía de la de San Pedro que fue derribada.

Con la visita á la de San Lorenzo y á la de Altavás, de la cual nos ocuparémos al recorrer los alrededores de Zaragoza, pues se halla situada al opuesto lado del puente de piedra, terminaron los viajeros su artístico-religioso paseo de aquel dia.

—Aun nos queda como parroquia, la de San Martin de la Aljafería — dijo el anciano Azara.

—Es verdad, — repuso su hijo, — mas en ese sitio hemos de ver algo mas que la iglesia.

—Precisamente por esa razon — contestó D. Cleto — he querido dejarla para la última.

—Es decir que visitarémos todo el edificio.

—¿Qué hemos de hacer puestos ya allí? Aprovecharémos la ocasion y como que en la Aljafería hay tanto que ver, y especialmente tanto que recordar, dedicarémos la mayor parte del dia de mañana á su visita.

—¡Ah! sí, la Aljafería es de los monumentos históricos mas preciados que tiene Zaragoza.

—Diga V. Sr. Azara que en Zaragoza, apenas hay una calle que no tenga su im-

portancia histórica. Difícilmente habrá otra poblacion que desde los primitivos tiempos hasta nuestros dias haya acumulado tantos y tan grandes recuerdos.

—Es verdad.

—Mañana, amigos mios, verémos la Aljafería, y estoy seguro que han de pasar un buen rato.

Y de este modo siguieron hablando, comentando lo que ya habian visto y preparándose para ver lo que aun les restaba.

XXIII.

Parroquia de San Martin.—La Aljafería.

Rica es la historia del edificio conocido bajo el nombre de la Aljafería, cuya fundacion atribuyen algunos al rey moro Aben-Aljafe.

Su aspecto presente apenas si da idea, no ya de lo que en su interior se encierra, si no de lo que fue en el pasado.

Morada de los famosos monarcas Abenhudes, primero; posteriormente cedida á los monjes benedictinos; mansion real de los monarcas de Aragon, sus robustos muros lo mismo han presenciado los deleites de los fanáticos sectarios del Islam, que las ascéticas ceremonias de los monjes, que las brillantes fiestas de los reyes aragoneses.

Donde habia resonado el *Le galib ille Allah* de los árabes, escucháronse las fervorosas preces dirigidas al Dios de los cristianos, y donde mismo se habian concebido las audaces *algaras* ó correrías por los campos de aquellos, concertáronse mas tarde vastas empresas para acabar de arrebatar á los infieles los lugares que poseian.

A la vista y para rectificar nuestros apuntes ó para ilustrar nuestras impresiones, tenemos algunas obras que se ocupan de tan importante edificio, y antes de emitir nuestra opinion sobre él, antes de hacer una descripcion tanto de su arquitectura cuanto de sus obras militares, que forzosamente habria de parecerse á las hechas por los ilustrados escritores que nos precedieran, preferimos transcribir algunos de los párrafos que estos le dedican, dejando para despues las consideraciones que su visita nos sugirió.

D. José María Quadrado, cuyos trabajos tantas veces nos han servido para enriquecer nuestros estudios y á quien con tan justos elogios hemos citado, dice lo siguiente acerca del castillo de la Aljafería:

«Al oeste fuera de sus muros yace hundida en ancho foso la Aljafería, mas parecida de léjos á una moderna quinta, y de cerca á un simple cuartel, que á mansion antigua de opulentos soberanos. Su bello nombre arábigo trae á la memoria el de su fundador y los tiempos en que sirvió á los walíes y reyes Abenhudes, de palacio de recreo, y tal vez de asilo y defensa en medio de sangrientas revoluciones. Léjos de reservarlo el liberal conquistador para descanso de sus fatigas, donó la Yafería, como la llama en el privilegio, á los benedictinos del monasterio Crasense situado en territorio de Carcasona y á su abad Berenguer, para que en ella erigieran una iglesia parroquial

á la Vírgen, á san Martin y á san Nicolás, confirmando el obispo la donacion. Era entonces habitacion principal de los monarcas heredada de los vencidos, el palacio de la Azuda junto al arco de Toledo, vasto caseron en cuyos patios está encerrada la antiquísima iglesia de San Juan de los Panetes, y que pasó mas tarde á la órden de Malta. Ignoramos en que año, la Aljafería, de residencia de monjes extranjeros se trocó nuevamente en régio alcázar, pero de improviso en el siglo XIV le vemos brillar en el apogeo de su grandeza. Y bien es ahora necesario evocar aquel espléndido período ante su frio y dilatado cuadro, del cual no sobresale mas que una cuadrada torre destinada á prision; y recordar bajo las tres naves de la restaurada iglesia de San Martin, que allí se regeneraron por el bautismo tantos hijos de reyes y se contrajeron tantos y tan trascendentales enlaces; y al atravesar los desnudos y espaciosos patios, revestir en la imaginacion, sus muros, de tapicerías encarnadas y amarillas, blancas y azules, como en las fiestas mas solemnes, y hacer brotar en su centro surtidores de preciosos vinos, y ver por doquiera ondear el raso y el terciopelo, centellear las pedrerías, y bornear los caballeros, y saltar los juglares. Preséntanse las mesas suntuosamente preparadas en derredor para la flor de la nobleza, y en el centro, sentado aparte, al rey en el dia de su coronacion, servido por ángeles que bajan de entre nubes de la altura de enfrente, y divertido en los intermedios por cantares y vistosas danzas y mágicas apariciones de endriagos y doncellas, cual si en el castillo se realizaran para sus dueños cristianos, los orientales ensueños de sus primitivos fundadores.

«Ya han desaparecido del patio principal los claustros que lo rodeaban y la capilla de San Jorge; ya no es fácil reconocer en la nueva distribucion del edificio el apartamiento de los mármoles, el apartamiento de la gran chimenea, la cámara de los paramentos, que mencionan las crónicas y ceremoniales antiguos. Restos de adornos góticos coronan algunos balcones interiores mas no de los nacidos en los buenos tiempos del arte y de la monarquía aragonesa, sino cuando la una moria ya de refinamiento, y de grandeza la otra. Los Reyes católicos estamparon su huella en la Aljafería, dejándole magníficas obras antes de abandonarlo para siempre, únicas antigüedades con que consuela ahora su desnudez y abatimiento, ya que ni una piedra le ha quedado de la paternal dominacion de los Berengueres. De aquella época es la espaciosa escalera con su pasamano revestido de hermosas labores de yeso y con seis ventanas góticas en su primer descanso, tapiadas las tres de un lado, y abiertas las restantes sobre un cuadrado encaje de arabescos. Aparece en seguida una fila de salones que nada ofrecen sino extension al que con la cabeza baja atraviesa sin mirar asentadas sobre sus desnudos y blanqueados muros preciosas techumbres de azul y oro, imitados de los moros por sus vencedores. Diríase que acaba de salir de manos del artífice el artesonado del salon principal: cordones ingeniosamente entrelazados al estilo árabe forman los cuadros que ocupa dentro de octógona moldura un dorado roseton con una piña colgante; pero algo mas acusan el rigor del tiempo la maltratada galería de madera que lo circuye, la cornisa privada cási enteramente de sus grandes follajes, y la inscripcion que repetida en toda la estancia y en las otras siguientes parece llenar aquellas bóvedas de la gloria de sus fundadores. En el segundo salon al cual introduce una trabajada puerta

de gótico no muy puro, resaltan sobre el techo de fondo azul dorados rombos y florones, y en el de otro inmediato brillan en el centro las armas de Aragon y Castilla cobijadas por el murciélago, y el nudo gordiano en medio de las cruces formadas por los cuatro compartimientos. Excede á todos en belleza el artesonado del salon de la alcoba, donde vieron la luz tantos príncipes é infantas ilustres segun el mundo, y que sin embargo solo ha retenido el nombre de una princesa coronada con la auréola de la santidad, de Isabel nacida en 1271 de Pedro III y de Constanza de Sicilia, ascendida al cielo desde el trono de Portugal. Doradas molduras diseñan sobre el fondo azul del techo estrellas de varios tamaños, adornadas con un floron las menores, y las mayores con el manojo de flechas, símbolo de la union de los reinos españoles, ó con la coyunda y nudo gordiano acompañado de las palabras «tanto monta,» divisa de aquella magnánima real pareja.

«No ya en mas ó menos pálidos trasuntos é incompletas imitaciones, sino en toda su genuina delicadeza, osténtase el arte arábigo en una octógona y reducida pieza del patio, cual si desde las orillas del Genil hubiera sido traida y enclavada en el alcázar aragonés. Bordan los muros hermosísimos relieves, y sobre aquella especie de encaje figuran recortados ocho arcos, los dos de herradura y los restantes formados por irregulares y caprichosas curvas, sostenidos todos por columnas cási ocultas en la pared. Un moderno techo roba desde abajo la vista del segundo cuerpo no menos exquisito que el primero en las labores del friso, en los arabescos del muro y en los ajimeces partidos por una columna que encima de los arcos corresponden. Ignoramos el orígen y destino de este aislado templete cuya definicion ó cúpula ha desaparecido bajo otro nuevo techo; tal vez los conquistadores de Granada se complacieron de ver en él un destello de las maravillas de la Alhambra y una memoria de sus triunfos; tal vez siervas manos trasplantaron allá un recuerdo de su perdida patria. Sin embargo no sirvieron tantas magníficas obras para alegres fiestas ó régias solemnidades, sino para los severos é imponentes actos del tribunal de la Inquisicion, que los Reyes Católicos desde el asesinato de Arbués instalaron en su propio palacio, como si á la sombra de su manto quisieran ponerle á cubierto de la audacia de sus enemigos.»

¡Cuántos recuerdos de gloriosos tiempos, cuántas memorias de pasadas generaciones vénse hoy holladas por planta indiferente en aquella antigua residencia de reyes convertida hoy en residencia de soldados!

Si el progreso humano consistiera en arrojar el polvo del indiferentismo y de la ignorancia sobre los recuerdos de otras edades, si consistiera en cubrir y ahogar con el helado manto del olvido esas inmortales páginas de piedra, renegaríamos de él por creerle no solamente perjudicial sino hasta ingrato, puesto que se olvidaba hasta de aquello mismo que habia hecho y de lo que recibiera nuevo ser.

Mas no es así; no es el progreso quien produce el olvido, son los hombres que ingratos, olvidan por las necesidades ó las conveniencias de hoy, los símbolos de su adelanto de ayer.

¿Qué es la Aljafería para el especulador que juzga el espacio que ocupa, por los edificios modernos que en su perímetro pudiera construir? Un terreno donde el capital

que empleara podria darle un interés mas ó menos crecido á la cantidad que desembolsase.

¿Qué representa la Aljafería para el Gobierno que solo se cuida de allegar recursos al Tesoro público para cubrir las atenciones que sobre él pesan ó los intereses de su deuda? Un objeto cuya conservacion le es onerosa porque habia de producirle gastos sin dejarle ningun beneficio material.

¿Qué es la Aljafería para las primeras autoridades militares de la capital? Un punto estratégico, un edificio capaz para contener en su interior dos ó tres mil hombres que poder arrojar en momentos determinados sobre la poblacion, si el órden llega á alterarse.

Fuéra de esto, nada para esta humanidad de hoy representa el edificio que nos ocupa.

Algunos soñadores como nosotros, desearían para ella otro destino, mas somos los menos por desgracia y nos toca sufrir la suerte de todas las minorías.

Hé aquí ahora los términos en que sobre este mismo edificio se expresa el autor de la parte de Zaragoza en el *Diccionario geográfico de España:*

«Este cast. que no puede llamarse ciudadela, ni por su posicion, ni por sus fortificaciones, se halla sit. á la parte occidental de Zaragoza á la der. del Ebro, entre este r. y la concurrencia de los caminos reales de Madrid y Pamplona. Cási al nivel del foso y al pié del terraplen que lo forma por la fachada, se extiende la vega hasta el Ebro, que corre á dist. de 800 á 900 varas próximamente y en direccion paralela. Por el E. dista como unas 250 de la puerta llamada del Portillo, enfilándola el baluarte ó ángulo del S. de dicha fachada. La planta de este edificio-fortaleza es un cuadrilátero de 440 varas de largo y de 130 de ancho con chaflanes ó ángulos ochavados mas irregular de lo que aparenta, sobre cuyas bases paralelas se levantan las fachadas de N. y S.: la primera de 113 varas de long. y de 114 la segunda. La fachada de Occidente se eleva sobre el lado perpendicular, en long. de 100 varas: la principal apoya en todo el oblícuo restante hácia el E., formando con la del S. un ángulo de 97.°. Cinco patios descubiertos y diferentes patinejos sin simetría en su colocacion, prestan luz á toda su distribucion interior. El primero se halla entrando por la puerta del Principal, á las 25 varas de la misma; es el de la igl. y forma un cuadrado de 18 varas de lado. El segundo, que es el del centro ó de Santa Isabel, es un rectángulo de 18 varas de E. á O. por 32 de N. á S. Tiene comunicacion con el anterior enfilando con la puerta de O. Este ó sea el de la Maestranza designa un trapecio prolongado de N. á S. de 56 varas de long. proporcional por 28 de lat. ó altura. Este gran patio da entrada á otro situado al S., que es un rectángulo de 16 varas de long. de E. á O. por 8 de lat. El último se halla comprendido entre las crujías dobles del ángulo obtuso, ó sea el que forman las fachadas del S. y E.: es un rectángulo de 32 varas de long. de N. á S. por 18 de lat., aumentando su lado del S. hasta 25 varas hácia el O. por la escuadria que forma en su ángulo entrante á las 22 varas de su long.; todo lo cual es en globo, la ignografía del edificio habitable. Remontándonos á las épocas de su arquitectura, encontramos 4 clases de fáb. distinta, que dénotan las principales alteracio-

nes que ha sufrido, ya por reparos, ya por modificaciones, y finalmente por aumentos hechos en él, llevando cada una marcado el sello de la época en que se verificó. La mas ant. corresponde á la dominacion sarracena, y se advierte en un local que indudablemente fue mezquita ú oratorio de sus soberanos, y en los restos de 3 arcos que se conservan en la parte del S. del patio llamado de Santa Isabel. A la época que medió desde que los reyes de Aragon se apoderaron de este alcázar hasta los Reyes católicos debe pertenecer lo que ocupa el cuerpo de artillería en el patio de Santa Isabel para almacenes, y las columnas ó pilares ochavados que se hallan en el lado del Norte.

«Al reinado de los reyes católicos D. Fernando y D.ª Isabel corresponden la escalera de la habitacion régia, su entrada, los salones artesonados y demás dependencias. El resto del edificio se advierte ser del tiempo de Felipe V en adelante, cuyo reinado está mas expresivamente marcado en los trofeos militares de alto relieve, que se dejan ver sobre la entrada de la parte baja del almacen de artillería número 4, descendiendo desde aquí hasta la grande renovacion que fue sufriendo sucesivamente, y que se completó en 1772, de cuya época son todos los ornatos del exterior, los pabellones del lado del E., la sala de armas y los cuarteles de O., N. y S. La torre ó campanario parece ser aun mas moderna y á la iglesia no se le puede asegurar época fija por participar de caractéres diferentes. Los límites de este edificio en lo anterior debieron ser menos extensos que en el dia, y el aumento que recibió últimamente en la renovacion de 1772 fue, segun parece, por el lado del E. el fondo de los pabellones, por el O., N. y S. los cuarteles de estos tres lados; y así nos lo hace presumir con sobrado fundamento su muro de bastante espesor, que corre generalmente por el interior en la longitud de los mencionados cuarteles, con un torreon circular de alto en bajo del edificio en el de N., otro en el del O., otro en el del S. y otro en el ángulo que forma el del N. con el del O., quedando todos cuatro ocultos en el interior del edificio. Su fábrica es de ladrillo, á cara vista en sus paredes exteriores, y aun en muchas de las de adentro, aunque en el interior se notan tambien algunas de tierra y grava, que demuestran las diversas épocas de la construccion de este alcázar: su arquitectura es sencillísima, pues la decoracion general consiste en fajas perpendiculares á imitacion de pilastras entre sus vanos, interrumpidas horizontalmente por otras estrechas, ó sean listeles que corren todo el edificio manifestando la division de sus pisos. Las ventanas son de una proporcion séria, y no llevan otro adorno que un marco sencillo sin moldura alguna á excepcion de la fachada principal, en cuya crujía se hallan distribuidos los pabellones de jefes y oficiales con balcones adornados con muros con molduras y frontispicios, cuya arquitectura puede corresponder al siglo XVIII, y respectivamente será en el último, atendida la renovacion que se hizo en este edificio en 1772, segun se ha manifestado, en cuyo año se le dió la planta que hoy conserva, habiendo quedado muy poco del tiempo de los moros y del de los reyes de Aragon. Su vista es elegante y graciosa por la parte de la ciudad, y no deja de realzarla extraordinariamente la torre de la iglesia. Su fortificacion actual seria insignificante si no le defendiese su gran foso, pues solo consiste en sus cuatro cortinas construidas á barbeta sobre el muro de la escarpa, que avanza del edificio 5 varas, formando un camino cubierto y paseo que corre

por todo el perímetro. Los baluartes de los cuatro ángulos fueron destruidos en 1813 y 14: el que da frente al cuartel de caballería, se voló en 1813 cuando el ejército español sitiaba este castillo, en el que el general Paris habia dejado una corta guarnicion: un comandante francés de artillería disparó un pistoletazo sobre las municiones, y saltó hecho trozos aquel rebellin: los restantes fueron deshechos y terraplenado parte del foso por una órden que expidió el general Welington para que se destruyesen los fuertes que ocuparon los franceses.

«Su entrada única era antes un puente de ladrillo, y en la actualidad otro fijo de madera. La cabeza cerrada por un rastrillo se halla defendida por un rediente aspillero para fusilería, donde hay un cuerpo de guardia para una avanzadilla, y á derecha é izquierda dos rastrillos en las dos rampas suaves que en latitud de 5 varas conducen al foso. Este es bueno y tiene de anchura de 26 á 27 varas en toda circunferencia, excepto en la fachada principal que cuenta unas 28: su profundidad es de unas 8 varas próximamente: perpendiculares la escarpa y contra escarpa: la primera de buena fábrica de ladrillos y mampostería, y la segunda revestida y revocada há muy pocos años. La construccion del foso no data sino de la época del Sr. D. Felipe V que convirtió este edificio en fortaleza. De contado esta defensa no existia en tiempo de Felipe II aun cuando existiese muro del que se encuentran vestigios, como se ha manifestado, pues cuando se alborotó el pueblo de Zaragoza con motivo de la traslacion de Antonio Perez desde la cárcel de Manifestados al castillo de la Aljafería, le pusieron fuego por todas partes, rodeándolo mas de 3,000 hombres que gritaban, que allí moririan abrasados los inquisidores. Mr. Miguet de la academia francesa, en la historia que ha publicado recientemente de Antonio Perez y Felipe II no expresa la circunstancia de que se hubiese incendiado el castillo, refiriendo tan solo que D. Pedro Sesé habia hecho conducir muchas carretadas de leña con el intento de pegar fuego á la Aljafería. Tampoco Lupercio Leonardo de Argensola en su informacion sobre estos sucesos hace mérito de esta particularidad. Por un cálculo nos parece, (nótese que nos referimos siempre al trabajo del distinguido escritor Sr. Nougués), que este edificio podrá contener ó alojar unas 3,000 personas.

«Siguiendo la descripcion de las partes de este edificio dirémos, que el paso que sirve de vestíbulo desde la puerta principal al primer patio se halla cubierto de bóveda con un platillo elíptico; el tímpano del arco toral menor que da frente á la entrada, está adornado con las armas reales de España: á la izquierda de esta entrada se halla situado el cuerpo de guardia del Principal del castillo, y sobre él en el piso entresuelo al mismo desembarco de la escalera, que conduce á los pabellones destinados hace algunos años para arrestos, está el aposento del jefe ó jefes de la guardia: tiene rejas que miran al recinto de la ciudad y otra que da al patio sobre la puerta del cuerpo de guardia para comunicar á esta las órdenes con oportunidad. A la derecha de la entrada principal hay un patinel, á donde dan las rejas de algunas prisiones.

«La fachada del patio de la iglesia representa una construccion variada ó de diferentes épocas, si bien todas de alguna antigüedad: la fachada sobre el arco que da paso al patio del centro ó de Santa Isabel, aparenta ser mas moderna, y se advierten

algunas rectificaciones, particularmente en los huecos de los balcones del real aposento, rectificaciones con las que se han destrozado los elegantes adornos que existian anteriormente, y de los que solo se conservan algunos fragmentos de armas y escudos.

«Debajo del real aposento se halla situada una estancia de planta octógona de 26 palmos de diámetro, y sobre sus ocho lados se elevan otros tantos arcos formando diferentes ángulos rectilíneos, á excepcion de una que es de forma de herradura. Todos estaban sostenidos de dos columnas de mármol de 9 palmos de altura, de las que aun existe la mayor parte, pero mutiladas y maltratadas: el mármol blanqueado en la actualidad, segun los reconocimientos que se han hecho, parece ser de las canteras de Alcañiz. Los entre paños y lienzos de sus paredes están adornados por el estilo de los de la Alhambra, con trepados y calados arabescos de mérito y detenida ejecucion: á pesar de los muchos siglos que han transcurrido y de lo que han padecido por las vicisitudes que son consiguientes, se deja ver en ellas gusto, riqueza y hermosura, á la par que delicadeza y esmero en el trabajo. A 18 palmos de elevacion corre un techo con el que mutilaron la altura de esta estancia, pues que sobre él continua la misma con un friso corrido adornado de la misma talla, coronado de otro cuerpo mas sencillo en el que descansan columnatas de 4 palmos y medio de altura, sosteniendo arcos apuntados formados de listones semicirculares, terminando los restos de esta mezquita á 14 palmos del mencionado piso, por el que lo es del real aposento, donde nació santa Isabel. En la parte del Occidente, pero con la direccion al Oriente se ve un nicho ó hueco á que presta entrada el arco de herradura cubierto con una concha, en donde se supone que existia la pila bautismal; pero aunque pudo colocarse en tiempo de la restauracion, parece indudable que este era el sitio en que hacian oracion los reyes moros, pues allí estaba un oratorio ó mezquita particular.

. . . . . .

«La obra del patio de Santa Isabel es moderna; las paredes exteriores de la galería que forma su perímetro rectangular son de ladrillo sentado á cara vista, sus ventanas rectángulas de buena proporcion. En la parte del lado del S. aparecen restos de 3 arcos que se conoce ser de los primitivos que formaron el contorno en este patio, y corresponden á la misma época que la mezquita. Son de forma apuntada en ondas semicirculares, adornados de arabescos iguales á los de la mezquita y á uno de ellos le sostienen dos columnas de 11 palmos de altura, que aunque maltratadas y ennegrecidas, manifiestan ser de mármol de Albalate: los restos de una de sus bases acreditan de haber sido de alabastro de Escatron.

«Junto á estos arcos está el almacen de artillería que consiste en un salon de 30 varas de longitud con 9 de anchura, y segun manifiesta debió tener en su orígen 66 palmos de elevacion, cubierto de bóvedas por arista de rosca de ladrillo, adornadas en los arcos y aristas con fustes agrupados á 3: en el dia está subdividida su elevacion total por un piso intermedio, á la altura de 32 palmos del piso terreno, y á 8 palmos debajo del arranque de los arcos que rompen sobre ménsulas.

«Tambien hay restos de esta misma fábrica con el mismo adorno y elevacion á la espalda del lado del E. del mismo patio, divididos igualmente por un piso intermedio

á la misma altura, los que en el dia corresponden desde el piso intermedio para arriba, al distrito de la habitacion régia con divisiones que dejan porcion de los arcos á un lado y porcion á otro.

«Una de las crujías de este patio da paso al tercero, y forma un entrepilastras de sillería delgadas y airosas. Al terminar ese tránsito se halla á la izquierda, y contigua á la entrada del tercer patio la grande escalera, que en dos tramos componentes 32 gradas, conduce á la galería y pabellon ó sala de Santa Isabel. La puerta de esta escalera concluye con un semicírculo cuyos radios de madera forman una reja sencilla. El pasamano, barandilla y paredes en las mesetas, están adornados con relieves arabescos; el techo presenta en sus bovedillas pintados haces de flechas, é intercalada la inscripcion de «tanto monta.»

«Al desembarco de la escalera, principian á correr las galerías destinadas en la actualidad para acuartelamiento de tropas, excepto la que corresponde á la entrada del salon de Santa Isabel: en el enmaderado de esta entrada se ve tambien pintada á trechos la inscripcion del «tanto monta,» y en el ángulo al frente hay indicios de una antigua puerta de comunicacion con el interior para la servidumbre: existe todavía el remate de esta puerta con un adorno que manifiesta una grande antigüedad, y que es el dos leones, que sostienen un rollo de pergamino con unas letras antiquísimas en su centro. En los cuartos inmediatos se advierte todavía la montea de grandes arcos, que tienen su arranque en la parte inferior.

«Sobre el dintel de la puerta de Santa Isabel se halla el escudo de las armas reales sostenido por otros dos leones: á los lados de esta puerta dos ojos circulares equidistantes dan una mediana luz al salon. Este ofrece un aspecto majestuoso; recientemente blanqueado, y algun tanto limpios los adornos; aunque sin restauracion de los deterioros que han sufrido, ostenta su galería ó tribuna pública sobre el suelo de la cornisa, arquitrabada con inscripciones góticas que corren por los cuatro lados del rectángulo. Las dimensiones de esta tribuna parecen poco capaces para su objeto, aunque llenan cuanto permiten los límites en que está construida. El techo de este antiguo salon es de una decoracion hermosa y grave, que reune la circunstancia de la solidez. Es un armado de maderas formando casetones octógonos perfectamente molduradas y en su centro una piña dorada, así como lo están todas las molduras del salon. En el friso se halla dos veces en relieve la inscripcion siguiente, que en uno de sus lados no se encuentra completa por los destrozos que ha sufrido aquel artesonado en las épocas aciagas de nuestras guerras: *Ferdinandus Hispaniarum, Siciliæ, Sardiniæ, Corsicæ, Balearumque Rex, Principum Optimus, Prudens Strenuus, Pius, Constan, Justus Felix: Elisabeth Regina Religione et animi magnitudine supra mulierum insigni, conjuges auxiliante Christo Victoriosissimi, post liberatam à mauris Bæticam, pulso veteri feroque hoste, hoc opus construendum curarunt anno salutis MCCCCXCII.*

«La riqueza de estos artesonados tiene un recuerdo histórico que aumenta la gloria de los aragoneses, por hallarse dorados, segun pretenden nuestros historiadores, con el primer oro que se trajo de América.

«Toda la parte correspondiente á la sala de Santa Isabel, galerías, antesala y ga-

binete real, está recientemente blanqueado y pintada su carpintería, lo cual se ejecutó con motivo de la visita, que se supone haria S. M. D.ª Isabel II á este alcázar en 1844, y que por fin verificó la tarde del 27 de julio de 1845.

«No podemos al hacer esta relacion dejar de copiar las elocuentes palabras, que al hablar de las bellezas artísticas de este monumento, se leen en una publicacion estimable.

«Del salon de Santa Isabel por ejemplo, de este magnífico resto de la grandeza del antiguo reino de Aragon; de esta joya arqueológica, que la heróica Zaragoza ha conservado en medio de las ruinas de sus modernos edificios, ¿qué podrémos decir que no hayamos ya escrito al describir otros muchos monumentos de la misma época de los Reyes católicos, esto es, del siglo XV?

«Verdad es que el tal salon recuerda la grandeza característica de la monarquía española, que lleva impreso el sello de la elevacion ostentosa, que es cási proverbial en la Península, y que como en todos los edificios de su tiempo parece que da testimonio de la robustez moral que el trono iba adquiriendo, merced á sus continuos triunfos y á expensas del poder de una aristocracia, mas turbulenta acaso en Aragon que en otro ninguno de los Estados españoles; pero las reflexiones que nos sugiere el considerar el edificio bajo ese punto de vista, prescindiendo de que no son para tratadas ligera é incidentalmente, salen por otra parte de la artística esfera en que debemos encerrarnos.

«Indicar, pues, la belleza del artesonado, que es uno de los mejores de aquel buen tiempo para las artes españolas; llamar la atencion sobre la graciosa galería, que circuye el tercio superior de él; señalar la elegancia, y por último decir que aun en medio del abandono y desnudez actual del salon de Santa Isabel, transpira, por decirlo así, como en un varon eminente que sucumbe á los rigores de la fortuna, cierto aire de grandeza y majestad, que la miseria no acierta á desconocer, y que el alma generosa contempla respetuosamente; es todo lo que en resúmen creemos oportuno en la ocasion presente. Es asimismo muy digno de notarse, perteneciente por su estilo á lo mejor del renacimiento de las artes, cuando en el resto de España no habia en su tiempo sino muy pocos edificios de aquel género. Saliendo de este magnífico salon, que debia ser el del trono ó de embajadores, se encuentra á la izquierda el gabinete ó sala de Santa Isabel con una alcoba, en cuya estancia se dice que nació esta Reina; tiene un balcon que cae perpendicular sobre la ant. mezquita ú oratorio árabe que hemos descrito anteriormente. Tiene esta sala por techo un artesonado de poco relieve; pero de mucho gusto y complicacion. Se compone de casetones, cuya figura general es un cuadrado, pero trazados y enlazados de modo que forman dieziseiságonos separados entre sí por los cuadrados que resultan de su enlace. En el centro se echa de menos el escudo de las armas reales que debia existir anteriormente: en los cuatro que corresponden á sus lados se ven dos yugos y entre ambos la inscripcion de «tanto monta:» en los restantes tan solo un yugo.

«La antesala que comunica al salon con el gabinete de Santa Isabel, no tiene digno de atencion sino el techo que tambien es de casetones, en figura de rombo con su piña en el centro y molduras tambien doradas. Esta sala tiene asimismo un balcon que da sobre el patio de la iglesia.

«A seguida caminando á la derecha hay otra sala cuyo techo está adornado por el mismo estilo que los anteriores, en cuyo medio hay un escudo de armas circundado de un caseton diezseiságono, desde el cual se extienden las molduras formando pentágonos irregulares, pero iguales y semejantes, alternando con cuadros que forman el conjunto de los casetones. Desde allí se pasa á otras estancias espaciosas con su gran chimenea, que conservan un enmaderado particular, como lo observará cualquiera que las visite. En el friso del artesonado de las tres salas de afuera que acabamos de describir, se halla repetido el letrero latino que antes hemos trasladado literalmente.»

A las dos descripciones que anteceden debemos añadir que posteriormente á la fecha en que se escribieron se han hecho algunas obras en el histórico edificio que su destino de cuartel exige, que si bien algunas habitaciones se han respetado, en cambio otras han desaparecido por efecto de todas estas modificaciones y que finalmente esta obra tan antigua como llena de venerandos recuerdos, tan importante en el modo de ser del antiguo reino de Aragon que mas que un monumento histórico, es el respetable panteon de las memorias de la monarquía aragonesa, háse convertido en un edificio militar donde se albergan algunos centenares de soldados que mas tarde ó mas temprano acabarán por destruir lo que resta de aquel interesante edificio.

De deplorar es que fuese necesaria la iniciativa de un capitan general para la conservacion de este monumento, pues segun tenemos entendido el Sr. D. Fernando de Norzagaray fue quien se dirigió á la reina D.ª Isabel II por conducto del marqués de Miraflores, pidiéndola que para la reparacion de él se dignara conceder el producto de las fincas del patrimonio en aquel punto.

¿Acaso no habia corporacion civil que hubiese podido hacerlo?

¿Tanta importancia como punto extratégico ha tenido la Aljafería que no ha sido posible sustituirla con cualquier otro edificio que sirviera para el mismo objeto?

Mejor destino cupiérale al antiguo edificio mansion un dia de los emires zaragozanos y posteriormente de los reyes de Aragon, transformarse en un museo de antigüedades de la provincia, que no en una fortaleza de la que como dice muy oportunamente un escritor al ocuparse de él, «no puede llamarse ciudadela ni por su posicion ni por sus fortificaciones.»

Amantes como somos de los monumentos del pasado, páginas de la historia de remotos tiempos, no podemos menos de elogiar el buen deseo de la autoridad militar que tomó la iniciativa para su restauracion, deplorando que no hubiera una corporacion, esencialmente civil que tratara de arrancar aquel edificio del destino que hoy tiene para restaurarlo y conservarlo como un recuerdo vivo de épocas que difícilmente pueden borrarse de la historia de Aragon.

Antes de concluir este párrafo referente á la Aljafería debemos decir que en ella se conserva la parroquia de San Martin que tiene pila bautismal, y de la cual se habla en lo que anteriormente hemos transcrito.

Durante muchos años poseyó esta iglesia el cáliz de piedra en que Jesucristo consagró la noche de la Cena, precioso presente que el rey D. Martin obtuvo por medio de san Lorenzo.

En el año de 1437 el rey D. Juan gobernador á la sazon del reino de Aragon hizo donacion de él á la iglesia de Valencia.

Convertida hoy en parroquia castrense, hállase confiado el servicio á un cura de esta categoría.

Nuestros viajeros permanecieron mucho tiempo visitando la histórica mansion.

La autoridad militar que ejerce el mando superior en la fortaleza mostróse deferente y obsequiosa con los jóvenes facilitándoles el acceso, tanto hasta las cuadras ocupadas por los soldados, cuanto á las demás dependencias.

D. Cleto no pudo menos de emitir varias consideraciones sobre su actual destino, con las cuales hallábanse muy conformes sus compañeros.

XXIV.

Iglesia Metropolitana de Nuestra Señora del Pilar.—Sus primitivos tiempos.

—Ahora vais á ver el templo de nuestra patrona, de nuestra joya, el objeto del mas acendrado cariño de todo corazon zaragozano,— dijo Azara á sus amigos al penetrar en la plaza del Pilar.

—Verdaderamente que la Vírgen del Pilar es objeto de gran veneracion, no solamente en Zaragoza sino en todo Aragon y aun en el resto de España,—repuso Pravia.

—Es que tambien deben Vds. tener en cuenta—dijo á su vez D. Cleto—que entre las tradiciones que tiene la iglesia no pertenecientes al dogma, ninguna hay mas uniformemente admitida que la referente á Nuestra Señora del Pilar.

—¿De veras?

—Sí señores. Mas de quinientos autores así nacionales como extranjeros se hallan contestes en ella sin que hasta ahora hayan podido incurrir en la nota de apócrifas las obras en que de este hecho se ocupan. Corrobóranle además las bulas pontificias y porcion de diplomas régios, y sobre todo esa inmensa devocion, esa creencia inquebrantable, esa profunda fe que por espacio de tantos siglos se tiene en la piadosa tradicion.

—Pero ¿en qué se funda la tradicion?

—En la venida de la Vírgen á Zaragoza,—dijo con acento de profunda conviccion Azara.

—¿Que la Vírgen vino á esta poblacion?—exclamó con acento ligeramente burlon Castro.

—Sí, aquí vino y no discutamos sobre eso porque estoy cierto de que así fue.

—Dueño eres de creer lo que quieras.

—Diré á V. Castro - repuso D. Cleto terciando en la cuestion.—Esa venida está probada por ese sin número de autores de que antes hablé. Y cuando en tantos siglos no se ha encontrado quien con pruebas suficientes lo contradiga, ¿por qué no creer? En este siglo de materialismo y de incredulidad, cuando el helado cierzo de un exage-

rado racionalismo va secando poco á poco todas las creencias, cuando solo decepciones y amarguras encuentra uno en la vida, no se burle V. si acaso todavía encuentra encerrada en lo mas recóndito del corazon una santa creencia, una fe sencilla y buena respecto á una tradicion religiosa, que sobre estar afirmada por varones muy eminentes, no ha tenido quien la contradiga.

—No seré yo quien ridiculice ni quien dude de semejantes creencias. Buenas ó malas, todas las respeto que á respetarlas obligado vengo para vivir en sociedad, y mucho menos cuando como estas, no están basadas sobre el absurdo. Mostré mi asombro al escuchar á Azara, y si alguna duda pudo ocurrirme, desvaneciéronmela sus palabras que respeto como se merecen.

—Pero mientras tanto ignoramos la tradicion—dijo Pravia.

—Aquí, el Sr. Azara podrá indicárnosla—añadió Sacanell, señalando al padre de su amigo.

—¡Otra!—dijo el anciano con esa entonacion peculiar á los aragoneses—¿pues no está aquí el amigo D. Cleto que lo hace á las mil maravillas?

—Sin embargo, V., hijo del país, mas empapado todavía que yo en estos santos y venerandos recuerdos, seguro estoy que lo haria mucho mejor.

—Eso si que no. Quiero á la *Pilarica* (1) como el primero, pero en cuanto á saber su historia de la manera que V. y conocer todas esas tradiciones, confieso mi pecado, no podria describirlas como estos señores necesitan.

—Vamos, amigo Azara, esa modestia es un poco exagerada.

—Le digo á V. que no; si yo me creyese capaz de hacerlo lo haria, pero á mí me gusta como buen aragonés la verdad limpia. No sirvo para el caso. Iria por Zaragoza á ojos cerrados, sé las generalidades de todos los muchísimos recuerdos que esta ciudad posee, mas explicarlos con los datos y del modo que V. lo hace, me seria imposible porque no he hecho estudios de ninguna clase sobre ellos. Por lo tanto no demore V. el satisfacer la curiosidad de estos señores antes de que entremos en el templo.

D. Cleto no tuvo mas remedio que acceder.

—Pues la tradicion señores—dijo—consiste en que por el año 40 de Cristo, y bajo el imperio de Cayo Calígula, el apóstol Santiago el Mayor, hallábase predicando el santo Evangelio en esta ciudad. Orando se hallaba en la noche del 2 de enero, en compañía de algunos de sus discípulos, cuando la Vírgen se le apareció en carne mortal acompañada de un coro de ángeles que conducian su sagrada imágen y una columna de jaspe, recordándole el encargo que le hiciera al salir de Jerusalen, de que levantase un templo donde se rindiera culto á su divino Hijo. Prometióle proteccion especial no solamente para Zaragoza sino para toda España, y desapareció dejando en su poder la riquísima joya que dentro de poco vamos á admirar.

—Y el Apóstol se dedicaria inmediatamente á cumplir el celestial encargo.

—Sí señor, en el mismo sitio donde tuvo lugar la divina aparicion, erigióse una modestísima capilla de diez y seis piés de longitud por ocho de latitud, primitivo fun-

(1) Diminutivo afectuoso y familiar con que los aragoneses suelen designar á la Virgen del Pilar; igualmente hay algunos que la llaman la *Pajarica, etc.*

damento de tantos templos, donde andando el tiempo, habia de rendirse culto bajo la advocacion de la Vírgen.

—¿Tuvo ya desde entonces la misma denominacion?—preguntó Castro.

—No señor. Llamósela Santa María la Mayor, y despues cambió su título por el actual. Aquí en este mismo sitio subsistió humilde la capilla que tan rico tesoro poseia, sin que ni las persecuciones de los emperadores romanos, ni la dominacion agarena, fuesen suficientes para hacerla desaparecer.

—Grande seria la devocion de aquellos primitivos cristianos hácia un templo de tan preciados recuerdos.

—Tanta, que dejó raíces tan hondas que ya ven Vds. á pesar de los siglos, á pesar del indiferentismo ó del descreimiento de nuestra época, consérvase tan viva y ferviente entre estos naturales en particular y en toda España en general, que en nada va en zaga á la de los primitivos discípulos del apóstol Santiago.

Desde la paz de Constantino comenzó ya á tener tanta nombradía como riqueza y durante la dominacion sarracena no solamente subsistió el culto, sino que en muchas ocasiones tuvo prelado.

—Y sin duda en proporcion que fuera adquiriendo importancia, recibiria tambien ensanche y hermosura.

—Desde luego. Presumible es que desde la época de Constantino sufriese ya alguna modificacion, que se hiciera mucho mas sensible despues de arrebatada la ciudad á los árabes, y en fin ya consta de una manera mas positiva que el obispo D. Pedro de Librana de acuerdo con D. Gaston, vizconde del Bearne á quien habia tocado toda esta parroquia ocupada á la sazon por los mozárabes, se ocupó de su restauracion.

—¿Pero la obra actual?...

—A ella vamos á parar. No debieron ser muy suficientes los trabajos hechos hasta entonces, ni muy radicales las reformas, toda vez que á fines del siglo XIII cuatro prelados sucesivamente, procuraron por medio de limosnas obtenidas de los fieles impedir la ruina que al edificio amenazaba, suponiéndose que merced á esto pudo construirse el nuevo templo.

—Que es el actual.

—No señores. Aquel subsistió hasta fines del siglo XVII, formando una sola nave.

En esa época se elevó esta iglesia á Metropolitana tambien como La Seo, y desde entonces germinó la idea de su reedificacion.

—Que se llevaria á cabo.

—En la forma que Vds. ven.

—Y con esto,—dijo el anciano Azara,—me parece que queda terminado todo cuanto á los primitivos tiempos de esta iglesia pueda referirse ¿no es así?

—Justamente—repuso D. Cleto,—pues aun cuando algo queda todavía, de ello nos harémos cargo al ocuparnos del templo actual.

—En su consecuencia creo que ya podemos penetrar en él, que graduo tendrán deseos de verle estos señores.

—Confieso á V. —dijo Castro—que escuchando las descripciones de nuestro buen amigo D. Cleto, nada se echa de menos.

—¡Caramba! Y que memoria que tiene, todo eso que ha dicho es muy posible que yo lo haya oido otra vez, y sin embargo, maldito si me acuerdo.

—Nada tiene de extraño, V. entre sus negocios lo ha olvidado, puesto que para nada lo necesitaba. Yo como que no he tenido otros negocios ni otras atenciones que estas ¿qué de particular tiene que me acuerde?

—Es que...

—Vamos, señores, vamos adentro.

Y los jóvenes precedidos de ambos ancianos penetraron en la iglesia del Pilar.

XXV.

Iglesia Metropolitana del Pilar.—Tiempos modernos.

Antes de empezar á ocuparnos de la nueva obra cuya primera piedra se colocó el dia de Santiago del año 1686, debemos hacernos cargo del documento que extendido en 1.° de octubre de 1668 describe minuciosamente el antiguo templo, es decir el que desapareció para dejar lugar al presente.

Tan precioso detalle se conserva en el Archivo parroquial y dice que «la Iglesia «mayor tiene de largo doscientos cincuenta y ocho palmos; de ancho de pared á pared «por fuera de las capillas, sesenta y siete palmos y de alto, ciento cuatro piés. A la parte «superior de esta nave, en su mismo ámbito, se levanta el presbiterio sobre dos gradas; «tiene de largo cincuenta y ocho palmos, y de ancho por el fondo del crucero de pared «á pared, ciento treinta y cuatro piés; su altura que es mayor que la del resto de la «iglesia, tiene ciento veinte y tres palmos. En el presbiterio se levanta el altar mayor «sobre cuatro gradas y debajo de su ara está colocado el cuerpo de san Braulio.»

Sigue despues la descripcion de las capillas que rodeaban la nave y de otras bellezas artísticas de las que algunas han pasado como riquísima herencia artística á la iglesia actual, debiendo hacer especial mencion del retablo principal y la silleria del coro.

La figura del templo actual es de un paralelógramo rectángulo de quinientos piés de longitud con tres naves magníficas.

Con arreglo á los planos de D. Francisco Herrera dieron comienzo las obras, siguiéndose estas sin interrupcion alguna hasta llegar á su terminacion.

A la iniciativa de Fernando VI se debe el magnífico tabernáculo donde se halla la capilla de la Vírgen.

El arquitecto D. Ventura Rodriguez fue enviado por el Monarca en 1753 para que se ocupara de su construccion, y la obra que hizo es verdaderamente notable.

De elíptica figura en el interior, con tres ingresos por tres puntos distintos, forma un aislado templete de columnas corintias de jaspe, sobre las cuales se apoya el ancho friso y triangular fronton, del cual arranca la airosa cúpula que remata por una caprichosa linterna.

Obra de D. Antonio Velazquez son los frescos de la cúpula que cobija por decirlo así, el precioso tabernáculo, y la barandilla de plata que cruza por delante de los tres altares, construyóla D. Domingo Estrada.

En el centro del altar, sobre el mismo pilar donde la tradicion dice que los ángeles colocaron la sagrada efigie, vése la Vírgen indicando con la mano á Santiago y á sus discípulos, aquella veneranda y augusta imágen.

D. José Ramirez realizó esta obra, y por cierto que salió airoso de su trabajo tanto en la verdad y entonacion de las figuras de la Vírgen, Apóstol y sus siete discípulos, cuanto en la bien entendida colocacion y ropas de ellas.

Bajo riquísimo dosel de plata y sobre oscuro fondo tachonado de brillantes, destácase la santa Imágen con el niño Jesús en los brazos, sobre su alto pedestal.

Riqueza de luces, de joyas, de galas, despliéganse en torno de la sagrada Imágen y el arte parece que en todos los accesorios del templete, ha tratado de hacer un poderoso esfuerzo.

Medallones de relieves, ángeles y santos, obras de D. Manuel Álvarez; delicados adornos de estuco hechos por D. Juan de Leon y D. Leon Lozano, relieves sobre las puertas que dan ingreso al templete debidos á D. José Ramirez, todo es bello, todo demuestra tanto gusto como delicadeza.

El ático se halla circuido por ocho estatuas de los santos Jerónimo, Isidoro, Braulio, Julian, Beda, Beato de Liébana, Antonino de Florencia y Tomás de Villanueva.

Costeada en su mayor parte esta obra por el arzobispo Añoa, demuestra tanto la generosidad de este, cuanto el buen gusto del arquitecto D. Ventura Rodriguez.

Á la espalda de esta capilla y rivalizando en trabajo con Forment, D. Cárlos Salas, ha reproducido en un magnífico medallon de mármol blanco la Asuncion, no sabiendo que admirar mas, si el delicado gusto que presidió á su concepcion, ó el primor de la ejecucion.

Dos balaustradas de jaspe cierran los costados del templete, rodeando las escaleras que conducen al panteon subterráneo, donde yacen en sepulcros de negro mármol varios prelados, y donde reposa despues de su agitada y poco fecunda existencia el corazon de D. Juan de Austria, hijo natural del rey D. Felipe IV.

Dando frente á la santa capilla hay un coro bastante pequeño, en cuyo fondo destácase un estuco colosal con el nombre de María. Adornado se halla el arco por cabezas de serafines y por un fresco de Goya.

Legado, como ya hemos dicho, de la anterior iglesia, el retablo principal, bien merece que con atencion nos fijemos en la riquísima obra de Damian Forment.

Sobre un ancho presbiterio en el centro del edificio, hállase empotrado entre cuatro pilares que son mas gruesos que los otros ocho restantes.

Siete relieves divididos por afiligranadas pilastras con imágenes, forman el basamento, representando los Desposorios de la Vírgen, la Anunciacion, la Visitacion, el Nacimiento de Jesús, la Adoracion de los Reyes, la muerte de Cristo y su resurreccion.

En el centro del cuerpo principal vése la Asuncion de la Vírgen, en cuya obra trató

de rivalizar Salas en el medallon de que ya hemos hecho mérito en la capilla del Pilar, teniendo á sus lados el Nacimiento del Salvador y su Presentacion en el templo.

Cuatro pilastras flanquean estos tres asuntos, y tanto sus remates como los doseletes de crestería, sobrepuestos á la multitud de imágenes que esmaltan los tres grandes doseles, destácanse poderosamente formando grupos de pirámides sobre las graciosas abrazaderas perfectamente trabajadas.

Dos colosales estatuas de Santiago y san Braulio flanquean los costados.

El alabastro de que en su mayor parte está construido este admirable trabajo, fue extraido de las canteras de Escatron, y su coste, segun ajuste hecho con Forment, fue el de 9,000 escudos de oro equivalentes á 18,000 ducados de 22 reales.

Concluyóse la obra en 1515 y fue costeada tanto por el cabildo como por varias donaciones particulares, entre otras las de los reyes D. Felipe y D.ª Juana, y la vireina de Sicilia D.ª Beatriz de Lanuza y Pimentel.

Separado del presbiterio por una arcada, vése el magnífico coro en el cual no se cansa el curioso de admirar aquella incomparable sillería de roble de Flandes, de tres órdenes de asientos, que componen un total de ciento quince.

Imposible de todo punto es hacer una descripcion de aquel precioso trabajo donde parece haberse exprimido todo el ingenio humano.

Aquello es «un singularísimo esfuerzo de la habilidad y de la paciencia humana, certámen al parecer de dos ó tres generaciones,» así dice un escritor contemporáneo (1), y efectivamente, imposible parece que obra tan ricamente detallada, pudiera hacerse en el corto espacio que medió entre los años 1542 á 1548, y que su importe solo fuese de 62,000 sueldos.

Brazos, respaldos, asientos por su parte inferior, todo está trabajado, embutido, calado, viéndose millares de figuras de todos tamaños, representando cacerías, batallas, escenas pastoriles, danzas, pescas, alegorías, caprichos á cual mas originales y todo cuanto la mente puede imaginar.

Es verdaderamente un certámen en que la creacion trata de sobrepujar á la ejecucion y esta á su vez muéstrase todavía superior á aquella.

Los respaldos de las sillas altas representan por un lado pasajes de la vida de Jesús, y por otro de la de María divididos por plateresca columnas.

Figuras á manera de ménsulas sostienen las pulseras que se hallan esculpidas con cabezas, sosteniendo unos ángeles sobre la cornisa, los florones del remate.

El basamento es de mármoles de mezcla, y fue hecho por el mallorquin Guillermo Salva, teniendo de coste 20,000 sueldos.

La verja de bronce trabajada por Juan Tomás Celma, cuyos remates son de imágenes, tardó cinco años en terminarse y costó 23,000 sueldos.

Obra de Guillaume de Lupe, natural de Tarazona, es el órgano, reformado posteriormente por el Sr. Roqués, habiendo quedado ajustado su precio en 15,000 sueldos.

En el trasaltar del retablo mayor, hay un gran Crucifijo, obra tambien de gran mérito y al cual se profesa una gran devocion.

(1) Quadrado, *Recuerdos y bellezas de España.*

Varias capillas y altares esmaltan las naves de este riquísimo templo, mereciendo especial mencion la de San Joaquin, propiedad del duque de Montemar.

En ella se halla el sepulcro del duque D. José Carrillo de Albornoz, mandado erigir por el rey D. Cárlos III.

Consiste este en un obelisco sobre el pedestal con dos estatuas que representan la Justicia y el Valor, leyéndose en el centro la inscripcion conmemorativa, tanto de las virtudes del finado, cuanto de la muestra de afecto que le dió el Monarca.

Tambien debemos fijarnos en la capilla de San Lorenzo hecha bajo la direccion del arquitecto D. Ventura Rodriguez, en cuya sacristía hállase un cuadro de Rivera, el *Espagnoleto*, representando el martirio del titular.

De prolijos pecaríamos si fuéramos á seguir una por una todas las capillas; baste decir que en todas existe algo que admirar tanto en pinturas como en graciosas combinaciones arquitectónicas, ó delicados trabajos de arte.

La capilla del Pilar, posee su sacristía particular, que no por ser de menores dimensiones que la general, es menos digna de ser visitada con escrupulosa atencion.

Su portada formada por dos columnas de mármol de Calatorao, es bastante buena, viéndose en su puerta bellísimos relieves, y ostentándose en el centro el escudo de armas del arzobispo Añoa.

En dos urnas, consérvanse en su interior las cabezas de san Pablo y san Juan.

Dos grandes armarios hay en ambos costados, sirviendo el uno de joyero, donde se conservan las alhajas que despues de haber enriquecido á tantos poderosos magnates, han sido depositadas á los piés de la santa Vírgen.

Disminuido considerablemente quedó este guardajoyas, cuando la entrada de los franceses en la invicta ciudad.

Para librarla del saqueo, fue necesario hacer un costoso sacrificio.

Exigente mostrábase el enemigo que harto sabia la riqueza que en el templo del Pilar existia.

Su codicia doblemente excitada por el furor que le causara la resistencia de aquella poblacion, no conocia límites.

El cabildo no tuvo mas remedio que ceder para evitar mayores horrores, y á continuacion damos la lista de las joyas entregadas y de su valor, joyas que no se han podido volver á rescatar.

Hé aquí el inventario de ellas:

Pesos fuertes.

1.ª Una joya con 1,900 diamantes brillantes en forma de corazon, figurando en el centro un cisne con las alas tendidas, descansando en el tronco con un polluelo á cada lado. La dejó á Nuestra Señora del Pilar, la reina de España D.ª María Bárbara de Portugal; y estaba valorada en. 50,000

2.ª Una corona de oro guarnecida de diamantes, rubíes y topacios brillantes; tenia en la circunferencia 12 atributos de la Vírgen forma-

dos de brillantes; en el centro un triángulo de diamantes del que se desprendia una paloma, y en lo alto un pectoral de finísimos topacios. La mandó hacer para la Vírgen en 1775, el arzobispo de Zaragoza D. Juan Saenz de Buruaga; y costó. 30,000

3.ª Otra coronita que para el Niño hizo labrar el mismo Prelado, toda de oro guarnecida de diamantes y rubíes brillantes; tenia por remate una cruz y en su pié un círculo de oro con un diamante tostado; costó. 5,000

4.ª Un retrato del emperador de Alemania Francisco I, y otro de su esposa María Teresa de Austria, que por su último testamento dejó vinculados para la Vírgen D. Antonio Azlor; ambos guarnecidos de brillantes, y valorados en. 16,000

5.ª Un clavel jaspeado, compuesto de chispas de diamantes y rubíes brillantes, sobre un pié de esmeraldas orientales puestas en oro, con dos capullos, uno cerrado y otro á medio abrir, con su garfio largo de oro; colocado en una cajita de zapa verde con su charmela de plata. Lo regaló en 1778 D.ª María Teresa de Ballabriga esposa del infante de España D. Luis de Borbon; y estaba apreciado en. . . . 7,000

6.ª Una cruz de la órden de Santiago con 68 diamantes rosas montados en oro por dos caras; valorada en. 8,418

7.ª Una venera de oro de la órden de Calatrava, esmaltada con 52 diamantes rosas, dádiva del conde de Baños; en. 3,943

8.ª Una joya con 106 diamantes rosas de exquisita limpieza, blancura y precioso esmalte: donativo de D. Juan de Austria en 1669; valorado en. . . . . 6,891 ½

9.ª Un par de pendientes con 28 diamantes rosas montados en oro, que dejó vinculados en 1743 D.ª María Ignacia Azlor; valorados sin hechuras. 1,855

10. Un corazon de un aljófar grande y bello con algunos rubíes, esmeraldas y diamantes; en. 116

11. Una joya con corona de oro y 64 diamantes; valorado en. . 128

12. Otra de oro con 39 diamantes; en. 60

Total. . . . . 129,411 ½.

Á pesar de la gran cantidad á que como acabamos de ver ascendió el importe de las alhajas entregadas á los franceses, todavía es muy rico el tesoro de la Vírgen, tesoro formado por la piedad y el cariño de monarcas y particulares.

Cuatro puertas hay en la sacristía, de las que una franquea el paso hasta un precioso oratorio reservado, en el cual hay un altar de plata.

La segunda puerta conduce al lavamanos; la tercera, al lugar donde se guardan los mantos de la Vírgen; y la cuarta, comunica con las habitaciones del capellan.

Obras de Joaquin Inza son las pinturas de la bóveda y los cuadros que adornan la sacristía, y por cierto no escasos de mérito.

Si envanecerse puede la sacristía de la santa capilla con el rico guardajoyas que encierra, orgullosa á su vez muéstrase la principal, con la posesion del *Ecce-Homo*, trabajo que se reputa de Ticiano y que tiene un mérito extraordinario.

Tambien posee otro medallon con una efigie, cuyo autor es desconocido, pero que esto no obsta para merecer grandes elogios de los inteligentes.

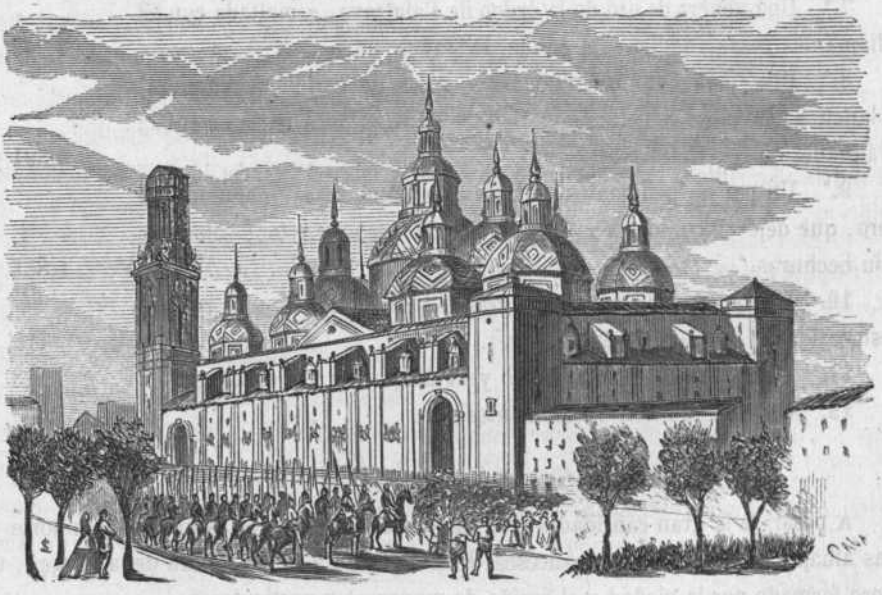
Posee esta sacristía de igual manera que la de La Seo una gran riqueza, tanto en alhajas como en ornamentos.

En el crucero del trascoro hállanse las capillas de San Agustin y Santiago, de las cuales la primera sirve de parroquia, y en la segunda se encuentra la pila bautismal.

XXVI.

Situacion actual del Templo del Pilar.

Antes de continuar adelante, debemos á nuestros lectores una explicacion referente á la descripcion que suponemos hecha por D. Cleto á sus compañeros, respecto al templo del Pilar.



Exterior de la Iglesia de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza despues de su restauracion.

Desde luego debe haber sorprendido que no hayamos hecho mencion alguna de las obras últimamente verificadas en la suntuosa basílica, pero debe tenerse en cuenta que en la época en que se supone verificado el viaje por los cuatro amigos, estas obras no estaban no solamente terminadas, sino que ni aun podia calcularse en que época lo

estarian. De aquí que la descripcion hecha por D. Cleto y el padre de Azara, ha sido la del templo tal como estaba antes de terminar las obras emprendidas.

Hoy al llegar nuestra publicacion á este punto, el templo restaurado ya en su parte mas esencial, se ha abierto al público solemnemente con motivo de las fiestas de la santa Patrona de Zaragoza, y los que han acudido á contemplar los delicados trabajos llevados á efecto allí, no podrian menos de extrañar la reseña que anteriormente dejamos hecha.

Hoy, pues, debemos completar nuestro trabajo con la descripcion del templo actual en la parte referente en las nuevas obras en él verificadas.

En el altar mayor, se ha colocado una balaustrada ideada por el Sr. Atienza, y construida por los Sres. D. Mariano España, D. Teodoro Molas y D. José Arribas, la cual cierra por completo el presbiterio.

La cúpula principal es indudablemente uno de los detalles de la restaurada basílica que mas justamente llaman la atencion. Ocho grupos de pareadas columnas de órden compuesto rodean por la parte exterior el peristilo, viéndose realzado el emplomado de la bóveda por varias fajas verticales, apoyándose la airosa linterna sobre el no menos bello chapitel.

Un basamento de molduras sirve en la parte interior, de apoyo á las ventanas de la linterna.

Elipsoidal es la bóveda, viéndose dividido el fondo por grandes aristas que corresponden á las fajas de que hemos hecho mencion en el exterior, y en ellas, adornos con recuadros parecidos á los que se ven en el intrados de los arcos torales. Ocho grupos de pareadas pilastras de órden corintio decoran el interior del tambor, y sobre el cornisamento del anillo, elévase una balaustrada de madera sencilla pero delicadamente trabajada, viéndose sobre el friso de la cornisa, la siguiente inscripcion:

Elegi Et Sanctificavi Locum Istum Præsentia Mea. Sit Ibi Nomen Meum Et Cor Meum Cunctis Diebus (1).

Los recuadros de las bóvedas vénse adornados con preciosas molduras doradas, teniendo todas las pinturas que adornan la cúpula principal por asunto general, la coronacion de Nuestra Señora, como Reina de todos los Santos.

Bajo la direccion del inteligente artista D. Bernardino Montañés, habiendo tomado parte en la ejecucion D. Leon Abadías, D. Francisco Lana, D. Marcelino de Unzeta, D. Mariano Pescador, se hicieron estas pinturas siendo la del centro obra del mismo Sr. Montañés.

Cada uno de estos cuadros mide de altura siete metros y medio, y su ancho en la parte inferior, la de 4 y 33 centímetros. La pintura se ha hecho al óleo sobre el mismo yeso, pues no se juzgó necesario hacerlo al fresco, toda vez que no habian de estar expuestos á la intemperie.

(1) He elegido y santificado este lugar con mi presencia, para que mi nombre y mi corazon estén allí todos los dias.

El cupulino, divídese tambien en ocho compartimientos, en los cuales hay pintadas varias cabezas de ángeles, destacándose en el centro el triángulo con el ojo de la Providencia.

Los cuatro evangelistas vénse pintados en las pechinas de los arcos torales, destacándose sobre un fondo de oro las cuatro figuras, tomadas de las que existen en Roma en la cúpula de san Pedro en el Vaticano.

Los dos púlpitos del evangelio y la epístola, merecen llamar desde luego la atencion, tanto por la delicadeza de la ejecucion, cuanto por lo rico del pensamiento.

El diseño fue del Sr. Atienza; de la señorita D.ª Dolores Pinós los dibujos, y de D. Agustin Pardo la preciosa talla de nogal que nos ocupa; y que si á detallarla fuéramos, tal vez pecáramos de difusos por lo prolija que habia de ser nuestra descripcion.

De igual manera todas estas capillas de que hemos hecho mencion en la anterior descripcion han sufrido variaciones de mayor ó menor importancia. Todas se encuentran cerradas por verjas ó balaustradas de bronce, apoyadas en zócalos de mármol, siendo así que antes, muy escasas eran las que en este caso se hallaban.

No nos es posible, tanto porque quizás pudiera aparecer pesada nuestra detallada descripcion, cuanto porque ya es corto el espacio que podemos disponer, ocuparnos prolijamente de todos los demás trabajos verificados en el magnífico templo que nos ocupa.

Únicamente si debemos hacer presente, que la basílica del Pilar por mas de un concepto es digna, no solamente de llamar la atencion del viajero, sí que tambien de entretenerle agradablemente por espacio de algunos dias, admirando bien los detalles que de las pasadas épocas existen, bien los no menos ricos con que últimamente se ha embellecido, y que honran, tanto á los artistas que los han ejecutado, cuanto á la piedad de un pueblo que de tal manera ha contribuido á los cuantiosos gastos ocasionados por esta obra.

Y aquí debemos historiar siquiera ligeramente, la manera de allegar recursos y la eficaz cooperacion que emanando del trono, prestáronle sin distincion de colores políticos ni de clases, las corporaciones y los particulares; que cada uno en su respectiva esfera, han contribuido con su óbolo á la mencionada restauracion.

Á pesar de las restauraciones é innovaciones verificadas en la iglesia del Pilar, y de las cuales nos hemos ocupado ya, el grandioso plan trazado por D. Ventura Rodriguez, el famoso arquitecto enviado por D. Fernando VI, no se habia llevado á cumplido término y faltaba la armonía en el conjunto á pesar de la belleza de muchísimos detalles.

En el año de 1861 los testamentarios del canónigo D. Luis Dalp, al pensar en elegir un mausoleo al arzobispo D. Bernardo Francés, trataron de dorar la capilla de San Braulio, en la cual habia de erigirse aquel, para cuyo efecto nombraron una comision compuesta de los arquitectos D. José de Yarza, D. Pedro Martinez Sangrós, y el pintor D. Bernardino Montañés, al objeto de que emitiesen su opinion respecto á la forma en que debia hacerse la ornamentacion proyectada.

Unánime fue esta: debia seguirse no solamente en esta capilla, sino en todas

cuantas en lo sucesivo se tratara de restaurar, el mismo plan trazado por D. Ventura Rodriguez. Difícil era esto, tanto por lo cuantioso de la suma que para semejante obra se necesitaba, cuanto porque en la agitada época de políticas convulsiones que por tan dilatado espacio venimos atravesando, no era fácil hallar la proteccion, el estímulo y el afan necesarios para trabajos de esta índole.

Mas cuando menos podia esperarse, encontróse el dignísimo prelado D. Fr. Manuel García Gil, con una carta fechada en Madrid, en la cual se le decia si tenia inconveniente en admitir un cuantioso donativo que una persona que deseaba permanecer desconocida, trataba de hacer al templo de Nuestra Señora del Pilar.

El Arzobispo se enteró de la formalidad de la persona que así le escribia, y le contestó que admitia gustoso aquella limosna, y que le dijera si el donador tenia preconcebida alguna idea á la cual habia de aplicarse aquella suma, ó si podia dedicarla al adorno del templo, para cuyo efecto era preciso ponerse de acuerdo con el ilustrísimo Cabildo.

La contestacion no se hizo esperar mucho.

Hé aquí la carta que con fecha 20 de junio recibió el ilustrísimo Prelado, y que sirvió de fundamento á las grandiosas obras que hoy tanto admiramos, y que prueban que no se halla tan pervertido, ni el gusto artístico, ni los católicos sentimientos, como algunos tratan de suponer:

«Excelentísimo é ilustrísimo señor Arzobispo de Zaragoza. — Madrid 30 de junio de 1863. — Respetable señor y muy señor mio: El contenido de la muy apreciable de V. E. I. 25 del que espira, sirve de satisfaccion á esta persona devota, pues que se digna admitir el encargo de recibir la donacion con destino á obras que convenga hacer en el templo catedral de Nuestra Señora del Pilar, por lo que estamos en el caso de manifestar á V. E. I. que la cantidad de 40,000 duros, que queda á la disposicion de V. E. que estando consagrado el templo todo á la Vírgen, puede emplearse en las obras que á juicio de V. E. hagan mas falta, ó sean mas convenientes; y mediante su prevencion de que tiene que intervenir ese ilustrísimo Cabildo y Junta de fábrica, V. E. I. como su digno presidente, allanará todas las dificultades: suplicando á nombre del donante, que el empleo se haga á la brevedad posible; y á este fin se servirá decirme si los fondos los he de remitir en letras ó billetes de Banco, ó depositar á favor de V. E. ó del Cabildo dichos 40,000 duros en esta Caja general de Depósitos. El donante así como no quiere dar por ahora su nombre, y por lo mismo suplica se haga todo á nombre de una persona devota, renuncia á toda intervencion en las obras, porque está persuadido que V. E. I. y Cabildo lo han de hacer mejor. — Esta ocasion me proporciona ponerme á los piés de V. E. I. suplicándole su bendicion y órdenes para lo que complacerle pueda su mas atento seguro servidor Q. S. M. B. — Francisco de las Herrerías.»

A la cantidad que se indica en la carta que antecede, añadió el Cabildo 561,052 reales, inaugurándose las obras el 22 de octubre de 1863.

Pero esto no era suficiente todavía, dado el primer paso necesario era llegar al objeto verdadero, que era el de completar todos aquellos trabajos.

Para esto, el Arzobispo convocó una reunion que tuvo lugar en 8 de mayo de 1864, en la cual hallábase representado el Cabildo, el Ayuntamiento, la Diputacion provincial, la Universidad, la Nobleza, los propietarios, y en resúmen, todas las cleses de la sociedad, en la cual, significóles aquel su propósito de proseguir sin interrupcion alguna aquellos trabajos tan brillantemente inaugurados, para lo cual contaba con su cooperacion.

Todos sin distincion de clases aprobaron la idea; todos llenos del mayor entusiasmo decidieron la continuacion de las obras, procediéndose inmediatamente al nombramiento de una Junta en la que estuvieran representadas todas las clases de Zaragoza, impetrando de S. M. la Reina D.ª Isabel II, que tomara bajo su proteccion aquellas obras.

En su consecuencia quedó instalada la Junta, organizadas las comisiones que habian de ocuparse en arbitrar recursos, y se procedió á dirigirse á S. M. la Reina con el objeto anteriormente indicado y ofreciendo la presidencia de la Junta á su augusto esposo.

Natural era que semejante pensamiento encontrara en las altas regiones á que se dirigia, la proteccion que necesitaba.

Hé aquí el preámbulo y real decreto, y en virtud del cual declarábase protectora la Reina, de aquellas obras, y aceptaba la presidencia para S. M. el Rey.

«Ministerio de Gracia y Justicia. — Exposicion á S. M. — Señora. — El muy reverendo Arzobispo de Zaragoza, lleno de confianza en la piedad de sus diocesanos y en la devocion de la España á la santísima Vírgen que con la advocacion del Pilar se venera en su templo metropolitano, auxiliado con generosos donativos de los fieles y favorecido con la activa y poderosa cooperacion del Cabildo catedral y de las Autoridades locales y provinciales, ha emprendido importantes obras de reparacion y decorado, que há tiempo reclamaban la magnificencia del templo, y la solemnidad del culto que en él se celebra. — La piadosa tradicion remontando á los tiempos apostólicos la erección milagrosa de ese altar consagrado á María, revela que la capilla de la Vírgen del Pilar, es uno de los primitivos monumentos de la cristiandad. Este monumento venerado con fervoroso culto por los propios y extraños, precioso legado que simboliza el patrimonio excelso de la Vírgen á todo el antiguo reino de Aragon y á la nacion española, y emblema de nobles y heróicas hazañas que registra nuestra historia, constituye la capilla del Pilar de Zaragoza en un trofeo de catolicismo y en una gloria nacional. — Muy justificada parece por tanto la solicitud del celoso Prelado que para llevar á cabo las anunciadas obras, acude á V. M. pidiendo se digne acogerlas bajo su proteccion, encargando la presidencia de la Junta instalada para dirigirlas é inspeccionarlas, al augusto Esposo de V. M., quien por medio de vicepresidente ó delegado de su eleccion que en aquella capital le represente, podrá dictar las órdenes oportunas. — Tan acorde se halla esta peticion con la acendrada piedad y sentimientos religiosos de V. M., que el Ministro que suscribe no vacila en someter á la aprobacion de V. M. el siguiente proyecto de decreto. — Madrid 14 de junio de 1864. — Señora. — A L. R. P. de V. M. — Luis Mayans.»

Real decreto.

«En atencion á las razones que me ha expuesto el Ministro de Gracia y Justicia, vengo en declararme protectora de las obras de reparacion del templo metropolitano del Pilar de Zaragoza, sometiendo la presidencia de la Junta establecida para su ejecucion á mi muy amado y augusto esposo D. Francisco de Asis, quien podrá designar la persona que le represente con las facultades que tenga á bien legarle. — Dado en Palacio á 14 de junio de 1864. — Está rubricado de la real mano. — El Ministro de Gracia y Justicia, Luis Mayans.»

A consecuencia de este real decreto, S. M. se dignó dirigir á su augusto consorte la real carta que sigue:

«La Reina. — Mi muy amado y augusto esposo D. Francisco de Asis. Habiendo resuelto por decreto expedido con fecha de ayer declararme protectora de las obras emprendidas para la reparacion del templo metropolitano de la santísima Vírgen del Pilar de Zaragoza, he dispuesto en el mismo decreto que seais vos el Presidente de la Junta formada para dichas obras, con facultad de designar persona que os represente; y ahora os lo comunico para que deis el impulso que la grandeza de su objeto exige de vuestro religioso celo; que además de corresponder así á la piedad heredada de vuestros progenitores y los mios, en ello me serviréis. Y sea mi muy caro y muy amado esposo, Dios nuestro Señor en vuestra continua proteccion y guarda. De Palacio á 15 de junio de 1864.—Isabel.—Real rúbrica. — El Ministro de Gracia y Justicia interino. — Alejandro Mon.»

A cuya carta contestó el Rey dirigiendo la que sigue al Iltre. Prelado zaragozano.

«Cuarto militar de S. M. el Rey.—Excmo. é Ilmo. Sr.—Obedeciendo el mandato de S. M. el Rey, mi augusto señor, tengo la honra de remitir á V. E. I. la adjunta copia de la carta real que S. M. la Reina nuestra Señora dirige en 15 del corriente á su régio consorte.—Por ella á la par que por el real decreto del 14 del mismo, verá V. E. que al declararse S. M. protectora de las obras de reparacion del santo y metropolitano templo de la excelsa Vírgen del Pilar, se ha dignado al mismo tiempo conferir la presidencia de ellas á su augusto Esposo con facultad de delegar sus ámplias atribuciones en la persona que de su real agrado fuere.—S. M. el Rey mi señor, al aceptar este cargo, y comprendiendo cuán alta es la mision, no ha titubeado un instante en hacer la eleccion de su delegado, y este, así me manda S. M. lo signifique á V. E., no puede recaer mas que en la ilustrada persona de V. E., quien por su constante desvelo y abnegacion por la exaltacion de la santa fe católica, es sin duda alguna el mas autorizado para ponerse al frente y dar el impulso debido á las obras que han de emprenderse, con el objeto de restaurar el histórico y simbólico templo que enaltece la resplandeciente fe cristiana, bajo la advocacion de Nuestra Señora del Pilar, así en ese reino de Aragon como en todos los ámbitos de la monarquía. — Es, pues, en tal concepto, Excmo. é Ilmo. Sr. la voluntad de S. M. el Rey delegar á V. E. I. dicha presidencia con todas las facultades y atribuciones. Asimismo ordena lo comuniqne á V. E. I. para

que desde luego y en su real nombre pueda ejercerla cumplidamente. Dios tenga á V. E. I. en su santa guarda.—Palacio 21 de junio de 1864.—José Lemery. - Excelentísimo é ilustrísimo señor Arzobispo de Zaragoza.»

Á ejemplo de los Reyes y de las corporaciones, prestáronse solícitos los particulares, y desde la mas modesta ofrenda á la mas cuantiosa limosna, ofreciéronse inmediatamente, ascendiendo solamente en Zaragoza en el brevísimo espacio de mes y medio, á la importante suma de 1.500,000 reales.

Mas como las obras iban cada vez absorbiendo mayores cantidades, no hubo otro remedio que proceder á la enajenacion de algunas de las alhajas que poseia el riquísimo guardajoyas de la Vírgen, de aquellas que no eran de inmediata aplicacion para el culto.

Formóse el expediente necesario para esto, hízose la entrega de ellas á la comision nombrada por la Junta, y prévia la tasacion oficial, anunciόse la subasta, tanto en las principales capitales del extranjero como en las de la nacion.

La subasta se verificó el dia 30 de mayo de 1870 habiendo necesidad de prolongarla hasta el 8 de junio inclusive, siendo extraordinaria la concurrencia que hubo para este acto y alcanzando algunas de ellas mayor valor que el fijado en la tasacion.

Hé aquí la descripcion de las seis primeras joyas de la Vírgen, como valor material, y la de las seis primeras, en valor artístico. Las de mayor precio, fueron:

1.ª Una placa condecoracion francesa de la órden del Espíritu Santo, joya notable por sus brillantes, descollando uno en el centro que forma el cuerpo de la paloma. Fue regalada por la infanta D.ª María Teresa Ballabriga.

2.ª Una espoleta de brillantes blancos orientales, cuyo dibujo son hojas y arabescos, la donó D.ª Isabel II al visitar á la Vírgen, en el año de 1860.

3.ª Un collar de brillantes con un magnífico lazo en el centro, regalo hecho por la reina D.ª María Luisa.

4.ª Medio aderezo compuesto de collar y pendientes de perlas, brillantes y diamantes rosas.

5.ª Una cruz pectoral de diamantes rosas y tablas de fondo, montados en plata.

6.ª Un medallon de brillantes montados en plata con el retrato de Fernando VII, quien lo regaló á la santísima Vírgen del Pilar en 1814 á su regreso de Francia.

Descripcion de las seis primeras joyas artísticas.

1.ª Un joyel de oro, representando una granada prendida de tres cadenitas á un caprichoso remate. Los granos que se descubren por una abertura son rubíes orientales. Se abre en dos mitades, descubriéndose en una, la Visitacion de la Vírgen á santa Isabel, y en otra, la Anunciacion. Los inteligentes atribuyen su ejecucion á Benvenuto Cellini.

2.ª Una chatelena de oro antigua, esmaltada, colgando de ella un reloj esmaltado tambien, su pintura parece ser de Wateau.

3.ª Una joya de oro esmaltada de varios colores, en cuyo centro se halla una sagrada familia, copia de Rafael ejecutada sobre esmalte, de la época de Luis XIII.

4.ª Un joyel de oro sostenido por cuatro cadenitas, en cuyo centro hay un perrito.

5.ª Un reloj saboneta de oro con las tapas caladas, esmaltadas y salpicadas con rosas de cifra; la máquina es de las primitivas, con cuerda de guitarra.

6.ª Una preciosa medalla de oro pendiente de un lazo.

El valor total, tanto de estas alhajas cuanto de las demás, cuyo número se elevó á 528, fue el de 1.818,675 reales, sobrepujando el valor de la tasacion en 462,785 reales.

Con estas noticias terminamos por no pecar de difusos, todo lo que referente á la restauracion del templo del Pilar, habiamos de decir. Cortos, incompletos tal vez, son nuestros detalles; mas creemos basten para dar una idea tanto de las obras en él verificadas, cuanto para que se juzgue de los cuantiosos fondos invertidos en ellas, cuyo total hasta el dia, asciende á 5.595,559 reales con 90 céntimos.

XXVII.

Conventos y Monasterios.

Multitud de conventos existen en Zaragoza, de los cuales muchos han desaparecido para dar lugar á nuevas construcciones, mientras que otros han cambiado de objeto, transformándose sus locales en dependencias del Estado.

Por esta razon no nos hacemos cargo mas que de aquellos que siguen abiertos para el culto.

Entre estos debemos fijarnos en primer lugar, en el de San Ildefonso, perteneciente á la órden de Predicadores, y el cual fue fundado por el rico mercader Alfonso de Villalpando, en el año de 1604.

La biblioteca que poseia, contenia, segun noticias, sobre veinte mil volúmenes, de los cuales muchos han pasado á la biblioteca de la Universidad.

Su gran cúpula es digna de llamar la atencion, poseyendo antes de su mutilacion en la guerra de la Independencia algunas bellezas arquitectónicas.

El de Santo Domingo, en el cual se celebraron algunas de las famosas Cortes de Aragon, despues de haber servido de presidio y de almacenes se ha restaurado, abriéndose al culto, merced á los esfuerzos del prelado D. Fr. Manuel García Gil.

El de Santo Tomás de Villanueva, antiguo colegio de Agustinos observantes, posee en su iglesia varios frescos bastante notables del célebre Claudio Coello.

El Colegio de frailes Mercedarios de san Pedro Nolasco, á la supresion de los conventos, transformóse en almacen de utensilios para el ejército; abriéronle al culto los Jesuitas, siendo el elegido por la aristocracia para asistir á las funciones religiosas que en él tienen lugar.

A media legua de la ciudad, en las márgenes del Gállego, existe el convento de Capuchinos de nuestra Señora de Cogullada, celebrándose todos los años por la Pascua de Pentecostes, grandes funciones en su iglesia, á las cuales asisten en romería los zaragozanos.

El de San Juan de los Panetes, perteneciente á la órden de san Juan, sirve de iglesia á las Arrecogidas.

En el de San Cayetano, convento que fue de Teatinos, se halla establecida la antigua y real hermandad de la Sangre de Cristo, cuya mision es la de recoger los cadáveres abandonados en las calles ó en los caminos y la de acompañar los reos al patíbulo.

Notable es su interior, y la fachada, aun cuando de Churriguera, merece tambien que el artista se detenga ante ella.

El santuario de Nuestra Señora del Portillo, del cual la tradicion dice que, despues de tomada Zaragoza por D. Alfonso *el Batallador*, trataron los moros en 1119 de recobrarla, pero que apareciéndose en el aportillado muro la imágen de la Vírgen, contúvoles hasta que acudieron los soldados cristianos á defenderla, derruido durante el sitio de Zaragoza, reedificóse posteriormente.

La iglesia del Hospital de nuestra Señora de Gracia contiene algunas buenas pinturas, y en su pila bautismal reciben el agua del Cristianismo los niños expósitos.

Tambien merece especial mencion la iglesia de la Casa de Misericordia, de la cual nos ocuparémos mas extensamente al hablar de este edificio.

De prolijos pecaríamos si fuéramos á detallar uno por uno los muchos conventos de religiosas, notables en su mayor parte, que hoy existen.

Por lo tanto, nos concretarémos á decir únicamente que, cási todos merecen visitarse, pues en todos se encuentra algun detalle arquitectónico, alguna pintura que al artista y al curioso compensa de la ligera molestia que le causa su visita.

Al dia siguiente dirigiéronse nuestros amigos hácia el edificio ocupado por la Diputacion provincial, notable tambien por mas de un concepto.

XXVIII.

Palacio de la Diputacion Provincial.

—¡Bonito edificio! —exclamaron cási á la vez Castro y Sacanell al desembocar en la plaza de la Constitucion.

—¡Otra! ya lo creo que lo es, —repuso el anciano Azara — como que se hizo á todo coste y el arquitecto, amigo mio por cierto, era persona que lo entendia.

—Hé aquí un edificio del cual puedo daros algunos antecedentes, aliviando en su tarea á nuestro buen amigo D. Cleto á quien tanto debemos agradecer.

—Veamos que tal explicacion nos da V.—dijo alegremente el anciano.

—Haré cuanto me sea posible, aun cuando desde luego ni en términos tan científicos, ni de esa manera tan magistral que V. podria hacerlo.

—Creo —dijo Castro—que este edificio es de construccion muy moderna.

—Data del año 1849. Este local que ocupó en su tiempo el convento de San Francisco fue cedido por el Gobierno para que se instalase la Diputacion, pero insuficientes las obras que en él se hicieron, acordó aquella corporacion construirle de nueva planta

y encargóse el plano y direccion de él, al amigo de mi padre, entendido arquitecto, D. Pedro Martinez Sangrós.

—La fachada es de buen efecto.

—Pertenece al estilo griego. Esos seis arcos de medio punto con el balcon balaustrado de piedra encima y la elegante crestería que corona la fachada, es de tan buen gusto como delicado trabajo.

—Supongo que los escudos que se ven en los guardapolvos de esas ventanas pertenecen á la provincia, ¿no es así?—dijo Sacanell.

—Justamente, son los de los partidos judiciales y el escudo que está en el balcon principal es de Aragon, segun podréis comprender por las barras. El gran escudo de la provincia que sirve de remate á la crestería, es bastante bueno y no lo es menos el reloj que debajo de él podeis contemplar.

—Esas dos figuras que hay á los lados serán alegóricas sin duda.

—Sí, representan el Tiempo y la Vigilancia.

—Si el interior corresponde á la fachada, de seguro que posee vuestra Diputacion, uno de los mejores edificios que para este objeto hay en España, como construccion moderna.

—Ahora mismo podeis juzgar.

Y guiándoles ambos Azaras, subieron la ancha gradería de mármol de Calatorao y franqueando el pórtico penetraron en el interior.

Un precioso patio estucado adornándole los bustos de los reyes de Aragon, da paso á varias oficinas situadas en el piso bajo y de él arranca la magnífica escalera que al principal conduce, en el que se hallan las habitaciones del gobernador de la provincia y las oficinas del Gobierno.

El salon llamado de corte, es bastante notable, advirtiéndose en toda la obra buena direccion reuniendo todas las condiciones de desahogo y elegancia apetecibles.

Otras dos escaleras para el servicio particular ponen en comunicacion los dos pisos, siendo espaciosos y bien distribuidos los locales destinados á oficinas.

Los viajeros salieron del palacio de la Diputacion complacidos de las explicaciones de su amigo, diciendo á poco Pravia:

—¿Dónde vamos ahora?

—Donde la casualidad nos conduzca, — repuso Azara — nada mas pesado que dirigirse á un punto determinado, pues á veces para llegar á él atravesamos otros que mas tarde habríamos de visitar, resultando con esto que hacemos el camino dos veces.

—Tiene V. razon.—dijo D. Cleto.

—Por lo tanto propongo desde hoy una cosa.

—Dí cual.

—Que nos lancemos á la calle sin plan determinado, y aquellos edificios que á nuestro paso encontremos, visitémoslos.

—Por mi parte no hay inconveniente.

—Ni por la mia tampoco.

—Ni por la nuestra, — añadieron Sacanell y Castro.

—De esta manera á la par que podemos fijarnos en los edificios, verémos las calles, os podréis hacer cargo del estado en que se encuentra la policía en nuestra ciudad, del estado de su comercio, del movimiento y animacion de la poblacion.

—Muy bien pensado.

—Pues en marcha, señores.

Y tras estas palabras emprendieron resueltamente su camino haciéndose cargo al paso de las lujosas tiendas que en algunas calles que atravesaban se veian, y que en aquellos dias como de fiestas, pues ya sabemos que se celebraban las del Pilar, estaban mas surtidas y adornadas que de costumbre.

De igual manera podian apreciar el empedrado y limpieza de las calles y las obras llevadas á cabo para embellecer la poblacion.

XXIX.

Seminario conciliar de San Valero y San Braulio.—Antiguo palacio de la Diputacion del reino.

Largo rato anduvieron así, cuando de repente dijo Sacanell indicando un edificio que se halla cerca de donde estuvo la puerta del Ángel:

—¿Qué edificio es aquel?

—El seminario de San Valero y San Braulio—contestó Azara.

—Y por lo visto estamos cási en las afueras de la poblacion.

—Ya lo creo como que hay estaba una de las nueve puertas que tenia la ciudad. Esta era la del Ángel.

—¿Qué causa motivó su derribo?

—Despues de la revolucion de setiembre, el Municipio acordó que quedasen expeditas todas las vias que facilitaban el ingreso á la poblacion, y se derribaron la mayor parte de las puertas.

—¿Es decir que se han exceptuado algunas?

—Sí señores, tres; la llamada del Duque de la Victoria, la de Santa Engracia y la del Cármen.

—Y el Seminario conciliar ¿encierra algo de notable?—preguntó Castro.

—Nada como obra monumental,—repuso el jóven Azara,—yo le he visto varias veces y si quereis que le visitemos ningun trabajo nos costará el pedir permiso, pero vuelvo á repetir que no merece la pena de que en él nos detengamos. Es grande, espacioso, ventilado, con buenas condiciones higiénicas, cátedras, muchas habitaciones para los colegiales y muy escogida biblioteca, mas como obra de arte nada podréis admirar.

—Entonces dejémoslo, pues nos basta con tu ligera explicacion.

—¿No fue construido este edificio despues de la guerra de la Independencia?—preguntó D. Cleto.

—Sí señor,—repuso el padre de Azara,—hízose á expensas del ilustrísimo señor arzobispo de esta diócesis D. Bernardo Francés.

Azara tenia razon, el Seminario de san Valero, nada de notable encierra para el artista.

Mas si bajo el punto de vista de su destino actual aquel sitio ningun interés en-

cierra, despiértale muy grande el edificio que antes de los desdichados sitios que sufrió la heróica ciudad, se alzaba allí.

El antiguo palacio de la Diputacion del reino asentaba su robusta planta en aquella extensa área, siendo una de las grandes obras del siglo XV, habiendo existido en el mismo sitio antes de la construccion de aquel, otra casa no menos célebre llamada de la *Puente*.

Hé aquí en que términos se expresa respecto á estos dos monumentos de lejanos tiempos un historiador contemporáneo:

«Entre las grandes pérdidas que sufrió en sus dos asedios de la guerra de la Independencia, ocupa un lugar muy principal el edificio de que tratamos. Fue fundado por D. Alfonso V, en 1437. Concluyéndose la obra en 1450. Las bellezas de arquitectura y escultura que encerraba, eran dignas del aprecio de los inteligentes. Toda esta magnífica obra fue consumida por las llamas en el segundo sitio que sufrió la ciudad en la guerra de la Independencia, como tambien el famoso archivo del reino, cuya pérdida irreparable, fue de la mayor consideracion. . . . . .

. . . . . .

«Anterior al palacio de la Diputacion y en el mismo solar, existió la casa histórica de la Puente, á donde tomaban su acuerdo las autoridades y se congregaban los magnates y ciudadanos, enarbolando en dias de agitacion ú ocasiones de guerra, el pendon de la ciudad: entonces se tocaba una campana que habia fija y pendiente del rafe del tejado, la cual se conserva todavía en la torre de la iglesia del Pilar. Servia á este edificio de capilla, una iglesia titulada de San Juan del Puente.

«Finalmente en él se leian las inscripciones que siguen, compuestas por Jerónimo Blancas.

1.ª

«Alfonsus V. sapiens et magnanimus Ferdinandi I. E. Aragonum Rex XXIII. Neapolitanis omni laude cumulatissimus Princeps. Sic claruit virtute, et doctrina, ut cum in utraque longe præstaret, utra sibi ipse præstiterit incertuim sit Primumin hac Aula Joanne fratre illius vicem gerente, comitia celebravit: Nam et si diu Ytalicis rebus occupatus, ab Urbe ausens fuit, eam tandem ornandam curavit, et magnificentia harum Edium, et inmensa pontis lapidei ædificatione, et regiæ per hospitalis domus ad pauperum Christi curationem structura. Demque domi militiæ, terra, masique clarus annos natus LXV. legitima prole carens vitam deseruit A. D. IV. Kal, Jul. anno Dom. CCCCVIII. — Regnavit annos XXXXII Dies XXVI.

2.ª

«Ferdinandus II Catholicus Joannis II. Frater Aragonum Rex XXV. Isabellam Reginam Castellæ clarissimam Uxorem ducens, commune utriusque Imperium maximi, ac præstantisimis rebus illustravit. Sic autem de Aragonensi Repub. de optimatibus, de domesticis, de civibus, de cunctis denique benemeritus fuit, ut qui Illiberitanus, Africanus, Indicus, Neapolitanus, Cantabricus: idem ipse à nobis et possit, et debeat pater patriæ vigilantissimus, benignissimus, prudens, optimus, at que amantissimus appellari. Iam vero sine prole mascula, Carolo ex Joanua Filia Nepote instituto hæ-

rede mortus est, publico luctu, et diuturnis lachrimus honestatus. A.D.X. Kal. Feb., Ætatis suæ anno LXIIII Natalis Domini DXVI,

Regnavit annos XXXVII. dies IIII.

3.ª

«Carolus Austriacus Maximus, et Fortissimus Maximiliani Imperatoris ex Philippo filio Catolici autem Regis ex Joanua filia Nepos, Aragonum Rex XXVI. Romanorum Imperator V Augustus præstans, et invictus. Hispania obtenta posi repressum Turcam, Captivum Francum, Captum Saxonem, Domitos Italos, Devictos Afros, Convictos hæreses, Punitos Gandavos, Subactos Yndos: cumjam denum. Plus Ultra quam Hercules ille nominis sui gloriam dilatasset: hunc ipsum fugiens splendorem. Regna omnia dejiciens in Santi Justi Hieronimy num monasterium secessit at reliquam sibi religiosæ transigendam vitam, illamque pertriennium laudatissime actam; mors etiam gloriossæ quæ comdem ipsam vitam exornavit consecuta est. A. D. XL. Kal. Octobr. anno Domini DLVIII Vixit annos LVIII Menses VI. Dies XXIIX.»

D. Cleto explicó á sus amigos la historia del lugar en que hoy se alza el Seminario que contemplaban, agradeciéndole estos aquella nueva excursion al pasado que el buen anciano hacia, demostrándoles lo concienzuda y detenidamente que habia estudiado las poblaciones que visitara.

—Aquí tienen Vds. un sitio,—dijo el anciano — notable por mas de un concepto y que goza de una gran celebridad en los anales zaragozanos.

—Es verdad — repuso Azara—segun he tenido ocasion de oir algunas veces á varios antiguos amigos de mi padre, ha sido el foco de las asonadas y de los motines en pasados tiempos.

—Así es.

—¡Y delante de un templo tan venerado! — exclamó Pravia — aludiendo al de La Seo que está próximo.

—Como que aquí estaba la Diputacion y la histórica Casa del Puente de que les hablé, nada de particular tiene que se produjesen en este punto los tumultos que en mas de una ocasion ensangrentaron las calles de la ciudad.

—Tambien por estos lugares segun refiere la tradicion—dijo Azara — apareció un espectro gigantesco anunciando la muerte del último Justicia.

Efectivamente, cuéntase que un criado del conde de Belchite cruzando una noche la plaza de La Seo vió al aterrador fantasma que iba lanzando lastimeros ayes, gritando: «¡Ay de tí Zaragoza! ¡ay de tí! (1).»

Centro tambien, como habia dicho perfectamente D. Cleto, la plaza de La Seo de donde partian los desórdenes y las asonadas, tuvo una gran celebridad en los pasados tiempos.

El hallarse allí el palacio de la antigua Diputacion, y la histórica y tradicional casa del *Puente,* donde se reunian muchas veces las asambleas de las cofradías y no pocas los nobles rebeldes y los inquietos ciudadanos, contribuian poderosamente á darle aquella celebridad.

(1) Blasco Lanuza.

Hoy ocupa el área de estos edificios como hemos dicho, el moderno Seminario de san Valero y san Braulio.

En la antigua Diputacion llamaban la atencion los famosos salones, las extensas cámaras de dorados artesonados donde habian mas de una vez resonado las voces de aquellos terribles monarcas y de aquellos enérgicos é incorruptibles Jurados.

En la cámara de los Justicias hallábanse los retratos de estos, así como tambien los de los monarcas de Aragon (1).

Sobre el tejado de la casa del Puente hallábase una pequeña torre, en la cual estaba la famosa campana que hoy se conserva en una de las torres del Pilar y á cuya pavorosa vibracion mas de una vez extremeciéronse de espanto los vecinos de Zaragoza.

(1) Hé aquí por órden cronológico los reyes de Aragon con los cambios y vicisitudes por que pasó este reino hasta su incorporacion á Castilla:

Garcia Jimenez.
Íñigo Arista.
Garcia Iñiguez I.
Fortun Garcés I.
Sancho Garcés I.
Estos cinco lo fueron de Sobrarbe.
Íñigo Garcés.
Garcia Iñiguez II.
Fortun Garcés II.
Sancho Garcés II el *Valeroso*.
Garcia Sanchez I el *Pacífico*.
Sancho Abarca.
Garcia el *Tembloroso*.
Sancho el *Mayor*.
Ramiro I el *Belicoso*. — En él principió la independencia del reino aragonés.
Sancho Ramirez el del *Castellar*.
Pedro I el *Victorioso*.
Alfonso I el *Batallador*.
Ramiro II el *Monje*.
Petronila y
Ramon Berenguer. — Principia la dinastia catalana.
Alfonso II el *Casto*.
Pedro II el *Noble*.
Jaime I el *Conquistador*.
Pedro III el *Grande*.
Alfonso III el *Liberal*.
Jaime II el *Justo*.
Alfonso IV el *Benigno*.
Pedro IV el *Ceremonioso*.
Juan I el *Amador de la gentileza*.
Martin el *Bueno*.
Fernando I el de *Antequera*. — Principia la dinastia castellana.
Alfonso V el *Magnánimo*.
Juan II el *Audaz*.
Fernando II el *Católico*.
Isabel la *Católica*. — Union de las dos coronas.
Juana.
Felipe.
Cárlos I. — Principio de la dinastia austriaca.
Felipe II.
Felipe III.
Felipe IV.
Cárlos II.
Felipe V. — Principio de la Casa de Borbon.
Luis I.
Fernando VI.
Cárlos III.
Cárlos IV.
Fernando VII.
Isabel II.

Su sonido, era el precursor, bien de la guerra contra los enemigos, bien de tumultos y trastornos que por muchos dias sembraban el luto y la desolacion hasta en los mas apartados cuarteles de la ciudad.

Quien hoy la escuche sin conocer su historia, bien ajeno estará del importante papel que representaba en su época.

Entre la puerta del Ángel y el palacio de la Diputacion tambien se alzaba entonces otro edificio que en vano buscaríamos en el dia en aquel sitio tan completamente transformado.

Este era la iglesia de San Juan del Puente.

Constaba segun algunas descripciones que de ella hemos podido ver, de una sola pero extensa nave y en su recinto reposaban con el eterno sueño los restos de varias nobles familias.

Intimamente ligada con los edificios de que hemos hecho mérito, ha seguido la misma suerte que ellos alcanzaron.

En esta iglesia acostumbraban á oir misa los Justicias antes de ocuparse de los negocios, y en este acto fue preso el último, segun refiere en los siguientes términos un escritor moderno:

«Era la mañana del 19 de diciembre de 1591, un piquete de soldados castellanos se hallaba apostado frente al antiguo palacio de la Diputacion; su jefe, Juan de Velasco, se paseaba impaciente por delante de la fuerza armada, y las gentes que por allí cruzaban, se detenian sin comprender, ante aquel militar apresto. Por fin sonaron las ocho en el reloj de la catedral, el capitan se detuvo y fijó los ojos con viveza en la puerta de la Diputacion.

«En ella acababa de aparecer el jóven D. Juan de Lanuza, que seguido de sus lugartenientes, se dirigia á oir la misa del Espíritu Santo, en la vecina iglesia de San Juan del Puente, costumbre antigua que observaban los Justicias antes de entregarse al despacho diario de los asuntos del reino.

«Lanuza venia tranquilo conversando y sin reparar siquiera en los soldados. Velasco tuvo tiempo para cruzar la calle, y ponerse como al descuido, á examinar ciertas láminas de santos, que un mercader ambulante acababa de fijar, para su venta, en las mismas puertas del templo.

«Lanuza y los lugartenientes llegaron por fin á las gradas del pórtico; entonces el oficial castellano, aproximándose con mesura al ilustre magistrado y tocándole ligeramente en el hombro: —Señor— dijo— en el nombre del Rey, daos á prision.

«Atónito Lanuza y volviéndose á sus aterrados compañeros—¿Prenderme á mí?— exclamó. —¿Acaso se puede hacer de esta manera?—

«—Señor—contestó uno de los atribulados lugartenientes—para S. M. nada es imposible.—

«Entonces Lanuza con toda la entereza que da el valor, sacó su espada y entregándola á Velasco: —Estoy pronto aseguiros—exclamó sereno. El jefe hizo una seña á sus arcabuceros y el gran Justicia rodeado de soldados fué conducido por la ribera al

palacio de Aitona, en donde se hallaba alojado el generalísimo de las tropas castellanas D. Alfonso de Vargas, y de cuyo edificio salió al dia siguiente el infeliz Lanuza para el cadalso (1).»

XXX.

La Lonja.—Casas Consistoriales.

Lo avanzado de la hora impidió á nuestros viajeros visitar la Lonja y las Casas consistoriales, vecinas de los sitios que acababan de recorrer.

Pero tales elogios hicieron tanto D. Cleto como Azara del primero de aquellos edificios, que al dia siguiente su primera diligencia fue la de ocuparse de él.

Efectivamente la Casa Lonja es una de las joyas mas preciadas que Zaragoza posee.

El órden gótico campea en su fachada revelando desde luego que cuando tanta prolijidad en los adornos y tan majestuosa forma reviste en el exterior, mas suntuoso y mas rico ha de ser el interior.

Redonda puerta facilita el ingreso á este, abriéndose á entrambos lados de ella dos ventanas, revistiendo su misma forma y dimensiones.

Esto constituye el primer cuerpo del edificio, que si pobre aparece en adornos, rico es por su severidad y grandeza.

En el segundo, y sobre ancha y delicada faja entallada con cuadrados casetones, abren tres huecos otras tantas ventanas espaciosas tambien y á modo de galería bajo el rico y atrevido alero, vénse una porcion de ojivas subdivididas cada una.

Debajo de estas y extendiéndose por todo el segundo cuerpo, se ven pequeños medallones caprichosamente sembrados con caritas de relieve.

Cuatro torrecillas airosas de estrechas saeteras destácanse en los cuatro ángulos del edificio contribuyendo de una manera notable á la belleza del conjunto.

Pero donde verdaderamente se admira la riqueza de detalles y el caprichoso genio del artista, es en el vasto y cuadrado salon interior, que mide 192 palmos de longitud por 120 de latitud y 160 de altura.

Veinte y cuatro columnas dóricas dividenle en tres naves á lo largo y cinco por lo ancho.

De ellas, diez y seis están adheridas á los muros y las restantes en el hueco del salon.

Rico anillo ó brazalete de primorosos follajes ciñe las columnas á un tercio próximamente de su altura, siendo digno adorno de tan gentiles piezas.

Diez y seis arcos parten de los jónicos capiteles adornados con atrevidas volutas, los cuales desplegándose en opuestas direcciones se entrelazan graciosamente quedando prendidos á la rica bóveda por medio de rosetones dorados.

Todo en este salon es admirable y grandioso.

Desde la esbelta columna hasta el laberíntico enlace de su graciosa arquería, está

(1) Tomeo y Benedicto, *Las calles de Zaragoza.*

revelando tanto el buen gusto y delicadeza de la ejecucion, como la grandeza en la concepcion.

Sirven de diadema á los capiteles y de adorno al arranque de los arcos, blasonados escudos con el leon rampante de Zaragoza y gallardas esculturas de ángeles y de grifos se interpolan entre ellos, ora sosteniéndoles, ora ofreciendo nuevo adorno á tan preciado conjunto.



Patio de la Lonja.

Sobre la puerta principal y en lo mas elevado del muro, las armas de España de grandioso y dorado relieve, sostenidas por dos leones, llaman poderosamente la atencion.

Diez y seis plateresca ventanas abrianse en los muros en el centro de cada uno de los arcos; hoy, despiadada mano tapió seis y solo restan diez, por las cuales puede juzgar el curioso viajero de las restantes.

Por bajo de ellas ó sea á la altura de los capiteles de las columnas, extiéndese una ancha greca á manera de friso, con la siguiente inscripcion en gruesos caractéres góticos.

«Se acabó esta lonja (la qual y ciudad tenga Dios de su mano para que siempre se emplehen en justicia paz y buen gobierno de ella) anyo del nacimiento de nuestro senyor Jesucristo de 1551, conregnantes donya Juana y don Carlos su hijo reyes y emperador nuestros senyores, y iurado Don Felipe hijo del dicho emperador por rey de este nuestro reyno y reynos de España, siendo iurados de esta ciudat Carlos Torrellas, Yeronimo Çapata, Juan Bucie Metelin, Juan Campi y Juan de Robres.»

Tal es, aun cuando pálidamente descrito, el magnífico edificio que los jóvenes estuvieron un buen espácio contemplando, diciendo por fin Sacanell:

—Aquí seria indudablemente el gran centro de contratacion que habia en el antiguo reino.

—Sí señor, estuvo en este edificio establecido un Banco que mantenia relaciones importantes no sólamente con las poblaciones de la antigua corona de Aragon, sí que tambien con las principales de España y del extranjero. En la terrible epidemia que tantos estragos cáusó en 1652, este Banco prestó grandes servicios á los Jurados que encontraron en él un gran socorro para atender á tan cruel calamidad.

—¿Y posteriormente?—preguntó Castro.

—Posteriormente ha servido de teatro mientras se edificaba el nuevo despues del incendio del antiguo, de salon de baile, de local para cívicos banquetes, para celebracion de los sorteos de quintas, etc., etc.

El silencio con que nuestros amigos acogieron las últimas frases del anciano, fue mas elocuente que cuanto hubieran podido decir, referente al destino que en nuestra época se ha dado á tan preciada joya artística.

Las Casas consistoriales se hallan al lado de este edificio con el cual se comunican y que forman pobre contraste con él.

En el área que ocupa, estuvo el antiguo consistorio de los Jurados, que eran veinte y dos nombrados por las distintas parroquias de la ciudad, hasta que quedaron reducidos á cinco.

Derruido este edificio en los famosos sitios que Zaragoza sufrió durante la guerra de la Independencia, reedificóse despues, sin que exterior ni interiormente encierre nada de notable.

Llena el objeto para que está destinado, mas ni se le puede dar ni tiene valor artístico alguno.

En el patio interior que es bastante espacioso donde se encuentran las escaleras que facilitan el acceso á los pisos superiores, se hallan dos antiquísimos relieves con las armas de Sobrarbe trasladados á este sitio del extinguido convento de Santo Domingo.

—Ya que aquí nos encontramos,—dijo Azara—completemos nuestra visita á estos lugares con la del palacio Arzobispal.

—Es verdad—repuso D. Cleto—otro gran edificio que deben Vds. ver y que les ha de agradar.

—Pues vamos allá,—si nos permiten verlo—añadió Pravia.

—En ello confio, pues aparte de algunas relaciones que tengo en él, vuestra calidad de forasteros basta para que su ilustre propietario os dé permiso.

XXXI.

Palacio Arzobispal.

Momentos despues nuestros jóvenes penetraban en el suntuoso palacio episcopal.

Unido al magnífico templo de La Seo por una galería que constituye el arco que da paso á la plaza en que aquel se alza, hállase el suntuoso palacio que nos ocupa, «mansion de infantes y hospedería de reyes» como le llama un elegante escritor contemporáneo.

Dos cuerpos le componen y dos puertas se abren en su fachada, cada una de las cuales está constituida por dos columnas dóricas y en los testeros las armas arzobispales.

Diez y seis ventanas hay en cada cuerpo de edificio dando al conjunto un aspecto sencillo á la par que nuevo y elegante.

En el interior encuéntranse dos grandes patios, en los cuales se abren dos escaleras que conducen al piso superior.

Extensas cámaras hay en él, de techos primorosamente trabajados, y vastos salones entre los cuales se destaca en primer término, el que actualmente sirve para la celebracion de órdenes y donde en pasados tiempos recibian los monarcas que se hospedaban en él.

Tanto en este como en alguna otra estancia, hállase conservado en retratos todo el riquísimo episcopologio de aquella antiquísima diócesis (1).

(1) Hé aquí la ilustre série de estos prelados:

Santiago el Mayor, primer obispo de Zaragoza por el año 37 de Jesucristo.

San Atanasio, año 59.—San Teodoro, año 71.—San Epitecto ó Epictáfio año 103, no pudiendo fijarse ya los que les sucedieron hasta:

Delex: De este hace mencion san Cipriano, si bien le niegan algunos la dignidad episcopal.

San Valero I gobernó su iglesia de 280 á 307, y murió desterrado en Enet, pueblo cercano á Barbastro.

San Valero II. La mencion hecha en antiguos breviarios de Toledo, Sevilla, Borgoña y otros, de un obispo mártir de este nombre que desterrado á Viena de Francia fue allí crucificado en 311, suceso no aplicable al santo Confesor, induce á algunos á admitir dos Valeros que consecutivamente se sucedieron en la misma dignidad.

Clemente ó Clemencio. Se halla su firma en el concilio de Arles, de 314, aunque hay quien no le atribuyó mas dignidad que la de presbítero.

Casto. Concurrió al concilio de Sardes en 347.

Valero III ó II segun otros. En 380 celebró el primer concilio de Zaragoza, en que doce obispos, entre ellos dos de Aquitania, condenaron los errores de Prisciliano difundidos por España.

Valeriano á quien dedica Prudencio unos versos. Algunos fundados en la semejanza del nombre le creen uno mismo con Valero.

Vicente I. Asistió en 516 al concilio de Tarragona.

Juan I. Suscribió al concilio de Barcelona en 540, y al de Lérida en 546.

Vicente II. San Isidoro refiere la apostasía de este obispo que se adhirió al arrianismo, reinando Leovigildo.

Simplicio. Tuvo en 592 el segundo concilio de Zaragoza, al cual asistieron once obispos y dos diáconos, mandando consagrar de nuevo las iglesias de los arrianos y reconocer las reliquias que veneraban.

Ciriaco, únicamente mencionado en la *Canónica de san Pedro de Taberna*.

Máximo, autor de varias obras en prosa y verso; gobernó de 599 á 619.

Juan II, prelado de singular erudicion y virtud; vivió hasta el año 631.

San Braulio, hermano del anterior, honor de la Sede cesaraugustana que ocupó veinte años.

Tajon, celebrado por sus escritos y por el famoso hallazgo de los *Morales* del papa san Gregorio, cuyo paradero le fue revelado en Roma antes de ser obispo.

Valderedo. En su tiempo se convocó en 691 el tercer concilio de Zaragoza, formado por trece obispos, cuyo cá-

Las vistas de que disfruta el palacio, su grandeza, su ventilacion, sus extensas dependencias, le prestan gran importancia y le hacen uno de los edificios mas notables de la ciudad.

En tiempo del Ilmo. prelado D. Agustin de Lazo y Palomeque y bajo la entendida direccion del célebre aragonés D. Ramon de Pignateli de quien tendrémos ocasion de hablar con mas detencion, reedificóse gran parte del palacio en el que se hallan comprendidas las habitaciones particulares del prelado y de sus familiares, y otras varias dependencias.

—Verdaderamente que es una mansion régia, — decia Pravia al par que recorria con sus compañeros el soberbio edificio.

—Generalmente—repuso Azara—siempre que los reyes han visitado nuestra ciudad, ha sido este el que han ocupado.

—¿Y tiene comunicacion con el templo de La Seo?

—Sí, el arco que da ingreso á la plaza es la comunicacion, el cual fue mandado construir por los Reyes Católicos.

—Vamos, no creí yo que en Zaragoza hubiese tanto que admirar.

—Pues todavía nos queda mucho—repuso Azara con visible satisfaccion, — cuando yo os decia que Zaragoza era una gran cosa...

—Cuando entremos en Cataluña veréis—dijo Sacanell, — sobre todo Barcelona.

—Vaya, pues nada hay mas pintoresco que Galicia, y en monumentos no le va en zaga á ninguna provincia.

—Eso es, y no os acordais de Andalucía para nada, — añadió Castro á su vez — y debeis tener en cuenta que Andalucía reune lo mejor de todas partes; sierras empinadas y agrestes, floridos *cármenes,* cielo despejado y alegre, obras de arte inapreciables y en resúmen, todo lo mejor.

non mas notable es el que mandaba encerrar las reinas viudas en un monasterio para atender á su seguridad y decoro.

Beucio. La *Canónica de san Pedro de la Taberna,* única que hace mencion en este obispo, supone que á la primera noticia de la invasion sarracena, huyó con las mas preciosas reliquias á los montes de Ribagorza.

Anabando, echado en una hoguera por órden del moro Menuza ó Ayinon, segun el cronicon de *Isidoro Pacense.*

A continuacion y con objeto de dejar completo el episcopologio de esta diócesis, damos á continuacion el catálogo de los prelados de Zaragoza desde la reconquista.

Obispos, Pedro Librana, 1118. — Estéban, 1128.— Garcia, 1130.— Guillermo, 1136.—Bernardo, 1138. — Pedro Tarroja, 1153.—Ramon de Castellezuelo, 1183.—Rodrigo de Rocaberti, 1200. — Ramon de Castrocol, 1201.—Sancho de Alcones, 1216.—Bernardo de Monteagudo, 1236.—Vicente, 1240. — Rodrigo de Alcones, 1244.—Arnaldo de Peralta, 1248.—Sancho de Peralta, 1271. — Pedro Garcés de Jaunas, 1272. — Hugo de Mataplana, 1289. — Jimeno de Luna, 1297.—Pedro de Luna, 1314.

Arzobispos. El mismo Pedro de Luna, 1318. — Pedro de Júdice, 1345.—Guillermo Agrifolio (tal vez Campfullos), 1347. — D. Lope de Luna, 1352. — D. Garcia Fernandez de Heredia, 1386. — D. Francisco Clemente, 1415. — D. Alonso de Arguello, 1420.—D. Dalmao de Mur, 1429.—D. Juan de Aragon, 1458.—D. Alonso de Aragon, 1478. — D. Juan de Aragon, 1520.—D. Fadrique de Portugal, 1532.—D. Fernando de Aragon, 1539.—D. Fr. Bernardo Alborado, 1577.—D. Andrés Santos, 1578.—D. Andrés de Cabrera, 1587.— D. Alonso Gregorio, 1593.—D. Tomás de Borja, 1603. — D. Fr. Pedro Manrique, 1611. — D. Fr. Pedro Gonzalez, 1616. — D. Fr. Juan Martinez, 1624. — D. Martin Ferrer, 1630.—D. Fr. Juan Guzman, 1633. — D. Pedro Apaolaza, 1635. — D. Fr. Juan Cebrian, 1644. —D. Fr. Francisco Gamboce, 1663.—D. Diego de Castrillo, 1677.—D. Antonio Ibañez, 1687. — D Manuel Perez de Aracil, 1714. — D. Tomás de Aguero, 1727. — D. Francisco Ansa, 1744. — D. Luis Mañero, 1765. — D. Juan Saez de Burnaga, 1768. — D. Bernardo Velarde, 1779. — D. Agustin de Lazo y Palomeque, 1784. — D. Joaquin Company, 1798. — D. Ramon José Arce, 1801. — D. Manuel Vicente Martinez y Jimenez, 1816.— D. Bernardo Francés Caballeros, 1824.

—Y tambien encontrarémos la indolencia y el abandono de sus hijos y su exageracion extraordinaria ¿no es verdad?—dijo Azara sonriéndose.

—Así nos juzgan, los que nos desconocen.

—Vamos señores, un poco menos de amor propio cada uno respecto á su país, y algo mas de justicia para el de los demás,—repuso D. Cleto.—En todas partes hay algo bueno y en todas algo malo. Juzguen Vds. mismos por lo que llevamos recorrido nada mas. Hemos estado en sitios donde Vds. no esperaban encontrar lo que han hallado, y si antes de visitarlos les hubiesen preguntado por aquellas localidades, de fijo que las consideraran bien insignificantes. Hoy todavía no pueden Vds. hablar; cuando termine su viaje, con verdadero conocimiento de causa podrán emitir su opinion, por lo tanto admiremos lo que vamos encontrando y no hagamos comparaciones.

—Tiene V. razon, tiene V. razon.

Y terminado este incidente continuaron su visita, saliendo poco despues del palacio arzobispal satisfechos con el empleo que dieran á la mañana.

XXXII.

El Coso.—Cruz del Coso.

—Esta tarde voy á llevarles al casino — dijo el anciano Azara á sus huéspedes tan luego concluyeron de comer.

—Sentimos que esté V. molestándose por nosotros. Hemos venido á hacerle alterar sus costumbres tal vez, y á proporcionarle molestias, que puede V. estar seguro que nos disgustan.

—¿Quiere V. callar Sr. Pravia? Si no lo hiciera con gusto, esté seguro que no lo haria, porque aquí en Aragon no sabemos decir una cosa y hacer otra. Por lo tanto no se hable mas del asunto, y vamos á la calle.

—¿Dónde está situado el casino?—preguntó Castro así que abandonaron la casa en que se hospedaban.

—En el *Coso*, en el antiguo edificio de los condes de Sástago.

—Sitio de grandes recuerdos—añadió D. Cleto.

—Lo cual quiere decir que nos proporcionará el paseo, el placer de escuchar sus animadas y eruditas explicaciones.

—Algo conozco de su historia.

—Diga V. que conoce la historia no solamente del *Coso* sino de toda la ciudad.

—Y de muchas, ó cási todas las de España—añadió Pravia.

—¡Caramba! D. Cleto—dijo el anciano Azara—como le envidio esa memoria que tiene.

—Nada porque envidiarme tiene, puesto que la memoria se la enseña, se la forma uno mismo, cuando tiene afan y fuerza de voluntad para hacerlo. Despues, yo que siempre he vivido solo, que no he tenido esposa á quien cuidar y atender, ni hijos que me distraigan, he concentrado todas mis atenciones en el estudio, y en fuerza de leer y de

ver, no una, sino repetidas veces, sitios que me eran simpáticos, he conseguido formar en mi mente una especie de archivo, en el cual se encuentran bastante bien clasificados, todos los recuerdos de aquellos lugares que he visitado y que despertaron mi interés.

Conforme iban hablando llegaron á la hermosa calle que lleva aquella denominacion.

—¡Hermosa calle!—dijo Pravia.

—Es la principal de Zaragoza—repuso Azara.

—¿Y qué etimología tiene su nombre?—preguntó Castro.

—Algunos han querido suponer que se derivaba de la palabra foso, aludiendo al que debia ceñir las antiguas murallas de la ciudad romana, mas yo tengo por seguro que proviene esta denominacion del espacio que los romanos dedicaban á sus juegos y diversiones, donde tenian lugar las carreras de caballos y carros.

—Así debe ser,—repuso el jóven Azara.

—Segun las noticias que yo tengo, en la época romana las murallas flanqueadas por robustos torreones, corrian desde la puerta de Toledo por el Mercado, calle de Cerdan etc., hasta la puerta Cineja y desde este punto formando una línea cási recta llegaban hasta los Graneros públicos, desde donde describiendo un ángulo iban á unirse al arco de Valencia. Entre esta muralla y otra mas baja que constituia la primera línea de defensa de la ciudad, extendíase el *Coso* que segun recuerdo haber visto en algunos autores, era tan ancho y despejado, que habia sitios en que llegaba á medir mil pasos.

—Si que seria magnífico.

—Refieren antiguos cronistas, que cuando Childeberto rey de Francia tenia sitiada la ciudad, la aterrada poblacion temerosa de las crueldades que podrian cometer los francos, salió en devota procesion, cubiertas las cabezas, de ceniza, llevando el obispo Vicente la túnica de san Vicente mártir, y recorriendo el espacio que mediaba entre ambos muros ó sea este mismo *Coso*, impresionó de tal modo al sitiador, que alzó el cerco y dejó libre la ciudad.

—Pues señor, escuchándole á V. amigo mio, comprendo que se pase el tiempo sin sentir,—exclamó el anciano Azara.

—Ya ven Vds.—prosiguió D. Cleto—si es antiguo el *Coso* y si conserva algun recuerdo de aquellas lejanas épocas.

—Tambien de ese tiempo, ó mejor dicho, conmemorando un recuerdo de entonces, se ha conservado durante largos años un monumento del que V. debe acordarse.

—Ya sé á lo que se refiere V. Sr. de Azara—repuso D. Cleto—al famoso humilladero conocido vulgarmente bajo el nombre de *Cruz del Coso*.

—Justamente.

—¿Dónde está ese monumento?—preguntó Sacanell.

—Desapareció por completo durante la guerra civil, despues de haber pasado por varias vicisitudes.

—¿Y el sitio en que se alzaba está completamente desembarazado hoy?

—No señor, vea V. lo que le ha sustituido; esa fuente de Neptuno que se encuentra cási frente á la calle de Cinegio, que es aquella.

Efectivamente en el mismo sitio donde se alzaba el conmemorativo monumento alzado por la piedad cristiana vése en el dia la fuente de Neptuno, nada recomendable como obra de arte.

D. Cleto púsose á detallar á sus compañeros aquel antiguo humilladero que en distintas épocas habia sido restaurado.

En estos términos le describe una moderna publicacion á la cual recurrimos para orientarnos acerca de los monumentos que no hemos alcanzado á conocer:

«En el llamado Coso, donde en la Edad media se celebraban grandes carreras de caballos, en medio de la calle de este nombre, se elevó en el siglo XV un suntoso humilladero ó templete de dos cuerpos, todo de piedra en forma redonda, con sus columnas muy bien labradas puestas en el contorno de trecho en trecho, y en su centro una gran cruz de piedra dorada: el objeto propuesto por los autores de este monumento, fue eternizar la memoria de muchos de los innumerables mártires de esta ciudad que en aquel lugar fueron pasados á cuchillo y quemados durante la persecucion de Daciano, cuyas cenizas fueron trasladadas despues á la iglesia de las Santas Masas; por cuyo motivo una de las puertas mas antiguas de la ciudad, que se hallaba allí delante, se denominaba la Puerta Cineja, tomando sin duda este nombre de dichas cenizas, y así parecia indicarlo una inscripcion en caractéres góticos que habia en el arco que se renovó en 1492, para solemnizar el recibimiento y fiesta de los Reyes Católicos, cuando vinieron despues de la conquista de Granada; se conserva aun una calle que dirige desde dicha puerta, con el nombre de Arco de Cineja, hasta la misma casa donde habitó y tuvo su tribunal el cruel Daciano, demarcada con el número 42 frente á la puerta excusada de la iglesia parroquial de San Gil Abad, perteneciente hoy al señor marqués de la Vilueña. Este monumento magnífico fue ampliado en 1592 por la Diputacion del reino de Aragon, y la reedificó la misma en el año 1682. D. Fernando VI rey de España reparó su cúpula en el año 1749, y el rey D. Cárlos III le aumentó esplendor y hermosura en el año 1767. Dicha Diputacion celebraba todos los años una fiesta á este divino simulacro en el dia 3 de noviembre, hasta que D. Felipe V abolió las leyes de Aragon y estableció las de Castilla, con cuya novedad se suspendió esta, así como tambien la de Nuestra Señora de la Natividad en la iglesia del Portillo y la de santa Isabel, reina de Portugal é infanta de Aragon, en la iglesia de San Cayetano, á cuyas festividades asistia el virey de este reino con su antigua Audiencia. Noticioso de esto el Sr. D. Felipe V, y no queriendo privar á los zaragozanos de tan piadosas memorias, por real órden de 13 de febrero de 1712, comunicada por su ministro el obispo de Gironda, mandó se continuasen las mismas fiestas pagándolas de su real erario, y que todas las noches se encendiera el farol de la Cruz del Coso, comunicando al propio tiempo las órdenes convenientes á la Intendencia y Contaduría del reino, para que satisfacieran á la Audiencia del mismo, la suma que graduasen necesaria para ocurrir á los gastos de estas fiestas sin declinacion de la decencia, como tambien el importe de las ejecutadas hasta aquel dia. Posteriormente y hasta el año de 1808, en que pereció este

célebre monumento en los sitios de esta ciudad fueron satisfechos á la expresada Audiencia por la Tesorería de ejército 2,183 rs. 18 ms. vn. anuales para dicha fiesta. Restituido el Gobierno legítimo, se creó una junta encargada de su reedificacion, y aprobados los planos, se dió principio á la obra sin mas fondos que las limosnas de los fieles, con los cuales se construyó un zócalo y escalinata con una cruz sencilla, todo de piedra sillería y circundado de unas primorosas verjas de hierro traidas de Vizcaya, en cuya puerta se hallaba el escudo de armas de la ciudad, ó sea un leon rampante todo dorado. En este monumento se celebró una misa todos los años el referido dia 3 de noviembre, por disposicion del Ayuntamiento, hasta que durante la última guerra civil se consideró conveniente su derribo, habiéndose destinado el valor de sus fragmentos para la compra de los útiles y herramientas de la compañía de bomberos de la milicia nacional (1).»

—Hé ahí otro recuerdo del pasado que ya ha desaparecido — dijo Castro apenas D. Cleto terminó su relacion.

—Muchos de esa clase hemos encontrado y encontrarémos en nuestro viaje, amigos mios,—repuso el inteligente *Cicerone*.

—Aquí tienen Vds. la famosa casa de las *Monas*—dijo el anciano Azara señalando uno de los edificios del Coso, á sus amigos.

—¡Extraña denominacion!—exclamaron los jóvenes.

—¿Se sabe de qué proviene?—preguntó Pravia.

—Algo les oí referir á mis padres de duendes y brujas que la habitaban y...

—Dispense V. amigo Azara, pero yo tengo por mas probable que esa calificacion provenga segun pude entender durante mi estancia aquí, de una compañía de saltimbanquis que la habitó en el siglo pasado y la cual exhibia varias monas perfectamente adiestradas.

—Bien puede ser.

—Además, esta casa tiene tambien otro recuerdo, si no me engaño.

—¿Cuál?—preguntaron afanosos los viajeros.

—Durante los sitios de Zaragoza, mientras los franceses combatian tan encarnizadamente la heróica ciudad, celebrábase en uno de esos balcones el santo sacrificio de la misa que los valientes zaragozanos oian apiñándose en la calle, fortaleciéndose de este modo para salir inmediatamente á batirse con el enemigo.

—Tiene V. razon —repuso Azara—se lo oí contar á mi padre varias veces.

—Tambien en este mismo lado habia otro edificio del cual sin duda sabrá V. algo D. Cleto, — dijo el jóven Azara.

—¿Cuál, era?

—El de los Condes de Fuentes, que posteriormente ocupó la Capitanía general y la Administracion de correos, y que hoy está convertido en una casa moderna.

—Es verdad, sí recuerdo que por el siglo XVI se llamaba á este edificio casas del conservador Gonzalez. Tambien, si la memoria no me es infiel, en los mismos balcones

(1) Madoz, *Diccionario geográfico estadístico de España*. Desde la época en que esto se escribió hasta el dia han sufrido varias transformaciones los lugares á que se refiere el párrafo que transcribimos.

de esas casas, Felipe II cuando solamente era príncipe, presenciaba grave y sombrío á pesar de su juventud, las fiestas de sortijas, cabalgatas y danzas con que le obsequiaban los zaragozanos cuando vino á visitarlos.

—Buen pago nos dió despues el tal Rey — murmuró el padre de Azara — porqu creo que ese fue quien nos arrebató los fueros que nos quedaban.

—Sí señor, cuando ocupó el trono y á consecuencia de hechos de que nos ocuparémos al hablar de la historia de esta ciudad.

—Aquí tienen Vds. establecido el *Casino Mercantil*, — dijo el anciano aragonés señalando á los jóvenes un antiguo edificio ocupado por la indicada sociedad.

—¿Y aquel magnífico que se ve enfrente?—preguntó Castro.

—Esa es la Audiencia en la cual necesitamos detenernos un poco—repuso D. Cleto.

—Si á Vds. les parece lo que debemos hacer es ir á tomar café al Casino, y al salir podemos detenernos cuanto quieran en la Audiencia.

—Aprobado.

—Pues vamos allá.

Y se dirigieron resueltamente hácia la antigua casa de los Condes de Sástago, donde se halla establecido el Casino de Zaragoza.

Nuestros viajeros no pudieron menos de elogiar la elegancia y el buen servicio que reinan en él.

Centro escogido de la sociedad zaragozana, reune cuanto puede apetecerse en esta clase de reuniones.

Salones lujosamente amueblados, salas de juego, de café, gabinetes de lectura, todo demuestra el esmero y atencion con que la Junta directiva desempeña su cometido.

Este palacio sirvió de alojamiento en 1599 á los reyes D. Felipe III y su esposa D.ª Margarita Austria, cuando vinieron á Zaragoza á jurar los fueros.

Despues de haber recorrido todas las dependencias del Casino, y de haber tomado café, los viajeros acompañados del bueno de Azara salieron al Coso, dirigiéndose hácia el edificio donde se encuentra establecido el Tribunal de justicia.

XXXIII.

Palacio de la Audiencia.—Casa Solariega de la ilustre familia de Luna.—Teatro principal.

Casa solariega de la ilustre familia de los Lunas, fue en lo antiguo, el edificio que nuestros viajeros admiraban.

En él se albergó el famoso papa Benedicto XIII miembro de aquella poderosa familia, viéndose en el bajo relieve que hay en el arco de la puerta, un recuerdo de la triunfal entrada que hizo en la ciudad.

Esta portada que llama extraordinariamente la atencion en cuyos dos lados se ven dos gigantes que parecen defenderla, fue construida por los Lunas en honor de su pariente y para perpetuar su visita.

Posteriormente pasó á poder del conde de Peralada este soberbio edificio, quien lo cedió en el año de 1500 para residencia de los vireyes y presidentes del Acuerdo.

—¿Y hace muchos años que se halla establecida la Audiencia en este local?—preguntó Pravia.

—Desde el de 1808—contestó D. Cleto.

—Entonces estaba aquí la capitanía general—repuso Azara—y de esta misma casa sacó el pueblo amotinado al general Guillelmi, á quien suponian afrancesado, llevándole preso al castillo de la Aljafería.

—¿Y á la capitanía general, desde entonces sustituyó el Tribunal de justicia?

—Así fue. Ahora antes de que penetremos en el interior vean Vds. el resto de la fachada.

—Sencillos son esos dos torreones que se alzan en los dos extremos de ella.

—Sí tal, como obra de arte carecen de importancia, lo único que tienen es que se armonizan bien con el conjunto.

—Parece que debe haberse restaurado no hace mucho tiempo.

—Tiene V. razon Sr. Pravia,—repuso el anciano Azara—pocos años há, que todo el ladrillo de que está compuesta, se picó habiendo sufrido una buena restauracion.

Diciendo esto, nuestros amigos penetraban en el antiguo edificio.

Un magnífico patio ocupa el centro de la planta baja, del cual parten anchas y extensas escaleras que facilitan el acceso á los pisos superiores.

Al reconocer aquellos vastos salones y aquella multitud de estancias donde tan cómodamente se encuentran establecidas todas las dependencias del Tribunal de justicia, se comprende perfectamente el inmenso poderío de aquella familia que tal palacio habitó.

Preciosos artesonados consérvanse todavía en la llamada sala de conferencias, y por doquiera se encuentran restos del esplendor y riqueza de los primitivos poseedores.

En la sala de que hemos hecho mencion, vénse en un cuadro los nombres de todos los magistrados dando principio en la *Corte del señor Justicia de Aragon* en **1424**, hasta la época presente.

En este mismo edificio y en la planta baja hállase establecido el *Principal* de la plaza, teniendo por lo tanto la guardia correspondiente.

Cuando los viajeros salieron de nuevo á la calle,—preguntó Castro:

—¿Por dónde vamos, señores?

—Por el Coso,—repuso D. Cleto—creo que no hemos terminado todavía la revista de esta histórica calle.

—Y eso que en el dia—dijo el anciano Azara—han desaparecido ya muchos edificios de los que verdaderamente la daban carácter.

—Sin embargo, yo recuerdo todavía algunos.

—¡Calla!—exclamó de pronto Castro deteniéndose por lo visto, estamos delante del Teatro.

—Sí señor—repuso Azara.

—¿Y qué tal es?

—Esta noche podréis juzgar. Vendrémos y de esta manera quedará satisfecha vuestra curiosidad.

—Me parece la fachada bien raquítica, y si por ella hemos de juzgar...

—¿Conoceis el refran de que bajo una mala capa suele ocultarse un buen bebedor? pues una aplicacion muy exacta podemos hacer aquí. A pobre fachada, interior muy regular y sobre todo rico en decoraciones, pues las hay de Aranda y de Pescador.

—Hombre no te alteres por eso; yo al ver el exterior no pude menos...

— Esta noche te convencerás.

— Aquí enfrente,—dijo D. Cleto entrando en la conversacion se hallaba el antiguo coliseo destruido por un incendio, creo que en noviembre de 1778 (1).

(1) De una obra escrita en nuestros dias por D. Joaquin Tomeo y Benedicto, sacamos la siguiente curiosa lista de los muertos y heridos en la noche del dia 12 de noviembre de 1778, con motivo del fuego ocurrido en el coliseo.

CUARTEL DEL PILAR.

Muertos.

1. D.ª Joaquina de Garcia, soltera.
2. D.ª Joaquina Ateza, soltera.
3. Maria Asensio, criada.
4. D. Francisco Olleta, oficial de la Contaduría de Ejército.
5. D.ª Micaela Berzaval, mujer de D. Cristóbal Villareal.
6. D.ª Joaquina Caro.
7. D.ª Maria Martinez.
8. D.ª Genara Florcusa, mujer del Gobernador de Monzon.
9. D.ª Paula Landin.
10. Teresa Narichi, mujer de un bailarin.
11. Gaspar Francisconi, operista.
12. D. Vicente Garcés, legista de Teruel.
13. D. Andrés Franco, caballero de la órden de san Juan.
14. Juana Villanueva.
15. D. Pedro Boira, beneficiado de Santa Cruz.
16. Orencia Lanuza.
17. Teresa de Gracia.
18. D.ª Joaquina Asin, mujer de D. Eustaquio Vidal.
19. D.ª Felipa Vidal, su hija.
20. Joaquina Servisel, criada del marqués de Ayerbe.
21. Josefa Royo, su compañera.
22. D.ª Fermina Manso.
23. Rosalia N., criada de Goicoechea.
24. D.ª Manuela Cenarbe, hija del Alcalde de las Cárceles.
25. Isabel Rios. .
26. Isabel Medel. . De una casa.
27. Felipa Moliner.
28. D.ª Rosa Dolines.
29. D.ª Manuela Estéban.
30. Federico Marana, hijo del primer bailarin.

Heridos.

1. El excelentísimo señor Capitan general, falleció el dia 15.
2. El teniente coronel de Calatrava, falleció el dia 15.
3. D. Rafael Aguilar, alferez de carabineros reales.
4. D.ª Antonia Loasso.
5. D.ª Francisca Loasso.
6. D. Clemente Aragues, beneficiado de San Gil.
7. D. Francisco de Gracia.
8. D.ª Maria Florensa.
9. D.ª Joaquina Martin y Perez.
10. D. Ángelo Elizondo, menor.
11. D.ª Joaquina Aldereta.

— Algo de eso he oido—repuso el anciano Azara.

— ¿Y hubo desgracias?

—Muchísimas.

— Segun eso seria tal vez durante alguna representacion.

—Sí señores, poníase en escena por una compañia italiana el drama de gran aparato « Artagerges ». Al final del segundo acto hay un cambio de decoracion de jardin, en el cual hay un baile de estatuas, y una fuente que habia en el centro, comenzó á arder. En los primeros momentos creyó el público que aquello seria un efecto de la misma obra, pero bien pronto las voces de los actores y el aturdimiento que en ellos vieron, demostráronles la realidad del siniestro y dió comienzo una de esas espantosas escenas hijas del pánico consiguiente á tales casos.

—¡Caramba! ¡si que seria horrible!

—Todo el mundo se aglomeró á las puertas; los que caian eran aplastados por la multitud que solo procuraba salir, y hubo muchísimos que se arrojaron á la calle desde los balcones y ventanas.

12. D.ª Tomasa Urbieta.
13. Un hermano de la misma, murió el dia 18.
14. D. Pedro Cornel, tesorero de Cruzada.
15. D. Tomás Sobastian.
16. D. Pedro Barrenechea, capitan de Zamora.
17. D. Matias Castillo.
18. D. Miguel Jorge Galvan, gobernador de Benasque.
19. D.ª Rosa N.

CUARTEL DE LA SEO.

Muertos.

1. D.ª Micaela Villanueva, mujer de D. José Lasala.
2. D. Miguel Lasala, su hijo.
3. D. Miguel Mur; teólogo, natural de Caspe.
4. D.ª Mariana Ateza, mujer de D. Nicolás Portet.
5. D.ª Javiera Castillo Loroy, mujer de D. Bartolomé Iturralde.
6. D.ª Francisca Zamora, hija del baron de Purroy.
7. Maria Almins, criada de D. Tomás Saun.
8. José Gualva, maestro bordador.
9. D. Francisco Los Ancos, comendador de San Juan.
10. D. Mariano Asins, secretario de la ciudad.
11. D.ª Maria Teresa Roura, mujer de D. Juan Larriba.
12. D.ª Josefa Lobarta, viuda de D. Ramon Abadia.
13. D. Pascual Saun, beneficiado de San Pablo.
14. D. Juan Sorribas, regidor de esta ciudad.
15. D.ª Librada Sorribas, su hija, mujer de D. Tomás Lezaun.
16. D.ª Micaela Gomez, soltera, hija del difunto D. Miguel Gomez.
17. D.ª Fermina Fernandez, mujer de D. Tomás Lerin.

Heridos.

1. D. Tomás Lerin, falleció el dia 15.
2. D. Tomás Lezaun, falleció el dia 15.
3. D. Manuel Larrea, contador de ejército, falleció el dia 14.
4. D. Juan de Blancas, regidor de esta ciudad, falleció el dia 14.
5. D. Miguel de Añon, canónigo, murió el 22.
6. D. Manuel de Oña.
7. D. Manuel Ezmir.
8. D. Blas Joaquin Monreal.
9. D. Antonio Muñoz, comendador de San Juan.
10. D. Miguel Muñoz, su hermano, conde de Argillo, murió el dia 20.

— Pues ya habria gran número de muertos y heridos.

— En la misma noche me parece que murieron unas sesenta personas, y en los dias inmediatos diez y siete, contándose entre estas el Capitan general que lo era D. Antonio Manso, ascendiendo los heridos al número de cincuenta y dos.

—¡Qué atrocidad!

—Pues señor, — dijo Azara — preciso es convenir en que este D. Cleto ha leido mas y sabe mas de Zaragoza, que yo con haber nacido en ella, y no haber salido nunca de aquí.

—Al año siguiente —prosiguió el erudito *Cicerone* — comenzóse la construccion del actual, y habiendo servido en el entretanto para las representaciones, el salon de la Lonja.

—Perfectamente D. Cleto, — dijeron todos los jóvenes cuando hubo terminado el anciano.

—Pero ¿por qué señores? Mañana podrán Vds. hacer lo mismo que yo hago con los amigos á quienes acompañen.

11. D. Miguel Muñoz, hijo de este.
12. D. Francisco Calvo, secretario de la sitiada del santo Hospital.
13. D. José Lasala.
14. D. Javier Lasala, su hijo.
15. D.ª Manuela Lasala, hija del mismo.
16. D.ª Antonio Castro de Sistao, sobrino.
17. Ramon Borné, criado.
18. D. Roque Lasañas, cura de Ge'sa.
19. D.ª Raimunda Cortés, mujer de D. Francisco Salas.
20. Vicenta Manias, hija de Tomás el Colchonero.
21. Pedro Manada, criado de D. Tomás Lezaun.

CUARTEL DE SAN PABLO.

Muertos.

1. D.ª Isabel Villareal, mujer de D. Martin Marco, escribano de Cámara.
2. D.ª Antonia Lopez, oficiala de Calatrava.
3. D.ª Justa Lopez, idem
4. Maria Cavero.
5. Isabel Asensio.
6. Maria Pellicer.
7. Andresa Gimenez.
8. Pedro Clua.
9. Antonio Gomez.

Heridos.

1. D. José N., en el meson de Plasencia.
2. Un criado de Francisco Barta, albañil.

CUARTEL DE SAN MIGUEL.

Muertos.

1. D. Joaquin Navarro, regidor de esta ciudad.
2. D. Vicente Ribau, moralista.
3. D. Juan Antonio Llamas, sacristan de San Miguel.
4. D. José N. estudiante.
5. Josefa Paré.
6. Isabel Figueras, mujer de Lamberto Gajon.
7. D.ª Maria Luengo.
8. Luisa Casas, mujer del cartero Rivera.

—No tanto, porque nosotros solo conservarémos el recuerdo en globo, del hecho que V. nos refiera, pero no esa riqueza de detalles hija solamente del estudio que V. ha hecho.

—De esta manera les inspiro á Vds. afan por estudiar del mismo modo que yo lo hice.

—Vamos á ver D. Cleto ¿recuerda V. algo referente al lugar en que hoy está la fonda de Europa por donde pasamos ahora?—preguntó el jóven Azara.

—Me parece si no me engaño que aquí estuvo en sus tiempos el Hospital de Nuestra Señora de Gracia.

—Así es,—contestó el padre del compañero de nuestros amigos.

—Fue erigido á principios del siglo XV, y el rey D. Alfonso V llevó el título de fundador, enriqueciéndole con varias donaciones.

—Y como se ha verificado un cambio tan radical en este edificio.

—Consecuencias de los asedios de los franceses. Prendiéronle fuego los proyectiles enemigos y quedó arruinado.

—Pero el hospital existirá en otro local.

—Sí señores, y ya lo verán Vds.

—Aquí—dijo el jóven Azara señalándo una casa de moderna construccion, estuvo en otra época el magnífico palacio de los condes de Aranda que tambien quedó arruinado en aquellos terribles dias.

—Y ese edificio tan denegrido y de tan triste aspecto ¿qué es?

—Los Graneros, el Almudí público, en el cual todavía parece que se ven á los judíos que habitaban en los barrios de San Gil y Verónica hacer sus transacciones.

De este modo fuéron los viajeros recorriendo todo el Coso dando por terminado con esto su paseo de aquella tarde, regresando á la casa de Azara á tomar algun ligero refrigerio para dirigirse al teatro, segun habian convenido.

XXXIV.

La antigua casa del Comercio.

Al dia siguiente y en virtud del acuerdo que tomaran, salieron á la calle nuestros viajeros y emprendieron su camino á la ventura.

—¿Qué calle es esta?—preguntó Pravia señalando la en que acababan de penetrar.

—La de D. Jaime I,—repusoAzara.

—Con ella sin duda han querido conmemorar el recuerdo del gran rey de Aragon.

—Desde luego. Una de las figuras de que mas debe vanagloriarse el antiguo reino aragonés, es la del famoso Conquistador de Mallorca y Valencia.

—Y la calle es buena.

—Una de las mejores de Zaragoza; está constituida por la reforma de varias otras

como las de San Gil, San Pedro, Virgen del Rosario y Cuchillería; así es que atraviesa cási toda la ciudad.

—Lo que observo es que hay muy buenas tiendas.

—Ya lo creo; al mejorarse la calle, se han renovado muchos edificios, y á las antiguas, oscuras y estrechas tiendas han sustituido los elegantes y lujosos almacenes que ahora admiramos.

—¿Qué iglesia es esa?

—San Gil que ya la habeis visto en la excursion que por los templos hicimos. Aquí donde se ha edificado esta casa ocupada por la fonda del Universo, hubo en otro tiempo una plazuela llamada de Ariño, en la que estaba el palacio de esta ilustre familia.

—De modo que el palacio y la plaza...

—Se han trocado en la magnífica fonda que estais admirando.

—¡Hola! ¡tambien por aquí tenemos calle de Santiago! — dijo Pravia al llegar á una boca calle cuyo letrero miró.

—Ya lo creo y tambien iglesia bajo la misma advocacion que ya habeis visto.

—Cierto—repusó Castro,—ahora lo recuerdo.

La calle de D. Jaime I, como habia dicho muy bien Azara, es de las mejores y mas animadas de Zaragoza.

Las muchas y lujosas tiendas, los edificios de construccion moderna que como consecuencia de la urbanizacion de todas aquellas calles se han levantado, contribuyen eficazmente á su importancia.

El aragonés estuvo mostrando á sus amigos todas las bellezas de la calle que compite poderosamente con la aristocrática del Coso, y despues les hizo entrar por la de Santiago para mostrarles el sitio en que estuvo el histórico palacio de los Torrellas, ocupado por moderna casa.

Nada mas lleno de bellezas artísticas que el palacio en cuestion, admirando su patio llamado del *Comercio*, tanto á los naturales como á los extranjeros.

Hoy nada existe mas que el recuerdo.

Ilustre familia de patricios amantes de sus libertades y de sus fueros, en aquel edificio reuníanse los ciudadanos, y de él partian tumultuados bajo la direccion de los dueños de él, de los Lunas, de los Heredias, y de tantos otros.

Así como de ellos solo conservamos el recuerdo impreso en el imperecedero libro de la historia, del magnífico edificio solo nos queda una brillante descripcion hecha en otro precioso libro, guia que nos ha servido de mucho para completar nuestro trabajo, tanto en los monumentos que hemos alcanzado á ver, cuanto en aquellos que las necesidades, las exigencias, el favoritismo, la ignorancia ó el abandono, han dejado desaparecer en los últimos años.

Los *Recuerdos y bellezas de España*, obra escrita cuando todavía la piqueta del agiotista ó del especulador no habia con tanto empeño llevado á cabo su obra de destruccion, encierra descripciones de edificios que hoy no existen ya, que al recorrer nosotros los lugares donde se alzaron, hemos tenido que contentarnos con que nos digan

«aquí estuvo;» viéndonos precisados á recurrir á quienes mas felices que nosotros, pudieron contemplarlos y admirarlos.

Hé aquí en los términos que describe el edificio de que nos ocupamos la mencionada obra:



Patio del Comercio

«Pasando por la calle de Santiago, suspende de pronto al artista el aspecto de la antigua casa de Torrellas, llamada ahora del Comercio aunque propiedad del marqués de Ayerbe: su forma es cuadrilonga, su ámbito no muy vasto, su estilo entre gótico y plateresco, original y gentilísima su estructura. Ligeros capiteles de esfinges y grifos coronan las seis columnas del piso bajo, reciben las grandes y labradas impostas que apean la galería superior; entorno del fuste de las dos columnas del centro suben molduras espirales, que entrelazadas con perpendiculares cordones producen un singular y vistoso efecto. Sobre cinceladas columnatas góticas arrancan los arcos de la esbelta galería, faltos en sus caprichosas líneas de pureza de estilo, aunque no de gracia; ni rechazan de sus enjutas ni del antepecho por heterogéneas las mismas, las cornisopeas y otros relieves greco-romanos, tan salidos que parecen á primera vista colados. Aparece nuevamente el gótico en los arcos de las ventanas superiores encerrados por cuadradas molduras, que cruzándose abajo á manera de cintas, forman un rombo ocupado por hermosos arabescos harto deteriorados al presente. Los artesonados de madera constituyen otra de las riquezas del patio: el de la escalera que desde abajo se divisa por entre los tres arcos que en la galería desembocan, ofrece en el centro una estrella y roseton dorado, conservando en su viveza los colores; el de la galería forma

octógonos casetones ocupados por un pintado floron; y bellos colgadizos tachonan el de la sala principal dividido en cuadros. Distingue á esta habitacion, entre las muchas que con la galería comunican, una puerta gótica que adorna una bordada cinta dando vueltas al rededor de un follaje; figuran en el escudo de armas un leon sobre fajas doradas y encarnadas y las tres torrecillas de los Torrellas; y en torno de la sala y de la galería léese repetida su benéfica divisa nada impregnada del bélico orgullo de esta clase de lema: *Omnibus didici prodesse nocere nemini* (1).»

—¿No estaba por aquí el arco español?—preguntó D. Cleto conforme iba adelantando por la calle de Santiago.

—Sí señor, justamente donde ahora se elevan esas dos casas modernas cási en la entrada de la calle de la Azuda donde llegamos ya,— contestó Azara.

—Por eso, me parecia recordar que se hallaba por aquí.

—Y ese arco ¿era alguna puerta que tenia la ciudad por esta parte?— dijo Sacanell.

—Sí señor,—repuso D. Cleto,—la puerta que en él habia era el límite del barrio de los cristianos durante la ocupacion de Zaragoza por los infieles.

—¡Caramba! que carácter tan particular tiene toda esta calle— exclamó Castro al penetrar en la de la Zuda.

—Todavía se resiente de su primitivo orígen. Por aquí estaba el antiguo alcázar á Zuda de los reyes musulmanes, y todos esos edificios que Vds. ven tan viejos, observen que parecen conservar restos de pasada grandeza.

—Es verdad.

Y los jóvenes guiados por Azara volvieron á recorrer el camino que trajeran, saliendo de nuevo á la calle de D. Jaime I para penetrar por la de la Manifestacion en direccion á la famosa plaza del Mercado.

XXXV.

Cárcel de los Manifestados.—Privilegio de la Manifestacion.—Plaza del Mercado.

—¿No ha existido un privilegio que se llamaba así?— preguntó Pravia aludiendo al nombre de la calle en que acababan de penetrar.

—Sí señor,—contestó D. Cleto—y consistia en que ningun hijo de Aragon podia ser atropellado por la justicia real. Bastaba con que bien por escrito, bien á voces reclamase el indicado privilegio para que su causa pasase al tribunal del Gran justicia quedando la justicia real únicamente como acusadora nunca como juez. El tribunal del Justicia sentenciaba, y ya no existia apelacion alguna. Aquí en la embocadura de la plaza del Mercado estaba la cárcel destinada para estos reos, la cual se llamaba cárcel de Manifestados, para distinguirla de la cárcel real que cási estaba unida á ella.

(1) La lámina que acompañamos á esta descripcion, está igualmente reducida, de la dibujada en la obra á que nos referimos, por nuestro particular amigo y propietario de aquella publicacion el inteligente artista D. Francisco Javier Parcerisa.

—Y hoy una y otra se han transformado en una porcion de edificios modernos— repuso Azara.

—Sin embargo — dijo Castro — veo que hay muchas casas antiguas en esta calle, casas que á los artistas deben llamar la atencion en gran manera.

—Desde luego.

—Y tambien hay gran animacion y comercio.

—En lo general como podréis ver, este está reducido á las platerías.

—Y muy buenas por cierto.

—Ea señores,—exclamó D. Cleto. — Ya estamos en la famosa plaza del Mercado, aquí tenemos el histórico recinto centro de las grandes asonadas, teatro donde han tenido lugar los terribles autos de fe, las tremendas ejecuciones de los jefes de la Union, del favorito D. Bernardo de Cabrera, del poder popular representado por el justicia D. Juan de Lanuza y de las grandes fiestas. En esta plaza han resonado las carcajadas, las imprecaciones, los gemidos de cien generaciones; en esta plaza señores, se han derramado torrentes de lágrimas, sobre torrentes de sangre. No la miren Vds. por lo que es hoy sino por lo que fue ayer.

Las palabras del anciano no pudieron menos de impresionar poderosamente á sus jóvenes compañeros.

Efectivamente la plaza del Mercado, es tal vez uno de los sitios mas impregnados de históricos recuerdos, que Zaragoza encierra.

Del mismo modo que sus edificios conservan un marcado tinte de antigüedad, las piedras de su recinto impregnadas se hallan de memorias del pasado.

Donde hoy se alzan los grandes y espaciosos soportales de los modernos edificios indicados por Azara, estaba la cárcel de Manifestados unida á la Real por medio de un arco de robustos torreones llamado el arco de Toledo, porque miraba hácia la parte de Castilla.

En aquella cárcel estaba la reja desde la cual Antonio Perez, el célebre favorito de Felipe II, dirigia su voz á los zaragozanos aclamando sus libertades, y lamentándose de la injusticia con que era tratado por el Monarca.

Allí tambien estaba el famoso calabozo donde se dió garrote al caballero Morton, por órden de los *Veinte*, á quienes Felipe II con la doblez que le caracterizaba, envió una carta por medio del arzobispo diciéndoles que no le quitasen la vida si renunciaba á la *manifestacion*, y otra directamente á ellos encargándoles que le diesen garrote tan luego lo hiciera. El desdichado creyó en la primera, renunció al privilegio y fue muerto en aquel mismo calabozo.

Hasta el año 1842 se conservó en pié tan histórico edificio.

En la plaza del Mercado y sobre el arco de Toledo al penetrar D. Pedro IV en la ciudad despues de haber derrotado en Épila á la *Union*, las cabezas de los trece caudillos aparecieron en él como una terrible venganza de aquel Monarca, que mas tarde hizo rodar sobre un cadalso en la misma plaza, la cabeza de su privado D. Bernardo de Cabrera.

Pero cuando mas celebridad adquirió la plaza en que nuestros viajeros se encon-

traban fue cuando la prision de Antonio Perez en la cárcel de los Manifestados, despues de haberse evadido de la de Madrid.

Nuestro malogrado amigo D. Joaquin Tomeo y Benedicto refiere en los términos siguientes todo este episodio que no vacilamos en dar á conocer á nuestros lectores por la importancia que tiene respecto al lugar que vamos visitando:

«Antonio Perez, encarcelado en Madrid, burlando mas tarde á sus enemigos, refugiado en Aragon su patria, y puesto en la cárcel de los Manifestados, cuyo privilegio protector habia invocado desde Calatayud por conducto de su fiel amigo Gil de Mesa, se verá tambien en Zaragoza bajo la amenazadora venganza del poderoso Felipe II, un tiempo su mas generoso apoyo trocado despues en su contrario mas terrible.

«Perez tenia en Zaragoza muchos y buenos amigos; podia contar además con esa aura popular que rodea al débil cuando lucha con el poderoso, Perez conducido en triunfo por el pueblo á la prision bienhechora, enseñaba su cuello y sus brazos amoratados por el tormento, prorumpia en frases de bendicion hácia el reino; llamaba sus hermanos á los aragoneses, siendo interrumpido por los gritos de entusiasmo de la muchedumbre.

«En tanto que Perez seguia preso en las cárceles de Zaragoza, Felipe II aglomeraba toda clase de acusaciones contra aquel reo que se le escapaba de las manos.

«Como asesor real, se hallaba por aquel tiempo en la ciudad D. Iñigo Mendoza y La Cerda, marqués de Almenara y hermano del conde de Chichon; este magnate se encargó de activar el proceso contra Antonio Perez, y para evitar toda tentativa de evasion por parte del proscrito, comenzó por poner una guardia de soldados al mando del capitan Serafin de la Cueva, en la misma plaza del Mercado, frente á la cárcel de la Manifestacion, y casa que forma esquina á la calle de Predicadores.

«Comprendiendo el prisionero valido, que á pesar de toda su resistencia la venganza real le amenazaba muy de cerca, tornó á escribir á S. M. nuevas y sencillas cartas, que eran recibidas por el Rey con hipócrita benignidad, al propio tiempo que en Madrid se publicaba la sentencia por la cual se condenaba al infeliz Antonio Perez á la pena de muerte en horca, siendo antes arrastrado por las calles públicas, y despues cortada su cabeza con cuchilla de hierro y puesta en lugar público, y confiscándole por fin todos sus bienes y rentas.

«Perez determinó huir; con sagacidad y teson logró limar los hierros de la estrecha reja de su prision que daba bajo el mismo Arco de Toledo; descubierto su intento por un confidente desleal, Perez fue cargado de grillos y trasladado á otra estancia en la parte alta del edificio. Este percance empeoró su causa; acumuláronse nuevas acusaciones contra aquel; la Inquisicion, constituyéndose en brazo del Monarca, reclamó al proscrito como reo de herejía, y Perez se vió perdido.

«Era al amanecer del 24 de mayo de 1591, cuando con todo sigilo, las puertas de la cárcel de los Manifestados se abrieron ante una órden severa, y Antonio Perez y Francisco Mayorini su inseparable compañero, fueron entregados á Laceman de Sola, secretario de la Inquisicion, que en un coche cerrado los condujo á la Aljafería, en cuyo palacio se hallaba instalado el terrible tribunal del Santo Oficio.

«Sin embargo, á pesar del misterio con que se quiso proceder á la traslacion, no tardó en ser descubierta por la casualidad, y dar con ello principio al mas espantoso de los desórdenes. Un hombre del pueblo, demandadero que habia sido algunas veces del infeliz Antonio Perez, rondaba en aquella noche por las cercanías de la cárcel, esperando ocasion tal vez de comunicarse con el preso desde su elevada reja; aquel hombre vió llegar el coche misterioso que fué á pararse ante las puertas de la prision, escondido el curioso rondador en los soportales de frente y oculto á favor de las sombras, presenció en silencio todo el suceso, y al partir el coche por la calle de Predicadores le siguió á la carrera hasta verle entrar en los anchurosos y oscuros patios del palacio inquisitorial. Adivinándolo todo, volvió nuestro hombre á la ciudad por el propio camino: al desembocar en la plaza del Mercado topó de manos á boca con don Iban Coscon y D. Pedro de Bolea, jóvenes y nobles hidalgos, furibundos partidarios de Antonio Perez y que á la sazon discurrian por aquel paraje segun su costumbre; enterados del suceso, dan al aire sus espadas ambos mancebos y parten gritando: ¡Contra fuero! ¡libertad!

«Nada mas fue menester para que la nueva cundiese como un rayo de un extremo á otro de la poblacion; la plaza del Mercado se vió pronto henchida de una multitud rugiente y amenazadora; D. Diego de Heredia, hermano del conde de Fuentes, jóven fogoso, irascible y defensor decidido de Antonio Perez, se presenta alterado y con un pedreñal en la mano; D. Martin de Lanuza, D. Manuel Lopez y D. Pedro de Bolea, acaudillaban un tropel inmenso de nobles caballeros; Gil de Mesa y Gil Gonzalez arengaban á su vez á la plebe inquieta y sediciosa.

«En vano el gran Justicia procuró templar el tumulto que amenazaba. «Ya no hay que aguardar mas, sino hacer lo que convenga,» gritó Heredia á los amotinados, y aquella pareció la señal de desbordarse el torrente invasor.

«La turba se dividió en dos partes, y mientras la una capitaneada por D. Pedro Sese, D. Antonio Ferris, D. Francisco de la Caballería, D. Miguel Torres y el alferez Gil de Mesa se dirigia al palacio de la Aljafería; la otra conducida por D. Diego de Heredia, D. Martin de Lanuza, D. Juan Coscon, D. Juan de Aragon y D. Pedro de Bolea, se encaminó á la casa del marqués de Almenara, á quien se atribuian los desafueros.

«El Marqués habitaba en el palacio del Reino, calle hoy apellidada de Palafox; casa llamada de los Escoriguelas y despues conocida con el nombre de Aduana vieja.

«Al ver los criados del Marqués la turba amenazadora que avanzaba, cerraron las puertas del edificio y se aprestaron á la natural defensa.

«Entre los sitiadores hallábase un audaz zapatero llamado Gaspar Burces, el cual, alegando que su primo hermano Domingo Burces se hallaba preso en casa del Marqués, pidió á grandes voces se le abriesen las puertas, reclamando para su pariente el privilegio de la Manifestacion. Negarse á ello, era atacar al Fuero; mas Almenara, comprendiendo el terrible lazo que se le tendia con aquella falsa reclamacion, pasó aviso al Justicia del aprieto en que se hallaba. La gritería aumentó con el tumulto.

D. Juan de Lanuza, el anciano Justicia acompañado de sus dos jóvenes hijos don

Juan y D. Pedro y de varios caballeros, desembocó en la plazuela de San Bruno, por el Arco del Dean, y rogando en vano á sus acompañantes que le dejaran solo, avanzó con dificultad por entre la multitud, en direccion á la sitiada casa de Almenara.

«Preso el Marqués, al ser conducido por el Justicia, que salvarle deseaba, á las cárceles de la Manifestacion, los insurrectos lanzándose sobre Almenara le dejaron de suerte que á los catorce dias espiró de sus heridas en las prisiones reales, mientras Perez era arrancado del poder del Santo Oficio.

«Cinco meses despues y el 24 de setiembre, al intentar de nuevo hacer la entrega al Santo Oficio de las personas de Antonio Perez y Mayorini, el pueblo arrollando á las tropas reales, despues de reñido combate en la misma plaza del Mercado (1) dió libertad á los presos, destrozando el coche destinado á conducirlos, é incendiando las casas donde se hallaba el virey y los inquisidores (2).»

XXXVI.

El Salon de Pignatelli.—Apuntes biográficos referentes á este ilustre hijo de Zaragoza.

Nuestros viajeros iban alternando sus excursiones artísticas con sus distracciones, y á la par que paseaban la ciudad para instruirse, paseábanla tambien por recreo.

Muchas veces al tomar uno de estos paseos con el solo objeto de distraerse, conseguian reunir lo útil á lo agradable y bien las explicaciones de D. Cleto, bien las de los Azaras ó las de algunos de sus amigos, dábanles noticias interesantes respecto á los lugares en que paseaban.

Uno de estos fue el del Salon de Pignatelli.

Salieron al dia siguiente por la tarde, y como de costumbre habian mediado aquellas consabidas frases de:

—¿Dónde vamos?

(1) Personas muertas ó heridas en el alzamiento de 24 de setiembre de 1591.—Parroquia de San Pablo.—Muertos, un hijo de Domingo Valero, labrador.—Un criado de la viuda Guademacilera, frontero de San Gil, que se llamaba Francisco Morel.—Un lacayo del Gobernador, natural de Uncastillo.—Otro id., llamado Juan de Lobera.—Un, sastre del horno de la Hiedra.—Otro lacayo que acabó de morir en casa de Cárlos Zereza, calle de las Armas.—Juan de Pairós, archivero y escribano de mandamientos de S. M.—Pedro Jerónimo de Bardaji, Zalmedina.—Un montañés de los que iban con Gil de Mesa.—Otro de Pina.—Un caballero castellano.—Heridos de muerte son 8; entre ellos Juan Luis Moreno y Lizana, paje del Conde de Aranda.—Muertos en el Hospital general Pedro Soler, de Ejea de los Caballeros.—Juan de Estañan, de Tudela de Navarra.—Ramon de Seran, gascon.—Juan Roca, id.—Juan de la Casa, id.—Beltran Portet, id.—Pedro Viarnas, francés.—Juan Maset, id.—Domingo Peran, de Zaragoza de la parroquia de San Miguel.—En la parroquia de San Gil:—Muertos: Francisco Moret.—Laharrera, cabo de la Guardia del Virey.—Heridos: Martin de Lasala.—Maese Juan de Richart, obrero.—Juan de Sala, de Jaca.—Sierra, alguacil del Gobernador.—Tomás Catalan, capitan nombrado para gente de la ciudad de Zaragoza.—Archivo de la Real Academia de la Historia.

(2) Memorial de Domingo Escartin á los inquisidores de Zaragoza.

Domingo Escartin, familiar deste Santo Oficio dice: que V. S. le mandó buscase cuatro mulas y dos coches para llevar la persona de Antonio Perez y su criado á la Inquisicion, y habiéndolos buscado por toda Zaragoza nadie se los quiso alquilar. Y porque en cosa que tanto importaba al servicio del Santo Oficio no hubiere falta, dió cuatro mulas y dos coches las cuales le mataron en la brega del Mercado y quemaron el un coche y por hacelles ahora mucha falta para cultivar sus heredades y hacer la vendimia de sus viñas y otros servicios de su hacenda, suplica á V. S. mande que se le paguen luego dichas mulas y coche, y no permitan que padezca el suplicante tanto daño.

Las cuales dichas cuatro mulas digo que justo á mi conciencia digo que valen á sesenta escudos cada mula y el coche treinta escudos.—Domingo Escartin.

— A paseo — respondió Azara—que no todo ha de ser visitar monumentos.

— Tiene V. razon — repuso D. Cleto, — justo es que tambien la juventud tenga sus legítimas y naturales expansiones.

Y salieron á la calle y paso tras paso dieron con sus cuerpos en el paseo de Santa Engracia, el cual al seguirle, llevóles al llamado Salon de Pignatelli, centro por decirlo así de la mas elegante sociedad de Zaragoza.

—Ya creo que hemos pasado por aquí alguna vez — dijo Pravia.



Estatua de Pignatelli.

— Y mas de una—contestó el aragonés, —lo que tiene que como generalmente hemos pasado en horas en que no eran las ordinarias de concurrencia, no hicísteis alto en él.

—Eso será.

— ¿Qué estatua es la que se ve ahí, en el centro del salon?

— Gracias á Dios, — exclamó D. Cleto—que se les ha ocurrido hacer esa pregunta.

—¿Por qué se sorprende así?—preguntó Sacanell.

—Porque hemos pasado mas de una vez por este mismo sitio y he observado que no se les habia ocurrido fijar su atencion en esa estatua que representa una de las glorias de Zaragoza.

—Y sin duda ha supuesto V. al ver nuestra indiferencia que nos interesábamos poco por lo que veíamos ¿no es así?

—Algo hay de eso—repuso ingénuamente el anciano.

—Pues mire V. su explicacion tiene, y seguro estoy que sabrá apreciarla. Hablo por mí y creo que á mis amigos les habrá sucedido lo mismo. Hace pocos dias que estamos en esta poblacion, todo nos distrae, todo nos llama la atencion, los recuerdos de ayer se enlazan con los relatos de hoy, y nuestra vista preocupada siempre como lo está nuestro pensamiento, apenas si puede fijarse en nada. Si no fuera por los apuntes que despues hacemos, cási le aseguro que se nos olvidaria la mayor parte de los objetos que hemos admirado. Esta ha sido la causa tanto respecto á mí cuanto á mis compañeros, y si esta tarde he reparado, ha sido porque menos preocupado, sin estar interesada mi atencion por ningun otro relato de esos que tan magistralmente nos hace V., he podido fijarme en ese monumento cuya historia desearia conocer.

—¡Cáspita! Pravia, —exclamó Azara tan luego hubo concluido de hablar el gallego - sabes que te has explicado.

—Y que ha dicho la verdad—añadió Sacanell, — porque efectivamente eso es lo que nos sucede á todos.

—Acepto la explicacion y la considero justa; por lo tanto, ya que desean saber á quien pertenece esa estatua les diré que es la de D. Ramon Pignatelli, uno de los mas ilustres hijos de Zaragoza y á quienes la madre patria debe incalculables beneficios.

—¿Y cuáles son?

—Prescindiendo de los benéficos asilos con que dotó á la ciudad ó al menos en los que tuvo parte muy activa, la famosa obra del Canal Imperial basta por sí sola para inmortalizarle. Mañana irémos á la Real Casa de Misericordia que le debe mucho, y tambien otro dia cuando vayamos á Torrero, verán lo que es el Canal.

—Siendo así comprendemos que Zaragoza agradecida haya rendido ese justo homenaje á su memoria.

Efectivamente D. Ramon Pignatelli es como habia dicho muy bien D. Cleto, una gloria de Zaragoza.

Y ya que de este personaje hablamos, parécenos muy conveniente dar algunos antecedentes biográficos respecto á él.

«D. Ramon de Pignatelli, la gloria de Zaragoza, orgullo de Aragon, honor de España y asombro del mundo, nació en la ciudad de Augusto en 18 de abril de 1734, siendo sus padres los Excmos. Sres. D. Antonio y D.ª María Francisca Moncayo, condes de Fuentes y grandes de España de primera clase: criado en el maternal regazo este lirio gentil y oreado por las paternales caricias para embellecer un dia á su patria, fue trasplantado á Italia. En Roma comenzó á desplegarse su ingenio: sin embargo, á pesar de la magnificencia que le rodeaba y las mil bellezas con que le brindaba la madre de los Dantes y Petrarcas, el noble aragonés echaba de menos el cielo de su

país y deseaba cambiar las risueñas riberas del Tíber por las del tranquilo Ebro; tornó, pues, á su patria, y su corazon cobró nueva vida cuando vinieron á refrescar su frente las auras del nevado Moncayo.

«Llegado á Zaragoza y á los veinte y un años tomó la investidura del doctorado en su universidad literaria, y pasados siete fue nombrado rector de la misma, en cuya época ya era canónigo de la metropolitana. En ese tiempo habia servido á la patria, á la religion y á las ciencias; para él no existia el imposible: mas esto no satisfacia su ambicion de gloria, y lanzóse en su busca, audaz como el águila que se remonta sin aterrarse con el resplandor del globo solar.

«Regidor de la Real Casa de Misericordia, vieron todos asombrados transformarse aquel edificio, que cási tocaba á su ruina, y crecer sus rentas del modo mas extraordinario.

«Tanto brillaba entonces el astro zaragozano, que sus resplandores llegaron á la corte española; el mismo Gobierno tendió la vista y contempló atónito á aquel coloso de ciencia que sin duda alguna el ángel protector de la nacion habia arrojado sobre su suelo.

«El gran Cárlos III se sentaba en el trono de Recaredo: siguiendo las miras de sus sábios antecesores, todo su conato era el establecimiento de vias de transporte, con especialidad los canales de navegacion, como el mejor medio para la prosperidad de una nacion agrícola y comercial por excelencia. Sacudiendo del polvo los grandes proyectos de Felipe II y Antonelli, pensó en el Canal Imperial de Aragon como el mas importante del reino. Cansado de los estériles esfuerzos y gastos que varias compañías extranjeras habian empleado en el objeto, fijó su atencion en el hijo del Ebro, é inspirado tal vez por la Providencia, nombró á Pignatelli en 1772 director y protector del Imperial Canal. La obra era grande: solo un rey como Cárlos III y un genio como Pignatelli podian llevarla á su realizacion. Lo que en vano pudieron efectuar seis poderosos monarcas en sus largos reinados, se llevó á cabo en solo doce años: el arte venció cuantos obstáculos le presentó la naturaleza, y en 1785 vió Zaragoza á sus puertas las aguas del nuevo Canal.

«Despues de ejecutar muchas mas obras, de verse cubierto de honores, querido del monarca, adorado de sus patricios y venerado del mundo conocido, murió el insigne hidráulico en Zaragoza á 30 de junio de 1793. Mas Zaragoza guardaba en su recinto un recuerdo para su hijo mas querido; un monumento de los que en España tanto escasean, pues ni Colon, ni Lope de Vega, ni Gonzalo de Córdoba, pueden como Pignatelli, decir: «La patria reconocida me ha levantado una estatua (1).»

El Ayuntamiento de la ciudad, recordando un dia lo mucho que Zaragoza debia á aquel noble patricio, decidió erigirle una estatua para que fuese colocada en medio del paseo, nombrándose en 1857 una Junta encargada de los trabajos que para ello se habian de hacer.

La primera piedra púsose en aquel mismo año, por mano de D.ª María Luisa de Borbon, duquesa de Montpensier.

(1) Tomeo y Benedicto.

Las obras continuaron con grande actividad.

Zaragoza se habia asociado con entusiasmo á aquel pensamiento, pues en la mente de todos sus hijos estaba el inmenso servicio que prestara á aquella comarca, el famoso canal Imperial, objeto de tantos sacrificios y de tantos esfuerzos por los soberanos que precedieron á Cárlos III.

Así fue que el dia 24 de junio de 1859 quedó terminado, y todos pudieron contemplar el sencillo al par que elegante monumento.

Dos cuerpos componen el pedestal, que á su vez descansa sobre dos gradas.

Los escudos de la Diputacion se destacan en aquel y la estatua del noble zaragozano, que mide sobre tres metros de altura, se halla colocada sobre él.

El modelo está hecho por el escultor D. Mariano Palao y la fundicion se hizo en París en la fábrica de Mr. Duran.

Una verja de hierro, bastante bien trabajada, cierra por completo el monumento.

Nuestros amigos estuvieron contemplándole un buen espacio, admirando en la estatua de hoy al buen patricio de ayer.

Tanto Azara como D. Cleto, y algunos amigos del primero, que se unieron á los viajeros, diéronles cuantas noticias pudieran apetecer, tanto respecto á la existencia del personaje que nos ocupa, cuanto á los trabajos que por su iniciativa se llevaron á cabo.

Despues prosiguieron paseando, mientras el infatigable cicerone completaba algunas de las noticias referentes á los sitios que ya habian visitado.

XXXVII.

Calle de Pignatelli.—Antigua calle de la Dama.—Tradicion.

—Vamos, señores, hoy voy á ser yo tambien de la expedicion; voy á acompañarles.

Así decia un amigo de Azara, llamado Federico Gimenez, penetrando en la estancia que ocupaban nuestros viajeros en la casa del aragonés.

—Mucho nos favorece su compañía, para que no nos apresuremos á marchar, con tal de disfrutar de ella.—repuso Pravia.

—Yo, por mi parte, estoy ya listo,—dijo Castro acabando de poner el sobre á una carta que habia escrito.

—Eso quiere decir que ya terminaste tu amatoria epístola. Si supiera María Antonia que aquí, en Zaragoza, tenemos chicas tan guapas y que tú las miras con buenos ojos, no estaria tan tranquila.

—Lo mismo, ¿acaso porque yo mire á otra mujer he de hacerlo con la intencion que suponeis? Pues si todos los que aman á una determinada persona no pudieran mirar á las demás, estarian bien.

—Vamos, que ya sé yo de algunas paisanas mias que son capaces de volver loco al que mas segura tenga la razon. Cuando Vds. quieran los presentaré en una reunion donde va lo mas escogido en belleza y en fortuna de Zaragoza.

—No lo crea V., Gimenez—repuso Castro,—tan seguro estoy del afecto que profeso á la que ha de ser mi esposa, que ninguna otra mujer será capaz de arrebatarme un solo átomo de él.

—No te sujetes á pruebas, que hay mujeres escesivamente diestras.

—Extraño que digas eso, Azara, tú que sabes la vida que hemos llevado en Madrid, y que en ese sitio se reune todo lo mas bello, todo lo mas sagaz, todo lo mas diestro, que el gremio femenino tiene en provincias. Tú sabes que, desde lo mas alto hasta lo mas bajo todo lo hemos recorrido, y que no hemos sido los mas desgraciados en galantes aventuras.

—Es verdad.

—Pues bien, ¿no crees que estamos ya suficientemente curados de espantos?

—Yo, por mi parte, me parece que sí.

—En el mismo caso estoy yo. Sé apreciar las condiciones especiales que concurren en María Antonia para hacerla mi esposa, y creo tambien apreciar las de otras mujeres.

—Vamos, señores—dijo D. Cleto terciando en la conversacion,—que estamos haciendo esperar á este caballero.

—Por eso no hay prisa,—repuso Federico.

—Marchemos cuando Vds. quieran.

Y los jóvenes lanzáronse á la calle.

—¡Hola!—exclamó Pravia fijándose en el letrero de una de las que atravesaron.—Tambien hay calle de Pignatelli.

—Sí,—repuso Azara,—no nos hemos contentado solamente con erigir una estatua al eminente patricio, hemos consagrado una calle á su memoria.

—Y por cierto que es bastante desigual.

—Como compuesta de varias que han perdido sus respectivas denominaciones para cambiarlas por la general que hoy tiene, y que conduce al hospicio ó Casa de Misericordia, edificio cuya ereccion se debe á nuestro ínclito canónigo.

—Es decir, que vamos á ver este asilo de la desgracia.

—Sí, señores; pero antes debo hacerles presente que ahora estamos precisamente atravesando un trozo que en otro tiempo tenia su nombre especial, al cual va afecta una tradicion.

—Ya sé lo que dices—repuso Azara,—te refieres á la calle de *La Dama*.

—Justamente,—contestó Federico.

—¿Y qué tradicion es esa?—preguntó Sacanell?

—Confieso mi ignorancia respecto á ese particular—dijo D. Cleto;—recuerdo el nombre de esa calle, y aun me parece que he oido algo sobre la tradicion indicada por este caballero, mas no recuerdo á lo que se referia.

—En mis ratos de ocio, me he ocupado en desentrañar algunas de esas antiguas tradiciones, que tanto abundan en Zaragoza.

—Es verdad— dijo Azara;—ahora recuerdo que tú has escrito algo y...

—Sí, chico, por aquello que «de poetas y locos todos tenemos un poco,» tambien me ha dado por emborronar algunas cuartillas.

—Vaya, vaya, dejemos la modestia á un lado, que cuando V. ha escrito con fuerzas para hacerlo, se habrá sentido. Venga esa tradicion, si es que no abusamos de su amabilidad pidiéndole que nos la refiera.

—Por ningun estilo, tengo sumo gusto en hacerlo.

Y Federico refirió á nuestros amigos la siguiente tradicion:

. . . . . .

Al mediar el siglo XVI, existia en el sitio indicado un enorme caseron, cuyo blason colocado entre los dos balcones del centro de la fachada, demostraba la ilustre alcurnia de sus dueños.

En la época á que nos referimos estaban estos reducidos á una dama hermosísima llamada D.ª Aldonza de Villarroel, viuda de un noble caballero, muerto algunos años antes en Italia.

Mas ligera en sus costumbres que lo que el recato y el noble apellido que llevaba permitian, gozaba D.ª Aldonza de una reputacion sobradamente equívoca.

Decíase que habia llegado á disfrutar del favor real, que el emperador Cárlos V habia sido uno de sus amantes, y que el ofendido esposo, ya que no pudo buscar con su espada el corazon del que mancillaba su honra, buscó la muerte en los combates.

Fuera de ello lo que quisiera, D.ª Aldonza, en la existencia que en Zaragoza llevaba, daba pábulo á todas las murmuraciones que á su pasado pudieran referirse.

Los mas nobles caballeros aragoneses disputábanse su cariño, y las músicas y las estocadas menudeaban bajo los balcones de la noble dama, con no poco escándalo de los vecinos.

Mas de una familia lloraba la muerte de alguno de sus indivíduos, víctima de los galanteos y de la conducta de D.ª Aldonza.

Agradable con todos, admitiendo los obsequios de cuantos, amores la demandaban, ella misma provocaba aquellos duelos que tan honda sensacion causaban en Zaragoza.

Y su hermosura era tal, que á pesar de conocer todo el mal que producia, siempre al caballero que caia muerto ó peligrosamente herido, sucedian otros nuevos.

Un dia circuló por Zaragoza una noticia que hizo extremecer de espanto y de inquietud á una porcion de nobles familias.

D. Rodrigo Perez Manrique, capitan de uno de los tercios de Flandes, que habia venido á Zaragoza á restablecerse de las heridas y fatigas de la campaña, y que se hallaba emparentado con lo mas noble de la poblacion, habia comenzado á rondar los balcones de la dama.

Habíala visto un dia en el templo, y su hermosura le llamó la atencion.

D.ª Aldonza fijó su mirada en el apuesto capitan, y desde aquel instante quedó preso el corazon de este en aquellas negras, acariciadoras é irresistibles pupilas.

Y dieron comienzo los paseos, y en vano fue que deudos y amigos aconsejaran á D. Rodrigo que desistiese de semejante empresa, pues los amores de la dama eran desgraciados siempre, para el que los sentia.

Mas en vez de entibiarse con esto el amoroso afan del caballero, adquiria nuevo incentivo.

Y llegó un dia en que se abrió para el enamorado galan, misterioso postigo, colocado en el macizo muro, y el cual habia dado paso á mas de un caballero.

Y atravesó en alas de su pasion cámaras y aposentos hasta que penetró en el encantador retrete donde le esperaba D.ª Aldonza.

Si hermosa se habia presentado siempre á los ojos de D. Rodrigo, jamás lo estuvo tanto como en aquellos momentos.

Sus negros ojos destacábanse poderosamente de aquel rostro blanco, suave y nacarado como el de un niño.

Por sus rojos y entreabiertos labios exhalábase un aliento tibio y perfumado que al acariciar el rostro de D. Rodrigo acabó de trastornar su razon.

—¡Oh! señora—exclamó cayendo de rodillas á sus piés;—¡cuánto os amo!

—Habeisme vencido, D. Rodrigo—repuso con enloquecedor acento la dama,—quiera el cielo que vuestros amores no sean de tan corta duracion como las flores que se ostentan en esos jardines.

—Mi amor morirá conmigo, D.ª Aldonza. Únicamente con la vida podré arrancarle de mi corazon.

Y las misteriosas entrevistas se repitieron y D. Rodrigo fue el amante predilecto de la dama.

Y decimos el predilecto, porque todavía continuaban las músicas y todavía proseguian las coqueterías de D.ª Aldonza con otros, á quienes tambien seducia su belleza.

Y el escándalo aumentaba y las estocadas menudeaban bajo aquellos balcones.

D. Rodrigo cada dia estaba mas ciego.

Habíase batido varias veces por D.ª Aldonza, y ni las amonestaciones de sus parientes, ni los consejos de los Jurados que no sabian que hacer para cortar tantos escándalos, podian conseguir que desistiera de su funesto empeño.

La cólera de los rivales desdeñados iba en aumento.

Porque aun cuando D.ª Aldonza á todos alentaba con sus sonrisas y sus frases de cariño, ninguno penetraba en su aposento como lo hacia D. Rodrigo.

Una noche, como de costumbre, penetró el gallardo capitan por el postigo de la casa donde su amada le esperaba impaciente.

Apenas hubo desaparecido tres embozados desembocaron por una de las callejuelas inmediatas.

—Ya ha entrado,—dijo uno.

—No importa—repuso otro,—al salir tropezará con nosotros.

—Necesario es que apreteis bien los puños—dijo el tercero que hasta entonces permaneciera silencioso,—que el capitan es diestro y arrojado.

—Harto sabemos manejar los hierros, y podeis quedar descuidado que no os estorbará mas.

—En vosotros confio, ojo avizor, y mano firme.

Y los dos embozados, á quienes el tercero se dirigia, apostáronse frente al postigo, mientras este iba á tomar posicion en la esquina de la calle por donde acababan de aparecer.

Y pasaron algunas horas.

Al cabo de ellas sintióse el ligero rechinar de una puerta.

Tras ella resonó un beso y á poco, el capitan apareció en el hueco que aquella dejó al abrirse.

Cerróse tras él, mas á los primeros pasos que dió, los dos embozados espada al aire y daga en mano, cruzáronse ante él, cerrándole el camino.

—¡Atrás!—dijo D. Rodrigo desembozándose rápidamente y sacando la espada.

Pero los dos rufianes sin decir una palabra arrojáronse sobre él.

D. Rodrigo procuró ganar la pared para resguardarse y resistió con valentía la recia acometida de sus enemigos.

Y un combate terrible dió principio.

Porque el capitan era valiente y diestro y aprovechaba oportunamente los ligeros descuidos de sus contrarios.

Mas de un enérgico juramento que se exhaló de los labios de estos demostraba que habian sido tocados por la espada de D. Rodrigo.

Y fuera de esto, no se escuchaba otro ruido que el estridente de los aceros.

Pero lucha tan desigual no podia sostenerse, y despues de un buen espacio D. Rodrigo soltó la espada y cayó desplomado al suelo, pudiendo apénas decir:

—¡Muerto soy!

Los dos antagonistas, envainaron sus aceros, envolviéronse en sus capas y diéronse á correr por aquellas estrechas y revueltas calles.

Cuando llegó la ronda solo pudo recoger el cadáver del apuesto capitan.

El escándalo habia llegado á su colmo.

Los parientes del muerto pidieron venganza, mas nadie pudo descubrir á los matadores.

Entonces volviéronse contra la verdadera causa de aquella muerte, y de tal modo obraron, que los Jurados viéronse obligados á desterrar de Zaragoza á D.ª Aldonza de Villarroel.

Desde entonces la calle en que esta vivia, llamóse calle de *La Dama*.

. . . . . .

XXXVIII.

Casa de Misericordia.

Entretenidos con el relato de Federico recorrieron la extensa calle, hallándose cási á la par que aquel terminaba, en una irregular plazuela con algunos elegantes enverjados, en cuyo centro se alza la robusta y airosa mole del edificio que iban á visitar.

—¡Buena planta tiene el benéfico asilo!—exclamó Sacanell al darle vista.

—Forma un cuadro perfecto, segun Vds. podrán ver, que mide dos mil ochocientos palmos cuadrados, y si agradable es por la parte exterior, no podrán por menos de convenir, en que el interior está en perfecta armonía con el objeto á que se le destina.

—Desde luego que las apariencias predisponen en su favor.

—Pues entremos, si Vds. gustan.

Y Federico, guiando á sus amigos, penetró en la Casa de Misericordia.

Efectivamente, el edificio que nos ocupa, digno es de causar admiracion.

Compónese de tres cuerpos que cada uno tiene treinta palmos de elevacion.

El primero es el destinado para los talleres y escuelas, y en los dos restantes se encuentran los dormitorios y guardaropas, y en los sótanos los almacenes y tornos.

Los oficios que se enseñan á los asilados son, los de zapatero, sastre, albañil, alpargatero, tejidos de lienzo, carpintero y tundidor.

Además hay hornos de yeso y de pan.

Con los productos que estos talleres, que reunen todas las condiciones apetecibles, rinden, se atiende á las necesidades de la casa, viéndose favorecida con diversos encargos de particulares que les confian bien algunas labores de bordados, bien de tejidos, etc.

La cocina económica que el establecimiento posee, es bastante buena, así como la iglesia que es de moderna construccion.

Nuestros viajeros estuvieron visitándole detenidamente admirando tanto las buenas condiciones higiénicas de los distintos departamentos, cuanto los elementos con que el asilo cuenta para dar á los desgraciados que en su seno se albergan, los medios de proporcionarse mañana la subsistencia, siendo útiles á la sociedad.

—Aquí tienen Vds.—dijo Federico á sus compañeros cuando salieron del establecimiento,—una de las obras de Pignatelli.

—Razon han tenido Vds. en elevarle una estatua, pues el que tan beneficiosos establecimientos forma, vale algo mas que los que adquieren celebridad á costa de sangre derramada, ó por medio de la violencia y de la opresion.

—¿Y fue el buen canónigo aragonés quien la fundó?—preguntó Pravia.

—No señor. La creacion de este santo asilo data de 1666 en que le fundaron los *Hermanos de la escuela de Cristo*, con el objeto de recoger á los pobres que pululaban por calles y plazuelas. Felipe V dispuso que hubiese una Junta de gobierno para la administracion de la Casa, confiando el cargo de presidente, con título hereditario, al marqués de Cailús que era el capitan general de Aragon.

—Mas natural parecia que semejante cargo se hubiera conferido á cualquier otro personaje del órden civil ó bien á venerables eclesiásticos.

—Así sucedió en 1724. Los prelados de la diócesis asumieron el cargo de presidentes. Ocupando la silla arzobispal el Ilmo. D. Agustin Lezo y Palomeque, movido por las repetidas gestiones del canónigo Pignatelli, se dió comienzo á los trabajos para la construccion de este gran edificio. El canónigo necesitaba un rey como Cárlos III, y este un genio como aquel, así fue que ambos se comprendieron, y de esta feliz combinacion nació el edificio que acaban Vds. de visitar, así como el canal, á donde he de acompañarles tambien, si me dan su permiso.

—Nos hará demasiado favor.

—Gracias, señores. Pues como iba diciendo. Confiósele á nuestro canónigo la direccion de las obras, y ya han visto Vds. lo que son.

—Es cierto, no cabe mejoría en edificios destinados para este objeto.

—¿Y continua todavía bajo la presidencia de los prelados?—preguntó Sacanell.

—No, señor. Hoy, como todos los establecimientos de su índole, corre á cargo de la Diputacion provincial.

—Se emplearia mucho tiempo en su construccion, porque me parece que hay obras mas posteriores que otras.

—La terminacion completa no la ha tenido hasta el reinado de D.ª Isabel II, debiendo hacer especial mencion de los infatigables esfuerzos del Gobernador civil que habia entonces, que lo era D. Ignacio Mendez Vigo, y que tuvo al fin la satisfaccion de que quedase terminada en su tiempo.

XXXIX.

Plazuela del Justicia.—Un recuerdo sobre esta institucion.

Hablando de este modo fuéron nuestros amigos durante un buen espacio, disfrutando de las explicaciones de D. Cleto y de las de Federico, que era uno de los jóvenes mas instruidos de Zaragoza.

De pronto, Castro, fijándose en el rótulo de una plaza, dijo:

—¡Calle! Plazuela del Justicia! ¿Acaso estuvo por aquí la casa de alguno de esos superiores magistrados?

—Sí, señor—repuso Federico.—Aquí, hácia esta parte, donde hoy ven Vds. esta gran casa que pertenece á los condes de Sobradiel, estuvo el palacio de los Lanuzas, mandado demoler por órden de Felipe II cuando con la vida del último Justicia rasgó por completo los fueros de Aragon.

—¡Gran institucion era la de aquel cargo!—dijo Sacanell.

—Y lo mas grande que tiene, es en la época en que se creó—repuso Federico.—Hoy, en las condiciones actuales de nuestra sociedad, en el modo de ser de nuestro sistema político, ni cabe, ni apenas se concibe.

Naturalmente—repuso D. Cleto,—la creacion del Justicia fue una necesidad legítima de su tiempo, que Aragon mas enérgico, mas pensador quizás que otros reinos, tuvo constancia y valor bastante para realizarlo, pero que dada ya la unidad monárquica era incompatible con el absoluto poder de los monarcas que sucedieron á los Reyes católicos (1).

(1) Hé aquí por órden cronológico los nombres de los que desempeñaron el cargo de Justicias de Aragon con el año de su muerte.

Nombres.	*Año de su muerte.*
D. Pedro Gimeno.	1114
D. Pedro Gimenez.	1123
D. Sancho Lopez Fortuñones.	1128
D. Fortun Aznar.	1132
D. Juan Pelayo.	1140
D. Ato Sanz.	1145
D. Juan Diaz.	1152

—Es cierto. Esa autoridad de una provincia igual al rey, y superior en muchos cas, era un poder, que mas tarde ó mas temprano debian los mismos monarcas destruir.

—Pero parece imposible que pudiera sostenerse tanto tiempo.

—Desde principios del siglo XII hasta fines del siglo XVI, pues aun cuando toda via subsistió despues de la muerte de D. Juan de Lanuza, ya no fue mas que una sombra de aquel poder, hasta que Felipe V lo abolió por completo.

Nombres.	*Año de su muerte.*
D. Pedro Muñoz.	1157
D. Pedro Metalida.	1160
D. Galindo García.	1164
D. Sancho Garcés de Santaholalla.	1172
D. Pedro Fernandez de Castro.	1172
D. Sancho Tobia.	1179
D. Pedro Sesé	1188
D. Pedro Perez de Tarazona.	1247
D. Juan Perez.	1250
D. Pedro Perez de Artasona.	1260
D. Pedro Martinez de Artesona I.	1265
D. Pedro Sanchez.	1270
D. Rodrigo de Castillazuelo.	1274
D. Fortun de Ahe.	1275
D. Pedro Martinez de Artesona II.	1283
D. Juan Gil Tarin.	1290
D. Juan Zapata de Cadrete.	1294
D. Gimeno Perez de Salanova.	1323
D. Sancho de Ayerve.	1329
D. Estéban Gil Tarin.	1336
D. Pelegrin de Anzano.	1337
D. Pelegrin Oblitas.	1340
D. García Fernandez de Castro.	1347
D. Galacian de Tarba.	1348
D. Juan Lope de Sesé.	1360
D. Blasco Fernandez de Heredia.	1362
D. Domingo Cerdan.	1391
D. Juan Gimenez Cerdan (renunció).	1420
D. Berenguer de Bardagi.	1432
D. Francisco Zarsuela.	1436
D. Martin Diez Aux.	1439
D. Ferrer de Lanuza I.	1470
D. Juan de Lanuza I.	1480
D. Juan de Lanuza II.	1507
D. Juan de Lanuza III.	1532
D. Lorenzo Fernandez Heredia.	1547
D. Ferrer de Lanuza II	1554
D. Juan de Lanuza IV.	1584
D. Juan de Lanuza V.	1591
D. Juan Campi.	1593
D. Urbano Gimenez de Bagues.	1593
D. Juan Ram.	1598
D. Lúcas Perez Manrique.	1622
D. Agustin Villanueva y Diez.	1632
D. Miguel Jerónimo Castellote.	1655
D. Miguel Marta.	1660
D. Luis Egea Talavero.	1687
D. Pedro Valero Diaz.	1700
D. Segismundo Montero.	1705
D. Miguel de Jaca y Niño.	1706
D. Antonio Gabin.	1707

«Abolidos por este mismo año de 1707 los fueros de Aragon por la extranjera mano de Felipe V, el augusto y sagrado ministerio del Gran Justicia, voló al templo inviolable de la historia, en cuyo recinto el poder humano jamás podrá impedir que asombre á los extranjeros y enorgullezca á los naturales, dichosos con poder mostrar á las naciones tanta majestad y virtud reunidas bajo un cetro mas bien popular que aristocrático.» Tomeo y Benedicto. *Las calles de Zaragoza.*

— Era el antemural colocado entre el pueblo y el rey; el que contenia las demasías del uno y reprimia al otro. Era, por decirlo así, el espíritu de independencia de aquel puñado de aragoneses, que desde las asperezas de Uruel habia llegado á constituir un gran pueblo, y que flotaba á través de las edades que les sucedieron, sintetizado por la figura del gran Justicia.

—Dice V. bien, Sr. D. Cleto – repuso Federico, —y prueba de lo que V. dice, que en mas de una ocasion el Justicia habíase hallado frente á frente del trono, representando los derechos del pueblo, y fué el trono quien tuvo que sucumbir.

—Por cuya razon, ni podia perdonarle ni podia consentir su existencia, por lo tanto la completa abolicion de este cargo, no fue la obra de un hombre, fue la consecuencia lógica de un nuevo órden de cosas, de una nueva política iniciada desde el momento en que las distintas partes de la península hispana, llegaron á formar un todo.

Los jóvenes escuchaban con profunda atencion estas palabras, y segun confesaron despues, habian pasado un rato muy agradable escuchando á los dos caballeros.

XL.

La Universidad de Zaragoza.

—Pues, señor, la verdad es que se nos van pasando los dias en Zaragoza, que es una bendicion de Dios.

Así decia Castro á sus amigos al dia siguiente de la anterior escursion.

—Ya lo creo como hay mucho que ver.

—Diré á Vds. – repuso D. Cleto, – para el viajero superficial, es decir, para el que ve sin saber lo que está viendo, en muy pocos dias está despachado, mas para nosotros que de otro modo viajamos, por fuerza nos hemos de detener mucho mas.

—Castro lo dice porque está ya impaciente por ir á Guadalajara, aprovechando los dias que permanezcamos aquí, despues de nuestra escursion por los sitios que nos quedan por recorrer en la provincia.

—Ya lo entiendo.

—Con que diga V., D. Cleto – dijo el andaluz tratando de cortar la conversacion. — ¿Qué vamos á visitar hoy?

—La Universidad.

—Pues, vamos allá.

—¡Cáspita! qué prisa tienes, —exclamó Azara.

—Si vais siempre con una calma...

– Ea, ya estamos.

El edificio elegido aquel dia por nuestros amigos, bien merece una cumplida descripcion, pues su historia se remonta á antiquísimos tiempos.

Del *Anuario de la Universidad de Zaragoza*, que vió la luz pública en 1856, tomamos los siguientes párrafos, referentes al pasado de tan notable monumento.

«En el año 727 de Roma, fundó el emperador Augusto un gimnasio literario en Zaragoza; en el año 185 de la era cristiana, el clero tenia establecido un colegio de letras humanas y filosofía, que produjo á Aurelio Prudencio, san Lorenzo y san Vicente; en el siglo IV, consta que fue reparado el edificio, á la sazon situado junto al templo del Pilar.

«En el siglo XII, reconquistada Zaragoza por Alfonso I, tomaron mayor impulso los estudios, no abandonados sin embargo, durante la dominacion árabe, y entonces fue cuando se trasladaron al edificio en que hoy se dispensa la enseñanza universitaria.

«En 1339 se instituyó el magisterio mayor, y en aquel mismo siglo se dieron nuevas constituciones á la escuela; en 1467 ya existia la facultad de teología.

«Pero la verdadera fundacion de la Universidad se refiere al año 1474 en que expidió el pontífice Sixto IV una bula que aprobó D. Juan II en 1477, formalizándose entonces los nuevos estatutos, con asistencia de Pedro de Arbués.

«Desde entonces poco sucedió de notable hasta 1542, si se exceptúa la bula plúmbea de 1516, expedida por Leon X, y reducidos á que los seculares no pudieran estudiar las artes sino en la Universidad, y á que los jesuitas se inhibieran de la enseñanza de seculares.

«En 1542 publicó Cárlos I en las Cortes de Monzon el privilegio que elevó á la Universidad de Zaragoza, tanto como ya lo estaban las de Salamanca y Lérida, y este privilegio recibió su confirmacion en 1554 por la santidad de Julio III.

«Hácia los años 1580 y siguientes, la Diputacion consignó 51,000 libras jaquesas, para la ampliacion y reconstruccion del edificio, y fue declarado protector el rey de España y canciller el arzobispo, sin perjuicio del patronato antiguo que la ciudad conservaba, y en fe de lo cual consignó por entonces hasta 2,100 sueldos anuales para ayuda de salarios.

«En 1583 tomó el título de patrono, y todavía se le concede por algunos el de fundador, el famoso D. Pedro Cerbuna, prior del cabildo de La Seo, y mas tarde obispo de Tarazona, entregó 50,000 libras para la construccion del nuevo edificio, cuya primera piedra se puso en 1587; formó nuevos estatutos; estableció las matrículas; nombró catedráticos de mucha nota, entre los cuales basta citar á Simon Abril, Juan Costa, Andrés Escote, Malon de Chaide, y el cardenal Xavierre, y creó un claustro respetable de doctores.

«Todo esto enceló á la universidad de Huesca, que presumia tener privilegio exclusivo de sostener en Aragon la única universidad, y que llevó sus greuges, segun usanza antigua, á las cortes de Monzon y Tarazona, cruzándose en competencias el canciller de Cataluña, el Justicia de Aragon y la Audiencia de Zaragoza, y debatiéndose en la prensa tan ruidoso pleito por Martino Monter y Gaspar Ortigas entre otros varios escritores.

«Esta y la controversia suscitada por los jesuitas en cuanto á la enseñanza de latinidad, á la cual se opuso con todo empeño la ciudad, fueron las dos luchas mas formales en los siglos XVI y XVII.

«A Cerbuna, que murió en 1597, y que fue el mas insigne protector que ha tenido nunca la universidad, sucedió el Dr. Frailla, que es quien mas le habia auxiliado en su empresa, y quien, despues, prestó muy señalados servicios á la universidad.

«En el siglo XVII se constituyó nuevamente en patrono el Ayuntamiento de Zaragoza; se ampliaron las aulas y mejoraron las dotaciones; se formaron por varias veces nuevos estatutos; se crearon cátedras; se adornó con cuadros y dorados el teatro mayor; se puso coto á las votaciones de estudiantes, y se hicieron otras muchas mejoras, en parte, debidas á la hidalga generosidad del arzobispo Apaolaza.

«Felipe V que inició en muchos puntos el pensamiento de la centralizacion y que aspiró á uniformar las universidades, decretó en 1736, que él, como patrono de la universidad, proveeria las cátedras, oido el Real Consejo, en vez de que todas fuesen provistas por cinco regidores y cinco doctores como la ciudad le habia pedido en 1731, ó de que lo fueran por este método las principales, y por los estudiantes las inferiores de facultad mayor y las tres de artes ó filosofía.

«Refiérese tambien al siglo XVIII el nuevo plan de Cárlos III, que empezando por las primeras letras, aumentaba hasta 6,000 reales algunas dotaciones que no habian pasado de 4,000; creaba algunas cátedras importantísimas, como la de cánones y de física experimental; se oponia á las exageradas sutilezas del escolasticismo, y resumia las rentas de la universidad, que, para curiosidad de los lectores, dirémos que eran entonces 21,929 reales 14 maravedises de un impuesto sobre la carne; 3,764 reales 24 maravedises sobre un capital de censales contra los propios de Zaragoza; igual cantidad por utilidades de arca; 37 reales 22 maravedises de tréudo sobre una casa; 15,000 del expolio arzobispal, y 10,000 reales dados por el Rey para gastos de biblioteca, lo cual componia la cantidad de 54,496 reales 16 maravedises, sin contar algunas cantidades, con que contribuyeron algunos catedráticos y prebendados.

«En 1801 se publicó un nuevo plan, y se aumentaron los fondos en 200,000 reales anuales sobre las mitras de Zaragoza, Tarazona, Jaca y Teruel; y nada ocurrió ya de notable hasta el año 1809 en que, dos dias antes de la capitulacion, cargaron los franceses dos hornillos de á quinientas libras de pólvora é hicieron volar parte del edificio, destruyendo el archivo y el gabinete de física, y desapareciendo en pos los cincuenta retratos que adornaban el teatro mayor; con motivo de cuya catástrofe y de la entrada de Fernando VII en 1814 acuñó la universidad una excelente medalla.

«Evacuada la ciudad por los franceses, se reunió el claustro en 25 de agosto, abriéndose el curso, segun el plan de 1807, derogado en 1818, en 1821, y en 1824; pero la mas grave reforma ha sido la de 1845, que ha dado estabilidad y decoro á los profesores, que ha ampliado, mejorado y uniformado la enseñanza, que ha puesto, en fin, la instruccion al nivel de los adelantos del siglo. Desde entonces datan las mas útiles reformas y la creacion de ricos gabinetes y de todo lo que contribuye á la buena educacion intelectual.»

Tales han sido las vicisitudes porque ha pasado el edificio que nos ocupa.

La fachada es sencilla, pero severa y propia del objeto á que está destinada la notable fábrica.

Franqueada la puerta que da ingreso al interior, encuéntrase un gran patio cuadrado con espacioso claustro que ocupa el primer cuerpo.

En el segundo, vése el espacio de este, cubierto con extensas galerías en las cuales se hallan las cátedras, la biblioteca, el gabinete de física y el laboratorio químico.

Todas estas dependencias reunen las condiciones apetecibles de ventilacion y capacidad tan recomendadas en locales de esta especie.

El Salon de grados y el Paraninfo son bastante notables.

De igual manera la sala rectoral, la secretaría y todos los demás departamentos necesarios en un establecimiento semejante, nada absolutamente dejan que desear.

Al lado de la universidad hállase el Instituto, en el cual tambien se han hecho grandes obras y cuya fachada tiene alguna semejanza con la de la universidad.

Al regresar de la visita de estos dos edificios condujo el acaso á nuestros viajeros á la calle de Predicadores, y una vez en ella, recordando los edificios notables de que ya en otra ocasion se hizo mérito, dijo Azara:

—¡Hombre! ya que estamos aquí bien podíamos visitar la cárcel nueva, que tambien es una buena obra.

—Poco de agradable tiene semejante visita—repuso Castro.

—Amigo mio, cuando se viaja para instruirse, deben ahogarse ciertas repugnancias, que yo las comprendo muy bien, en gracia de la provechosa enseñanza que de ello puede obtenerse.

—Sin embargo, D. Cleto, no puedo comprender que la cárcel sea una cosa tan indispensable de ver.

—Para el que busque solamente el recreo, desde luego que debe huir de un sitio que solamente inspira lástima y horror á toda persona honrada; mas cuando se la considera bajo el punto de vista de corregir á los extraviados, de albergar á los criminales que no por esta razon dejan de ser hombres, y por lo tanto acreedores á que se les atienda, y cuando por desgracia tanto y tanto dejan que desear nuestras prisiones, no debe desperdiciarse una ocasion en que poder apreciar debidamente el estado de semejantes establecimientos, comparándolos con otros que de igual índole existen en el extranjero y clamar una vez mas porque los Gobiernos se fijen en un asunto de tan gran importancia para la sociedad en general.

—Nada, nada, señores, supongan Vds. que no he dicho nada y penetremos en la cárcel.

—Vamos allá.

Poco tiempo despues los jóvenes acompañados de su entendido *Cicerone*, recorrian los distintos departamentos del sombrío edificio.

XLI.

La Cárcel.—Ligeras consideraciones sobre estos edificios en España.

Palacio de los duques de Villahermosa fue el primitivo destino del soberbio edificio de la calle de Predicadores y bien en su construccion, en la robustez de sus muros y en la espaciosa área que ocupa, se demuestra la opulencia de sus primitivos propietarios.

Posteriormente albergóse en su interior el terrible tribunal de la Inquisicion, al abandonar la Aljafería, y en aquellos salones donde habian resonado las alegres carcajadas y los brindis de los festines, escucháronse las formidables sentencias de aquellos inflexibles jueces y los sollozos ó las imprecaciones de los condenados.

En 1842 destinóse como el mas á propósito, el edificio que nos ocupa, para cárcel pública, y desde la *Vieja*, ó sea la de la Manifestacion, fueron los presos trasladados á esta, prévias las obras necesarias para el nuevo objeto á que se le destinaba.

Indudablemente, es de los mejores establecimientos de su género que en España existen, pues reune las condiciones de seguridad, comodidad y ventilacion tan necesarias en ellos.

Su robusta mole se retrata en el caudaloso Ebro hácia cuya parte se abren algunas ventanas defendidas por fuertes rejas.

Las habitaciones destinadas al alcaide y dependientes de la cárcel, las salas de presos, capilla y demás departamentos, son cómodos y espaciosos.

Sobre la puerta que facilita ingreso al lúgubre edificio, en letras doradas, se lee la inscripcion siguiente:

«Se habilitaron por acuerdo del Excmo. Ayuntamiento constitucional de esta siempre heróica capital en 30 de octubre de 1841: se dió principio á la obra en 12 de noviembre del mismo año, quedando concluida en 12 de mayo de 1842.»

A la par que los viajeros iban visitando la cárcel, D. Cleto hacia algunas reflexiones bastante acertadas por desgracia.

—¿Conque les parece á Vds. bien?—decia el anciano.

—Por mi parte,—repuso Pravia—no la encuentro tan repugnante como otras que hemos visto.

—Vamos ¿qué le halla V. de malo,—preguntaba á su vez Azara.

—Lo que yo le encuentro de malo, amigos mios, no se refiere precisamente á la cárcel de Zaragoza, se refiere á todas las de España, se refiere al régimen, á la organizacion interior de estos establecimientos, á las condiciones en que se hallan y que no responden por ningun estilo á la idea que representan.

—Explíquese V.

—En primer lugar, suplico á Vds. que me clasifiquen los individuos que por desgracia penetran en estos establecimientos.

—Poca clasificacion merece eso. Son criminales en su mayor parte.

—Poco á poco señores, que hay distintas clases de criminalidad, y eso es precisamente lo que yo trato de buscar.

—Comprendo lo que quiere V. decir—repuso Sacanell—y adivino á dónde irá V. á parar. En una cárcel suelen entrar individuos presos por delitos políticos; muchachos que penetran en la senda del crímen tal vez de una manera inconsciente, por la falta de educacion y por la miseria; acusados por crímenes cometidos en un momento de acaloramiento, en un instante de vértigo en que perdida la razon lleva al hombre á cometer un hecho criminal del cual él mismo se horroriza y él mismo lo execra despues que la razon ha recobrado su imperio; culpables algunos, de delitos á los cuales les

han lanzado la miseria, la carencia de todo recurso, la misma indiferencia y el abandono social, y finalmente, los criminales contumaces, los endurecidos ya en ese terrible camino.

—Perfectamente definido Sr. Sacanell.

—Ahora empezamos á comprender—dijeron Pravia y Castro.

—Analicemos cada una de esas clases y díganme Vds. si en nuestras cárceles puede encontrar la sociedad el castigo, la correccion y la enmienda de toda esa múltiple reunion de seres.

—Segun y como—repuso Azara.

—Nada de eso; aquí no hay segun y como alguno, porque la lógica no tiene mas que un camino. ¿Cree V. justo y natural que el preso por causas políticas, que no tenga medios para costearse una habitacion particular, vaya á los departamentos generales, al *patio* segun se dice vulgarmente, á confundirse con los mas soeces criminales?

—Por ningun estilo.

—Pues eso sucede, porque no hay un departamento especial para esa clase de delitos. De igual manera esos muchachos de quienes muy oportunamente ha hecho mencion el amigo Sacanell, pequeños criminales que apenas tienen idea de lo que hacen ¿qué cree V. que necesitan?

—Naturalmente, la instruccion de que carecen, el buen ejemplo, la enseñanza que les haga comprender la diferencia que entre el bien y el mal existe.

—¿Y acaso esos departamentos que en algunas, no en todas las cárceles existen, pueden producir ese resultado? Por ningun estilo; abandonados á sus propios instintos haciendo esa vida en comun, todos esos pequeños retoños viciados ya, en vez de corregirse, perseveran, y como que sus causas por lo regular son de escasa importancia, salen de las cárceles mas viciados, mas corrompidos que entraron en ellas.

—Tiene V. razon D. Cleto, y no puedo comprender como eso que si á nosotros por nuestra edad y por nuestro modo de ser, se nos ocurre, no puedo comprender vuelvo á repetir, como no se les ocurre á nuestros Gobiernos.

—Hay mas todavía. Los que entran en la cárcel por un delito hijo de uno de esos raptos de enajenacion mental, que han sido criminales solamente de momento, que necesitan les enseñen á arrepentirse, que se les haga comprender que han faltado á la sociedad, y que el castigo que esta les impone es justo, pero que despues de cumplida la pena, vuelven á ingresar en el seno de ella á gozar de las mismas consideraciones de que antes disfrutaban.

—Cierto.

—Pues bien, semejantes desgraciados en vez de hallar en la cárcel eso, encuentran con el roce con los demás criminales, una burla sangrienta y perenne de sus propósitos de enmienda, un escarnecimiento constante de su arrepentimiento y empiezan sublevándose contra aquella sociedad que si bien tiene el derecho de castigarles, no le tiene para envilecerles, y concluyen por perder todo sentimiento de delicadeza y de pudor, de vergüenza y de honradez, para salir de la cárcel ó del presidio, endurecidos ya y dispuestos á reincidir, y reinciden, porque esa misma sociedad graba sobre su frente

un estigma vergonzoso y repugnante que les cierra la mayor parte de las puertas por donde podrian volver á penetrar en la senda del bien, porque les ha dado un padron de ignominia, por el cual se les rechaza de todas las vias del trabajo y de la virtud.

—¡Oh! eso es horrible.

—¿Y saben Vds. por qué es eso? porque en la conciencia de todo el mundo está lo de contagioso y perjudicial que hay en la estancia de las cárceles, y saben que el contacto con el crímen, predispone ya para el crímen, y mira al que de la cárcel sale como al que viene de un punto infestado, que lleva ya en sí los gérmenes del contagio.

—Y si así lo comprende ¿por qué no lo evita?

—Hé ahí precisamente el quid de la dificultad. Lo mismo sucede en eso que en todos los males de que nuestra sociedad adolece. Oirá V. muchas veces lamentarse de estas ó de aquellas desdichas, se conocen los remedios y sin embargo, no se aplican.

—¡Caramba! D. Cleto – exclamó Castro – cuanto bien nos ha hecho V. trayéndonos á este sitio.

—Esa clase de criminales, amigos mios, no son otra cosa que enfermos que necesitan solamente una buena sala de convalecencia, concluida la cual pueden ya volver á ocuparse de sus anteriores negocios, de ejercitar libremente los medios que antes ponian en práctica para proporcionarse la subsistencia. En el mismo caso tambien se hallan los que arrastrados por la miseria, por el grito del hijo que pide pan, por el desconsolado acento de la enferma esposa, se lanzan al crímen. ¿Puede juzgarse á esos hombres como á verdaderos criminales? De ningun modo señores, y no siéndolo, ¿por qué confundirles con los que lo son de oficio? ¡Oh! al llegar á este punto pierdo los estribos como decimos vulgarmente, porque veo que si nuestra estadística criminal arroja á veces cifras tan desconsoladoras, culpa es solamente de la ineficacia, mejor dicho del abandono como se miran los medios de impedirla.

—Razones poderosas son las que acaba V. de indicar y que desde luego en mucho contribuyen á ello.

—Pues aun hay mas. Esos mismos criminales que ya han perdido todo sentimiento digno, que no son otra cosa que fieras que existen en el mundo gozándose con el dolor que á sus semejantes producen, ¿es acaso la cárcel ó el presidio, ó el patíbulo el castigo que necesitan? No tal. Ejemplos tenemos de que en la cárcel misma, en los presidios, se conciertan á veces crímenes abominables; de que los presos tienen medios de comunicarse con el exterior, de que tienen armas, herramientas y cuanto necesitan, bien para evadirse del sitio que ocupan, bien para realizar otras empresas criminales. La misma comunidad en que viven les hace ahogar la voz del remordimiento, que alguna vez, porque esto es cierto, amigos mios, el criminal mas empedernido, hay momentos en que siente algo en su conciencia que le acusa de sus hechos anteriores; pues esta voz queda ahogada entre los criminales alardes de sus compañeros, ante aquella escandalosa ostentacion de miserables empresas. Si en vez de esto al criminal se le encerrase en una celda solo y aislado, frente á frente con su conciencia, separado del mundo, sin trato alguno exterior y con un trabajo proporcionado á sus fuerzas y á su inclinacion, este hombre concluiria por

sucumbir á su mismo remordimiento, ó tal fuera su arrepentimiento, que mañana podria volver sin peligro alguno al mundo que de su seno le arrojara, como un miembro podrido. Porque deben Vds. tener en cuenta que las ejecuciones ni castigan, ni corrigen ni aterrorizan. Porque la vida considerada por el criminal como cosa de poco valor, puesto que él la quita á veces por una leve causa, la expone del mismo modo y perderla en el patíbulo ó perderla en una quimera con otro de su estofa, le da lo mismo. Para él no significa otra cosa que un negocio que le ha salido mal; para la mayoría de los que acuden á su ejecucion, un espectáculo con mas ó menos emociones, y para los demás criminales, una ocasion en que ejercer sus latrocinios en medio de la concurrencia y acusar de tonto al que se encuentra en poder del verdugo porque no supo evitar este caso.

—Cierto, ciertísimo.

—Resultado, que al proponerse la sociedad por este medio evitar mayores males, los aumenta; que ni corrige, ni evita, ni enseña; que á pesar de reconocer todas las ventajas del sistema celular en las prisiones, á pesar de conocer los males que existen en el régimen interior de las cárceles, á pesar de saber que las ejecuciones públicas, que la pena de muerte es impotente para castigar, continúan las cárceles en el mismo estado, el régimen ó la organizacion es la misma, y el verdugo continúa ejerciendo sus terribles funciones y la criminalidad aumentando.

Ninguno de los cuatro jóvenes pudo contestar una palabra á las que acababa de pronunciar D. Cleto.

Todos hondamente preocupados salieron de la cárcel, comprendiendo, la desconsoladora verdad que encerraba lo que el buen anciano acababa de decirles.

XLII.

Casa de Expósitos.—Hospital de Nuestra Señora de Gracia.

—¿Nos falta todavía algo que ver en Zaragoza?—preguntaba Castro á sus compañeros al dia siguiente del en que visitaron la cárcel.

—Usted mismo podrá decirlo si recuerda bien lo que ya ha visto y lo que debe tener una capital como esta.

— Si no lo recordara, reveláramelo el dietario que llevamos de todo lo que vamos viendo.

Y al par que esto decia Castro, púsose á revisar los apuntes que tomaba diariamente, diciendo despues.

—Supóngo que aquí habrá tambien Inclusa y Hospital.

—Desde luego y muy buenos ambos establecimientos—contestó Azara.

—Pues eso no lo hemos visto.

—Buen remedio; vamos hoy á recorrerlos.

—Por mi parte, aceptado.

—Y por la mia tambien.

Y en consecuencia de tan unánime acuerdo no pasó mucho tiempo sin que los cinco compañeros estuvieran en la calle y en direccion á la plaza de Toros junto á la cual se halla el asilo de niños Expósitos.

Digno de visitarse es el establecimiento en cuestion.

Todas sus dependencias disfrutan de la ventilacion y comodidad tan necesarias en semejantes asilos.

Una limpieza extraordinaria se advierte tanto en los dormitorios, cuanto en los demás departamentos.

El número de asilados es considerable, elevándose en algunas ocasiones hasta mil.

Varias nodrizas, tanto dentro como fuera del establecimiento, ocúpanse de su lactancia, y terminada esta, las Hermanas de la Caridad se hacen cargo de los pequeñuelos, hasta que están en disposicion de pasar á la Casa de Misericordia donde aprenden algun oficio que puede mas tarde serles de utilidad.

La Junta provincial de Beneficencia con un celo que la honra, atiende á todas las necesidades del mencionado establecimiento.

Tras de la visita de la Inclusa, dirigiéronse nuestros amigos hácia la calle del Hospital, donde se halla situado el de Nuestra Señora de Gracia.

Su fundacion data del año 1435.

Algunas piadosas personas se reunieron para dotar á la poblacion de tan benéfico establecimiento, y proyectaron la construccion de un edificio á propósito para semejante objeto.

Tomáronle bajo su proteccion los Jurados de la ciudad, y el rey Alfonso V nombró la Junta de gobierno y protegióle con donativos de gran consideracion.

Situado á la parte izquierda del paseo de Santa Engracia, los proyectiles franceses no le respetaron en los desastrosos sitios que sufrió la poblacion durante la guerra de la Independencia, y quedó completamente arruinado.

Entonces y á consecuencia de esto, tuvieron que trasladarse los enfermos al sitio en que hoy se hallan, donde se hicieron grandes obras, pudiendo competir actualmente con los mejores hospitales de España.

Las distintas salas destinadas á los enfermos, son grandes y ventiladas; la cocina económica construida de nueva planta, merece verse; y el comedor, oratorios y demás dependencias, reunen todas las condiciones apetecibles.

La Junta de Beneficencia de quien ya hemos tenido ocasion de hablar al recorrer la Inclusa, con sus esfuerzos y con su incansable celo y actividad, ha logrado poner el hospital á una gran altura, siendo digno de elogio su infatigable afan.

Seis médicos-cirujanos de número, un agregado, un farmacéutico, un practicante y siete cirujanos, constituyen el personal facultativo del benéfico asilo.

Además existen los enfermeros, hermanas y demás dependientes que exigen las atenciones del Hospital.

La asistencia es bastante esmerada procurando por todos los medios que la sublime caridad sugiere, endulzar las dolorosas horas de los dolientes que en aquel establecimiento se albergan.

Delante de la fachada del Hospital extiéndese una verja de hierro, y sobre la puerta de entrada hay una inscripcion que dice *Urbis et Orbis*, que significa que acogen á todos los enfermos, tanto de la poblacion como ajenos á ella.

Hoy sujetándose al reglamento vigente solo tienen admision los de la provincia.

Comunicándose con el Hospital se halla la famosa Casa de locos, que tanta celebridad tiene en España y que efectivamente reune condiciones á propósito para el triste objeto á que está destinada.

XLIII.

Casa llamada de la Infanta.

—Hoy voy á llevar á Vds. á ver una joya artística de que por lo visto D. Cleto se ha olvidado y mi hijo tambien.

Asi decia el Sr. de Azara á sus huéspedes al dia siguiente.

—¿Y qué joya es esa?—preguntó el anciano.

—Hombre, la casa de la Infanta.

—Es verdad, tiene V. razon, y por cierto que era en mí un olvido imperdonable, puesto que he pasado muchas horas contemplando los delicados trabajos de Berruguete.

—Vamos padre, me alegro de que haya V. venido á corregir nuestra falta, porque efectivamente yo no me acordaba de ella, y sin duda debe ser porque la casualidad habrá hecho que no háyamos pasado por la calle de San Jorge.

—Es muy posible.

—Vamos pues, una vez que está corregida la falta, apresurémonos á admirar esos trabajos de tanto mérito.

—¿Acaso se conserva bien?

—Calle V. D. Cleto ¿qué se ha de conservar? ¿Está V. muy acostumbrado á que en España se atienda con interés á la conservacion de esos preciados monumentos?

—Tiene V. razon.

—Mire V., yo entiendo poco de eso, pero sé decirle que cada vez que la casualidad me lleva á esa casa, me da lástima el ver que poco á poco va destruyéndose un trabajo que los mismos extranjeros vienen á admirar.

—¿Y por qué se llama casa de la Infanta?

—Porque en ella habitó D.ª María Teresa Ballabriga, esposa del infante D. Luis de Borbon á quien desterró á Zaragoza su mismo hermano Cárlos III á consecuencia de su desigual enlace. Tambien se llama casa de Zaporta, y actualmente pertenece al baron de Torre fiel.

Conforme habian ido hablando nuestros amigos, salieron á la calle y salvaron el espacio que del palacio en cuestion les separaba.

La calle de San Jorge tanto como tiene de irregular, lo posee de extension y mucho mas, de antiguos y severos edificios.

Entre ellos destácase poderosamente el que nos ocupa.

Su construccion data de 1556.

Todo el portentoso genio del famoso Berruguete está impreso en el riquísimo patio que para mengua de nuestro tiempo va lentamente destruyéndose.

Todo el palacio ha sufrido dolorosas mutilaciones y grandes y nada felices variaciones se han introducido en él, perjudicándole de una manera notable.



Patio de la Infanta.

Ocho columnas istriadas en su parte inferior y constituidas desde el anillo arriba por tres figuras agrupadas, sostienen el capitel y forman el cuadro perfecto de su magnífico patio.

Sobre el capitel, y á manera de imposta, descansan mascarones de hombres, mujeres y animales, sosteniendo el friso que es un delicado trabajo de follajes, mónstruos y medallones.

Dentellada cornisa sirve de arranque á la galería superior, ofreciendo á la admirada vista del curioso, seis arcadas por cada lado con una riqueza extraordinaria de relieves por doquiera.

Un mascaron esculpido, lleva cada uno de los pedestales de las abalaustradas columnas.

Medallones con bustos de grandes dimensiones representando figuras cubiertas con armadura ó con trajes del siglo XVI y con la espada desembainada, sirven de adorno á los antepechos.

Rico es el artesonado del arquivolto de los redondos arcos y las enjutas, vénse cubiertas por pequeños y primorosos grupos de figuras y animales, así como la cornisa

que sobre ellas se desliza, está sostenida por ménsulas labradas con una prolijidad extraordinaria.

De deplorar es que dos lados de esta preciosa galería se hallan tapiados, así como tambien las mutilaciones que por todas partes se advierten.

Todavía puede admirarse á pesar del deterioro que ha sufrido, el suntuoso pasamanos de la escalera principal, en el cual vénse reproducidos los bustos de los antepechos de la galería.

Razon habia tenido el anciano Azara en calificar de joya artística el magnífico patio que nos ocupa.

D. Cleto deleitábase describiendo á sus amigos todas las bellezas que encierra, y lamentándose al mismo tiempo del abandono en que yace.

En esta casa y en el año de 1793 exhaló su postrer aliento, esa otra gloria de Zaragoza el ilustre D. Ramon Pignatelli, de quien ya hemos tenido ocasion de hablar.

Posteriormente estuvo en ella el Liceo artístico y literario de Zaragoza, y por cierto que nada mas á propósito para un edificio como este, que una sociedad como aquella.

Mas el Liceo disolvióse en 1846, y desde entonces se ha destinado el monumental edificio para habitaciones particulares, ocupando las principales de ellas un acreditado colegio, una imprenta en el piso bajo, y el resto, un establecimiento de coches de alquiler.

Y si á pesar de esta falta de cuidado todavía los restos que se conservan, llaman poderosamente la atencion de propios y extraños y son visitados con interés, ¿cuánto mas no llamarian si se hubiesen reparado concienzudamente las injurias del tiempo y se hubiese atendido cual debia, la conservacion de una joya artística de tan reconocido mérito?

—Ya ven Vds. —decia el anciano Azara—como no les habia engañado.

—Es cierto —repuso Sacanell —y le aseguro que hemos pasado un rato delicioso.

—Pues ahora, — dijo D. Cleto—para terminar ya nuestra visita artística por Zaragoza, vamos á tocar en la famosa Torre Nueva.

—Hombre sí, — exclamó Pravia —tengo ya deseos de conocer ese monumento de tan caprichosa arquitectura.

—Poco tardará V. en satisfacerse.

Y abandonando, despues de arrojarle una última mirada, el patio de la casa de la Infanta, tomaron la direccion que hácia la Torre Nueva habia de conducirles.

XLIV.

La Torre Nueva.

—Hé aquí la famosa torre inclinada de Zaragoza — dijo D. Cleto al dar vista á la plazuela de San Felipe en cuyo centro se halla aquella.

—Y esa inclinacion que tiene ¿se debe acaso al capricho del artista ó á movimiento hecho por la misma fábrica?

—Mas debe ser lo primero que lo segundo, puesto que de los dos reconocimientos

que se han hecho, uno, si mal no recuerdo en 1741 y el otro creo que en 1856 ó 1857...

—En 1857—interrumpió Azara.

—Pues bien de esos dos reconocimientos, resultó que no amenazaba tal ruina, y especialmente en el segundo, se le hicieron algunos reparos para fortificarla mas.

—¿Y es muy grande la inclinacion?

—Unos nueve piés y medio.

—¡Caramba! mucho es ¿y la altura general?

—Pasa de 300 piés (1).

—Pues ya le aseguro que necesitaria un cimiento atroz

—Cincuenta piés próximamente, —repuso Azara.

—Grande seria el coste total.

—Cuatro mil seiscientas sesenta y ocho libras jaquesas y diez sueldos.

—¿Y á quién se debe la ereccion de semejante monumento?

—A consecuencia de una proposicion presentada al Concejo de la ciudad.

Efectivamente, en 22 de agosto de 1504, siendo jurados D. Ramon Cerdan, Micer Tristan de la Porta, D. Juan Roman, D. Pedro Perez de la Escamilla y D. Mateo Loria, presentóse una proposicion para construir una torre que no solamente sirviera para contener un reloj que se oyera desde todos los extremos de la poblacion, si que tambien por su altura y su magnificencia la distinguiese de todas las demás poblaciones del reino.

Aceptada la idea, procedióse inmediatamente á consultar con todos los arquitectos que en aquella sazon habia en la ciudad, que sitio seria el mas á propósito para su construccion, quedando elegido el en que se halla.

Dióse parte al rey de Aragon D. Fernando el *Católico* y á su hijo el arzobispo don Alfonso, lugarteniente general del reino, y mediante su aprobacion confióse el diseño á Gabriel Gombao y Juan Sariñena, cristianos; á Ince de Gali, hebreo; y á Ezmel Ballabar y maestre Monferriz, mozos.

Religiones distintas y odios de raza dividian á los artistas mencionados, pero todos ahogaron sus animosidades y unidos por el sagrado lazo del arte, dedicáronse con afan á dotar á su patria de un monumento que eternizará su memoria.

Formado el proyecto, dióse la direccion á Gabriel Gombao, comenzándose las obras inmediatamente y concediéndose por el Monarca el producto de las sisas para atender á los gastos que originase semejante obra.

Quince meses se invirtieron en ella, y las dos campanas para el reloj fueron fundidas por Jaime Ferrer de Lérida.

Todavía siguió trabajándose durante algun tiempo en el capitel y armazon del reloj, así como tambien hubo necesidad de fundir de nuevo la campana mayor en 1510.

En el año de 1680 se renovó el reloj, y en 1709 rompióse la campana mayor haciéndose preciso fundirla por segunda vez y es la que en la actualidad existe.

(1) El *Diccionario geográfico* de Madoz la señala 312 piés de altura; el ilustrado D. Antonio Flores en su *Crónica del viaje de SS. MM. á Cataluña y Aragon en* 1860, la fija en 83 metros; el Sr. Tomeo y Benedicto en *Las calles de Zaragoza*, la da desde el pavimento á la cruz 297 piés; y el erudito Sr. Quadrado, en *Los Recuerdos y belleezas de España*, mas de 300 piés.

En 1749 advirtiéndose que la cubierta amenazaba ruina, se trató de derribar, sustituyendo el capitel por el actual, de tres cuerpos emplomados que rematan en un espigon, en el que se halla la campana para los cuartos, la bola y la cruz en que termina.

El reloj que en el dia se ve le puso D. Andrés Ester, de Zaragoza, y dió la primera hora el dia de san Miguel de 1827.

Todos estos detalles fueron comunicados por Azara á sus amigos, para cuyo efecto habianse provisto de las notas necesarias.



Torre Nueva de Zaragoza.

Despues de conocidos dieron comienzo al exámen de la robusta fábrica.

Octógona la planta de la torre, resplandece desde los primeros momentos el genio fecundo de los artistas que procuraron atenuar la aridez, por decirlo así de la forma, con las labores que hicieron con el ladrillo, de que toda está compuesta.

Apenas se advierte degradacion sensible en sus cuerpos, cuyos muros solo están

abiertos por aspilleras, pero cuyos adornos figuran ventanas, galerías, pretiles y torrecillas.

Liso el primer cuerpo, corónale una ancha cornisa de cuadros oblicuados; en el segundo, vénse figuradas ventanas y está flanqueado por torrecillas istriadas que se prolongan hasta el remate.

Ojivas constituidas por arcos en degradacion forman los ocho lados, viéndose en una de ellas el reloj y resaltando por encima una airosa galería gótica y un precioso arabesco.

Un labrado pedestal sirve de arranque al tercer cuerpo donde hay tambien ocho ojivas de menores dimensiones que las del anterior, y de las cuales brotan otras ocho torrecillas que con las de los ángulos forman un dieziseiságono para el cuarto cuerpo, que se halla cubierto de un precioso encaje de arabescos cuadrados.

En este sitio forman la galería que le recorre, ocho salientes balcones de hierro, y en el centro hállase la campana de las horas, dando salida á aquellos, ocho arcos de herradura, sobre los que corre una magnífica cornisa.

Doscientas sesenta gradas forman la escalera que interiormente se eleva hasta este punto de vista, y necesario es convenir que suficientemente compensada queda la fatiga que tan prolongada ascension ocasiona, con el rico panorama que se ofrece desde semejante altura, á las admiradas pupilas.

La torre terminaba desde este sitio en pirámides y bolas de piedra y un capitel emplomado sobre el cual se alzaba otro, terminando con la campana de cuartos, una bola dorada y la cruz-veleta.

Hoy solo existe, un gracioso capitel de tres cuerpos emplomados, rematando con fuerte espigon que sostiene la campana la bola y la cruz.

La inclinacion de la torre ha sido causa de no poca angustia y sobresalto para los vecinos de las inmediaciones que en distintas ocasiones ha pedido su demolicion.

En el año de 1857 formóse ya el expediente para su derribo, mas prévios los dictámenes facultativos de los arquitectos de la ciudad D. Joaquin Jironza y D. José Yarza, de los del Gobierno D. Joaquin Jordan y D. Juan Jimeno, del Ingeniero jefe de caminos y del Comandante de ingenieros militares, procedióse solamente á su reparacion, fortaleciéndola por su parte inferior, pues no amenazaba ruina.

Entonces revistióse todo el primer cuerpo por su parte exterior de un muro de piedra sillería de Calatorao, y el segundo de ladrillo afinado.

La Torre Nueva tambien tiene su lugar en la famosa epopeya de los sitios sufridos por la invicta ciudad en la guerra de la Independencia.

Uno ó dos golpes dados por la campana mayor, avisaban á los habitantes de los disparos de granada ó bombas que arrojaba el enemigo, y durante la guerra civil una guardia de la milicia nacional atalayaba desde aquella formidable altura todos los movimientos que las huestes carlistas pudieran intentar contra la poblacion.

Nuestros viajeros no se cansaban de contemplar la perspectiva que á su vista se ofrecia desde los balcones de que ya hemos hecho mérito.

Cansados llegaron hasta aquel sitio, mas una vez en él no tenian ánimo de abandonarle.

—Aprovechen Vds. estos momentos de reposo que pronto vamos á volver á emprender nuestra peregrinacion, — decia D. Cleto á sus amigos.

—¡Otra!—exclamó el anciano Azara—aun no han llegado Vds. como quien dice, y ya tratan de dejarnos.

—Pero volverémos pronto, padre.

—Vaya, vaya, no les dejo á Vds. marchar.

—Diré á V., Sr. de Azara. Hemos venido desde Calatayud aquí de un tiron y nos faltan que recorrer todavía los partidos judiciales de la provincia de Zaragoza, término por ahora de nuestro viaje. Deseaba darles algun descanso á mis jóvenes amigos, y por eso les hice venir aquí, y recorriendo la ciudad se han pasado bastantes dias durante los cuales han restaurado las perdidas fuerzas. Dentro de cuatro ó seis dias saldrémos para la excursion que le indico, la cual se prolongará un mes, lo mas. Regresamos de nuevo y pasamos todo el mes de diciembre, enero y febrero aquí, emprendiendo de nuevo nuestro viaje á principios de marzo.

—Siendo así, ya es otra cosa.

—De ese modo les evito la crudeza de la estacion por la parte de Huesca y el Pirineo, y estarán mejor dispuestos para las fatigosas caminatas que nos esperan.

—¿Es decir que piensan Vds. proseguir el viaje por la parte de Huesca?

—Sí señor; en el segundo viaje pensamos recorrer la provincia de Huesca, la de Lérida, la República de Andorra y la provincia de Gerona, dándole por término la capital del Principado.

—No está mal pensado, pero ya les aseguro que han de pasar buenas fatigas.

—¡Qué diablo!—repuso alegremente Pravia—para eso somos jóvenes.

—Mañana recorrerémos algunas calles de Zaragoza, adquirirémos algunas noticias complementarias respecto á la poblacion; pasado nos ocuparémos de Monte Torrero, Casa Blanca y...

—Y la torre de Bruil donde irémos por la tarde si Vds. quieren. — interrumpió el padre de Azara.

—Desde luego.

—Y si no hay otra novedad, despues marcharémos hácia Pina.

—Como Vds. gusten.

—Pues bien, ahora bajemos de aquí y vamos á ver si en casa nos tienen ya dispuesta la comida.

—Sí, que con esta ascension parece que se ha despertado el apetito.

Y tras estas palabras dieron comienzo á su descenso, llegando al poco tiempo á la casa de Azara donde efectivamente se les esperaba ya con la mesa dispuesta.

XLV.

La calle de la Traicion.—Leyenda.

—Vamos señores, ¿cuándo es la marcha?—preguntaba al dia siguiente Federico, el amigo de Azara, á nuestros viajeros.

—Segun nuestro inteligente guia ha dispuesto,—repuso Castro,—creo que muy pronto.

—¿Y qué direccion van Vds. á tomar?

—Nos quedan siete partidos judiciales que recorrer y he trazado un itinerario que aun cuando nos obligue á hacer algunos rodeos le creo el mas conveniente, puesto que vamos dando vuelta á toda la capital. Desde aquí irémos á Pina, y sucesivamente recorrerémos Caspe, Belchite, Daroca, la Almunia, Borja, Tarazona, Sos y Egea, regresando nuevamente á Zaragoza, donde descansarémos un buen espacio.

—No me parece mal.

—Quiero que lo hagamos en seguida porque la estacion avanza con rapidez, y algunas de esas localidades son excesivamente frias.

—Desde luego y bien es necesario que aprovechen Vds. el tiempo.

—Calculo que estarémos de vuelta para fin de noviembre.

—Ya puede ser. Y hoy ¿no salen Vds. á dar un paseito?

—Sí señor, quiero que nuestros forasteros adquieran algunas noticias complementarias que les son precisas para formalizar mejor sus apuntes.

—¿Dónde piensan Vds. dirigirse?

—Al acaso. Saldrémos sin direccion y verémos si en el camino tropezamos con algo que nos dé materia para hablar un rato.

—Vamos, yo tambien seré de la partida.

—Corriente, pues, vamos á la calle.

Momentos despues hallábanse los viajeros, acompañados de Federico, fuera de la casa de Azara, dando comienzo á su paseo.

Algunas calles atravesaron, hasta que de pronto dijo Federico:

—Hé aquí una calle que hoy lleva el nombre de un célebre personaje aragonés, y que segun la tradicion fue en otro tiempo testigo de un hecho doloroso, pero frecuente, en la época á que se refiere.

—Calle de Atarés,—dijo Pravia leyendo el nombre de la indicada calle.

—Este es el actual. Antes se llamaba de la Traicion, porque efectivamente, estrecha y oscura y sin puerta alguna, prestábase muy bien para cobardes empresas.

—¿Y qué tradicion es la que va unida á esta calle?

—Ya se la referiré, aun cuando muy sucintamente; pues he formado con varias, que en mis ratos de ocio he compuesto, un librito que titulo *Leyendas y tradiciones zaragozanas*.

—Supongo que no será abusar el pedirle á V. un ejemplar,—dijo Pravia.

—Tan luego como esté impreso le tendrán, tanto V. como sus compañeros.

—Se lo agradecerémos infinito.

—Ea, cuenta la tradicion, y dejémonos del libro ahora,—repuso Azara.

Federico dió comienzo á su relato en los términos siguientes:

. . . . . .

El término de la dominacion musulmana en Zaragoza se aproximaba.

El período de descomposicion que precede al aniquilamiento total, habia empezado para aquel pueblo á quien Abu-Giafar supo mantener en completa independencia, tanto de los cristianos, como de los almoravides.

Pero su hijo y sucesor Amad-Dola carecia del vigor y de la discrecion necesarias para continuar la marcha seguida por su padre.

D. Alfonso I el *Batallador* iba estrechando mas cada vez el círculo en que trataba de encerrar á la Sarakusta de los árabes.

Amad-Dola, temeroso de sus mismos vasallos, receloso de los almoravides, empezó por retirarse á Rotalyehud, ofreciendo su alianza al cristiano, para verse obligado ante las exigencias del *Batallador,* á fortificar la ciudad y prepararse para una resistencia tan desesperada como habia de ser la acometida.

La discordia habia penetrado ya en los muros de la perla del Ebro.

La debilidad primera de Amad-Dola irritó á sus vasallos.

Los almoravides dejaron tambien sembrada la cizaña entre los vasallos del sucesor de Abu-Giafar.

Y todas estas causas perturbaban de tal manera los ánimos, que el populacho falto de freno, desprestigiada ya la autoridad real y dividida la ciudad en bandos y rivalidades, cada dia las asonadas y los motines contribuian á franquear el paso á las tropas del rey D. Alfonso, á aquellos formidables almogávares que, descendiendo del alto Castellar llevaban la destruccion y el espanto por las fértiles campiñas de Zaragoza.

En esta agitada época, tuvo lugar el hecho á que la tradicion se refiere.

Zahara-Llemal era, como su nombre indicaba, la flor de la hermosura (1).

Hija de uno de los mas esforzados guerreros musulmanes, hacia poco tiempo que perdiera á su padre á consecuencia de las heridas que recibió en los campos tudelanos defendiendo á su rey, el padre de Amad-Dola.

Zahara-Llemal habia escuchado durante mucho tiempo las serenatas de los apuestos caballeros zaragozanos, sin que su blanca mano cogiera ninguno de los ramilletes que los enamorados galanes dejaban en el alfeizar de las ventanas de su palacio.

Y no era porque Zahara-Llemal tuviera el corazon insensible.

Ni tan poco porque estuviera ausente su bien amado y le hubiera jurado constancia eterna.

Zahara-Llemal, amaba.

Pero amaba una sombra, una ilusion, un fantasma, encantadora creacion de su mente, que le veia en su pensamiento, que solo en él tenia forma, y á cuya adoracion habíase entregado por completo.

(1) Zahara-Llemal, quiere decir, efectivamente, Flor de la hermosura.

Y como en los caballeros que la prodigaban sus galanterías, no encontraba la realizacion de su ensueño, de aquí que permaneciera sorda é indiferente á sus ardientes protestas.

Ni en las fiestas de cañas y sortijas del Coso, ni en los torneos y luchas del campo del Toro, ni en las brillantes cabalgatas de aquellos valientes caballeros al tornar vencedores de los cristianos, podia encontrar el bello ideal de su mente.

Y siempre que el *muedano* llamaba á los fieles á la oracion de *azobhi* (1), acudia á la mezquita é inclinada devotamente en el *mirab* (2) pedia fervorosamente á Dios que la presentase bajo humana forma aquel ser que contemplaba en su pensamiento solamente.

Y esta misma súplica la repetia á la hora de *adohar* (3) y á la de *alaja* (4), y mientras el *faqui* leia desde el *almimbar* (5) los *suras* (6) del Koran, suplicaba encarecidamente al Dios altísimo y único, que tuviera misericordia de ella.

Y los dias pasaban y Zahara-Llemal no encontraba la realizacion de su sueño.

Y sus mejillas perdieron el puro sonrosado de las rosas de Alejandría, sustituyéndole el pálido color de las azucenas de Alepo.

Y aun cuando seguia siendo siempre la flor de la hermosura, éralo de una hermosura triste y melancólica como el postrer rayo del sol.

Y cuando llegaba la noche, asomada á los *alizares* (7) de su retrete, buscaba en el cielo la estrella de su destino, para pedirle que tuviera piedad de ella.

Porque la hermosa niña sufria dolorosamente.

El espacio en que vivia, el sol que la bañaba, el ambiente que respiraba, todo carecia de encantos para ella.

El amado de su alma no abandonaba la mansion de su pensamiento por la natural existencia de la tierra.

Un dia, quiso salir á respirar el aire puro de la campiña.

Ahogábase en el interior de su palacio, ahogábase dentro de la ciudad, porque el aire que su corazon necesitaba no lo encontraba en ninguno de aquellos sitios.

Las primeras banderas de los cristianos acababa de aparecer en el lejano horizonte.

Tratábase ya por el rey *batallador* de poner cerco formal á Zaragoza.

Zahara-Llemal no comprendió el riesgo que corria aventurándose por aquellos campos y franqueó la puerta de los muros, seguida de seis esclavos.

Y profundamente abatida fuese alejando de la ciudad.

De pronto salieron de un espeso bosque de moreras, media docena de almogávares y lanzando su formidable *¡Aur! Aur!* arrojáronse sobre la doncella y su servidumbre.

Algunos de sus esclavos trataron de oponer resistencia, pero las *azconas* de los almogávares dejaron sin vida á dos de ellos y los restantes huyeron despavoridos.

Un grito de triunfo de los cristianos siguió al de desolacion lanzado por Zahara.

(1) Oracion de la mañana
(2) Adoratorio.
(3) Al medio dia.
(4) Oracion de la tarde.
(5) Púlpito.
(6) Versículos.
(7) Ventanas pequeñas.

Aquellos se apoderaron de su presa y trataron de arrastrarla hácia el bosque.

Pero de súbito, con el formidable alfanje desenvainado, arrojóse sobre los almogávares un ginete musulman.

Por medio de un poderoso esfuerzo de destreza y de agilidad inclinó el cuerpo, y cogiendo á la dama en el aire, atrájola junto á sí, y revolviendo su corcel al mismo tiempo, tendió, con las cabezas hendidas, á dos de los almogávares, y aprovechándose de la primera sorpresa y del espanto que en los demás causara, tomó la vuelta de la ciudad aguijoneando furiosamente á su cabalgadura.

En vano los almogávares lanzáronle sus mortíferos dardos.

El apuesto ginete salvó en un momento una gran distancia, tropezando en su camino con otro musulman que á toda rienda se dirigia tambien al lugar donde momentos antes estaba Zahara-Llemal.

Una mirada de odio lanzó este sobre el que llevaba en sus brazos á la jóven, y con voz rugiente le dijo:

— Suerte tuviste, Yahye, mas ruega á Allah que la misma te conceda el dia en que te alcance mi alfanje.

—¡ Guay de tí, Eben-Yusuf!— repuso el salvador de Zahara,— si otra vez te cruzas en mi camino.

Y prosiguió su carrera, y llegó á la ciudad, y franqueó sus puertas, y momentos despues depositaba su preciosa carga en el palacio que esta habitaba en la calle que nos ocupa.

Yahye-Ebu-Yahia era el mas gallardo y el mas valiente de los guerreros musulmanes.

El dia anterior habia llegado á Zaragoza de vuelta de la guerra con los cristianos.

Muchas lunas habia pasado léjos de su patria combatiendo, bien en Valencia, bien en Castilla, bien en Tudila (Tudela) contra las huestes de la cruz.

La casualidad le condujo al lugar en que tan grave riesgo corrió Zahara.

Al saber que los estandartes de las avanzadas del rey D. Alfonso habian aparecido en las inmediaciones de Zaragoza, salió de la ciudad con ánimo de escaramucear con los guerreros cristianos.

De pronto vió á lo léjos el cortejo de Zahara, y pudo presenciar la brusca acometida de los almogávares.

Entonces, fiando solo en su valor, apretó los acicates á los hijares de su corcel y cayó como un rayo sobre los terribles montañeses, cuando estos creian ya segura su presa.

Eben-Yusuf, era un guerrero almoravide, iracundo, altivo y vengativo que habia galanteado aun cuando inútilmente á Zahara-Llemal.

En los campos de batalla, las hazañas de Yahye habian siempre eclipsado las suyas.

Y para ahogar su despecho vínose á Zaragoza, donde quiso su mala estrella que se prendara de la jóven que, como sabemos, no podia amarle.

Rondando siempre su palacio, apenas supo que habia salido á pasear á la vega, fué en su seguimiento.

Y llegó tarde como ya hemos visto, y las frases que dirigió á Yahye, hijas eran del despecho y de la cólera que le causó ver, que otro que no él, habia conseguido prestar tan gran servicio á la señora de sus pensamientos.

Cuando Zahara se vió en su estancia y rodeada de sus esclavas, sintió una profunda alegría en su corazon.

Recapacitando sobre lo que acababa de sucederle, vió que el caballero que tan generosamente la habia salvado, se avenia perfectamente con la encantadora vision de su mente.

No tenia duda, Allah se habia compadecido de ella.

Ya no vió en su pensamiento al objeto de su amor.

Habíase transformado en un ser puramente material, habia escuchado sus ardientes frases, habia contemplado sus amorosas miradas.

Y Zahara sintió que un rocio dulce y bienhechor descendia sobre su corazon agostado.

Y á su benéfico influjo, todo su ser recobró nueva animacion y vida nueva.

Y corrió al ajimez, y á través de sus celosías fijó anhelante sus miradas en la estrecha y tortuosa calle.

Pero Yahye no estaba en ella.

El gallardo musulman habíase alejado de aquella casa con el corazon terriblemente agitado.

La hermosura de Zahara habíale impresionado profundamente.

Y sintió vehementes deseos de pasar por aquella calle, mas impidióselo un exceso de delicadeza.

Temia que se interpretase su curiosa solicitud por el afan de exigir el pago del servicio que acababa de prestar.

Y ahogó los impulsos de su corazon.

Zahara no se separaba del ajimez.

Y llegó la noche, y á la noche siguió el dia, sin que la jóven viera llegar á su bien amado.

Las serenatas se repitieron al pié de sus ventanas, los ramos de flores fueron depositados en los alfeizares de ellas, pero las flores fueron arrojadas á la calle y despreciadas las serenatas.

Eben-Yusuf, paseó vanamente por la oscura calle.

Zahara esperaba á Yahye, y Yahye no parecia.

Y no era porque el gallardo mancebo no tuviese deseos de hacerlo.

Moríase de amoroso afan, pero temia que fuese mal interpretado.

Zahara no acudió á la mezquita.

En vano el muedano habia llamado á las tres oraciones prescritas en el Koran.

Zahara no tenia oidos mas que para escuchar el rumor de los pasos de su amado, ni pensamiento mas que para él, ni ojos mas que para mirar la calle por donde esperaba verle aparecer.

Y de nuevo tornó á cerrar la noche y repitiéronse las músicas y las flores y Zahara permaneció tras del ajimez, indiferente ante las unas y las otras.

Únicamente, cuando el alba comenzaba á extender sus primeros resplandores, disipando las tinieblas de la noche, parecióle percibir rumor de pasos que resonaron dulcemente en su corazon haciéndole palpitar con extraordinaria rapidez.

Fijó su anhelante mirada en la calle, y una débil exclamacion de placer se exhaló de sus labios.

Yahye se adelantaba hácia la casa fijando una mirada en los calados ajimeces.

Miró las flores que habia en los alfeizares, y sacando despues de debajo de su alquicel un pequeño ramo de botones de rosa, azahar y siempre vivas, depositóle tímidamente entre los demás.

Y separóse algunos pasos contemplando el sombrío edificio.

Y entonces pudo ver una mano pequeña, fina, y un brazo mórbido y sonrosado, adornado con rica ajorca de pedrería, que saliendo por la entreabierta celosía cogió el ramo que acababa de dejar, depositando en su lugar, uno de pensamientos.

Yahye, no atreviéndose á dar crédito á lo que veia, vaciló durante un buen espacio.

Despues se aproximó al encantador alizar, cogió los pensamientos y los llevó á sus labios.

Dos alboradas mas, pasó por delante de aquella casa.

En cada una dejó un ramo de botones de rosa, azahar y siempre vivas, y recogió uno de pensamientos.

En la tercera, en vez de un ramo de flores encontróse con la misma Flor de la hermosura.

Zahara-Llemal estaba en el ajimez.

—Bendígate Allah, perla del cielo, luz de mi existencia, bendígate por el inmenso bien que me haces.

—Te esperaba há mucho tiempo, Yahye, antes de conocerte habíate mostrado el Dios omnipotente y misericordioso á mi pensamiento. Muchas lunas he pasado esperándote, y ya me parecia que el arcángel Azrraël (1) extendia sobre mi corazon sus fúnebres alas al sospechar que no me amabas despues de haberte encontrado.

—¡No amarte mi corazon, sol de los soles! ¡Oh! por piedad no digas eso; qué hermosa apareciste á mis ojos por la vez primera! pero mas bermosa me pareces ahora. No habia sospechado jamás que ojos de mujer pudieran irradiar tan dulcísimo placer, que labios tan peregrinos pudieran pronunciar frases tan encantadoras, que garganta humana pudiera modular tan amorosas palabras. ¡Oh! mi bien amada, paréceme que arde tu mirada, que abrasa tu aliento. Cuando te ví eras la hermosa mujer afligida y aterrada, ahora parécesme un arcángel de fuego, un genio de inmenso y ardiente amor.

—¡Oh! pero el sufrimiento de estos dias que estuve sin verte, ha marchitado las rosas de mis mejillas, ha impreso el morado melancólico del lirio en derredor de mis ojos.

—Y si á pesar de eso tu belleza, tan irresistible se me presenta ahora ¿quién podrá verte sin morir, cuando la dicha y el placer del amor le presten nuevos y mas poderosos encantos?

¡Oh! mi hermoso y valiente Yahye, solo para tí quiero mostrarme mas hermosa que

(1) El Arcángel de la muerte.

todas las mujeres, solo para tí le pido á Allah que preste á mi rostro la celestial belleza de las huríes, y creo que el Altísimo me lo concederá. Si tú supieras qué dias tan horribles he pasado, viéndote sin cesar en mi pensamiento y buscando en vano tu imágen sobre la tierra! ¡Cuánto he sufrido! ¡Cuánto he odiado! ¡Cuántas lágrimas he vertido! Pero hoy todo se ha borrado ya. Ahora que te veo, que te escucho, que de tu amor me has hablado, no hay dicha que igualarse á la mia pueda. Siéntome llena de alegría insensata, siéntome transportada á un cielo de ventura y de placer, de donde no quisiera descender jamás.

—¡Oh! no, amor mio, esencia pura de mi alma, hurí descendida del paraíso; no habrá poder humano que pueda arrebatarte á mi cariño. Tú serás la paz de mi alma, la alegría de mi alcázar, el genio del amor y de la felicidad que vivirá eternamente junto á mí.

Y todavía continuaron hablando los dos amantes un largo espacio hasta que los rayos del sol siguieron á los ténues resplandores de la aurora.

Y durante muchos dias repitiéronse las enamoradas entrevistas.

Y presto se supo que Yahye-Ebu-Yahia era el prometido de la encantadora Zahara-Llemal.

Semejante nueva fue acogida perfectamente por la corte y por el pueblo.

Porque Yahye era pariente de Amad-Dola, y su valor y sus virtudes habíanle granjeado el popular afecto.

Solamente una persona contemplaba rugiente de celos y desesperacion la inmensa felicidad de que el gallardo guerrero disfrutaba.

Y le envidiaba, y la envidia es terrible consejera.

Eben-Yusuf, eclipsado en los campos de batalla por los hazañosos hechos de Yahye, habia sido desdeñado por él en las amorosas lides.

Y un dia que hubo torneos en el campo del Toro, Yahye mostróse como siempre el esforzado guerrero, cuya pujanza era irresistible.

Eben-Yusuf, mas alentado por el odio que por la prudencia, salió á justar con el noble paladin.

Ambos rivales decidieron abandonar las armas corteses y el palenque del torneo trocóse para ellos en el terreno de un duelo á muerte.

Mas como siempre, la suerte no estuvo en favor del almoravide.

Gravemente herido cayó al suelo, y el pueblo que no amaba á los hombres de aquella raza, aplaudió frenéticamente su derrota.

Yahye aproximóse á su competidor herido, y le dijo:

—Eben-Yusuf, te perdono la vida, y es menester que te convenzas de que Allah está conmigo y que serán inútiles tus esfuerzos para poseer el cariño de Zahara-Llemal. Renuncia á ella.

—Jamás,—repuso con moribundo acento el feroz almoravide arrojando una postrer mirada de odio á su afortunado rival.

Y sacado fuera del palenque fué transportado á su casa, donde la ciencia consiguió triunfar de la grave herida que recibiera.

Dos meses despues, estaba curado.

Pero su odio no se habia extinguido.

Por el contrario, alzábase mas grande, mas terrible, mas potente y mas amenazador.

Y cuando supo que dentro de breves dias iba á unirse para siempre Yahye á la hermosa Zahara-Llemal, su furor y su envidia no conocieron límites.

Y cien proyectos de venganza se presentaron á su acalorada mente.

Desechaba los unos por inconvenientes y los otros por ineficaces.

Ninguno de ellos podia darle el resultado que apetecia, que era el amor de la encantadora musulmana.

Pero él no deseaba ya tanto el amor, como la venganza.

Puesto que no podia disfrutar la ventura tan inmensa de aquel amor, paraíso de delicias para un buen creyente, no debia tampoco disfrutarle otro alguno.

Y en este estado, pasaron algunos dias.

Y llegó la víspera del en que habia de verificarse el matrimonio de Yahye con Zahara.

Precisamente por entonces Alfonso *el Batallador* habia apretado de una manera extraordinaria el cerco de la ciudad.

El pueblo se amotinaba á cada momento.

Los bandos se hacian una guerra cada vez mas encarnizada y violenta.

El Monarca y todos sus partidarios, se veian hechos blanco del enojo popular.

Era la hora de la oracion de azobhi.

Los primeros resplandores del alba comenzaban á iluminar los altos alminares de Sarakusta.

Yahye-Ebu-Yahia decia á su amada, al pié de aquella misma ventana donde ella habia recogido su primer ramo de botones de rosa y azahar:

—Mañana, alma de mi alma, no habrá dicha alguna que pueda compararse á la mia. Bien me debia Allah esta compensacion por lo mucho que sufrí desde el momento en que te ví hasta que aceptaste mi cariño.

—¡Oh! amado de mi alma, no podia tu sufrimiento igualarse al mio. Yo te veia en mi pensamiento, me acariciabas, me sonreias, tus miradas se fijaban en mi con delicia, con placer. Y me prodigabas los mas dulces nombres, y, sin embargo, al buscarte sobre la tierra jamás te encontraba. Y llegó un dia en que ni aun en mí pensamiento te encontré. Corria ante la bruñida luna de plata, que de espejo me servia, y loca, desesperada, arrancábame mis vestiduras y veíame hermosa, muy hermosa, y me decia: Poderoso Allah, ¿acaso soy ahora menos bella que antes? ¿mi tez es menos blanca y menos nacarada? ¿Por qué, pues, permites que el amado de mi corazon me abandone? Y las lágrimas brillaban en mis ojos, y todo mi ser languidecia y el ángel de la agonía extendia sus melancólicas alas sobre mí.

—Cesa ya, esencia pura de mis amores, de recordar pasadas angustias. Solo la ventura nos aguarda; el genio del placer y del amor nos convida con sus misteriosos alcázares henchidos de inefables goces.

En este momento escuchóse á lo léjos formidable alarido, que contestaba al llamamiento que hacian los almuedanos desde las torres de las mezquitas.

—¿Qué sucede en la ciudad? – preguntó Zahara.

—Algun nuevo motin. Los cristianos cada dia nos estrechan mas, y el pueblo soporta mal las penalidades del sitio.

—Parece que el rumor se aproxima.

—¿Temes acaso?

—El Dios altísimo y omnipotente hizo débil mi corazon, mas no para los riesgos que amenazarme puedan, sino para los que á tí te amenacen.

—Flor de mis amores, aléjate de ese alizar que las turbas se dirigen hácia este sitio.

—Vete tú tambien.

—Vienen por distintos lados.

—Aléjate al instante.

—Imposible.

En este momento aparecieron por ambos extremos de la corta y estrecha calle, grandes grupos de musulmanes.

Al frente de uno de ellos iba el feroz Eben-Yusuf.

Al ver á Yahye exhaló una exclamacion de vengativa y rencorosa satisfaccion.

—Ved á Yahye-Ebeu-Yahia, el amigo y pariente del traidor Amad-Dola.

—¡Muera!—ahulló la escitada muchedumbre.

—Su valor se ha debilitado ante los halagos de una mujer; ella le ha hechizado; y el valiente guerrero deja enmohecer el poderoso alfanje mientras el cristiano cerca nuestros muros.

—¡Que mueran él y su amada!

—Sálvate, Yahye, amado mio,—gritó Zahara trémula de espanto.

—Venid, cobardes,—dijo Yahye desenvainando el acero.—Ven si te atreves, Eben-Yusuf, ven aquí, villano, que necesitas rodearte de esas turbas extraviadas para insultar á quien envidias.

—¡Que muera!—gritaron los musulmanes.

—Matadme en buen hora, que solo así podrá vencerme ese cobarde que os manda. Bien sabe Allah que solo por medio de la traicion y de la infamia fuera vencido Yahye-Ebeu-Yahia por Eben-Yusuf.

Zahara no podia articular una frase.

El temor habia paralizado su lengua.

La muchedumbre, escitada por el almoravide, arrojóse sobre Yahye.

Corto fue el combate.

El valiente caballero cayó al suelo, escapándosele la vida por las cien heridas que en su cuerpo abrieran las homicidas armas.

En sus postreros momentos, todavía pudo su voz dominar la de sus asesinos, diciendo:

—Maldito seas, Eben-Yusuf, solamente por la traicion pudieras vencerme y de ella te has valido como un cobarde que eres.

— ¡Ahora ella!— vociferó la turba que comenzaba á embriagarse con el olor de la sangre.

Y en un momento aquellos hombres feroces saltaron por los alizares del palacio.

Zahara-Llemal permanecia inmóvil.

Vióles aproximarse sonriendo, y sonriendo, cayó al suelo bañada en su propia sangre.

Desde allí la multitud se dirigió á otro sitio.

Poco despues solo quedaba en la estrecha y oscura calle un musulman, dirigiendo alternativamente sus miradas á Yahye y á Zahara.

Era Eben-Yusuf.

De repente exhaló una carcajada horrible, satánica, estridente.

Despues echó á correr, dando alaridos, hácia el interior de la ciudad.

Se habia vuelto loco.

. . . . . .

Desde entonces, y tanto por esto como por otros hechos análogos que tuvieron lugar en esta calle, despues de la reconquista de la ciudad, llamóse de la *Traicion*.

XLVI.

Paseo por los afueras de la ciudad.—El arrabal.—Puente de piedra.

Los viajeros habian visto ya cuanto en Zaragoza habia verdaderamente importante.

La misma tarde del dia en que Federico les recitara la bellísima leyenda que han visto nuestros lectores, dirigiéronse acompañados por el padre de Azara hácia el magnífico puente de piedra con objeto de pasar al Arrabal.

—Van Vds. á ver una de las mejores obras de Zaragoza y despues disfrutarán de una preciosa perspectiva.

—Sí que he oido hablar del famoso puente de piedra.

—No puedo decirles mas sino que el puente es digno del rio.

—Con eso está hecho su elogio mas cumplido.

Efectivamente, el Ebro necesitaba una obra de la índole de la que nos ocupa, para poder ser dominado.

Siete arcos facilitan el paso de las aguas, teniendo el del centro 48 varas de diámetro por 122 piés de longitud, siendo corta la diferencia que entre los demás existe.

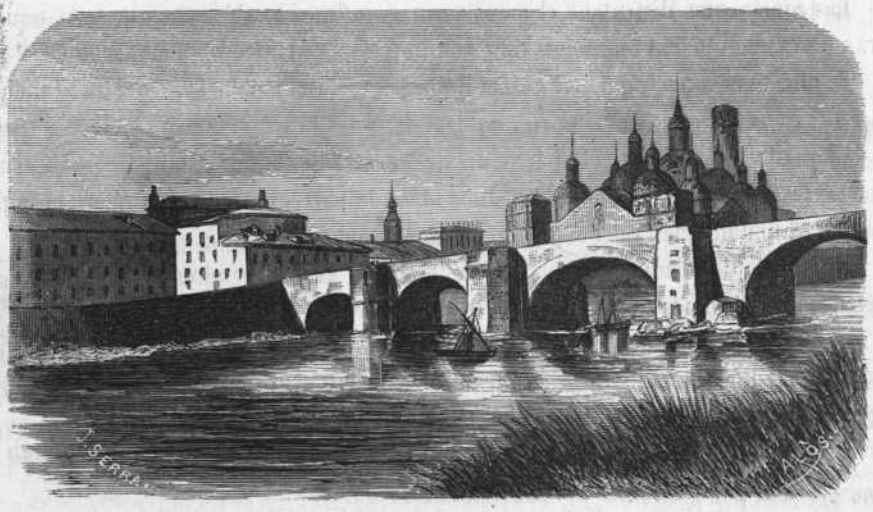
Segun una inscripcion que habia colocada en él, suponíase su construccion en 1437 bajo el patrocinio de Alfonso V de Aragon, pero la tradicion que á él va aneja, demuestra que su primitiva construccion data de mayor antigüedad.

Dícese que el dia en que el ángel de la Victoria dejó de cernerse sobre las banderas de Aragon, en Italia, á la par que el Monarca quedaba prisionero de los genoveses con su hermano Juan de Navarra, el penúltimo arco del puente hundióse con pavoroso estruendo, causando la muerte de cinco personas, como si tratase de anunciar, cual la tradicional campana de Velilla que tambien sonó por ese tiempo, la desdicha del magnánimo Rey de Aragon.

Semejante acontecimiento tuvo lugar en agosto de 1435, luego si en esta fecha existia ya el puente, no pudo construirse dos años despues.

Lo mas probable parece que en esta fecha y ya libre el rey D. Alfonso, se dedicase á reedificar una obra de tanta importancia para la capital de sus estados.

Y acaba de confirmar la idea de que el puente existia ya en ese tiempo, que en el Archivo municipal, en un registro de privilegios del siglo XIV que en él existe, hállase un documento de Pedro IV á once de las kalendas de setiembre de 1341, por el cual y á peticion de los jurados, se amplia por cinco años mas la exencion del impuesto á Mahoma Macoela, artífice moro, y maestro á quien estaban encomendadas las obras de él y al cual ya se le habia hecho aquella exencion, por otros diez años.



Puente de piedra sobre el Ebro.

En 1659 se conoce que la obra sufrió averías de tal consideracion, que fue necesario encomendar su reedificacion al arquitecto rosellonés Felipe de Busignac, ascendiendo el coste de los trabajos que entónces se hicieron á 535,252 sueldos, 4 dineros jaqueses.

En la famosa retirada de las tropas francesas en 1814, como si no fueran bastantes los daños causados anteriormente á la heróica ciudad, con objeto de asegurar su fuga, volaron uno de sus arcos que fue compuesto inmediatamente.

Los jóvenes estuvieron largo rato admirando tanto, la buena construccion, cuanto el magnífico panorama que á su vista se extendia.

Despues penetraron en el Arrabal recorriendo algunas de sus calles.

Magnífico es el golpe de vista que se disfruta desde la plaza de Altabás situada en el sitio que acabamos de indicar.

De allí parten los caminos que conducen á Cataluña, á Huesca y á Barbastro, y la mirada se pierde en aquel inmenso tapiz de verdura cuyos límites forman el sombrío Pirineo cubierto constantemente de nieve.

En otro tiempo alzábanse en estos lugares, grandioso y altivo el uno, sencillo y modesto el otro, dos grandes edificios.

El primero ha desaparecido, mas por las injurias de los hombres que por el peso de los años; el segundo subsiste todavía.

Era aquel el monasterio de San Lázaro fundado en 1224, por D. Jaime el *Conquistador*.

Al objeto sin duda de que su obra tuviera constantemente un espejo digno de ella para contemplarse, abrió sus cimientos á la orilla del Ebro, y de tal modo enriqueció su fábrica, tanto exterior, como interiormente, que con razon era uno de los notables monumentos de Zaragoza.

En una de las capillas hallábase la milagrosa imágen de la Vírgen de la Misericordia; en los subterráneos estaba la famosa puerta llamada de San Martin, en la cual resonaban los tres golpes misteriosos tres dias antes de fallecer un religioso de la Órden.

Las rentas que disfrutaba el monasterio eran considerables; hoy de toda aquella grandeza, solo quedan montones de escombros que lentamente va arrebatando el rio.

El otro es el convento de religiosas Franciscas, fundado en 1517 por D.ª Juana de Reus.

Contigua á él se hallaba la parroquia de Nuestra Señora de Altabás, pero destruida por los franceses en los memorables sitios, tuvo la parroquia que demandar hospitalidad á la humilde iglesia del convento, donde actualmente existe.

—¡Diablo de hombre!—exclamaba el anciano Azara oyendo á D. Cleto dar estos detalles á sus jóvenes oyentes — todo lo sabe.

—No todo, amigo mio, no sé mas que algo de lo mucho que he leido. Y á propósito—prosiguió D. Cleto indicando un torreon que se distinguia desde el lugar en que se hallaban y cási frente á la estacion del ferrocarril de Barcelona, ¿sabe V. qué edificio era aquel?

—Ya lo creo, las ruinas del convento de Jesús.

—¿Y qué mas?

—Hubo en él frailes franciscanos y...

—Pero ¿no conoce V. nada de su fundacion ni de un hecho histórico ocurrido en él?

—¡Otra! ya le he dicho todo lo que sabia. Ese convento fue teatro de encarnizados combates durante los sitios de Zaragoza y quedó arruinado á consecuencia de ellos. Frente á él estaba el magnífico puente de tablas que segun tengo oido, desapareció á consecuencia de una gran avenida que tuvo el rio.

—Es muy cierto, pero hay algo mas referente á ese convento.

—Lo ignoro.

—Dícese que el orígen de ese monasterio se debe á la llegada á Zaragoza, allá á mediados del siglo XV, de dos Padres franciscanos que traian la mision de extender las doctrinas de su maestro por estos lugares.

La estacion era crudísima, el frio insoportable y los dos frailes hicieron una especie de choza con el seco ramaje, en la cual se guarecieron.

Para atenuar un poco el rigor de la temperatura, encendieron un haz de leña, mas el viento era tan impetuoso, que presto se comunicó el fuego á los jarales inmediatos,

propagándose con extraordinaria rapidez, y siendo necesario que acudieran todos los labradores del contorno, para poderle cortar.

Los pobres frailes fueron arrojados ignominiosamente por el propietario de aquel terreno, que se llamaba Pedro Ferriz de Gabin, y maltratados con extraordinaria dureza; mas á creer á la tradicion, presto halló el castigo de su inhumana conducta.

Aquel año secáronse todas las tierras del iracundo Gabin.

Entonces se arrepintió de su implacable proceder y procuró enmendarlo y fundó el magnífico monasterio de Jesús (1).

—Pues señor, bien dice el refran—exclamó el anciano Azara, «que jamás se acuesta uno sin haber aprendido alguna cosa nueva.»

—¿Y cuál es el otro acontecimiento que tuvo lugar en ese monasterio?

—El haber servido de posada en 1599 á Felipe III cuando despues de haber celebrado sus bodas, pasó por Zaragoza. En ese santo asilo permaneció hasta que se hubieron quitado las cabezas de varios nobles que se veian sobre las puertas de la ciudad, como señal terrible de la venganza del segundo Felipe.

Al convento de Jesús acudieron algunos parientes de aquellas desdichadas víctimas cuyo único delito habia consistido en defender sus fueros, protegiendo y amparando á Antonio Perez, en demanda de que se quitasen aquellos sangrientos despojos del lugar en que se hallaban, borrándose los letreros infamantes que debajo de las cabezas se veian.

Felipe III accedió á la justa demanda, y mandó restituir los bienes que hasta entonces permanecieron confiscados á los descendientes de aquellos desgraciados.

Segun habia dicho muy bien el padre de Azara, frente al monasterio existió el gran Puente de Tablas, que era de una gran importancia en aquella época.

Hoy solo restan de él los machones en que se apoyaba, pues en 1798 y 99 dos grandes avenidas del Ebro lo destruyeron por completo.

Con esto terminó el relato de D. Cleto.

El anciano Azara completó las noticias que acababan de adquirir los amigos de su hijo, diciéndoles que en el Arrabal existen escuelas de ambos sexos, y que la calle de Ibort que se halla en este sitio, conmemora la memoria del famoso Jorge Ibort célebre y rico labrador zaragozano que en la guerra de la Independencia realizó innumerables proezas, mostrándoles en la calle del Rosario la casa donde el honrado patricio exhaló su último suspiro.

XLVII.

Puerta de Santa Engracia.—Paseo de la Lealtad.—Paseo de la Mina.

Á la expedicion hecha al Arrabal, siguió al dia siguiente la dirigida á Torrero.

Atravesaron los viajeros el famoso salon de la Independencia que se extiende desde la plaza de San Francisco hasta la puerta de Santa Engracia, y que constituye una de las magníficas calles que existen, tanto por sus dimensiones, cuanto por los edificios que contiene.

Dos calles laterales que sirven para el paso de carruajes y una central que facilita el tránsito á la multitud, constituyen la espaciosa via, viéndose cubiertos los costados del salon del centro, por frondoso arbolado, fragantes rosales y elegantes faroles y jarrones.

Desde el palacio de la Diputacion provincial á la calle del Parque, los modernos

(1) Murillo, *Excelencias de Zaragoza.*

edificios alzados en aquel espacio, forman una línea de soportales, constituyendo un paseo cubierto muy á propósito para los dias de lluvia, siendo de deplorar que en el lado opuesto no se haya seguido el mismo órden en la construccion, con lo cual hubiera ganado mucho la mencionada via.

Teatro de sangrientas escenas durante los sitios de Zaragoza, el espacio que hoy recorre con admiracion el viajero ofrecia solamente un vasto monton de humeantes escombros, cuando los franceses penetraron en la siempre heróica ciudad.

En este lugar se encuentra la antigua Santa Engracia de que ya hemos hecho mérito en otro lugar.

Con pavoroso estrépito derrumbábanse las soberbias naves del suntuoso templo bajo el peso de los terribles proyectiles franceses, y el incendio hacia crujir las robustas vigas y destruia los primorosos artesonados.

Solo resta aquella riquísima fachada, como si el homicida hierro hubiera respetado la sublime concepcion del genio de Morlanes.

La puerta de Santa Engracia, ó mejor dicho, el arco de triunfo conmemorativo de las hazañas de los valientes zaragozanos en aquellos terribles dias, mandado construir por Fernando VII en junio de 1819, alzábase en este sitio, pero suspensas las obras en 1835 quedóse sin terminar, hasta que el Ayuntamiento decidió sustituirles con la elegante verja de hierro que se halla junto al puente de Santa Engracia y que constituye una de las tres puertas que hoy quedan subsistentes en Zaragoza.



Puerta del Cármen.

Paseo de la Lealtad se llama el espacio de ronda comprendido entre la puerta de Santa Engracia y la del Cármen, monumento respetado en gracia de los heróicos hechos de que fue testigo en 1808 y 1809.

El bullicioso y agitado Huerva deslízase por esta parte de la campiña entre espesos olivares que esmaltan sus orillas, viéndose frente á la puerta del Cármen el camino de Valencia que facilita el paso hasta la *Casa Blanca*.

Allí tambien se encuentra el antiguo convento de Capuchinos fundado en 1602 por Juan de Morales, y que arruinado por los franceses reedificóse en 1830 para que le habitasen sus antiguos poseedores, quedando nuevamente abandonado en 1835; hoy sirve de cuartel.

Tambien entre la puerta de Santa Engracia y la que en otro tiempo se llamaba Puerta Quemada, encuéntrase el paseo de la Mina, llamada así, porque en este sitio abrieron los franceses la mina para volar el monasterio de Santa Engracia, siguiendo el curso del Huerva bajo frondosa bóveda, espeso y rico arbolado, hasta la moderna del Duque de la Victoria.



Puerta del Duque de la Victoria.

El Excmo. Sr. D. Juan Bruil ministro que fue de Hacienda durante el bienio de 1854 á 1856, y uno de los mas ricos capitalistas de Zaragoza, cedió generosamente el sueldo del tiempo en que desempeñó aquel cargo, para la construccion de la mencionada puerta del Duque, rindiendo de este modo cariñoso testimonio de afecto al ilustre pacificador de España, y dotando á su patria de un elegante y sencillo monumento.

En este espacio encuéntranse una porcion de casas denegridas y de deplorable aspecto, sobre cuyos tejados elévase el abside de la iglesia de San Miguel.

Encantador es el panorama que se extiende ante la absorta mirada del viajero desde aquel sitio.

El rio besa cariñosamente el pié de los árboles del paseo, mientras que en la opuesta orilla, dilátase riquísima campiña destacándose sobre la verde alfombra del suelo, el verde oscuro de los olivos esmaltado á trozos por los matices mas claros de los árboles frutales.

De límite sirve á este precioso cuadro el pintoresco Monte Torrero, elevándose sobre aquellas caprichosas cúpulas de verdura, la atrevida cúpula de piedra de la iglesia de San Fernando, que segun la feliz comparacion de un elegante escritor contemporáneo «parece la hinchada vela de una barca latina surcando por un océano de follaje.»

Verdes ó rojizas colinas acaban de servir de marco á tan encantador paisaje alzándose entre aquel mar de plata y esmeralda, entre los murmuradores rios y la florida campiña la famosa Cesaraugusta de los romanos, la Sara-Kusta de los árabes, y la moderna Zaragoza, llena de históricos recuerdos y regada con la sangre de millares de héroes.

XLVIII.

Torrero. — Casa Blanca. - El Canal Imperial.

A una aglomeracion de casas de Campo ó *Torres*, como se las llama en el pais, edificadas por la montaña, debe su nombre el llamado Monte Torrero.

Pobre era la vegetacion de este sitio antes de que se realizase la obra del inmortal Pignatelli á quien Zaragoza debe tanto.

Hoy merced al benéfico influjo de las aguas del Canal, la vegetacion es rica y vigorosa, y Torrero es uno de los sitios de recreo mejores que la reina del Ebro posee.

Jardines deliciosos, paseos agradables y una bonita aun cuando reducida poblacion se encuentra allí.

Fonda, tiendas de comestibles, y una iglesia bajo la advocacion de san Fernando, y cuya fachada es verdaderamente notable, perteneciendo al órden jónico, y la cual se halla bajo la jurisdiccion del obispo de Huesca, es lo que el viajero encuentra en aquel lugar lleno de encantos.

Los tres edificios que en otra época sirvieron para los empleados del Canal, hoy se hallan destinados á cuartel.

Simétricas calles y plazuelas formadas por los edificios que bien sirven de albergue á los dependientes del Canal, bien para talleres, almacenes, etc., constituyen el casco de la poblacion.

En la plaza hay dos magníficos diques cubiertos que sirven, el uno, para conservar los barcos que cruzan el Canal, y el otro para el carenage de los mismos.

Deslízanse las aguas del Canal dejando á su izquierda la ciudad, y su fértil vega por entre ásperas colinas y horrendos precipicios.

El atrevido puente llamado de América, porque se ocuparon en su construccion en 1815 los soldados de aquel regimiento, cruza el Canal por medio de un solo y atrevido arco.

A la derecha de Torrero despues de cruzar el bonito paseo llamado de los Ruiseñores, encuéntrase el *Cabezo de Buena Vista*, desde cuyo sitio se disfruta de una de las perspectivas mas admirables que imaginarse puede.



Iglesia de Monte Torrero.

De igual manera en el opuesto lado se eleva el *Cabezo Cortado*, y la vista asombrada se extiende por la extensa campiña, cortada á trozos por las aguas del Ebro y del Gállego, de cuyas orillas se eleva la ciudad retratándose en sus cristales.

Siguiendo el curso del Canal, el terreno va poco á poco escalonándose formando un ancho barranco.

Sangrientos recuerdos de encarnizada batalla conserva este sitio.

Temim, walí de Valencia, acudió en socorro de los musulmanes zaragozanos, y pensando caer de improviso sobre la hueste de Alfonso el *Batallador*, fue atacado por él al atravesar el Huerva, sucumbiendo allí la flor de la morisma valenciana, pudiendo con gran trabajo salvarse el mismo Temim.

Nueva sangre empapó el lugar que recorremos, en posterior época.

Felipe V volvia desde Cataluña con su ejército derrotado, al objeto de rehacerle en Castilla.

Iba ya á traspasar el Ebro, cuando presentáronse los austríacos mandados por el mismo archiduque Cárlos.

Desiguales eran las fuerzas y desventajosa la situacion para Felipe, mas no tuvo otro remedio que aceptar la batalla.

Presto se pusieron en dispersion sus soldados, y refugiados en el fondo del barranco, vieron dirigidos contra ellos sus propios cañones.

Horrible fue la matanza que hubo en este sitio.

Felipe V tuvo que disfrazarse con el uniforme de un oficial de guardias, y de este modo llegó á una torre que todavía subsiste á la entrada del paseo de los Ruiseñores por la parte de Cuellar, en demanda de un guia.

Refiere la tradicion que el Rey se descubrió al fin al torrero, el cual supo mostrarse tan honrado y leal, que mereció en premio de su accion, que Felipe le colmara de honores.

A consecuencia de la horrible mortandad que tuvo lugar en el mencionado sitio, quedóle la lúgubre denominacion de «Barranco de la muerte.»

A corta distancia del Canal y sobre la carretera de Valencia, hállase la gran casa parador y el delicioso sitio que la circunda, conocida bajo el nombre de *Casa Blanca*.

La primera denominacion fue la de Casa de san Cárlos, y sirvió de albergue á los empleados del Canal.

Encantador es el sitio y agradablemente convida á reposar disfrutando de tan delicioso lugar.

Una gran fuente de dos caños se halla á corta distancia, leyéndose en ella la siguiente inscripcion:

D. O. M.

Incredulorum convictioni et viatorum commodo. Anno MDCCLXXXVI.

Pignatelli como todos los grandes genios tenia detractores é incrédulos que decian que jamás podria conseguir que llegasen las aguas á la ciudad.

Cuando esto fue un hecho, cuando una comision de la Sociedad Aragonesa fué á recibirlas el dia 24 de octubre de 1782, mandó poner á esta fuente la inscripcion que hemos copiado y que tan expresiva es.

Tres exclusas se hallan próximas á la fuente, de 5 metros 47 centímetros de latitud bajando las aguas 5 m. 57 c.

Cerca del lugar en que nos hallamos hay un molino harinero y un batan con ocho pilas, y no muy léjos de la carretera se encuentra la alcantarilla de la Romarera donde las aguas recobran su nivel y la almenara de desagüe llamada de Nuestra Señora del Pilar.

Todas estas obras, verdaderamente admirables con las demás de menos entidad, tuvieron de coste 4.645,000 reales.

En el camino de Torrero á Casa Blanca se halla el grandioso puente acueducto que da paso por encima á las aguas del Canal, y por debajo facilita ancho y despejado camino que une aquellos dos sitios.

El diámetro mayor de su arco es de 40 piés; su altura desde la solera del rio, 20 y la anchura del Canal 34.

Los pretiles ó andenes son anchos de 9 piés, y toda la obra es digna de admirarse.

Los viajeros pasaron segun confesion que hicieron posteriormente á las personas con quienes trataban en Zaragoza, una de las mejores tardes de que habian disfrutado en su vida.



Puente del Canal Imperial.

Efectivamente en ella pudieron admirar no solamente el poderoso esfuerzo del ingenio humano, sí que tambien las espléndidas galas de la naturaleza.

Bellas perspectivas, históricos recuerdos, obras del arte, todo lo encontraron en aquel paseo, del cual conservaron muchas y agradables impresiones.

Ya no les quedaba nada que ver en Zaragoza.

Aquella noche la dedicaron única y exclusivamente á adquirir las noticias complementarias que respecto á la ciudad les faltaban.

XLIX.

El Puente colgante.—La Torre de Bruil.

Al dia siguiente encontráronse nuestros amigos con que tampoco podian abandonar á Zaragoza segun tenian pensado.

Su guia recordó que les faltaba ver el puente colgante, y Federico, el amigo de Azara, fué á buscarles para acompañarles á la famosa Torre de Bruil.

Estas dos visitas hiciéronles demorar su partida de Zaragoza un dia mas.

Ambos objetos bien merecian la pena de que los viajeros se detuvieran aquellas veinte y cuatro horas.

Sobre el rio Gállego á no muy larga distancia de Zaragoza, hállase el puente colgado llamado de Santa Isabel.

Cuatrocientos noventa y un piés de longitud por 25 de latitud tiene la obra en cuestion, siendo de un solo tramo, el cual sostienen soportes de hierro colado movibles en su base.

De una décima parte de su anchura es la flecha de la parábola que forman sus cables, que lo mismo que las péndolas están hechas de alambre del número 18.

Un doble entablado que se apoya sobre viguetas de madera que á su vez se sostienen en las péndolas de los extremos, forma el piso.

El puente fue construido por el ingeniero francés Mr. Luis de la Martinière, bajo la inspeccion inmediata del ingeniero jefe del distrito.

Las fuertes avenidas del rio le destruyeron, habiendo tenido necesidad de reconstruirle nuevamente.

La Torre de Bruil, hállase extramuros de la poblacion en el barrio llamado de las Tenerías.

Verdaderamente que cualquier persona que visite á Zaragoza, no debe dejar de ver semejante finca que disfruta de una gran fama en nuestro país.

Plantas de los trópicos, variedades extraordinarias en arbustos y flores, encuéntranse por doquiera en el magnífico jardin donde existen estufas ó invernaderos con arreglo á los mas modernos adelantos.

El trazado de los jardines, los grandes cuidados que ha debido necesitar la aclimatacion de ciertas plantas, la hábil distribucion y el buen órden que reina en ellas, demuestra claramente la inteligente direccion de la persona que se halla al frente.

La botánica, la horticultura y la floricultura, están perfectamente representadas, sin que por esto dejen de contribuir de una manera poderosísima para el general embellecimiento de aquel delicioso sitio, los estanques donde se agitan millares de pintados pececillos y las pajareras donde se encuentran aves de cien colores, de países distintos y de cantares diversos, que lanzan al aire sus trinos, sus graznidos ó sus encantadoras melodías.

Tambien se encuentra en el jardin la indispensable casa rústica, de un gusto extraordinario; hay otra construida á la inglesa, montaña rusa, laberinto, fuentes y dilatados paseos, que contribuyen á recrear agradablemente al visitante y que hacen al conjunto segun ya hemos manifestado, uno de los lugares mas deliciosos con que cuenta la capital de Aragon.

Multitud de personas acuden diariamente á visitar la Torre de Bruil, costando la entrada en ella solamente la módica cantidad de un real.

L.

Noticias complementarias.

Zaragoza capital de la provincia de su nombre y corte del antiguo reino de Aragon, Capitanía general, Arzobispado y Audiencia territorial, encierra en su seno el gran número de empleados consiguientes á la categoría que ocupa entre las demás provincias.

Todos los edificios donde se encuentran las distintas dependencias del Estado, bien suprimidos conventos ó bien antiguos palacios de nobles señores aragoneses, reunen las condiciones necesarias para el objeto.

El ramo de Beneficencia perfectamente atendido, posee varios establecimientos dignos de elogio tanto por sus buenas condiciones higiénicas, cuanto por la buena administracion y por el esmerado trato de que son objeto los desgraciados que encuentran en aquellos asilos, albergue ó alivio á sus dolencias.

La instruccion pública, base de la moralidad y cultura de una poblacion, cuenta con un buen número de escuelas costeadas por los fondos municipales, y existiendo tambien bastantes, particulares, dirigidas por entendidos profesores que las tienen á la altura de las mejores del extranjero.

Además de la biblioteca de la Universidad que se halla establecida en el mismo edificio y que cuenta con mas de 30,000 volúmenes existe la del Seminario sacerdotal que posee otros 20,000 y la del Colegio de Abogados.

Zaragoza posee una Academia de nobles y bellas artes llamada tambien de San Luis, que desde su fundacion en 1793, estuvo unida á la Sociedad de Amigos del País que se fundó en 1784.

En el año de 1849, separáronse ambas sociedades quedando establecida la que nos ocupa en el antiguo convento de Santa Fe, y donde se hallan las clases de pintura y escultura y las ricas colecciones de cuadros, bocetos y estatuas.

Los dias festivos y prévio permiso del Director, pueden visitarse los salones de escultura y pintura.

Tambien existe segun acabamos de indicar la Sociedad Aragonesa de Amigos del País, ilustre cuerpo que desde su fundacion ha venido fomentando los intereses del país, y á quien es deudora la provincia de grandes beneficios.

Como círculos y sociedades de recreo cuenta Zaragoza con el *Casino Principal*, que es el punto de reunion de la mas elevada sociedad de la poblacion, y que como ya tenemos indicado, se halla establecido en el Coso en el antiguo palacio del Conde de Sástago.

El *Círculo Zaragozano*, es otra de las sociedades particulares que cuenta con un gran número de socios, teniendo su local en la calle de la Torre Nueva.

En el Coso y frente á la Audiencia está el *Casino Mercantil*, que como su título indica, es el punto de reunion de los comerciantes, industriales y propietarios.

Además del Teatro Principal del que hemos hablado en otro lugar, existen el de Variedades que se halla en la calle de la Torre Nueva y que suele funcionar algunas temporadas.

El salon Teatro de Novedades establecido en la calle de la Independencia, sirve á la par que de Teatro de circo ecuestre.

Tambien hay el Teatro del Circo, que está destinado para bailes que tienen lugar en los dias festivos.

El movimiento literario de Zaragoza está reducido cási exclusivamente á la prensa periódica, contándose entre los periódicos que ven la luz pública, algunos muy antiguos y acreditados como *El Diario de Zaragoza*.

Gran número de posadas existian en otro tiempo en Zaragoza, consecuencia natural de la arriería y carruajes de todas clases que hacian las carreras de Madrid, Barcelona y Navarra, pero desde el establecimiento de las vias férreas han disminuido notablemente.

Sin embargo, aun quedan algunas bastante buenas y que obtienen alguna regular concurrencia.

Natural es que en poblacion donde existe gran número de empleados y Universidad, las casas de huéspedes abunden, y efectivamente, en la ciudad hay muchas y buenas, mereciendo especial mencion la de la Navarra, la de Pelaez y alguna otra.

No debemos omitir las dos fondas del Universo que es la antigua de las Cuatro Naciones, y la de Europa, tanto por las comodidades de los edificios en que se hallan, como por el buen trato y esmerada asistencia que en ellas obtienen los viajeros y lo módico de sus precios.

LI.

Agricultura, industria y comercio.

La principal riqueza de Zaragoza estriva en la agricultura, siendo aquel terreno tan feraz y próvido, por decirlo así, que sus producciones varian desde las peculiares á los helados climas del Norte hasta las exclusivas de la region meridional.

La laboriosidad de los labradores aragoneses, ayudada poderosamente por la afluencia de aguas, ha conseguido vencer algunas dificultades, y lo mismo en granos que en caldos, en frutas que en hortalizas, las recolecciones son abundantes y las calidades esquisitas.

Esto, como es consiguiente, tras de permitirles abastecer abundantemente sus mercados, les facilita exportar grandes cantidades del sobrante, tanto para las demás provincias cuanto para el extranjero.

La industria, una vez que cuenta ya con este poderoso elemento, ha creado en virtud de las necesidades de él, fábricas, entre las que merecen especial mencion, las harineras de Villarroya y Castellano, de Almech é hijos, de Marraco, de Sala, y otras, almazaras ó molinos aceiteros, y las varias que sirven para bonificar los productos agrícolas.

Pocas son las que de tejidos existen, y de deplorar es que no se utilice cual debiera aquella abundancia de aguas tan beneficiosa para la industria en general. Entre esta clase de fabricacion debemos mencionar el establecimiento de la señora Viuda de Ascobereta y la de los Sres. Escudero hermanos.

Además existen fábricas de aserrar maderas, de cerveza, de velas y cerillas fosfóricas, de aguardientes, de yeso y de vidrio; pero no en la proporcion que dan derecho á esperar las favorables condiciones de aquel suelo.

El comercio es de bastante importancia, haciéndose grandes negociaciones mercantiles, pues la circulacion de sus productos y la importacion de los artículos de que ca-

rece y atraen las necesidades de una poblacion como Zaragoza, presta ancho campo para ello.

Tambien existe su sociedad ó gremio de ganaderos, llamada en lo antiguo Cofradía de san Simon y san Judas.

La casa Mesta de ganaderos, situada frente á la iglesia de San Andrés, fue construida en el siglo XVI.

La Asociacion ó cofradía, fundóse en el año 469, siendo pontífice san Simplicio y rey de España Teodorico II, subsistiendo hasta la invasion de los árabes.

El capítulo general se compone de todos los ganaderos vecinos de Zaragoza y los de los doce pueblos inmediatos, que tienen mancomunidad de pastos.

Al arrebatar la ciudad al poder de los árabes el rey D. Alfonso el *Batallador*, cedió todos sus montes y términos á los vecinos que la habitaban y á los nuevos pobladores, lo cual fue posteriormente confirmado por D. Jaime el *Conquistador*, haciendo de ello una ley especial D. Pedro III.

Sin embargo, aquellos montes no podian atender al sostenimiento de los ganados, y fue necesario que los ganaderos se reunieran, formando la casa Mesta, al objeto de fomentar sus ganados proporcionándoles los elementos necesarios para ello.

Los jurados, en 1349, designaron un espacio para que sirviera de parizon á las ovejas, mas no bastando esto, hubo que recurrir á la formacion de parideras y dehesas que vinieron á constituir la propiedad que todavía hoy se conserva.

Mas á pesar de esto el número de cabezas de ganado que, á principios del siglo actual se elevaba á la cifra de ciento veinte mil , por efecto de las guerras que desde aquella época ha ensangrentado nuestro territorio, ha disminuido en términos, que hoy apenas si llegan á cuarenta mil.

LII.

De Zaragoza á Pina.—La campana de Velilla.

Pina, cabeza del partido judicial de su nombre, es una villa colocada á la izquierda orilla del Ebro sobre un llano, disfrutando de un clima bastante benigno.

Poblacion esencialmente agrícola, carece por completo de importancia artística y monumental.

De igual manera, su pasado tampoco encierra ningun hecho importante, ninguno de esos acontecimientos que forman época en la vida de un pueblo.

Sobre dos mil almas cuenta de poblacion, y el caserío bastante espacioso y á propósito para las agrícolas faenas de sus propietarios, no se recomienda ni por su belleza exterior, ni por sus artísticos detalles.

El palacio del conde de Sástago, convertido en fortificacion durante la guerra de la Independencia, y posteriormente durante la desastrosa de los siete años, fue derruido por los carlistas y reedificado posteriormente por su dueño.

Nada que admirar existe en él, nada que al viajero podamos recomendar hay en la poblacion que nos ocupa.

La iglesia parroquial está bajo la advocacion de Santa María, y su servicio se halla á cargo de un cura párroco, un coadjutor y algunos otros capellanes.

Hay algunas escuelas de primera educacion, tanto de niños como de niñas, las cuales tienen solamente una regular asistencia, pues las faenas del campo atraen mas á los chicos, que los alicientes de la educacion primaria.

El terreno participa de monte y llano, siendo su produccion bastante abundante en cereales y caldos, poseyendo buenos pastos, con los cuales se mantiene gran número de cabezas de ganado.

Dos leguas separan de Pina á Jelsa, la antigua colonia de Celsa, que algunos autores han fijado en Velilla.

Su mismo nombre, los restos romanos encontrados en el término, demuestran que la Jelsa de hoy es aquella antigua Celsa de los ilergetas que Ptolomeo y Plinio mencionan, y cuyo territorio era sumamente extenso.

Hoy es una poblacion esencialmente agrícola, como todas las que componen el partido, colocada en una gran llanura sobre la márgen izquierda del rio Ebro, con un caserío bastante regular, conteniendo unos cuatrocientos cincuenta vecinos.

No busquemos en Jelsa monumentos, no busquemos obras de arte, que fuera inútil nuestro empeño.

Vive sobre los recuerdos de su romano pasado, sirvenle de cimientos los restos de aquellas grandiosas construcciones que la embellecian; pero las generaciones que se han sucedido, no la han dotado de edificio alguno que pueda el artista estudiar y admirar el profano.

Corta es la distancia que de Velilla separa á Jelsa, y tanto por esto cuanto por los restos del monte que Estrabon menciona en Celsa, algunos historiadores opinaron que la antigua colonia Celsense estuvo en Velilla.

Escasa es la importancia de esta villa, situada al pié de una roca sobre la izquierda ribera del Ebro.

La única celebridad de Velilla es la famosa campana que, segun la tradicion, tocaba ella sola cuando un gran acontecimiento amenazaba á los reyes de Aragon.

Cuéntase que el mismo dia que Alfonso V caia prisionero de los genoveses al hundirse con pavoroso estrépito el arco del puente de piedra de Zaragoza, de cuyo hecho dimos cuenta en otro lugar, la campana con su lúgubre tañido anunció la prision del monarca.

Del mismo modo cuando fueron puestos en libertad, anunciólo su bronca garganta de bronce, y esta suposicion de tal modo se habia arraigado entre el pueblo que hasta los tiempos del famoso historiador de Aragon, D. Jerónimo Zurita, conservábase semejante creencia.

Los árabes tenian perfectamente fortificada la villa, y D. Pedro I de Aragon hubo de combatirla obstinadamente para arrebatarla de su poder.

Posteriormente D. Juan II la cedió á Juan de Villalpando para sí y sus descendientes, quedando finalmente incorporada al marquesado de Osera.

En la actualidad, es villa de unos trescientos vecinos, que viven de la agricultura.

Hay escuela de instruccion primaria, iglesia parroquial bajo la advocacion de San Nicolás de Bari, y una ermita colocada en una eminencia, la cual sirvió de fuerte durante los azarosos dias de la guerra civil.

Nuestros viajeros detuviéronse poco en estos sitios, como fácilmente puede comprenderse dada la ninguna importancia que tienen.

Mas como su objeto era el de ir recorriendo los partidos judiciales dando una vuelta completa para regresar á Zaragoza, y habiendo de ir á Caspe pasaron por el de Pina, que como mas próximo á la capital por aquella parte, les facilitaba la realizacion del plan que se propusieran.

LIII.

Caspe.—Su estado actual.

En medio de rica alfombra de verdura, limitada por el majestuoso Ebro y surcada en caprichosos giros por las cintas de plata que se desprenden del Guadalope, que va finalmente á rendir su caudal en el de aquel, Caspe, la ciudad que aventaja á muchas de Aragon, en poblacion, en riqueza y en históricos recuerdos, aparece ante el viajero, envolviéndose con coquetería entre los espesos bosques de olivares que crecen en sus valles.

Muchos genealogistas hánse dado á fantasear respecto al orígen de Caspe, atribuyéndole á Tubal y á una colonia de caspios, de donde derivan su nombre; mas tan frágil es el cimiento en que se apoyan y de tal modo las razas subsiguientes han borrado su primer orígen, que apenas si queda vestigio en que la opinion pueda fundarse ni que al historiador sirva de punto de partida.

Importante plaza era en poder de los infieles, y en 1168, tras de grandes esfuerzos, ondearon los pendones cristianos de Alfonso II, sobre los alminares de las mezquitas musulmanas.

Los caballeros de Calatrava y del Hospital habian contribuido de una manera eficaz y poderosa á la toma de la plaza, y á estos últimos fue cedida por el Soberano aragonés, cesion que se hizo en 1193 á su maestre el Castellan de Amposta, Armengol de Aspa.

El aspecto exterior de Caspe predispone favorablemente al viajero, que al penetrar en ella, al recorrer sus espaciosas calles y sus desahogadas plazas, ve plenamente justificada la opinion que formara al verla desde la rica vega.

Instruccion y beneficencia están perfectamente representadas y atendidas en la antigua ciudad, y lo mismo las escuelas, que son bastantes y con gran número de alumnos, que el Hospital de Caridad, hállanse en estado muy recomendable.

De ocho á nueve mil almas constituyen la poblacion, cuyo carácter distintivo es el trabajo y la sobriedad, sin que la estadística criminal del partido, arroje una cifra tan desconsoladora como en otros se ve.

Poblacion esencialmente agrícola, lo mismo que el partido de que es cabeza, y co-

mo la mayoría de las provincias aragonesas, el trabajo de la tierra absorbe todo el tiempo y necesario es confesar que rinde grandes beneficios.

Feraz el terreno, fertilizado con buenas aguas y abundantes, la principal produccion es la del aceite; los cereales tambien dán ópimos frutos; cógese bastante vino y las frutas que en gran cantidad se recolectan, son exquisitas, y las hortalizas sumamente gustosas.

En sus montes abunda la caza; pesca sobrada proporcionan los dos rios y sabrosos pastos encuentran sus ganados.

Siendo la industria agrícola la principal, ó mejor dicho la única, excusado es decir que aquella abundancia de aguas tan necesaria para otras nó menos importantes y productivas, no tienen aplicacion para semejante ramo.

Las artes y oficios mas indispensables, las navajas y los cuchillos que en Sástago se fabrican, y los molinos de aceite y harinas, y algunas otras fábricas, mas escasas, es la representacion que la industria tiene en la comarca que nos ocupa.

El comercio se hace en su mayor parte por el Ebro, y está reducido á la exportacion de los géneros sobrantes é importacion de los de que se carece, hallándose la capital perfectamente surtida tanto de los artículos de primera necesidad cuanto de todos aquellos de lujo y ostentacion.

LIV.

Monumentos de Caspe.

Apenas existe en Caspe una casa que no conserve algun recuerdo del famoso hecho conocido en la historia bajo la denominacion de *Compromiso de Caspe*, del cual en lugar oportuno nos ocuparémos.

Como monumentos, solo conserva restos de aquel grandioso edificio, constituido por el castillo, la parroquia y el convento de Sanjuanistas.

Antiquísima era la parroquia que, remontándose á los tiempos de san Indalecio en la infancia del Cristianismo, adquirió toda su mayor grandeza al terminarse las obras en 1521.

Gótico bizantino es el órden de su arquitectura, y sus arcos en degradacion, las graciosas ojivas de sus naves, los primorosos detalles de su entrada, aun cuando mutilados, mas por las injurias de los hombres que por la poderosa huella de los tiempos, demuestran claramente lo suntuoso de aquella fábrica, hollada hoy por profanas plantas.

Al abrigo del castillo, extendióse el indicado templo perteneciente á la jurisdiccion de la Órden á quien habia sido cedida la plaza, hasta que en el año de 1394 fue erigida en colegiata.

Pero entonces el Maestre de la órden de San Juan fundó en aquel sitio un convento, y este, como ya hemos dicho, la colegiata y el castillo, llegaron á formar un conjunto, del cual, andando el tiempo, resultó para la parroquia una gran desgracia.

Las luchas civiles ensangrentaban los campos de la patria, llegaron á bravear den-

tro de la misma poblacion de Caspe, y la elevada torre de la iglesia cayó para no levantarse mas, y sus obras de arte quedaron terriblemente destrozadas.

Sepultados se encuentran allí el fundador del convento de Sanjuanistas, Fr. Juan Fernandez de Heredia, el eminente escritor y virtuoso prelado, D. Martin García, hijo de Caspe.

A la desastrosa mutilacion del suntuoso templo, hubo necesariamente de seguir la traslacion de la parroquia, verificándose esta al convento de San Agustin, fundacion de 1617, el cual se halla situado en el centro de la poblacion.

Una sola nave de ciento veinte palmos de longitud por cuarenta de latitud y sesenta de altura hasta la bóveda, constituye este templo, cuya sólida y agradable arquitectura no se recomienda, sin embargo, ni por sú buen gusto, ni por las labores artísticas que le embellezcan.

Como funesto recuerdo de nuestras discordias civiles, yace enterrado en esta iglesia el malogrado general D. Ramon Pardiñas, muerto en la accion dada en 1838 en los campos de Maella.

Dos iglesias mas existen, pertenecientes á los conventos de Santo Domingo y Capuchinos, que como la de San Agustin, si bien son bastante agradables y de regular aun cuando moderna arquitectura, no pueden cautivar la atencion del artista.

El famoso alcázar ó castillo de la Órden de san Juan, fortaleza inexpugnable en los tiempos de su creacion, subsiste todavía á pesar del abandono en que se halla.

La robustez de sus muros sirvió de abrigo á las tropas francesas durante la guerra de la Independencia, habiendo hecho algunas obras de reparacion en él.

Posteriormente, en la fratricida lucha de los siete años, tambien hubo de sufrir nuevas reparaciones, que no en vano pasan los tiempos, y los soberbios murallones habian sufrido los incesantes ataques del hombre, auxiliados por los poderosos elementos que le presta la ciencia moderna.

Fuera de esto, nada mas conserva Caspe que digno de mencion sea.

La Casa consistorial, antiguo edificio, recuerdo de mejores tiempos, fue incendiada como otras muchas en 1837, sucumbiendo en aquellas terribles jornadas, robustas fábricas que impávidas desafiaran el poder de los años, y que fueron á pesar de eso impotentes para resistir la mortífera saña del hombre.

LV.

El compromiso de Caspe.

Poco importante es la historia de la ciudad que nos ocupa, en el espacio que media desde el año de 1168 en que fue arrebatada á los musulmanes, hasta el de 1412 en que tuvo lugar el famoso acontecimiento, tan influyente en la suerte general de la nacion.

Un erudito historiador dice, «que en los siglos posteriores á la toma de la plaza, solo un recuerdo tiene vinculado á su nombre, pero un recuerdo que vale por muchos.»

Así es la verdad. Difícilmente registran las historias de una localidad determinada, un acontecimiento que de tal manera se relacione y tanta influencia pueda ejercer, no ya en el destino de un radio limitado, sino en el de toda una nacion.

Veamos en qué consistió el célebre y renombrado acontecimiento.

. . . . . .

El rey de Aragon, D. Martin el *Humano*, habia fallecido en mayo de 1410 sin dejar sucesion directa.

El postrer monarca de la dinastía de los Berengueres habia bajado al sepulcro, dejando en pos de sí la discordia, y la mas completa anarquía.

Vacante aquel trono que á tan gran altura habian sabido llevar sus antepasados, natural era que quedase ancho campo abierto para las ambiciones.

Cinco aspirantes con mejor ó peor derecho; pero todos fuertes y poderosos presentáronse desde los primeros momentos, para ocupar el solio aragonés.

El conde de Urgel, D. Jaime de Aragon, biznieto de Alfonso III de Aragon y casado con una hermana del difunto D. Martin, tenia gran número de partidarios en Cataluña, hallábase protegido por la poderosa familia de los Lunas en Aragon y en Valencia habia sabido grangearse gran número de simpatías.

Audaz, valiente, jóven y enérgico, era quizás el que mas confianza podia abrigar en el éxito de sus gestiones y el que mayor cuidado podia dar á sus competidores.

El anciano duque de Gandía, D. Alfonso, conde de Ribagorza y Denia, nieto que era de D. Jaime II, era otro de los aspirantes.

D. Fernando, llamado el de *Antequera*, por su heróico hecho de armas en la toma de esta importante plaza, hijo de D.ª Leonor, hermana de D. Martin, era el tercero y contaba con grandes simpatías en Aragon.

El duque de Calabria, hijo de D.ª Violante y nieto de D. Juan I de Aragon y don Fadrique, hijo natural de D. Martin de Sicilia y nieto de D. Martin de Aragon, á quien el papa Benedicto XIII acababa de legitimar, eran los otros dos competidores.

El reino dividióse inmediatamente en bandos y parcialidades.

El conde de Urgel encomendó á las armas el sostenimiento de sus pretensiones.

Reunido á la sazon el parlamento de Cataluña, ahogando con patriótica entereza la simpatía que respecto al de Urgel pudiera sentir, intimóle que licenciara su hueste y que se abstuviese de obrar como lugarteniente del reino, mientras que este no decidiera á quien habia de confiar la autoridad real.

Y observando una cordura superior á todo elogio, envió mensajeros á Valencia y Aragon, para que reuniesen sus respectivos parlamentos, á fin de llegar entre todos á una decisiva avenencia.

Pero Valencia hallábase terriblemente dividida por las parcialidades de los Vilarragut y de los Centellas, y en Aragon habíanse mas de una vez ensangrentado las ciudades y los campos con los bandos de los Urreas y de los Lunas.

Finalmente, despues de muchas gestiones hechas por los catalanes, decidióse que el parlamento se reuniera en Cataluña, á cuyo punto despacharon todos los candidatos sus enviados, al objeto de que hicieran valer sus derechos.

Del mismo modo, el parlamento aragonés que el de Cataluña, nada quiso resolver por sí hasta que estuvieran reunidos los de los tres reinos, pero mientras tanto la guerra civil ardia por todas partes; en Valencia y en Aragon y en Cataluña se combatia, y el parlamento general no sabia donde reunirse.

El arzobispo de Zaragoza, D. García Fernandez de Heredia, era partidario decidido de D. Fernando el de *Antequera*, y D. Antonio de Luna por el contrario, defendia encarnizadamente al conde de Urgel.

Semejante situacion iba cada vez haciéndose mas tirante.

El de Luna, decidido á inutilizar á sus adversarios, fuesen los que quisieran los medios que para ello emplease, mandó á decir al arzobispo D. García, que se hallaba en la Almunia, que deseaba hablar con él al objeto de ver si se llegaba á un acuerdo.

Dábale cita para el camino de Zaragoza.

El prelado, sin sospechar el lazo que se le tendia, presentóse en el punto indicado, completamente desarmado y llevando por toda compañía algunos de sus familiares.

Veinte hombres de armas llevaba solamente el de Luna, pero habia dejado ocultos en una eminencia vecina dos centenares, dispuestos á acudir á su llamamiento.

Cordialmente saludáronse ambos magnates, pero cuando el de Luna preguntó al arzobispo quién creia que debia ser el rey de Aragon, el prelado contestóle que mientras él viviera no seria otro que el infante D. Fernando.

Entonces ardiendo en ira replicóle el de Luna:

—Pues lo será el conde de Urgel, *vivo ó muerto el arzobispo* (1).

Y á la par que tales frases pronunciaba abofeteó el rostro del prelado, y dándole con su espada un golpe en la cabeza, dejó á sus gentes el cuidado de rematarle.

Tan villana traicion, asesinato tan alevoso, enconó terriblemente los ánimos y la guerra que ambos partidos se hacian, era terrible.

Fácilmente se comprende que semejante hecho habia de arrebatar partidarios al de Urgel, ganándolos por lo tanto el de *Antequera*.

Entretanto los aragoneses habian reunido nuevo parlamento en Alcañiz, y los catalanes en Tortosa; pero los valencianos se hallaban en completa disidencia, los barones y los caballeros, no podian entenderse por mas esfuerzos que hacian, no solamente los de Cataluña y Aragon, sino hasta el mismo pontífice Benedicto XIII, no podian conseguir que cedieran.

Terribles dias transcurrieron así.

Finalmente, despues de muchas embajadas y de perseverantes esfuerzos, aviniéronse los valencianos, y puestos de acuerdo los tres parlamentos decidieron en vista de las dificultades que se oponian á que se reunieran todos en un mismo lugar, que cada uno nombrase tres representantes por reino y tres por Estado, los cuales revestidos plenamente con ámplios poderes decidieran en conciencia á quien correspondia la corona.

Designada quedó como punto de reunion de esta asamblea de nueve individuos, la villa de Caspe, dándoseles el plazo de dos meses para que hicieran la declaracion.

Los elegidos fueron, por Aragon, en primer grado D. Domingo Ram, obispo de

(1) Lafuente, *Historia general de España.*

Huesca, siguiéndole despues Berenguer de Bardagí, eminente letrado, y el cartujo de Portaceli Fr. Francisco de Aranda. Cataluña envió en primer grado, á D. Pedro Zagarriga, arzobispo de Tarragona, acompañándole Guillen de Vallseca y Bernardo de Gualbes, ambos eminentes doctores en derecho. Fueron elegidos por Valencia, en primer grado, D. Bonifacio Ferrer, prior de la Cartuja, su hermano Fr. Vicente Ferrer (el Santo), y Giner Rabassa, letrado y caballero, pero el cual, de veras ó por ficcion, demostró hallarse alterada su razon y se nombró en su lugar al jurisconsulto Pedro Beltran, varon tambien de gran ciencia y honradez.

La guarda de la ciudad encomendóse, con fuerzas iguales, á tres capitanes, uno de cada reino, y de este modo al abrigo de toda tentativa, en medio del fragoroso estrépito de aquellas luchas desgarradoras, los nueve representantes comenzaron á examinar con toda calma y detenimiento los títulos que cada uno de los pretendientes alegaba para obtener la corona.

Cada uno de estos, envió sus embajadores, y durante treinta dias fueron sucesivamente apareciendo ante aquella docta é imparcial asamblea, los derechos alegados por los repetidos candidatos.

Ninguna frase de esperanza, ninguna ligera palabra que hicieran concebir ilusiones de ningun género á cualquiera de ellos, se exhaló de los labios de aquellos incorruptibles jueces.

Cuando hubieron visto todas las pretensiones, cuando de manifiesto tuvieron todos los derechos, entonces, encerrándose en el castillo dieron comienzo á sus secretas deliberaciones.

Todas las naciones tenian fijos sus ojos en la modesta villa de Caspe.

La pública atencion se hallaba poderosamente escitada respecto á la resolucion que adoptaria aquel Concejo, decision inapelable, y que para ser válida necesitaba, ó la totalidad, ó cuando menos seis votos.

El dia 24 de junio de 1412, aquellos varones eminentes celebraron la votacion secreta.

En aquella asamblea no habia tenido representacion aquella nobleza inquieta, orgullosa y turbulenta.

No habian tenido asiento aquellos rudos guerreros, que todo lo confiaban á su esfuerzo.

Era la primera vez que la fuerza de las armas cedia ante la fuerza de la razon y de la inteligencia.

Fr. Vicente Ferrer, obligado por el respeto y la veneracion en que le tenian sus compañeros, fue el primero que habló y su discurso fue tan elocuente y tan razonado, que al emitir su opinion respecto á que la corona correspondia por mejor y mas legítimo derecho, al infante D. Fernando de *Antequera*, el obispo de Huesca; Bonifacio Ferrer, Berenguer de Bardagí, Francisco de Aranda y Bernardo de Gualbes, como movidos por un resorte alzáronse, adhiriéndose por completo á su opinion.

El arzobispo de Tarragona, creyó que mejor derecho tenian, bien el conde de Urgel ó bien el duque de Gandía, como descendientes en línea masculina; de D. Martin

Guillen de Vallseca se decidió por el conde de Urgel, y Pedro Beltran se abstuvo, manifestando que en el poco tiempo que llevaba entre ellos, ocupándose de aquel asunto, no habia podido formar un juicio exacto.

Pero la eleccion estaba hecha.

Seis votos se necesitaban y los seis estaban conformes.

Cuatro dias despues levantábase un magnífico altar bajo el pórtico de la iglesia.

Levantóse un gran cadalso ó estrado, cubierto de ricos paños, para los jueces, y otros para los representantes de los candidatos.

A la hora tercia salieron los nueve varones, á cuyo recto criterio confióse la suerte del reino.

El obispo de Huesca celebró la misa del Espíritu Santo y Vicente Ferrer, «verdadero protagonista de aquel drama,» como le llama muy oportunamente un escritor contemporáneo, predicó un sermon con el tema *Gaudeamus, et exultemur et demus gloriam ei quia venerunt imptiæ agni.*

Terminado este, dióse por el mismo, lectura del acuerdo del jurado, siendo vivamente aclamado el infante D. Fernando por rey de Aragon, cuando su nombre brotó de los labios del ilustre varon.

LVI.

Recuerdos posteriores de Caspe.

Largos años pasáronse para Caspe despues del acontecimiento tan importante que acabamos de relatar, sin que nada registren sus anales.

Cuando por el testamento de Cárlos II, el postrer monarca de la casa de Austria, pasó la corona de España á Felipe V, Caspe, como otras muchas poblaciones de Aragon, tomó partido por el Archiduque, sufriendo los azares de aquella desastrosa campaña.

Mas tarde los franceses, en 1809, estableciéronse en ella utilizando poderosamente su castillo, en términos, que fueron vanas las tentativas hechas por los españoles que se hallaban en Mequinenza para apoderarse de él.

Sin embargo, no quedó tan mal parada la ciudad con la ocupacion extranjera como lo quedó por sus mismos compatriotas.

Reservado estaba á los carlistas hacerla pagar harto cara su decision en defensa del trono de D.ª Isabel II.

Nada mas triste, nada mas desastroso que las guerras civiles, y con doble motivo, cuando son inocentes indivíduos, monumentos notables, casas que constituyen la única riqueza de centenares de familias, objeto de la vengativa saña de los ciegos y feroces adversarios.

El dia 23 de mayo de 1835 presentóse Cabrera ante la villa, y despues de arrollar á los nacionales que habian salido para apoderarse de la altura de Monteagudo, penetró en la poblacion tiroteándose con el resto de la fuerza, que se vió obligada á refugiarse

en el castillo, donde tambien acudieron gran número de familias, temerosas de los desmanes que pudieran cometer los carlistas.

Breve fue la estancia que estos hicieron en la villa, pero suficiente para saquear una porcion de casas, llevándose un considerable botin, y fusilando al abandonarla á dos nacionales.

Al año siguiente y en 1.° de mayo, Caspe fue de nuevo atacada por el cabecilla Llangostera, mas de tal modo supieron defenderse los nacionales, que les obligaron á retroceder, buscando amparo entre los espesos olivares que ornan su campiña.

Esto irritó doblemente á los partidarios de D. Cárlos, y al año siguiente Llangostera, Forcadell, Tena y Cabañero, al frente de ocho batallones y cuatrocientos caballos penetraron en la poblacion, intimando la rendicion á los valientes nacionales que se hallaban en el fuerte.

Estos rechazaron sus ofertas y sus amenazas y se defendieron heróicamente, dando lugar que las tropas del general Oráa llegase en su socorro.

Sabedores de esto los carlistas decidieron arrasar la villa, mas ansiosos de venganza para iluminar su precipitada fuga, prendiéronla fuego.

¡Horrible cuadro presentaba Caspe el dia 17 de junio de 1837!

Doscientas veinte y tres casas ardian, y al rojizo resplandor del incendio, entre el sordo rumor de los edificios que se desplomaban, percibíanse los dolorosos ayes de los infortunados que veian desaparecer su hogar y consumidas sus riquezas.

Aquel siniestro resplandor alumbraba la marcha de los carlistas y la llegada de las tropas de Oráa, que tuvieron que dedicarse inmediatamente á extinguir aquel pavoroso incendio.

El dia 2 de octubre del siguiente año, la Milicia nacional de Caspe recogia el cadáver del general Pardiñas, dándole sepultura, como en otro lugar hemos expuesto, en la iglesia de San Agustin.

De nuevo hicieron los carlistas otra tentativa respecto al fuerte, tenazmente defendido por los nacionales.

Mas de mil seiscientas balas rasas y sobre setenta granadas arrojaron sobre él, pero inútilmente.

Hubieron de retirarse sin conseguir el objeto que se propusieran.

Poblacion castigada constantemente por los partidarios de D. Cárlos, y acreciendo cada vez mas en bríos cuando objeto de mayores ataques era, no solamente ella sino tambien sus defensores ó las fuerzas que de allí salian, eran objeto de su saña.

Al año siguiente, una partida que salió de la villa con direccion á un pueblo inmediato, fue sorprendida por los enemigos, quedando en su mayor parte los individuos que la componian ó muertos ó prisioneros.

Tales son los hechos mas importantes que han tenido lugar en Caspe, que cuenta varones tan ilustres entre sus hijos, como san Indalecio, D. Martin García, obispo y cardenal, D. Jaime Egerie, escritor distinguido y Fr. Luís de Caspe, famoso teólogo.

LVII.

Mequinenza.

En la confluencia de tres grandes rios, el Ebro y el Segre, que pocos momentos antes ha absorbido las aguas del Cinca, álzase antiquísima villa, llamada Octogesa por los romanos, Mekinenza por los infieles, y Mequinenza en nuestros tiempos.

Sobre trescientas casas la constituyen, y sus calles irregulares y pendientes en la mayoría, no se recomiendan ni por la gran policía que reina en ellas, ni por la belleza de sus edificios.

Antigua casa fuerte ó alcázar del marqués de Aitona, forma una regular fortificacion, harto maltratada hoy, pero que en otros tiempos servia de amparo y defensa á la poblacion.

Mequinenza pertenece al partido judicial de Caspe y en lo eclesiástico á la diócesis de Lérida.

El Ebro es de gran utilidad para su comercio, y la poblacion en general es trabajadora y honrada.

Las escuelas, tanto de niños como de niñas, obtienen muy regular concurrencia.

La iglesia parroquial, bajo la advocacion de Nuestra Señora de los Ángeles, es un buen edificio de robusta fábrica, construido á principios del siglo actual.

En las afueras de la villa existen dos ermitas, y en el interior del castillo un cuartel capaz, para encerrar con holgura, un batallon.

El terreno aun cuando montuoso en su mayor parte, no por eso es menos improductivo, debiendo decir en honor de la verdad, que duro para trabajar, los rendimientos que deja, cuestan á los naturales, grandes y fatigosos esfuerzos.

Floreciente y poderosa poblacion en la época romana, subsistió conservando restos de su esplendor pasado, en la gótica y los sarracenos procuraron mantenerla en el mismo estado.

Mas lo que las distintas invasiones no habian hecho, hiciéronlo las mismas guerras intestinas que los musulmanes sostuvieron entre sí.

El rebelde Hafsun cayó sobre la villa, é incendiando y destruyendo sus arrabales, se apoderó de ella.

En junio de 1133 Alfonso el *Batallador*, al frente de una lucida hueste, penetró en Mequinenza.

Este fue el postrer trofeo con que ciñó su frente para ir á hundirla en el polvo ante los muros de Fraga.

Desde el incendio de los rebeldes muslimes, capitaneados por Hafsun, habia quedado muy decaida la villa, y su decadencia continuó en aumento, y cuando Alfonso II la cedió á Armengol, conde de Urgel, ya su importancia era bastante escasa.

Sin embargo, las ambiciones del Conde dieron mas tarde algun renombre á la ya oscura poblacion.

Por cesion del de Urgel pasó esta á poder de los Moncadas, y Antonio de Luna, so-

brino de D. Guillen Ramon, su propietario, á principios del siglo XV trató de reunir en ella una especie de parlamento para conferir la corona á su amigo el conde de Urgel, durante el interregno de que nos hemos ocupado al tratar de Caspe.

Pero ya hemos visto que el asesinato cometido por ese mismo Antonio de Luna en la persona del prelado de Zaragoza, desconceptuó de una manera extraordinaria la causa que sustentaba, y el jurado de Caspe dió al traste con tantas ambiciones.

Con esto termina la historia de Mequinenza en la Edad media, y en la moderna, ha seguido la misma suerte que otra multitud de poblaciones de su importancia.

Únicamente se ha distinguido siempre por su carácter altivo é independiente, figurando de una manera notable sus hijos, en la famosa guerra de la Independencia, formando compañías que se encontraron en los sitios de Zaragoza.

De igual manera sostuvo valerosamente tres cercos que la pusieron los franceses, rindiéndose en el tercero al cabo de doce dias de resistencia, mediante una honrosa capitulacion.

LVIII.

Escatron.—Monasterio de Rueda.

Tres leguas y media separan de Caspe la villa de Escatron, situada á la márgen izquierda del rio Martin, precisamente en el lugar de su confluencia con el Ebro.

Nada importante encierra; nada que al artista pueda llamar la atencion consérvase en la villa, cuyos cuatrocientos vecinos en su mayoría están dedicados á las faenas agrícolas, única industria que en todos los puntos que llevamos recorridos de Aragon, predomina.

Pero si la villa en sí nada encierra que merezca detener al viajero, en su término guarda verdadera y rica joya que no bastando á encerrarla las parduzcas y desagradables casas de la villa, fue buscar en medio de una rica y poderosa vegetacion, espacio para elevarse, y en las aguas del caudaloso Ebro, espejo digno de retratar su fábrica.

Si pintoresca es la situacion de Escatron situado al borde del rio Martin, á través del verde follaje que festonea su orilla, mas pintoresco, mas encantador se muestra el venerable monasterio de Rueda en la opuesta márgen del Ebro, entre bosques de verdura, bañando su granítica planta en los soberbios caudales del altanero rio.

Era el año de 1226, cuando el abad francés de los Cistercienses Fr. Martin de Noguerol, con extraordinaria solemnidad colocó la primera piedra. Fr. Fortunio, el prelado del nuevo monasterio puso la segunda, y la tercera el diestro y entendido artífice á cuyo cargo corrió la obra, Fr. Gil Rubio, el cual la terminó en el espacio de trece años.

Los monjes del Cister abandonaron su mansion de Junqueras en las márgenes del Gállego, por la solitaria y grandiosa de las orillas del Ebro.

La barca nos espera para atravesar la corriente del rio, crucemos en ella el altanero rio, mudo testigo de tantos acontecimientos, y lleguemos al monasterio.

Las restauraciones que en distintas ocasiones ha sufrido, hánle arrebatado algo de su primitiva belleza arquitectónica, pero salvado el atrio, ya las fachadas de la iglesia y del claustro muéstrannos adunada la robustez de la época, dulcificada algun tanto, por la naciente luz de la civilizacion.

Molduras bizantinas, florones y recortados arquitos adornan el portal ojivo del claustro, y entre dos macizos contrafuertes apunta ligeramente la ojiva sobre el triple arco que constituye la entrada de la iglesia.

En el resto del frontis no existe otro adorno.

Capiteles de grueso follaje, una claraboya circular y por remate una cruz de piedra.

Hé aquí todo lo que constituye la fachada, grandiosa, severa é imponente en su misma desnudez.

En el interior vése dominar ya la arquitectura gótica.

Aun cuando cilíndricas las columnas que forman los pilares que sostienen las arcadas, y bizantinos sus capiteles, vénse en los arcos de comunicacion graciosas ojivas tapiadas posteriormente.

Blanqueados están los pardos muros, achaque de las inconscientes restauraciones y en los costados, abriéronse capillas llenas de adornos que se destacan de una manera inconveniente de la severa y sombría fábrica.

Frente á la puerta del claustro hay una capilla donde se ve desde luego la primitiva forma, el primitivo adorno, sencillo, tosco, pero característico de su tiempo.

En ella hay un sepulcro sin adornos, sin inscripcion, pero sostenido por tres leones de gran tamaño.

Las canteras inmediatas facilitaron los mármoles para la construccion del retablo mayor que en 1609 terminó el maestro Estéban.

Postreros resplandores del estilo plateresco brillan en él, y la complicacion y prolijidad de sus detalles y adornos, llaman desde luego la atencion.

La Inmaculada Concepcion es el asunto principal que descuella en el retablo y graciosos angelitos la rodean, sosteniendo el airoso arco semicircular donde está escrito el nombre de Jesús.

La Anunciacion, la Purificacion, la Adoracion de los pastores y la de los reyes magos, ocupa los cuatro compartimientos colaterales, sirviendo de remate á toda la obra, la coronacion de la Vírgen, en los cielos.

Delicado es el trabajo y mas brilla por lo esmerado y minucioso de la ejecucion, que por la grandeza de concepcion.

Una capilla hay á cada lado de la mayor, viéndose en la de la derecha dos sepulcros notables, pertenecientes al gusto gótico mas puro.

Bajo un doble arco bizantino vése la estatua yacente de un abad, cuya cabeza descansa sobre las manos de dos ángeles que se apoyan en la almohada.

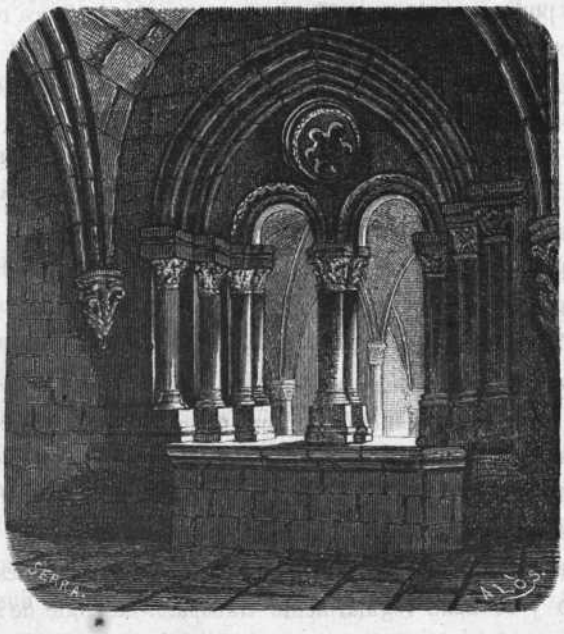
A sus piés hay dos perrillos con cascabeles, y en la urna se destacan cuatro blasonados escudos con las barras de Aragon, y la rueda de que toma nombre el monasterio, ocupando los intermedios figuras de ángeles, sábios, astrólogos, etc.

En el opuesto lado bajo un nicho sencillo está la yacente efigie de una jóven, cuyas manos están cruzadas sobre el pecho, teniendo á los piés dos perros y dos leones sosteniendo la urna, demostrando con esto su elevada estirpe.

Nada de inscripcion existe en ambos sepulcros por la cual pueda colegirse quienes fueron los dos personajes allí enterrados.

Pero donde verdaderamente hay que admirar es en la magnífica sala capitular del monasterio.

El arte gótico y el bizantino únense en ella con fraternal abrazo y despliegan sus riquísimos primores en las tres grandiosas ojivas del claustro, y en el ancho basamento tendido en las arcadas laterales.



Detalle de la Sala Capitular del Monasterio de Rueda.

Los cuadrangulares arquivoltos con estrellas de relieve que forman un delicado encaje; los numerosos boceles que disimulan el espesor de los arcos; los robustos pilares bizantinos formados por la agrupacion de diez y seis delgadas columnas; los graciosos follajes de sus capiteles, los arabescos calados de la claraboya que se abre sobre el grandioso ajimez formado por los dos arcos semicirculares, la bóveda atrevida donde los arcos se cruzan sin clave, apoyándose en los empotrados capiteles, todo es rico, todo es bello, todo sorprende y encanta al viajero y al artista.

Sembrado se halla el suelo de marmóreas losas, bajo las cuales duermen el eterno sueño los abades del monasterio.

LIX.

Belchite y Daroca.

—Con que decididamente dejamos á Belchite y seguimos nuestro camino hasta Daroca—decia Pravia dirigiéndose á D. Cleto al abandonar á Caspe.

—Sí señores, nuestro amigo Azara, hijo del país y conocedor de las poblaciones mas importantes bajo el punto de vista histórico ó artístico de su provincia, les dirá que poca ó ninguna importancia tiene la villa cabeza de ese partido judicial.

—Efectivamente—repuso el aludido,—puramente agrícola, ni conserva ningun monumento de otras edades, ni en la historia ha ocupado lugar importante por los hechos que en él pudieron haberse realizado, exceptuando la época romana en la que segun tengo entendido, gozó de gran nombradía.

—Es cierto. La antigua *Belia*, era ciudad de gran importancia; Amilcar-Barca sucumbió peleando con los Beliones, que eran bravos y arrojados en extremo. Pero toda esta importancia fue decayendo poco á poco por efecto de las vicisitudes porque el país atravesara, y los godos y los árabes halláronla sucesivamente mas abatida, en términos que al apoderarse de ella en 1117 D. Alfonso el *Batallador*, apenas si quedaba sombra de lo que era en la época romana.

—¿Y es grande?—preguntó Castro.

—Ya lo creo, cuenta sobre dos mil setecientas á tres mil almas.

—¡Hola, hola! pues ya es una cosa regular.

—Sí señores, es grande, populosa, pero nada mas. Su caserío es como el de la mayoría de las poblaciones agrícolas, mas espacioso y desahogado que de agradable apariencia ó de buen gusto arquitectónico. La iglesia parroquial, bajo la advocacion de san Martin, es el único edificio que llama la atencion, aun cuando sin tener nada de notable. Hállase compuesto de tres naves en las que hay bastantes altares. El mayor es de estuco y se halla regularmente trabajado. La efigie de san Martin en el acto de dividir la capa con el mendigo, es una buena escultura. El coro tambien es bastante regular, con una buena sillería, y la torre sólida y de cuatro cuerpos, se eleva unos doscientos palmos.

—¿Y la Casa consistorial?—preguntó Sacanell viendo que D. Cleto se detenia, como si hubiera terminado ya su relato.

—Es buena, pero nada mas. Reune las condiciones necesarias para su objeto, sin que por esto podamos fijarnos en ningun detalle verdaderamente artístico.

—En ese caso y como ya no estamos, puesto que parece que los frios van arreciando algo por este país, para entretenernos mucho, ha hecho V. perfectamente en que solamente nos detengamos donde haya algo de notable.

—En Belchite tienen Vds. un teatro regular, lo suficiente para llenar las exigencias de la poblacion; la instruccion está bien atendida en lo que cabe, pues las faenas del campo llévanse tras sí á los muchachos, mas bien que las lecciones escolares.

—Siendo poblacion tan agrícola, la industria predominante será esta ¿no es así?

—Hay todavía y han tenido gran fama los tejidos de estambre que en esta poblacion se hacen. Anascotes, fajas, ceñidores, medias, bayetas, mantas, etc., han sido de lo mejor que en su género se hacia. Hoy todo eso ha decaido, pero en fin queda algo aun.

—Y el terreno ¿es bueno?

—Muy regular, tiene monte y aun cuando la principal produccion es la del trigo, recógese algunos años gran cosecha de vino y aceite. El ganado lanar abunda mucho y tiene buenos pastos; encuéntrase además buena caza y solamente le hace falta á Belchite, lo mismo que á la mayoría de las poblaciones de España, proteccion y ser mas atendida por los Gobiernos.

—¡Oh! en cuanto á eso creo que es hablar de la mar, como se dice vulgarmente.

—Dentro de la villa hay algunas tiendas bastante regulares, tanto de quincallería como de otros géneros, y en general las calles son menos malas que en otras poblaciones que ya hemos visitado.

—Vamos, D. Cleto, parece que ha estado V. en Belchite hace poco tiempo, segun lo bien que lo ha descrito en tan pocas palabras.

—Pues mire V., amigo Azara, hace ya algunos años; lo que tiene es que conservo relaciones en muchos de los puntos que he visitado, y de vez en cuando, por medio de ellas, rectifico los apuntes que tomé en mis viajes.

De esta manera bien hablando sobre lo que habian visto ya, bien emitiendo consideraciones que á cada paso les surgian los mismos terrenos que recorrian y que tan susceptibles eran de mejoras, con alguna atencion que en ello se pusiese, fueron salvando la distancia que de Daroca les separaba.

Entre los episodios que D. Cleto refirió á sus compañeros, ocurridos en Belchite, el único que merece especial mencion es la derrota que allí sufrieron los españoles al mando de Blake en junio de 1809.

El general francés Suchet que venia picándoles la retaguardia, al verles posesionados ya de la poblacion y perfectamente situados, detúvose breves instantes, ordenó sus tropas y dió la órden de atacar.

Al principio respondieron bien los españoles á los fuegos contrarios, pero bien pronto la izquierda de estos se replegó en desórden hácia el centro, este á su vez comenzó á descomponerse por haberse incendiado algunas granadas, y el enemigo cargando con extraordinaria violencia, acabó de sembrar la confusion.

Presto la fuga siguió á la anterior confusion, y en breves momentos habian caido en poder de los franceses los pocos cañones que pudieron salvar los españoles en la batalla dada tres dias antes y en que tambien llevaron la peor parte, gran número de armas y bastantes prisioneros.

—¡Hombre! — exclamó Pravia al dar vista á Daroca—gran poblacion debe ser esta.

—Desde luego,—observó Sacanell, —sus muros y torreones lo demuestran perfectamente.

—Pues estais en un error.

—¿Qué quieres decir?—preguntaron á la vez los dos jóvenes contemplando con sorpresa á su amigo.

—Yo se les explicaré con una graciosa pregunta, hecha segun dicen por un gran rey. Cuentan y tengan Vds. presente que lo refiero tal como lo oí, que cuando Cárlos III vino á España á ceñir la rica corona de esta nacion, en su viaje á Madrid, pasó por Daroca. Lo mismo que á Vds. le sorprendieron esas murallas, esos torreones que flanquean su entrada, y cuando hubo pasado las ricas puertas que Vds. verán, y se encontró al poco tiempo en el otro extremo de la poblacion, dirigiendo sus miradas á todas partes, preguntó con malicioso acento:—Señores, ¿dónde está la ciudad de esas puertas?

—Ignoraba el cuento—dijo Azara — pero necesario es convenir que «si non è vero è ben trobatto,» pues la exigüidad de la poblacion, relativamente al perímetro que abraza la muralla, presta gran fuerza á esa tradicion.

—Ciento catorce torreones contaba la muralla de Daroca que se extiende sobre media legua de circunferencia, y aun cuando hoy la ven Vds. derruida por unos sitios y remendada por otros, sin embargo contuvo á ejércitos muy aguerridos y numerosos.

—Así es la verdad, — añadió Azara — ya tendré el gusto de llevaros á casa de un tio mio que reside aquí, y ya escucharéis de sus labios cosas peregrinas referentes á esta ciudad.

—Cuanto me alegro—exclamó D. Cleto,—pues segun eso tendré quien me releve de mi destino en Daroca.

—No lo crea V., mi tio conoce la historia general de la ciudad, pero estoy seguro que V. nos ha de dar detalles tan interesantes, que han de dejar á mi buen pariente sorprendido, pues es posible que él mismo los ignore.

—Está visto D. Cleto, no tiene V. escape, *velis nolis*, ha de ser nuestro maestro, nuestro guia, hasta que tornemos á los patrios lares, de vuelta de nuestra gran expedicion.

—Nada amigos mios, supongan Vds. que no he dicho nada y vamos hácia dentro, — contestó jovialmente el anciano para quien la fatiga del viaje que acaban de hacer por terrenos quebradísimos y caminos fatales, no parecia hacerle mella alguna.

LX.

Daroca.

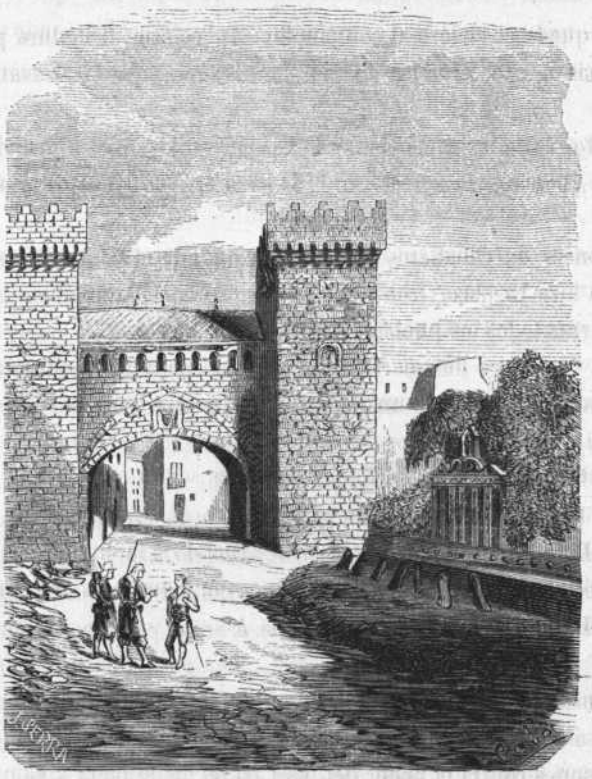
Dos puertas magníficas, bellísimas como obras de arte y robustas cual convenia á la fortísima muralla que como sabemos se extiende sobre media legua de circunferencia, elevándose caprichosamente sobre los dos cerros que encierran á la poblacion, dan ingreso á ella.

La una está por la parte que mira á Zaragoza, y la otra por la de Castilla.

Fondonera llaman á esta, y nada mas delicado que el precioso arco rebajado que entre las dos almenadas torres se encuentra, facilitando entrada á la poblacion.

Del siglo XIV data la bóveda de crucería y un precioso alero sostenido por animales, sirve de apoyo á un tejadillo de azulejos.

Antes, y á cortísima distancia de la puerta indicada, hállase una magnífica fuente de veinte caños, por los que brota un caudal de agua de gran consideracion.



Entrada de Daroca.

Franqueada aquella, hállase la poblacion extendida entre la bifurcacion de los cerros. El caserío en lo general es bueno, dadas las condiciones actuales de Daroca reducida á una ciudad eminentemente agrícola.

Todavía en algunas casas de la prolongada calle Mayor la mejor y mas desahogada de ella, conserva escudos de armas y algunos detalles en muchos edificios que demuestran la nobleza de los que las habitaron, y la elegante arquitectura de su tiempo.

Alguna plateresca ventana, algun alero primorosamente trabajado revelan que por allí existieron las casas solariegas de los Diez de Aux, de los Terrer, Morenos, Ponces, Garcés, Lunas y de «tanto guerrero y de tanto supremo magistrado.»

Las elevadas cimas del Moncayo sirven de límite á la mirada por una parte, mientras que los caprichosos giros del Jiloca que se extienden por la fértil vega, van lamien-

do cariñosamente los piés de aquellos cerros, los cimientos de aquellos edificios y su benéfico caudal derrama la fertilidad en aquella vega encantadora.

Tres grandes plazas, varias plazuelas y bastantes calles, regularmente empedradas, constituyen la ciudad, cuyo número de almas se eleva próximamente á tres mil, poblacion insignificante para el vasto radio que ocupan sus muros y para la profusion de templos que en pasados tiempos se alzaron dentro de ellos, de los cuales subsisten la mayor parte.

Sorprendido queda el viajero al contemplar tan colosal armadura para tan reducido cuerpo, mas á poco que se fije en la historia, queda desvanecida su sorpresa.

La antigua *Agiria* de los romanos pasó al poder de los infieles grande é importante ya, y cuando D. Alfonso el *Batallador* en 1121 se la arrebató á estos, era sobradamente fuerte todavía.

Poblóse entonces de caballeros cristianos, y cuando el conde Berenguer, algunos años despues la hizo ya plaza fronteriza, aumentó considerablemente la poblacion, pues vino á encerrar todos los pueblos y aldeas de la llanura.

De esa época datan sus diez parroquias, de esa época tambien datan los extendidos muros que cual los brazos de un gigante, abriéronse para cobijar no solamente á los habitantes, sí que tambien á los grandes rebaños en el momento en que amenazados se veian por las algaradas de los infieles.

Mas desde el momento en que la media luna no conservó un solo baluarte en Aragon, salieron de Daroca los vecinos que habian buscado refugio tras sus graníticos muros, yéndose á reedificar sus destruidas viviendas constituyendo sus antiguos lugares, y solo quedó en Daroca su fortísima y extendida muralla y una poblacion infinitamente mermada.

Baluarte firmísimo de fidelidad hácia sus reyes, fue siempre la ciudad que nos ocupa, y del mismo modo que habia servido de dique á los esfuerzos del agareno, sirvióle tambien despues contra el poder del feudalismo.

Cabeza de *Comunidad*, donde quiera que iban sus estandartes bajo los cuales peleaban todos los hijos de la comarca, coronáronse generalmente de gloria, mas durante los períodos de paz, las rencillas y las envidias de los pueblos circunvecinos respecto á la ciudad, produjeron mas de una desagradable y sangrienta colision.

Los monarcas á su vez pagaron la lealtad de Daroca con fueros y distinciones que esta supo agradecer, y durante la famosa época de la *Union*, los fuertes muros del siglo XII fueron el apoyo de Pedro IV, á la sombra de los cuales levantóse el abatido espíritu de los pueblos, y se preparó, por decirlo así, la famosa jornada de Epila.

En las posteriores guerras sostenidas por espacio de diez años entre Aragon y Castilla, no se atrevieron á aproximarse á ella las huestes de Pedro el *Cruel*, y por su decidida actitud durante tan calamitosos tiempos, mereció ser elevada á la dignidad de ciudad.

Pero no por esto aumentóse la poblacion ni reportó mayores beneficios.

Siguió atravesando una existencia regular y tranquila, hasta que durante la guerra de sucesion, las tropas de Felipe V la saquearon horriblemente, dejándola en un grado de postracion que solo para reponerse, hubiera necesitado el poderoso apoyo de los Gobiernos, mas careciendo de él, no es posible que haga mas de lo que hace.

LXI.

Monumentos de Daroca.

Como el único, como el principal monumento, como la joya de mas estima que tiene Daroca, está la colegiata de Santa María, antigua mezquita de los árabes, restaurada en la reconquista y posteriormente en 1587 ampliada y restaurada de nuevo bajo la forma que hoy conserva.

La antigua restauracion dió comienzo en la época de D. Jaime el *Conquistador*, y la longitud que tenia era lo que hoy constituye su latitud.

Sosteníase el cimborio cuya clave es la pila del agua bendita en la actualidad, por cuatro gruesas columnas, y la capilla mayor, riquísima en detalles era la que hoy, por efecto de la ampliacion, ha quedado en uno de los lados.

La puerta llamada del *Perdon* que entonces era la principal, conserva en toda su frescura y elegancia la arquitectura del siglo XIII.

Cuatro arcos disminuyendo gradualmente y ligeramente apuntados, la forman, estando revestido el del interior con una guirnalda perfectamente trabajada, y sirviendo de remate al exterior un floron, que se destaca poderosamente del lienzo ornado con relieves góticos.

A la altura del arranque están cortados los arcos por un corrido capitel constituido por una faja esculpida de mónstruos y fieras, y el dintel de la puerta se forma por un arco rebajado, al que sostienen otros capiteles de mucho gusto y de trabajo no menos recomendable, viéndose en el tímpano, la alegoría del Juicio final.

Hemos dicho ya que en el primitivo templo el altar mayor estaba ocupado por el de los Santos Corporales que en la actualidad y por efecto de la modificacion posterior, ha pasado á ser una capilla solamente.

Y si en este lugar tanto brilla la riquísima obra de arte ¿qué no brillaria en el fondo de aquel templo, de cuya primitiva arquitectura, tan bellos, aunque escasos detalles, se conservan?

La forma de este retablo diferenciase de una manera notable de todas las generales en esta clase de trabajos.

Tres arcos de ojiva guarnecidos de hojarasca, uniéndoles y cubriéndoles en parte una especie de gasa primorosamente calada, llena de relieves y orlada de crestería, afectando la forma de una portada, es lo primero que sorprende al viajero, que no sabe que admirar mas si la delicadeza del trabajo, ó lo gracioso de la concepcion.

Las estatuas de los profetas interrumpen, por decirlo así, la série de pilastras de rica filigrana, cobijadas bajo encantadores doseletes, mientras que otros de estos, mas

prolijamente calados y agrupados en graciosa combinacion, cubren la efigie del Crucificado, y cuatro ángeles que sostienen los Santos Corporales y los escudos de Aragon y Castilla.

Incrustado en el gótico altar que se ve en el fondo de los arcos, hállase el sagrario que conserva las santas Formas, rodeado de multitud de relieves que mas brillan por la minuciosidad del trabajo, que por la gracia y bondad de la ejecucion.



Altar de los Santos Corporales.

Un arco de relieve adorna la parte superior de los muros laterales, brotando de la curva á manera de tallos, seis peanas, que sustentan otros tantos santos, viéndose la cruz coronando la ojiva, flanqueándole dos pilares de crestería con labradas pulseras.

En el centro del arco hay un manojo de flechas y el nudo gordiano, revelando con esto que los Católicos Reyes quizás contribuyeron á la terminacion de esta obra.

En 1585 estuvo Felipe II en Daroca y los canónigos le hicieron presente su deseo de renovar y ampliar el mencionado templo. El severo y grave Monarca contentóse con decirles: «Bien parece esta antigüedad;» pero el cabildo no cejó en su propósito y

bien pronto comenzaron las obras prolongando el templo, alzando un área doble de la primitiva, y trocándose como en otro lugar hemos dicho, su latitud en longitud.

Tres espaciosas naves de igual altura con arcos semicirculares que se apoyan en dos hileras de columnas formadas por pilastras y medias cañas, constituyen el templo actual, notándose en las bóvedas sobriedad en el adorno de crucería y sobre las capillas, ventanas, en vez de las ojivas góticas.

Tachonada es la cúpula, bajo la cual se halla el altar mayor, ocupando el coro el abside.

Un barroco dosel excesivamente recargado de figuras, se asienta sobre cuatro columnas salomónicas de mármol negro, cobijando la efigie de María sostenida por ángeles, grupo, cuya blancura se destaca poderosamente entre el negro de las columnas; pero que no por eso puede amenguar lo poco acertado de aquella obra.

Todo el mérito, toda la delicadeza de trabajo, toda la riqueza de detalles encuéntrase concentrada en el precioso altar de los Santos Corporales, objeto de una veneracion extraordinaria; en honor de los cuales se instituyó una solemnidad religiosa, y respecto á los que se refiere una maravillosa tradicion.

Daroca es la poblacion de las tradiciones, y en el corto espacio que en ella hemos de permanecer, nos harémos cargo de todas las mas esenciales.

LXII.

Los Santos Corporales.

El estandarte de la cruz flotaba sobre los muros de Valencia.

Los infieles habian corrido á esconder su cólera y su vergüenza tras el formidable baluarte del castillo de Chio.

La fortaleza que en las alturas del Codol habian improvisado los cristianos, veíase terriblemente amenazada por los enemigos.

Diariamente los guerreros de la cruz y los soldados del Islam, cruzaban sus armas en sangrientas escaramuzas.

Una mañana, apenas los primeros resplandores del alba iluminaban las crestas de las montañas, previendo los cristianos que no tardarian en ser atacados por el contrario, dispusiéronse devotamente para el combate, oyendo misa y comulgando.

Alzóse el altar en la montaña, reunióse la hueste y los seis campeones que la mandaban, llamados D. Jimeno Perez, D. Hernan Sanchez de Ayerve, D. Pedro y D. Ramon de Luna, D. Guillen de Aguilon y D. Simon Carroz, aragoneses los cuatro primeros y catalanes los dos postreros, arrodilláronse para recibir el sagrado pan de la Eucaristía.

Extraordinario recogimiento reinaba en aquel campo donde solamente se escuchaban las palabras del sacerdote que oficiaba.

De repente, espantoso alarido retumba entre los fragosos montes.

Los agarenos se avalanzan como sangrientas fieras sobre el campamento cristiano.

El momento de combatir ha llegado y los valientes caudillos, bien á su pesar, abandonan el altar para ponerse al frente de sus soldados.

Aturdido el sacerdote y temeroso de que los infieles profanasen las sagradas Formas, envolviólas en los corporales y las escondió entre unas piedras.

La cólera que sentian los cristianos por haber sido interrumpidos en la religiosa ceremonia, prestóles doblado esfuerzo, y bien pronto la morisma huye aterrada, incapaz de resistir el récio empuje de los soldados de la cruz.

La victoria era de estos, y ansiosos tanto de dar gracias á Dios que tan propiciamente les ayudara, como de terminar el comenzado sacrificio de la misa, reuniéronse de nuevo en el sitio en que se alzara el altar, y al buscar el sacerdote las sagradas Formas, encontrólas pegadas con sangre, al lienzo que las cubria.

Ante semejante prodigio prosternóse admirada toda la hueste.

Henchida de mayor fe y alentada por el triunfo que acababa de obtener, vuela de nuevo tras de los musulmanes y no se detuvo, hasta que los hubo desalojado de aquellos contornos.

Entonces comenzaron las disputas respecto á quien correspondian aquellas santas reliquias, puesto que en el campo se hallaban las milicias de Calatayud, Daroca y Teruel.

Las tres poblaciones creíanse con igual derecho y como no era posible dividirlas, dejóse al instinto de un animal la eleccion del lugar en que habian de depositarse.

Para esto, encerráronse las sagradas Formas en una caja de plata, la cual se puso sobre una mula, dejándola suelta para que caminase á su albedrío.

La hueste fué siguiéndola, y durante algunos dias cruzando montes y llanuras, valles y barrancos, por donde quiera que pasaba iba curando endemoniados, sanando enfermos y haciendo tales milagros, que la multitud en religiosa procesion unióse tambien á los soldados, siguiendo la marcha de la mula.

Sin detenerse esta en Teruel llegó á Daroca, recorrió sus muros, y al pasar por delante del hospital de San Márcos, cayó muerta al pié de la puerta.

Ya estaba resuelta la cuestion.

Las santas Formas pertenecian á Daroca y se condujeron á la colegiata como cabeza de todas las iglesias de la comarca.

Tal es la tradicion que se conserva, respecto á tan gran portento y que nosotros transcribimos con toda su sencillez.

LXIII.

Otros templos de Daroca.

Los demás templos que Daroca posee, á excepcion de Santiago donde admirarse deben, sin fijarse para nada en la restauracion que sufrió, los preciosos ajimeces góticos adornados con lindos arabescos en la cuadrada torre; San Pedro que á pesar de la demolicion de su antigua torre conserva todavía el rico portal formado por arcos de her-

radura en degradacion; la torre de San Andrés con su primer cuerpo apoyado sobre grandes ojivas y el segundo abierto en ventanas semicirculares, ni Santo Domingo, ni San Juan, ni San Miguel, conservan mas que restos de sus construcciones primitivas, y estos de no gran mérito.

Las torres de estas tres últimas iglesias son cuadradas, y sus retablos góticos.

La fachada de Santo Domingo presenta el antiguo abside sostenido por columnitas y el arte bizantino muéstrase en toda su plenitud en la portada de San Miguel.

Otras parroquias, además de estas, tuvo en la antigüedad Daroca, elevándose su número hasta trece, unas arruinadas, otras destinadas á diferentes objetos lo mismo que algunos de los conventos, de los cuales ni podemos ni debemos hacernos cargo de ellas.

El antiguo hospital de San Marcos, situado fuera de los muros de la ciudad con el objeto de que no pudiera entrar en ella ningun espia, merced al disfraz de peregrino ó pordiosero, y á cuya puerta espiró la mula que llevaba los Santos Corporales segun la tradicion, convirtióse mas tarde en convento de Trinitarios para servir en la actualidad nuevamente de hospital.

Gótico y perfectamente labrado, es el pórtico de este edificio, y sobre el cual se esculpió groseramente la efigie de la famosa mula que tan rico legado dejó á la ciudad, y en otro tiempo, hubo tambien dentro de una reja de hierro, una estatua informe de piedra respecto á la cual tambien existe su tradicion.

. . . . . .

Pedro Bisagra era un rufian atrevido, lenguaraz y descarado, gran amigo de encontrarse lo que no era suyo, y pendenciero y blasfemador como pocos.

Andábanle á las vueltas los jurados, hartos ya de sus fechorías, mas como sucede siempre en casos tales, gran parte de la poblacion temerosa de la venganza del villano, le ocultaba y protegia, mas por miedo, que por simpatía.

Y aconteció que un dia entróse en una de las mas famosas viñas de las inmediaciones de la ciudad, y llenó de uvas un cesto que á prevencion llevaba.

Satisfecho con el hurto, esperó que la noche comenzara á cerrar para retirarse á su vivienda.

Pero quiso su mala suerte que tropezara con una ronda, que al conocer al personaje y ver el cesto, sospechó desde luego lo ilegítimo de su procedencia.

—¿De dónde buen, Pedro?—preguntóle el jurado que rondaba por la poblacion.

—De la huerta. Voyme á mi casa y hé aquí que llevo para serviros, fruta en abundancia.

—Pedro, ¿de dónde has tomado esas uvas?

—¡Tomarlas, señor! costáronme veinte sueldos que dí al dueño de la huerta.

—Mentidero está tu labio, que no há mucho dijéronme que no tenias para pagar el pan que comiste hoy, y que además moliste á palos las costillas del hornero.

—Tomáronme entre ojos las gentes de la ciudad y dirán de mí lo que les plazca. Os digo que estas uvas las compré.

—Mientes, Pedro.

—Por el santo Misterio os juro que las pagué en buena moneda, y si miento, que aquí mismo me quede convertido en piedra.

Apenas Pedro hubo pronunciado semejante juramento, un maravilloso hecho tuvo lugar.

Instantáneamente redújose su estatura en dos tercios, quedando petrificado.

La divina Justicia habia castigado al blasfemo.

. . . . . .

Su infame estatua colocóse en el convento mencionado tras de una reja para que todos pudiesen contemplar la tremenda justicia.

LXIV.

Noticias generales de Daroca.

Por la situacion topográfica de Daroca hallábase expuesta á que los aluviones provenientes de las tierras altas la inundaran, puesto que colocada en la falda de dos cerros, la caida natural de las aguas, podia en un momento dado, anegarla.

Pensóse en obviar esta gravísima contingencia y para ello pensaron en la construccion de una gran mina que recogiese todas aquellas aguas, conduciéndolas al Jiloca.

Un arquitecto extranjero, Pierres Vedel, en 1555, dió principio á los trabajos, comenzando por la puerta *alta* ó sea la de Zaragoza, taladrando todo el cerro en una extension de 759 piés con una anchura igual de 8 varas por 10 á 11 de altura.

Merced á esta obra atrevida, quedó á salvo la poblacion, sin embargo, en 1575 en la noche del 14 de julio llovió con tal violencia y con tal ímpetu bajaron las aguas por todas partes, que á no ser por una rueda de molino que la misma fuerza del agua arrojó contra la puerta *baja* haciéndola que saltara, y dejando franco el paso al furioso elemento, tal vez los habitantes de la ciudad hubieran perecido ahogados.

En memoria de este acontecimiento, conservóse el *ruejo* ó la rueda salvadora bajo un templete juntamente con un cuadro de san Buenaventura, cuya memoria se veneraba aquel dia, celebrándose anualmente una fiesta en accion de gracias.

En una de las mejores plazas hallábase situada la Casa consistorial y la cárcel, edificios que sin tener nada de notables bien en su antigüedad y en su forma revelan la grandeza de aquella poblacion, que tanta nobleza cobijaba en su seno.

La cárcel actual fue en lejanos tiempos la casa municipal y la que hoy sirve para este objeto, conserva como alhaja de inestimable precio, los pendones que las compañías de la ciudad ostentaron en el cerco de Valencia.

La instruccion pública y la beneficencia no pueden quejarse de estar desatendidas en la ciudad que nos ocupa, pues además de las escuelas costeadas por el Municipio, existen varias particulares, que reunen muy buena asistencia.

Poblacion bastante rica, hay varias tiendas tanto de artículos de primera necesidad como de lujo, las cuales tienen bastante consumo.

Pero lo mas encantador que tiene Daroca es su rica campiña.

Acequias y canales para el riego, fertilidad y vegetacion admirables, puentes rústicos, paseos sombreados por robustos chopos, y frondosos sauces, fuentes, bosques de árboles frutales, todo en fin, cuanto puede constituir una vega espléndida y lozana.

LXV.

Un episodio de la vida de D. Jaime el *Conquistador*.

A corta distancia de Daroca se encuentra Burbáguena, poblacion de escasa importancia en el dia.

Sin embargo, en ella dió principio en 1225 el sangriento drama que de tan elocuente manera ha pintado el rey D. Jaime en su historia, y que costó la vida á uno de los mas bravos caballeros aragoneses á D. Pedro Ahones, cuyo cadáver quedó sepultado en la iglesia colegiata de Daroca.

. . . . . .

Era el año de 1225.

D. Jaime el *Conquistador*, el rey niño todavía, pero que á pesar de su niñez habia pasado por tales pruebas que su corazon y su cabeza eran superiores á su edad, tornaba de Valencia asaz mohino y cavizbajo.

Con valeroso esfuerzo habia penetrado por las tierras de los infieles ansioso en ornar de laureles la corona que ceñia y que tantos ambicionaban.

Confiaba en la ayuda que habian de prestarle sus caballeros á quienes dió órden de ir á reunirse con él al frente de sus respectivas mesnadas.

Pero todos le faltaron.

El leon se vió solo, cercado de enemigos y no tuvo otro remedio que retroceder.

Su hueste habia sufrido mucho y tornaba asaz reducida y maltrecha.

De pronto ve relucir á lo léjos acerados cascos y brillantes petos.

Lucido escuadron se adelanta en opuesta direccion á la que él lleva.

—Sancho Martinez, —dice el Rey dirigiéndose á uno de sus caballeros, ved á quien pertenecen esas lanzas.

Sancho Martinez de Luna adelantóse un buen trecho y á poco volvió diciendo:

—Pertenecen al noble D. Pedro Ahones.

—¡Ira de Dios! — exclamó con vibrante acento el niño Rey — el mal vasallo que tan reácio anduvo en venir á la nuestra demanda, discurre armado de tal guisa por los nuestros reinos. Tornad Sancho y ved dónde se dirige D. Pedro con tan lucida hueste (1).

(1) Hé aquí como la crónica escrita por el mismo rey D. Jaime refiere este suceso:

«E en axó no ni hach pus paraulas. E ell le vás en peus é aquells que hi eran ab nos desampararen nos é ell é anaren sen sus al cap de la casa, é meteren mans als coltells, lurs mantells abrassats é los perpunts vestits e lexaren nos sol ab ell. E ell era gran cavaller e fort e bó de armas, evolch metre mans á la espasa, e nos tengam la espasa en la má que no la poch treura. E los cavallers de D. P. Ahones no eran descavalcats, e eran defora; e quant ohiren lo brogit que 's feya en la casa descavalcaren trenta ó quaranta á colp; é mentras quels cavallers seus venian, ell vol metre má al coltell, e nos embargamlo é no 'l poch treure. E en aço foren entrats los seus, e

De nuevo el caballero se dirigió al encuentro de los que á su vez se habian detenido y enviaban dos de sus guerreros á reconocer á los de la comitiva del Monarca.

Reunido con ellos Sancho de Luna, presto supo que el orgulloso magnate iba á emprender por su cuenta la empresa, para la cual no quiso prestar su ayuda al rey don Jaime.

Profunda indignacion causóle á este semejante nueva.

Sin que fueran bastantes á detenerle los ruegos de sus caballeros que temian la audacia y el poder de D. Pedro, clavó los acicates en los flancos del cansado corcel y bien pronto hallóse al lado de D. Pedro, que al reconocerle habíase tambien adelantado algunos pasos.

—¡Vive Dios! D. Pedro—exclamó el Monarca—que agradecido debo estaros al buen servicio que me prestásteis. ¿Qué causas tuvísteis para no acudir al nuestro llamamiento?

—Con lealtad os serví siempre—repuso con acento acre y un tanto altanero el magnate—y no merecedor soy á que de tal modo me trateis.

—¿Dónde vais con tan lucida y bien aderezada hueste?

—A hacer una entrada por las tierras agarenas.

—¡Por mi nombre! que no ví jamás audacia como la vuestra D. Pedro. Veisme tornar de Valencia con el baldon de haber tenido que firmar treguas obligado por el vuestro abandono, y tratais de emprender por vuestra cuenta la empresa en que no me dísteis ayuda, quebrantando lo que por vos tuve que firmar. Volved grupas D. Pedro y venid con nos, que hablar habemos del deservicio que me hicísteis.

Gran trabajo costó al Monarca decidir al altivo caballero á retroceder, dirigiéndose con él á Burbáguena.

Cuando llegaron al lugar, D. Jaime que á pesar de sus años, pues solo tendria á la sazon unos diez y siete, poseia unos brios muy superiores á semejante edad, penetró en el castillo de los caballeros del Temple, llevando tras sí á D. Pedro que á su pesar iba subyugando por la firmeza del Monarca.

—Ved lo que haceis D. Pedro —le dijo este—la tregua que yo he pactado, respetada ha de ser por vos.

els nostros eran per las posadas, e tolguerenlons de las mans per força, que ell no havia poder de si que 's partis de nos, si que los nostros qui eran en casa, nons ajudaren, ans miravan la lugta que haviam ab ell. E nos dixem á un cavaller d' Alagó per nom Miquel d' Aguas qui havía un cavall á la porta que 'l nos liurás; e sempre cavalcam en ell ab nostre perpunt vestit; é portarennos nostras armas, e anam detrás ell... E vehem D. Pere Ahones ab XX cavallers qui nos partian de ell pujants per una costa á má esquerra, que volia estorcre á un castell del bisbe de Zaragossa per nom Cotanda... E mentre que açó feya gitaven pedras grans e poquas als de jus perço que no pujassen... E al venir que nos fem cridam Aragó, Aragó; e nos e nostra companya ensemps pujam al puig, é desampararen á D. P. Ahones tots los cavallers qui 'l guardavan .. E en tant vench D. Sanxo Martinez de Luna germá major de Martí Lopis, é feri 'l per la part dreta de la llansa, e mes la hi per lo costat destre mitx peu per la ubertura del perpunt de jus lo bras. E ell que anava devant nos, que nul hom no anava devant entre nos, e ell sentis ferit e aturás e abrassá lo coll del cavall; e nos fom sempre ab ell e leixás caure á la part esquerra del cavall. E nos tantost quant ell se comensá de desrocar, avallán é posan los brassos sobre ell e dixli: D. Pere Ahones, en mal punt fos nat. E ell no 'ns poch dir res, si no que 'ns aguarda en la cara. E nos están açi vench D. Blasco d' Alagó e dix; Señor, prech vos que nos lexeu aquet leó que veijar nos hem de çó que us ha feyt. E nos dixemli: Blasco Deu vos confona perque dieu aytals paraulas, é jo us dich que si á D. P. Ahones ferits que á mi haureu á ferir privar e vedarvos hem. E cavalcamlo en una bestia, e un escuder que li sofferia son cors: e moris en la carrera ans que fos á Burbaguena. E nos anannos á Daroca, e llevam D. P. Ahones en un tahut de Daroca, e metemlo en Sta. Maria de Daroca.»

—No obligado por ella me encuentro, que presente no estaba cuando la hicísteis.

—El vasallo respetar debe los compromisos que su señor contraiga, y yo os mando D. Pedro que desistais de vuestra empresa.

—Complaceros no hé, que al poner en pié de guerra la mi mesnada, no lo hice para permanecer ocioso.

—Tened entendido D. Pedro que es el vuestro rey quien os lo manda.

—Y yo he manifestado ya al Rey lo que resuelto me hallo á cumplir.

—¡Por mi santo patron! que andais sobradamente audaz, y pues que de tal guisa tratais de imponeros á mi voluntad, yo obraré como quien soy.

—No os comprendo.

—¿Desistís de vuestro empeño?

—D. Pedro Ahones no retrocede un solo paso jamás.

—Pues yo sabré impediros que lo deis. ¡Hola!—gritó el Monarca con voz fuerte.

Inmediatamente aparecieron en la estancia varios caballeros tanto del Rey como de los que acompañaban al de Ahones.

—Daos á prision D. Pedro—dijo el Rey.

—¡Ira de Dios!—gritó iracundo el caballero. ¿Quién es el atrevido que trate de cumplir vuestro mandato?

Y D. Pedro fué á echar mano á la espada, pero D. Jaime mas rápido que él, cogióle con tal fuerza la mano, que á pesar de la robustez y fuerza del caballero, no pudo hacer movimiento alguno.

Entonces los caballeros de Ahones echaron mano á sus espadas y sacaron á D. Pedro del poder del Rey, mientras los de este permanecian inactivos, presenciando la contienda, que tan en poco tenian á su Soberano.

Pero este ardiendo en ira salió tras de D. Pedro, y cabalgando sobre un caballo que le prestó un caballero llamado Miguel de Aguas, lanzóse en seguimiento de D. Pedro que con veinte de los suyos habia escapado de Burbáguena.

Algunos amigos de D. Jaime corrieron entonces en su ayuda.

D. Pedro Ahones al verse perseguido, atrincheróse en la cima de un collado, desde donde los suyos comenzaron á arrojar piedras sobre D. Jaime y los de su comitiva.

El jóven Monarca ardiendo de ira adelantóse á los que le seguian y subió por un atajo la colina gritando: «¡Aragon! ¡Aragon!»

Al ver cerca de sí al Rey, pusiéronse en fuga los favorecedores de D. Pedro, exhortándole á que tambien se alejase, pero el orgulloso magnate esperó á pié firme á sus perseguidores.

Entonces Sancho Martinez de Luna que por otro lado habia subido la montaña, lanzóse lanza en ristre sobre D. Pedro y le atravesó con ella.

D. Jaime llegó á tiempo de sostenerle en sus brazos cuando iba á caer en tierra.

—«En mal hora nacísteis D. Pedro»—díjole el Monarca con dolorido acento, pues desde aquel instante desaparecieron todos sus rencores.

El caballero no pudo contestar ya. Solo dirigió una triste mirada á su señor y cayó desvanecido, falleciendo á los pocos instantes.

D. Blasco de Alagon y otros caballeros que trataron de acometer al caballero cuando ya estaba herido fueron contenidos por el Monarca, quien fué acompañando el cadáver hasta Daroca, llorando amargamente la pérdida de tan esforzado guerrero.

Su cadáver como ya hemos dicho, fue sepultado en la iglesia colegiata de Santa María.

LXVI.

Baguena. Heróico proceder de Miguel Bernabé.

Un cuarto de legua escasa separa á Baguena de Burbáguena.

Lugar de escasa importancia hoy, merece sin embargo especial mencion por el famoso castillo que inmortaliza el heróico hecho de Miguel Bernabé, que de simple aldeano alcanzó la inmarcesible corona del héroe en 1362.

A la aproximacion del ejército castellano, á cuyo frente venia D. Pedro I de Castilla apellidado el *Cruel*, encerróse el valiente Miguel en el castillo decidido á hacer una tenaz resistencia á la invasora hueste.

Menospreció el castellano el valiente alarde de Miguel, y sin embargo ante aquellos débiles muros y ante aquella colosal figura, fué á estrellarse todo el poder del rey de Castilla.

—¿Qué harás, —preguntábanle sus escasos soldados —ante la innumerable hueste que nos rodea?

—Morir, antes que entregar las llaves de la fortaleza; —contestaba el resuelto aragonés.

Y así fue: ni las amenazas, ni las promesas, que grandes y halagadoras fueron, bastaron á doblegar la inflexible decision de Bernabé, que solo, abandonado de todos, dentro de aquellos muros inaccesibles á los sitiadores, desafiaba todo su poder.

D. Pedro de Castilla, irritado por semejante obstinacion hace prender fuego al castillo, y Bernabé impávido contemplaba las llamas que con espantosa rapidez iban envolviéndole, sin demandar gracia, sin que la mas leve sombra de temor empañara su rostro varonil (1).

(1) En el nobiliario en verso de Gracia-Dey citado por Wstarroz hace mencion de este hecho, en los siguientes términos:

En esta entrada se vido
La gran fe de Bernabé;
Que bien que fue combatido;
Mas nunca escuitó partido,
Hasta que cremado fue,
Y ni aun por esas rendido
Cá en sus manos abrasadas
Las claves fueron trobadas
Del castillo que tenia;
Porque fue su nombradia
Mas que las mas estimadas;
Y lo es hoy su fidalguia,
Pues son sus fembras compradas.

Únicamente de sus manos carbonizadas pudieron arrancar las llaves que con tan heróica tenacidad defendia.

El Monarca aragonés no pudo mostrarse desagradecido con quien tan leal se le mostrara, y la hidalguía que concedió á los descendientes de Bernabé, proporcionóles á estos tales y tan ventajosos enlaces, que en muy poco tiempo, viéronse la mayor parte de los nobles de aquellos contornos enlazados con los sucesores del noble defensor de Baguena.

Fuera de este hecho, nada mas de particular podemos mencionar referente al lugar indicado.

Su poblacion que se eleva á doscientos cincuenta vecinos, dedicada exclusivamente á las faenas agrícolas, cuida mas de atender á las necesidades que aquellas les exigen, que al embellecimiento de su localidad.

Consérvanse algunas antiguas casas aunque en escaso número, no exentas de algunas bellezas artísticas, hallándose tambien en este caso la iglesia parroquial de Santa María, y un convento de monjas.

LXVII.

De Daroca á Tarazona.—Un recuerdo del Monasterio de Piedra.

—He cometido una omision, que no puedo disculparme mas que por la prisa de hacer el viaje directamente desde Calatayud á Zaragoza, y por no haber ninguna estacion que pudiera recordármelo.

Así dijo D. Cleto á sus amigos despues de haber andado gran trecho desde su salida de Daroca.

—Usted se explicará—repuso Pravia, —que yo maldito si sé á lo que se refiera.

—Estando en Calatayud debíamos haber visitado el monasterio de Piedra.

—¡Caramba! es verdad,—exclamó Azara.—Tampoco yo caí en ello.

—¿Y qué es eso? ¿Algun monumento tal vez?

—Sí señor, y magnífico.

—Pero estará arruinado ya.

—Por el contrario; ha tenido la suerte de encontrar un propietario que ha sabido apreciar la joya que la suerte le deparaba.

—¿Y le conserva?

—Para admiracion de los que le visitan y para satisfaccion propia.

—Si que siento que no le hayamos visitado.

—Todavía podemos ir desde aquí.

—Sin embargo amigo Azara, ya no podemos cambiar nuestro itinerario, y únicamente lo que puedo hacer es describírselo á estos señores segun yo lo recuerdo, si se satisfacen con ello.

—Desde luego; pues si sus descripciones de V. tienen la ventaja de que parece que se está viendo el objeto que se describe.

—Favor señores, favor.

—No tal; justicia solamente.

—Pues entonces dejemos ya todos esos elogios que ni Vds. deben hacerme ni yo puedo admitir, y vamos á lo que importa.

Y D. Cleto púsose á describir á sus compañeros las bellezas del monasterio de Piedra, propiedad actualmente del Sr. Muntadas, quien no solamente le ha restaurado, si que tambien aprovechando las felices disposiciones de los terrenos anejos á él, y de las aguas que le bañan, ha montado un establecimiento de piscicultura, notable por mas de un concepto.

Segun una inscripcion colocada sobre una de las achatadas puertas del edificio que dice, *Aldephonsus rex Arag.* 1195, supónese que en aquella fecha habria ya dado principio la construccion de este magnífico monasterio destinado á servir de mansion á los Cistercienses que en el año de 1164 habia enviado á Aragon el abad de Poblet.

Inmensos bienes fueron legándole los magnates y damas de aquellos contornos, y merced, tanto á estos, cuanto á las repetidas concesiones que los monarcas le hicieron, dándoles absoluta jurisdiccion sobre distintos lugares y facultad para poblarlos bien de cristianos ó de moros, llegó á ser uno de los mas pingües señoríos.

Fácil es de comprender por la siguiente descripcion hecha del edificio, por un ilustrado viajero que hace algunos años nos precedió en estos viajes, y á quien mas de una vez llevamos consultado para rectificar ó ampliar nuestros apuntes, toda la grandeza de aquella vasta casa de oracion, hospedería de orgullosos varones y muchas veces de monarcas tambien.

Transcribimos íntegro el relato que el Sr. Quadrado hace en los *Recuerdos y bellezas de España*, porque le creemos mas completo que nuestras notas, pues hoy han variado bastante aquellos lugares por efecto de las restauraciones y reformas hechas por su actual propietario.

«Escondido cual tesoro entre las breñas, el que fue monasterio y es hoy solitaria granja, no desdobla sino lenta y gradualmente sus preciosidades ante al viajero. El rodeo de una larga tapia fortalecida por redondos cubos le hacia desear la entrada, que un cuadrado torreon defendia vigilante con sus almenas y salientes matacanes, abierto en arcos á manera de mirador, y renovados por una mano moderna sus antiguos blasones y memorias (1). Segunda puerta flanqueada por dos torrecillas le detenian mas adentro; y en los tres cuerpos de columnas, de fecha evidentemente poste-

(1) De los dos escudos que hay á cada lado de la puerta con la mitra y el báculo abacial, en el uno se ven tres piedras, y en el otro un castillo sobre una roca con este lema *Castrum de Petra*. En el del centro campean las armas antiguas de Aragon, si bien esculpidas con mucha posterioridad á la fecha que debajo se lee *anno* 1195; y á continuacion los siguientes disticos incalificables por su irregularidad y tan distantes de la ingenuidad de los leoninos como de la elegancia de los del renacimiento.

Hæc sacra Bernardo catholicus rex tecta dicavit
Alphonsus Casto, donaque magra dedit.
Postea dein reges instauravere Jacobus
Et Petrus, Alphonsi hic filius, ille nepos.

rior, empotradas en su fachada, los capiteles bizantinos de las del segundo le revelaban su distinta procedencia y la destruccion de una primitiva columnata de la cual debieron ser arrancados, como lo eran un tiempo los romanos para adornar las degradadas construcciones del Bajo Imperio. En el interior del portal algunos rudos frescos, representando á la Vírgen con los santos monjes Benito y Bernardo y los santos caballeros Martin y Jorge, indicaban el remoto principio de la capilla que allí se encierra; pero al desembocar en el atrio, las miradas apartándose de las fábricas circunvecinas y del campanario de ladrillo y de la postiza y ya ruinosa galería pegada al frontis del templo, se concentraban en el portal bizantino, cuyos cinco arcos en degradacion saludan la naciente ojiva. Allí se complacian en los follajes y triangulares colgadizos que adornan los arquivoltos, en los capiteles de las bajas y cilíndricas columnas cuyas agudas hojas se retuercen en salientes florones, y en las aristas de los ángulos claveteadas con estrellas de relieve. Y al buscar el *lábaro*, lamentaban su desaparicion tras de un moderno escudo de armas; y al tropezar con los dos pintoreados figurones de Alfonso II y de Jaime I, quejábanse de que no fueran las estatuas dignas á la vez del bello pedestal que les forman cinco bizantinas columnas con sus variados capiteles, y de los soberanos á quienes el monasterio debió respectivamente su fundacion en 1195 y su conclusion en 1218.

«Con la orfandad del edificio acrécese ahora la solemnidad de las impresiones; y la indignacion contra los adornos y reparos con que mas tarde lo afeó el mal gusto, cede al temor y lástima de su total ruina. Surgió el vasto templo á principios del siglo XIII, cuando el arte palpitaba, digámoslo así, con el presentimiento de su período mas brillante: ojiva en las bóvedas, ojiva en los arcos de comunicacion de las naves laterales con la principal, menor inferioridad y humillacion de aquellas respecto de esta, anchuroso crucero de dos arcadas, aunque sin cúpula, con dos capillas ojivales por frente en cada brazo, tales son los rasgos innovadores que la transicion marcó sobre la mole todavía bizantina. Pero un dia, seria ciertamente á últimos del siglo XVII ó á principios del otro, se proyectó adornar aquella desnudez respetada por cinco centurias; y pilastras barrocas envolvieron los torneados pilares como rudas cortezas el cuerpo de una ninfa, y una pesada cornisa se tendió á la altura del arranque de la bóveda, y pésimas molduras se enredaron en las ventanas de cilíndricas columnitas, y arrimada á cada pilar se apostó una colosal efigie de santo de tremenda catadura y rabiosos colorines. Desapareció cási bajo el sobrepuesto disfraz la primitiva idea; y tan solo el abside, con el reciente destrozo del altar mayor, ha ostentado de nuevo sus bellas formas, el pardo color de su piedra, los arcos de la clave apoyados con gracia sobre ligeras columnas, el ara augusta oprimiendo robustos pilares, y las cinco profundas ventanas que por extraña transaccion admitieron calados arabescos en su marco bizantino.

«Del mal gusto y de la destruccion que sucesivamente han impreso sus huellas en el edificio, salvóse por fortuna un frágil mueble, un precioso relicario del siglo XIV. En las grandes hojas de sus puertas representó por la parte exterior un pincel purista no despreciable seis pasajes de los hechos que prepararon el nacimiento del Reden-

tor (1) y otros seis de su pasion y muerte: y si notamos las letras árabes que en las orlas, puños y cuello de su vestidura llevan escritas muchos personajes, si atendemos al estilo de los cuadros y estrellas entalladas en la faja que ciñe el armario y al de los arcos de la cornisa que cobijan á los doce Apóstoles pintados de medio cuerpo, cási nos persuadirémos de que estos incidentes son algo mas que reminiscencias é imitaciones del género muslímico, y de que pudo ser su artífice uno de tantos, que siervos ó libres, obstinados en su alcoran ó dóciles á la fe de Cristo, trabajaban para un pueblo y para un culto tan combatidos por sus abuelos. De todas maneras la inscripcion latina, que tendida en dos líneas una arriba y otra abajo, designa el año de 1390 como fecha de la obra, y forma votos por el alma del que la dispuso, nombrando al abad contemporáneo, misteriosa ó descuidadamente reserva el nombre del artista. Al abrirse las puertas, presentan en su parte interior superiores títulos á la admiracion: ocho ángeles revestidos de alba y dalmática y tambien con arábigos caractéres en sus orlas, hacen resaltar sus bellos contornos y los vivos colores de su ropaje sobre un fondo de rica tapicería y sobre un variado pavimento de mosáico bajo arcos de relieve, embebecidos al parecer en la dulzura de los instrumentos que pulsan, arpas, cítaras, violines, manucordios y pequeños contrabajos, cuya forma y variedad no son indiferentes para la historia musical de la Edad media. En la mitad superior de las puertas campea aun mas al descubierto el estilo árabe, entrelazando con su ingenioso enredo dorados cordones sobre campo azul, y matizando de encarnado y verde los cuadros que siembra de rosas de oro. En cuanto al tabernáculo mismo, depósito de reliquias numerosas de que ya no conserva sino los rótulos, fórmanlo siete arcos, cuyos frontones piramidales y delicadas columnas y grecas y arabescos destacan dorados sobre un fondo azul bordado con ramajes de oro de exquisito gusto.

«En el vasto monasterio caben sin embarazarse distintas arquitecturas, testimonio de la infatigable actividad de tantas generaciones. Permanece respetada en el piso bajo, la adusta y maciza del siglo XII; y las gruesas y mohosas paredes, los sombríos pasadizos, las ventanas semicirculares, las puertas chatas guarnecidas por toscas molduras (2) parecen reclamar á los primeros fundadores, que con el auxilio y proteccion de un monarca las hicieron brotar del desierto. A la construccion del magnífico refectorio presidió aun el arte bizantino; él labró variados y hermosos capiteles para sustentar los grandes arcos apenas apuntados de la atrevida bóveda; él repartió grandes ventanas á uno y otro lado, si bien en la del frente admitió ya la ojiva, y ofreció un pedestal al púlpito cuya baranda y dosel debia mas tarde adornar el gótico con relieves innumerables. Y luego, sin desdeñarse de mas humildes funciones, trazó la cocina, y lanzando ocho arcos sobre esculturados capiteles y reuniéndolos en el centro

(1) En el primero de estos pasajes figuran san Joaquin y santa Ana abrazados y un ángel anunciando á esta su parto, segun cierta tradicion antigua; siguen por su órden el nacimiento de la Virgen, su ofrecimiento en el templo, la anunciacion, la visitacion y el nacimiento de Jesús. Los otros seis representan la prision del Salvador en el huerto, á Pilatos lavándose las manos, la cruz á cuestas, el acto de la crucifixion, la muerte del Redentor y el descendimiento de la cruz.

(2) En una de ellas se ven esculpidas las barras de Aragon con estas palabras: *Aldephonsus rex Arag.* 1195; prueba que ya desde esta fecha se empezó la fábrica del actual monasterio, mientras los monjes residian provisionalmente en Piedra Vieja.

de la bóveda con un agujero en vez de clave, formó una cúpula original tiznada ahora con el hollin de seiscientos años, y en las semicirculares ventanas solo patentes por arriba abrió el humo otras tantas chimeneas. Novedad ofrece sorprender en las piezas mas puestas en contacto con los usos de la vida y mas sujetas por lo mismo á renovaciones, las huellas de una arquitectura consagrada privativamente á los monumentos; contemplar la anchura de los hogares en que los troncos podian arder enteros, lo colosal de las mesas de piedra, lo espacioso de la bodega dividida en dos pisos y sostenida por fuertes arcos, lo antiguo del horno, y realzadas en una palabra las vulgares oficinas por un venerable sello tradicional.

«Al tender el claustro sus galerías, apareció en ellas el gótico si bien con la modesta sencillez característica de su primer período, intermediando hácia la luna con robustos estribos sus airosas ojivas al presente tapiadas, coronándolas con una línea de graves modillones, y apoyando los arcos de la bóveda á uno y otro lado sobre ménsulas de gruesos follajes imitados del bizantino. El mismo gótico proyectó en el muro las tres grandes arcadas, de las cuales la del medio sirve de puerta y las otras dos de ventanas á la sala capitular; dejó el arte su antecesor el cuidado de sustentarlas por medio de cilíndricas columnas asentadas sobre ancho basamento, de vaciar los capiteles en el molde mismo de los que adornan la portada de la iglesia, de subdividir las ventanas en dos arquitos semicirculares, esculpiendo caprichosas molduras en su doble arquivolto y recortando en el tímpano una estrella: para sí se reservó el desplegar sobre cuatro haces de columnas la elegante bóveda del interior, y alumbrar con dos ventanas ojivas el fondo de la sala. No pasó el largo reinado de la mas brillante de las arquitecturas sin que dejase nuevos vestigios en otro ángulo del monasterio junto al abside de la iglesia, donde tres ventanas partidas por una columna recuerdan el estilo del siglo XV y la memoria del papa Luna, cuyas insignias pontificales y blasones de familia marcan la obra de su munificencia.

«Frente al pilar de donde colgaba el fúnebre aldabon exclusivamente destinado á anunciar la agonía del religioso con sus tres fatídicos golpes (1), despliégase majestuosa en dos ramales la escalera principal, sostenida toda por arcos y cobijada por linda bóveda de crucería. Bellísimos son los efectos de óptica producidos por aquel conjunto de ángulos y revueltas, y mas cuando de noche una oscilante luz triplica las dimensiones en sí colosales de la escalera, que apenas hallaria rival en su línea, si á la disposicion y grandiosidad de la forma correspondiesen la preciosidad de la materia y el adorno de los detalles. Ni fue esta la única obra que legó al monasterio el siglo XVI; tambien adornó en 1584 con esmaltada crucería la octógona cúpula de una pieza cuadrada, cuyo uso no alcanza á explicar la sentencia del Apocalipsis inscrita en su friso.

(1) Estos tres golpes dados á compás con que se convocaba á la comunidad en torno del lecho de la agonía, eran una imitacion de los que, segun tradicion muy vulgarizada entre los Cistercienses solian oirse sobrenaturalmente en las celdas de los moribundos, y se llamaban *los golpes de san Benito*. Sobre el aldabon se leian estos rudos pero poéticos versos:

Hic cum quis moritur, ad me currendo venitur:
Et me claugente turbantur corda repente.
Signa fero mortis, et sum prænuntia luctus:
Jam hic cur teneor vos bene scire reor.

Ramificanse por aquel lado numerosos y dilatados corredores cuya moderna regularidad no excluye cierta magnificencia; y alegran las vacías celdas vistosas galerías, que si bien miradas desde la huerta ofrecen poca grata uniformidad, permitian al cenobita espaciar los ojos por el azul de los cielos y las maravillas de la naturaleza.»



Cascada del rio Piedra.

Nada mas agreste, nada mas pintoresco, nada mas poderosamente fascinador que el paisaje que rodea al monasterio, que se extiende en un gran espacio, y que cambiando sucesivamente de efectos siempre es grande, siempre encierra bellezas de primer órden, siempre ofrece distintos paisajes donde el viajero puede recrear la asombrada vista.

El Piedra, riachuelo humilde en su nacimiento, que mansamente se desliza ante la ermita cuadrada de Nuestra Señora de la *Blanca* ó de los *Argadiles*, presta poderosos elementos á esos múltiples paisajes de que acabamos de hacer mérito.

Impúlsanle los accidentes del terreno, y dividiéndose en dos brazos, ora convertido

en cien cascadas derrúmbase entre las breñas, ora fertiliza la huerta, ora se subdivide en anchas vistas de plata que se desprenden de los desnudos peñascos.

Unidos de nuevo los dos brazos cual si como el atleta tratase de concentrar todos sus esfuerzos para vencer á un formidable adversario, corre algun espacio, soberbio su caudal, y húndese de repente en profundo abismo que no mide menos de sesenta varas de profundidad.



Salto de agua del rio Piedra conocido bajo el nombre de *Cola del Caballo*.

El choque de su caida produce un inmenso vapor que en copos de nevada espuma, en chispas de brillantes, salpican las pedregosas orillas, desde las cuales puede contemplarse mucho mejor que desde arriba, el magnífico espectáculo que ofrece la *Cola del caballo*, cual llaman los naturales á aquel colosal salto de agua.

De nuevo torna á prolongarse el rio, por el barranco primero, y por las campiñas despues, formando otras nuevas cascadas de plácido y armonioso arrullo, y de golpes de vista encantadores.

Cuanto digamos respecto á estos lugares todo es pálido y frio.

Necesario es contemplarlos y sentirse hondamente impresionado ante semejantes maravillas para comprender que sobre todas las mas ricas obras del arte, sobre todas esas brillantes concepciones del genio, sobre todos esos poderosos trabajos del hombre, están esas sublimes y maravillosas obras de la creacion imposibles de imitar é imposibles tambien de describir.

LXVIII.

Tarazona.—Su posicion actual.

Formando gracioso semicírculo sobre granífico pedestal asentada en medio de riquísima vega, arrullada por el murmullo del ondulante Queiles, y dominada por el nevado Moncayo, Tarazona mostróse á nuestros viajeros ofreciéndoles deleitosa perspectiva, y haciéndoles exclamar casi á la vez:

—¡Qué pintoresca poblacion!

—Efectivamente,—dijo D. Cleto,—ahí la tienen Vds., elevando hasta el cielo la esbelta torre de la Magdalena, y hundiendo su planta en la verde alfombra de sus campos fertilizados por el Queiles, cuyo caudal alimenta el venerable Moncayo que allá á lo léjos muestra su nevada cabellera.

Los viajeros detuviéronse algunos momentos contemplando tan delicioso espectáculo, hasta que finalmente entraron en la poblacion en busca del descanso que tan necesario les era.

Tarazona, ciudad populosa, cabeza del partido judicial de su nombre, obispado y una de las poblaciones mas importantes del antiguo reino de Aragon, tanto por su historia, cuanto por los recuerdos que todavía conserva, merece ser visitada por el viajero.

Su situacion sobre un terreno desigual, dividido por el Queiles, hace que la poblacion á su vez se divida en dos mitades, de las cuales, una, ó sea la que se denomina Alta, encierra todos los recuerdos del pasado: la poblacion histórica por decirlo así, mientras que la parte baja, constituye la poblacion moderna.

Pintorescos puentes enlazan estas dos mitades, viéndose por doquiera ventanas góticas, ojivas, arcos que facilitan el ingreso en algunas calles, denegridos muros, ricos aleros esculturados, formando contraste con las modernas casas, con los pintorescos jardines y con los suntuosos templos.

Antiquísimo es el orígen que á Tarazona se le atribuye, y por lo tanto rodeado de espesas tinieblas que es difícil al historiador poder penetrar.

Perdida en la oscura noche de la época celtibera, aparece menos dudosa en la época romana, en que engrandecida y erigida en municipio por César Augusto, vemos al templo de Jove coronando la cima del Cauno, las aguas del *Calybs* hoy Queiles, templando admirablemente el acero y en el foro de Minerva, una estatua de G. Libonio, *seviro* turiasonense y pretor de toda la Celtiberia en el consulado de Cecilio Metelo.

Turiaso ó Turyasene segun se le ha llamado en la época romana, pasó á la de los

godos sin dejarnos otro recuerdo que el de su silla episcopal, fundacion cási coetánea con la aparicion del cristianismo.

Dos santos prelados en el siglo VI, Guadioso y Prudencio ilustráronla con sus luces y su excesiva piedad y bajo la dominacion sarracena, Atilano, obispo de Zamora mas tarde, vió la luz primera en esta poblacion, que pretende tambien haber dado el ser á Raimundo, abad de Fitero y fundador de la órden de Calatrava.

Aun cuando asombrada todavía por la catástrofe de Guadalete no se atrevió á oponer resistencia á los árabes, cuando en 713 llegaron ante sus muros, no tardó mucho en procurar sacudir su yugo, en castigo de lo cual el emir Ambiza entróla por fuerza de armas, arrasó sus muros, y *Turiazona* dejó ya de mencionarse en las crónicas muslímicas.

En 1119 D. Alfonso el *Batallador* llamó á sus puertas, y por mas que el agareno trató de defenderse, el estandarte de la cruz sustituyó al de la media luna, y el conde de Bigorra, por encargo del Monarca, encargóse de la defensa de la fronteriza plaza.

Alfonso VII de Castilla se apoderó de ella durante el famoso interregno que siguió á la muerte del *Batallador*, permaneciendo en su poder hasta 1144 en que el conde Ramon Berenguer la recuperó.

Fortun Aznar primero, y despues D.ª Teresa Caxal, madre del famoso D. Pedro Atarés, tuvieron el señorío de ella, quedando ya facultada la última para poderla legar á sus sucesores.

No reconocia otra superior que á Zaragoza; y Tarazona merced á esto, ocupaba el segundo asiento en cortes, del mismo modo que en la antigua documentacion, firmaba su obispo, el segundo.

En su recinto tuvieron lugar importantes acontecimientos que contribuyeron poderosamente á aumentar su importancia y valimiento.

En 1170, Alfonso VIII de Castilla dió su mano á Leonor de Inglaterra en presencia del Rey de Aragon, siendo las fiestas que con este motivo se celebraron segun el erudito autor de los Anales de Aragon, cual correspondia á la grandeza de tan opulentos príncipes.

La basílica de Santa María, presenció en 1221, las velaciones de Jaime con Leonor de Castilla, donde el Rey niño ciñó la espada de caballero, y allí, en aquel mismo sitio, ocho años mas tarde, celebróse un concilio de prelados presidido por el legado apostólico, ante el cual el mismo D. Jaime hizo presente la necesidad en que se hallaba de disolver aquel matrimonio.

En 1283, vió Tarazona salir de sus muros disfrazado con el traje de mercader de caballos al caballeresco Pedro III, para acudir al reto de su rival Cárlos de Anjou, volviendo poco despues abatido por el cansancio y por la sed, habiendo conseguido burlar la vigilancia del esforzado castellano D. Juan Nuñez de Lara.

D. Jaime II celebró en Tarazona vistas con los reyes de Portugal y de Castilla, y en la misma ciudad en 1319, celebráronse las bodas de Alfonso IV con la infanta de Castilla D.ª Leonor.

La terrible campaña sostenida por Pedro IV el *Ceremonioso* contra el rey Pedro I de

Castilla, ensangrentó las calles de aquella ciudad que tan de fiesta se adornaran en los reinados anteriores; profanáronse sus templos, ardieron muchos de sus notables edificios, y fue necesaria toda la destreza y la astucia del Monarca aragonés para obtener del castellano Gonzalo Gonzalez Lucio la entrega de la ciudad en 1361.

En 1484, Fernando el *Católico* reunió cortes en Tarazona para emprender la conquista de Granada, y en 1592, Felipe II, reuniólas tambien para anular los fueros y libertades que acababa de segar en Zaragoza, con la cabeza del infortunado Justicia D. Juan de Lanuza.

Históricamente considerada desde este punto, cesa ya la importancia de Tarazona.

Durante la guerra de sucesion permaneció al lado de Felipe V mientras la mayoría de Aragon era partidaria de la casa de Austria.

Desde entonces su existencia ha sido la de la generalidad de las poblaciones españolas.

Indolencia y abandono en el presente, envuelto en el riquísimo polvo de sus glorias pasadas.

LXIX.

Monumentos de Tarazona.

Descuella sobre la antigua ciudad asomado á la orilla del precipicio, asentándose sobre robustos machones, el que segun fabulosa tradicion llámase alcázar de Hércules, que mas tarde se convirtió en *Azuda* de los musulmanes, palacio despues de los reyes de Aragon, y tras de haber pasado por distintas donaciones, adquiriólo el obispo Calvillo por 30,000 sueldos jaqueses en 1386, quedando desde entonces vinculado á la mitra como habitacion de sus prelados.

Airosa galería gótica construyó en el primer piso D. Guillen Ramon de Moncada y en los magníficos arcos en que se apoya la robusta fábrica, las plateresças labores del patio y las que adornan la bóveda de la escalera, llevan el blason de D. Juan Gonzalez Munebrega, que todos los prelados desde que el edificio quedó destinado para su mansion, dedicáronse á embellecerle y adornarle.

Tambien el renacimiento tiene su digna representacion en el edificio que nos ocupa. Dos galerías sobrepusiéronse á la primera, produciendo vistas desde abajo un agradable efecto que templa la adustez y severidad del grandioso edificio.

En la gran sala del palacio osténtanse en rica galería los retratos de los prelados Turiasonenses.

Una gran plaza separa del palacio obispal la antiquísima iglesia de la Magdalena, con su alta y gótica torre de ladrillo, catedral que fué, segun las tradiciones, en remotos tiempos.

En el exterior, ha quedado como muestra de su antigüedad el abside bizantino y un portal con góticas molduras; y en el interior, algunos retablos, siendo de admirar el mayor, compuesto de excelentes pinturas sobre tabla, subdivididas en cuatro hileras.

Posicion mas elevada que la de la Magdalena ocupa la parroquia de San Miguel, de sencilla nave gótica y asomada en el derrumbadero á no muy larga distancia. Apoyada en antiguos muros y torreones la iglesia de monjas Concepcionistas, muestra todavía sus góticas formas y sus preciosos adornos de crucería.

Por un capricho incomprensible, la catedral se erigió al otro lado del rio en el sitio que hoy ocupa el arrabal, y que solitario entonces obligaba á que se guardasen las puertas del templo por los vecinos armados, mientras se celebraban los divinos oficios.

Santa María de la Hidria llamósela en un tiempo, y posteriormente de la Vega ó de la Huerta, aludiendo á la pintoresca posicion que ocupaba.

Atraviésase uno de los puentes que ponen en comunicacion los dos barrios, y sobre extensa plaza, tras suntuosa escalinata, aparece la fachada de aquel templo que produce por cierto bien penosa impresion en el viajero acostumbrado á contemplar los ricos exteriores de otros monumentos de esta especie.

Vénse en ella detalles del arte bizantino y del gótico confundidos sin regularidad alguna. Álzase la cuadrada torre en un extremo adornada con dibujos de ladrillo sin gusto y sin escuela conocida, y los pesados botareles del cimborio, tratando de imitar la gótica crestería, producen un efecto completamente desgraciado.

La portada obra del siglo XVI si por algo llama la atencion, es por lo grosero del trabajo de aquellas estatuas y de aquellas labores. Fue costeada por el canónigo D. Martin de Mezquita, tesorero, el cual se halla sepultado en la entrada del templo.

Pero la impresion producida por el aspecto interior de la Catedral, truécase en admiracion y asombro al penetrar en el interior.

Briosa y atrevida elévase la nave principal en agudas ojivas á grande altura, mientras que las laterales bajas y oscuras, desembocan en el espacioso crucero, y prolongándose por detrás de la capilla mayor, parecen unirla con cariñosa reverencia.

Gótica galería extiéndese por encima de ellas abrazando el abside y el crucero, y las varias formas del arte cristiano muéstranse en aquel interior, llamando la atencion de una manera poderosa.

El carácter bizantino se descubre en los adornos de sus columnas, en aquellas flores de ricos relieves que adornan la cornisa y los arquiboltos, mientras que la ojiva muéstrase en la bóveda y en los arcos, viéndose en estos algo de la forma de herradura del estilo arábigo.

El órden gótico destácase poderosamente en las medias columnas que en grupos de tres, arrimadas al muro de la nave principal, suben coronadas por elegantes y bien trabajados capiteles, á servir de punto de arranque á las arcadas.

El ventanaje es puramente plateresco.

En las bóvedas son dignas de notarse las doradas claves y los adornos de crucería del siglo XVI. Cuatro cuadrados pilares, cuyos planos ofrecen transversalmente cinco columnitas, en cada uno, van á sustentar el cimborio que por su forma octógona tiene algun parecido con el de la Seo de Zaragoza.

Débese esta obra al canónigo D. Juan Muñoz, segun se desprende de la inscripcion que hay en el friso, y cuyos restos reposan bajo el pavimento.

Grandioso es el conjunto que ofrece este magnífico templo, no sabiendo que admirarse mas en él, si la delicadeza, mejor dicho, si la riqueza de detalles que brillan por doquiera, ó el golpe de vista general que ofrecen bóvedas y capillas, naves y columnas.

Retablos góticos en las capillas, sepulcros, inscripciones, nichos con labores plateresca, urnas primorosamente labradas, ricas pinturas, hállanse esparcidas por la suntuosa basílica. El retablo principal es precisamente el que menos bellezas encierra; obra de Fr. Diego de Yepes, tratando de hacerlo plateresco, degeneró en barroco, no mereciendo otra calificacion que la de regular.

En cambio el coro que se halla en el centro de la nave principal, es una preciosa obra, cuyas ménsulas, guarda polvos, cornisa y sillería, están primorosamente labrados con delicados primores góticos.

No menos digno de admirarse es el claustro cuadrado y espacioso. Claves y relieves de yeso, adornan el techo de crucería que se apoya en ambos muros sobre ménsulas, en las que se hallan esculpidos pasajes de la vida del Redentor.

Cada una de sus alas se extiende en cinco arcadas, y cada arcada contiene cinco arcos que terminan en el semicírculo, gráfico del renacimiento, pero que aquí se hallan divididos por esbeltas columnitas góticas, nivelándose los cuatro arcos laterales con el central, por medio de ventanas.

Gran parte de todos estos trabajos, de estos calados, de estos arabescos, que aunque pálidamente describimos en el claustro, hállanse lastimosamente mutilados por la multitud de capillas, retablos y sepulturas, con que cada particular de los que habian contribuido á la reedificacion del claustro, creyó prudente hacer.

Si á detallar fuéramos todas las bellezas que encierra el templo que nos ocupa, pecaríamos tal vez de difusos, pues siendo tantos los detalles, la descripcion de cada uno, habria de ocuparnos un buen espacio.

Hemos apuntado lo mas esencial de él, y nuestros viajeros despues de haber dedicado bastantes horas á su contemplacion, le abandonaron con sentimiento, pero satisfechos al mismo tiempo de haber visto otra joya artística sobre las muchas que ya habian contemplado durante su viaje.

LXX.

Noticias generales sobre Tarazona.

Recorriendo la ciudad vieja, échase de ver desde luego la nobleza de aquella poblacion, en los viejísimos palacios con grandes escudos que todavía se conservan, comprendiendo el decaimiento que ha tenido hasta la época presente.

Por la posicion topográfica que ocupa Tarazona, las calles de la parte alta son en lo general pendientes y no muy rectas.

No sucede lo mismo en la ciudad moderna ó el arrabal, cuyo caserío participa de buenas condiciones de comodidad y ventilacion, conteniendo por lo general buenos jardines.

La policía urbana no está tan desatendida como en otras poblaciones, puesto que sus calles están bastante limpias y el alumbrado es regular.

La instruccion pública está perfectamente atendida: hay varias escuelas tanto costeadas por el Municipio como particulares, las cuales reunen un buen número de alumnos.

Hay un Seminario conciliar, el cual está agregado á la Universidad de Huesca.

El Hospital establecido en el antiguo convento de San Francisco, reune todas las condiciones apetecibles en esta clase de edificios, obteniendo los enfermos una asistencia muy esmerada.

Existe tambien un hospicio ó casa de Misericordia, en el antiguo Colegio de Jesuitas, cuya organizacion es bastante recomendable.

El teatro, de antigua construccion, llena cumplidamente su objeto, así como tambien la plaza de toros que es un edificio mas moderno.

Además de las dos parroquias que hemos mencionado, hay otras dos que son la de San Andrés establecida en la Catedral, y la de Santa Cruz que ocupa el edificio que fue de Mercenarios Calzados.

Los otros dos conventos de San Joaquin y Santa Ana, no son tan notables como el de la Concepcion, el cual mencionamos ya al ocuparnos de la parte alta de la poblacion.

Hay varias ermitas y oratorios tanto dentro como fuera de ella mereciendo especial mencion la de San Atilano, hijo de la poblacion, la cual se halla en la misma casa en que vivió el Santo.

Espléndidamente dotada de aguas se encuentra Tarazona.

Además de las fuentes particulares que existen en muchas casas, y de las naturales que se encuentran en el término de la ciudad, hay en el interior de ella gran número de fuentes particulares situadas en distintos puntos, y en el paseo situado en el arrabal, hay dos, bastante bellas, que contribuyen con la buena distribucion de las calles adornadas de flores y de arbustos, al encanto de aquel lugar.

La poblacion viene á elevarse próximamente á la cifra de siete mil almas; y agrícola, en su mayor parte, es de las mas ricas de la antigua Corona de Aragon.

Hubo un tiempo en que la industria de paños en Tarazona no solamente constituia un gran elemento de riqueza, sino que tambien tenia gran fama por la buena elaboracion de aquellos.

Hoy yace muerta esta industria. Únicamente queda la alpargatería y sombrería; pero tanto este ramo cuanto el de la fabricacion de paños arrastran una existencia lánguida y abatida, siendo así que con un corto esfuerzo, con una iniciativa por parte de las autoridades, pudieran utilizarse en grande escala los naturales elementos que la poblacion posee.

El comercio ni es importante toda vez que está reducido á la exportacion del sobrante de sus productos é importacion de los que se carece, ni la poblacion tiene esas grandes necesidades que permiten el sostenimiento de cierta clase de establecimientos comerciales, puramente de lujo y comodidad.

LXXI.

Etimología del nombre de Tarazona.—Oscuridad respecto á la fundacion de su Sede Episcopal.

Fuera de toda duda está que el orígen de Tarazona se pierde en la oscura noche de los tiempos celtíberos.

Ptolomeo la coloca en la region celtíbera, y Plinio dice que obtuvo, como ciudad romana, grandes privilegios y concesiones, pudiendo ventilar sus pleitos en el convento jurídico cesaraugustano y teniendo el derecho de acuñar moneda.

Las aguas de su rio, llamado en aquella remota época *Chálibe*, eran muy estimadas por el buen temple que daba á las armas.

Extremadamente adicta á Sertorio, tomó parte activa en la guerra que sostuvo este, mereciendo por esta razon no ser castigada por aquel caudillo cual lo fueron algunas de sus convecinas.

Respecto á la etimología del nombre de Tarazona, obsérvanse distintas opiniones.

Bajo el nombre de *Turriaso*, obtuvo su gran celebridad antigua, siendo de opinion algunos etimologistas, que proviene de la frase vascongada *iturri-asco*, que quiere decir, *muchas fuentes*, opinion que no nos parece desacertada por cuanto efectivamente, segun ya dejamos expuesto, abundan estas en todo aquel término.

Fácilmente se comprende que el *Turriaso* con que posteriormente se la conoció, podria muy bien ser una corrupcion de aquel nombre, mas á pesar de lo probable que esta etimología parece, el Sr. Cortes y Lopez opina que proviene de *Toro-robusto*, aludiendo á tierra en que se criaban toros muy robustos, opinion que sin que nosotros la desechemos en absoluto, nos parece menos admisible que la de *iturri-asco*.

En la crónica de Idacio llámase á Tarazona *Turiasson*, y en el anónimo de Ravena se le da el nombre de *Tyriasone*.

La misma oscuridad que reina respecto á la fundacion de la ciudad que nos ocupa, existe sobre la época en que se estableció en ella la sede episcopal.

Prueba inequívoca de lo importante que era la poblacion en aquellos tiempos, nos la da la ereccion de dicha sede, mas no por esto podemos puntualizar semejante acontecimiento.

Segun el catálogo que se conserva en el archivo de la Catedral, y del cual es una copia exacta el que damos en otro lugar (1) vemos en el año 61 á Paulo discípulo de

(1) Catálogo de los señores Obispos de Tarazona copiado literalmente del que existe en la Catedral de dicha ciudad.

AÑOS.	
61	Paulo discipulo de san Pedro.
100	San Marcial mártir, hijo de Tarazona.
130	Atanasio.
197	Juan.
200	Felsino.
290	San Lino.
300	San Prudencio 1.º de este nombre.
351	Atenedoro.
399	Paulato.
413	San Felio médico.
447	San Leon que lo martirizó el General de los Suevos.

san Pedro ocupar la silla de aquel obispado, y no encontramos interrupcion alguna hasta el año 876.

Como la historia tambien se encuentra muy confusa en este punto, como apenas hay documentos que justifiquen cuando desapareció el culto cristiano en Tarazona á impulsos de las armas musulmanas, como que aun cuando algunos historiadores digan que Tarazona fue conquistada por Sancho I de Navarra en 912, no está plena-

AÑOS.	
454	Salustro.
486	Paulo hallóse en un concilio tarraconense y se firma primero que los obispos de Valencia y Zaragoza.
552	Sancio.
590	San Gaudioso grande perseguidor de los arrianos.
598	Didimo.
610	Estéfano hallóse en un concilio en Toledo y en otro en Zaragoza.
631	Sancho.
648	San Prudencio 2.º de este nombre é hijo de Tarazona.
680	Estéfano 2.º.
693	Juan.
704	Flosidius hallóse en un concilio en Toledo.
709	Elpidio hallóse en tres concilios en Toledo.
711	Pablo 3.º.
713	Pusterio hallóse en Toledo en el concilio XIII.
714	Repociario hallóse en dos concilios en Toledo.
718	Pedro Esturdonense mártir.
724	Cisiliano.
776	Pedro 2.º de este nombre.
778	Selna monje.
793	Sancio 2.º.
844	Basilio.
876	Seberiano.
1117	D. Miguel, despues de recuperada la España.
1152	D. Martin de Bergua, fue en tiempo de la reina D.ª Petronilla.
1168	D. Lorenzo.
1169	D. Berenguer hijo del príncipe D. Ramon.
1195	D. Juan Frontin hallóse en la batalla de las Navas de Tolosa con el rey D. Pedro de Aragon por los años 1212, está enterrado en el coro de esta santa iglesia.
1214	D. Francisco de la Casa de las Huertas.
1240	D. Pedro Vitalis fue electo San Raimundo de Peñafor; no lo aceptó.
1247	D. Garcia Frontin, 2.º de este nombre, tuvo concilio en Tarazona con cinco cardenales, los arzobispos de Toledo y Tarragona y nueve obispos mas.
1266	D. Alonso.
1270	D. Fornuo.
1277	D. Garcia 3.º de este nombre.
1290	D. Pedro 1.º.
1294	D. Pedro 2.º.
1300	D. Miguel de Urrea que despues de recuperada la España gobernó la iglesia de Tarazona.
1319	D. Raimundo.
1330	D. Márcos Cardenal.
1335	D. Nicolao.
1338	D. Beltran.
1343	D. Sancho Lopez de Ayerve primo hermano del rey D. Alonso el 5.º. Ascendió á arzobispo de Tarragona.
1347	D Banberto.
1349	D. Pedro Onzinillas de Lérida.
1352	D. Pedro de Torre.
1353	D. Pedro Perez Calvillo fue hijo de Tarazona.
1384	D. Fernando Perez Calvillo fue hijo de Tarazona y cardenal de los Santos doce Apóstoles en tiempo de Benedicto XIII.
1411	D. Francisco Patriarca.
1412	D. Juan de Valtierra no consintió que el Arzobispo de Toledo usase de las insignias de primado en su obispado, ni llevase cruz erecta por él.
1431	D. Sancho.
1440	D. Martin Cerdan cardenal.
1446	D. Garcia.
1450	D. Jorge de Bardaci.
1462	D. Pedro Furriz cardenal de San Sisto.
1483	D. Andrés Martinez.
1500	D. Guillen Ramon de Moncada; hizo el claustro.
1514	D. Gabriel de Orti.
1538	D. Ercides Cóncaga cardenal de Santa María la Nueva, legado y presidente del santo concilio de Trento.
1545	D. Juan Gonzalez de Munebrega, presidió en aquel insigne acto de la santa Inquisicion de Sevilla, en el año 1558, reparó y mejoró el palacio Episcopal.
1559	D. Pedro Martinez de Lima de la casa de Morata.
1571	D. Pedro Cerbuna fundó la Universidad de Zaragoza y dos Colegios de Tarazona.
1600	D. Diego de Yepes confesor del rey D. Felipe II de la santa madre Teresa de Jesús, fundó las descalzas de Santa Ana, hizo el retablo de la capilla mayor de la santa iglesia, murió á 7 de marzo de 1613 á las cuatro de la mañana, y se enterró en las descalzas de Santa Ana á 10 de mayo de dicho año.
1613	D. Martin de Ferrer fue obispo de Albarrazin y de Teruel, ascendió á Tarazona y á Zaragoza arzobispo.
1632	D. Pedro de Iguerrera murió electo.
1662	D. Baltasar Navarro Arosta.
1644	D. Diego Castejon y Fonseca fue arcediano y canónigo de Toledo y visitador de todo su arzobispado, presidente de Castilla y obispo de Lugo y de Tarazona, murió á 19 de febrero de 1656.
1656	D. Fray Pedro Manero general de san Francisco, obispo de Tarazona.

mente justificado, y como hasta principios del siglo XII no vemos con documentos auténticos que la enseña de la cruz se enseñorease definitivamente sobre los muros de Tarazona llevada por D. Alfonso el *Batallador*, no podemos menos de creer que el interregno que se advierte en el citado catálogo desde 876 á 1117, fuera debido á la extincion completa del culto cristiano ordenada por los musulmanes.

Sin embargo, en el catálogo indicado encontramos esta fecha de 1117 que no hemos podido justificar debidamente, pues siendo así que Tarazona no fue conquistada hasta 1119, solamente habiendo precedido la concesion del título episcopal á la posesion de la ciudad, podria justificarse, del mismo modo que en Zaragoza pasó.

Que la silla de Tarazona ha sido ocupada por eminentes prelados, pruébanlo tanto su antiquísimo establecimiento á creerla contemporánea de los mismos apóstoles, cuanto el haber contado por prelados á dos santos, san Gaudioso, discípulo que fue de san Victorian, y Prudencio de quien ya hemos hablado al ocuparnos de san Saturio.

De igual manera en los tiempos siguientes varones prudentes y discretos, celosos y entendidos, han regido la diócesis que historiamos.

LXXII.

San Atilano, obispo de Zamora, hijo de la ciudad de Tarazona.

Gemia Tarazona bajo el yugo musulman, cuando vió la luz primera en la inclita ciudad, Atilano, hijo de nobles padres fervorosos cristianos y que procuraron desde

1660 D. Diego Escolano fue obispo de Mallorca, ascendió á Tarazona, y despues á Segovia el año 1664, y despues fue arzobispo de Granada.

1664 D. Miguel Escartin fue abad de Santa Vitoria, obispo de Barbastro y de Lérida, ascendió á Tarazona, tomó posesion á 25 de octubre, vino á Tarazona á 10 de noviembre de dicho año y fue del consejo de Estado en este obispado, se excluyó el pleito de Calatayud.

1673 D. Diego Franzes Urrutigosti dean de esta santa iglesia, obispo de Barbastro y de Teruel, ascendió al de esta santa iglesia.

1682 D. Bernardo Mateo Sanchez del Castellar canónigo regular de la santa iglesia metropolitana del Pilar de Zaragoza, obispo de Jaca y ascendió al de esta santa iglesia, hizo la imágen de plata de Nuestra Señora del Pilar y fundó su fiesta.

1700 D. Blas Serrate canónigo doctoral y maestre de la santa iglesia metropolitana de Zaragoza, ascendió á este obispado, hizo el trascoro y muchas fundaciones, y entre ellas dejó dos mil escudos para aumento de rentas de Maitines.

..... D. Fray Garcia Pardiñas Villar de Francos de la R. órden de la Merced Calzada, catedrático de la Universidad de Salamanca, ascendió á este obispado, hizo donacion de toda su bajilla de plata intervivos á su santa iglesia, y obtuvo bula de union de títulos y jurisdiccion del Dean de Tudela. Su Dignidad falleció en 29 de marzo de 1741.

1741 En 14 de setiembre tomó posesion el Ilmo. Sr. D. José Alcaráz y Belluga, y murió en 1754.

1755 En setiembre el Ilmo. Sr. D. Estéban Villanova, y murió en abril de 1766.
Dr. D. José La Plana y Castellon fue nombrado en 26 de setiembre de 1766, y murió en 8 de mayo de 1795.

1795 En 24 de mayo tomó posesion el Ilmo. Sr. don Damian Martinez de Galinsoga, y murió en 12 de agosto de 1802.

1803 En 3 de mayo tomó posesion el Ilmo. Sr. don Fray Francisco Porro y Reina, murió en 3 de enero de 1814.

1815 En 28 de octubre de 1815 tomó posesion el Ilmo. Sr. obispo D. Jerónimo Castillon y Salas, fue inquisidor general, y murió en 20 de abril de 1835.

1848 En 22 de julio de 1848 tomó posesion el ilustrísimo señor D. Fray Vicente Ortiz y Labastida de la órden de Predicadores, y murió en Calatayud en 23 de julio de 1852.

1855 En 11 de marzo de 1855 tomó posesion el excelentísimo é ilustrísimo señor Dr. D. Gil Esteve obispo que fue de Puerto-Rico, y fue trasladado á la Silla de Tortosa en 17 de noviembre de 1857.

1858 En 13 de marzo de 1858 tomó posesion al ilustrísimo señor Dr. D. Cosme Marrodan y Rubio, vicario general que fue de Tudela y canónigo de Zaragoza.

Debemos advertir á nuestros lectores que, segun el sábio historiador D. V. Lafuente, varios de estos prelados deben considerarse como fabulosos.

los primeros años, inculcar en el tierno infante aquellas piadosas y saludables máximas que endulzaran sus largos dias de amargura y duelo, viendo la enseña islamita tremolando en los lugares donde en otros tiempos se alzara la cristiana cruz.

Fácilmente se comprende que con tales ejemplos y estimulado y alentado sin cesar por sus padres, Atilano, á la par que iba creciendo, atesoraba virtudes en su alma y conocimientos en su mente.

Bien pronto comprendiendo que cuanto el mundo pudiera ofrecerle no era mas que deleznable goce y que valian mas las eternas satisfacciones del alma que los placeres de la tierra, abandonó el mundo en que habitaba, renunció á todos los halagos que su nacimiento, su posicion y su juventud le ofrecian, y vistiendo el hábito benedictino, no tardó mucho en ir en busca de san Froilan, cuya fama de santidad llegara á sus oidos, demandándole la gracia de ser su discípulo permitiéndole acompañarle en su soledad.

Accedió el Santo, y cuando mas tarde fundó el monasterio de Muserola, nombró á Atilano prior de él, convencido de que no podia encomendar á mejores manos el cuidado de aquella fervorosa comunidad.

Su piedad, su ciencia, su humildad y su excesivo celo religioso fueron prontamente conocidos, esparciéndose por doquiera su fama, en términos que habiendo quedado vacante la sede episcopal de Zamora, fue el designado para ocuparla, como el mas apto, como el mas digno por sus luces y su fervórosa piedad.

Mas como estas dotes se hallaban adunadas en Atilano con una humildad extraordinaria, fueron necesarios grandes ruegos y repetidas súplicas para obligarle á aceptar un puesto, para el que hasta con lágrimas en los ojos, procuró evitar.

Deplorable era el estado en que se hallaba la iglesia de Zamora, cuando nuestro prelado comenzó á regirla.

Las correrías de los infieles habian destruido muchos de sus templos, los cristianos hallábanse terriblemente afectados y la disciplina eclesiástica un tanto quebrantada.

A todo atendió Atilano con una perseverancia y un celo superiores á todo elogio.

Diez años empleó sin descansar un dia, sin que su fe vacilase un momento, sin que los obstáculos le desanimasen, en llenar cumplidamente la tarea que se habia impuesto.

Sus diocesanos le colmaban de bendiciones y por todas partes su proceder no arrancaba mas que elogios; sus esfuerzos habian sido coronados con el éxito mas lisonjero, y parecia que su obra despues de tantos afanes debia estar ya terminada.

Pero no era así.

Atilano recordaba sin cesar algunos extravíos de su juventud que creia no estaban suficientemente expiados.

Ni su excesivo celo, ni los trabajos que pasara para mejorar la situacion de su grey, ni la existencia de abnegacion y de penalidades que se impusiera, creyólas lo bastante, y cuando al cabo del tiempo que hemos mencionado vió que su diócesis se encontraba en estado de soportar su ausencia por algun tiempo, manifestó su propósito de emprender una peregrinacion, cual era costumbre en aquellas remotas épocas.

Inmenso fue el dolor que semejante decision produjo entre los que se habian acos-

tumbrado ya á considerarle como padre cariñoso y tierno, dolor que solamente pudo templarse con la esperanza de volverle á ver.

Dispuso Atilano que las rentas episcopales se repartieran entre los pobres durante su ausencia, y partió de Zamora en hábito de mendicante.

Al salir de la ciudad, arrojó al rio el anillo episcopal, diciendo al mismo tiempo:

—«Cuando te volviere á ver, estaré cierto del perdon de todos mis pecados.»

Pidiendo limosna para mantenerse recorrió durante dos años los santos lugares venerados por los cristianos, sin que las fatigas y los trabajos quebrantaran su santo propósito.

Al cabo de ellos parecióle escuchar en su sueño una voz celestial que le ordenaba regresara inmediatamente á su diócesis, y apresurándose á obedecerla púsose en camino para Zamora.

Una tarde, al oscurecer, rendido de cansancio, cási exánime, llegaba á la ermita de San Vicente próxima á Zamora.

Acogiéronle benévolamente los eremitas, y habiéndoles dado al dia siguiente el limosnero, un pescado para que pudieran obsequiar á su huésped, entregáronselo á Atilano para que le limpiase mientras ellos preparaban el resto de la comida.

Apenas le abrió, encontróse en el vientre el anillo que dos años antes arrojara al rio.

Su alegría fue tal, que abandonando el pez, postróse de rodillas y con lágrimas en los ojos y trémulo el acento, fija la vista en el cielo, exclamó:

—«¡Bendito sea el Señor Dios de Israel que vió é hizo la redencion de su siervo; engrandezcan todos los que te conocen Señor, tus misericordias, porque las derramas con tiempo oportuno y ensalzas á tus siervos: ¡cuando yo Señor, merecí verlas, y cuando conseguir tus divinos auxilios en medio de mi tribulacion! ¡Bendito seas eternamente, porque tú solo obras semejantes maravillas y glorificas á los que te temen! ¡Quién soy yo siendo un humilde hombrezuelo para merecer las misericordias que hoy me dispensa tu diestra (1)!»

Y es fama que al tener lugar este maravilloso suceso, tocaron por sí solas las campanas de las iglesias de Zamora, causando general sorpresa tan raro prodigio.

Pronto los ermitaños comprendieron que era sin duda debido á su huésped, y no tardó mucho toda la poblacion en presentarse en la ermita donde se les presentó Atilano revestido milagrosamente con los hábitos sacerdotales.

Frenético entusiasmo produjo semejante aparicion, y los zamoranos condujéronle en triunfo á la ciudad, derramando lágrimas de gozo, tanto los que así festejaban aquella llegada, cuanto el que era objeto de tales festejos.

Siete ú ocho años, segun dicen los historiadores de estos sucesos, permaneció todavía Atilano entre su grey derramando sobre ella toda clase de bendiciones, hasta que en 5 de octubre, á principios del siglo X, llamóle Dios junto á sí, á los setenta años de edad, en medio de la afliccion de sus diocesanos.

(1) Croisset, *Año cristiano.*

LXXIII.

Monasterio de Veruela.

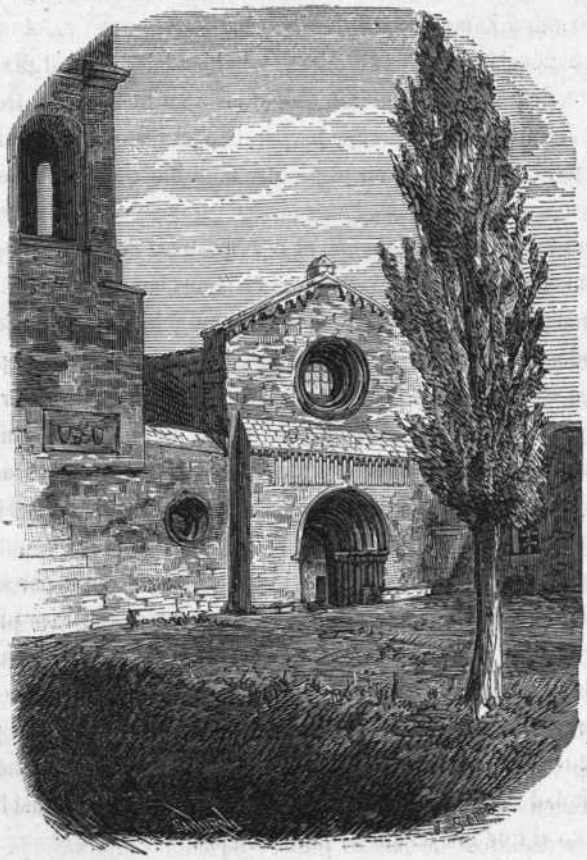
—Voy á llevarles á Vds., antes de que abandonemos á Tarazona, á que vean otra de las joyas artísticas que nos legaron los pasados tiempos y que nosotros hemos sabido apreciar tan bien, que las miramos arruinarse lentamente con la mayor indiferencia.

—Ya sé donde quiere V. decir,—repuso Azara.—¿Va V. á llevarnos á Veruela?

—Justamente.

—Tiene razon D. Cleto, es verdaderamente una joya inestimable.

—¿Es construccion debida á la munificencia de algun rey?—preguntó Pravia.



Entrada del Monasterio de Veruela.

—No señor: es debida á un poderoso magnate que quiso hacerse una régia sepultura.

—¿Quién era?—dijo Castro.

—D. Pedro de Atarés, ambicioso magnate, que soñando con el trono de Aragon,

al ver que se desvanecia semejante sueño invirtió sus tesoros y dedicóse con tanto ardor como antes á conspirar, á la construccion de tan preciada joya.

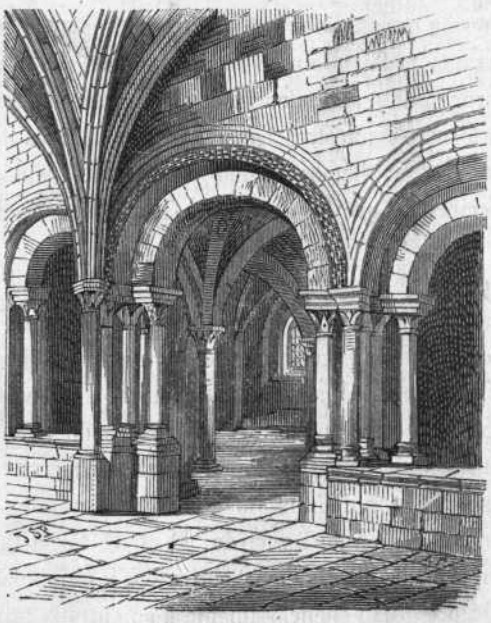
Nuestros viajeros dirigiéronse hácia el monasterio de Veruela situado á dos leguas escasas de Tarazona, el cual se encuentra asentado en una reducida llanura, elevándose á su frente el altanero Moncayo.

Penosa es la impresion que el viajero recibe al contemplar la soberbia mole que va desmoronándose lentamente, dejando percibir apenas en el dia aquellos riquísimos detalles interiores, conque la dotó la opulencia de su fundador.

Para que puedan formarse nuestros lectores una cabal idea de lo que era aquella construccion que nosotros no hemos podido ya apreciar debidamente, transcribimos la siguiente descripcion, por la cual podrá juzgarse con algun mejor conocimiento.

«Este magnífico edificio bizantino fue fundado por el príncipe D. Pedro de Atarés y su madre D.ª Teresa de Caxal, cuya fábrica empezó por el año de 1146, quedando concluido, á excepcion de la sólida cerca que le guarda, en el año de 1151, é incorporado á la órden del Cister en 1.° de setiembre del mismo año, á los cuarenta y tres de la fundacion de esta órden, cuyo instituto era solo conocido entonces en Borgoña, de donde el Sr. de Borja llamó doce monjes, que fueron los primeros en atravesar los Pirineos, y los que se establecieron definitivamente en este grandioso edificio el diez de agosto de 1171, bajo la direccion de Bernardo, abad de Scala Dei. Antes de llegar á este aislado edificio hay varias hileras de árboles rectos y piramidales, que contrastando con lo raso del terreno, guian silenciosamente á su entrada principal, abierta en el grueso de un cuadrado torreon, que flanquean otros dos redondos, extendiéndose desde allí á uno y otro lado la cerca ó muralla que circunvala el edificio con sus huertas y jardines, formada de cal y canto, y de 33 palmos y medio de altura, afianzada en once medias lunas, en otras tantas extendidas cortinas, y coronada de merloncillos imitando almenas, la cual se levantó desde sus cimientos en 1544 por el abad D. Lope Marco. En el fondo del vestíbulo formado por dependencias y oficinas y por la espaciosa abadía, aparece la fachada del templo mal acompañada por un modesto campanario de ladrillo obra del mismo D. Lope, que quiso tal vez sustituir al otro no menos humilde que hay colocado mas adentro junto al crucero. La longitud total del templo desde la pared de sus piés hasta la grada de la capilla mayor, incluso el fondo de esta, es de 100 varas, el cual está formado de tres naves, siendo la altura de la mayor hasta las impostas en proporcion sesquiáltera con el plano de 78 palmos: su division la producen 6 columnas toscanas á cada lado, de 7 palmos de espesor, que sostienen otros tantos arcos de medio punto, formando una variada arquitectura con las bóvedas de las naves, crucero y capillas que son de alto punto. Otras 8 columnas forman el presbiterio, que sostienen en altura proporcionada á su distancia igual número de arcos de medio punto, manteniendo todo el macizo hasta la bóveda, llena de pechines y cordones de exquisito primor y delicado gusto. Su figura es octógona prolongada con 7 frentes, sirviendo el octavo para formar la entrada á la nave mayor. Entre los arcos laterales del presbiterio resaltan sobre el fondo oscuro del trasaltar

blancos sepulcros de dos cuerpos rematando en aguja, donde en 1633 fueron trasladados los restos de ilustres difuntos, antes diseminados por el templo bajo humildes losas.



Sala capitular del Monasterio.

«En la primera de mármol sobre cuyo modelo se hicieron luego las restantes de madera, descansan los nobles duques de Villahermosa desde Fernando de Gurrea y Aragon, cuarto nieto de Juan II. Yace en la tumba inmediata el infante Alfonso, primogénito de D. Jaime el *Conquistador*. El tercer sepulcro contiene los restos de Pedro de Atarés y de su madre Teresa de Caxal, sus fundadores. Pertenece el último al conde D. Lope de Luna, padre político del rey D. Martin de Aragon. Al pié de las gradas del presbiterio, se encuentran tambien lápidas funerarias de abades de Veruela que aspiraron asimismo á perpetuar su nombre, y confundida entre ellas la del gobernador Juan de Gurrea, que murió en 1590: una losa en el trasaltar conserva para las ciencias la benemérita memoria del maestro Fr. Antonio José Rodriguez, fenecido en 1777, autor de numerosos volúmenes, y uno de los eruditos monjes que siguiendo las huellas de Feijoo, prepararon la reforma de los estudios. Pero ninguna de aquellas memorias iguala en lo magnífico á la que para su amigo y sucesor erigió D. Fernando de Aragon, en la capilla de San Bernardo, que siendo abad de Veruela, añadió á uno de los brazos del crucero: el sepulcro es de alabastro y la efigie de D. Lope Marco, mayor que del natural y tendida, ostenta entre sus cruzadas manos el báculo y los majestuosos pliegues de su cogulla. Una de las puertas en la parte meridional del templo da salida al claustro, llamado procesional, de gótica construccion: en su primer lienzo al

salir de la iglesia, se encuentra la sala capitular de 3 naves, sostenidas por graciosos y elegantes grupos de 4 columnas delgadas, con relieves y florones, que no solo sostienen su bóveda de piedra, sino la inmensa parte del edificio que pesa sobre ella, conteniendo uno encima de otro, los dos magníficos salones de 72 varas de longitud y 16 de latitud. La librería ocupa uno de los lienzos en toda su longitud del primer salon, la cual contenia mas de 100,000 volúmenes; en el lienzo del frente, hay 2 entradas al magnífico claustro que ocupan las habitaciones de los monjes, rodeadas de una hermosa galería con antepechos de hierro entrelazados de vides. En el piso bajo hay otro claustro, correspondiente al procesional, que se llama de los azulejos, por estar su pavimento cubierto de estos, el cual sirve de comunicacion al palacio abacial para la clausura. Esta magnífica habitacion de los superiores consta de una gran luna con hermosas columnas: á la izquierda de su entrada principal está la Cillería ó Procura, con abundancia de graneros y despensas, y lujosa habitacion para el cillerero. A la derecha arranca la escalera principal, en cuyo primer descanso está el entresuelo llamado palacio de verano con un hermoso jardin; y el piso principal consta de muchos salones, gabinetes, oratorios y cuanto pueda comprender el gusto y la comodidad: en los pisos altos y bajos hay buenos dormitorios para unas 50 personas. Las vistas dan á la plaza principal del monasterio, á cuyo extremo opuesto se ve el frontis de la iglesia con arabescos y grecas en mármol de gran mérito, y enfrente del palacio se hallaban las cuadras, las oficinas y demás, que han sufrido el desmonte para utilizar sus materiales, y para dar mas extension á la huerta que por el interior de la muralla circunvalaba todo el edificio. El refectorio, cocina con agua corriente y otros inferiores departamentos, todos de piedra, guardan proporcion con la suntuosidad de la obra.»



Claustro del Monasterio.

De esta tan magnífica joya, solo quedan restos destinados tal vez á desaparecer en un plazo no muy lejano.

Granero de los labradores del contorno, almacen de sus aperos de labranza, lenta-

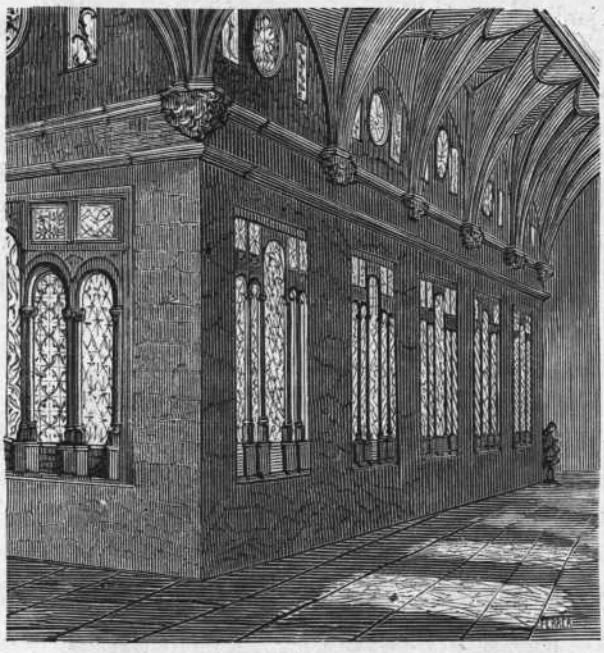
mente han ido mutilándose los airosos arcos, las esbeltas columnas, los riquísimos calados, sin que una mano amiga y bienhechora haya procurado impedir la terrible devastacion.

Nadie ha tenido en cuenta lo que aquella joya del arte gótico representaba, tanto en el mundo del arte, cuanto en las páginas de la historia: y en vano el viajero que hoy se aproxime á Veruela, tratará de encontrar en los derruidos muros, en las truncadas columnas y en los frisos mutilados, el genio de los artífices que se ocuparon en ella, y la opulencia de su fundador.

. . . . . .

Todavía se detuvieron nuestros viajeros en Tarazona despues de haber visitado el monasterio de Veruela, para admirar las bellezas de aquella catedral que tantas encerraba en sí, segun hemos manifestado.

Especialmente el claustro llamaba poderosamente su atencion.



Claustro de la Catedral de Tarazona.

Aquellos primorosos calados, aquel atrevimiento y elegancia en la arquería, aquellas ventanas ornadas de delicados arabescos, excitaban extraordinariamente su entusiasmo.

D. Cleto explicábales minuciosamente tanto detalle, como á veces se escapa á la vista del viajero, y nuestros jóvenes saboreaban, por decirlo así, toda aquella belleza artística, estando cada vez mas satisfechos del inteligente guia que la casualidad les proporcionara.

Dos dias despues, abandonaban definitivamente á Tarazona, donde tan agradables momentos habian pasado.

LXXIV.

Armas antiguas.

Una vez puestos en camino nuestros viajeros con direccion á Borja, y despues de haberse ocupado durante un buen espacio, tanto de lo que acababan de visitar, cuanto de otras distintas materias, exclamó de repente Azara:

—Ahora que pienso, estoy viendo que vamos á regresar á Zaragoza terminando nuestra expedicion, y no hemos completado el estudio sobre las armas antiguas que D. Cleto nos tiene ofrecido.

—Es verdad,—añadió Castro,—pues aun cuando ya conocemos las romanas y godas y las árabes, tanto en el género arrojadizo como en armas blancas, nos faltan las armas defensivas, y las que se siguieron á la invencion de la pólvora.

—Sin contar,—dijo Pravia—que tambien nos convenia saber la forma de las fortificaciones, las defensas empleadas en las plazas, toda vez, que especialmente de los tiempos antiguos, conocemos los medios empleados para atacarlas.

—Razon tienen Vds. en hacerme un cargo por eso, puesto que distraidos constantemente por los objetos que sin cesar se han ido presentando á nuestra vista, me he olvidado de lo que en distintas veces comencé.

—Pues nada, nada, amigo D. Cleto, á reparar el error, refiriéndonos algo sobre asunto tan interesante.

—Dispuesto estoy.

—Y nosotros á escucharle.

D. Cleto dió principio á su relato en los siguientes términos.

—Paréceme señores, que en la descripcion que les tengo hecha de las antiguas catapúltas, no les he hablado de una que todavía reapareció por los siglos XII, ó XIII.

—Es verdad, solamente conocíamos las romanas que aun siguieron usándose en el período gótico.

—Esta especie de catapúlta de que les hablo llamábase manganela, y era de una potencia tal, que lanzaba masas de setecientas libras de peso, á mas de mil varas de distancia.

—¡Qué atrocidad! Y esas masas serian de piedra.

—De todo. Lanzábanse con ella enormes peñascos, masas de hierro y hasta arrojaron sobre las plazas sitiadas, cadáveres y materias pestilenciales.

—¿Y qué forma tenian?

—Sobre un tablero colocado en cuatro ruedas, apoyábanse dos piés derechos extremadamente reforzados. Una especie de cilindro de dos ruedas arrollaba la cuerda que sujetaba un robusto mástil, al cual estaba clavada la que á su vez servia para contener en el centro, la masa que se habia de lanzar. El mástil apoyábase sobre los dos piés derechos por medio de dos incisiones que se introducian en las muescas practicadasen la parte superior de aquellos. Arrollada la cuerda al cilindro, y colocado el

objeto que se habia de lanzar, desarrollábase rápidamente aumentando la rapidez con que se soltaba, la fuerza de impulsion, consiguiendo con esto lanzar á considerable distancia el proyectil ó el objeto que se queria. Tambien se llamaban á estas mismas máquinas, botadores ó clides.



Manganela, botador ó clides.

—¿Pues sabe V. que la tal máquina tendria un peso y una magnitud enorme?

—Ya lo creo. Calculen Vds. que eran de madera sumamente fuerte y reforzadas además con planchas de hierro.

—Y necesitarian un gran servicio.

—Como que generalmente no era posible que hubiese muchas, tanto por su excesivo coste, cuanto porque á veces no todos los lugares eran á propósito para colocarlas, únicamente cinco ó seis hombres bastaban para cada una. Lo mas difícil que tenian era el transporte.

—Naturalmente, el mal estado de los caminos habia de dificultarle mucho.

—Una vez que con la ligera reseña de esta clase de armas creo haber dejado terminadas las explicaciones que sobre las armas ofensivas anteriores á la aplicacion de la pólvora, hube comenzado hacerles, me ocuparé de las armas que servian para resguardar al hombre de los mortíferos golpes que se le dirigian, armas defensivas que estaban en perfecta armonía con las ofensivas conocidas.

—Es verdad, díganos V. algo sobre las antiguas armaduras de los guerreros, que indudablemente cada una de las piezas de que se componian habian de tener su denominacion particular.

—Desde luego. Empezarémos por el escudo que se llevaba en el brazo izquierdo, que primero fue de madera ó de cuero, y de hierro, despues, y cuyas formas variaron extremadamente. Los de la infantería eran mayores que los que usaban los jinetes, siendo todos generalmente convexos por el exterior y cóncavos por el interior.

—Diga V. D. Cleto, ¿no habia tambien otros escudos que se llamaban rodelas ó adargas?

—Sí señor; las rodelas eran mas pequeñas y redondas ú ovaladas, generalmente las usaban la caballería; las adargas eran largas y anchas, cortadas en cuadro por la parte superior, y terminando en punta por la inferior. Tambien tenemos el casco que defendia la cabeza, y que cada nacion, le daba una forma particular.

—El yelmo ¿qué era?

—Un casco mas pesado, usado por los caballeros, que tenia á la altura de los ojos un enrejado de hierro que se llamaba visera, y en la parte inferior unas escamas ó planchas del mismo metal, que resguardaban el cuello, y que llevaban el nombre de gola. El almete, que muchas veces se ponian los caballeros para tomar algun descanso despues de las batallas, era una especie de casco tambien mucho mas ligero, puesto que carece de gola y de visera. Llamábase cimera á una pieza que llevaban sobrepuesta los yelmos en la parte superior, que constituia un adorno representando animales, coronas ó aves, de cuyo punto partian una ó varias plumas. Hubo tambien el capacete, el vacinete, el morrion y la capellina, que eran cascos mas ligeros, usados en lo general, por la infantería.

—¿Y era solamente hierro, el metal empleado en esos cascos?

—Los nobles caballeros adicionábanle adornos de plata ú oro, cincelábanse maravillosamente, y Vds. deben haber visto en la armería real de Madrid raras y preciosas muestras de esa clase de trabajos.

—Cierto.

—Y que complicacion, ahora que nos recuerda V. la real armería de Madrid, que complicacion tan grande debia de haber en aquellas armaduras.

—Ya lo creo; imagínese V. amigo Pravia que la armadura, propiamente dicha, componíase de once ó doce piezas, que cada una tiene su denominacion particular.

—¿Y las recuerda V. todas? —preguntó Sacanell.

—Me parece que sí, —contestó sonriendo el anciano.

—¡Caramba qué memoria!

—La coraza componíase de peto y espaldar, —dijo D. Cleto cortando los elogios que le tributaban, — estas dos piezas resguardaban el pecho y la espalda; la gola rodeaba la parte del cuello por encima del peto, y tanto este como el espaldar hallábanse unidos por las hombreras, que cubrian, como su nombre lo indica, los hombros. Brazales llamábanse las piezas que resguardaban los brazos, y guanteletes las que cubrian el puño y la muñeca.

—Y ahora recuerdo, —dijo Pravia, — que tambien he visto armaduras que llevaban una especie de faldellin de hierro, tambien.

—Justamente, es lo que se llamaba faldar, y estaba formado por escamas, con las

cuales quedaban defendidas las caderas; martingalas ó escarcelas, llamábanse las defensas de los muslos y grevas ó canilleras, las piezas que cubrian la pierna hasta el talon, donde quedaban aseguradas las espuelas. En la union de estas dos piezas en la rodilla se colocaba otra que se llamaba rodillera, así como tambien habia una que se llamaba sobaquera, y resguardaba el sobaco, cuando se levantaba el brazo.

—¿Y sabe V. que pesarian las tales armaduras?

—Parece imposible que pudieran manejarse desembarazadamente, en los combates, con semejante peso.

—A esto deben Vds. añadir que las espadas eran infinitamente mas pesadas; que las hachas ó mazas eran tambien de gran peso, y que los lanzones que embrazaban á aquellos guerreros, eran formidables.

—Indudablemente la especie humana ha degenerado de un modo extraordinario, ¿quién de nosotros seria capaz de resistir hoy un peso semejante?

—Naturalmente, entonces desconocíanse muchos de los vicios que hoy desgraciadamente contribuyen de una manera poderosa al decaimiento de nuestra juventud; eran otras las costumbres, y el niño antes comenzaba por regir un corcel y por manejar una lanza, que por saber leer; desarrolladas sus fuerzas desde los primeros años, poco á poco iban acostumbrándose á soportar el peso de la armadura y los tenia V. que cuando salian á campaña, sobrellevaban admirablemente las fatigas, manejándose con facilidad á pesar del excesivo peso que llevaban.

—Y de igual manera que los caballeros, eran tambien mas robustos los corceles.

—Naturalmente el decaimiento viene observándose en todas las razas.

—¿No llevaban tambien los caballos su armádura?

—Sí señor. Piezas de hierro, ponian á cubierto sus cabezas, pechos y grupas, de los golpes del enemigo.

—Y diga V. D. Cleto, ¿ha sido capricho de los pintores el poner como he visto algunas veces en la armadura de los caballos, una gran pua de hierro sobre la frente?

—No señor; iban adheridas á la pieza de armadura que les resguardaba la cabeza, y esto hacia doblemente terribles las cargas de caballería.

—Ya lo creo.

—Réstame todavía hablarles á Vds. de otras prendas usadas por los caballeros, y que constituian tambien una gran defensa.

—Es verdad que recuerdo haber oido hablar, y en el teatro hemos visto, cotas de mallas, lorigas, vestas.

—Justo; la loriga y la cota de mallas eran muy parecidas, pues ambas llegaban generalmente hasta la rodilla y estaban hechas de anillos ó mallas de hierro, de un temple superior y perfectamente entrelazados; la vesta era una túnica corta sin mangas, generalmente de telas muy ricas y que se usaban sobre las lorigas. Tambien habia jubones acolchados reforzados con planchas de metal, y cuyas mangas eran de mallas.

—Pero, toda esa clase de armaduras, no las gastarian mas que las personas de clase elevada.

—Desde luego; los soldados solian llevar jubones ó gabardinas resguardadas por

planchas de hierro; cuando mas llevaban la coraza ó séase el peto y el espaldar, y en cuanto á sus cascos ya les he indicado que eran sin gola ni visera.

—¡Qué diferencia tan notable!

—Ya lo creo; por eso el descubrimiento de la pólvora vino á nivelar completamente el soldado con el caballero; desde ese momento ven Vds. desaparecer ya las ricas y bien templadas armaduras, y de igual manera se ve expuesto á las balas el pecho del uno que el del otro.

—Ya lo creo, y por cierto que el tal descubrimiento debió causar una gran revolucion en el arte de la guerra.

—Desde luego, y ya se la demostraré en la próxima sesion que volvamos á tener sobre esta materia, porque ya estamos cerca de Borja, y toda nuestra atencion debe fijarse en la poblacion en que vamos á entrar.

—Si que estamos cerca;—exclamaron á la par los jóvenes que distraidos con el relato de su guia, apenas se habian apercibido de lo próximos que estaban á la poblacion.

—¡Caramba! y es bonito el aspecto que ofrece Borja.

—Su campiña es muy linda.

—Mucho, aun cuando bastante reducida.

—Aquel será el Moncayo.

—Sí señor.

—¿Y qué rio es este?—preguntó Azara.

—El Huecha que va á desembocar en el Ebro.

Y de este modo, continuaron hablando conforme se aproximaban á Borja, hasta que finalmente penetraron en ella, yendo á descansar á la casa de unos parientes de Azara.

LXXV.

Borja.

Recostada Borja en el declive de una colina en el centro de fértil y amena aun cuando reducida campiña, á tres leguas de distancia la vela con su nevada frente el enhiesto Moncayo, mientras que el humilde Huecha fertiliza su territorio con el benéfico caudal de sus aguas.

Unas cuatro mil quinientas almas albérganse en su regular caserío, que subdividido en varias empedradas calles y en distintas plazas, constituyen una de las mas agradables poblaciones de Aragon.

No busquemos en ella grandes recuerdos artísticos: sus templos, sobre los que se eleva, dominándoles, la torre de la colegiata de Santa María, nada de notable conservan como recuerdos de arte.

En cambio su historia es rica y abundante.

La instruccion y la beneficencia, hállanse atendidas de una manera extraordinaria en la ciudad que nos ocupa, y que es una de las doce que posee el antiguo reino de Aragon.

Buenos paseos, excelentes aguas; hacen mas agradable la estancia de Borja.

La colegiata fue erigida en tal por el papa Nicolás V en 1449.

Poblacion agrícola, todos los esfuerzos de sus habitantes, tienden únicamente á obtener los mayores rendimientos de aquel terreno tan feraz, que regado por las ramificaciones del Huecha, contribuye poderosamente á fecundizarle.

Natural es que absorbiendo toda la atencion de aquel vecindario, la agricultura, poco desarrolladas pueden estar las demás industrias.

Unicamente las indispensables para atender á las primeras necesidades de la vida y á las exigencias que consigo lleva la bonificacion de algunos productos agrícolas, es lo que en Borja existe.

El comercio se halla reducido á la exportacion de lino, cáñamo, vino, aguardiente y aceite, y á la importacion de salazones, telas, y géneros coloniales.

Celebra una feria anual que se encuentra bastante concurrida, haciéndose en ella transacciones de alguna importancia.

En condiciones se halla Borja para ocuparse de importantes fabricaciones, pues la de paños que ya ha tenido, y las de hilados de seda, demuestran que con mas estímulo, desarrollando y aumentando los elementos que en el mismo país existen necesarios para esta clase de empresas, fácil hubiera sido llegar á obtener un resultado verdaderamente satisfactorio.

Mas esta iniciativa falta, estos elementos no se explotan cual debieran, y Borja se dedica á la agricultura especialmente, como otras poblaciones.

LXXVI.

Apuntes históricos de Borja.

Imposible fijar el remoto orígen celtíbero de *Belsinun*, nombre que en aquella época asignase á Borja, y solamente podemos conseguir verla ya con claridad, en la época árabe, cuando en 883 el aventurero Caleb hizo sus primeras excursiones por aquel territorio.

Alfonso el *Batallador* plantó el estandarte de la cruz, abatiendo para siempre la enseña musulmana de sus muros, dando el señorío de ella á su pariente el opulento magnate D. Pedro de Atarés que soñaba ya tal vez en aquella corona, que indudablemente hubiera ceñido á ser menos altivo y orgulloso.

Nombre recibió de la villa la noble estirpe de los señores de ella, y sus individuos, alcanzando inmenso renombre tanto en Italia como en España, ciñéronse dos veces la tiara, ostentaron el birrete cardenalicio, alcanzaron inmarcesibles laureles en los campos de batalla, y, finalmente, la purísima auréola de santidad circundó las sienes del ilustre Francisco de Borja.

Habia estallado la guerra entre los dos Pedros, el I de Castilla y el IV de Aragon.

Frente á frente hallábanse las dos huestes rivales en las cercanías de Borja, cuando felizmente pudo apaciguarse la tempestad, merced á los esfuerzos de los legados pontificios.

Pero no sucedió lo mismo seis años despues.

En 1363 presentáronse los castellanos al pié de sus muros, y viéndose faltos de socorros, no tuvieron mas remedio los valientes defensores, Berenguer Carros y Pedro Gimenez de San Per que rendirse, quedando prisioneros en el mismo castillo que tan obstinadamente defendieron.

Tres años mas tarde, á la aproximacion de Beltran Duguesclin, abandonaron los castellanos la villa, penetrando aquel en ella, de la cual le hizo merced el rey D. Pedro IV, en Barcelona, erigiéndola en condado.

Mas tarde, en 1438, el rey D. Alfonso V erigió la villa en ciudad, comprándosela en 1443 por 20,000 florines de oro á la reina D.ª Violante; viuda de D. Juan I.

La misma suerte que Borja sufrió Magallon, pueblo cercano á ella, y que constantemente habia seguido su suerte próspera ó adversa.

La famosa guerra de sucesion, dejó su sangrienta huella en la ciudad que nos ocupa: mostróse fiel partidaria de Felipe V, y obtuvo de este en 16 de junio de 1708, en pago de lo mucho que por él sufriera, el título de *Ilustre y siempre fidelísima*, pudiendo añadir á su blason el leon y la flor de lis, con el lema: *Saqueada por ser siempre fidelísima.*

De igual manera la guerra de la Independencia y la posterior fratricida lucha de los siete años, llevaron el espanto y el terror por su comarca; siguiendo desde entonces Borja la misma suerte que la mayoría de las poblaciones de España, ora conmoviéndose por efecto de las políticas disensiones, ora atravesando períodos bonancibles.

LXXVIII.

Las Cinco Villas.—Sos.—Situacion actual.

Sobre la frontera de Navarra, cual avanzados centinelas, que en remotos tiempos mas de una vez resistieron impávidos las furiosas embestidas de los contrarios, álzanse cinco ilustres villas, todas célebres en la historia y ricas hoy tambien por la feracidad del terreno que ocupan.

Cabeza de ellas, con el título de *Muy leal y vencedora villa*, hizo en 1708 Felipe V, á Sos, en gracia de los padecimientos que sufriera por su causa.

Hállase situada al pié de la sierra, extendiendo por el declive de ella sus robustas murallas, abrazando en su interior el fuerte castillo que en el centro de la poblacion se asienta sobre la roca llamada Feliciana.

Fácil es de comprender, dada su situacion topográfica, que las calles han de ser empinadas, siguiendo todas las desigualdades del terreno; mas tambien debemos hacer constar que están empedradas, que el caserío es bastante regular, y que compensa la estrechez, tortuosidad y elevacion de las calles, las plazas del Mercado, Constitucion y otras.

Conquista, segun se supone, de Sancho Abarca, reedificóla en 908, pues parece que de resultas de guerras anteriores hallábase derruida, siendo su castillo obra de aquel mismo siglo, así como el resto de la fortificacion.

Desde la separacion de los dos reinos de Aragon y Navarra, Sos fue el teatro mas de una vez, de las sangrientas contiendas de los dos Estados.

Visitada en distintas ocasiones por los reyes, bien para celebrar entrevistas, bien para ponerse al frente de las huestes, que recíprocamente habian de atravesar las fronteras, Sos debia á cada una de estas visitas un nuevo engrandecimiento.

En 10 de marzo de 1452 tuvo lugar en la villa un notable acontecimiento, que influyó de una manera poderosa mas tarde, en la suerte general del reino.

Allí vió la luz primera D. Fernando el *Católico*. Al dirigirse desde Sangüesa la reina D.ª Juana Enriquez en busca de su esposo D. Juan, asaltáronla los dolores del parto en Sos, y en el edificio donde se aposentó, conservóse la estancia en que nació D. Fernando, marcándose hasta el sitio que habia ocupado el lecho.

Por un privilegio de fecha de 1458, dado por D. Juan II, fueron declarados infanzones, hijosdalgo, francos y libres, todos los vecinos de la villa.

Villa de gran importancia, con voto en Cortes al igual de las otras cuatro de que nos ocuparémos á su tiempo, figurando entre los caballeros y no entre las universidades, distintivo de su alta jerarquía, desde la reunion de las dos coronas, fue disminuyendo aquella.

En la famosa guerra de sucesion mostróse decidida partidaria de Felipe V, y esto en un país generalmente adicto al Archiduque de Austria, proporcionóle sérios disgustos, sin que los repetidos desastres que sobre ella se desplomaron fueran suficientes á quebrantar su fidelidad.

Por esta razon, como ya dejamos indicado, Felipe V mostróse agradecido y la dió la preeminencia sobre las restantes cuatro poblaciones fronterizas, poniendo en sus armas las columnas con el *Plus Ultra* y una flor de lis con el emblema indicado en otro lugar.

Nuestros viajeros escucharon atentamente el breve relato histórico que les hacia don Cleto, mientras recorrian el espacio que separaba la casa de un pariente de Azara, donde se alojaban, de la plaza de la Constitucion.

—Buen edificio es el del Ayuntamiento,—dijo Pravia al desembocar en la plaza donde se halla indicado.

Como Vds. pueden ver, ocupa el centro de la poblacion, y esta fachada está en perfecta armonía con el interior del edificio que es de piedra de sillería todo él, y donde se halla establecida la cárcel.

—¿Y aquel otro edificio que se ve allí?—dijo Castro indicando un gran palacio.

—Pertenece á los marqueses de Camporeal, y es una bella construccion gótica. En ese palacio nació el rey D. Fernando que mas tarde alcanzó el dictado de *Católico*, y en cuyo tiempo se verificó la unidad de España.

—Hé ahí un edificio al que ese solo acontecimiento basta para dar una gran celebridad.

Tambien en la misma plaza hállase el colegio de Escuelas Pias, mereciendo especial mencion su artística fachada.

La iglesia parroquial bajo la advocacion de San Estéban, es un buen edificio de ór-

den gótico, y por efecto de la especial situacion del terreno debajo de ella, existe otra iglesia subterránea, denominada de Nuestra Señora del Perdon, pasando por entre ambas una calle.

Contiene además otras varias parroquias y algunas ermitas, con la dotacion correspondiente de eclesiásticos para el servicio del culto.

Las escuelas, tanto del Ayuntamiento, cuanto particulares, obtienen bastante concurrencia.

Buenos paseos, aguas abundantes, ventilacion y gran fertilidad en el terreno, posee la villa de Sos, cabeza del partido judicial de su nombre, siendo las costumbres y el carácter general de sus moradores, sóbrio, franco y honrado.

Unas dos mil ochocientas almas constituyen su poblacion esencialmente agrícola, y su comercio está reducido á la exportacion del sobrante de sus productos que se lleva á Navarra, ó bien por el Ebro, á Zaragoza, y á la importacion de tejidos, algunos artículos de quincalla y géneros coloniales.

LXXVIII.

Un Castillo.—Sádava.

Tres leguas separan á Sos, de Un Castillo, villa que debe su nombre al que en lo alto de un cerro domina al caserío que á su alrededor se agrupa.

Pertenece al partido judicial de Sos, y á su vez es cabeza del arciprestazgo de Val de Onsella.

Las quinientas casas que constituyen la poblacion, situadas entre los arroyos Riguel y Cárdenas, en un ameno valle, disfrutan de un clima saludable y de una posicion encantadora.

Sus soberbias ruinas pregonan su antiguo orígen. Restos de pórticos, derruidos lienzos de robustos muros, torreones, y sobre todo el alcázar que prestó su nombre á la villa, son razones que prestan apoyo á los que suponen su fundacion, romana ó gótica, y que Sancho Abarca no fue otra cosa que su restaurador.

En el empinado Castillo, en la llamada «Sala del Rey,» celebróse en 1363 el secreto tratado de los reyes de Aragon y Navarra, para combatir juntos al rey D. Pedro I de Castilla.

Ningun otro hecho notable nos guarda la historia referente á la mencionada villa.

Posible es que aquellos muros, aquellos torreones, aquel altivo alcázar, presenciaran mas de un interesante drama, mas de una conmovedora escena en las revueltas épocas porque atravesara el antiguo reino, mas tan cuidadosamente han conservado sus secretos, que nadie hasta hoy ha podido conocerlos.

Regulares y empedradas las calles, cómodo y agradable el caserío, con buenos templos, especialmente el Colegial de Santa María la Mayor, fundacion de D. Ramiro el *Monje* en 1135; con terrenos feraces y con la laboriosidad y amor al trabajo de sus naturales, Un Castillo es otra de las Cinco Villas, importantes todas, que en lejanos dias

atalayando las fronteras de Navarra, servian de vigía perenne y siempre atento, al poderoso reino de Aragon.

Sádava distante dos leguas de esta, es otra de las que remontan su orígen á la época romana, segun graves historiadores aseguran.

Unas doscientas cincuenta casas, encerradas dentro de los fuertes muros en los que se abrian cuatro puertas, forman el casco de la poblacion, bastante limpia y no exenta de algunas comodidades.

A corta distancia vénse las ruinas del antiguo castillo, que ni guarda recuerdo histórico de importancia, ni para el artista reserva atractivo alguno entre sus ruinas.

La primitiva poblacion no existia en el lugar donde se encuentra la que visitamos.

Su situacion era al pié del castillo, y la causa de su traslacion, la venta que en 1384 hizo de ella el rey D. Pedro IV por la cantidad de 7,000 florines á D. Francisco de Vilanova.

Incorporada hacia mas de un siglo la villa á la corona, no pudo soportar la servidumbre que se la imponia, y á sus expensas se redimió, absolviéndola al fin del vasallaje el rey D. Martin, reincorporándola de nuevo á la corona.

Entonces los naturales, deseando borrar todo recuerdo de su anterior servidumbre, trasladáronse á la orilla opuesta del Riguel, y allí se establecieron fundando la nueva poblacion.

Numerosos rebaños y excelentes vacadas, apacéntanse en sus campos, donde encuentran sabrosos y nutritivos pastos, siendo su vega fértil y abundante.

La carretera de Navarra sirvele en gran manera para la salida de sus productos, y por lo tanto Sádava, al igual que sus compañeras, es de las mas ricas poblaciones de Aragon.

LXXIX.

Egea de los Caballeros.

Frondosas alamedas, campiñas fértiles y lozanas rodean la antigua Setia de los vascones, arrebatada á los moros por el batallador Alfonso I en 1110.

Egea, muellemente reclinada en el declive suave de una montaña en la confluencia de los dos brazos del Arbas, es de las Cinco Villas la mas importante.

Villa con ayuntamiento, cabeza del partido judicial de su nombre, administracion subalterna de correos y loterías, encierra una poblacion de unas tres mil almas que se albergan en un caserío regular, en su mayor parte, que se subdivide en distintas calles llanas y espaciosas, y en varias plazas.

Fue poblacion murada, mas en el dia solo se conservan informes vestigios de aquellos muros intrépidamente asaltados por los soldados de Alfonso, auxiliados por los guerreros franceses.

La Casa consistorial y las cárceles nada de notable encierran.

Posee un buen hospital, y sus dos parroquias, en las cuales se conserva lo mismo

que en sus demás templos, el lábaro que demuestra su gran antigüedad, son notables, especialmente la de San Salvador, que es la colegiata.

Toda la fábrica es de cantería, y su arquería es sólida y esbelta á la par. En sus capillas enciérranse varios retablos de gran mérito.

La de Santa María ofrece gran semejanza con la del Salvador, guardándose en ella bastantes reliquias.

Otras varias parroquias tenia en pasados tiempos y buen número de monasterios, en su mayor parte dignos de llamar la atencion.

Las escuelas de ambos sexos que posee, tienen mucha concurrencia, y la asistencia que en el hospital obtienen los desvalidos que acuden al benéfico asilo, es esmerada y digna de elogio.

Recuerdos de los moros consérvanse en su derruido castillo, y la historia conserva los recuerdos de aquellas famosas Cortes de 1263 y 1270, de las cuales tan ingrata mencion guardar debiera D. Jaime el *Conquistador*.

La altivez y el poderío de sus orgullosos vasallos obligáronle en las mas á hacerles concesiones que prueban el poder de la nobleza frente al poder real, y en estas vése el fruto de las penosas y terribles discordias de sus hijos.

Como rey y como padre, en ambas épocas debió sufrir extraordinariamente.

Egea fue cabeza en aquella época, de una de las cinco juntas ó distritos en que se hallaba dividido el reino de Aragon.

Bien claro demuestra el sobrenombre que lleva la clase á que pertenecian sus primeros pobladores, por cuya razon disfrutó de muchos privilegios.

Hoy solamente es Egea una poblacion agrícola cual sus otras hermanas de la frontera, y necesario es convenir que todavía, de las condiciones especiales de su terreno, pudiera sacar mucho mas partido y mas pingües beneficios de los que obtiene.

La industria, prescindiendo de aquellas mas indispensables para las necesidades de la poblacion, es completamente nula.

El comercio se reduce á los cambios del sobrante de sus productos por aquellos de que se carece.

Posee en su término muy buenos pastos y el ganado que alimentan numeroso y bueno en su mayoría, es muy estimado.

LXXX.

Armas de fuego.

—Aprovechemos las cuatro leguas que nos separan de Tauste, — dijo D. Cleto á sus amigos al abandonar á Egea,—á fin de completar las noticias que les he dado sobre las armas antiguas.

—Eso prueba que nos vamos aproximando á Zaragoza, — dijo Pravia, — y por lo visto trata de completar con este viaje, el estudio general sobre armas.

—Sí señor, en lo que no estoy conforme es en que califique V. de estudio, esto que

no es otra cosa que ligerísimas noticias, sobre un asunto sumamente extenso y sobre el cual se han escrito muchos y buenos libros.

—Sin embargo, para nosotros es lo suficiente, puesto que merced á sus conocimientos, sabemos la nomenclatura, usos, aplicacion y época de nuestras armas, que completamente nos eran desconocidas.

—Indudablemente señores, con el descubrimiento de la pólvora dióse un gran paso hácia la igualdad, puesto que ante ella desaparecieron como ya les dige en otra ocasion, todas las ventajas que el caballero tenia sobre el simple soldado; las ricas armaduras, las bien templadas armas fueron inútiles, puesto que el proyectil, de la misma manera falseaba la coraza que el simple jubon acolchado; así es que desde esos momentos vemos ya desaparecer las armaduras, modificarse los modos de pelear de los ejércitos é introducirse notables innovaciones en el ataque y defensa.

—Indudablemente debia ser así, puesto que la aplicacion de la pólvora, heria por su base el antiguo sistema de pelear.

—Y diga V. D. Cleto, ¿dónde se hicieron las primeras aplicaciones de la pólvora?

—Atribúyese su descubrimiento á un religioso aleman llamado Roger Bacon; y la fecha que se le fija es en el siglo XII, aun cuando debo de advertirles que indudablemente ese descubrimiento debia ser ya mas antiguo y conocida entre otros pueblos, toda vez que vemos á los árabes en España usar en los siglos XI y XII, pelotas con fuego que hacian gran estrago en las personas y en los muros.

—Y sin embargo los franceses, tal vez quieran ser los primeros en haber dado aplicacion á la pólvora, ¿no es así D. Cleto?

—Sí señores, pero como quiera que ellos hacen aparecer los cañones en la famosa batalla de Crecy, no es posible que traten de sostener esa primacía, cuando nosotros podemos demostrarles que en 1118 llevó D. Alfonso el *Batallador* al sitio de Zaragoza una máquina que arrojaba balas con fuego y que despedia grandes truenos (1). Los árabes conocian el uso de la pólvora mucho tiempo antes sin duda que los monjes alemanes la aplicasen á las armas de fuego, puesto que yo he visto en sus mismas crónicas usar cañones ya en el siglo XII, y nada mas natural, estando en España y en relaciones y roce tan continuo con los cristianos, que estos se aprovecharan tambien de aquellos mismos elementos para combatirles.

—Es verdad.

—En el Museo de artillería en Madrid, deben Vds. haber visto cañones antiquísimos.

—Cierto, cierto.

—Consérvase una bombarda con dos recámaras que se supone pertenece al siglo XI, y otra de las que llevó Fernando IV al sitio de Gibraltar en 1306.

—Recuerdo algo de eso, aun cuando sin poder precisar las fechas, pues entonces no pensaba yo que esa clase de estudios pudieran servirme para nada.

(1) Zurita menciona tambien en el sitio de Alicante en 1331, entre las máquinas que para combatir la ciudad llevó el rey de Granada, una que lanzaba pelotas de hierro que llenaban de espanto á los defensores.

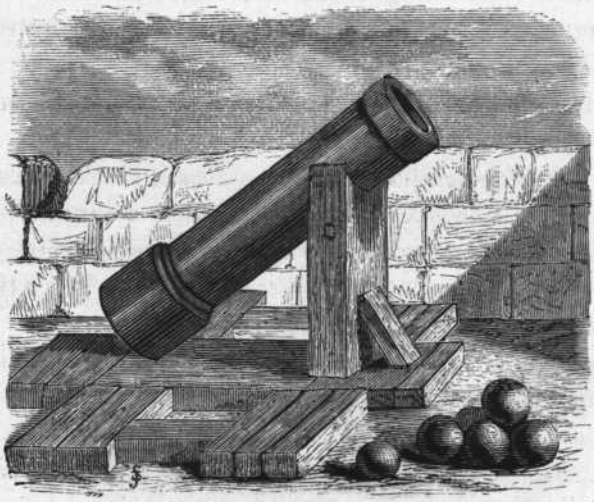
—Ahora estoy seguro amigo Castro, que cuando vuelva V. á verlos, lo hará con mucho mas gusto.

—Desde luego.

—Dadas estas primeras noticias, amigos mios, debo decirles que como fácilmente pueden comprender, el uso de los cañones es anterior al de las armas de fuego de mano, pues estas únicamente cuando fue perfeccionándose la aplicacion, dieron comienzo y sucesivamente fueron mejorándose.

—Naturalmente; las armas de mano representan ya nuevos adelantos basados sobre el primitivo.

—¿Y cuáles fueron las primeras formas usadas en los cañones?



Cañones primitivos.

—Lo mas sencillo que Vds. pueden imaginarse. Simples tubos de hierro batido, apoyados sobre caballetes.

—¿Y las municiones?

—Balas de plomo ó de piedra ó hierro, proporcionadas al calibre de las piezas.

—Pero sin cureña.

—Los montajes fueron tambien pasando por los mismos trámites que las armas; estas, llevábanse arrastrando tiradas por bueyes, y cuando llegaban á su destino se las colocaba segun les he indicado sobre un caballete.

—Pero ¿y para hacer la puntería?

— Como el objeto era mas que todo el de batir los muros, no se cuidaban gran cosa en afinar las punterías; que la bala llegase á la muralla ó que cayese dentro de la ciudad, y el objeto estaba conseguido.

—¿Pues sabe V. que serian bien lentas las operaciones?

—Es natural, y sin embargo tengan Vds. en cuenta que fue un gran adelanto;

para nosotros á quienes aquellos descubrimientos han llegado ya perfeccionados, nos parece muy poco; mas para aquellos á quienes les era desconocido, parecíales muchísimo.

—Ya lo creo.

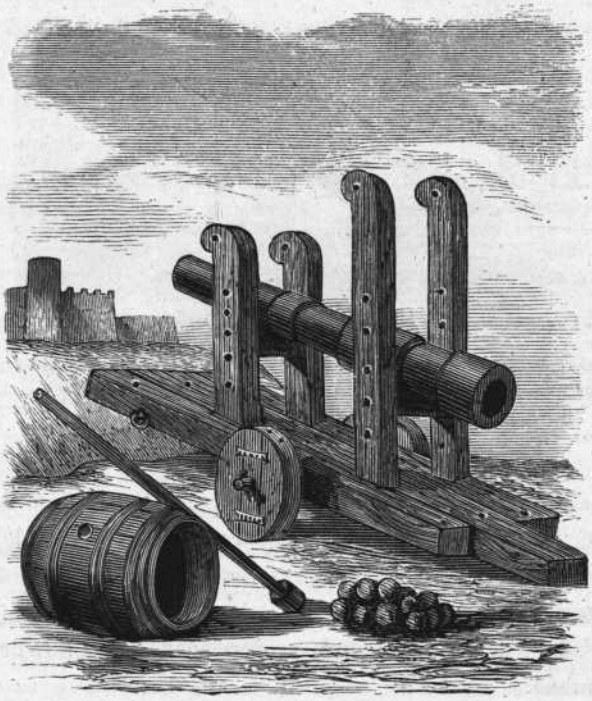
—Mas no permanecerian mucho tiempo en semejante estado.

—No señor, porque ya al poco tiempo vemos aparecer, cañones construidos con barras de hierro sujetas por medio de aros soldados unos con otros, llamados bombardas ó pedreros.

—Lo cual demuestra que todavía las piedras constituirian la mayoría de sus municiones.

—Sí señor.

—Y al adelantar la construccion tambien sucederia lo mismo con los montajes.



Cañon mas perfeccionado ó bombarda.

—Desde luego; ya vemos aparecer una plancha de madera extremadamente reforzada apoyada sobre un eje con dos ruedas.

—¿Y el cañon iba tendido sobre ese plano?

—Sobre la plancha iban dos caballetes, en que se apoyaba la pieza.

—Pero todavía la puntería, no podria verificarse bien.

—Ya comenzaron á usarse las cuñas para alzar ó bajar los tiros, así como tambien nos encontramos con los atacadores, y con el escobillon, mas ó menos grosero.

—Ya de ese modo se podrian verificar los transportes con mas facilidad, y aun tal vez se aumentaria tambien el número de piezas.

—Sí señor, pues aun cuando las ruedas eran pequeñas al objeto de que pudieran tener mas robustez, adaptábase al tablero una especie de lanza, de la cual se enganchaban los bueyes, que eran los generalmente destinados para estos servicios. Del mismo modo multiplicáronse de una manera prodigiosa los cañones dándoseles nombres distintos, y variadas dimensiones (1).

—¿Y siempre siguió usándose el hierro para estas construcciones?

—No señor; en los siglos XV y XVI á la par que se fundian de hierro, fundíanse de cobre y de bronce.

—Y diga V. D. Cleto, ¿á quién debe atribuirse el perfeccionamiento de esas armas?

— Créese que los hermanos Juan y Gaspar, Budeau, fueron los que las perfeccionaron. Pero respecto á esto, debo decirles que cada dia ha ido dándose un nuevo paso, en esta terrible ciencia, que desgraciadamente ha adelantado mucho.

—Vaya si ha adelantado, cási todos los dias vemos en los periódicos nuevos perfeccionamientos de armas, proyectiles nuevos y en resúmen, todo lo que demuestra el estudio que una parte de la humanidad está haciendo para destruir á la otra mitad.

(1) Hé aquí algunos de los nombres, dimensiones y peso de aquellas armas, hoy en su mayoria desconocidas.

«El basilisco, pesaba siete mil doscientas libras, y su bala cuarenta y ocho. Su longitud desde la boca hasta la faja de la culata, era de diez piés.

«El dragon, pesaba siete mil libras, su bala cuarenta, y su longitud, contada como en la anterior, era de diez piés y medio.

«El dragon volante, su peso siete mil doscientas libras, el de la bala treinta y dos, su longitud veinte y dos piés.

«El serpentino, su peso cuatro mil trescientas libras, el de la bala veinte y cuatro, longitud trece piés.

«La culebrina, pesaba siete mil libras, la bala veinte, y tenia diez y seis piés de longitud.

«El pasamuro, su peso cuatro mil doscientas libras, el de la bala diez y seis, su longitud diez y ocho piés.

«El áspid, de peso cuatro mil doscientas cincuenta libras, doce la bala, su longitud once piés.

«La semi-culebrina, longitud trece piés, peso tres mil ochocientas cincuenta libras, el de la bala diez.

«El pelicano, longitud nueve piés, peso dós mil cuatrocientas libras, el de la bala seis.

«El sacre, tenia trece piés de longitud, su peso era de dos mil ochocientas cincuenta libras, y el de la bala cinco.

«El sacre corto, pesaba dos mil quinientas libras, su bala cuatro, y su longitud era de doce piés y medio.

«El falcon, de diez piés y medio de largo, con peso de dos mil trescientas libras, y el de su bala tres.

«El falconete, de peso mil trescientas cincuenta libras, su longitud ocho piés, y la bala de á dos libras.

«El ribadoquin, setecientas cincuenta libras de peso, y longitud ocho piés, treinta y seis calibres de la bala que era de una libra.

«Otro ribadoquin habia, que pesaba cuatrocientas cincuenta libras y su bala media, tenia de longitud seis piés.

«El esmeril, de cuatro á cinco piés de largo, con peso de cuatrocientas libras, y bala de media.

«Se citan como ensayos extraordinarios en este género;

«Una bombarda que poseian los ganteses en el siglo XIV, que tenia una longitud de cincuenta piés.

«Los cañones turcos que emplearon estos en el sitio de Constantinopla, en 1453, que arrojaban balas del peso de mil doscientas libras.

«Una culebrina llamada la Serpentina, que hubo en Málaga, y arrojaba balas de ochenta libras.

«Otra culebrina que existia en Marsella, para cuyo servicio se necesitaban sesenta hombres, y disparaba balas de cien libras.

«Varios cañones fundidos en Tours, en el reinado de Luis XI, que lanzaban á la distancia de cinco mil doscientos setenta metros, pelotas de piedra del calibre de veinte y una pulgadas y quinientas libras de peso.

«Cincuenta cañones empleados por los turcos en el sitio de Malta, en 1565, que arrojaban balas de ochenta libras.

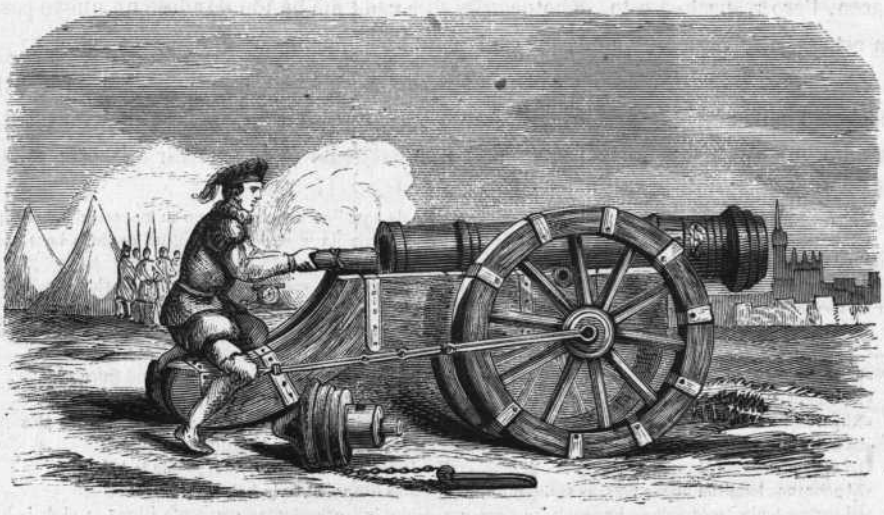
«Otros cañones usados tambien por los turcos en el sitio de Belgrado, de veinte y cinco piés de largo, que se cargaban con cincuenta libras de pólvora y lanzaban balas de ciento diez libras.

«Por último una culebrina de bronce, llamada el Grifo, tomada por los franceses en Echumbreitztein, durante la guerra de la revolucion, fundida en 1578, pesa veinte y seis mil trescientas ochenta y tres libras, tiene de largo catorce piés y medio, y su cureña pesaba once mil libras: se la cargaba con sesenta libras de pólvora, y el peso de la bala era de ciento cuarenta y una. Hoy aun existe esta culebrina en el arsenal de Metz.

—Tiene V. razon.

—¿Y quedaron ya los cañones despues de todos los ensayos que nos ha comunicado V. en el estado que hoy les vemos?

—No señor, lo mismo el cañon que los montajes han sufrido distintas modificaciones; ya en el siglo XVI ó XVII, nos encontramos con un cañon, compuesto de dos piezas sujetas por medio de un perno de hierro; quitábase una de estas piezas, se introducia la carga y terminada esta operacion, volvíase á unir, quedando sujeta por el indicado perno. Tambien la cureña tiene formas mas ligeras; ya la puntería puede hacerse con mayor facilidad y precision; y en resúmen, ya encontramos el cañon, cási en las mismas condiciones con que le hemos alcanzado á conocer.



Cañon del siglo XIV.

—Y en esa misma proporcion iria todo lo demás.

—Naturalmente, la rosca sustituyó á la cuña de puntería, el cebo de pólvora quedó en desuso ante el estopin, y el botafuego sustituyó á la antigua mecha.

—De modo que ya por ese tiempo habríanse perfeccionado tambien las armas de mano.

—Sí señor, principiando por el arcabuz de gancho, que era un cañon con dos muñones que giraban dentro de la horquilla de un gancho colocado sobre un trípode, lo cual permitia variar la elevacion del tiro. A este siguió el arcabuz de rueda que era mucho mas ligero ya, pero que por la excesiva longitud del cañon, era necesario apoyar en una horquilla para disparar. Estas armas sufrieron tambien distintas modificaciones, fueron mas cortas ó mas largas, hasta que llegó el mosquete, que no era otra cosa que una modificacion del arcabuz, del cual vinimos á parar finalmente al fusil que todos hemos conocido.

—¿Y las pistolas?

—Fabricáronse en 1540 en Pistoie, de donde tomaron ese nombre, y lo mismo que las demás armas, han sufrido tambien grandes alteraciones.

—Perfectamente D. Cleto, está visto que al lado de V. llegarémos á aprender algo, nosotros que lo ignorábamos todo.

—Por bien empleados doy todos mis estudios, si de algo pueden servirles.

Y de este modo fueron hablando, entreteniendo el camino, bien por estas noticias puramente instructivas, bien por los chistes y agudezas del andaluz.

LXXXI.

Tauste.

Agradablemente entretenidos pasaron nuestros amigos las cuatro leguas que separan la villa de Tauste de la de Egea.

Tauste es la mas meridional de las Cinco Villas, y asentada sobre una eminencia á la izquierda márgen del Arba; ha ido extendiéndose á la par que se ensanchaba, por aquella llanura tan fértil, merced á las benéficas aguas del canal que lleva el nombre de la Villa.

Envuelto en la noche del misterio el orígen de Tauste, solamente nos presenta alguna claridad su historia, desde 1114, en que D. Alfonso I de Aragon, arrebatóla del poder de los sarracenos.

Concedióse el privilegio de voto en Cortes, así como sus vecinos obtuvieron las exenciones y regalías de los infanzones, y al igual que sus compañeras, desde el momento en que se declararon independientes las dos coronas de Navarra y Aragon, sufrió las consecuencias de las disensiones y rivalidades de ambos reinos.

Grandes diferencias, que produjeron sendos disgustos, estallaron entre Egea y Tauste, llegando el encono de las dos villas á tal extremo, que en 1516 hízose necesaria la presencia del protonotario Climente, merced á cuyos esfuerzos pudieron tener término.

La famosa guerra de sucesion, dejó tambien sembrada en Tauste su terrible huella.

Fiel á Felipe V, lo mismo que las otras cuatro villas, tales servicios le prestó, que á la terminacion de la guerra obtuvo el título de *fidelísima*, y la confirmacion de todos sus privilegios.

Actualmente Tauste, se halla formada por unas quinientas cincuenta ó seiscientas casas, bastante cómodas en su mayor parte, distribuidas en distintas calles un poco pendientes y varias plazas.

Antiquísima es la fábrica de la Casa consistorial, sin que por esto merezca llamar la atencion ninguno de sus arquitectónicos detalles.

Posee escuelas de instruccion primaria convenientemente dotadas, las cuales reunen una muy regular concurrencia.

Hay un teatro de aficionados, un hospital suficiente para atender á las necesidades de la poblacion, y algunas tiendas, tanto de artículos de la primera necesidad, cuanto de otros menos perentorios para las exigencias de la vida.

La Iglesia parroquial de Santa María, no puede por ningun estilo llamar la atencion del artista.

En el mismo caso se hallan los demás templos ó ermitas, algunas de las cuales créese que fueron en pasados tiempos, parroquias tambien.

Las aguas del Ebro, conducidas por el canal de Tauste, contribuyen poderosamente para la fertilidad de aquellos terrenos, cuyas producciones consisten en los cereales, aceite y vino y varias legumbres y hortalizas.

El ganado encuentra sabrosos pastos, abundando en gran manera la caza y alguna pesca en el rio.

La industria se halla representada por una que otra fábrica de regaliz, varias salitrerías, algunos telares de mantas y varios molinos harineros.

Unas tres mil almas constituyen la poblacion, dedicada en su mayor parte á los trabajos agrícolas.

En 1252 autorizóse la apertura de una acequia de riego, para sacar el agua del Ebro, á las villas de Cabanillas y Tustiñana, y en 1529, concedióse á la villa de Tauste el mismo favor, con lo cual mancomunados los esfuerzos de unas y otras, dieron por resultado la construccion de una acequia que, si no con las preparaciones del canal actual, era suficiente para cubrir sus atenciones de entonces.

Por distintas peripecias pasó esta obra, concedida á los pueblos que á su costa la hicieron, incorporada en el reinado de Cárlos III á la Corona, cuando ya se habian realizado las obras que hoy subsisten, y devuelta finalmente en 1848 á los pueblos que la habian construido.

Unas ocho leguas recorre el canal, estando cruzado por algunos puentes, y prestando con su caudal movimiento á varios molinos harineros y regando abundantemente toda aquella comarca.

LXXXII.

La Almunia.

—Conque quiere decir que ya hemos terminado nuestra visita por los partidos judiciales de Zaragoza,—decia Castro á D. Cleto al ver que se hallaban próximos á Zaragoza.

—Todavía no; réstanos la Almunia, que será objeto de un viaje especial, puesto que en ese partido hay algunos pueblos importantes, históricamente considerados.

—¿Y cómo no los hemos visitado, ya que por tantos dias estuvimos girando alrededor de Zaragoza?

—Porque quiero darles á Vds. algun ligero descanso, pues la estacion está ya muy avanzada; comprendo que se hallan fatigados, y es necesario adoptar algunas precauciones, que no quisiera tuviese que entorpecerse nuestro viaje por cualquier desgraciado accidente.

—Vamos, está visto, D. Cleto, es V. nuestra providencia.

—No tal, amigos mios; no soy mas que una persona muy acostumbrada á viajar, y que ha adquirido una gran experiencia respecto de este particular. Para que los viajes sean agradables, es necesario no abusar de las fuerzas del viajero; por lo tanto, descansemos tres ó cuatro dias en Zaragoza, y de ese modo, con mayor gusto emprenderémos nuestra excursion por la Almunia.

Efectivamente: con arreglo á este plan, nuestros viajeros restauraron durante cuatro ó cinco dias sus perdidas fuerzas en Zaragoza; Castro pudo enterarse de las apasionadas cartas que á aquel punto le habia dirigido María Antonia, y al cabo de este tiempo emprendieron nuevamente su marcha.

La Almunia, cabeza del partido judicial de su nombre, se halla situada en el centro de la provincia, y es indudablemente la que disfruta de un terreno mas feraz y mas ameno, y de una posicion mas agradable.

Los montes, poco poblados de árboles, contienen en cambio exquisitos pastos, con los cuales se mantiene gran número de cabezas de ganado.

La poblacion en sí nada notable ofrece. Sus ochocientos vecinos, dedicados exclusivamente á la agricultura, habitan en casas mas aptas para las necesidades de esta, que recomendables por sus bellezas arquitectónicas.

Regularmente atendida la instruccion, el afan de ocupar á los niños cuanto antes en las faenas del campo les obliga á que no puedan completar sus estudios.

Como poblacion agrícola, todo su comercio se halla circunscrito á las transacciones que con sus productos verifica, sin que por esto debamos omitir la existencia de varios establecimientos comerciales, donde se expenden algunos objetos de lujo, puesto que la poblacion, rica en sí, les proporciona fácil salida.

El Hospital es bastante bueno y esmerada la asistencia que en él se da.

La plaza de la Constitucion, formando un cuadrilátero, es indudablemente la mejor de la villa.

El edificio que ocupan las Casas consistoriales es bueno, sin que por esto podamos calificarle de notable, así como tambien las demás construcciones que hay en la mencionada plaza, son mejores que los demás.

La carretera que desde Madrid conduce á Zaragoza, divide el caserío de la poblacion del grupo de casas que constituyen lo que se llama el arrabal.

Poblacion murada en otro tiempo, sus muros describian un círculo cási perfecto, defendido por varios torreones, facilitando el ingreso á la poblacion, tres puertas.

Además de la iglesia parroquial, bajo la advocacion de la Asuncion de Nuestra Señora, que es bastante regular, existe otra de los caballeros de San Juan, de cuya Órden es encomienda, y varias capillas, de las cuales artísticamente no podemos hacer mencion alguna.

Almunia de D.ª Godina, llámase la villa que visitamos, por el nombre de su primitiva dueña y pobladora, y á las puertas de la poblacion cási, tuvo lugar en 1411 el sangriento drama de que ya en otro lugar nos hemos ocupado, que produjo la muerte del arzobispo de Zaragoza, D. García Fernandez de Heredia, llevada á cabo por su enemigo, D. Antonio de Luna, partidario del conde de Urgel durante el desastroso inter-

regno, al cabo del cual ciñó sus sienes con la corona de Aragon, el infante D. Fernando el de *Antequera*.

Del mismo modo que otras muchas poblaciones, piérdese el orígen de la Almunia en la oscura noche de los tiempos.

Castigados se vieron sus campos durante las revueltas de las pasadas edades, y no menos lo fueron en la presente, tanto en la guerra de la Independencia cuanto en la desastrosa de los siete años.

Próxima á la Almunia hállase Calatorao, famoso por sus ricas canteras de mármol negro, y que todavía conserva restos de su antiguo Castillo.

LXXXIII.

Épila.—El último dia de la UNION.

Sobre la márgen derecha del Jalon, combatida por todos los vientos y disfrutando de un clima bastante frio, Epila, villa perteneciente al partido judicial de la Almunia, con sus seiscientas casas y sus tres mil almas, recuerda todavía que en su recinto vió la luz primera D. Juan I de Castilla, cuando su padre D. Enrique de Trastamara, estaba todavía proscripto; que tambien nació en ella san Pedro Arbués, y que ante sus muros se estrelló todo el esfuerzo de la *Union* en 1348.

Sus edificios mas notables son la iglesia parroquial de Santa María la Mayor, que es de construccion moderna; varios otros santuarios; la Casa consistorial; el palacio de los condes de Aranda, un cuartel y dos hospitales.

Gran número de niños de ambos sexos acuden á las escuelas municipales y particulares, y en general la poblacion ofrece un aspecto agradable, tanto por el buen caserío, cuanto por la animacion de sus calles, relativamente con otras villas de su importancia.

Murada en otro tiempo, fueron poco á poco desmoronándose sus lienzos, y cayendo sus torreones para facilitar el ensanche de la poblacion.

Su orígen remóntase á la época romana, y *Secunda* ó *Ispalis* aparece adscrita al Convento de César Augusta, y era uno de los puestos de descanso en las vias militares, mencionado en el *Itinerario romano*.

Arrebatada al poder de los moros en 1120 por D. Alfonso I, fue dada á Francés de Perellos en 1336, pasando mas tarde á poder de los condes de Aranda.

En 1348 la *Union* trataba de hacer el postrer esfuerzo.

D. Pedro IV que, merced á su astucia, habíase ido poco á poco atrayendo y dividiendo á los principales caudillos de aquella famosa liga, habia podido conseguir escapar de Valencia, y en Teruel estaba reuniendo sus fuerzas.

Los rebeldes comprendieron que era necesario hacer un esfuerzo formidable.

Conocian demasiado el carácter del Monarca, para dejar de comprender la suerte que les aguardaba si eran vencidos.

Reunida poderosa hueste presentóse al frente de los muros de Epila, siendo recha-

zada por sus defensores, sin que se intimidaran ante la muchedumbre de enemigos que les rodeaban.

D. Lope de Luna acababa de penetrar en Aragon al frente de un ejército reclutado en Castilla, con el cual venia en socorro del rey D. Pedro.

Al saberlo este, comprendió que ya era inútil el disimulo.

Arrojó, pues, la máscara con que se encubria, y mostróse tal cual era; vengativo y audaz, osado y cruel.

Púsose á su vez en movimiento. El infante D. Fernando, su hermano, cabeza de la *Union*, salió tambien de Zaragoza para oponerse á la marcha de las tropas reales.

Pero inútil fue su empeño.

Epila que habia sabido resistir á los quince mil hombres de la Confederacion, presenció en medio del incendio y de la destruccion de sus ricos campos, la derrota que Lope de Luna hizo sufrir á los unidos y la prision de sus principales caudillos, entre ellos el mismo infante D. Fernando.

Y no pudo menos de extremecerse al considerar la triste suerte que les aguardaba, teniendo en cuenta el carácter de Pedro IV.

El infante D. Fernando fué enviado á Castilla por el de Luna, que quiso evitar al Monarca aragonés el crímen, que indudablemente hubiera cometido con su hermano.

En cuanto á los demás, sus ensangrentadas cabezas colgadas en número de trece, en el arco de Toledo en Zaragoza, demostraban hasta qué extremo habia llevado su rencor, el que al rasgar mas tarde los privilegios de la *Union*, manchando los pergaminos con la sangre que se hizo, mereció el sobrenombre de el del *puñalet*, con que le ha conocido la historia.

Con la desastrosa batalla de Epila exhaló su postrer aliento la *Union*.

La villa que nos ocupa presenció su último suspiro.

Mas tarde tambien aquellos mismos campos que tan mortífera influencia parece que ejercian para las libertades aragonesas, vieron huir á la desbandada la hueste capitaneada por el justicia Juan de Lanuza, preparándole de esta manera el camino para el patíbulo.

Nuestros viajeros recorrieron aquellos campos célebres por los dos acontecimientos que acabamos de indicar, recordando tambien que en la noche del 23 de junio de 1808, el general Palafox al frente del paisanaje, armado á la ligera en defensa de su libertad y su independencia, tuvo que retroceder en desórden hasta Zaragoza, ante las fuerzas francesas.

LXXXIV.

Zaragoza.—Su historia.—Época romana.

No busquemos el primitivo orígen de Zaragoza.

Fuera fantasear durante un buen espacio sobre diversas opiniones que no pueden ofrecernos ninguna razon sólida y cierta en que apoyarnos, ni con la cual podamos convencernos.

Tomémosla ya romana. Veámosla ostentando el manto de su imperial protector, para verla mas tarde trocarle por el estandarte de los jeques musulmanes que á su vez fue sustituido por las coronas de sus reyes.

Veamos á la oscura Salduba, de incierto orígen, salir en el año 728 de la fundacion de Roma, del letárgico sueño en que yaciera, bajo el poderoso aliento de Augusto, y recibir nuevo bautismo con su existencia nueva.

Saludemos á la Cesaraugusta «la mas esclarecida de las ciudades de la España Tarraconense,» segun Pomponio Mela, la que fue erigida en colonia militar, en convento jurídico y en donde su fundador hizo construir templos, baños, circo, haciendo de ella una rival de Roma.

Cesaraugusta pagaba mas que con su gratitud, con su adoracion al generoso Augusto, y batió multitud de medallas para perpetuar todos los acontecimientos que de una manera tan marcada habia contribuido á su engrandecimiento y prosperidad.

Indudablemente una de las principales razones que movieron á Augusto para que así fomentase la poblacion que nos ocupa, fue su posicion excelente, considerándola tanto bajo el punto de vista topográfico, cuanto respecto al estratégico y político.

En la confluencia de tres rios que se unen ante sus muros, y en los límites de tres importantísimas regiones de la España primitiva, cuales eran la Celtiberia, la Edetania y la Vasconia, natural era que ofreciese desde luego uno de los puntos mejor situados para el establecimiento de una colonia militar.

Así fue que sin vacilar un momento, hizo huncir el buey y la vaca al arado que habia de trazar los límites de la naciente colonia, y hecho esto, avecindáronse en su recinto los soldados de las legiones 4.ª, 6.ª y 10.ª, segun se desprende de una de las medallas acuñadas en honor de Augusto.

Levantáronse fuertes y robustas murallas defendidas á trechos por sendos torreones y los templos y los palacios, y los circos y los baños públicos sucedieron á las groseras chozas de la antigua Salduba.

Segun el Itinerario romano, Cesaraugusta era punto de término ó de descanso en las grandes vias que desde los Pirineos conducian á Leon; de Mérida á Zaragoza; de Laminio ó Daimiel á Zaragoza; de Astorga á Tarragona; de la misma Astorga á Zaragoza y de Tarazona á Zaragoza.

No tiene nada de extraño, pues que Cesaraugusta tuviese tal importancia dadas las vias que por ella pasaban, y que la ponian en comunicacion directa, tanto con la metrópoli romana, cuanto con las demás poblaciones importantes de España.

Y la proteccion dispensada por Augusto á su fundacion, no sucumbió con él; sus sucesores siguieron ocupándose de ella, y merced á esto fue nuestra ciudad acreciendo en importancia y en elementos de vida y prosperidad.

El P. Flores ha conservado una gran coleccion de medallas, únicos recuerdos que restan de aquella poderosa colonia, y por ellas vemos la porcion de familias distinguidas avecindadas en Zaragoza por aquel tiempo, lo cual demuestra la predileccion con que era mirada por los romanos.

Tan oscuro como su primitivo orígen, muéstrase para el historiador, el momento en que vió hollado su recinto por los bárbaros invasores del Norte.

Es presumible que debiendo tanto á Roma, estando de tal modo asimilada á su vida, á sus costumbres y á su grandeza, sostendríase mas tiempo quizá, sin entregarse á los extranjeros, sufriendo como es consiguiente la desastrosa suerte de otras ciudades en medio de aquellas repetidas irrupciones, y entre las terribles luchas que los distintos pueblos invasores sostenian entre sí.

En 452 Requiario, caudillo de los suevos se apoderó de ella, y catorce años mas tarde, los godos al mando de Eurico, tomaron posesion de Cesaraugusta, segun la llamaron.

Confusas son todas las noticias de aquel tiempo; que siguió siendo poblacion de importancia, pruébanlo el geógrafo anónimo de Ravena, el cual al ocuparse de Zaragoza lo hace como poblacion muy conocida é importante en su tiempo, y san Isidoro dice que era la mas ilustre y la mas excelente de todas las de España.

No debieron ser muy tranquilos ni sosegados los años que estuvo bajo la dominacion goda, puesto que su misma situacion tan próxima á los revoltosos cántabros y navarros, habia de proporcionarle sin cesar movimientos y turbulencias.

Así es que en 570 vemos á Leovigildo pelear con Aspidio y con sus hijos, y vencerles; Recesvinto á mediados del siglo VII, derrota á Froya que sitiaba la ciudad con un fuerte ejército de vascones y aquitanos; en 672 Wamba derrota á Remasundo, y la famosa procesion de los zaragozanos cuando se hallaban sitiados por los soldados francos de Childeberto que acudiera á España á vengar los ultrajes inferidos á su hermana la princesa Clotilde, procesion que llenó de respeto al extranjero Rey, contentándose, para alzar el cerco, con la ensangrentada estola del mártir san Vicente, que en aquel solemne acto llevaban los naturales.

Tales son los hechos que de la época gótica hace mencion la historia de Zaragoza, hechos sin embargo, que no están plenamente justificados, y obligan al historiador á sacar deducciones que á veces pueden equivocarse de una manera lastimosa.

LXXXV.

Zaragoza, bajo la dominacion de los árabes.

A las tinieblas en que permanece envuelto el orígen primitivo de Salduba, y á las escasas noticias que de las épocas romana y gótica tenemos de Cesaraugusta y Cesaragosta, sucede desde el momento en que da comienzo la dominacion musulmana, sino la historia detallada, al menos el no encontrarse perdidos por completo períodos enteros como antes nos ha sucedido.

Desde el instante en que los árabes sentaron su planta en la ciudad de Augusto, ya el historiador no la pierde de vista un solo instante.

Viajero que ha encontrado por fin el camino que ha de recorrer, lánzase por él sin temor alguno, seguro de encontrar cuantas noticias pueden ser posibles en una

época tan agitada, cual fueron los primeros y los últimos tiempos de la muslímica dominacion.

Era el año 713.

Tarif y Muza, orgullosos cada uno con los laureles que adquirieran, aproxímanse simultáneamente por Occidente y Mediodía; salúdanse afectuosamente al pié de aquellos muros, y Cesaragosta trueca su nombre por el de Sarakusta, á la par que dentro de su recinto penetran ambos caudillos, salvándose del saqueo con que la amenazaban, mediante la entrega de las grandes riquezas que en ella se acumularon.

Insignificante fue el cambio que se verificó en la poblacion. A escepcion de la pequeña variante introducida en su nombre y del cambio de las autoridades, Zaragoza siguió sosteniendo su importancia, siendo cabeza de una de las cinco grandes provincias en que los árabes dividieron el territorio que invadieran.

Sin embargo, no tardó mucho Zaragoza en sufrir las consecuencias de las rivalidades que tanto agitaron á los caudillos musulmanes.

Los gobernadores, sufrian la suerte de los walíes que les dieran semejante cargo, y de esta manera vemos sucederse en Zaragoza con vertiginosa rapidez, nombres musulmanes que apenas aparecen, se pierden bajo la presion de fuerzas superiores, para dejar lugar á otros nuevos que á su vez desaparecen tambien.

A la tranquila y bienhechora administracion de Hanax-ben-Abdalá, suceden las terribles exacciones del emir Alahor y las no menos violentas de Otman Abi-Heza.

«Posesionado de aquel gobierno en 744 Samail, hombre astuto y esforzado, jefe de la faccion egipcia, dispuso á su placer del amirazgo de España, derrocando á Ilusam-ben-Dhiraz, y haciendo elegir sucesivamente á Thueba-ben-Salema y á Jusuf el Fehri, mientras reservaba para sí el mando de Toledo y para su hijo el de Zaragoza. Sobre esta última ciudad se lanzó su rival Amer-ben-Amrú ofendido por las asechanzas que en Sigüenza le habian tendido; y despues de entrarla por fuerza de armas en 753, y de sostenerse un año en Aragon al frente del bando de los alabderies, se vió sitiado á su vez en ella por las tropas del emir Jusuf, y cayendo en sus manos, fue despedazado con su hijo Wahib. Creciera con esto la fortuna de Samail, si el omíada Abderraman no viniera del Africa á aprovecharse de estas discordias intestinas, y á cimentar su trono sobre las ruinas del poder de los emires, y aunque el ambicioso wali, negociando á tiempo, supo conservar el mando de la España oriental, despertó tres años despues la suspicacia del vencedor á pesar de su retraimiento, y conducido de Sigüenza á Toledo, fue muerto dentro de una torre en 759.

«En los primeros tiempos del califado, Zaragoza sometida á Córdoba su soberana, proporcionó á sus walíes, no independencia, pero sí consideracion y poderío sobre todo el Oriente de España. Con el gobierno de ella recompensó Abderraman I los importantes servicios y recientes heridas de su fiel caudillo Abdelmelic-ben-Omaz, quien despues de preservada la ciudad de las maquinaciones del walí depuesto Ilusein, el Abdari castigándole de muerte, la defendió en 778 contra las invasiones de los francos. De aquí la celebrada toma ó por lo menos capitulacion de Zaragoza con Carlomagno; de aquí la mas célebre retirada de Roncesvalles, en que los montañeses navarros se

unieron al walí sarraceno contra los auxiliares extranjeros; de aquí el nombre de este jefe trocado en el de Marsilio, se ha perpetuado en los romances y poemas caballerescos. Heredó el cargo su hijo Abdalá en premio de haber desalojado de Zaragoza al rebelde gobernador de la frontera, Bahlul-ben-Makluc que, ora enemigo, ora aliado de de los cristianos, turbó durante largos años la paz de aquella provincia, hasta ser vencido por el califa Alha-Kem, y degollado junto á Tortosa. Visitó el califa en 802 su ciudad tantas veces amenazada, y dejó en ella por algun tiempo á su propio hijo Abderraman, tanto para prevenir nuevas insurrecciones, como para enfrenar el creciente brio de los fieles del Pirineo.»

De esta manera describe el erudito autor de la obra *Recuerdos y bellezas de España*, este período de la historia musulmana de Zaragoza, período preñado de turbulencias y de rebeldías, que se prolongó extraordinariamente y que si á seguir paso á paso fuéramos, necesitaríamos mayor espacio de que ya podemos disponer. Tanto por esto, cuanto porque tampoco nuestro objeto es otro que el de dar una ligera reseña histórica de los principales acontecimientos ocurridos en la ciudad que visitamos, pasamos por alto muchas de estas guerras y de los incidentes ocurridos en ellas, para llegar á la época en que con el derrumbamiento de califato, erigiéronse en reinos independientes los que hasta entonces fueran provincias dependientes del imperio cordobés.

Lo que si no podemos omitir, es la importancia que seguia sosteniendo Zaragoza en medio de una época tan resuelta, y castigada por las contiendas civiles.

La ciudad se embellecia con monumentos notables, sus escuelas adquirieron gran fama, y entre los hijos de la Zaragoza musulmana, y alumnos de sus escuelas, merecen citarse sábios y probos cadíes; elegantes poetas y viajeros muy distinguidos.

Extinguida la raza ommíada con la muerte de Hixem II, el walí de Zaragoza Almoudhar-ben-Hud al igual que los walíes de otras provincias, erigió reino independiente, lo que hasta entonces constituyera su territorio.

Este era extenso y rico, puesto que extendiéndose desde Guadalajara á Lérida, poseia todo el cauce inferior del Ebro, Tortosa, los Alfaques y Tarragona, «lo cual le permitia enviar sus naves á Alejandría cargadas de frutos de España, y le traian mercancías de Siria y de otras provincias de Oriente (1).»

Seis reyes dió á Zaragoza la dinastía de los Beni-Hudes que, sosteniendo guerras mas ó menos afortunadas con otros walíes que á su vez se declaraban independientes, fueron viendo disminuir progresivamente su territorio prestando con sus disensiones ancho campo á las armas cristianas, para que fueran aumentando sus conquistas.

Amed II ó sea Almustain-Bila amenazado por Alfonso VI de Castilla, y debilitado por la derrota de Alcoraz y la pérdida de Huesca, llama en su auxilio á los almoravides, y merced á esto consigue recobrar á Fraga y á Barbastro para ir á morir en 1110 en el sitio de Tudila (Tudela).

Abdelmelic-Amad-Dola heredó ya una ciudad sola, mas bien que un reino, y lleno

(1) Conde, *Hist. de la domin. de los árab. en Esp.*, parte 3.ª, cap. 21.

de terror un dia vió descender desde las alturas del fuerte Castellar, los soldados de la cruz capitaneados por Alfonso el *Batallador*.

Las últimas horas de la dominacion musulmana habian llegado ya para Zaragoza.

Por fuera de los muros hallábanse los soldados que habian venido del Mediodía de Francia, bajo el mando de Gaston, vizconde del Bearne, unidos á los terribles almogávares y á las lanzas de los barones y ricos-hombres aragoneses.

Dentro de los muros reinaban los odios, las parcialidades, las envidias y la desesperacion.

Cada dia se ensangrentaban los campos, con los combates sostenidos entre sitiados y sitiadores.

Cada dia tambien las calles de la ciudad se salpicaban con la sangre musulmana derramada á consecuencia de los motines y de los tumultos.

D. Alfonso habia acampado en el lugar que hoy se conoce con el nombre de Juslivol, y que no es otra cosa que una corrupcion del lemosin, Diuslivol, que significa, *Dios lo quiere*.

Y efectivamente Dios lo quiso, y Zaragoza vió tremolar sobre sus muros el estandarte de la cruz, quedando abatida para siempre la aborrecida enseña musulmana.

LXXXVI.

Zaragoza, capital de los reyes de Aragon.

Era el dia 18 de diciembre de 1118.

Un peloton de lanzas cristianas á cuyo frente marcha el ilustre D. Pedro Mir, penetra en la musulmana ciudad, atraviesa algunas calles y llega hasta el palacio de la Azuda, mansion de los monarcas musulmanes. Amad-Dola esperaba la llegada del caballero cristiano y allí se firmó la capitulacion de la ciudad.

Poco tiempo despues, el último rey de Zaragoza, marchaba con sus tesoros y sus mujeres, á ocultar su desdicha tras los muros de la fortaleza de Rotalyehud.

El Batallador Alfonso penetró en Zaragoza, y todos los caballeros que le auxiliaron en aquella empresa fueron magnánimamente recompensados, cediendo al conde de Alporche un barrio entre la iglesia Mayor y San Nicolás, y al del Bearne, otros que se extendian por la parroquia llamada la Santa María Mayor.

Restauróse la sede episcopal, proveyéndola en la persona del prelado D. Pedro de Librana, y dió leyes y privilegios á los moradores, declarándoles infanzones é inmunes de toda clase de impuestos.

Pero D. Alfonso no pudo por mucho tiempo disfrutar de su nueva conquista.

Su belicoso carácter, impulsóle de nuevo á guerreras empresas, y bien pronto ante los muros de Fraga, fué á encontrar la muerte.

Oscuro se presentaba el porvenir para aquel naciente reino, con la muerte de don Alfonso.

Habíale ensanchado prodigiosamente con el esfuerzo de su brazo y habíale acrecen-

tado con nuevos Estados; pero su extraño y antipolítico testamento amenazaba destruir toda aquella grandiosa obra realizada en tan breve espacio.

En virtud de él, pasaban sus reinos á ser patrimonio de las órdenes del Temple y del Sepulcro, mas los caballeros aragoneses y navarros que temian ver destruido aquel edificio levantado á costa de tantos afanes, reúnense y acuerdan en bien de la misma patria, no respetar la última voluntad del finado y elegirle un sucesor.

Pedro de Atarés, que indudablemente reunia títulos para aquel elevado puesto, que contaba con grandes partidarios y que tal vez habia soñado ya con ceñir sus sienes con la rica diadema aragonesa, descontenta con su orgullosa altanería á varios de los caballeros que habian de elegirle, y su nombre desaparece, dejando lugar al de D. Ramiro hermano del Batallador, y que á la sazon era monje en el monasterio de San Pons de Thomieres, cerca de Narbona.

Los navarros á quienes agradaba mas la independencia que no el permanecer ligados á la suerte de Aragon, aprovechan esta ocasion, y pretextando no hallarse conformes con la eleccion de un rey monje, elijan á García Ramirez.

Difícil era la época para un monarca que acostumbrado solamente al claustro, no podia avenirse con los belicosos instintos de aquellos ricos-hombres, ni satisfacer por lo tanto sus guerreras aspiraciones.

Mostróse débil desde el principio, abandonó á Zaragoza temeroso de las armas de Alfonso VII de Castilla que se aproximaba á la ciudad, y fué á ocultarse en Huesca, donde las demasías y las ambiciones de sus caballeros hicieron mas palpable su debilidad.

Por entonces refieren algunos historiadores el famoso hecho de la campana, mandada formar por el rey—Cogulla, segun por burla le llamaban, con las cabezas de quince de los mas poderosos magnates.

Acontecimiento es este que no lo hemos visto plenamente justificado, y que muchos de nuestros modernos y mas juiciosos historiadores ponen en duda, teniendo en cuenta la timidez y falta de energía de aquel Monarca.

No serémos nosotros, los que tratarémos de combatir su opinion, máxime cuando carecemos de una base sólida en que apoyarnos, lo que sí dirémos, es que á veces esos caractéres tímidos y faltos de energía, llega un momento en que se reaccionan de una manera tal, que traspasan todos los límites, llegando hasta la ferocidad, y nada de particular tuviera que D. Ramiro, víctima y juguete de aquella nobleza ambiciosa y turbulenta, llegase un instante en que tratara de vengar de una manera tan cruel las humillaciones que le hicieran sufrir.

Si la nobleza aragonesa, presumió que con la eleccion de D. Ramiro habia de sostener por un dilatado espacio aquella especie de monopolio que ejercia respecto á la corona, llevóse un solemne chasco, primeramente porque burlando todos los cálculos, tuvo D. Ramiro una hija de su esposa D.ª Inés de Poitiers, y despues, porque comprendiendo su ineptitud para aquel cargo, concertó el matrimonio de su hija con el Conde de Barcelona, renunciando el reino y retirándose de nuevo al claustro que no debiera haber abandonado.

Robustecido el blason aragonés con las barras de Cataluña, revindicados los derechos de D. Ramiro, á Zaragoza y devueltas por el castellano muchas de las plazas de que injustamente se apoderara, al apático, perjudicial y débil reinado de D. Ramiro, sucede el belicoso y enérgico de D. Ramon Berenguer que vengó dignamente la muerte de D. Alfonso el *Batallador*, apoderándose de Fraga y arrollando por doquiera á los musulmanes.

D. García de Navarra no dejó durante su vida de hostigar y hacer talas por las fronteras aragonesas, llegando en 1143 aprovechándose de la ausencia del Rey de Aragon hasta las mismas puertas de la capital; pero su hijo Sancho, apenas empuñó el cetro, apresuróse á ajustar paces con D. Ramon Berenguer, temeroso de las fuerzas de que á la sazon podia este disponer.

En 1155 recibió Zaragoza la visita del rey Luis VII de Francia que de vuelta de su peregrinacion á Santiago de Galicia, no quiso salir de España sin ver la capital de un reino, cuyos heróicos hechos habian llegado hasta su país.

Seis años mas tarde, en 1162, llegó á Zaragoza la funesta nueva del fallecimiento de D. Ramon Berenguer, ocurrido en la Lombardía á donde fuéra para celebrar una entrevista con el emperador Federico Barbarroja.

Entonces la reina viuda D.ª Petronila empuña el cetro para regir el Estado durante la minoría de su hijo D. Alfonso, y entonces tambien Zaragoza presencia estremecida el suplicio de un impostor que trataba de hacerse pasar por el rey Batallador que habia estado luengos años cautivo de los infieles.

Hé aquí en que términos describe un historiador de Zaragoza este interesante episodio de la historia de Aragon.

. . . . . .

«El pueblo de Zaragoza habia visto reunidas en su recinto las sagradas cortes y escuchado un mandamiento real en el que, ante aquellas, la noble viuda de Ramon cedia al hijo la preciosa diadema del padre.

«Mas el pueblo no demostró regocijo ni le exhaló en vivas, como segun costumbre, al escuchar tan grata nueva.

«El pueblo se hallaba preocupado.

«Pocas eran las personas que cruzaban ante el palacio de los reyes.

«En cambio, una multitud hirviente se dirigia á las afueras de la ciudad y, al llegar á un punto determinado, parábase como incierta y á una vez lanzaba miradas de desconfianza en su derredor y de curiosidad á lo léjos.

«De repente el gentío comenzó á bullir, y un rumor sordo se extendió sobre aquel mar de cabezas humanas.

«Un hombre de blanca barba, cubierto con viejos vestidos de soldado hechos harapos y seguido de tres ó cuatro veteranos que se le parecian en el ropaje, apareció ante la multitud que primero le abrió paso con respeto y luego le rodeó con ansiedad.

«Los ancianos le bendecian mostrándolo á los niños, los mancebos le victoreaban y las mujeres arrojaban sobre él, las flores de sus canastillos.

«Aquel mendigo correspondia con saludos y lágrimas á las dulces demostraciones del pueblo.

«Hablaba de batallas y derrotas, mostraba sobre su rostro las rojas huellas de la espada y en sus descarnados brazos la señal de la cadena; relataba hechos extraordinarios, llamaba á algunos por sus nombres, recordaba los de antiguos caudillos y, por último, se titulaba con el famoso nombre de Alfonso el *Batallador*.

«Contaba como despues de la derrota de Fraga habia volado á Palestina, como los turcos le arrastraron por sus arenales arrojando en su cuello la cadena del esclavo, y como por fin, tornaba á su adorada patria en demanda de un asilo donde reclinar aquella cabeza que un dia ciñera la gran diadema de Sancho Ramirez.

«El pueblo se enternecia al oir este relato: unos creian adivinar en el demacrado rostro del anciano las nobles facciones de Alfonso, otros querian reconocer en los pedazos de su rota malla la vestimenta que el gran Rey acostumbraba á vestir, y todos, á una, se postraban de rodillas ante el viejo soldado.

«Este mendigo habia ido ya recorriendo aldeas y lugares; el nombre de Alfonso I, sagrado para los leales aragoneses, volaba de boca en boca como una chispa eléctrica, y todo amenazaba una insurreccion contra el jóven soberano de Zaragoza.

«Cuando mas entusiasmado se hallaba el anciano en su peroracion, una larga fila de soldados rompia el muro que le rodeaba, y un capitan armado de punto en blanco, hacia preso al turbado aventurero á nombre de la Regente, y con asombro de la multitud que no osaba oponer el mas pequeño obstáculo.

«El misterioso personaje fue arrastrado á la cárcel entre los armados y escoltado por el gentío.

«Al otro dia, y ante la puerta de Toledo, amaneció alzada la horca y pendiente de ella el cadáver de un hombre en el que el pueblo no tardó en reconocer al mendigo de la víspera, á pesar de que sus facciones parecian serlas de una persona mucho mas jóven, y de que, en vez de la blanca cabellera, dejaba ondular al viento unos negros y espesos rizos.

«El verdugo, antes de darle muerte, habia despojado el rostro del reo de cuantos afeites y engaños bastaron para alucinar la credulidad del vulgo.»

Tal fue el destino del célebre impostor que, conociendo el espíritu público de aquel pueblo que aun soñaba en las glorias de Alfonso, no dudó para probar fortuna, en intentar una farsa que pudo costar al reino sérios y graves disgustos.

. . . . . .

LXXXVII.

Union definitiva de Cataluña y Aragon.

Ni catalanes ni aragoneses tuvieron por qué arrepentirse de haber unido sus respectivas coronas, puesto que Ramon Berenguer proporcionó grandes dias de gloria á

Aragon, y la reina viuda D.ª Petronila, con su prudente conducta, con su renuncia á todos sus derechos al reino aragonés en favor de su hijo, lisongeaba á los catalanes quitando así todo pretexto á reclamaciones y disturbios.

Verdaderamente debemos considerar ya definitivamente unida la suerte de los dos pueblos, desde Alfonso II, pues en sus sienes y en virtud del testamento verbal de su padre, se unieron las dos coronas.

Y aquí debemos decir con un historiador contemporáneo que «gran sensatez y cordura mostró el pueblo aragonés en conformarse con el testamento verbal del que podemos llamar último conde de Barcelona,» así como debemos admirar la prudencia y discrecion de aquella reina, D.ª Petronila, que, á pesar de verse desposeida del reino aragonés del que era propietaria, no solamente no formuló queja alguna, sino que, como ya hemos expuesto, apresuróse á ratificar la postrera voluntad de su esposo renunciando todos sus derechos en su hijo.

Indudablemente, merced á su conducta prudente y digna, afianzóse de una manera segura y firme la union entre aquellos dos pueblos, que tan alta prez alcanzaron sobre la que ya cada uno en particular habia llegado á obtener.

A semejanza de D.ª Berenguela de Castilla, D.ª Petronila de Aragon todo lo sacrifica por su hijo, todo en pró del adelanto de sus pueblos,

«Reinas propietarias ambas,—dice el erudito D. Modesto Lafuente,—de Aragon la una, de Castilla la otra, las dos abdican generosamente en sus hijos, y merced á la pureza de alma de dos madres, la doble corona de Aragon y Cataluña se asienta para siempre en la cabeza de un solo soberano, el doble cetro de Leon y de Castilla es empuñado para siempre por la mano de un solo príncipe.»

Apenas coronado D. Alfonso II, como rey de Aragon y Cataluña, celebra Cortes en Zaragoza con asistencia de los prelados, ricos hombres, mesnaderos é infanzones y procuradores de Huesca, Jaca, Calatayud, Daroca y Tarazona.

Desde este momento comienza ya á vislumbrarse aquella extraña y grande Constitucion aragonesa, que ya en las Cortes de Borja en 1134 habia permitido la asistencia, no solo á los nobles, sino tambien á los procuradores de las villas y ciudades.

Extraño conjunto de derechos y restricciones, merced al cual se hallaba equilibrada la autoridad real, vémosla limitada por el poder de los ricos hombres, sin cuyo consentimiento no podia el monarca dictar leyes, ni declarar la guerra, ni ajustar la paz.

A su vez los monarcas hubieron de buscar un apoyo en las instituciones populares, y de esta manera la organizacion de este reino, lentamente formada, como ya hemos dicho, por una ingeniosa combinacion de derechos y limitaciones, ofrece al historiador un gran objeto de estudio.

Hé aquí como se expresa respecto á este asunto el Sr. Tomeo y Benedicto, en su historia de Zaragoza:

«Admiracion no poca, aunque merecida, han causado en todos tiempos y en propios y extraños, aquellas libertades tradicionales, extendidas por el reino como el bálsamo mas dulce; aquellos fueros populares, cuyos evangélicos pensamientos se deslizaban por los labios de los reyes, como la tisana de la vida; aquellos monarcas engran-

decidos por el aura popular, guerreros sobre el campo de batalla y sábios al pisar el escabel del trono; aquella aristocracia muda, sin otro móvil que la conservacion de sus derechos ante los cuales nada veia; las heróicas Cortes de *cuatro brazos*, siempre libres y siempre leales, defensa hoy para el rey, mañana para el pueblo, y sin cuya unanimidad nada podia hacerse, institucion acabada con la figura del gran Justicia, paladin del último vasallo hasta el primer prócer, con poder y responsabilidades colosales, sin que en estas instituciones brotadas, digámoslo así, de aquella sociedad nueva y original, veamos un remedo de otras creaciones, ni aun el espíritu de una imitacion, ni aun el capricho de un sábio.

«Cronistas hubo que creyeron entrever fingida relacion entre los fueros de Sobrarbe y los códicos franco y lombardo; otros, tendiendo la vista un poco mas léjos, figuráronse mirar sobre los peñascales del Uruel un reflejo de las leyes lacedemonias y espartanas, amalgamando en su extravío las exageraciones cási fantásticas de aquel gobierno fabuloso, con el sentimiento profundo y material de los tiempos medios, sin que hayan faltado tampoco reformadores modernos que, al tender la vista sobre los libros de nuestros sagrados fueros, no pretendan adivinar en ellos el prólogo de la teoría democrática.

«Mas nada de ello fue, las instituciones de Aragon, que habian nacido de un pueblo, debian concluir con él, como el íris que bordando el manto de las tempestades, deshace sus colores cuando aquellas desaparecen.

«Aragon, como toda sociedad formada por la guerra y para la guerra, tenia que ser en su esencia aristocrático; pero con esa aristocracia de hierro, cuyo espíritu nacido de la raza germánica, habia ido á refugiarse con nueva fuerza y vigor en la raza goda.

«En una época en que el cetro era la espada, la corona el casco y la corte una reunion de caudillos que elegian por jefe al mas á propósito para extender sus poderes y dominios, no es difícil de comprender aquel sentimiento de independencia, conservada á través de un juramento, y que ponia en boca de un pueblo al coronar á un soberano, aquellas magníficas palabras: «Nos, que valemos tanto como Vos, y todos juntos «mas que Vos, os hacemos nuestro rey y señor, con tal que guardeis nuestros fueros y «libertades: y sino, no.»

«Déjase, pues, confirmado que la libertad de Aragon era extensa, con límites perdidos en el horizonte de las franquicias, pero libertad aristocrática.

«De esta clase partió siempre la resistencia al poder real, y contra ella buscó siempre un apoyo el trono en las instituciones.

«Todas las revoluciones que hallamos en nuestra historia son aristocráticas; este espíritu soberbio es el que arrancó á los labios de Alfonso III el privilegio de la Union; él es el mismo que sostiene la bandera rebelde ante la majestad de Pedro IV hasta que, á impulsos de la fuerza popular, ruede envuelta en sus pliegues sobre las llanuras de Épila, y, mas cerca, grito aristocrático es tambien el que las libertades aragonesas exhalan desde el cadalso, cuando la sangre del mártir Lanuza borra la preciosa página de nuestra historia constitucional. La santa hermandad y la inquisicion luego, no fue-

ron en sus resultados mas que un constante baluarte contra el poder aristocrático, bien se asentasen sobre el trono, los Reyes Católicos, ó la venerada dinastía austríaca.

«Ahora bien; expuesto todo esto, no parecerá extraño la sagaz política de Alfonso II, buscando en las Comunidades amparo contra el torrente cuyos furores venian resistiendo tiempo hacia sus ilustres abuelos.

«Zaragoza vió encomendado su gobierno interior á doce jurados, representantes de sus doce parroquias, y elegidos anualmente por el que en el cargo les habia precedido, turnando sucesivamente las mismas parroquias en el derecho de presentacion de seis candidatos, de entre los que el soberano elegia su Zalmedina.»

. . . . . .

Grandes dias de gloria, dió el segundo Alfonso á su reino, arrebatando á los infieles multitud de plazas, y aumentando sus dominios con nuevos Estados y con los feudos de distintos condados.

Su hijo D. Pedro II, corazon sediento de belicosas empresas y de galantes aventuras, desde sus primeros pasos mostróse tan esforzado guerrero como sus antepasados, pero tambien ligero é impetuoso en sus actos.

Ansioso de que el pontífice le ungiera, pasó á Roma en 1204 en el mismo año que verificó su matrimonio con D.ª María de Montpeller, donde el mismo Santo Padre puso la corona sobre sus sienes, ofreciendo D. Pedro su reino á la Iglesia romana, haciéndose feudatario de ella, y obligándose á pagarle anualmente un tributo de 250 maravedís de oro.

Para subvenir tanto á los gastos del viaje cuanto al pago de aquel tributo, impuso el Monarca, de vuelta en sus Estados, el impuesto llamado *Monedaje*, que mal recibido por los nobles, á quienes repugnaba el compromiso contraido por el Monarca, puesto que decian que el Rey no era libre para disponer de su reino, confederaron, y por primera vez, la palabra *Union*, se escuchó en los Estados aragoneses.

Mal apaciguados los disturbios que esto produjo, causábalos mayores la intemperante conducta del Monarca, que abandonada completamente la legítima esposa, abandonóse á ilícitas relaciones, en el mismo Montpeller, donde verificara su consorcio, defraudando así las legítimas esperanzas de sucesion, que sus vasallos tenian.

Los prohombres de Montpeller de acuerdo con el magnate aragonés D. Guillen de Alcalá, utilizando los amorosos devaneos de D. Pedro, introducen una noche en su cámara, completamente á oscuras, á una dama cubierta con un luengo manto.

A la mañana siguiente abrióse cautelosamente la puerta de la régia estancia, y un grupo de monjes y de caballeros apareció en ella, adelantándose hácia el interior don Guillen de Alcalá, alumbrando el aposento con el cirio que en su mano llevaba.

Entonces el Rey lo comprendió todo.

La dama con quien habia pasado la noche, era su esposa.

Nueve meses despues, D.ª María de Montpeller, daba á luz al príncipe D. Jaime.

Mas á pesar de esto, ni D. Pedro amenguó en sus galantes empresas, ni cejó en sus pretensiones para que el Papa anulare su enlace.

Mas tarde vemos al rey guerrero acompañado de sus valientes caballeros, en las Na-

vas de Tolosa, y en 1213 vémosle sucumbir ante el castillo de Maurét, en extrajera tierra, defendiendo á sus aliados los albigenses.

Turbulenta, preñada de disensiones, y azarosa fue la minoría del príncipe D. Jaime.

Disputábanle el trono sus mismos parientes, cada rico hombre era un pequeño soberano, y D. Jaime I, hombre en la edad en que los demás son niños, hubo de sufrir mas de una humillacion, por parte de aquellos altaneros magnates.

En medio de la guerra civil, encendida en el reino aragonés por la inquieta y revoltosa aristocracia, la mente del niño rey, ganosa siempre de heróicas empresas, concibe la conquista de Mallorca, y las barras de Aragon osténtanse triunfantes en las islas Baleares, de igual manera que mas tarde la perla del Túria, la sin par Valencia, hubo de contemplarlas, y Murcia no pudo menos de humillarse ante ellas.

Pedro III, el *Grande*, sube al trono que tan lleno de gloria le legara su padre, y los árabes de Montesa y los rebeldes catalanes de Balaguer, sufrieron bien pronto todo el peso del enojo del nuevo monarca.

Las tremendas vísperas Sicilianas, ponen en su poder un nuevo reino que el Pontífice le disputa, y que no solamente adjudica á Cárlos de Anjou sino que tambien le otorga el de Aragon.

Y llueven los entredichos, y las excomuniones por Roma fulminadas, amedrentan á todos los amigos y aliados de D. Pedro, y este se encuentra solo para resistir la formidable cruzada levantada contra él.

Al mismo tiempo la nobleza promovió nuevos disturbios en el interior, mas apenas los franceses y los navarros preséntanse en las fronteras, catalanes y aragoneses olvidan las disensiones y las quejas, y los ricos hombres y los caballeros, acuden al socorro de la patria amenazada.

Y entonces se ve á Roger de Lauria destrozar la flota francesa y los ejércitos enemigos diezmados por la peste y en vergonzosa huida, acosados por los terribles almogávares.

Y entonces tambien, en medio del fragoroso estrépito de los combates, en el fondo de aquella alcoba de la Aljafería, de que ya en otra parte hemos hecho mérito, la reina D.ª Constanza de Sicilia, daba á luz una princesa, circundada ya su infantil cabeza con la auréola de la santidad.

Alfonso III sucede á su padre D. Pedro, y la nobleza cada vez al mastanera desde que habia conseguido la confirmacion de sus fueros y franquezas por el anterior Monarca, niega á su sucesor el título de rey hasta que se corone en la capital y entrométense en la ordenacion particular de su casa imponiéndole una especie de consejo que á todas partes habia de acompañarle.

Alfonso, irritado contra aquel yugo que se le imponia, abandona la ciudad, é inmediatamente rompen el dique todas las ambiciones, ensangrentándose las calles de la ciudad con las luchas sostenidas por los distintos bandos, á los cuales agréganse bien pronto las promovidas por D. Hugo de Mataplana y D. Fortun de Bergua, aspirantes al obispado de Zaragoza.

La *Union*, que habia comenzado á aparecer en épocas anteriores, muéstrase ya al-

tiva imponiendo condiciones al mismo Monarca, que, tras porfiadas luchas, no tuvo mas remedio que firmar en Zaragoza el célebre privilegio de la *Union*, aun cuando revocando secretamente todas las mercedes que antes concediera á la ingrata ciudad.

En 1301, su sucesor D. Jaime II, con mas fortuna, pudo conjurar la nueva liga que habian formado los barones, consiguiendo que el mismo Justicia les condenase.

A estas turbulencias habia que añadir las particulares, promovidas por las ambiciones de algunos nobles.

Objeto generalmente de estas contiendas, era la ambicion de mando en el interior de las poblaciones.

«Eran su ocasion, las anuales elecciones de oficios; su palestra las calles y plazas, sus fuertes, las torres parroquiales y su fúnebre señal el rebato de las campanas del Pilar, San Pablo y Santiago. En 1275, Gil Tarin, jurado y jefe de bandería, feneció entre otros en el tumulto que pretendia apaciguar, á manos de Martin de Barcelona, y en 1293 con motivo de la eleccion de Zalmedina se atrincheraron los Tarines y Tarbas en la parroquia de San Pablo y los Bernardinos en las de San Felipe, poniendo la ciudad en conflicto de guerra. A mediados del siguiente siglo, vemos renacer las mismas facciones de Bernardinos y Tarines, atreviéndose los últimos en 1344 á acometer á los oficiales reales enviados por el rey á prender al poderoso Aton de Foces, y de igual modo se salvaron en casas de clérigos los autores de los atentados que hervian por aquellos tiempos en Zaragoza (1).»

Alfonso IV que le sucede, si por algo se hizo notable fue por su extraordinaria debilidad ante el altanero y exigente carácter de su segunda esposa, D.ª Leonor de Castilla.

Las crueldades de la madrastra, las persecuciones de que habia sido objeto, agriaron desde sus primeros años el carácter del terrible D. Pedro IV.

Desde el primer momento comienza ya á destacarse su sombría figura de aquel cuadro, en que aparecen las sangrientas de D. Jaime de Urgel, de D. Bernardo de Cabrera, y de todos los caballeros de la *Union*.

Repugnaba al ambicioso aragonés contemplar en las Baleares otro rey, por mas que este fuera feudatario suyo, y con fútil pretexto las barras aragonesas ostentáronse sobre las murallas de Mallorca.

Segun las leyes aragonesas hallábanse excluidas del trono las hembras, y como don Pedro no habia tenido de su matrimonio mas que hijas, era su presunto heredero el infante D. Jaime su hermano, procurador general del reino.

No tardó mucho tiempo D. Pedro, que aborrecia á su hermano, en cortarle sus esperanzas dando un edicto por el cual ordenaba que se jurase como heredera del trono á su hija D.ª Constancia.

El guante estaba echado.

La *Union* le recogió, y los campos de batalla fueron el palenque donde habia de decidirse, no la razon de ambos contendientes, sino la fuerza con que cada uno contaba.

(1) Quadrado.— *Recuerdos y bellezas de España.*

Valencia siguió el ejemplo de Zaragoza, y las Cortes celebradas en la capital aragonesa en 1347, fueron de las mas agitadas que habian tenido lugar en aquella corte.

Astuto D. Pedro IV, habia sabido mañosamente atraerse á su bando algunos de los magnates que militaban en las filas de la *Union*, y fuerte con este apoyo, lanzó en una de aquellas sesiones las terribles frases de que en otro lugar hemos hecho mérito, al visitar los monumentos de Zaragoza.



Pedro IV, el *Ceremonioso*.

El infante D. Jaime fue objeto de las iras del monarca en aquel célebre acto, y de él salió D. Jaime lleno de pesar y ardiendo en ira, y D. Pedro ansioso de venganza.

Zaragoza vió partir de su recinto al monarca, para volverle á ver despues de la derrota de los *Unidos* en los campos de Epila, penetrar en la ciudad bajo el sangriento arco que en el de Toledo, formaban las cabezas de los principales jefes de la liga.

El veneno ó una oportuna dolencia, como dice un historiador contemporáneo, li-

braron á D. Pedro de su hermano D. Jaime, y la derrota de Epila obligó á su otro hermano, D. Fernando, á buscar un refugio en Castilla.

Ante las mismas Cortes de su humillacion testigos, aquel rey cuya venganza no tan fácilmente podia templarse, rasgó con su daga el famoso privilegio de la *Union*, y en el arrebato de que se hallaba poseido, hirióse con su propia arma la mano, hecho, por el cual llamósele desde entonces D. Pedro el del *Puñalet*.

En la suerte que Zaragoza habia tenido, Valencia adivinaba la que podia alcanzar; y aprestóse para una defensa tanto mas desesperada, cuanto que sabia no obtendria gracia alguna.

Y así fue.

Las tropas reales penetraron en ella, y aun cuando á fuerza de ruegos pudo conseguirse que no se arrasara y se sembrara de sal aquella rica ciudad, no pudieron eximirse de presenciar los horribles suplicios, ordenados por el cruel Monarca.

Como episodio de la larga lucha, sostenida por el rey de Aragon con el de Castilla, y como prueba de la ingratitud de D. Pedro IV para con el que tan leales servicios le prestara, no podemos omitir la muerte de D. Bernardo de Cabrera, debida á las mezquinas sugestiones de la reina, del rey de Navarra y del conde de Trastamara, y mas que todo, á la incalificable crueldad de aquel Monarca.

A D. Pedro IV sucedió su hijo D. Juan I, en cuyas desgracias jugó tan importante papel el Justicia mayor del reino Domingo Gimenez de Cerdán.

El nuevo rey comenzó su reinado por tratar de vengar las ofensas que recibiera de su madrastra D.ª Sivila Fórcia, para concluir por abandonar el poder en manos de su esposa D.ª Violante y sucumbir sin gloria, y con entera satisfaccion de sus vasallos en 1395, entre las garras de una loba.

El astuto conde de Foix trató de apoderarse del trono, puesto que D. Juan habia muerto sin sucesion, pero Zaragoza amante siempre de la razon y de la justicia, congregó en el convento de San Francisco los cuatro brazos del Estado, para mantener el legítimo derecho de D. Martin, hermano del difunto, que á la sazon se hallaba combatiendo en Sicilia.

Pacífico este reinado en el exterior, fue en el interior un manantial de civiles contiendas, que no habian de tardar en dar sus desdichados frutos.

El hijo único que tenia fallece en Cerdeña, y tal dolor le causa semejante pérdida, que presto se fue á reunir con él, dejando vacante aquel trono y extinguiéndose con él la rama de los Berengueres.

Desdichado interregno fue el que se siguió á la muerte de D. Martin, apellidado el *Bueno*.

Los Lunas y los Urreas partidarios de los distintos candidatos que habia para aquel trono, ensangrentaron los campos y las ciudades, hasta que el parlamento de Caspe dió la corona á D. Fernando el de *Antequera*.

En 1412 se dirige á Zaragoza, celebrándose con gran pompa las ceremonias de su coronacion.

De una curiosa relacion, escrita por Albar García de Santa María testigo ocular, y que

el Sr. Tomeo y Benedicto cita en su *Historia de Zaragoza*, entresacamos algunos párrafos que tanto por su lenguaje, cuanto por el asunto de que se trata, no dudamos han de ser del agrado de nuestros lectores.

. . . . . .

«El Rey llegó á Zaragoza, — dice la indicada relacion, — é saliéronlo á recibir el primogénito su hijo, é muchos caballeros é grandes señores del reino de Aragon, é todos los caballeros é ciudadanos de la ciudad de Zaragoza con las mayores alegrías que ellos podian, é los que iban con el Rey, ansí sus guardas como reposteros de su casa, como otros oficiales, é menestriles é trompetas, iban vestidos de librea del Rey, que era verde, é blanco, é colorado, barreadas las ropas que parecian bien á maravilla, é los harantes con sus sobrevistas del á los dichos palacios de la Aljafería, é otro dia entró la noble Reina su mujer.

«En la dicha Aljafería habia un gran corral que habia en luengo cincuenta é cuatro pasos, é ancho cuarenta el cual corral fizo el dicho señor Rey cubrir de madera de pino blanco, con teja vana, sin tierra, con sus lumbreras, que estaba muy claro, é con este fué fecha una gran sala á maravilla, é estaban todas las paredes cubiertas de paños franceses broslados con oro é sin oro, é asentamientos de muchas mesas, é una sobre gradas real, dó comió el Rey dia de su coronacion; esta sala estaba el cielo cubierto de piezas de paño de lana, una pieza bermeja, é otra amarilla, é habia en el cielo de la sala mas de sesenta piezas de paño, é despues de puestas parecia el cielo armas reales de Aragon. En el dicho asentamiento real estaba un paño colgado á las espaldas de la mesa muy alto é rico, con medio cielo del dicho paño, que se cobria la mesa del dicho señor Rey, el cual paño llaman en Aragon dosél, é este era uno de los mas ricos que los homes en esta sazon vieron; era hecha una banda de oro tejido como trenzas, entrar en anchas como un palmo, é otra de tapete velludo, é la metad del dicho paño parecia armas reales de Aragon é la otra metad parecia armas de Sicilia, é desa mesma manera era el medio cielo del dicho paño con una corona de oro sobre cada una de las dichas armas, en manera que eran cuatro coronas, é el paño é cielo era muy valioso á maravilla é muy fermoso.

«En mitad desta sala dó estaba este dicho paño estaba un asentamiento de mesa sobre cuatro gradas, todo de madera muy grande, dó comió el dicho señor Rey, y cerca del paño estaba una muy real silla cubierta de paño de velludo muy rico á maravilla, é cubierto el dicho asentamiento de muy ricas alombras é tapetes, é por la dicha nave dó estaba el dicho asentamiento estaban dos palenques, uno de una parte, é otro de otra pegados á los pilares, que tenian el cielo de la casa al derredor del dicho asentamiento, porque era espacio para entrar los servidores con los manjares; estaba cerrado el palenque de madera con su puerta, porque no los estorbasen á los que habian de servir á la mesa del Rey, é en esta nave estaba una fuente de madera pintada toda como mármol de jaspe, por dó manaba por tres partes agua, é vino bermejo é blanco; habia en el cielo de la dicha sala diez y seis candeleros de madera, en cada candelero ardian cuatro hachas de cera grandes, los cuales candeleros estaban colgados de cuerda del cielo de la sala; y alumbraron la sala como si fuese dia claro, é salido esta sala

estaba un grande cuerpo de casas con sus portales é las paredes cubiertas de paños franceses, de diversas historias, é en los cielos de los portales estaban unos candeleros con cuatro hachas ardiendo. En la dicha sala é portales fueron asentadas mesas el dia de la coronacion con sus manteles muy blancos, que bien cupieron á comer en ellas dos mil personas é mas.

«E delante deste cuerpo habia un gran palacio que habia nombre el palacio de los Mármoles, bien grande, é en este palacio, é en medio dél, estaba un asentamiento de madera sobre cuatro gradas, é encima del asentamiento una rica silla cubierta de aceitunil villotado é carmesí brocado de oro, é con cuatro jarras de Santa María con sus lirios á los cantos dorados, é el dicho asentamiento cubierto de alombras, é todo el palacio cubierto las paredes de paños franceses, é, á las espaldas del dicho asentamiento estaba un rico paño, una banda de oro é otra de tapete carmesí sobre una alcaria morisca de oro, é sirgo, é desta manera estaba aderezado otro gran palacio é otras sillas é cámaras altas con nobles paramentos broslados, é otras de paramento de sirgo.

«Antes del dia que se habia de hacer la coronacion, nueve dias antes comenzó la fiesta ansi las de Zaragoza, que bailaban é danzaban por las calles fasta los dichos palacios del Rey, como otras gentes de mozos é mozas é cristianos que vinieron á la dicha fiesta, ansi de Medelin como de Valencia del Cid, por honrar al dicho Rey en la su fiesta. A esta coronacion vinieron muchos perlados, infantes, duques, condes, é barones, é caballeros, é escuderos é duquesas é dueñas con grandes compañías, é con estraños arreamientos, ansi de Castilla como de Navarra como de todos los reinos de Aragon.

«La ciudad de Zaragoza fizo poner dos tablas para justar una en la plaza, á la puerta que dicen de Toledo, é otra á la Aljafería, é el Rey fizo poner otra de paño bermejo é amarillo, é ha de costumbre en tales coronaciones la ciudad de Zaragoza poner sus mantenedores, é pusieron por mantenedor á D. Juan de Luna, é el se fué á la tabla de la Aljafería é con el otros tres, que eran cuatro justadores, é ahí justaron estos con otros caballeros de los que habian venido á la fiesta é otros con otros; en manera que todos los dias que fueron de fiestas los mas dellos justaron muy bien á maravilla é ahí viérades quebrar varas en muchas piezas é caballeros ser descompuestos de la silla, é otros caer de los caballos, que era gran solaz á los que miraban de lo ver.

«Los oficiales de la ciudad cada uno con su oficio apartado venian con muchos juglares de cuerda, é trompetas, é órganos de mano, danzando é bailando, é otros, tañendo, mostrando cada uno las mayores alegrías que podian; y ansi entraron en los palacios del dicho señor Rey, é facian su solaz é despues se volvieron á la ciudad, é ansi volvian á facer reverencia al Rey todos los dias que duró la dicha coronacion. E otro sí, los judíos vestidos como cristianos danzando é bailando con cintas de plata ceñidas, é sus juglares delante dellos, é ansi todos los dias de la dicha fiesta venian por las calles faciendo sus alegrías fasta entrar en el palacio del dicho señor Rey.

«E el jueves, que se contaron ocho dias de febrero, estando justando delante de la Aljafería los señores infantes, todos cinco hijos legítimos del dicho señor Rey, é con ellos muchos caballeros, é escuderos castellanos, é catalanes, é aragoneses, é moros

que habian venido al dicho señor Rey por embajadores de su rey moro de Granada, todos vestidos con albornoces, é capuces, é aljuvas moriscas, é espadas, ginetas de plata, é sus adargas en las manos, é cañas en las otras, é muchas trompetas delante dellos faciendo muy grande alborozo ante las puertas de la dicha Aljafería, jugando unos con otros á las cañas: é tan grande fué el juego que ende ficieron, que parecia pelea; é las gentes de Aragon, como lo tenian por estraño, como estaban mirando la justa, que por esto no cesaba, no sabian á que parte mirar en manera que muchos dejaban la justa por mirar el juego; é ahí viérades ir jinetes nuevos descalabrados, é otros caiendo de los justadores; é así ficieron su solaz aquel dia fasta que la escuridad de la noche los partió unos con otros, é los fijos del Rey vinieron al Rey con grande alegría, é llegadas todas las gentes á la dicha fiesta, el Rey de Aragon queriendo mostrar su largueza real, abrió las arcas de su cámara, é mostrando grande alegría de voluntad, dió de vestir á los nobles, duques é condes, é algunos señores de los que habian venido á la coronacion á lo honrar á su fiesta, é algunos de los perlados, é á todos los caballeros, é oficiales é criados de su casa, é de la Reyna su mujer, é del príncipe su fijo; á los unos dió paños aceytunis villotados, muy ricos, con oro, é otros aceytunis sin oro, é á otros damascos, é para forraduras peñas de martas, é á los perlados, é algunos caballeros, paños de escarlata enforrados en peñas grises, é á los caballeros, é escuderos paños de mostre mileres, é para forradura veros, é otros sus oficiales é criados de su casa dió cetres, é bustroles, é algunos caballeros de su casa dió collares de oro, á otros florines para ellos, é mandábales dar de su cámara, todo uno sin tomar escriptura ni derecho alguno, lo cual sentian todos por mayor largueza, é sin esto que él dió, mandó dar en Castilla de vestir al infante D. Juan, é al maestre de Santiago, é al maestre de Alcántara, é á la infanta D.ª Leonor, sus fijos, é á todos los caballeros, é escuderos, é oficiales, é criados de sus casas que con ellos vinieron á la dicha coronacion, los cuales vinieron bien vestidos á la dicha fiesta, con paños de aceytunis é damascos, é mostre mileres, é con sus peñas de martas, é veros, é grises.

«El jueves, é viernes, é sábado antes del domingo que se coronó, estuvo en su cámara que se non mostró á las gentes salvo á sus donceles, é privados, é aiunó el viernes, é bañóse, por que es así costumbre de los reyes que han de ser ungidos.

«Este sábado, pasado el medio dia, despues de comer, se ajuntaron en los palacios los duques, é condes, é grandes señores, é perlados, é todos los que vinieron á la dicha coronacion muy bien apostados, é de muy ricas vestiduras, é llenóse las compañías que con ellas venian de muchas ropas de oro, é sirgo, é nobles peñas de martas, é grises, é muy guarnecidos de collares é cintas, é cadenas de oro, é muchos formales de nobles piedras preciosas, é muchas ropas brosladas de oro, como mejor podian, que maravilla era ver gentes de tantas naciones tan bien guarnidas, é ansi entraron en el palacio de los Mármoles, é ahí esperaron al Rey, é con ellos muchos menestriles, é trompetas, é juglares de cuerda de diversas maneras, é con órganos de mano.

«El Rey queriendo salir á los caballeros, é nobles que allí estaban esperando, desnudóse las ropas que traya, é vistióse camisa é paños de lino nuevos, con braguero de sirgo, é con febilletas de plata blancas, é sus troperas de sirgo blanco, á sanificanza

que dende en adelante que usase de castidad, de la cual virtud el dicho señor Rey, es fama que siempre usó, como devoto caballero de Santa María, é vistió un jubon de aceytuni muy rico de oro carmesí, é encima del jubon una saya de escarlata colorada, alpartado el cuerpo, sin mangas, é vistió un pelote de tiempo antiguo, con manga de canadilla hasta el codo que era fecho una banda de oro tejida en telar, é otra de aceytuni carmesí fechos como armas de Aragon, é con esto una capa cumplida del dicho mesmo paño, con una punta al cabo derecho que se echaba al cabo izquierdo, é rastraba por el suelo, enforrados todos estos en armiños, é sus calzas de escarlata; é á la tercera hora despues de pasado el medio dia, salia de su cámara á los dichos señores que lo estaban atendiendo en el palacio de los Mármoles, é venian con él el infante D. Alonso, su primogénito, é el infante D. Juan, su hermano, vestidos de damasco blanco, é otros tales pelotes, é capas enforradas en veros como el Rey, porque iban á recibir órden de caballería, é venian el maestre de Santiago, é el maestre de Alcántara, é el infante D. Pedro con él vestidos de tapete prieto, enforrado en peñas de martas, é con ellos Pero Lopez, é Beltran, fijos del condestable D. Ruy Lopez de Avalos, vestidos con pelotes, é capas de paño blanco enforrados en veros, que venian á ser caballeros con los fijos del Rey, é traya delante dél Rey, D. Pedro de Urrea una espada, la baina toda de oro, muy rica, é puesto en la cruz unas espuelas doradas, é así vino á sentar á la rica silla de las jarras, que estaba en el palacio de las Jarras, é allí estuvo un poco mostrándose á las gentes de muchas partes que ende estaban; é como se estuvo en la silla, los juglares tocaron sus instrumentos, en manera que non se oyan los unos á los otros, tantos eran, é hay armó caballeros en esta silla estos que aquí dirán: García de Ferrera, su criado Pedro Fernandez de Hileces, é Fernan Manuel, criado del rey de Castilla, é Juan Almerique, é Rodrigo de Ledesma, é mosen Pin de Játiva; é á poco de hora salió de la sala, é cabalgó en un caballo blanco con sus coberturas del mesmo paño de sus vestidos, é D. Alonso, é D. Juan, sus fijos en otros dos caballos con coberturas del paño de sus vestidos, é los otros fijos del condestable eso mesmo en sus caballos; é ansi salieron de la Aljafería á la iglesia Mayor de la ciudad, que dicen San Salvador, á estar allá para otro dia recibir la corona.

«E los caballeros que iban de armas, llevaban grandes homes sus armas ó sus espadas, é espuelas, delante del rey, é en especial llevaban sus banderas reales de Aragon é de Sicilia, é sus escudos é bacinetes á las espaldas, é con é iban de pié los grandes señores en derredor del rey, é todos los juglares delante dél tañendo, é saliendo de los dichos palacios de la Aljafería, falló que estaban en las tablas, é falló otros ginetes armados de armas de torneo que estaban en un barbecho, que como lo vieron luego, se lanzaron las lanzas, é pusieron mano á las espadas, é dábanse grandes golpes, á maravilla, fasta quebrar ó torcer las espadas, é fasta que el Rey los mandó despartir é entrando por la puerta de la ciudad, falló un castillo sobre carretones que llevaban hombres de dentro que no parecian, en que iban cinco torres, cuatro á los cantos é una en medio, é en cada una destas torres iba un gran cirio (en la del medio iba un muy grande) que dicen que pesaban todos ciento é veinte arrobas de cera, que fueron así todavía delante dél, ardieron toda la noche en la iglesia en su castillo, é otro dia fasta

la misa de la coronacion, é acabada la coronacion, desde la puerta fasta la iglesia, estaban en mas de cuatro mil cirios en dos rengles uno de una parte é otro de otra, que la ciudad fizo poner por le honrar en su coronacion: é iban delante del rey cien hachas de cera blanca ardiendo, é los arzobispos é obispos, é abades fueron á la iglesia á revestirse, por salir á recibir al rey en procesion é ansi fue el rey á la iglesia esa noche á velar sus armas é como el rey salió de la Aljafería luego fueron puestas lanternas encendidas, entre dos almenas una lanterna, é ansi por las otras torres de la iglesia é monasterios, é ende mostraban alegría, é ansi llegó el rey á la iglesia, é lo salieron á recibir los obispos, é clérigos, en procesion, é adoró luego la cruz.

«E las calles por do iva el dicho señor rey estaban muy bien guarnecidas de paños colgados de sirgo, é paños franceses, é el suelo lleno de verdura, é á las ventanas de los sobrados dueñas é doncellas muy bien guarnidas de vestidos de oro, é sirgo, é lana broslados de oro, é cintas, é firmales, é cadenas de oro, é de plata, muy fermosas tocaduras, é peñas de martas, é veros, é grises muy afeitadas, que bien parecia que se non afeitaron á lumbre de pajas. En la iglesia estaba en un andamio de madera, fecho muy largo entre los cruceros de la iglesia, de parte á parte con asaz espacio, alto del suelo bien once palmos, do estaba fecho un altar con sus gradas, do estaban las imágenes del señor rey, de oro, é de plata, é de otras muchas reliquias é riquezas de la iglesia, é todo el andamio muy bien guarnido de alhombras el suelo, é las paredes de nobles paños de oro é sirgo, é el altar muy noblemente adrezado, é un misal muy rico de oro, á maravilla, é el dicho andamio entraba por la capilla del arzobispo D. Lope de Luna, é en medio del andamio estaba el altar, é en este andamio estaban tres sillas muy ricamente adrezadas con sus paños de oro é sirgo, é á las espaldas las dos, é estaba la una á la mano derecha del preste cuando se vuelve al pueblo, é la otra á la mano izquierda. La de la mano derecha estaba mas alta que las otras sobre tres gradas, é en esta se coronó el rey, en la otra la reina, é la silla estaba en cabo el andamio, llegada á un lugar de los cruceros de la iglesia, dó se mostraban al pueblo, ansi el sábado cuando iban como el domingo, ansi la reina como el rey.

«E desque llegaron los obispos é arzobispos, é clérigos é abades benditos, los salieron á recibir, é metiéronlo en procesion é subieron ante el altar, el rey fincó de hinojos é dijo una oracion.

«E levantóse de allí é fuése á sentar á la silla que estaba cabe el pilar, la cual tenia á los cuatro cantos, é cada cinco una jarrilla con sus lirios, cubierta con un paño de aceituni villotado carmesí, é sus fijos se asentaron en bancos, á sus piés, y el príncipe mas alto que los otros, é los juglares que estaban así só el andamio, tañeron, que era grande alegría en los ver, é los que trayan las armas pusiéronlas en el altar, é los pendones cerca de la redonda, ansi los del rey, como los de los infantes é caballeros, é el rey fizo colacion de confites é vino, é sirviólo de confites el primogénito, é de copa don Joan; al primogénito sirvió de confites el maestre de Santiago, é de copa el maestre de Alcántara, sus hermanos el infante D. Juan, su hermano, é de copa D. Enrique de Villena, su tio. E con los dichos infantes ficieron colacion los perlados, condes é duques é grandes señores; é la colacion fecha, las gentes se fueron de la iglesia, salvo-algu-

nos condes é vizcondes, criados del rey, que quedaron á velar sus armas, é otro dia domingo el rey se levantó ansí como al alba del dia, é oyó misa en la capilla de los Ángeles, é asentóse en la silla dó antenoche se asentó, é ansí se mostró á las gentes en esclareciendo el dia, é los perlados, é caballeros salieron con su procesion cantando, é pusiéronse al rededor del altar, é el obispo de Huesca estaba vestido de pontifical, é dijo sobre las armas cuatro oraciones, é bendíjolas.

«El dicho señor rey se fue ante el altar, é el obispo dijo sobre él una oracion, é la oracion acabada tomó el rey la espada é ciñósela él mesmo, é el obispo dijo otra oracion sobre él, é ceñida la espada el rey, levantó las manos juntas al cielo é dijo una oracion.

«Fecha esta, el señor rey con su mano derecha dióse una palmada en la mejilla izquierda, é sacó la espada de la baina, é delante de todo el pueblo blandeóla tres veces, é despues desciñóla él mesmo, é púsola ante el altar, é calzáronle las espuelas el maestro de Santiago é el duque de Gandía, é tiróse dende, é tornóse á sentar á la dicha silla, é á poco de hora vinieron los dichos perlados, por él en la procesion al altar.

«Estando los dichos perlados cerca del altar, salieron de la dicha capilla los que trayan las vestiduras con que se habia de coronar el dicho señor rey, estos que aquí dirá, de dos en dos, uno en pos de otro, desta manera.

«Primeramente mosen Tainar, é Pedro Lopez de Ayala, que llevaban unas calzas de... brosladas con oro é sirgo, cubiertas por detrás con unas cintas de sirgo, é con fevilletas de oro, é luego mosen Ramon de Baras, é Pero Carrillo de Toledo, que trayan unos zapatos de paño de rico mas blanco, broslado con oro é con dos fevillas, é dos cabos de oro en cada zapato, é luego Alvaro de Avila é mosen Centellas, mariscal del rey, que trayan el hábito de paño de lino blanco, é luego Diego Hurtado de Mendoza, mayordomo mayor del rey, que traya la alba que era de lienzo muy delgado con rodapié, una banda de oro é otra de aceituni carmesí, é las bocas de las mangas con unas trenzas de oro anchas encima brosladas con aljófar, é luego Diego Lopez de Hastuñiga, Justicia mayor de Castilla, Juan de Velasco, camarero mayor del rey de Castilla, trayan el cordon de sirgo blanco, borlado con oro, é con dos manzanas de aljófar, é luego venia Ruy Lopez de Avalos, condestable de Castilla, é D. Alonso Enriquez, almirante mayor de Castilla que trayan la casulla que era de carmesí aceituni, enforrada en trebel colorado, broslado con oro é con aljófar, é jarras de Santa María, é luego Godofre, conde de Cortes, fijo del rey de Navarra, é D. Fadrique conde de Luna, fijo del rey de Sicilia, y llevaban la túnica que era de paño de damasco blanco enforrado en aceituni colorado, é el collar bordado de armas reales de Aragon é en las mangas habia una brosladura fecha sobre foja de oro, tan ancha como medio palmo, é cada trenza broslada con aljófar, é con tres zafies grandes con sus rodapiés de oro aceituni carmesí, luego venia el duque de Gandía é D. Enrique de Villena que trayan el almática, la cual era una banda de oro, é otra de aceituni carmesí, é en cada manga brosladas jarras de Santa María con oro é sirgo, é con mangas anchas, segun há costumbre de llevar el diácono cuando dicen el Evangelio, é era sembrado de piedras preciosas, con aljófar en los hombros, é luego venia el maestre de Alcántara, é el infante D. Pedro, su hermano, que llevaban el manípulo, que era labrado por encima sobre foja de oro broslado con aljófar,

é con mil verzafíes é balajes grandes, é así fueron llevadas delante del altar, é los perlados la tomaron é pusieron en el altar é los perlados las bendijeron, é los mesmos las tornaron á la capilla del arzobispo D. Lope, dó el rey estaba é mosen Gil Ruiz Camarlengo: trayan los bacines para le dar aguamanos el maestre de Santiago, é luego fueron vestidas las dichas vestiduras por la órden sobredicha.

«Vestido el dicho señor rey, vinieron por él procesion de los perlados, é lleváronlo en medio del arzobispo de Tarragona, é el obispo de Segovia, é de Barcelona, en procesion ante el altar, é pusiéronlo ante el obispo de Huesca, el cual habia de consagrar al dicho señor rey.

«Despues el dicho obispo dijo en latin unas preguntas al dicho señor rey, é volvióse al pueblo, é dijo otras palabras en latin, é todos dijeron «fiat, fiat.»

«Dichas las oraciones, el obispo de Huesca comenzó luego la misa, é continuándose, el primogénito y el infante D. Juan, é el maestre D. Enrique, fueron á la capilla del arzobispo, é de allí salió el primogénito con un bacin de plata dorado, en el cual llevaba una corona de oro, con que el rey habia de ser coronado.

«Habia en ella diez y seis marcos é tres onzas de oro, con sus piedras preciosas, é habia en ella un rubí é ciento y diez balajes grandes, medianos é pequeños, é sesenta seis cafíes, todas las mas grandes piedras, é de muy maravillosas aguas é grande valía, é habia en ella cuatrocientos y noventa é siete granos de aljófar claros é blancos, é gruesos como avellanas mondadas, é de ellos un poco menores. Juntábase la dicha corona en veinte é ocho pedazos, los catorce juntaban la guirnalda á la redonda de la cabeza, é los otros catorce eran las torres, chapiteles de la corona, la cual era la mas bien obrada é la mas rica é de mayor valía, que los que la vieron decian que nunca obra tal vieran ni oyeran decir que tal fuere: é venia en el dicho bacin otra corona mas pequeña, que la noble reina D.ª María de Navarra, tia del dicho señor rey, le envió con que se coronase, pensando que la non ternia tal, la cual corona era muy rica é hermosa, de oro é de piedras preciosas, así balajes como zafíes, pero non era tan fermosa ni de tan gran valía como la del señor rey.

«E en pos del primogénito venia el infante D. Juan con el cetro de oro en la mano derecha, en el cual cetro, en la cabeza dél, venia un balax grande como un huevo de paloma. E en par del dicho D. Juan venia el maestre de Santiago á la izquierda, que llevaba á la mano derecha una manzana de oro, muy gruesa, tan grande como un huevo de grifos, con una cruz de oro pequeña encima, é ansí llegaron al altar la corona é el cetro é manzana que ansí llevaban.

«E comenzando á decir el Evangelio el diácono, el obispo de Huesca dijo sobre el rey una oracion, é acabada la oracion, el señor rey se fué al altar, é tomó con sus manos de sobre el altar la corona mayor que él mandó facer, é púsola sobre su cabeza, é así como la puso los jugladores é órganos que ende estaban en la iglesia, facian son de muy gran alborozo, é acabada de poner la corona, el obispo de Huesca dijo la oracion, é luego el rey tomó la manzana en la mano izquierda, é el obispo de Huesca dijo otra oracion.

. . . . . .

Y continúa largamente todavía la relacion citada ocupándose de las fiestas que hubo en Zaragoza, con una prolijidad que tal vez se hiciera pesada á nuestros lectores á pesar de lo curiosas que son las noticias que en ella se encuentran.

De los primeros actos de Fernando fue el de reducir á cinco los doce jurados que hasta entonces existieron, y restringiendo sus atribuciones y dándoles nuevas ordenanzas, preparó su nombramiento para mas adelante, por medio de un Consejo de treinta y seis indivíduos que habrian de ser elegidos entre las quince parroquias.

Educado Fernando léjos de Aragon, y por lo tanto ageno completamente á sus libertades y á su modo de ser, por decirlo así, vémosle que todas sus tendencias fueron á dar todas las facultades y toda la preponderancia que le fue posible al poder real, arrebatándosela como es consiguiente al gobierno popular.

Grandes turbulencias ocurrieron durante su reinado.

El arzobispo D. Alonso Arguello, desaparece misteriosamente, suponiéndose que fue ahogado en el Ebro por andar en tratos con Castilla, á la par que otros nobles eran desterrados, y Antonio Marcen perdia la vida despues de haberle cortado su mano derecha.

D. Jaime de Urgel, que no amenguaba en sus pretensiones, que seguia moviendo guerra sin cesar y allegando partidarios á cada momento, sucumbe por fin á pesar de su formidable defensa en Balaguer, y Zaragoza contempla entristecida y afectada el triste espectáculo de verle cruzar por su recinto, pálido y aprisionado, pidiendo á voces que lo maten antes de conducirle á Castilla, lugar de su perpétuo encierro.

En medio del estrépito de los reinados anteriores, háse destacado la figura colosal de Pedro de Luna, que ciñó la tiara bajo el nombre de Benedicto XIII, para sucumbir mas tarde en Peñíscola solo y abandonado, pero sin ceder un ápice de sus derechos.

Alfonso V sucede á su padre Fernando I, y bien pronto enredado en las guerras que sostenia en Nápoles, tras los triunfos que allí obtuvieron las armas aragonesas, un dia llega á Zaragoza la triste nueva de la prision del monarca en el combate naval de Ponza, ocurrida en el mismo momento en que se hundia con estrépito un arco del famoso puente de Piedra, y que se tañia por sí sola, cual nuncio de inmensa desdicha, la celebrada campana de Velilla (1).

Entre las Cortes que en Zaragoza se celebraron durante este tiempo, debemos mencionar las que tuvieron lugar durante la ausencia de Alfonso, y que fueron presididas por su esposa D.ª María y por D. Juan, rey de Navarra, hermano del monarca.

En las primeras, celebradas en 1441, quedó establecida la inamovilidad del Justicia, por consecuencia de la reciente deposicion de Martin Diez de Aux, por haber sido acusado de malversador de las rentas generales, y las segundas en 1447, para declarar la guerra á Castilla.

Tras de Alfonso V vemos aparecer en el trono aragonés la sombría figura de don Juan II su hermano, rey de Navarra, y que á una edad avanzada empuñó el cetro de Aragon.

Coloso de orgullo, como le llama un historiador contemporáneo, púsose de frente

(1) De ambos hechos ya nos hemos ocupado en su lugar respectivo.

con su pueblo, y los bandos, las parcialidades y las turbulencias forman el núcleo de su dominacion.

A tal punto llegaron los atropellos que para enfrenar á aquella inquieta, revoltosa y procaz aristocracia, creóse un nuevo partido, un nuevo bando popular que contando con el apoyo de la autoridad municipal, el de los *Veinte* y con el favor del pueblo, si bien prestaron servicios, tambien hicieron uso del motin y de la asonada popular, asaltando, incendiando y saqueando las casas del letrado Luis Santangel en 1453, y en 1466 asolando los lugares del señorío de los Cerdanes, á quienes acusaban del homicidio del Jurado Pedro de la Caballería.

Pablo Jassa y Gimeno Gordo eran los jefes de esta liga, con los cuales no tenian mas remedio que contemporizar, la autoridad real.

Carácter irascible, orgulloso, suspicaz y cruel es el de D. Juan II; como padre desnaturalizado, mostróse con su desdichado hijo el príncipe Cárlos de Viana, y como desacertado monarca, dando nuevo aliento con sus actos á las facciones que ya dividian el reino.

Fernando II de Aragon y V de Castilla recogió por herencia de su padre un trono amenazado constantemente y un reino destrozado por las turbulencias; mas desde sus primeros actos comenzó á mostrar lo que llegaria á ser mas tarde.

Un dia Gimeno Gordo es llamado por el rey.

Penetra en el alcázar y poco tiempo despues el pueblo contempla aterrorizado su cadáver colgado en el balcon principal del palacio.

LXXXVIII.

Aragon bajo el reinado de los Reyes Católicos.

Poco adelantó Fernando con la muerte dada al terrible jefe de la liga.

El mal estaba muy adelantado y no era posible extirparle tan de repente.

Al año siguiente de la muerte de Gordo, Lázaro de Borau lugarteniente del Justicia, es degollado en Alagon mientras dormia tranquilamente con su hijo, siendo su matador Juan Perez Calvillo, señor de Malon, que despues trató de borrar su crímen en la jornada de Toro.

En el mismo palacio de la Diputacion y en pleno dia, Jerónimo Cerdan es asesinado segun se dijo de órden de la mujer de su hermano y de D. Pedro Martinez de Luna, y el jurado Martin de Pertusa sube al patíbulo en castigo del garrote que hiciera dar al alguacil Juan de Búrgos.

Y como si esto no fuera suficiente, apenas la Inquisicion se atreve á sentar su planta en Zaragoza, un sangriento drama tiene lugar en el sagrado templo de La Seo.

Ligeramente nos hemos ocupado de él en nuestra visita á aquel templo; por lo tanto no podemos resistir al deseo de transcribir la relacion que de él hace un moderno his-

toriador de Zaragoza, á quien distintas veces hemos citado en el decurso de nuestra obra (1).

«Varias veces tratóse de aterrar á los jefes del repelido tribunal, intentando la muerte del inquisidor Pedro Arbués, y siempre se vieron burladas las esperanzas de los mas osados.

«Un dia, sin embargo, el 14 de setiembre de 1485, poco antes de llegar la noche, entraron recatadamente en La Seo dos grupos de hombres.

«En el uno iba el hidalgo catalan Juan Sperandeo con su criado Vidal y con Bernardo Lesfante; en el otro, Tristan Leonis y Antonio Grau.

«El templo estaba desierto; solo se escuchaba el rumor del viento en las bóvedas.

«Los dos grupos, compuestos el uno de tres personas y el otro de dos, fuéron con sigilo á apoyarse contra la parte del muro donde la oscuridad era mas profunda.

«No se oia ni daba á conocer la existencia de aquellas gentes en el sagrado lugar.

«Por último, se oyeron pasos y una sombra se deslizó por la puerta principal y fué á pasar por el presbiterio.

«Al verla, una tosecilla seca salió del rincon de una capilla.

«La sombra quedó como clavada en el centro de la nave y cinco personas avanzaron de la oscuridad hácia ella.

—«¿Estamos todos?—preguntó el recien llegado con voz apagada.

—«Todos,—respondieron á la vez los que le habian salido al encuentro.

—«Pues, á sus puestos, y ojo alerta—replicó el primero rebujándose en su talabardo rojo, y dirigiéndose á una columna del presbiterio.

«Todos le imitaron, y en silencio fuéron á ocultarse tras las pilastras y revueltas de las capillas inmediatas.

«El recien venido era el jefe en aquella hazaña infame; nadie mas adecuado que él para encargarse de su direccion.

«Se llamaba Juan de la Abadía y era de oficio asesino mercenario, espanto de las gentes sencillas, que, al verle atravesar los apartados barrios del Sepulcro y la Magdalena ó las encrucijadas de la antiquísima parroquia de San Pablo en la hora de las tinieblas, se apartaban de él con horror haciendo la señal de la cruz y rezando ya por el alma del desdichado que aquella noche le tocase hallarse frente á la daga del terrible rufian.

«El interior del templo de La Seo se hallaba sumido en las tinieblas: solo en lo alto del altar mayor se veia brillar el opaco resplandor de una lámpara, y al través de las ojivas asomaba de vez en cuando un perdido rayo de luna; el silencio tambien era sepulcral, únicamente interrumpido á intervalos por las ráfagas de viento que llegaba á estremecer las vidrieras.

«Pasó un largo tiempo.

«A poco, un chirrido disonante, seguido de doce campanadas lentas y sonoras, hicieron estremecer las bóvedas.

«Luego, un instante de silencio y oscuridad.

(1) Tomeo y Benedicto.

«Aun no se habia apagado el eco del reloj, cuando al través de una puerta brilló un rayo de luz; sonó á poco una llave, abrióse aquella, y un hombre envuelto en una capellina roja, con una linterna en una mano y un chuzo en la otra, avanzó por el claustro en direccion al presbiterio: era el canónigo é inquisidor Pedro Arbués.

«Ya ante el altar mayor, dejó este á un lado y en tierra la linterna, que esparció un círculo de luz y dibujó con medrosas sombras las cercanas columnas; luego Arbués arrodillóse apoyado en el palo que traia, y, despues de arrojar una mirada en su derredor, inclinó la cabeza, y en el movimiento de sus labios comprendióse que murmuraba una oracion.

«El viento agitaba con fuerza los cristales de las ojivas.

«Una sombra se deslizó bajo los pasamanos del coro y colocóse tras el canónigo, aunque fuera del círculo de luz que trazaba su linterna.

«Tras de aquella sombra asomaron cinco mas.

«Arbués, extasiado en su contemplacion religiosa, nada adivinaba.

«Despues de un momento de indecision, una de aquellas sombras avanzó con el sigilo de un gato, y, atravesando el límite de sombras, penetró en el círculo de luz.

«Era Vidal el criado de Sperandeo.

«El asesino levantó su espada y descargó una cuchillada terrible sobre la cabeza del inquisidor, pero retrocedió asombrado lanzando una sacrílega maldicion.

«Arbués, al recibir aquel golpe, no habia caido bañado en sangre, sino que medio aturdido, logró aun incorporarse.

«La cabeza del canónigo estaba resguardada por una rejilla de hierro.

«Arbués quiso articular una palabra, pero la espada de Sperandeo, mas afortunada que la de su sirviente, entróle por el costado izquierdo, y un borboton de roja sangre salpicó el mármol del presbiterio.

«Arbués cayó en tierra.

«Sobre él se precipitaron los asesinos, y seis espadas se clavaron á una en el vientre y pecho del mártir.

«Los delincuentes huyeron por las salidas que ya tenian preparadas.

«Un dia vivió aun la víctima; durante él no pronunció mas que palabras de perdon.

«El pueblo, por otra parte, aquel mismo pueblo que tan rebelde se mostraba antes á la institucion del terrible tribunal, pidió á gritos su ayuda en aquel trance para buscar á los asesinos y darles el merecido castigo.

«Relatáronse misterios y milagros.

«Dijose como la sangre del mártir habia hervido sobre la losa en que cayó, y fue menester nada menos que la mediacion del Arzobispo y principal nobleza para calmar al amotinado pueblo que á voz en grito pedia el exterminio de los conversos, amenazando entrar á fuego y sangre los populosos barrios judáicos.»

. . . . . .

No era posible que la existencia de Aragon cambiase tan pronto á consecuencia de su union con Castilla sin quebrantar de un golpe sus leyes, y por lo tanto le vemos todavía escuchar de los labios de sus monarcas el famoso juramento de sus fueros, y re-

cordando todavía sus pasados tiempos alzarse con entereza oponiéndose á Fernando el *Católico* en su proyecto de hacer jurar á su hija la reina de Portugal, contraviniendo con esto la ley sálica y contrarestando el deseo de Cárlos I desproclamarse rey en vida de su madre D.ª Juana.

La Inquisicion y la santa Hermandad, provocaron tambien fuerte y cruda oposicion por parte de los diputados, y en 1520 vemos de nuevo aparecer los formidables bandos consecutivos de la jura del comendador Lanuza como Justicia de Aragon, y todavía en 1550, las sentencias de los *Veinte* iban seguidas de la ejecucion segun se desprende de la justicia hecha con los lugares de Mozota y Mezalocha ordenados arrasar en castigo de la falta que cometiera su dueño Sebastian de Erbos.

Mas todo esto no era mas que el postrer suspiro de instituciones, de poderes y de privilegios, que iban pronto á desaparecer.

Y como si este desdichado acontecimiento estuviera presintiéndose, para que no quedaran sepultados en el olvido tantos hechos notables, tantos episodios terribles ó gloriosos, para que no desapareciera por completo el recuerdo de una época que ya no volveria, Jerónimo de Zurita recibia una carta de la Diputacion, en virtud de la cual se le asignaba el salario de 4,000 sueldos, como cronista del reino, para que escribiera sus famosos anales, mientras que Blancas se ocupaba en trazar el cuadro exacto de sus leyes y de sus libertades.

En la vida de los pueblos como en la vida de los indivíduos hay presentimientos extraños, inconcebibles que no se pueden definir, y que por mas esfuerzos que hace la sonrisa del labio para acallarlos, mas fatídicos, mas formidables se alzan dentro del hecho.

Zaragoza gozaba festejando la visita de los Reyes Católicos, y exhalando ruidosamente su alegría, trataba de ahogar aquella voz misteriosa y amenazadora que germinaba en su corazon.

No podia darse cuenta de lo que ella le anunciaba, mas seguramente comenzaba ya á ver dibujarse en el horizonte la sombría figura de Felipe II.

LXXXIX.

Aragon bajo el reinado de Felipe II.

¡Cuan ajeno se encontraba el pueblo aragonés en 1547, al recibir con locas demostraciones de alegría al príncipe D. Felipe, hijo del Emperador, que á no pasar muchos años, aquel mismo príncipe trocado ya en rey, habia de arrebatarles sus fueros y sus libertades, vengando con semejante castigo, las ofensas hechas á su real autoridad!

Cárlos I y Felipe II son las dos figuras que llenan por decirlo así, todo el siglo XVI, imprimiéndole sin embargo, un carácter completamente distinto, cada uno al período en que vivió.

Cárlos I era mas flamenco que español, mientras que Felipe II era mas español que flamenco.

De aquí, que mientras aquel disgusta á los españoles con la preferencia otorgada á sus compatriotas, este se hizo antipático á los flamencos, que al mostrar su desagrado, provocaron de tal manera su enojo, que sostenido por su terquedad, produjo aquellas desastrosas guerras, en las cuales se invertieron inmensos tesoros, y que causaron la muerte de tantos guerreros ilustres.

Celoso de su autoridad llegó un momento en que Felipe II, paseó sus miradas por su reino, y al ver que en una parte de él existian fueros, privilegios y leyes, al amparo de los cuales se atrevian sus naturales á hacer frente á su poder, empañó su frente amenazadora arruga, presagio de la triste suerte que aguardaba á aquel territorio.

Un dia espárcese por Madrid una noticia que produjo gran sensacion.

Escobedo, el secretario de D. Juan de Austria, habia sido asesinado.

Acusóse de esta muerte á Antonio Perez valido del Monarca.

Felipe II que tal vez tuviera algun resentimiento personal que vengar de su favorito segun han supuesto algunos historiadores, decretó su prision, y dió comienzo aquel extraño proceso, en el cual parece verse, mas que el afan de hacer brillar la inflexibilidad de su justicia, el vengativo anhelo del hombre.

Ni el espacio de que podemos disponer, ni la índole de nuestra obra, nos permiten detallar aquella larga causa en que se dió una triste idea de la dignidad del Rey, que dió un triste espectáculo á la Europa entera y que produjo la pérdida de las libertades de Aragon.

Antonio Perez, comprendiendo la suerte que le aguardaba consiguió evadirse de su prision, refugióse en Aragon, de donde era hijo, y al buscar auxilio en el privilegio de la *Manifestacion*, de tal manera se envolvió entre aquellas leyes, que no pudo menos de romperlas por el mismo esfuerzo que hizo para salvarse con ellas amparado (1).

El exfavorito de Felipe II pudo salvar su vida, pero ¡ay! que los fueros de Aragon se perdieron para no volver jamás.

Los dos motines del 24 de mayo y 24 de setiembre de 1591, para salvar á Antonio

(1) He aqui los términos en que desde Calatayud se dirigia el ex-secretario á su antiguo Señor:

«Señor: Viendo al cabo de tantos años lo mucho que mi prision se prolongaba y con cuan grande rigor me trataban ciertos ministros de V. M., asi como la desdicha de mi estrella, sin que nada haya en mi que hubiera dado causa á los males que he sufrido, y no viendo otro fin á mi proceso y á mis miserias que el de mi vida y todo lo demás; reducido por vuestros ministros á no poder ya responder de mi, ni de la honra de mis padres, ni de mis hijos, ni aun de mis deberes de hombre y de cristiano, me determiné á hacer lo que he hecho y á venir á este reino de V. M., donde seréis tan soberano y señor mio, como si estuviese cargado de hierros y de las mas pesadas cadenas, y yo tan obediente á su real voluntad, como el barro en la mano de su ollero. Esto qué dije lo he atestiguado y probado suficientemente con mis largos padecimientos, animado por la esperanza que siempre he tenido en V. M., en sus virtudes tan cristianas, en su misericordia y en el secreto de mi inocencia depositada por mi en su pecho. Con este solo fundamento y en virtud de estos solos titulos renuncio á invocar mis pobres servicios y mi lealtad, aunque para otro que yo, y mas dichoso que yo, hubiesen podido merecer deferente recompensa de la que me ha cabido, y suplico muy humildemente á V. M., puesto que posee *una prueba tan grande de la veracidad de mis palabras* y del encono de uno ó muchos ministros, por sus consultas ó intrigas, acepte la entrega y dejacion absoluta que hago de mi mismo, en cuerpo y alma, á su discrecion y á su voluntad en todas las cosas, y no permita que el odio de las personas á que me refiero pase adelante en desprecio de su piedad cristianisima, del bien de su servicio y en detrimento de sus fieles súbditos: yo le suplico tambien, por el amor de Dios, que se digne atender á esa pobre mujer y á esos niños, cuyos padres y abuelos han sido servidores leales y experimentados de V. M. Yo os ruego, señor, por quien sois, que nos concedais vivir en un rincon miserable, el que V. M. designe, á fin de que, puesto que ya no podemos vivir para otra cosa, pidamos desde él á Dios porque V. M. goce próspera y dilatada vida y tan colmada en todo como lo ha menester la cristiandad.» — *Memorial* pág. 26, 64 y 65.

Perez del poder del Santo Oficio, que le tenia reclamado, produjeron la muerte del marqués de Almenara, agente de Felipe II, indignamente ultrajado por las desenfrenadas turbas, sérios trastornos y disturbios, y finalmente la invasion de doce mil soldados castellanos que al mando de D. Alonso de Vargas, enviaba el rey.

Contrafuero era la invasion, y al tratar de oponerse á ella, los campos de Epila que ya habian presenciado en otra ocasion la derrota de la *Union*, presenciaron tambien la de los zaragozanos, que salieron capitaneados por el jóven justicia D. Juan de Lanuza.

Una mañana la multitud aterrada vió alzarse en aquella plaza del Mercado, célebre por mas de un concepto segun hemos manifestado en otro lugar, un fúnebre cadalso.

A él subió Juan de Lanuza, y al cortar su cabeza el hacha del verdugo, cortados tambien quedaron en pedazos aquellos fueros, aquellos privilegios que tan gloriosas páginas representaban en la historia aragonesa.

Una sola sombra quedó de ellos, pero que como sombra no mas, no podia prestarle ni fuerza ni vigor.

Desde este momento, desaparece la importancia política de Aragon.

El glorioso monumento levantado en la roca de *Uruel* quedó destruido en el cadalso de Lanuza.

Felipe III alzó todos los destierros, todas las confiscaciones, rasgó todos los padrones de ignominia, que su vengativo padre arrojara sobre tantas familias ilustres, pero no pudo ya reedificar aquel edificio que quedó completamente arruinado.

Todavía presenció Cortes reunidas en su recinto; todavía escuchó juramentos de reyes, mas ¡ay! Cortes y juramentos, que no eran mas que juguetes que se ofrecen á los niños para hacerles olvidar el objeto de mas valía que se les ha arrebatado.

La sombra de fueros que les dejara el segundo Felipe, el nieto de Luis XIV de Francia, Felipe de Anjou, se la rebató mas tarde.

Partidaria Zaragoza del archiduque Cárlos de Austria, mostróse tan encarnizada enemiga de Felipe V, que este no pudo menos de vengar en ella, el último desastre del 20 de agosto de 1710, del cual en otro lugar hicimos mencion.

Ligada ya la suerte de Zaragoza á la del resto de la nacion, adormecida por completo sobre sus pasadas glorias, viviendo solamente en el mundo de los recuerdos, en el presente siglo halló en ellos poderoso incentivo para llevar á cabo heróicas hazañas con que trazar una de las mas grandes páginas de esa sublime epopeya, que en nuestra historia contemporánea se conoce bajo el nombre de Guerra de la Independencia.

XC.

Zaragoza moderna.—1808 y 1809.

Llegamos á la página mas brillante que registra la historia de la inmortal Zaragoza.

Epopeya sublime, escrita con la sangre de sus esforzados hijos durante largos dias, los memorables sitios de la ciudad heróica, constituyen indudablemente los mas preciados laureles de su imperecedera diadema.

La perfidia francesa habia triunfado en Madrid.

El 2 de mayo de 1808, Napoleon arrojó la máscara con que se encubria y mostró á la nacion la suerte que la reservaba.

Y el pueblo español, abatido, enervado, sin direccion, sin fuerzas, aceptó el reto que tan audazmente acababa de hacérsele.

Y cada hombre fue un soldado, y cada soldado un capitan, y cada casa un fuerte, y cada fuerte una fortaleza inexpugnable.

A falta de murallas, habia nobles pechos que resistian el formidable empuje de las aguerridas huestes del soldado de las Pirámides.

A falta de armas, habia sobra de valor para arrebatárselas al enemigo.

Y la guerra de exterminio, sin tregua, sin cuartel, encarnizada, sangrienta, quedó declarada entre un pueblo inerme y sin recursos y un atrevido conquistador que improvisaba ejércitos al mágico esfuerzo de su voluntad.

Zaragoza no pudo resistir al grito de libertad é independencia que acababa de resonar de un extremo á otro de la Península.

Agítanse las masas, piden armas, niégalas el general Guillelmi y es arrestado por el pueblo que le conduce prisionero al castillo de la Aljafería.

Al dia siguiente ya tenian los zaragozanos su caudillo.

Palafox, el hijo menor del marqués de Lazan, acababa de llegar huyendo desde Bayona, ansioso de compartir la suerte de sus conciudadanos.

Inmediatamente organízanse las masas, y se hacen aprestos para el combate.

Lefèvre acaba de apoderarse de Tudela y Tarazona, y se adelantaba hácia Zaragoza.

Los visoños soldados empéñanse en cerrarle el paso.

Los campos de Alagon fueron testigos del descalabro de las inexpertas huestes.

Mas rehechas en Zaragoza, esperan con impaciencia el momento en que las águilas francesas se presenten ante los muros, formadas en otro tiempo por las águilas romanas.

Y llegó el momento. Lefèvre avanzó, sonriendo con desprecio, para retroceder lleno de cólera.

Los zaragozanos habian vencido.

Hé aquí el manifiesto dado al público al dia siguiente:

«Aragoneses: Vuestro heróico valor en defensa de la causa mas justa que puede presentar la historia, se ha acreditado en el dia de ayer con los triunfos que hemos conseguido. El 15 de junio hará conocer á toda Europa vuestras hazañas, y la historia las recordará con admiracion. Habeis sido testigos oculares de nuestros triunfos y de la derrota completa de los orgullosos franceses que osaron atacar esta capital. Setecientos muertos, un número considerable de heridos, treinta prisioneros, y muchos desertores que se han pasado á nuestras banderas son el fruto de su temeridad. Hemos tomado seis cañones de batallon, seis banderas y una caja de guerra, varios caballos, fornituras y armas, y no debemos dudar en que el ejército que ha entrado en Aragon espiará sus crímenes y quedará deshecho.—Continuad, pues, valerosos aragoneses, con el ardor y noble espíritu de que estais animados. Ved la heróica conducta de las zaragoza-

nas, que inflamadas todas del amor á su Patria, su Rey y su Religion, corren presurosas á prestaros todo género de auxilio. En breve se os agregará un sinnúmero de tropas veteranas, que envidiosas de vuestras glorias y deseosas de tener parte en ellas vienen corriendo á marchas dobles.

«Mientras tanto, vosotros todos, clero, comunidades, madres de familia y demás ciudadanos, que ya, concurriendo personalmente al combate, ya proveyendo de todo á vuestros conciudadanos, habeis contribuido tan eficazmente á conservar la capital de vuestro reino y la dignidad de la nacion; seguid fervorosos vuestras oraciones al Todopoderoso, é interponed la mediacion de su augusta y santísima Madre del Pilar; nuestra protectora, para que bendiga nuestras armas y afiance nuestras victorias, exterminando del todo al ejército francés.»

Lefèvre estaba absorto.

Habia dicho que entraria en la ciudad á pesar de los estúpidos paisanos que la defendian, y no solamente no habia podido conseguirlo, sino que habia sido derrotado.

Y sus parlamentos, intimando la rendicion, eran contestados por el «Zaragoza no sa-«be rendirse,» del inflexible Palafox.

Un dia trató el francés de aprovecharse de la explosion del almacen de pólvora establecido en el Seminario.

Pero los zaragozanos, sin arredrarse ante el cuadro de desolacion que semejante hecho ofreció á su vista, corren á las trincheras y rechazan al enemigo.

El siguiente documento se publicó á continuacion de este suceso para calmar los ánimos sobrecogidos por semejante catástrofe.

«Zaragozanos: Vuestro celo por la causa de la Religion, de la Patria y del Rey, de que habeis dado pruebas tan repetidas, ha podido exaltarse en los primeros momentos de los incidentes de esta tarde, inseparables de las ocurrencias de la guerra, pero despreciables por sus resultas, supuesta la abundancia de pólvora de que estamos surtidos. La suprema Junta, cuanto se complace é interesa en ver los patrióticos sentimientos y tranquilidad pública; otro tanto espera de vuestra sumision y deferencia á las leyes y autoridades constituidas que, penetrados todos del ardor y vigilancia de estos magistrados, depositarios de vuestra confianza, en cuyas manos habeis puesto la salud de la patria, oiréis dóciles sus voces paternales, entraréis tranquilos en el seno de vuestras familias, acudiréis puntuales á vuestros talleres y ocupaciones diarias, persuadidos de que esta Junta ha tomado las mas vivas y enérgicas providencias para que el enemigo, aun cuando atrevido é inhumano, quiera aprovecharse de esta catástrofe, no logre el fruto de sus bárbaras tentativas; asegurándoos, que en el momento en que sea necesario vuestro valeroso esfuerzo, os llamará á nombre de la patria, á que tengais parte en los laureles que la justicia de nuestra causa, la proteccion de Dios y de su Madre santísima, y vuestro valor á toda prueba prepara á los aragoneses en accion tan gloriosa.

«El órden, la subordinacion, la fraternidad, y una union íntima de sentimientos nos ha de producir y proporcionar incalculables ventajas. La posteridad admirará el valor que desplegásteis en las críticas circunstancias del dia 15, y contemplará con res-

peto la serenidad de ánimo que la Junta os encarga y exige en las tristes ocurrencias del 27 de junio. Corresponded á tan lisonjeras esperanzas y no temais á los enemigos. El ciudadano virtuoso viva tranquilo en medio de su familia, y el culpable tiemble á vista de la espada de la justicia, que sin remedio va á descargarse sobre su cabeza.—Zaragoza 27 de junio de 1808.—El marques de Lazan.»

Pero si grande era la decision de los zaragozanos no era menor la de los franceses, que irritados ante una resistencia, á que no estaban acostumbrados, renovaban sin cesar sus ataques.

Mas donde los muros se derrumbaban al empuje de los proyectiles, aparecian los pechos de los valientes hijos de Zaragoza.

Donde faltaban los hombres para servir las piezas de artillería aparecia una *Agustina de Aragon* que barria las espesas filas francesas con la metralla de la pieza que servia.



La heroina de Zaragoza.

Lefèvre no sabia qué hacer.

Sus soldados sucumbian y Zaragoza seguia resistiéndose.

Arrepentíase de sus imprudentes frases, arrepentíase de haber tratado de apoderarse de aquel pueblo de héroes con un puñado de soldados, y no tuvo mas remedio que abatir su orgullo y demandar refuerzos.

Verdier acudió en su ayuda.

Fuerzas considerables llegaron en auxilio de la hueste sitiadora.

Mas no por eso se entibió el ardor de los defensores de Zaragoza.

Por el contrario cobró nuevo brio.

El bombardeo habia comenzado; hundiéndose con estrépito los edificios; pero bajo sus escombros no quedaba sepultada la indómita bravura de sus habitantes.

Y no solamente peleaban los zaragozanos detrás de sus trincheras.

En sus frecuentes salidas, llevaban el espanto y la confusion entre los soldados de Austerlitz y Jena.

Hé aquí un parte diario de operaciones, escrito por uno de aquellos valientes, en el cual están magistralmente descritos algunos de los sangrientos episodios.

«Excelentísimo señor. —D. Mariano de Renovales, sargento mayor de caballería y comandante de la puerta de Sancho, á V. E. expone: Que en vista de la gacetilla extraordinaria de ayer y que V. E. desea tener una noticia individual de los comandantes de las puertas, expresando los ataques que han sufrido, oficialidad y soldados de su mando que se hayan distinguido, caeria en la nota de omiso y faltaria á los deberes de mi obligacion si no relacionase á V. E. el pormenor de las ocurrencias que ha habido en las puertas de mi mando desde el dia 15 del pasado, en que sufrimos el primer ataque. — Dia 15 de junio. Hallándose los enemigos en la puerta del Cármen y cuartel de caballería, salí por la puerta del Ángel, dí la vuelta al puente de San José, tomé en ella como ciento y cincuenta hombres, paisanos, que voluntariamente me quisieron seguir; dí la vuelta por detrás del olivar á pasar el puente de la Huerva; gané las esquinas de la torre del Pino, y otra que está contigua; se me reunieron otros tantos paisanos de la puerta de Santa Engracia, les rompí un fuego violento por su derecha, hasta que, atropellados por su caballería y artillería nos hicieron retroceder hasta la puerta de Santa Engracia, desde donde los rechazamos al momento con nuestra artillería, y les cargamos en su retirada con dos cañones haciéndoles dejar desde aquel distrito al de Capuchinos tres banderitas, ó guias de línea, un tambor de guerra, cuatro piezas de artillería y cinco prisioneros. En el mismo momento traté de preparar la puerta del Cármen y ponerla en punto de defensa. A la media noche me relevó un capitan por órden del señor teniente de rey, y presentado á dicho señor en aquella misma hora, me mandó fuese de comandante á la de Santa Engracia: me mantuve hasta el dia 19 que me mandó á esta de Sancho, el señor inspector. Estos dos señores saben lo que en aquellas trabajé, y de consiguiente en esta. —Dia 24. A las tres de la mañana fue atacada una descubierta de cincuenta hombres, al mando del sargento primero de fusileros del reino Mariano Bellido, despues de una vigorosa defensa: á las diez de dicho dia fuí reforzado por noventa fusileros, al mando de D. José Laviña y D. Pedro Gambra, quienes los contuvieron y desalojaron de la torre de Santo Domingo; pero viendo el enemigo retroceder su gente, cargó en mas número sobre estos, durante cuyo tiempo reuní cien hombres del tercio de Tauste, al mando del capitan D. Juan Mediavilla, y con un violento, salí á la cabeza de los nuestros; les contuve el fuego desde las diez hasta la una, que cargando por la izquierda un escuadron de granaderos enemigos, con ánimo de cortarme la retirada, tuve por conveniente usar de ella, habiéndole muerto al enemigo veinte y tantos hombres y porcion de heridos, siendo de nuestra parte la pérdida de cuatro hombres muertos y once heridos. —El 26 á la

una del dia atacó el enemigo por este punto y fue rechazado vigorosamente con los dos cuerpos que guarnecen esta puerta, de fusileros y tercio de Tauste, al mando de sus respectivos oficiales. — La mañana del 1.° del corriente, con la fuerza del bombardeo se vió en el mayor apuro y abandono la puerta del Portillo: me ví precisado á emprender á tiros con los que la guarnecian, para contenerlos y hacerlos volver á su destino: ví quemarse las municiones; acudí á su socorro al momento; llegué á tiempo que iban á clavar la artillería, lo evité con mis artilleros; la proveí de provisiones; las dejaron quemar segunda vez, y volvieron á quedar faltos de uno y otro: los volví á proveer de artilleros y municiones que ya yo habia reunido de los dispersos personalmente y conducido, usando ambas veces de todo el rigor: cuando llegaron los oficiales de Barcelona, ya estaba en órden la batería y mitigado el fuego del enemigo.—Dia 2. A las dos y media de la mañana fuí atacado por el enemigo intrépidamente por el frente é izquierda, hasta tiro de pistola de nuestra batería, por la oscuridad de la hora; pero el fuego violento de artillería y fusilería de nuestras trincheras los hizo retroceder con la mayor precipitacion, y pérdida considerable de muertos y heridos: sin embargo de la inmensidad de balas, granadas y bombas que el enemigo repartia á esta batería, no causaron mas estrago que herir á dos hombres levemente.—Dia 3. Se presentaron los enemigos á tiro de bala de fusil haciendo señas de que querian hablar; y á la hora de insistir en ello salí al frente, hice señas saliese otro de ellos, como en efecto lo verificó un oficial, y me dijo que queria pasarse una division entera á nosotros; que en consecuencia me traje siete con sus armas, y remití á disposicion de V. E.

«Es muy raro el dia que pasa sin que tenga la gente de mi mando su guerrilla, á causa de la inmediacion de sus emboscadas: se les ha desalojado de varios puestos que ocupaban; los he mandado quemar y arrasar para mayor seguridad y defensa de esta puerta, y si el enemigo quisiese atacar, que sea á cuerpo raso.—Los dos cuerpos, el de fusileros del reino y del tercio de Tauste han trabajado y velado con el mayor celo y entusiasmo, cumpliendo y desempeñando cuantas fatigas se les han confiado. — Los sujetos que se han distinguido con particularidad en los ataques arriba dichos, y no puedo menos de recomendar á V. E. para descargo de mi conciencia, son los siguientes: el subteniente de fusileros D. José Laviña, sobremanera en las acciones y celo: los sargentos primeros del mismo cuerpo Mariano Bellido, sobremanera en acciones y celo: Nicolás Villacampa y Mariano Gonzalez, el cabo José Monclús, idem sobremanera en acciones y celo; y los soldados Paulo Anglada, Bautista Cubils y Francisco Amorós; idem del tercio de Tauste los sargentos Mariano Larrodé y José las Heras; el cabo primero Vicente Ibañez y el soldado Manuel Estariqui: el procurador Fr. Antonio Scurum, del convento de Agustinos descalzos, ha servido y socorrido con mucho celo esta puerta. Dios guarde á V. E. muchos años. — Puerta de Sancho 4 de julio de 1808.—Excelentísimo señor.—Mariano Renovales. — Al Excelentísimo señor Capitan general del reino.»

Los zaragozanos hacian prodigios de valor.

Tras un encarnizado combate el enemigo se apodera del magnífico monasterio de Santa Engracia.

Pero poco tiempo pudo conservar su presa.

Aquel puñado de paisanos hacia temblar á Lefevre y á Verdier.

Y viendo la inutilidad de sus esfuerzos para rendirles y las pérdidas que llevaba sufridas despues de dos meses de inútil sitio y de un bárbaro bombardeo, dieron órden de levantar el sitio, no sin volar antes el grandioso monasterio de Santa Engracia, rico monumento erigido por el *Católico* rey D. Fernando.



Monasterio de Santa Engracia.

XCI.

Segundo sitio de Zaragoza.

No era posible que el vencedor de la Europa, aquel soldado fundido para la guerra segun la feliz expresion de un malogrado poeta contemporáneo, perdonara la afrenta recibida.

Sobrado que lo sabian los zaragozanos, y mientras Napoleon preparaba nuevas huestes que arrojar sobre la reina del Ebro, ellos preparábanse tambien á resistir.

Un dia presentáronse por el puente de la Muela y por el camino de San Lamberto, algunas avanzadas enemigas.

Inmediatamente llamóse á los ciudadanos á las armas, dióse permiso á los ancianos, á las mujeres y á los niños, para que abandonaran la ciudad, y bien pronto dieron comienzo de nuevo aquellos ataques tan furiosamente dados, y con tan doble furia rechazados tambien.

Diez y seis mil infantes y ochocientos caballos habia en la ciudad, y con esta fuerza creyéronse invencibles los zaragozanos.

Las sesenta piezas de artillería francesa, comenzaban á vomitar el mortífero hierro sobre la ciudad invicta.

Pero los defensores sabian ya lo que eran los proyectiles que aquellas lanzaban: impertérritos veian la destruccion que sembraban, y continuaban rechazando el enemigo con un valor superior á todo elogio.

Multiplicábanse los ataques, volábanse edificios, intentábanse sorpresas, pero nada bastaba á abatir el indomable espíritu de los zaragozanos, ni á cogerles desprevenidos.

Luchábase cuerpo á cuerpo, y cuando los combates terminaban, aquel mismo pueblo que tan terrible acaba de mostrarse ante su adversario, humilde y contrito acudia á prosternarse á los piés de su Patrona.

Y sucedia muchas veces que tenian que abandonar el templo para acudir á la trinchera; pero siempre se le hallaba alegre, decidido, resuelto y sufrido.

Los franceses hubieron de comprender que con semejante pueblo no habia términos medios posibles.

Era necesario ó destruirle, ó quedar para siempre cubiertos de ignominia.

Entonces enviaron un parlamentario á Palafox.

—*No sé rendirme: despues de muerto hablarémos de eso.*—Contestó el valiente general, y sus frases grabólas en letras de oro la historia.

Y el combate volvió de nuevo á encarnizarse.

En aquellos momentos aparece una nueva heroína.

La debilidad de su sexo está compensada con lo varonil de su corazon.

Manuela Sancho, tomó á su cuidado el servicio de un mortero, y aquellos soldados acostumbrados á vencer en las Pirámides, en Marengo y Austerlitz, quedan inmóviles y empiezan á vacilar ante aquella ciudad, que por muros llega á oponerles ya el pecho de sus mujeres.

El bombardeo comienza; derrúmbanse los edificios, los insepultos cadáveres muestran entre las ruinas sus mutilados restos; un hálito infecto empieza á viciar la atmósfera; desarróllase la peste, y aquellos valientes zaragozanos, á quienes el hierro enemigo no puede arrebatar la vida sucumben ante los pestilentes miasmas que envenenan su sangre.

Mas no por esto se desalientan.

Por el contrario; con nuevo ardor y con violencia nueva, apodéranse de sus armas y corren á la brecha abierta por el cañon francés en el fortin de San José.

Muralla humana oponen á la derruida de cantería, y el enemigo, hacinando montones á montones de cadáveres, retrocede de nuevo.

Una noche suspendióse el combate; cesó de resonar aquel mortífero fuego, y Zaragoza extremecida de placer, exhaló su alegría entre músicas y luminarias.

Pero el enemigo, irritado ante aquel sarcasmo lanzado sobre su frente, corre á las trincheras, y los alegres acordes de las músicas vénse de súbito interrumpidos por el zumbido del cañon.

Pero Zaragoza no se rinde todavía.

Al saber que el enemigo se vengaba acuchillando á indefensos habitantes del campo, é incendiando poblaciones como Leciñena, abandona sus murallas, llega hasta su campo, y con una audacia inconcebible y un valor puramente homérico, regresa triunfante á sus hogares, despues de haber dejado clavados sus cañones.

De nuevo preséntase un parlamentario en la ciudad, y nuevamente el, *Zaragoza no sabe rendirse,* fue la contestacion que obtuvo (1).

(1) He aquí las intimaciones para su rendicion, hechas al valiente general Palafox.

Intimacion del mariscal Moncey al capitan general Palafox.

En la mañana del dia 2 de diciembre de 1809 se presentó delante del reducto del Pilar, por el camino que bajaba de Monte Torrero, un oficial parlamentario enviado por el mariscal Moncey, á tiempo que el general Palafox, á quien seguia un inmenso gentío, iba recorriendo los trabajos que, con increible actividad se hacian en aquel punto. El general dispuso se le recibiese; y habiendo entrado en el reducto con las precauciones acostumbradas, y entregado los pliegos, se le condujo con igual reserva al cuerpo de guardia de la puerta cercana de Santa Engracia. Lleno de enojo Palafox, á vista de tan prematura y ofensiva intimacion, prorumpió con indignacion: «¿Cómo...? ¿capitular...? ¿entregar la ciudad al enemigo...? Despues de muerto se hablará de eso. Zaragoza no sabe transigir con los tiranos; detesta la esclavitud... ¿No es así, aragoneses?» dijo volviéndose á los que le rodeaban. «Sí, señor, sí; vencer ó morir; — respondieron todos, vibrando fuego por sus ojos.—¡Viva Fernando VII! ¡Viva España! ¡Muera el tirano!»

La intimacion se hallaba concebida en estos términos:

«Al excelentísimo señor Capitan general de las tropas españolas, y á los magistrados de la ciudad de Zaragoza.— Señores: La ciudad de Zaragoza se halla sitiada por todas partes, y no tiene ya comunicacion alguna. Por tanto podemos emplear contra la plaza todos los medios de destruccion que permite el derecho de la guerra. Sobrada sangre se ha derramado, y hartos males nos cercan y combaten. La quinta division del grande ejército, á las órdenes del señor mariscal Mortier, duque de Treviso, y las que yo mando amenazan los muros. La villa de Madrid ha capitulado, y de este modo se ha preservado de los infortunios que le hubiera acarreado una resistencia mas prolongada.

«Señores: La ciudad de Zaragoza, confiada en el valor de sus habitantes, pero imposibilitada á superar los medios y esfuerzos que el arte de la guerra va á reunir contra ella, si da lugar á que se haga uso de ellos, será inevitable su destruccion total. El señor mariscal y yo creemos que Vmds. tomarán en consideracion lo que tengo la honra de exponerles, y que convendrá con nosotros el mismo modo de pensar. El contener la efusion de sangre y preservar la hermosa Zaragoza, tan estimable por su poblacion, riquezas y comercio, de las desgracias de un sitio y de las terribles consecuencias que podrán resultar, serian el camino para grangearse el amor y bendiciones de los pueblos que dependen de Vmds. Procuren Vmds. atraer á sus conciudadanos á las máximas y sentimientos de paz y quietud; que por mi parte aseguro á Vmds. todo cuanto puede ser compatible con mi corazon, mi obligacion y con las facultades que me ha dado S. M. el Emperador. Envio á Vmds. este despacho con un parlamentario, y les propongo que nombren comisarios para tratar con los que yo nombraré á este efecto.»

Contestacion.

«Señor mariscal: El general en jefe del ejército de reserva responde de la plaza de Zaragoza. Esta hermosa ciudad no sabe rendirse. El señor mariscal del Imperio observará todas las leyes de la guerra, y medirá sus esfuerzos conmigo. Yo estoy en comunicacion con todas las partes de la Península, y nada me falta. Sesenta mil hombres resueltos á batirse no conocen mas premio que el honor, ni yo que los mando; tengo esta honra, que no cambio por todos los imperios. S. E., el mariscal Moncey, se llenará de gloria si observando las nobles leyes de la guerra me bate; no será menor la mia si me defiendo. Lo que digo á V. E. es que mi tropa se batirá con honor, y que desconozco los medios de opresion que aborrecieron los antiguos mariscales de Francia. Nada le importa un sitio á quien sabe morir con honor, y mas, cuando conozco ya sus efectos en sesenta y un dias que duró la vez pasada. Si no supe rendirme entonces con menos fuerzas, no puede V. E. esperarlo ahora cuando tengo mas que todos los ejércitos que

Tamaña resistencia excitó en un grado poderoso la cólera de sus contrarios.

Con terrible saña dieron comienzo al combate.

El hierro y el plomo hicieron su destructor oficio, y bien pronto las columnas de asalto lanzáronse sobre los aportillados muros.

La campana de la Torre Nueva anunció el inminente peligro, y los zaragozanos corrieron á contrarestarle.

Horrible fue la matanza.

Las casas, las calles, los tejados, fueron teatro de continuos dramas, de patéticas escenas, de rasgos de valor y de ferocidad.

Pero el enemigo hubo de retroceder.

Las sombras de la noche se disiparon ante los rojizos resplandores del incendio.

me rodean. La sangre española vertida nos cubre de gloria, al paso que es ignominiosa para las armas francesas haberla vertido inocente. El señor mariscal del Imperio sabrá que el entusiasmo de once millones de habitantes, no se apaga con opresion, y que el que quiere ser libre lo es. No trato de verter la sangre de los que dependen de mi gobierno; pero no hay uno que no la pierda gustoso por defender su patria, y que no desee ocasiones de desplegar su valor. Ayer las tropas francesas dejaron á nuestras puertas bastantes testimonios de esta verdad, no hemos perdido un hombre, y creo poder estar ya mas en proporcion de hablar al señor mariscal de rendicion, sino quiere perder todo su ejército en los muros de esta plaza. La prudencia que le es tan característica, y le da el nombre de bueno, no podrá mirar con indiferencia estos estragos, y mas cuando ni la guerra, ni los españoles los causan ni autorizan. Si Madrid capituló, Madrid habrá sido vendido, y no puedo creerlo; pero Madrid no es mas que un pueblo, y no hay razon para que este ceda. Solo advierto al señor mariscal, que cuando se envia un parlamentario no se hacen bajar dos columnas por distintos puntos, pues se ha estado á pique de romper el fuego, creyendo ser un reconocimiento mas bien que un parlamento. Tengo el honor de hablar al señor mariscal con el único lenguaje que conozco, etc.»

Segunda intimacion.

El mariscal Lannes, duque de Montebello, tomó el mando del ejército sitiador en el dia 21 de enero de 1809; y en el 25 dirigió al general sitiado Palafox un pliego, con un parlamentario, cuyo contenido era el siguiente:

«Señor general: El amor á la humanidad me obliga á intimar á Vmd., rinda la plaza si no quiere verla reducida á cenizas. Ya puede haber observado que tengo diez veces mas fuerza de la que se necesita para el asalto. En dos palabras voy á decir á Vmd. la situacion en que se halla. Vmd. habia armado algunos millares de paisanos que han sido muertos ó prisioneros entre Pina y Perdiguera, huyendo los restantes á la montaña. Los ingleses han huido precipitadamente, y se han embarcado en la Coruña, dejando siete mil prisioneros y tres mil caballos. Las tropas del marqués de la Romana se han rendido al ejército del Emperador, con sus generales al frente, y el marqués de la Romana se ha escapado con los ingleses. El duque del Infantado fue batido en Uclés el 13 del corriente por la division del general Victor, perdiendo diez y ocho mil hombres y cuarenta y dos banderas. Todo cuanto digo á Vmd. es la pura verdad, y se lo aseguro á fe de hombre de bien. Si á pesar de esta exposicion persiste Vmd. en defender la plaza, será muy reprensible; considere que sus cien mil habitantes serian la víctima.—Cuartel general delante de Zaragoza 25 de enero de 1809.»

Respuesta.

«Señor general: El árbitro de los cien mil habitantes que encierra esta ciudad, no es el mariscal Lannes. S. E. se cubriria de gloria si se apoderase de ella cuerpo á cuerpo y con la espada, y no con bombas y granadas, que solo aterran á los cobardes. Conozco el sistema de guerra que sigue la Francia, y la España la enseñará á batirse con honor. Esta ciudad sabrá cubrirse de gloria sobre sus propias ruinas; mas el general de Aragon ni teme, ni se rinde».

Pero lo que la historia señalará en todos los siglos como la norma de heroismo mas sublime, y que sin duda causará hasta en los ánimos mas estóicos la sensacion mas admirable, será la numantina contestacion del general Palafox á la lacónica intimacion que en 4 de agosto de 1808, esto es, en el mayor conflicto del primer asedio, le hizo el general sitiador Lefevre.

INTIMACION DE LEFEVRE.

Cuartel general de Santa Engracia.

«Paz y capitulacion.»

Contestacion inmediata de Palafox:

Cuartel general de Zaragoza.

«Guerra y cuchillo.»

Una bomba habia prendido fuego al magnífico palacio de la Audiencia.

¡Digna antorcha de un teatro de desolacion y estrago!...

Los franceses permanecieron posesionados de algunas casas, desde las cuales procuraron distintas veces penetrar en las huertas de los conventos vecinos de San Agustin y las Mónicas.

Mas allí estaban los decididos defensores.

«Vencer ó morir,» era su divisa, y supieron morir ya que no pudieron vencer.

El enemigo, en vez de aquellos dos conventos tan codiciados, solo pudo coger vastos montones de humeantes ruinas, entre las cuales sobresalian mutilados miembros é inertes restos de sus defensores.

Casa por casa, palmo á palmo se disputaba el terreno, y si bravos eran los soldados de Napoleon, mas bravos todavía mostrábanse aquellos improvisados soldados de la libertad y de la independencia.

Saltando sobre montones de escombros y dejando lleno de cadáveres el terreno que ocupaban, iba, aun cuando trabajosamente, avanzando el francés y luchando heróicamente, cayendo exánime sin volver el rostro al enemigo, iba aunque muy lentamente, retrocediendo el zaragozano.

Hubo momentos que la lucha fue general.

Las masas contrarias, precedidas del hierro destructor, y alumbradas por los incendios de templos y palacios, atacaron por distintos puntos á la vez.

Y para que no se juzgue exagerado cuanto decimos, escuchemos á los mismos oficiales franceses ocuparse de las formidables defensas de Zaragoza y del valor de los aragoneses, así como tambien de los infinitos obstáculos que hubieron de vencer.

Dice así Daudevard en una de sus cartas de 1.° de enero de 1809:

«El ataque del dia 21 se combinó, segun creo, en esta forma: La division Gazan recibió en Tudela la órden para pasar á la izquierda del Ebro, y la de Suchet para avanzar á Zaragoza. El mariscal Mortier que iba con ella tenia el 13 su cuartel general en Alagon. El 20 llegó á Uteba, y el 21 se arrimó á la ciudad. Despues de hacer algunos reconocimientos, se situó en los olivares inmediatos al convento de San Lamberto, apoyando su izquierda en el Ebro y la derecha con el tercer cuerpo. Tuvieron algunas escaramuzas, y se replegaron las avanzadas. El tercer cuerpo siguió por la derecha del canal Imperial, superando el Huerva desde el punto que ocupaba la primera division del quinto, hasta la ribera derecha del Ebro. Tal fue la direccion de los dos mencionados cuerpos para caer sobre Zaragoza. La division Gazan se encaminó por Tauste á la villa de Zuera, y el cuartel general pernoctó el 20 en Villanueva, distante unas tres leguas de Zaragoza, poniéndose en marcha la mañana del 21. El general tenia sin duda órden de atacar sin demora, y por ella no pudo cerciorarse del terreno, ni de las posiciones y medios de defensa del enemigo. Debia atacar el Arrabal para tomarlo á la primera embestida, pero debia esperar igualmente que rompiese el fuego en la derecha para atacar á Torrero, aunque era mas importante el ataque de la izquierda. El punto de Torrero podia defenderse, y quizás con otras disposiciones se hubieran podido hacer prisioneras á las tropas que lo guarnecian; pero se salvaron, y por aquella parte quedó

todo concluido. Ocupada por consiguiente la Casa blanca, avanzaron hasta la torre de la Bernardona, y ya no ocurrió nada de particular. Pasemos ahora á referir lo que ocurrió á la izquierda. El general Gazan hizo avanzar al 10.° de húsares de vanguardia por las inmediaciones ó pendientes de las colinas. El coronel Briche que la mandaba destacó algunos piquetes, que al momento dieron con las centinelas enemigas. Los que guarnecian los sitios avanzados se retiraron á nuestro arribo, y se replegaron hasta las inmediaciones de la ciudad. La division hizo alto en los montes de Juslibol, y se atacó la columna por regimientos. Por de pronto se empeñó la primera brigada, y luego la segunda, á excepcion del batallon 103 que se quedó de reserva. Tomada la torre de Lapujade, avanzaron los cazadores hasta la línea en que el enemigo tenia sus atrincheramientos: reconocieron un gran reducto que cortaba el camino y la línea que á derecha é izquierda habian formado, y algunas de las casas ó torres que era indispensable ocupar, y se conoció la inexactitud de los datos que se habian dado. Apoderados de los primeros reductos y mencionados edificios, llegaron las tropas hasta ponerse bajo el fuego de las casas avanzadas de los arrabales y puestos que formaban su segunda línea; pero se tropezó aun con nuevos fosos, muros y reductos que superar. La proximidad de la noche, la precipitacion de la marcha, cubiertos los primeros reductos de cadáveres, que las fuerzas del enemigo eran de consideracion, que se descubria una nueva línea de reductos que era preciso tomar, unido á la extension del Arrabal, y suponiendo que cada casa, aun cuando se entrase en él, seria una nueva fortaleza; todo esto contribuyó para que el general abandonase la empresa, pues de continuarla hubiese perecido la mitad de la division sin conseguir el objeto. Efectivamente, la primera brigada, experimentó una pérdida horrorosa, especialmente del 21. Se condujeron los heridos á Juslibol y la restante tropa tuvo que acamparse en la misma posicion que habia tomado por la mañana. En esta jornada perdimos seiscientos cincuenta soldados, veinte y ocho oficiales y dos jefes de batallon, entre muertos y heridos. El cuartel general se estableció en Villanueva. Si se reflexiona sobre el modo con que este ataque se ha combinado, se conocerá que, no habiendo defendido el enemigo la posicion de Torrero, debian haberse dirigido otros ataques por aquella parte sobre la ciudad para continuar la diversion, porque, viendo no les incomodaban por aquel lado, y suponiendo que, habiendo atacado aquella altura tanta gente, seria mayor la fuerza que venia por la parte del Arrabal, á causa de ser una empresa mas árdua, reforzaron este cargando fuerzas extraordinarias; por manera que, con menos de veinte y siete mil hombres atacamos á mas de veinte y siete mil perfectamente atrincherados y con mucha artillería. Si se hubiese conocido el terreno se habria atacado vigorosamente por la izquierda, y tambien por el convento de Jesús y luego al de San Lázaro, que estando inmediato al puente hubiera proporcionado cortar la comunicacion, y apoderarse enteramente del Arrabal.»

. . . . . .

Los valientes aragoneses, extenuados ya por la fatiga, diezmados por la peste, hallaban todavía firmeza en sus corazones para rechazar al invasor, para luchar, para contenerle en su movimiento de avance.

Y llegaba la noche, y al estruendo del cañon y al desplome de los edificios, sucedia la quietud y el silencio.

Quietud y silencio, turbado solamente por el gemido de agonía del moribundo ó por el ¡ay! desgarrador de la madre, de la hija ó de la esposa, que tropezaba con el cadáver del hijo, del padre ó del esposo.

Pero bien pronto tornaba á encenderse el hornillo del combate.

El abrasado proyectil, describiendo una elipse gigantesca, derrumbaba un edificio, silbaban las balas y la metralla; resonaban los clarines, mezclávanse las voces de entusiasmo con las imprecaciones de cólera y los lamentos de dolor; el sonido del bronce de las campanas uníase al ronco estampido del cañon, y el humo, el polvo, la sangre, las llamas, envolvian en terrible nube á la heróica ciudad.

Un dia, encuéntranse ya mezclados en el ancho Coso aragoneses y franceses.

Las armas de fuego son impotentes para servir á la rabia que acosa á entrambos bandos.

Brilla á la luz del dia el arma blanca y la matanza comienza.

¡Qué horrible es un combate así!

El contrario se abraza con el contrario, búscanse recíprocamente un flanco para introducir la mortífera arma, ahóganse las respiraciones, hasta que por fin ambos caen á tierra, tal vez muerto el uno, tal vez moribundo el otro.

El mismo Daudevard, dice en otra de sus cartas insertas en el «Diario de los Sitios de Zaragoza que lleva la fecha del 23 de Febrero:

. . . . . .

«Al amanecer, dice, se pusieron las tropas sobre las armas y se colocaron en las trincheras. El ataque principal debia darse por la izquierda, desde el camino de Barcelona, entre los costados del convento de Jesús. A la derecha del caminó se habia abierto una ligera zanja, con el fin de aproximarse á un gran reducto que los sitiados habian construido. Nuestros fuegos se dirigian indistintamente sobre el Arrabal para desalojar de él á los habitantes, y hacer callar los de sus baterías. Se asestaron cuatro grandes morteros contra el suntuoso templo de Nuestra Señora del Pilar, y seis piezas de á veinte y cuatro, que hacian fuego sobre la ribera del puente. Guarnecidos los conductos ó zanjas y todo dispuesto, rompió á la vez el fuego de las baterías, y continuó á discrecion. Sesenta bocas lanzaban cási á un tiempo sobre los arrabales, aterrando el ánimo de los españoles, la desolacion y la muerte. No es fácil describir con exactitud esta escena. Figúrese uno estar sentado en un dia tempestuoso sobre las nubes que despiden el trueno, y que allí cercano oye las redobladas sacudidas del rayo; y apenas podrá formar una idea muy débil de aquel horrible y majestuoso estruendo. Ya se percibian los tiros secos de los cañones, ya el sonido agudo de los morteros, ya el silbido de los obuses de la plaza, ya el esparcimiento de la metralla, ya las bombas estallando con un ruido espantoso é incendiando los edificios. La diversidad de los sonidos, la idea de la muerte que cada extrépito excitaba, la densidad del humo, el olor de la pólvora, las llamas de las casas incendiadas, los ayes de los heridos, la vista de los cadáveres; todo formaba en aquellos momentos un espectáculo imponente y terrible.

El horror lo aumentaba el silencio que en algunos intervalos se notaba, y formaba un contraste con el estrépito que hacia temblar la tierra. Esta música infernal, pasada la primera sensacion, producia en medio del espanto un no sé qué en los oidos del soldado, que exaltaba su corazon guerrero y acrecentaba su valor. Este fuego duró solo dos horas y media. Comenzaron á avanzar los tiradores, y el fuego enemigo que habia obrado con viveza, cesó igualmente. Mi batallon debia marchar á las órdenes del capitan Clergé que mandaba los zapadores de nuestro cuerpo. Avanzamos por compañías, y nos apoderamos de un reducto que habia al extremo izquierdo, aunque con bastante pérdida, porque teníamos que sufrir el fuego de la ribera opuesta, junto á una casa cuyas tapias fue preciso derribar para ir á la inmediata, y de allí pasar á un molino de aceite en el que murieron bastantes españoles, y tambien de los nuestros. Para que se forme idea del carácter de firmeza y exaltacion de los españoles, diré que, habiendo hecho prisionero en esta casa á un jóven que nunca habia servido hasta aquellas ocurrencias, se le observó tal calma y entereza á pesar de verse rodeado de cadáveres de sus compañeros, en un momento en que pudo ser muerto á bayonetazos, que lo hallamos comiendo unos peces que traia en el bolsillo. En seguida se dirigió con ademan brusco á un oficial á quien secamente pidió que mandase le devolvieran el capote que le habia cogido un soldado, y que si no se quejaria al general. Sostenidos siempre por la artillería, fuimos avanzando de casa en casa, por unos pasos tan estrechos que dos fusiles encarados bastaban para contenernos. En prueba de ello voy á referir un hecho que heló la sangre de mis venas, y hará ver de lo que depende á veces nuestra existencia. Habiendo llegado á una puerta estrecha que daba á un corredor, fuimos detenidos por dos españoles que, situados á derecha é izquierda tiraban oblícuamente, cruzando sus fuegos. ¿Qué hombre osado se hubiera atrevido á pasar el primero? Coloqué mis soldados en igual forma, y de una y otra parte se meditaba cómo matar al enemigo. Los tiroteamos bastante rato inútilmente, cuando apareció Mr. Bonard, oficial del regimiento, que, habiendo hallado salida por lo alto de la casa, bajó al corredor en que estaban los españoles, los cuales creyendo que venia mas gente huyeron por el otro extremo. El humo nos impidió ver su fuga, y avanzándose el oficial para incorporarse con nosotros, creyendo los soldados seria español se prepararon para tirarle. Uno de ellos apunta, sale fogon, y reconoce al oficial que no habia podido ver por el mucho humo. Aseguro experimenté una conmocion difícil de explicar, y no pude menos de admirar el modo con que se salvó cási milagrosamente, pues aquel soldado habia tirado treinta fusilazos y solo aquel le faltó. Era preciso romper los tabiques y tapias cuando no se hallaba salida, y así fue como salvamos las baterías enemigas y dejamos inutilizada toda su línea de defensa, hasta llegar al convento de San Lázaro, que está á nuestra izquierda, junto al puente de Piedra. El capitan Clergé lo dirigió todo con una calma que no podia menos de comunicarse á los demás, y que es la prueba del verdadero valor. Todo esto lo ejecutaron las tres primeras compañías de mi batallon; luego vino á reforzarnos otra, y despues una del 28.° Resolvimos romper la pared de la iglesia para entrar en ella, y desde la bóveda nos hirieron muchos soldados. Nada hay mas peligroso que este modo de hacer la guerra por los edificios. De todos

lados nos hacian fuego. Nos tiroteábamos en los aposentos, en las puertas, en las escaleras, y así fuímos recorriendo el convento. Al salir de la iglesia vimos una mujer que con un niño en los brazos bajaba la escalera, y apenas concluyó cayeron ambos traspasados de las balas que unos y otros tiraban incesantemente. La humanidad nos abandona en semejantes casos. Con el ardor de la lucha, apenas hicimos alto en aquel espectáculo. Al salir del convento hallamos, como en otros parajes, un cañon de corto calibre en la calle, y lo recogimos. Descubrimos la cabeza del puente, y avanzamos seis ó siete oficiales. Luego nos siguieron los soldados, y comenzamos á atrincherarnos con sacos de tierra, formando una muralla para libertarnos de la metralla que despedian dos piezas colocadas sobre la puerta del Angel. Desde aquel momento quedamos ya dueños del Arrabal. Apenas hallamos gente en las casas; pero divisamos por la ribera una muchedumbre de soldados y paisanos que no habian podido pasar el puente, arrojados sobre la derecha por nuestra tropa. De estos rindieron las armas á nuestra primera brigada como tres mil hombres. Una gran porcion de mujeres y paisanos pasaron en dos barcas al lado opuesto, en el que habia muchos espectadores de nuestro triunfo, y á quienes se tiroteó con viveza. El resultado de esta jornada fue tomar el Arrabal, ocupar diez y seis piezas de artillería, y hacer de tres á cuatro mil prisioneros, no obstante habernos figurado que el enemigo haria mas resistencia, pues habia tropas formadas en batalla en las plazas y puente para rechazarnos. El terror habia llegado á su colmo, bien fuese por los estragos del bombardeo, ó por el modo imprevisto con que se les atacó. Este suceso fue mas brillante por sus resultados que por las dificultades, porque, aunque no carecia de ellas, se disminuyeron por la pericia con que se tomó, destruyendo todos los medios de defensa, y esto sorprendió y confundió al enemigo, en términos, que antes de ponerse á la defensa vió su línea enteramente cortada. Sin duda esperaba un ataque de frente, y entonces hubiese hecho mas resistencia. Esta gloria se debe al general Gazan, pues con menos de seiscientos hombres tomó un arrabal defendido por seis mil y mucha artillería. Dícese que el mariscal Lannes quería se atacase por columnas, lo que hubiera dado al enemigo unas ventajas extraordinarias; y que el general Gazan le repuso lo dejase á su cargo. En estos dos distintos modos de atacar, se percibe la diferencia que hay entre una audacia impetuosa y el valor reflexivo. Nuestra pérdida fue muy considerable, atendido el número, pero corta con respecto á oficiales. Es preciso hacer justicia á nuestros soldados. No se mostraron tan sanguinarios como era de creer, y algunos jefes los reprendieron porque no habian muerto bastantes españoles. En este dia presencié un hecho que no se me olvidará jamás. Cuando la metralla y las balas caian como el granizo sobre la esplanada inmediata al puente, vimos salir del convento de Altabás á una religiosa anciana, la cual se adelantó hácia nosotros con un Crucifijo en la mano. Tendria sobre setenta á ochenta años. Su cabeza cubierta de canas, la calma y serenidad que se descubrian en su semblante, unido al traje religioso en medio de tanto horror y estrago, formaba un contraste sorprendente. Pedia con ademan interesante, pero tranquilo, se la dejase pasar por el puente. Ni hacia caso de la muerte que la rodeaba por todas partes, ni la imponia el estrépito, ni la arredraba la vista de los cadáveres. Parecia sostenida por un poder sobre-

natural. No es fácil concebir la impresion que me hizo esta buena religiosa. La serenidad que se descubria en todos sus ademanes, tenia no sé qué de imponente; y como si estuviese animada de un rayo de la Divinidad, producia una santa sorpresa. Esto prueba la fuerza que tiene la Religion sobre los que la respetan, sin internarse con una criminal curiosidad á querer profundizar sus misterios. La condujeron á presencia del general, y con esto la libertaron del peligro que la amenazaba. Nos relevaron tropas de refresco. Por la mañana, cuando iban á continuarse los trabajos, el general Palafox envió un parlamentario para ganar tiempo, pero se desecharon sus proposiciones. El 20 recorrimos el Arrabal, y se continuaron los trabajos por la ribera del Ebro. Habia dispuestas varias minas para volarlas el dia inmediato, pero felizmente no se realizó porque la Junta envió á capitular á sus diputados. El mariscal Lannes, que no gustaba de dilaciones, les intimó que si la ciudad no se rendia á discrecion iba sin demora á asaltarla. Efectivamente, estábamos ya dispuestos, porque mientras duró el ataque del Arrabal, las tropas de la otra parte habian tomado varias casas hasta las inmediaciones del puente de Piedra, de modo que no habia que hacer otra cosa sino pasarlo para reunirnos; y verificado era consiguiente apoderarnos de la ciudad. El dia 21 habemos ocupado las puertas y los puestos de guardia. La guarnicion ha desfilado por una de ellas, y dejado las armas delante del ejército. Así es como despues de tres meses de sitio, cincuenta y dos dias de trinchera abierta delante de la ciudad, diez en los arrabales y veinte y cuatro combates dentro las casas, se ha rendido por fin esta capital que podia aun habernos entretenido algunos dias. Sin embargo, nos ha obligado á permanecer bajo sus muros tanto tiempo como pudiéramos haber estado bajo las fortificaciones de una plaza de primer órden, y solo se ha sometido en el último apuro. Los habitantes y soldados están medio muertos de fatiga y del peso de las enfermedades. Una epidemia terrible reina en todos los ángulos, y hace perecer diariamente á un gran número; pero no pasemos adelante, y en la inmediata hablaré del Arrabal, de la ciudad y de sus habitantes.»

Apenas se concibe una resistencia tan extraordinaria cual la que Zaragoza estaba haciendo

Desde los balcones, desde las azoteas, desde los tejados, niños, ancianos y mujeres arrojan sobre los soldados, vencedores en cien combates, cuantos objetos á mano encuentran, cuantos objetos pueden causar la muerte.

Pero ¡ay! este era ya el postrer esfuerzo.

El noble, el heróico pueblo desfallecia.

El hambre, la peste, habian conseguido lo que la metralla no pudo conseguir.

La ciudad era un vasto monton de escombros.

De escombros hacinados sobre un osario de héroes.

El mismo general Palafox estaba enfermo.

La peste habia invadido lo que el plomo ó el hierro habia respetado.

Tratóse de capitular, y esta frase exacervaba á los valientes zaragozanos.

Sin embargo, era humanamente imposible hacer mas de lo que se hizo.

Lannes que admiraba el valor de aquellos noveles soldados, que tantas veces

hicieron retroceder viejos aguerridos, supo mostrarse en aquellos momentos cual debia.

El vencido habíase hecho digno de respeto.

Zaragoza se rindió con todos los honores de guerra (1).

Fue su exigencia, y tan natural era, que Lannes la aceptó.

¡Qué cuadro se ofreció á su vista al penetrar en la ciudad!

Sobre ruinas, en medio de una pestilente atmósfera, rodeados de cadáveres, algunos centenares de seres escuálidos, demacrado el rostro, destrozadas las ropas, ennegrecidos por el humo, mostraban á la faz del gran mariscal de Francia todo el dolor, toda la rabia, toda la desesperacion que sentia, por no haber podido impedir su entrada.

Zaragoza sucumbió, pero su gloria era ya tan imperecedera como imperecedera es la historia.

Allí donde se hable de heróicos hechos, Zaragoza figurará siempre entre Numancia y Sagunto.

Con sangre dejó escritos sus hechos, y la sangre de los héroes no se borra jamás.

. . . . . .

Los franceses penetraron en Zaragoza saltando sobre montones de escombros y cruzando por encima de cadáveres.

Y en los primeros momentos hubo atropellos y muertes que los jefes no supieron ó no quisieron evitar, muertes en las cuales lo mismo los escritores españoles que los extranjeros no han podido menos de convenir, aun cuando variando la forma á fin de atenuar algo, los franceses, la vergonzosa marcha que por aquellos hechos caia sobre ellos.

El Sr Alcaide dice en su obra, *Sitios de Zaragoza:* «Como la desastrosa muerte del P. Basilio y del presbítero Sas, ocurrieron en los primeros momentos de la entrada de las tropas francesas, no pudo saberse con certeza el modo con que la ejecutaron. El coronel Marin sienta que los fusilaron sacrílega y atrozmente en el puente

(1). HONROSA CAPITULACION.

Artículo 1.° La guarnicion de Zaragoza saldrá mañana 21 al mediodia de la ciudad con sus armas por la puerta del Portillo, y las dejará á cien pasos de dicha puerta.

Art. 2.° Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas harán juramento de fidelidad á S. M. C. el rey José Napoleon I.

Art. 3.° Todos los oficiales y soldados que habrán prestado el juramento de fidelidad quedarán en libertad de entrar en el servicio en defensa de S. M. C.

Art. 4.° Los que de entre ellos no quisieran entrar en el servicio, irán prisioneros de guerra á Francia.

Art. 5.° Todos los habitantes de Zaragoza y los extranjeros, si los hubiere, serán desarmados por los alcaldes, y las armas puestas en la puerta del Portillo, el 21 al mediodia.

Art. 6.° Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas del Emperador y Rey.

Art. 7.° La Religion y sus ministros serán respetados, y serán puestos centinelas en las puertas de los principales templos.

Art. 8.° Las tropas francesas ocuparán mañana al mediodia todas las puertas de la ciudad, el castillo y el Coso.

Art. 9.° Toda la artilleria, y las municiones de toda especie, serán puestas en poder de las tropas de S. M. el Emperador y Rey, mañana al mediodia.

Art. 10. Todas las cajas militares y civiles (es decir, las Tesorerias y Cajas de regimiento), serán puestas á la disposicion de S. M. C. Todas las administraciones civiles, y toda especie de empleados harán juramento de fidelidad á S. M. C.

Art. 11. La justicia se distribuirá del mismo modo, y se hará á nombre de S. M. C. el rey José Napoleon I.—Cuartel general delante de Zaragoza 20 de febrero de 1809.

de Piedra, arrojando sus cadáveres al Ebro; y Daudevard, en su carta de 30 de febrero de 1809 refiere, «que al primero le arrancaron violentamente de su convento, á media noche, y no se habia sabido mas de él.» «Dícese, añade, que le propusieron debia emplear sus talentos al lado del rey José, y que contestó que su conciencia no se lo permitia, por lo que le mataron á bayonetazos y le arrojaron desde el puente al Ebro. Efectivamente, yo he visto un cuerpo sobre el agua que me aseguraron era el suyo. Esta fue una venganza, tanto mas horrorosa cuanto se habia ofrecido por la capitulacion respetar indistintamente las personas y sus opiniones.» El hecho se ejecutó á sazon que fueron pocos los que pudieron presenciarle, y los primeros rumores se fijaron en que habia sido á bayonetazos por la soldadesca, y que lo habian arrojado al Ebro, lo cual se confirmó mas, porque entrado el dia se divisaron dos cadáveres sobre el agua. El haber dado al P. Basilio y al presbítero Sas la desastrosa muerte que queda referida, fue porque creyó Lannes que Palafox se dirigia en todo por los consejos del primero, y que el segundo era el que con su influencia y valentía sostenia el entusiasmo popular. A este concepto coadyuvaron los espías y militares, especialmente suizos que se pasaban, y lo confirma Daudevard en su carta de 14 de febrero, pues dice: «Todos los que desiertan de la plaza son suizos; apenas se han pasado dos españoles. Ayer llegó á nuestros puntos avanzados una guardia entera de cincuenta hombres, con armas, bagajes y su oficial al frente: nos aseguraron que la ciudad estaba dividida en dos facciones, que los frailes lo dirigian todo, que el general Palafox era un hombre muy amable, querido de los soldados, y que no hacia nada sino por consejo del P. Basilio.» El teniente coronel Caballero dice en su obrita, «que las personas que tenian mas influjo con Palafox, eran el P. Basilio, su compañero Bruton, su secretario el coronel Cañedo, el presbítero Sas, el cura de San Gil, el tio Marin, el botillero Jimeno, el Padre Consolacion agustino descalzo, y el tio Jorge, que siempre estaba en su palacio. Igual suerte hubiera probablemente experimentado el doctor D. Ignacio de Arro, autor de las Instituciones del derecho civil de Castilla, é instruido en literatura, si mas cauto no se hubiera sustraido á las primeras pesquisas, saliéndose de la ciudad al dia siguiente de la capitulacion, disfrazado, segun se dijo, con el traje de un labrador; pues como redactor que habia sido de la *Gaceta*, el mariscal Lannes le consideró como uno de los principales agentes que, por medio de sus escritos, procuraba excitar el entusiasmo de los defensores. La glosa que hizo de su intimacion, fecha 24 de enero de 1809, y algunas otras con que se habia personalizado, debieron influir para dicha medida, pues á pocos dias de haber hecho aquel su entrada, el intendente D. Mariano Dominguez, practicó de su órden vivas gestiones para conseguir un ejemplar de la *Gaceta*, en que se hallaban, y todas fueron inútiles. Lo mas particular es que, aunque en distinto destino, se realizó el pronóstico que hizo en la última sobre el Ducado, pues antes de cumplirse el plazo fue herido de una bala de cañon en una de las acciones de la campaña contra e Austria, y aunque se le hizo la amputacion, falleció á muy pocos dias. Posteriormente ya se ha visto el fin que han tenido todos los ducados, como el de Abrantes, la Albufera, y otros que formó Napoleon para premiar á los generales en la época de sus conquistas.»

Y debe tenerse en cuenta que el aspecto que la ciudad ofrecia, el sufrimiento que en todos los semblantes se veia retratado, la carencia de recursos, los dolores de los huérfanos y de las viudas, y la desolacion y el terror que por todas partes reinaba, debieran haber obtenido un comportamiento mas hidalgo por parte de los vencedores.

Consecuentes en nuestro propósito de consultar mas bien á los escritores franceses testigos oculares de aquellos acontecimientos, que á los españoles que pudieran tacharse de parciales, oigamos al mismo Daudevard á quien hemos citado varias veces, describiendo el cuadro que ofrecia Zaragoza en el momento de verificarse su entrada:

«Paredes, dice, salpicadas de balazos, casas arruinadas por las bombas, otras incendiadas, algunas aisladas por haberse librado de la destruccion, cadáveres que infestaban las calles, unos esparcidos por las escaleras y cuevas, y otros sepultados entre las ruinas, obstruido el tránsito por las zanjas y escombros: tal era el aspecto que ofrecia el Arrabal cuando regresaron sus moradores. Los que quedaron salvos salieron el 21 de la ciudad para restituirse á sus casas. Parecian sombras lívidas que volvian de la mansion de los muertos. Una multitud de gentes de ambos sexos y de todas edades fuéron á reconocer sus habitaciones. El hijo iba apoyado en su madre, que estaba tan débil como él. Jóvenes muy interesantes excitaban con su aire lánguido y moribundo la compasion y el dolor. Este es el espectáculo que presencié. Bien presto se separó cada uno. Quien buscaba su casa entre una porcion de ruinas, quien, arrasados los ojos, contemplaba el sitio que ocupó la suya cubierta de cenizas y despojos; algunos, mas afortunados en medio de la desdicha universal, tenian el consuelo de ver la suya preservada; otro... ¡cómo pintar su desconsuelo! hallaba bajo vigas ó maderos humeantes, ó piedras hacinadas, los cuerpos asesinados de su mujer é hijos. He visto á uno de estos desgraciados que al tiempo de entrar en su casa abierta la puerta, tropieza con el cadáver de su mujer, se detiene, la contempla un momento, y en seguida el alma atravesada de dolor, la envuelve en su capa, la carga sobre sus hombros, y se dirige suspirando á darle sepultura...» Continúa luego la carta hablando de la biblioteca de San Lázaro, y de la entrada del mariscal Lannes. «Antes de que se verificase, dice, era cási imposible recorrer las calles. Reinaba un aire infecto que nos sofocaba. Muchas de ellas estaban llenas de sacos de tierra, maderas y cañones, cerradas con parapetos y con infinitas zanjas. Por todas partes se veian cadáveres de hombres y de animales. En los pórticos de las iglesias estaban hacinados, cubiertos los cuerpos humanos con una sábana atada á los extremos, para sepultarlos en las cisternas ó campos-santos. Todo indicaba que una espantosa epidemia habia despoblado la capital. Los que se libertaron del bombardeo y de la fiebre, flacos, exangües y á manera de espectros ambulantes, salian afanosos al campo para respirar un aire mas puro. Las mujeres no se atrevian á salir. Todos tenian sus puertas cerradas, y solo las abrian con cierto temor. Los cuarteles estaban tan asquerosos que, no pudiendo alojar en ellos á los soldados, se les puso á vivaquear en las calles y plazas. En medio de tan triste expectáculo, muchos monjes y frailes se paseaban con una tez fresca por las calles. Me han asegurado que no han padecido mucho, porque tenian almacenes y espaciosas huertas para tomar el aire, y sitios seguros para libertarse del bombardeo. Se conoce que están muy irri-

tados de nuestro triunfo pues de hecho ha sido para ellos un golpe mortífero. La parte de ciudad que no ha padecido del bombardeo, ha servido de asilo á los que se reconcentraron. En los restantes hay barrios enteros arruinados, y para juzgar de la desolacion del sitio, no hay sino ver lo que ocupó el tercer cuerpo. Allí no hay sino una montaña de ruinas, como si hubiese ocurrido un temblor de tierra.»

XCII.

Honores concedidos á Zaragoza.

El heróico esfuerzo de la noble ciudad, habia llenado de admiracion, no ya á la España entera, que con tanta bizarría estaba luchando, si que tambien á toda la Europa.

Aquellas naciones uncidas al carro triunfal del soldado de Córcega, no pudieron menos de contemplar llenas de asombro á aquel puñado de héroes, que dentro de una ciudad abierta habia hecho frente á las mas lucidas huestes del imperio sabiendo resistir á los mas entendidos mariscales, por espacio de tantos dias (1).

(1) Hé aqui los nombres de las personas que mas se distinguieron en estas memorables escenas, con algunos ligeros antecedentes biográficos.

«El Excmo. Sr. D. José Palafox y Melci, Capitan general del reino de Aragon. Nació en Zaragoza en 28 de octubre de 1775 de D. Juan Palafox y D.ª Paula Melci, marqueses de Lazan. Empezó á servir en 1792: los aragoneses le pusieron al frente de su heróica insurreccion y le proclamaron su capitan general en 27 de mayo do 1808. Mandó en Zaragoza en uno y otro sitio, y rendida la plaza cuando se hallaba cási moribundo del contagio, fue llevado prisionero á Francia en cuyas cárceles estuvo detenido sin comunicacion alguna.

«D. Santiago Sas, zaragozano, beneficiado de Sueca. Arrojado en las empresas y constante en los peligros, siempre fue el primero en los casos difíciles de uno y otro sitio. La puerta del Cármen, el Portillo, la calle de Palomar y todos los puntos de mayor riesgo fueron el teatro de su valor. El 15 de junio y 4 de agosto de 1808, y el 1.° de febrero de 1809, los dias en que mas lo acreditó. Murió alevosamente arcabuceado de órden del feroz Lannes.

«El Tio Jorge, labrador honrado y vecino del Arrabal antes de la revolucion, jefe popular en ella, y uno de los que mas se señalaron por su patriotismo y entereza de carácter: fue hecho capitan de la guardia del General, y murió de resultas de las fatigas y afan continuo que habia sostenido en el sitio en el mes de noviembre de 1808. Tenia entonces cincuenta años. Dióscle sepultura en la capilla de la casa de Lazan.

«D. Mariano Zerezo, labrador, natural de Zaragoza y de la parroquia de San Pablo: fue capitan de una de las compañias populares del mismo barrio, y gobernador del castillo de la Aljaferia que defendió valientemente en el primer sitio. Cnando los franceses penetraron en la ciudad, este valeroso aragonés salia por las noches armado de su espada y broquel haciendo prodigios de valor en las calles donde eran mas grandes el peligro y la refriega. Murió de edad de sesenta y cinco años, á pocos dias despues de haber entrado los franceses en Zaragoza, de resultas de las fatigas que sufrió en el segundo sitio.

«D. Felipe San Clemente y Romeu, natural de Barbastro, vecino y del comercio de Zaragoza: uno de los principales promovedores de la conmocion de esta ciudad; individuo de las dos Juntas supremas de Aragon.

«Miguel Salamero, fabricante de ropas de seda. En la tarde del 7 de agosto de 1808 intentaron los franceses ganar el punto de las monjas de Santa Fe, y colocaron con este objeto un obús á la entrada de la calle del Cármen; pero Salamero, aunque solo, les hizo un fuego tan vivo desde las arruinadas vistas de las monjas, que no les dejó maniobrar; y dando lugar á que acudiesen mas patriotas á aquel punto, los franceses tuvieron que retirar el obús. Fue esta una de las proezas mas señaladas del sitio. Salamero tenia entonces cuarenta y cuatro años; era natural de Zaragoza y de la parroquia de San Pablo.

«La Condesa de Bureta Baronesa de Valde-Olivas, D.ª Maria Consolacion de Azlor y Villavicencio, infatigable y exaltada patriota á quien se vió muchas veces, despreciando el fuego y el peligro, llevar provisiones á los combatientes y socorrer á los heridos. En el asalto del dia 4 de agosto, cuando los franceses habian entrado en la ciudad y su casa estaba ya para ser cortada, formó dos baterias en la calle, y los esperó, resuelta á hacerles fuego hasta morir.

«Agustina Aragon, conocida generalmente con el nombre de la Artillera. En el ataque del 4 de junio, cuando los franceses embistieron furiosamente la bateria del Portillo, Agustina viendo caer muertos ó heridos á todos los artilleros que la servian, trepa denodadamente por encima de los cadáveres, coge la mecha de mano de uno que acababa de espirar y la aplica á un cañon de 24 jurando no desampararle mientras durase el sitio. Este heróico

Y todas envidiaban la gloria de aquella ciudad.

Todas la felicitaban, todas la aclamaban con entusiasmo.

La Europa, encadenada bajo la planta de aquel gigante de hierro, que con el filo de su espada habia cambiado todo su mapa territorial y político, palpitó de gozo al ver, no ya una nacion, sino una ciudad que arruinada, habia sabido hacerse respetar por el que nada habia respetado hasta entonces.

ejemplo alentó á los patriotas que corrieron á la batería y rechazaron de ella á los enemigos. La heroina fue condecorada con un escudo de honor y con las insignias de oficial.

«Casta Álvarez, zaragozana, una de las mujeres que mas se señalaron en la defensa. Armada con una bayoneta que á manera de lanza llevaba en un palo, animaba á los patriotas y los guiaba á los enemigos cuando se aproximaban. Donde dió á conocer mas su bizarria fue en la batería de la puerta de Sancho. Se la premió con una pension y un escudo de honor.

«Maria Agustin, natural de Zaragoza, de edad de veinte y dos años, y parroquiana de San Pablo. En ocasion de hallarse los patriotas combatiendo fuera de la ciudad, y faltarles ya las municiones, salió esta mujer intrépida al campo con un capacho de cartuchos, y metiéndose por entre el fuego de unos y otros, lo entregó á los españoles. Volvia por otro, cuando recibió un balazo en el cuello; pero, léjos de intimidarse, se hizo curar provisionalmente, y cargada de otra provision igual de cartuchos y de un cántaro de aguardiente salió otra vez á socorrer y alentar á los patriotas que hicieron al fin huir al enemigo. Esta bizarra accion fue muy celebrada entonces, y Maria Agustin recompensada con una pension y un escudo de honor.

«D. Alonso Escobedo, sargento mayor que fue del Tercio de Voluntarios aragoneses; permaneció el dia 4 de agosto con su Tercio en el colegio del Cármen y sostuvo la retirada de la tropa y artilleria de aquel punto.

«D. Alejandro Vicente Ezpeleta, comisario de guerra: organizó y dirigió el parque de artilleria, fundió metralla con los cascos de las bombas, y construyó tambien balas de grueso calibre.

«D. Antonio Hernandez, sargento primero de la tercera compañia de artilleria: teniendo veinte y un años y ocho meses de servicio, estuvo en el ataque de Alagon, y dirigió el mortero que habia en el Jardin Botánico, los dos cañones de la puerta de Campo Real, y otros dos de la puerta Quemada, hasta que los trasladaron á la batería nueva del muro. El 4 de agosto ejecutó igual servicio con los dos cañones que habia en el portal de la casa del monasterio de Santa Fe, junto á la plaza de Santa Engracia, los que, al tiempo de salir los franceses por la portería del convento y tapias de la Torre del Pino les ocasionaron una pérdida considerable. Retirados, mandó el cañon que se puso en la calle del Coso y esquina del convento de San Francisco.

«Antonio Laste, sargento primero de la primera compañia del cuarto Tercio: el 4 de agosto, despues de haber hecho fuego al enemigo desde el colegio de San Diego, donde cayeron una multitud de bombas y granadas, fue uno de los últimos que se retiraron á la una de la mañana, saltando por una tapia del jardin del Conde de Fuentes, lastimándose una pierna, y en medio de muchos tiros se salvó; y por la tarde concurrió á la plaza de la Magdalena dirigiendo con sable en mano, una porcion de paisanos: quitó á un francés dos tercios de vela de bujia que habia tomado, y las entregó al cerero Francisco Martin. El 5 y 6 estuvo por las inmediaciones del convento de San Ildefonso reuniendo gente usando de amenazas, y distribuyéndola por los puntos. El 7 se internó en la casa-tesoreria, y recogió sesenta y seis vales reales importantes 16,400 pesos; y dejó asegurada una multitud de papeles á razon que los franceses hacian fuego desde el convento de San Francisco.

«D. Antonio La Casa, presbítero beneficiado de San Pablo, arcediano de la ciudad de Tarazona: capitaneó en la jornada de Alagon un número considerable de paisanos que hicieron fuego á los franceses, y recuperaron en la retirada uno de los cañones puestos en el puente de Jalon; y en el regreso auxilió en el camino á muchos que estaban exánimes y moribundos. Se halló en los ataques que ocurrieron en las puertas de Santa Engracia, Cármen y Casa de Misericordia, ayudando á recoger los heridos y conducirlos al hospital: desempeñó la comision de trasladar los franceses á la ciudad de Alcañiz; y Palafox le nombró capitan de una compañia de paisanos con destino á las obras de fortificacion y corte de arbolado. Contribuyó á la defensa de la puerta del Portillo en el segundo sitio, y á mediados de enero fue nombrado jefe ó comandante de paisanos de la parroquia de San Pablo. Como tal se halló en los ataques de los vados del rio Gállego, en que salió contuso, en los del Molino de Aceite, puerta Quemada y en el convento de Trinitarios.

«D. Baltasar Pallete y Lanuza, teniente de la quinta compañia del quinto Tercio de Voluntarios aragoneses: permaneció en la puerta del Cármen desde el 15 de junio hasta el 4 de agosto, contribuyendo á su defensa. El 8 del mismo se ofreció con treinta soldados de su compañia á sostener la batería de Convalecientes; y habiendo el comandante de aquel punto el teniente coronel y sargento mayor del batallon ligero del Cármen D. Fernando Zappino, aceptado el ofrecimiento sostuvo el fuego con mucha entereza. Habiendo salido con licencia despues de levantado el sitio, hizo prisioneros á tres franceses, con todo el armamento, á cuarto de legua de la villa de Alcanadré, partido de Rioja, media legua de Lodosa. Cuando llegó á la puerta del Portillo se alborotó el paisanaje, y fue preciso para libertarlos introducirlos en el Castillo.

«Bartolomé Ibañez, cabo primero del regimiento de caballeria de Santiago: hallándose el 21 de diciembre en Torrero, á pesar de haberse mandado la retirada, permaneció con un capitan del regimiento de caballeria de Numancia y el soldado Antonio Diaz, del de Santiago, haciendo fuego al enemigo, hasta que les fue forzoso retirarse; y viendo que en los olivares que ya ocupaban los franceses habia tres soldados que estaban cortados, los salvaron, y comenzaron de nuevo el fuego replegándose hasta que se pusieron en salvo.

La Junta suprema que regia los destinos de esta nacion, que del sueño del no ser en que la tuvieran sumida las imbecilidades de Cárlos IV, las liviandades de María Luisa, y la ambicion de un favorito escandaloso, habíase trocado en un pueblo viril y enérgico, pujante y atrevido, no podia permanecer silenciosa ante aquel general entusiasmo, producido por tan grande hazaña.

«Bernardo Navarro, alcalde del barrio de San Gil: verificado el alzamiento, tomó 124 fusiles y armó á varios paisanos que puso á las órdenes del coronel D. Benito Piedrafita. Cooperó á la conduccion de la pólvora desde Torrero; proporcionó hierro para hacer metralla, y acopiaba vituallas para los defensores; se halló con su gente en las puertas del Sol, Quemada, Santa Engracia y Cármen, cuando fueron atacados. En uno de los choques que ocurrieron en la de Santa Engracia llegaron seis alcaldes con los paisanos de sus barrios, y los dejaron á su cuidado, habiendo contribuido al sosten de la línea que discurria hasta la Torre del Pino.

«Matías Carrica, artesano, que habia servido en la guerra contra los franceses en el segundo batallon de Voluntarios de Aragon: conservó con treinta paisanos, el postigo de los Agustinos Descalzos: concurrió con parte de ellos al ataque del 28 á la puerta de Sancho, en donde permaneció desde las tres de la mañana hasta la una de la tarde, y tuvo un herido.-El 4 de agosto fué con trece hombres á la plaza de las Estrevedes, y con los demás que concurrieron rechazaron al enemigo, que se retiró hasta la calle Nueva de San Ildefonso. Habiendo visto á un francés en la casa de la calle Mal-empedrada, núm. 4, entró, á pesar del fuego que se hacia, y le dió muerte, en seguida registró la casa, y halló á un hombre y cuatro mujeres muertas y salvó á un muchacho de siete años: ocupó un fusil y algunos efectos. Viendo que por la calle de Santa Fe venia una columna enemiga con un cañon, se guareció con su gente en una esquina, y entró en el cuartel de Fusileros, de donde desalojó á los franceses que habian entrado y tuvo dos muertos, que lo fueron Ildefonso Lahuerta y José Serrano, quedando heridos Mariano Pló y Francisco Fletas. Por la noche estuvo haciendo fuego desde los balcones de la casa de Villaba hasta por la mañana, que pasó por la de Lloret, y en su bodega encontró á un soldado francés que le hizo fuego, pero le contestó pasándole un brazo, con lo que se le rindió y lo condujo al hospital, ocupándole una buena espada de montar y una mochila.

«Pedro Rubio, jornalero: concurrió á los ataques de las puertas, y en la de Santa Engracia, como buen escopetero, dió muerte á varios franceses y ocupó una mochila.

«Pedro Bus, alcalde de barrio del cuartel de San Miguel: impidió la salida de los artilleros, y de su comandante Trazabal, y los condujo al Castillo. Acompañó á Palafox desde la Torre de Alfranca: formó dos compañías en la jornada de Alagon: hizo las funciones de ayudante, auxilió la reunion de los franceses domiciliados en la explosion del almacen de pólvora y prestó todos los auxilios que estuvieron á su alcance; defendió la calle de San Gil; y recibió un balazo en un muslo.

«D. Ramon Gayan, capitan comandante de los Escopeteros del Campo de Cariñena, propietario, avecindado en Paniza: reunió una porcion de paisanos y algunos dispersos, y se le agregó el teniente D. Antonio Lorubos, con los que defendió los puntos de su comarca, y tomó parte en uno de los encuentros que ocurrieron en Villafeliche, en donde perdió algunos paisanos. Facilitó la comunicacion de Aragon con el reino de Valencia y auxilió la marcha de las tropas que este envió para socorrer á Zaragoza. Remitió ciento cincuenta caballos para el servicio, y seiscientos desertores que entregó al general Saint-Marc. En fin, hizo desembolsos pecuniarios de alguna consideracion para pagar las postas y el prest á los paisanos; por cuyos servicios le agració Palafox con el grado de capitan comandante, y tambien á su hermano D. Mariano.

«D. Santiago Salazar, teniente coronel: fue agregado á la artilleria y se le nombró comandante de la del Jardin Botánico, huerta de Faura y convento de Santa Catalina, compuesta de doce piezas y dos morteros. El 2 de febrero las hizo retirar á las Piedras del Coso; siguió con el mando de estas y de las del Jardin hasta que se rindió la plaza.

«D. Tomás Ilzarbe, teniente coronel y capitan del regimiento infantería ligera Tiradores de Doyle: se halló el 22 de diciembre en la accion del Arrabal; el 31 del mismo en el tejar de la bateria de Sancho; 10 y 12 de nuevo en la del Portillo y Cármen, y el 15 en el reducto del Pilar. Concurrió con su tropa á apagar el incendio de la Casa Audiencia; y por último cruzó por entre las tropas francesas para desempeñar una comision que le dió el General para la ciudad de Estella. Tambien desempeñó el destino de ayudante mayor en la puerta de Santa Engracia.

«D. Vicente Casanova, estudiante teólogo: sirvió en la clase de sargento primero de la séptima compañía del segundo Tercio; se halló en todos los ataques, y se distinguió en el del 2 de julio en la puerta de la Misericordia; y el 4 de agosto, en que con treinta hombres rechazó las guerrillas enemigas, sostuvo el fuego contra los franceses que habia en la casa de Fuentes desde la de D. Manuel Enna. Incorporado en las compañías de Sas quebrantó las puertas del expresado Jardin, y consiguieron hacer retirar á los franceses que ya se habian hecho fuertes. En los dias 5, 6, 7 y 8, y hasta la madrugada del 9 defendió la entrada de la calle del Trenque, en la que fue herido.

«Jaime Moya, alcalde de barrio: condujo el 15 de junio con una compañía municiones á la altura de la ermita de San Gregorio: concurrió á los ataques de las puertas: el 30 de julio estuvo en el choque del Arrabal: el 4 de agosto entró, acompañado del Alberto Abad, del paisano Andrés Mazas y otros, en el coliseo, y desalojaron á los franceses que habian entrado, en cuyo encuentro hirieron á Abad y murió uno de los defensores.

«D. Joaquin Sanchez del Cacho, propietario: en los primeros dias del levantamiento aprontó dinero á los comandantes de paisanos armados para que les suministrasen el rancho. Tomó parte en la operacion de distribuir los cañones á los puntos que se creian amenazados. El 15 salió á la descubierta por el camino de la Casa Blanca, con-

En su consecuencia, y por medio de un real decreto, concedió á Zaragoza grandes honores, que fueron de ellos ratificados despues por Fernando VII (1).

De igual manera las Cortes de Cádiz, en 1811, ocupáronse en premiar los nobles hechos de aquellos esforzados campeones de la libertad y de la independencia, y posteriormente, en virtud de varios reales decretos, concediéronse tres cruces de distincion

tinuó sus servicios en la puerta del Cármen; se arriesgó á conferenciar con el enemigo: se agregó voluntariamente al regimiento de caballería de cazadores de Fernando VII, y se halló en la refriega que se trabó en el Arrabal, de resultas de haber vadeado el Ebro los franceses, en la que se conceptuó perderiamos cincuenta y cuatro hombres, y hubo algunos heridos: en esta accion perdió á su hermano D. Antonio. Tambien estuvo en otro encuentro que ocurrió en el Arrabal despues de haber concluido el puente los franceses, en el que perecieron bastantes paisanos, y quedó gravemente herido el coronel comandante D. Bernardo Acuña: los defensores mataron algunos treinta franceses é hicieron ocho prisioneros. En la salida que ejecutó por dicho punto la caballería con un cañon de á ocho y doscientos hombres del batallon de Tauste el 16 de julio por el camino de Barcelona, le hirieron el caballo de muerte, de una lanzada; y concurrió tambien á los de los dias últimos del mismo. Habiéndose acordado formar segunda y tercera línea de defensa, se extrajeron de sus almacenes trescientas doce sacas de lana para la formacion de baterías provisionales, de las que, levantado el sitio solo pudo recuperar ciento veinte y seis. Se le condecoró con los dos escudos.

«D. Manuel de Leiva y de Eguiarrete, coronel en 1808 del primer batallon de Voluntarios de Murcia: el 5 de febrero de 1809, se le confirió á las once de la noche el mando de las baterías que defendian el Coso, inmediatas á San Francisco, cuyo convento evacuaron aquella noche y lo volvieron á ocupar al amanecer. El 10, viendo las tentativas del enemigo para asaltar el jardin Botánico, cooperó á su defensa. El 11 se le extendió el mando á los interesantes puntos de la primera línea del Coso desde la casa de la Mozería inmediata á San Francisco, hasta el convento de Santa Fe, estando ocupando los franceses los de San Francisco y San Diego. La noche del 12 quedó herido en el brazo izquierdo en una de las brechas de la referida casa. Hallándose el 15 reconociendo otra brecha de su línea, voló el enemigo parte del convento de San Francisco y de las obras adyacentes á la casa de Sástago: quedó envuelto en las ruinas, y se le dislocó el hombro y codo del mismo brazo que tenia herido. El general Palafox le nombró brigadier.

«D. Manuel Diez Zapata, capitan del batallon ligero del Portillo: guarneció el convento de San Agustin, y quedó herido en el choque de la plaza de la Magdalena.

«El doctor D. Gaspar Allué, subteniente de la nona compañía del cuarto Tercio de Voluntarios aragoneses: en el choque de Alagon mandó la compañía en ausencia del capitan y del teniente. El 14 se retiró al castillo por la noche con treinta hombres: el 15 hizo la descubierta con su gente hácia la Casa Blanca, y observando que venian fuerzas superiores, se retiró a la puerta de Santa Engracia, cuando ya atacaban la del Portillo. Se incorporó con Renovales, y cooperó á la captura de dos cañones en el paseo que hay desde donde estuvo la torre del Pino hasta la puerta del Cármen y de varios pertrechos militares. Permaneció en ella haciendo un servicio activo y trabajando en obras de fortificacion hasta el 22, en que, con veinte y cinco hombres que le quedaron de su compañía, fué á incorporarse con su tercio, que ocupaba el colegio del Cármen; y habiendo reunido hasta sesenta y cuatro hombres y otro subalterno, salió de avanzada á la torre de Escartin. En el ataque del 23 de junio fué con un sargento y tres soldados á batirse con el enemigo. El 29 se le destinó á la puerta de Ángel, y como único oficial, tuvo que recorrer las guardias y hacer otras fatigas. El 7 de agosto se le destinó al parque de ingenieros con toda su compañía, con cuyo motivo estuvo en la salitrería del Portillo, en el castillo, en la Misericordia y en el Hospital de convalecientes en donde perecieron algunos trabajadores, y permaneció en dichos puntos hasta que se levantó el sitio.»

Tomeo y Benedicto.—*Historia de Zaragoza.*

(1) Real decreto de Su Magestad.—Considerando el Rey nuestro señor, D. Fernando VII, y á su real nombre la Junta suprema gubernativa del Reino, que los servicios hechos á la patria deben regularse mas por el valor y por los servicios que por el éxito, el cual muchas veces depende de la fortuna; atendiendo á que Zaragoza no solo no era inexpugnable, sino que, considerada por principios militares, ni era defendible siquiera, y sin embargo á hecho una defensa cual no se cuenta de plaza alguna en el mundo, por fortificada que haya estado; á que los honores y recompensas que se concedan á un pueblo tan benemérito de la patria, son para los que han perecido el justo premio debido á su valor y á su martirio; á los que han quedado, un motivo de consuelo y un auxilio necesario para moderar el rigor de su infortunio, y á los demás un estímulo poderoso para que sigan su ejemplo; conociendo que Zaragoza, presente siempre en la memoria de los españoles, será un manantial perenne de acciones heróicas y virtudes cívicas, que son las que han de salvar el Estado en la borrasca que le atormenta, apreciando como es debido la gloria singular que resulta á la nacion española de la defensa admirable que ha hecho aquella ciudad, tan preciosa á los ojos de la virtud y el patriotismo, como la mas insigne victoria; y queriendo, en fin, dar en señal de la alta estimacion en que tiene Zaragoza y sus habitantes, en testimonio tan singular y gracioso, como el mérito sobre que recae, se ha servido decretar lo que sigue:

1.° Que Zaragoza, sus habitantes y guarnicion sean tenidos por beneméritos de la patria en un grado heróico y eminente.

2.° Que luego que el digno y bizarro Capitan general de Aragon sea restituido á la libertad, para lo cual no se omitirá medio ninguno, la Junta, á nombre de la nacion, le dé aquella recompensa que sea mas digna de su constancia invencible, y de su vehemente patriotismo.

3.° Que se conceda un grado á todos los oficiales que se han hallado en el sitio, y á los soldados con la graduacion y sueldo de sargentos.

para los paisanos y militares que tomaron parte en el primero ó en el segundo sitio, ó bien en los dos.

En el año de 1820 concedióse el tratamiento de *Muy noble y muy heróica*, á la ciudad, el de Excelencia á su Municipio, la nobleza personal á cuantos tomaron parte en los dos asedios, y la rebaja de su cuarta parte de los tributos anuales, por el espacio de cuarenta años.

Igualmente se concedieron varios escudos de insignias y haberes de oficiales de artillería á las heroínas Agustina Aragon, Manuela Sancho y otras varias.

XCIII.

Desde la terminacion de la Guerra de la Independencia hasta la muerte de Fernando VII.

Fernando VII, el *Deseado*, en virtud del tratado de Valencey recobra su libertad y penetra en el territorio español, de donde permaneciera alejado por tan dilatado espacio.

Las Cortes habian acordado erigir en las orillas del *Fluviá* un monumento conmemorativo del fausto dia en que habia pisado la tierra española, y no quiso recibir á la comision de aquellas mismas Cortes, que salió al camino á felicitarle.

A nada lisonjeros augurios prestábase semejante conducta, que quedó clara y patente, despejándose por fin la incógnita con el manifiesto dado por Fernando VII en 4 de mayo de 1814.

En él se declaraban nulas aquellas Cortes que le habian asegurado el trono, aquellas Cortes reconocidas por las mas importantes naciones de Europa, aquellas Cortes, en fin, que tantos sacrificios, que tantas penalidades habian pasado.

4.° Que todos los defensores de Zaragoza, sus vecinos y sus descendientes gocen de la nobleza personal.

5.° Que á las viudas y huérfanos de los que hubieren perecido en la defensa, se les conceda por el Estado una pension proporcionada á su clase y circunstancias.

6.° Que el haberse hallado dentro de la plaza durante el sitio sea un mérito para ser atendido en las pretensiones.

7.° Que Zaragoza sea libre de todas contribuciones por diez años, contados desde el dia que se haga la paz.

8.° Que desde aquella época se empiecen á reedificar sus edificios públicos á costa del Estado, con toda magnificencia.

9.° Que en su plaza se erija un monumento, para perpétua memoria del valor de sus habitantes y de su gloriosa defensa.

10. Que en las de todas las capitales del reino se ponga ahora una inscripcion que contenga las circunstancias mas heróicas de los dos sitios que ha sufrido Zaragoza.

11. Que se acuñe una medalla en su honor, como testimonio de gratitud nacional, por tan eminente servicio.

12. Que á cualquiera ciudad de España que resista con la misma circunstancia un sitio igualmente porfiado y tenaz, se la concedan los mismos honores-prerogativas.

13. Que se excite á los poetas y oradores españoles á ejercitar sus talentos en un asunto tan sublime, y se ofrezca á nombre de la Nacion, un premio de una medalla de oro y cien doblones al que presente el mejor poema, y otro igual al que escriba el discurso mas bien trabajado sobre este sitio inmortal; llevándose por objeto en una y otra obra; no solo recomendar á la memoria y admiracion del siglo presente y de la posteridad, el valor, la constancia y patriotismo de Zaragoza, sino inflamar con la mayor vehemencia el entusiasmo nacional, y llenar los corazones españoles del mismo amor á la libertad, y del mismo horror á la tirania.

Tendréislo entendido y dispondréis lo conveniente á su cumplimiento.—El marqués de Astorga, vicepresidente.—Real Alcázar de Sevilla 9 de marzo de 1809.—A D. Martin de Garay.

Por el indicado manifiesto, se arrojaba á la frente de aquellos preclaros patricios la ignominia de que sus actos no tuvieran *ningun valor ni efecto ahora, ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitaran de en medio del tiempo.*

Y á la par que esto decia el Monarca en otro lugar consignaba, que *aborrecia el despotismo* ofreciendo gobernar con Cortes *legítimamente congregadas.*

El regente, cardenal de Borbon, recibe la órden de dirigirse á su diócesis de Toledo, el ministro de Estado, D. José Segundo, es destinado á Cartagena; y los regentes Agar y Ciscar, y los ministros Alvarez Guerra y García Herreros, y los diputados mas eminentes, los mejores patricios, los que mas importantes servicios habian prestado, son encarcelados y conducidos á los presidios ó á los destierros de África.

El estado de la Hacienda era muy triste, tanto por los cuantiosos sacrificios hechos durante la pasada guerra, cuanto por estar encargada su gestion á manos inhábiles.

Seis largos años pasaron así, teniendo que reprimir sublevaciones y motines promovidos por los afectos á la Constitucion, que á pesar de todos sus defectos, simbolizaba el patriotismo y el esfuerzo popular.

El dia 1.° de enero, D. Rafael del Riego proclama en las Cabezas de San Juan la Constitucion de 1812: síguele el batallon de que era comandante, y el 11 de marzo, despues de una correría de tres meses, disuélvese la hueste constitucional, cuando mas asegurado estaba su triunfo.

Insurrecciónose Galicia, poniéndose al frente de la Junta constitucional D. Pedro Agar, uno de los antiguos regentes, y el grito de libertad llega hasta Zaragoza.

La ciudad de los fueros, la ciudad cuyas piedras estaban regadas con la sangre de tantos mártires de la libertad y de la independencia, responde inmediatamente; el antiguo ministro de Hacienda, D. Martin Garay, es nombrado presidente de su Junta, y Fernando VII no tiene otro remedio que jurar la Constitucion.

No es nuestro propósito, ni las condiciones de nuestra publicacion nos permiten hacer un estudio detallado de toda esta época, orígen y principio de las lamentables divisiones que hoy tocamos; por lo tanto pasarémos por alto todas aquellas escenas, consecuencia inmediata de una situacion violenta.

Un partido, que de repente habia pasado desde las prisiones al poder, fácilmente se desvanece, y hubo desmanes y desacatos; imprudentes manifestaciones, que ofendieron altas y respetables instituciones; lastimáronse antiguos intereses, y todos los hechos subsiguientes al movimiento constitucional de 1820, fueron preparando la espantosa reaccion de 1823.

La Santa Alianza tampoco podia mostrarse deferente con el movimiento iniciado en España y seguido en Nápoles, en el Piamonte y en Portugal, y el suelo que no pudo hollar el francés mas que por medio de la fuerza, despues de haber empleado el dolo y la traicion, vese en aquellos dias llamado por los mismos naturales.

El dia 30 de setiembre era todavía Fernando VII rey constitucional, y en tal sentido se dirigia á sus súbditos. El dia 1.° de octubre era otra vez el mismo rey absoluto de 1814.

Pero llegó un dia en que la pragmática sancion de Cárlos IV púsose en vigor, y un nuevo porvenir vislumbró España en el futuro reinado de la princesa Isabel.

No es nuestro ánimo entrometernos á detallar aquel misterioso drama, representado en una alcoba del palacio de la Granja, donde luchaban los defensores de D. Cárlos por separar de las sienes de la tierna princesa la corona de su padre, ni la actitud enérgica y atrevida de otra infanta, que rasgó en mil pedazos el testamento arrancado al moribundo Rey. Son muy reducidos los límites de esta reseña, y nos alejaríamos demasiado de nuestro propósito.

XCIV.

Reinado de Doña Isabel II.

Con la muerte de Fernando VII iba á comenzar en España un nuevo período de resultado incierto.

Dos contendientes habia que trataban de disputarse encarnizadamente aquel solio vacante.

Apenas Isabel II posó su tierna planta en el trono, tropezaron sus piés con la sangre que comenzaba á derramarse en los campos de batalla.

Los carlistas habian empuñado las armas para defender los derechos de su jefe, y ya era inevitable la lucha.

La guerra civil comienza furiosa, encarnizada, terrible.

No son dos enemigos los que se combaten, sino dos ideas, dos principios.

Las provincias españolas vénse de nuevo devastadas por aquellas huestes que nada respetan, y que se hacian una guerra sin cuartel.

Siete mortales años dura esa infausta campaña, y durante ellos, las terribles leyes de la guerra despoblaban nuestro suelo, esquilmaban nuestros campos y empobrecian de una manera lastimosa nuestra poblacion.

Zaragoza, como las demás ciudades españolas, mas todavía, por ser esencialmente agrícola, sufria un mal estar extraordinario.

Una madrugada, era el 7 de marzo de 1838.

La hueste carlista, mandada por el brigadier D. Juan Cabañero, auxiliada por algunos, aun cuando pocos, partidarios que residian en la poblacion, penetró en la ciudad esperando dominarla por la sorpresa.

Pero, necio error.

Apenas se aperciben los heróicos zaragozanos de lo que sucede, recuerdan que todavía circula por sus venas la sangre de los valientes patricios de 1808 y 1809, y sin entretenerse á contar sus enemigos lánzanse al combate con el mayor entusiasmo.

Terrible fue el escarmiento que sufrieron los carlistas.

Cuatro batallones y otros tantos escuadrones llevaba Cabañero, componiendo un total de tres mil infantes y doscientos cuarenta caballos, y de ellos, segun los datos ofi-

ciales, dejaron en la heróica ciudad doscientos diez y siete muertos y sesenta y ocho heridos, con mas veinte y nueve jefes y setecientos cinco individuos prisioneros.

Por su parte los zaragozanos tuvieron doce muertos, cuarenta heridos y cincuenta y tres prisioneros, que mas tarde fueron cangeados.

Una nueva página de gloria habia añadido Zaragoza á las que ya constituian su historia.

La noble ciudad, obtuvo por este hecho el uso de corbatas en sus banderas de la Órden militar de San Fernando, una corona cívica para su escudo, y una cruz de distincion y el dictado de *siempre heróica.*

Con el Convenio de Vergara, Zaragoza dió comienzo á la obra, que, como las demás provincias, habia estado en suspenso durante un buen número de años.

Dió los primeros pasos para entrar de lleno en las vias del progreso y del adelanto, y fomentando su agricultura, base principal de su riqueza, trató de recobrar su antiguo poder y su bienestar.

Mas ¡ay! que la sangre española se hallaba contaminada ya, segun expusimos en otro lugar, por aquel vírus emponzoñado de los odios políticos y de las divisiones de partido; y los movimientos de 1811, de 1843, de 1848, y tantos otros como se han seguido, alcanzáronla y la hicieron tomar parte en mayor ó menor escala.

En 1854, en el mes de febrero, ensangrentáronse sus calles con fratricida lucha.

El brigadier Hore, al frente de las fuerzas de su regimiento, púsose contra el Gobierno del conde de San Luis, y fué á encontrar la muerte en las cercanías de la plaza de la Seo.

Despues ¡cuántos trastornos, cuántas convulsiones políticas no ha sufrido la siempre heróica Zaragoza!

Quiera el cielo que tan desdichadas páginas hayan tenido ya un término, no solamente para Zaragoza, sino para el resto de España, pues únicamente en medio de la paz y de la tranquilidad pueden desarrollarse y fomentarse los particulares elementos de prosperidad que cada localidad encierra, y que constituyen la riqueza general de la nacion.

XCV.

Los Mártires del cristianismo en Zaragoza.—Santiago el Mayor.

No menos interesante que la historia civil de la capital que estamos visitando, es su historia religiosa.

Al recorrer sus templos, hemos tocado ligeramente alguno de aquellos esforzados guerreros del Cristianismo, que hijos de Zaragoza, entregaron gustosos sus vidas, en defensa de la religion que sustentaban.

Permítasenos, que aun cuando poco, nos detengamos siquiera un breve espacio, para ocuparnos de esas brillantes etapas del Cristianismo, en la capital del reino aragonés.

. . . . . .

Tiberio imperaba en Roma.

Con la muerte de Augusto la poblacion que á él se lo debia todo, tuvo una gran pérdida, y no solamente fue César Augusta, la que hubo de llorar la muerte de aquel Emperador, fue la España toda, que á la tolerancia, al interés y á la prudencia de Augusto, vió suceder la rapacidad, las crueldades y las infamias de Tiberio.

Quince años hacía á la muerte de Augusto, que en un mísero establo, habia nacido el que mas tarde habia de entregar su vida por la redencion de la humanidad.

Mas aficionado Tiberio á los placeres que á procurar la felicidad de aquellos pueblos, que Roma sujetara á su dominio, necesitaba oro para sus excesos, y envió á España dos prefectos que procuraron dejar cumplidamente satisfechas las venales aspiraciones de su señor.

Vivió Sereno, prefecto de la Bética y Lucio Pison, de la Tarraconense, fueron los encargados de exasperar de tal modo al pueblo ibero, que bien pronto, al grito de venganza, insurreccionáronse las provincias españolas, haciendo necesario que el Senado enviase al procónsul de África Julio Beso, á fin de que, mas por la dulzura y la templanza, que por la fuerza, tratara de calmarles.

Uno de estos dos, el primero, fue depuesto; pero el segundo continuó impunemente sus depredaciones, hasta que un dia un labriego de Castilla la Vieja encontrándole solo en medio de un bosque, le mató.

El labriego antes que pasar por la vergüenza de ser juzgado por los romanos se quitó la vida, y de esto tomó pretexto Tiberio, para inaugurar una nueva era de persecuciones contra los desdichados españoles.

Precisamente en estos momentos derramaba su sangre en el Gólgota el divino Mártir que viniera al mundo para redimir á la humanidad.

Doce discípulos dejaba, doce apóstoles de su doctrina que todo lo habian abandonado por seguirle, y que esparciéndose por el mundo en virtud de las celestes disposiciones habian de difundir por todas partes, las nuevas máximas que tan radical y poderoso cambio habian de producir.

Ningun peligro les arredraba.

Su Maestro les habia acostumbrado á despreciarlos, y bien podian ellos arrostrar la muerte cuando Jesús no habia vacilado un momento en entregar su vida por la salvacion del hombre.

Todas sus necesidades estaban cubiertas.

El que habia procurado proporcionar sustento á los pajarillos, tambien se lo proporcionaria á los que por Él, iban á emprender una trabajosa peregrinacion.

Aquellos doce valerosos propagadores de las divinas luces, perdiéronse por los desiertos arenales de África y por los frondosos campos de la Europa, confiando solamente en la bondad de Dios y sin otro guia que la voluntad de Aquel á quien servian.

Al llegar á este punto no podemos prescindir y creemos que con ello complacerémos á nuestros lectores transcribiendo algunos párrafos de una bellísima leyenda que, respecto á la venida de Santiago el Mayor á Zaragoza, escribió nuestro amigo D. Joa-

quin Tomeo y Benedicto en su historia de aquella ciudad, y que por la índole especial de la obra en que se halla, no creemos sea muy conocida:

. . . . . .

«Era una noche de noviembre.

El viento silbaba por las tortuosas callejuelas, remedando los bramidos de un leon ó los gemidos de un moribundo: una lluvia menuda, pero helada, se desprendia de las negruzcas nubes, que habian ocultado á la luna como envidiosas de sus resplandores.

El silencio y soledad reinaban en la ciudad, solo interrumpido por el chocar de las armaduras de alguna patrulla romana.

En una casa de pobre apariencia, sita no léjos del muro, y en una especie de patio de la misma que, segun la forma, servia á la vez de cocina y dormitorio á sus habitantes, se hallaba sentado sobre un tosco asiento un hombre que al parecer frisaria en los treinta años.

Su rostro pálido y desencajado, sus ademanes y demás, hacian comprender que se miraba afligido por una desgracia, siendo su causa la pobreza que al parecer le rodeaba.

Con efecto, dos banquillos de madera y otro un poco mas alto que servia de mesa, un gran fajo de paja que revelaba ser el lecho del huésped y un destartalado hogar, donde humeaban unas astillas de verde leña, eran el solo adorno de la habitacion, si se exceptúan unos raros instrumentos de hierro á manera de cuchillos y dos ó tres cacharros de tierra esparcidos por el suelo junto á unos pedazos de toscas pieles y rollos de cuerda.

El vestido del único personaje que, como ya hemos dicho, se veia en la habitacion, no desdecia en nada á la pobreza de ella; una túnica de lana burda hasta la rodilla, y unas viejas sandalias eran todo su traje.

Apoyado el codo sobre la mesa, y con una inmovilidad de estatua, en el semblante de aquel hombre se pintaba el sufrimiento con todos sus colores.

Sus ojos negros y hermosos, pero medio apagados, brillaban de vez en cuando con un rayo de ferocidad que estremecia, ó daban paso á alguna lágrima fugitiva que rodaba por sus mejillas hasta perderse en su poblada barba.

El viento agitaba con furor la puerta de la casa, y á sus bramidos solo se unía el chasquido producido por la leña del hogar al querer encenderse.

Una tea iluminaba la habitacion.

Aquel hombre rodeado de tanta humildad y respirando amargura, era un infeliz siervo condenado tal vez por su suerte á la mendicidad. Su nombre era Teodoro, su oficio coriario, ó sea fabricante de sandalias, pero oficio que no le bastaba para su sustento desde que la desgracia habia tendido sus alas sobre su chozuela.

Teodoro acababa de perder á una esposa querida cuya larga enfermedad, agotando sus pequeños ahorros, le precipitaba en la senda de los mendigos.

—¡Los dioses son testigos de mi sufrimiento!—murmuraba el infeliz coriario sordamente.—¡Ellos lo ven, y sin embargo mis fuerzas se acaban; ella, solo ella me las presta!

Un profundo suspiro dió fin á este triste y doloroso monólogo.

El vagido de un niño, que sonó de repente, sacó á Teodoro de su abstraccion: alzó la cabeza y con los ojos aun empañados por el llanto, miró hácia donde se oia el lloro de la criatura.

—¡Infeliz!—exclamó; —¡nada mas que lágrimas tengo para alimentarte!...

Y levantándose se dirigió á los haces de paja, alzó un pedazo de manta y apareció una hermosa niña de unos ocho meses que al ver á su padre calló instantáneamente, y levantó los bracitos como para lanzarse á su cuello.

—¡Junia, Junia mia! ¡Tienes hambre! ¡Tienes frio! ¿No es cierto?—dijo Teodoro incorporando tiernamente á aquella preciosa criatura, blanca y sonrosada, pero apenas cubierta con unos desgarrados pañales, y apretándola contra su pecho.

El pobre padre se acercó al lugar, hizo brotar la llama y procuró calentar los amoratados piés de la niña, que comenzó á llorar de nuevo.

—¡El hambre! ¡El hambre la matará!—prosiguió Teodoro dolorosamente.

Y aproximando un pequeño cacharro con leche, comenzó á refrescar con ella los labios de la niña, que calló y aun se sonrió con alegria.

Un golpe dado con fuerza á la puerta distrajo al infeliz coriario de su tierna ocupacion.

—¿Quién va?—gritó despues de una pausa.

—Dad amparo á un mendigo; los dioses os lo premiarán;—respondió una voz robusta, pero balbuciente por el frio.

Una sonrisa cruel se dibujó en los labios de Teodoro: quiso pronunciar una blasfemia contra aquel que venia á pedirle hospitalidad como para insultarle; pero la lengua se negó á expresarla y el recuerdo de su hija que comenzaba á dormirse le contuvo.

Un pensamiento extraño para él hasta entonces, cruzó por su mente de idólatra: pensó que el que le rogaba amparo era su semejante, uno quizás mas infeliz, y levantándose del asiento repentinamente dejó á la niña, ya dormida, sobre la paja, y fué á abrir la puerta.

Una ráfaga de viento hizo vacilar la luz de la tea y esparció las cenizas del hogar.

En el umbral aparecieron dos hombres.

Ambos vestian toscos sayales y demostraban hallarse fatigados y agobiados de cansancio, segun la dificultad con que se apoyaban en unos palos gruesos y nudosos, que empuñaban, y que así podian servirles de ayuda como de defensa en caso necesario.

El uno aparentaba tener unos cuarenta años, su barba negra contribuia á dar á su tostado semblante cierto aire de severidad y nobleza, que coincidia notablemente con la majestad de su apostura. El otro, sobre el que este parecia tener alguna superioridad, era de unos veinte y ocho años, de blanco semblante y rubia guedeja; sus ojos azules revelaban la raza griega, y en sus ademanes y palabras se veia la ciega sumision unida al cariño que á su compañero profesaba.

Luego que los dos extranjeros se hallaron dentro, el de mas edad se adelantó y dirigiéndose al coriario, que despues de cerrar la puerta los miraba con extrañeza sin hablar una palabra.

—Perdona—le dijo, si venimos á incomodarte: viajeros somos que al entrar en esta ciudad extraña para nosotros, y sorprendidos por la noche y la lluvia, no hemos hallado un refugio donde dar descanso á nuestros miembros fatigados.

—Bien venidos seais,—replicó Teodoro;—ocupad un sitio en el fuego y recostaos en paz sobre esa estera: es cuanto puede ofreceros mi pobreza.

—Los dioses premiarán tu caridad,—exclamó el mas jóven de los recien llegados, que acercándose á su compañero le ayudó á desembarazarse de una especie de alforjas que sobre los hombros llevaban, y haciendo él lo mismo con la suya, se dirigieron ambos al hogar.

—¿Venís de muy léjos?—preguntó Teodoro con confianza.

—De léjos venimos,—respondió el mayor de los viajeros;—atravesando tierras y mares, sin mas amparo que el de los cielos he llegado á Iberia, y desde sus montañas cantábricas me he trasladado á las orillas del Ebro, sufriendo la intemperie de los elementos.

—¿Y te reporta utilidad tu viaje?—exclamó el coriario con curiosidad y viveza.

—Sí, á fe: soy mercader, y mis géneros me proporcionan la debida recompensa;—prosiguió el extranjero.

—¡Mercaderes!...—murmuró Teodoro lanzando á sus huéspedes una mirada de extrañeza;—y en qué comerciais?

—Vendo ricos bálsamos que todo lo curan,—respondió aquel con firmeza.

—A fe que creo os burlais,—replicó Teodoro;—con semejante mercancia tendriais lo suficiente para caminar sobre un caballo y no llevaríais vestidos tan semejantes á los del mendigo.

—Es que esos bálsamos no los vendo por oro,—continuó el extranjero;—los doy solo á cambio de sumision y fe.

—Son palabras que no entiendo y, por lo tanto, tus mercancías no me sirven.

—Puede que sí,—respondió el recien venido con intencion y lanzando sobre el coriario una penetrante mirada.

—Tú eres pobre,—prosiguió,—tu miseria te aterra, y sin embargo, yo puedo darte el remedio.

—¿Será cierto?—exclamó Teodoro dejando ver en sus ojos una chispa de deseo.

—Muy cierto;—continuó el extranjero.—¿No has visto la tempestad agitando sus alas algunas veces, y rugir furioso el huracan, como amenazando deshacer el mundo? ¿No has visto de repente quedar todo en completa calma, y rasgándose la negra nube dar paso á un rayo de sol, y luego dibujarse sobre el azul de esa inmensa bóveda las vivas fajas del íris? Pues bien; en mi poder está el que la misma calma vuelva á tu pecho, y en que renazca en tu corazon la esperanza, apagando en él las tormentas que le combaten.

—Y ¿quién eres tú para tanto?...—murmuró Teodoro con admiracion.

—Yo por mí nada,—prosiguió el viajero;—pero mucho ayudado por la Majestad que aquí me envia.

—¿Y quién es esa majestad? ¿Qué emperador en el mundo tiene poder para lo que tú me ofreces?

—Es una Majestad emanada del cielo y brotada en la tierra como una azucena en medio de una zarza, como brota el arroyo entre arenales. Es una Majestad nacida en una miserable cuna de paja, cuando tenia á su disposicion el cielo, la tierra y los mares. Es un emperador que no exige de sus súbditos otros tributos que humildad y cariño, y que cuando estos peligran sabe colgarse de una cruz infame y regarla con su sangre por salvarlos. Es, en fin, la sacra Majestad de Dios Uno y Trino, de el Rey de los reyes, del Salvador de nuestra raza, del que con solo su aliento derriba vuestros dioses y los convierte en polvo.

El extranjero, al pronunciar estas palabras habíase puesto de pié; en su frente se leia la inspiracion, sus ojos brillaban de una manera extraordinaria, y el todo de sus ademanes dejaba ver algo de profético y singular que asombraba. Su compañero habia caido de rodillas tras de él y murmuraba al parecer una plegaria, y Teodoro con la vista desencajada y fija en su interlocutor, parecia hallarse fascinado por su poder sobrenatural.

Hubo un instante de silencio, solo interrumpido por el rugir del viento, despues del cual el coriario con voz temblorosa y como queriendo sobreponerse á su estupor,

—¿Sabes—dijo dirigiéndose al recien venido,—que las palabras que acabas de pronunciar son bastantes para hacer que tu cuerpo sirva de pasto á las fieras del circo? ¿Sabes que una sola de las mias será suficiente para que terminasen en Augusta todas tus esperanzas?

—Lo sé,—respondió con firmeza el interpelado,—lo sé, pero sé tambien que tú no lo harás.

—Yo no acostumbro á vender á mis huéspedes.

—No es eso: es que tú tienes un corazon de hombre y que en ese corazon se encierra un gusano que de ningun modo querrias despertar: la conciencia y el remordimiento. Es que desde aquel momento nuestras sombras te perseguirian hasta el sepulcro. Es que la justicia del Dios verdadero dejaria caer su espada sobre tu frente, señalada con la marca de reprobacion.

—¡Perdon! ¡perdon!—murmuró Teodoro fascinado.

Y cayó de rodillas.

El lloro de la niña vino á poner fin á esta terrible é imponente escena. El extranjero calló y echando sobre su huésped una mirada penetrante se dirigió luego á donde habia colgado su pobre equipo y sacando de él un envoltorio de hojas de parra y una gran torta de maíz.

—Cuando tu hermano tenga hambre, dále de comer,—dijo.

Y luego, acercándose á Teodoro,

—Toma,—prosiguió,—ese ángel carece de sustento, dále miel; tú tiemblas de debilidad, come pan; la voluntad de Dios es inmensa: Él da trigo á los pájaros. Él mantiene á los peces del mar. Él no dejará nunca sin amparo á los hijos de sus hijos.

. . . . . .

Habia pasado una hora.

La habitacion del coriario estaba cási á oscuras; solo un ténue reflejo escapado de las cenizas del fuego la iluminaba levemente.

El silencio era sepulcral.

Los dos extranjeros dormian junto al hogar, envueltos en sus mantas.

La niña tambien dormia sobre el monton de paja.

Solo Teodoro, echado al lado de su hija, permanecia desvelado.

Mil pensamientos extraños revoloteaban por su imaginacion, y su vista se fijaba sin cesar sobre aquellos misteriosos personajes, que cerca de él dormian con la calma del justo.

Lágrimas desconocidas, pero que abrasaban sus párpados, brotaban de sus ojos, sin que él mismo se pudiese explicar la causa, y en medio de todo sentia latir su corazon con nueva fuerza y vigor.

Era que Dios habia enviado un soplo de sus labios sobre la razon de aquel hombre.

Teodoro se hallaba puesto ya en el camino de la verdad.

Su guia era nada menos que el hijo del Zebedeo, el bienaventurado Santiago el Mayor, que desde los arenales de Palestina se habia trasladado á las orillas del Ebro, siempre en busca de prosélitos, y con uno de los cuales llegaba á casa del coriario.

Atanasio, pues así se llamaba el jóven compañero de Santiago, era un pobre griego nacido en Toledo y convertido por el Santo en Galicia.

Teodoro, pues, habia dado albergue, sin saberlo, á dos elegidos de Dios, los cuales en recompensa le traian la paz y la ventura.

Durante toda la noche el coriario se halló combatido por mil efectos contrarios.

Al amanecer se acercó á donde dormian Santiago y su discípulo, y les dijo:

—Extranjero, cuyo misterio me fascina y cuyas palabras me conmueven, levántate á calmar la tormenta con que lucho.

Santiago se levantó seguido de Atanasio.

—¿Qué quieres?—preguntó el santo Apóstol,—¿á qué nos llamas?

—Quiero,—replicó Teodoro,—seguir en todo tus mandatos: tú me has ofrecido la paz y la felicidad, ¿qué escoges de mí en cambio?

—Una ciega obediencia.

—La tendrás.

—Una fuerza de voluntad que te haga resistir los mayores tormentos antes de sucumbir á la maldad ó al dolo.

—La tendré.

—Confianza absoluta y humildad para el Ser supremo que nos guia y conduce al término de nuestro viaje.

—Cumpliré todo ello.

—Descienda, pues, sobre tí la bendicion de Dios,- exclamó Santiago tendiendo sus manos sobre Teodoro, que cayó en tierra anegado en lágrimas y murmurando:

—Yo creo y confieso en tí, santa Deidad, que despiertas en mi pecho pensamientos tan extraños como consoladores; yo creo en tí, y te adoro.

Concluido esto Santiago le abrazó, y volviéndose hácia Atanasio, que presenciaba con recogimiento tan sublime escena.

—Abrázale, hijo mio—le dijo,—abrázale; es ya un nuevo hermano que Dios nos concede.

Y Atanasio y Teodoro cayeron uno en brazos del otro, confundiendo sus lágrimas, mientras Santiago elevando sus ojos al cielo,

—¡Señor, Señor!—exclamaba,—bendito seas, pues así fecundizas la semilla que desde el Gólgota sembraste.

Y tomando luego un poco de agua sobre la palma de la mano, la vertió en la cabeza del coriario, diciendo:

—Que tu frente se purifique y tu alma se alce digna de ocupar el sitio á que por el Hacedor fue destinada.

Finido el acto, Santiago y Atanasio se prepararon á seguir su viaje, ofreciendo á Teodoro estar de vuelta dentro de poco tiempo.

Era preciso cumplir su mision; buscar lugares donde lograr prosélitos y hermanos.

Santiago y Atanasio partieron en direccion á Bilbilis (Calatayud).

Teodoro quedó impaciente aguardando su vuelta: solo su hija podia detenerle.

Pasaron dias y pasaron noches y la inquietud se pintaba ya en sus ojos.

Pensó si sus hermanos habrian sido descubiertos y tembló de espanto al considerar la suerte que les aguardaba.

Un dia llamaron á su puerta.

El corazon le latió con violencia y el aliento se le quedaba en la garganta.

Temblando, por engañarse, se acercó á la entrada y la abrió.

Un grito de alegría salió de sus labios.

Santiago y Atanasio se precipitaron en sus brazos.

Tras de ellos entraron cinco hombres mas que á su vez le abrazaron.

Eran cinco hermanos que se habian acogido á la nueva bandera en los pueblos por Santiago recorridos, y se llamaban: Torcuato, hijo de Bilbilis; Iscio, de la florida Turrigio (Tarazona); Eufrasio, de Evia (Sariñena); Terifon, de Tricio (Tauste); é Indalecio, de Caspe.

César-Augusta aun dió dos discípulos mas al Apóstol venerado; y Segundo y Celio llegaron á completar el número nueve, de aquella cruzada tan extraña como sorprendente.»

XCVI.

La Vírgen del Pilar.

Santiago y sus ocho discípulos habíanse establecido en Zaragoza.

En Zaragoza, poblacion importantísima en aquel tiempo segun hemos manifestado, y donde el santo Apóstol esperaba recoger abundante miés de la divina semilla que iba sembrando.

Modesta era la casa que habitaban (1) así como modesta era la existencia que llevaban.

Durante el dia, cada uno de ellos se ocupaba en los trabajos, con cuyo producto atendian á su subsistencia.

Cuando la noche comenzaba á extender su manto sobre la tierra, aquella pequeña colonia salíase por las riberas del Ebro á solazarse algunos momentos.

Entonces Santiago tomaba la palabra.

El reposo de la noche, la luna que rielaba sobre las aguas del caudaloso rio, el perfume de las campiñas, los melodiosos cantos de las aves, aquella sublime armonía con que la naturaleza entera parecia cantar las alabanzas del supremo Hacedor, inspiraban forzosamente al hijo del Zebedeo.

Y salian de sus labios conceptos celestiales que derramaban la paz y la quietud y la alegría en los corazones de sus oyentes.

Nadie podia espiarles, ni nadie, por lo tanto, perseguirles.

Así era que respiraban tranquilos, y al abrigo de esta paz, íbanse cada dia fortificando mas aquellos valerosos obreros del Cristianismo, en la fe, por la que mas tarde habian de entregar su vida gustosos y satisfechos.

Era una noche purísima y serena.

Como las anteriores, Santiago y sus discípulos habian salido á practicar sus cotidianos ejercicios.

El canto del gallo acababa de anunciar la media noche.

Los discípulos de Santiago, bajo la influencia de aquellas tibias y perfumadas brisas despues de haber dedicado mucho tiempo á sus oraciones y á sus pláticas cristianas, tendidos sobre el menudo césped fueron quedándose dormidos.

Únicamente el Apóstol velaba.

Tal vez en aquellas estrellas que en el firmamento brillaban, buscaba la que habia de servirle de guia en su incesante peregrinacion.

Tal vez repasaba en su mente las postreras frases que la Vírgen, Madre del Salvador, le dijera cuando fué á despedirse para dar comienzo á su mision.

De pronto, escucha suavísima armonía, conjunto de celestiales voces, y su asombrada vista sepárase del cielo para buscar en la tierra el lugar de donde salia.

A corta distancia, sobre un pilar de piedra y rodeada de angelicales coros, distingue á la Vírgen que en él fijaba su mirada, conjunto de todas las bondades.

El hijo del Zebedeo cae de rodillas derramando lágrimas de placer.

. . . . . .

Un códice membranaceo, que, segun el P. Croisset se conserva en el archivo de la santa Catedral de Zaragoza, refiere esta piadosa tradicion en los términos siguientes:

Dejemos á la tradicion que hable, que mas hondamente que nuestras frases, han de conmover á nuestros lectores, aquellas líneas con tanta fe escritas, como con tan piadoso respeto conservadas:

(1) Ya nos hemos ocupado de ella al hacer nuestra visita al templo del Pilar.

Dice así:

«Despues de la pasion y resurreccion de nuestro Salvador Jesucristo, y de su ascension á los cielos, quedó la piadosísima Vírgen encargada al cuidado del Apóstol y de san Juan Evangelista. Con la predicacion y milagros de los Apóstoles crecia en Judea el número de los discípulos, y enfurecíanse los pérfidos corazones de algunos judíos, en tanto grado, que movieron una persecucion grande contra la iglesia de Jesucristo. Apedrearon á san Estéban, y quitaron la vida á otros muchos; por lo cual les dijeron los Apóstoles: *A vosotros debia predicarse primeramente la palabra de Dios, pero por cuanto la habeis rebatido y os habeis hecho indignos de la vida eterna, hé aquí que nos convertimos á las gentes.* De esta manera, esparcidos por el universo, segun el mandamiento de Jesucristo, predicaron el Evangelio á todo hombre cada apóstol en la porcion que le habia tocado. Al tiempo de salir de Judea cada uno obtenia la licencia y bendicion de la bendita y gloriosa Vírgen.

«Entre tanto por la revelacion del Espíritu Santo, el bienaventurado Santiago el Mayor, hermano de Juan é hijo de Zebedeo, recibió un mandamiento de Cristo para ir á predicar el Evangelio á las provincias de España. Al punto el santo Apóstol, yendo á la Vírgen, y habiéndola besado las manos, le pedia con lágrimas en los ojos que le diese su licencia y su bendicion. Respondióle la Vírgen: *Vé, hijo, cumple el mandamiento de tu Maestro, y por Él te ruego que en aquella ciudad de España en que mayor número de hombres conviertas á la fe, me edifiques una iglesia á mi memoria, segun yo te lo manifestaré.* El bienaventurado Santiago, saliendo de Jerusalen, vino á España predicando, y pasando por Asturias, llegó á la ciudad de Oviedo, en donde convirtió uno á la fe. De esta manera, entrando por Galicia, predicó en la ciudad de Padron; de allí volviendo á Castilla, llamada España la Mayor, vino últimamente á España la Menor, que se llama Aragon, en aquella region que se dice Celtiberia, en donde está situada la ciudad de Zaragoza, á las riberas del rio Ebro.

«En esta ciudad, habiendo predicado Santiago muchos dias, convirtió á Jesucristo ocho varones, con los cuales trataba de dia del reino de Dios y por la noche salia á la ribera del rio para tomar algun descanso en las eras. En este sitio dormian un rato, y despues se entregaban á la oracion, evitando de esta manera ser perturbados por los hombres y molestados por los gentiles. Pasados algunos dias estaba Santiago con los dichos fieles, á eso de media noche, fatigados con la contemplacion y la oracion. Dormian los ocho discípulos, el bienaventurado Santiago oyó á la hora de media noche unas voces de Ángeles que cantaban: *Ave María, gratia plena*, como si comenzasen el oficio de Maitines de la Vírgen, con un dulce invitatorio; y poniéndose inmediatamente de rodillas, vió á la Vírgen, Madre de Cristo, entre dos coros de Ángeles, sentada sobre un pilar de mármol. El coro de la celestial milicia angélica acabó los Maitines de la Vírgen con el verso *Benedicamus Domino.*

«Acabado esto, María santísima con rostro halagüeño llamó á sí al santo Apóstol, y con mucha dulzura le dijo: *Hé aquí, Santiago, hijo, el lugar señalado y destinado para mi honor, en el cual por tu industria se ha de construir una iglesia en mi memoria: mira bien este pilar en que estoy sentada, el cual mi Hijo y Maestro tuyo le trajo de lo alto por ma-*

nos de Ángeles, al rededor del cual colocarás el altar de la capilla. En este lugar obrará la virtud del Altísimo portentos y maravillas por mi intercesion con aquellos que en sus necesidades imploren mi patrocinio, y este pilar permanecerá en este sitio hasta al fin del mundo, y nunca faltarán en esta ciudad verdaderos cristianos. Entonces el apóstol Santiago, regocijado con una alegría extraordinaria, dió infinitas gracias á Jesucristo y á su santísima Madre; é inmediatamente aquel ejército de Ángeles, tomando á la Señora de los cielos la tornó á la ciudad de Jerusalen, y la colocó en su aposento; porque es aquel ejército de miles de Ángeles que envió Dios á la Vírgen en la hora que concibió á Cristo para su custodia, para que la acompañasen de continuo y conservasen á su Hijo ileso.

«Alegre el bienaventurado Santiago con una vision y consolacion tan maravillosas, comenzó inmediatamente á edificar una iglesia en aquel sitio, ayudándole para ello los ocho que habia convertido. La referida Basílica es de cási ocho pasos de latitud y diez y seis de longitud, y á la cabecera de la parte del Ebro tiene el referido pilar con un altar, y para servicio de esta iglesia, ordenó el bienaventurado Santiago de presbítero á uno de los sobredichos, el que le pareció mas idóneo. Habiendo consagrado despues la referida iglesia, y dejando en paz á los cristianos se volvió á Judea, predicando la palabra de Dios. Á esta iglesia la dió el título de Santa María del Pilar y es la primera iglesia del mundo dedicada al honor de la Vírgen por las manos de los Apóstoles, etc.»

. . . . . .

¿Qué mas podrémos añadir nosotros á esta santa tradicion?

Humilde capilla formaron los nueve cristianos en aquel sitio.

Toscos y sencillos adobes la formaron. Débiles fueron los primeros muros, mas sin embargo, tal era la prodigiosa virtud que encerraban, tan grande el tesoro que en su recinto se hallaba, que ante ellos se detuvieron aquellas feroces hordas del Norte, aquellos bárbaros suevos y vándalos, que todo lo llevaban á sangre y fuego.

Huracanes terribles pasaban rebramando á su alrededor, encrespadas olas de aquel hirviente mar de pasiones desenfrenadas fuéron á besar mansas y tranquilas aquellos ligeros muros que cobijaban el santo Pilar.

Mas tarde, los sectarios del Islam, los defensores de una falsa religion que deseaban por donde quiera hacer que ondease triunfante el estandarte del Profeta, que derribaban templos para erigir mezquitas, llenos de extraño respeto, no solamente no se atreven á reducir á escombros el ya mas fuerte templo del Pilar, si no que ni aun tratan de impedir que los cristianos rindan culto á la Vírgen, objeto particular de su devocion.

Aun el mas incrédulo forzosamente ha de confesar que solo á una milagrosa proteccion, solamente ante la divina esencia, ante aquel pilar por los ángeles guardado, mas que por las fuerzas de los hombres, humillábanse los fanáticos sectarios de las demás falsas creencias, y poseidos de un respeto involuntario sobrecogidos ante la brillante luz que siempre destella la verdad, carecian de valor para hacer sufrir á la iglesia del Pilar la misma suerte que á tantas otras concedieran.

XCVII.

Santa Engracia.

Habia comenzado la décima persecucion contra los cristianos.

Publio Daciano presidente de la España romana, habia llegado á Zaragoza despues de haber hecho tristemente célebre su nombre en Barcino (Barcelona) y Gerona, y por donde quiera que habia ido, como cruel é implacable perseguidor de los cristianos.

Sus primeros actos en Zaragoza bien demostraban lo que seria despues.

Habia á la sazon en la ciudad una noble doncella cristiana llamada Engracia, hallándose discordes los autores, en si era natural de Zaragoza ó si se hallaba en este punto, de paso para el Rosellon, donde debia dar su mano á un poderoso magnate.

Los que tal creen suponen su orígen portugués.

Bien fuera en clase de servidores que vinieran acompañándola desde el paterno hogar, bien como deudos ó dependientes de su casa, si en Cesaraugusta vivia, tenia diez y ocho cristianos como ella, los cuales fueron las primeras víctimas que cayeron bajo la terrible persecucion de Daciano (1).

Engracia al saber tan terrible nueva, poseida de santa indignacion y sin que fueran bastante á detenerla, ni los ruegos de sus servidores, ni el temor que inspirarle pudiera el feroz sicario de los emperadores Diocleciano y Maximiano, abandona su mansion y corre al palacio donde aquel se hallaba.

Apenas estuvo en su presencia, sin intimidarse por el ostentoso aparato con que Daciano apareció ante ella, reprendióle duramente por el crímen que estaba cometiendo, haciendo alarde de la religion que profesaba.

No se necesitaba tanto para excitar los perversos instintos del Presidente.

Ordenó que la prendieran, y despues de haberla azotado hizo que atada á la cola de un caballo fuese arrastrada por la ciudad, como blasfema.

Mas á pesar de tan cruel sentencia no pudo obtener de la jóven la humillacion que exigia.

Procuró entonces vencerla con los halagos, pero inútilmente; la Santa con voz enérgica le dijo, que ni se intimidaba con los tormentos ni cedia á la dulzura; que estaba allí enviada por Dios para reprenderle por sus delitos (2).

Inmóvil y mudo por la misma cólera que le embargaba, quedóse Daciano oyendo á la heróica doncella (3).

(1) Los nombres de los diez y ocho son Optato, Superco, Suceso, Marcial, Urbano, Julia, Quintiliano, Publio, Fronton, Félix, Ceciliano, Evencio, Primitivo, Apodemio, Casiano, Matutino, Fausto y Januario.

(2 Croisset, *Año cristiano.*

(3) «Ofendido Daciano por la generosa libertad con que reprendió Engracia sus crueldades, bramando como un leon enfurecido, dió órden á los verdugos de que empleasen en el cuerpo de la Santa los mas terribles tormentos, á fin de vengar cumplidamente el desprecio que habia hecho de los dioses imperiales: acometiéronla como lobos carniceros y dislocaron todos sus miembros; luego, segun testifica Prudencio que lo vió, fue despedazada con garfios hasta que todo su cuerpo fue hecho una carniceria, le cortaron el pecho izquierdo, viéndose las telas del corazon, y asido de las uñas de hierro salió un pedazo del hígado. Engracia en medio de tantos tormentos, constante en su propósito, perseveraba con semblante alegre en la confesion de Cristo, de manera que hasta los mismos gentiles confesaban que no era posible tal fortaleza, sin algun milagro. Viendo Daciano que la flaqueza de una pobre mujer tenia el pié sobre su poderío, apurado todo el sufrimiento, mandó que la dejasen así con sus lla-

Mas cuando pudo hablar, terribles fueron sus palabras.

Ellas encerraban un mandato cruel, que sus impíos verdugos apresuráronse á ejecutar.

Engracia fue arrastrada brutalmente al lugar del suplicio donde la martirizaron horriblemente, poniendo finalmente término á su existencia hincándole un clavo en la frente.

El dia 16 de abril, por el año 303 tuvo lugar este hecho, con el cual obtenian los romanos un efecto completamente distinto del que se prometian.

La sangre de los mártires era el poderoso abono, el fecundizante estímulo que hacia crecer de una manera considerable el número de los que abrian los ojos á la verdadera luz.

De cada una de las persecuciones, de cada una de aquellas terribles y sangrientas hecatombes, mas poderoso, mas grande, mas imperecedero se levantaba el Cristianismo.

. . . . . .

En vano esperaba Daciano que con los horrorosos castigos que habia impuesto, aterrados los cristianos, apresuráranse á rendir culto á las gentílicas deidades.

Por el contrario, con tanta sorpresa como furor veia que diariamente desertaban de las banderas de los falsos dioses, nuevos adeptos, que corrian á cubrir con creces los claros que dejaran los que acababan de morir.

Discurriendo estaba el medio de hacer un castigo mas ejemplar, y cuando le hubo encontrado, apresuróse á ponerle en ejecucion.

Mandó hacer un pregon, en virtud del cual se ordenaba que todos los cristianos salieran de Zaragoza inmediatamente y fueran á establecerse donde mejor les pareciera (1).

Los cristianos cayeron en el lazo; salieron en gran número de Zaragoza, y cuando mas descuidados caminaban fueron bárbaramente acuchillados por los soldados que Daciano enviara en su persecucion.

gas, á fin de que el dolor prolongado hiciese mas cruel su martirio. Al efecto dispuso que la cubriesen de la cabeza á los piés con una túnica larga, la cual bañada toda de la sangre que manaba de las heridas, se guardaba en tiempo de san Eugenio III arzobispo de Toledo, como testimonio de lo mucho que Engracia habia padecido.

«De esta suerte vivió nuestra santa Mártir, conservándose frescas sus llagas: los dolores muy intensos y agudos que padeció, no hay lengua que los pueda explicar: de modo que, como dice Prudencio, mayor martirio fue el dilatarle la muerte que el dársela; porque vivia con una muerte viva, y cada hora y cada instante revivian y se aumentaban sus dolores. No obstante, el gozo con que llevaba las penas de este nuevo martirio, servian de confusion á Daciano, y á los fieles de estímulo para dar la vida por la misma causa, si fuese menester.

«Finalmente mandó Daciano que la hincasen un clavo en la frente, de la cual es prueba el agujero que se ve en la cabeza de la Santa; y en su templo se venera el clavo ensangrentado que se asegura ser el mismo que la atormentó. Pensó el tirano acabar así de una vez con la que tan visiblemente convencia la impotencia de los falsos dioses: mas como no bastase tampoco esta nueva atrocidad para quitarla la vida, avergonzado por fin de verse vencido por una tierna doncella, ordenó á los verdugos que desistiesen de atormentarla. Refiere Prudencio, que aun sobrevivió Engracia algun tiempo á su martirio, con admiracion de cuantos pudieron entender tan asombroso prodigio para mayor confusion de los enemigos de la religion y recomendacion del poder del verdadero Dios que adoran los cristianos. Á lo que se siguió su felicísimo tránsito en la cárcel, en el dia 16 de abril por los años 303, juntamente con el de sus diez y ocho compañeros á quienes el tirano mandó degollar fuera de la ciudad, segun queda referido.»

De este modo se expresa el P. Croisset á quien tomamos por guia para esta clase de trabajos.

(1) No nos extendemos en esta tremenda catástrofe por habernos ocupado ya de ella al visitar la iglesia subterránea de las Santas Masas.

XCVIII.

Lamberto.

Los martirios llevados á cabo por Daciano, habian producido como en otro lugar hemos dicho sus frutos.

Por cada gota de sangre derramada por los verdugos de Roma, brotaban nuevos creyentes de la verdadera fe.

Lamberto, era uno de ellos.

Los suplicios que habia presenciado, en vez de amenguar su religioso fervor, prestáronle mas poderoso estímulo.

Era el momento, en que los soldados de Daciano, habian cumplido la sangrienta tarea que el gobernador de la España romana les impusiera.

Las cenizas de aquellos mártires, habíalas hecho confundir el tirano, con las de un gran número de criminales, á fin de que los cristianos no pudieran recogerlas, para hacer de ellas un nuevo objeto de culto.

Lamberto, era un sencillo labriego.

Las palabras de aquellos valerosos soldados de Cristo, habian llegado á sus oidos.

Sorprendido al principio, atraido despues por aquella doctrina que tan inefables consuelos proporcionaba al que sufre, comenzó á frecuentar las reuniones cristianas, concluyendo por aceptarlas con tanto ardor y con tan extraordinaria fuerza, como antes siguiera el gentilismo.

El amo á quien servia Lamberto rendia culto á las falsas deidades, y desde el momento en que se apercibió de que su criado era cristiano, mortificábale á cada momento, maltratando á los que profesaban aquella religion.

Precisamente en los momentos en que acababa de verificarse la terrible hecatombe ordenada por Daciano, dirigióse el amo hácia el lugar que Lamberto se hallaba trabajando.

Afligido se hallaba este.

Su amo tomó pretexto de su afliccion para increparle, diciéndole:

—¡Por Júpiter! que bien poco ha cundido tu trabajo hoy.

—Pues en nada me entretuve señor, — contestó humildemente Lamberto.

—Mientes, que entretenido te hallas con tu propio pensamiento.

—Pero no dejo de trabajar por ello.

—Si por cierto; te ocupas con demasiado fervor de las indignas supercherías de esos cristianos, y debes comprender, que tu obligacion primera es la de servirme.

—Y así lo hago señor. Tú mismo sabes, si yo he trabajado en tu casa, y si acreedor soy al trato que en estos momentos me das. En cuanto á lo que de supercherías de los cristianos dices, te suplico que no de tan baja manera les juzgues, cuando escudados se hallan por la divina gracia.

—¿Qué quieres decir?

—Que son acreedores á que se les trate con mas respeto porque á nadie insultan, porque á nadie desprecian.

—Hé ahí en lo que pierdes el tiempo; en escuchar sus sediciosas doctrinas.

—Por el contrario señor, esas doctrinas nos muestran el verdadero camino.

—¡Desdichado! yo te haré que les abandones, pues ya creo que les escuchaste con demasiada atencion.

—¡Abandonar la verdadera religion! ¡cerrar los ojos para no ver la luz verdadera despues que á ella los hube abierto! no lo esperes señor; antes el sol dejaria de calentar la tierra; antes se secaria el caudaloso rio que tanta abundancia esparce por estos campos.

—Silencio siervo, ó juro por los dioses castigar tu impuro labio.

—Mátame si así te place, mas no me obligarás á que reniegue de mi fe.

—Es decir que abandonaste el culto de tus verdaderos dioses.

—De mis falsas deidades querrás decir.

—Calla blasfemo.

—Soy cristiano y no reconozco otro Dios que el grande y misericordioso que presta aliento y vigor á sus criaturas para resistir impávidos todos los tormentos y todas las iniquidades.

—¿Así te atreves á juzgar los mandatos de Daciano?

—De que otro modo puedo hablar de ese sanguinario y horrible proceder con Engracia y sus diez y ocho compañeros.

—Engracia era una miserable criatura que mereció la suerte que obtuvo y sus compañeros una turba de sediciosos embaucadores.

—¡Por piedad señor! ¿á presenciar llegaste el valor y la firmeza de aquella hermosa doncella?

—Aun mas cruel que Daciano, mostrárame yo.

—Y no comprendiste al ver tan débil cuerpo sufrir con tal entereza aquellos bárbaros tormentos, que habia algo en ello de sobrenatural y poderoso, que solo podia ser inspirado por el que murió en la cruz por los pecados de los hombres.

—Merced á sus hechizos, merced al inicuo pacto que tienen hecho con las deidades infernales, sostiénense los cristianos en esos momentos. ¡Oh! bien hizo Daciano acuchillando sin piedad á todos los que se albergaban en César Augusta.

—Hazaña propia solamente de un tigre sediento de humana sangre.

—¡Miserable siervo! ¡tu impura lengua osa ofender al enviado de Roma!

—Por defender á mis hermanos, por ensalzar la religion que ellos profesaban y que profeso yo, por alcanzar la misma gloriosa muerte que ellos alcanzaron, á todo me atreviera.

—¡Oh! juro por los dioses que yo sabré hacer que te arrepientas.

—Mándame cuanto quieras, mas por el Dios á quien venero te ruego que no pronuncies semejantes palabras.

—Desprecio á tu Dios, y en cuanto á tí, obligacion tienes de obedecerme.

—En todo cuanto de mis fuerzas dependa, mas no en lo que puede repugnar á mi conciencia.

—Te mando que vuelvas á la verdadera fe, que rindas culto á nuestros dioses y que abandones una religion que solo entre sombras se oculta por temor á mostrarse á la luz del dia.

—Mas no prosigas señor; tu siervo soy, mandas en mi cuerpo, pero no en mi alma. Esta pertenece á mi Dios, al Dios de los cristianos á quien reverencio y acato, y todos los tormentos del mundo fueran impotentes para hacer que renegase de Él.

—Miserable esclavo, obedece, —exclamó el pagano en el colmo del furor.

—No puedo, que no hay otro Dios verdadero que el mio y no debo abandonarle.

—Mira que tengo tu vida en mi poder.

—Mis hermanos me han enseñado á no temer la muerte, cuando á recibirla voy por mi santa Religion.

—Oye Lamberto, y no me obligues á cometer un acto que mi corazon rechaza. Reflexiona que si persistes en tu necia negativa te expones á morir, mientras que accediendo á lo que te ordeno obtendrás mi estimacion y mejorarás tu estado.

—Perdona señor, si no puedo aceptar lo que me propones. Proclamo muy alto, que soy cristiano, que desprécio los falsos dioses de Roma y que...

Lamberto no pudo proseguir.

Su impío dueño arrebatado de cólera al escuchar aquellas nobles palabras arrojóse sobre el indefenso siervo, y con su propia espada le cortó la cabeza de un solo tajo.

Entonces tuvo lugar un hecho portentoso.

El mutilado tronco se dirigió al sitio donde habia caido la cabeza, recogióla entre sus manos y se alejó del campo en que habia estado trabajando, yendó á reunirse con las cenizas de los innumerables mártires, que como en otro lugar hemos expuesto, habia dejado abandonadas el terrible Daciano.

En el mismo lugar donde este maravilloso suceso tuvo lugar, erigióse mas tarde un convento de Trinitarios, en el cual se conservaba un pedazo de zarza, de la que segun la tradicion habia sido plantada por el mismo Santo.

XCIX.

San Valero.

Valerio ó Valero es, sin disputa alguna, de los mas eminentes prelados que ha tenido la Iglesia española.

Supónesele perteneciente á una ilustre familia y natural de Zaragoza.

Ignóranse los primeros años de su vida, mas sus virtudes y su saber y prudencia, nos legaron, de sus postreros años, recuerdos harto preciados.

Grandes debieron ser sus méritos cuando fue elevado á la silla episcopal de Cesar-Augusta, silla que, como sabemos, habia sido ocupada por tan eminentes varones.

La tartamudez que le aquejaba, impedíale dedicarse á la predicacion, pero Vicente,

su diácono, del cual hablarémos al detenernos en Huesca, sábio y elocuente, suplíale maravillosamente.

En cambio, ya que este cargo tenia que abandonarlo á otro mas feliz que él, llevábase la palma en la bondad, en la piedad y en el celo con que cuidaba de aquel perseguido rebaño, confiado á su cuidado.

Y de tal modo se aumentaba este, tales progresos hacia, que las autoridades romanas cada vez mas inquietas por aquellos extraordinarios progresos de una Religion, que cuanto mas se la perseguia, alzábase mas potente, decidiéronse por oponer mas severas y terribles penas; cuanto mayor era el número de los prosélitos que hacía la nueva Religion.

Daciano, de quien tanto hemos hablado durante el período que vamos recorriendo, al tener noticia de los efectos que en Zaragoza producian los esfuerzos de Valero y las predicaciones de Vicente, mandó los prendieran y los condujesen á Valencia, donde á la sazon se hallaba (1).

Una vez en su presencia reprendióles severamente, y como el Santo prelado no pudiera defender su causa por el impedimento físico de que ya hemos hecho mérito, ordenó á Vicente que lo hiciera en su nombre.

No era necesario este mandato para encender el ardiente corazon del Santo diácono.

Comenzó á hablar y de tal modo enalteció la Religion de Cristo y ultrajó las gentílicas deidades, que Daciano trémulo de furor dió órden de que Vicente fuese terriblemente martirizado y de que Valero saliese desterrado, con prohibicion absoluta de regresar á su diócesis.

Obedeció aun cuando con profundo dolor Valero la órden del impío, y retirándose á un pueblo en las cercanías de Barbastro, edificó un templo en honor de su diácono Vicente, y allí le encontró la muerte en medio de los mas sublimes ejercicios de piedad y de penitencia por los años de 315.

(1) En estos términos refiere el P. Croisset este episodio de la vida del Santo:

«Luego que supo los progresos que Valerio y Vicente hacian en la Religion, les mandó prender, dando órden de que fuesen conducidos á la ciudad de Valencia cargados de cadenas, lisonjeándose que, con las fatigas del camino y malos tratamientos que encargó á los conductores, triunfaria de los dos héroes cristianos que por entonces brillaban en la nacion; pero quedó admirado cuando despues de tan penosa marcha, é incomodidades de la prision, les vió en su presencia tan sanos y robustos, como si jamás hubieran padecido las aflicciones que tanto recomendó.

«Pareció á Daciano que para rendir á los hombres de aquel carácter y reputacion tendria mas eficacia la urbanidad que el rigor, con cuya idea habló primero á Valerio en tono de humanidad, representándole que de justicia pedia su vejez algun descanso y tranquilidad; lo que lograria siempre que obedeciese los edictos imperiales, dirigidos á que todos los vasallos del imperio rindiesen veneracion á los dioses: extrañando que ya en su ancianidad procediese contra ellos á pretexto de religion. ¿Ignorais, le añadió, que los que obran así, se exponen á perder la vida, pues los príncipes del mundo no permiten que se profane el culto antiguo por leyes nuevas é inauditas? Obedece estas superiores órdenes, y mueve con tu ejemplo á que las cumplan tus inferiores, cuando vean que no las desprecia su pastor.

«Oyó Valerio con impaciencia este doloso razonamiento, y no pudiendo explicarse con la expedicion que deseaba su ardor, á causa del impedimento dicho, convertido á Vicente, le dijo: «Hijo carísimo, responde por los dos en defensa de la Religion de nuestro Señor Jesucristo, por cuyo amor somos dignos de padecer.» Hízolo el Santo diácono con tanto espíritu y elocuencia, que ofendido Daciano de su generosa libertad, y especialmente de que en su presencia tuviese valor de declamar contra los delirios de la idolatría, que descargando sobre él su cólera, se contentó con desterrar á Valerio, ó ya porque consideraba que no lograba ningun triunfo en vencer á un hombre de su avanzada edad, ó por parecerle que á virtud de sus años seria de pocos momentos la eficacia de su predicacion para sostener y alentar á los cristianos, sin la voz viva de Vicente.

«Sintió nuestro Santo en el alma la separacion de su amado diácono; pero siéndole preciso obedecer la providencia del tirano, se retiró á un pueblo pequeño llamado Enate, distante una legua de Barbastro.»

C.

Descanso de nuestros viajeros en Zaragoza.

—Pues señor ya estamos como quien dice, en casa,—exclamó Azara al penetrar en Zaragoza, de vuelta de su corta expedicion á la Almunia.

—Donde segun nuestro itinerario debemos invernar ¿no es así?

—Sí señores, aquí pasarémos todos estos meses que son excesivamente crudos para andar por esos caminos, y para marzo, emprenderémos nuevamente la caminata, si es que para entonces no se les ha calmado ya la aficion á viajar.

—¿Quiere V. callar?

—Cada dia me siento mas dispuesto, no solamente á dar la vuelta por España si no á darla al mundo; se entiende, llevando un guia como V.

—Gracias Sr. Pravia.

—Todos mis compañeros de fijo que estarán conformes conmigo.

—Todos.

—Mira Azara,—dijo Castro —cuanto mas amigos mas claros; tú debes comprender que no es lo mismo estar ocho ó diez dias en una casa, que dos ó tres meses, por lo tanto soy de opinion que nos vayamos á la Fonda del Universo.

—Dice bien Castro —exclamaron Sacanell y Pravia.

—¿Cómo que dice bien?—exclamó Azara incomodado— ha dicho, pero muy mal.

—No te incomodes, hombre, no te incomodes; tú mismo comprenderás que en ese tiempo forzosamente hemos de llegar á ser incómodos, porque ya tú ves que no somos nosotros solamente, son nuestros criados y...

—¿Quieres callar?

—Si callo no hablaré, y me parece que para esto estamos reunidos.

—Yo tambien opino como Castro.

—Me abandona V. D. Cleto.

—Me parece muy justo y muy razonable lo que dice.

—Vamos, si les oyera á Vds. mi padre, no sé lo que les diria.

—Ya nos escucha su hijo.

—Y su hijo se opone terminantemente á esa tontería dicha por Castro, porque sus amigos no le sirven ni le servirán nunca de estorbo.

—Convénzase V. amigo Azara, de que la amistad y la confianza tienen sus límites tambien, de los que no deben pasarse nunca.

—Que límites ni que niño muerto; yo lo que digo es, que Vds. no saldrán de mi casa en todo el tiempo que hayan de permanecer en Zaragoza, así como mañana que lleguemos á Jerez no saldrémos de la casa de Castro; en Barcelona, no abandonarémos la de Sacanell y en Santiago, la de ese condenado gallego á quien hemos de comer un riñon en el tiempo que estemos allí.

—Permiso teneis para hacerlo desde ahora.

—Ya lo creo, si no tienes nada en ella.

—Vaya, si tal, tengo á mi administrador.

—Que estará tan gordito y tan orondo á tu costa y que concluirá por tornarse esférico, mientras que á tí te habrá dejado convertido en espíritu.

—No lo creais; mi administrador es un hombre honrado.

—Hé ahí una excepcion de los administradores, que generalmente engordan siempre á costa de sus administrados.

—El mio, es ya una especie de mueble que va anejo á nuestro patrimonio.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo. Desde tiempo inmemorial está administrando nuestros bienes y así como nosotros nos hemos ido sucediendo, de igual manera ellos tambien de padres á hijos han venido quedándose en la casa.

—Eso tanto les honra á ellos como á vosotros.

—Cuando vayamos á mi casa, que inútil es os diga que es la vuestra, veréis cien ejemplos de esa especie de consideracion que yo llamo deber, y que me complazco en cumplirlo. Muchos de nuestros criados han conocido á mi abuelo, á mi padre y á mí. Arrendadores tenemos, que no sé las generaciones que vienen sucediéndose en aquellas heredades, y hay habitaciones en mi casa solariega que todavía conservan el mismo moviliario de hace algunos siglos.

—Raro ejemplo que debiera imitarse, pues nada mas agradable que ver los lugares y las personas que no solamente le vieron á uno nacer, si no que tambien han conocido á sus padres y les han servido fielmente.

—Eso sí, creo que todos ellos sin exceptuar uno, se dejarian matar por mí.

—Pues amigo mio,—repuso D. Cleto,—consérvelos V. así, que el mejor legado que puede V. dejar á sus hijos es esa lealtad, esa fidelidad á toda prueba que representa todas las bondades, todo el buen proceder que recíprocamente se han tenido ustedes.

—Con que quedamos en que no hay nada de fondas ¿eh?—dijo Azara á la par que entraban en Zaragoza.

—Tú mismo debes comprender que son justas mis observaciones.

—Nada, nada, si no venís á casa, yo, mañana que estemos en vuestras respectivas poblaciones, tampoco voy á las en que habiteis.

—¡Hombre! eso es demasiado.

—Lo dicho, dicho.

—Pues no tendrémos otro remedio que aceptar.

—Pero protestando que lo hacemos á la fuerza.

—Protestar cuanto querais, pero aceptad.

—Dicho está. Vamos á tu casa.

Una vez en casa del *aragonés* dijo Azara á su padre.

—Querrá V. creer que estos señores han dado en la rara manía de que van á sernos molestos y que han tratado de marcharse á la fonda.

—¡Otra! ¿Y tú qué les has dicho?

—Ya lo ve V., los traigo aquí en justo castigo de su crímen.

—Y aquí han de hacer Vds. penitencia con nosotros, que quieran que no, —contestó alegremente el anciano.

—Todavía volverémos á recorrer todos los sitios que hemos visitado á la ligera y todavía pasarémos mas de un rato agradable.

—Estando con Vds., sobrado agradablemente hemos de pasar el tiempo.

—Nada de cumplidos.

—Si no lo son.

Y de esta manera estuvieron hablando largo tiempo.

Dos dias llevaban nuestros amigos en Zaragoza, cuando una mañana entraron á avisar á Castro de que un caballero preguntaba por él.

Sorprendido quedó el andaluz porque no podia caer en quien seria la persona que á él le buscase particularmente.

Así fue que se apresuró á dar órden para que pasase quien fuera.

Al ver á su visitador, una exclamacion de alegría se exhaló de sus labios, y abrazando al recien llegado, exclamó:

—¡Diablo! Sr. Pascual! ¿Quién hubiera de creerle por aquí?

—¡Toma! tenia que venir á cobrar una partida de trigo que vendimos no hace muchos dias, y me dijo *la parienta,* pues mira, Pascual, llégate á ver si ves á nuestro futuro *yelno.*

—Se lo agradezco mucho. ¿Y María Antonia?

—¡Toma! tan fresca y tan guapa que *paece* un boton de rosa; aunque me esté mal *icirlo* á mí, que soy su padre, es el encanto de Guadalajara. ¿Y V., cuándo viene por allá?

—Tentaciones me están dando de acompañarle. ¿Cuándo se va V.?

—Yo, segun y cómo. Si cobro esos cuartos de aquí al sábado, *pué* muy bien que me vaya en el tren correo para estar el domingo con la familia. ¿Y D. Cleto? ¿Qué tal va con esos viajes?

—Mas tieso que un huso y mas fuerte que un roble.

—¡Diablo de hombre, y qué acartonado que está! Creo que no le he conocido enfermo una vez siquiera. Y mire V. que tiene años.

—A todos nos aventaja en buen humor y en firmeza para soportar las fatigas.

—¡Oh! eso sí que lo creo, porque allá en el pueblo siempre le tenia V. andando de acá para allá, recorriendo montes y vericuetos y sin cansarse nunca.

—Así se ha conservado tan bueno, y tan sano y tan ágil.

—¿Y sus amigos de V.?

—Perfectamente bien, y por cierto que se van á alegrar muchísimo de verle.

Y Castro se dirigió, acompañando á Pascual, á la habitacion en que se hallaban sus compañeros.

Al verle estos le estrecharon la mano cordialmente, apresurándose Azara á decirle:

—Vaya, Pascual, ya no sale V. de casa.

—Eso sí que no, señor. Yo estoy ahí, en una casa de huéspedes, y aquí les serviria de molestia.

—Por ningun estilo; tampoco les servimos á Vds. en su casa, y eso que éramos unos pocos.

—Vds. ya es diferente.

—Nada, no admito excusa alguna. Ahora mismo irá el criado á buscar los efectos que haya traido, y ya no se mueve de aquí; pocos deseos que tiene mi padre de conocer á V.

—Pero, Sr. de Azara, *mie* V. que yo no sirvo para hacer cumplimientos, porque *hayá* en nuestra tierra sabe V. que no se gastan.

—Pues, precisamente está V. en otra en que no los queremos ni poco ni mucho.

—Ea, Sr. Pascual, descortesía fuera no aceptar lo que tan cordialmente se le ofrece. Si no lo acepta, mi amigo Azara se ofenderia.

—Eso sí que no lo quiero.

—¿Entonces acepta V.?

—Pero si ya le he dicho...

—Aquí estará como en su casa. Ni á mi padre ni á mí nos han agradado jamas los cumplimientos, por lo tanto es V. de los nuestros.

El buen Pascual no tuvo otro remedio que aceptar.

Los padres de Azara le recibieron cordialmente, pues ambos sabian tanto lo bien que con su hijo se portaran durante su estancia en Guadalajara, cuanto el próximo parentesco que mas tarde habia de mediar entre Pascual y Castro.

Aquella tarde estuvo á visitar á nuestros amigos, Federico, aquel escritor aragonés amigo de Azara, que en algunas ocasiones habíales referido varias leyendas que hiciera, basadas sobre las tradiciones de Zaragoza.

—¡Hola! ¿íbamos á salir de paseo?—preguntóles al ver que se disponian á salir de su casa.

—Con eso nos acompañarás, si quieres,—contestóle Azara.

—¿Que si quiero? pues ya lo creo; precisamente un paseo por nuestra ciudad, y en compañía de amigos queridos, es cosa que me agrada extraordinariamente.

—Gracias, por nosotros.

—Vamos, vamos á la calle y dejémonos de gracias.

—Tienes razon, chico, esa ya es una forma muy anticuada y mucho mas para nosotros.

Y diciendo y haciendo, salieron á la calle tomando la direccion que primeramente se les ofreció.

—¿Dónde vamos?—preguntó Pravia.

—Al azar; atravesemos algunas calles y verémos si en ellas encontramos algo que nos preste materia para pasar agradablemente el tiempo.

—Y díme Federico ¿se imprimió ya el libro que nos ofreciste?

—Sí, y por cierto que tengo en casa los ejemplares que he destinado para tí y para estos señores.

—¿Por qué no los has traido?

—No sabia al salir de la mia que iba á ir á tu casa. Ya sabes que yo soy así; pocas veces voy á un punto determinado de antemano; salgo á la calle y donde primero se me presenta allí entro.

—¡Caramba! que nombre tan lúgubre tiene esta calle,—dijo Castro mirando el letrero de una en que á la sazon penetraban.

—Calle del Sepulcro; es verdad,—dijo Sacanell.

—Aquí en esta calle se encuentra un callejon sin salida, que tambien tiene su historia.

—Hé aquí precisamente lo que buscábamos,—repuso Castro alegremente.—Ya tenemos para pasar la tarde agradablemente.

—¿Por qué?—dijo Pravia.

—¡Ah! maldito gallego, que torpe eres; no comprendes que existiendo por aquí un callejon que tiene historia, y yendo con nosotros Federico que es el *leyendista*, y perdóneseme la palabreja, de Zaragoza, por fuerza habrá hecho algo basado en ese acontecimiento.

—Es verdad—repuso Azara.—Habla chico, habla que ya oyes lo que dicen de tí.

—El amigo Castro ha dicho bien, tengo una cortísima leyenda aneja á ese sitio.

—¿Cuál es?—preguntó Azara.

—El callejon de Ezmir.

—Es verdad.

—Restos quedan todavía del famoso solar de esa poderosa familia.

—Pero la leyenda ¿viene ó no viene?

—No se impaciente V. que para oir malos cuentos, siempre habrá lugar.

—No tal, que recuerdo las bellísimas que ya nos ha contado, y no dudo que esta no desmerecerá de sus hermanas.

Federico dió comienzo á su narracion en estos términos:

. . . . . .

Era el año de 1379.

D.ª Brianda de Luna habíase casado contra su voluntad con el rico-hombre D. Lope Jimenez de Urrea.

La dama, era hermosísima y tan altiva como hermosa.

El esposo, era anciano, y gastado ya por los excesos y las campañas, que en aquella época tan frecuentes y tan rudas eran.

Casamiento concertado por la poderosa familia de los Lunas, mas ganosa de añadir á sus cuarteles los de la muy noble casa de Urrea, que de consultar las inclinaciones de la jóven, dió por resultado que la esposa comenzara á llorar al dia siguiente de sus bodas, para concluir sublevándose contra el destino que la habian impuesto.

Hubo un tiempo en que los padres de D.ª Brianda trataron su matrimonio con un su primo, de la noble estirpe de los Cornel, llamado D. Luis.

Pero este marchóse á la guerra, en ella continuaba y mientras tanto D. Lope Jimenez de Urrea de tal modo se hizo valer, que consiguió llamar su esposa á la bellísima dama.

Eran las últimas horas de la tarde.

D.ª Brianda hallábase sola en su cámara, cuyas ojivas ventanas daban al rio.

Pensativa contemplaba deslizarse las bulliciosas aguas, mientras que entre sus párpados temblaba una lágrima, gota de amargura y de dolor que el corazon enviaba hasta sus ojos.

De pronto, sacóla de su muda contemplacion la atiplada voz de un pajecillo que apareciendo en la puerta de la estancia, dijo:

—El alto y poderoso Sr. D. Luis Cornel demanda vuestra vénia para hablaros.

—¡Él!—murmuró la dama sintiendo que sus mejillas se enrojecian, y que su corazon latia con extraordinaria violencia.

Y no pudo contestar en los primeros momentos.

El paje tornó á decir:

—¿Oisteis señora?

—Sí,—repuso D.ª Brianda haciendo un esfuerzo,—ya te oí. Díle que pase.

Momentos despues un gallardo y apuesto caballero penetraba en la cámara.

Apeñas el tapiz que cubria el hueco de la puerta hubo caido, el caballero que ceremoniosamente saludara á la dama al aparecer en el umbral, corrió hácia ella diciéndola con tembloroso acento:

—Háblame por piedad, Brianda mia, díme que esto es un sueño; que tú no estás casada con D. Lope, que sigues siendo mi Brianda bien amada. ¡Oh! dí que me han mentido.

La dama solo pudo contestar con un gemido.

Gemido que expresaba con harta elocuencia la verdad que D. Luis no queria creer.

—¿Con que es cierto?—dijo este al cabo de algunos segundos.—¿Con que así has burlado mi fe? ¡Oh! ¿qué merece la mujer que de tal manera engaña al hombre que en ella fiara honra, placer y vida? ¿Qué merece la que perjura se olvida de juramentos de eterna fidelidad y constancia, de protestas de acendrado amor y cariño? ¡Oh! mientras yo ganoso de gloria por tí, derramaba mi sangre en los combates para alcanzar nuevos laureles que ofrecerte, tú ingrata, riyéndote de mis afanes te arrojabas en los brazos de otro hombre. ¿Qué merece tu indigno proceder?

—Calla por piedad.

—No puedo, que tengo partida el alma por tu falsía, y vine aquí para arrojarte al rostro sus sangrientos restos.

—Escúchame y ten compasion de mí.

—¿La tuviste acaso de mi desventura?

—¿Soy yo tan feliz? Mírame Luis; mira este rostro donde el dolor estampó sus terribles huellas, y díme si es el mismo de los plácidos dias de nuestros amores.

—La que obra como tú ¿qué mucho que no sienta dentro de su pecho cual torcedor implacable la desastrosa voz del remordimiento?

—Una sola palabra puedo decirte y esa debe satisfacerte.

—¿Cuál?

—Yo no dí mi mano á D. Lope. Casáronme con él y bien caro me ha costado.

—¿Qué dices?

—¿Que mi voluntad no fue consultada para nada; que en vano me opuse cuando á mis oidos llegó de lo que se trataba; que fuí villanamente arrastrada al altar; que mis labios apenas pudieron pronunciar el sí, que de ellos se exigia, y que nunca, nunca he dejado de amarte.

—¡Oh, si te pudiera creer!

—No dudes Luis, no dudes y en prueba de ello que si antes no hube dado un paso que me avergonzaba por mas que lo creyera indispensable, fue porque me hallaba sola, porque no tenia junto á mí persona de quien fiarme.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo no puedo continuar siendo la esposa de D. Lope.

—¡Brianda!

—No; entablaré la demanda de divorcio porque tengo poderosas y fuertes razones en que apoyarla; porque me es absolutamente imposible vivir así.

—¿Acaso te maltrata? Habla, dímelo, porque si así fuera, yo te juro que mi nombre....

—Nada Luis; nada jures porque nada debes hacer. De cuanto tú hicieras, responsabilidades exigieran á mi honor. Déjame, y si dispuesto á ayudarme te encuentras, ayúdame á conseguir lo que deseo.

—¿Qué si estoy dispuesto á ayudarte? pues ¿acaso he tenido otro pensamiento, otra idea, otra existencia que la que constantemente soñara junto á tí? ¡Ay, Brianda! cuán injusta te me muestras diciendo tales palabras. Habla ¿qué quieres?

—Separarme de D. Lope.

—Esta misma noche tendrás una barca prevenida al pié de esas ventanas.

—¡Oh! no Luis; tu pasion te ciega, no es así como yo debo salir del palacio de D. Lope.

—Necio de mí que por un momento hube de creer que todavía me amabas.

—Y te amo Luis; te amo cual tú mismo no puedes comprender, y por lo mismo quiero salir de aquí tan honrada como entré.

—No te comprendo.

—Saldré en virtud del repudio que hago de un esposo indigno, repudio que la ley debe proteger y ayudar la justicia.

—Pero...

—Mañana presentaré al arzobispo de Zaragoza, nuestro pariente, la demanda de divorcio.

—Pero si ellos mismos hicieron tu union ¿cómo han de querer deshacerla?

—¡Oh! es verdad.

—Si como tú dices tu voluntad no se consultó para nada, si fue solamente la obra de ellos ¿crees que quieran destruirla?

—No importa; mi deber es obrar así.

—Mas y si la deshechan, si no te atienden, si te condenan...

—Calla.

—Si te condenan á permanecer al lado de ese hombre indigno de llamarse tu esposo ¿qué harás?

—No lo sé.

—Si me amaras, pronto hubieras contestado.

—Si no te amara no sufriera mi corazon.

—Perdóname Brianda mia, perdóname porque en el estado que me hallo, apenas si tengo conciencia de lo que digo.

—La prueba de que te amo te la ofrezco en el paso que voy á dar.

—¿Pero si no resulta lo que esperas?

—Dios me ayudará.

—Y mi esfuerzo tambien. A corta distancia de Zaragoza, tengo mi roquero castillo de Aljafarin, fuertes son sus murallas, y mas fuertes todavía los pechos de mis soldados. Una sola palabra tuya, y puéblanse los adarves de valientes que á mi voz se dejarán matar por ti. Una barca nos llevará allá. Habla y pronto estamos fuera de este palacio.

—No todavía.

—Mas...

—Déjame que intente ese medio que no me atreví á poner en práctica, porque me veia sola y abandonada; porque presentia lo que tú mismo acabas de decir, que no admitieran mi demanda y me viera obligada á seguir viviendo con un hombre á quien destesto, que solo desprecio puede inspirar.

—Pues bien, á tus órdenes estoy. Mándame lo que quieras, pero te advierto que desde hoy todas las noches tendré una barca al pié de esas ventanas y yo estaré en ella. Una palabra tuya me pondrá inmediatamente á tu lado.

—Gracias.

No tardó mucho tiempo D. Luis despues de pronunciadas estas palabras en abandonar la cámara de su prima.

Esta le dió algunas instrucciones sobre lo que debia hacer, y cuando el jóven hubo partido, dejóse caer de rodillas ante el rico reclinatorio murmurando:

—¡Dios mio! ayudadme, que bien sabeis la razon que me asiste.

. . . . . .

Largo tiempo hacia que la noche habia cerrado por completo.

Los pajes habian encendido las lámparas que iluminaban la estancia de la dama, sin que esta se hubiera apercibido de ello.

Una voz que resonó á corta distancia de ella la hizo extremecerse y alzar la cabeza sobresaltada.

D. Lope Jimenez de Urrea estaba á su lado.

El anciano esposo fijaba en ella una mirada indescribible.

—Señora,—la dijo, —he sabido que vuestro primo, D. Luis Cornel, está de vuelta en Zaragoza.

D.ª Brianda contestó:

—¿Y por qué me decís eso?

—D. Luis fue en otro tiempo vuestro amante.

—¡Caballero!

—Sé que há poco vino á visitaros.

—Proseguid.

—Y como quiera que tales visitas pudieran empañar vuestra honra, que es la mia, os prevengo que no deben repetirse.

—No puedo comprenderos bien porque no quiero saber lo que pensásteis de mí.

—Fácil es de comprenderlo.

—No tal, si es que tratais de ofenderme.

—Oféndenme á mí esas visitas.

—Valiéraos mas no haberme inferido la ofensa de enlazaros conmigo, caballero, y tened en cuenta que para guardar mi honra bástome yo misma, sin necesidad de vuestras escitaciones.

—Vuestro deber es obedecerme.

—Otros debieran haber sido vuestros deberes y no los habeis cumplido.

—No evoquemos el pasado cuando hablándoos estoy del presente.

—Basta ya, D. Lope; há tiempo que os dije que todo habia terminado entre nosotros. Vos abusásteis indignamente y me condenásteis á perpétuo llanto. Salid de mi cámara y no añadais otro nuevo ultraje á los que ya me hicísteis.

—Duéleme en el alma, señora,—repuso D. Lope con irónico acento,—no poder acceder á vuestra demanda. Canseme ya de ser vuestro juguete y debeis comprender que soy vuestro esposo.

—Mi tirano diréis mejor, mi verdugo, pues solo mi muerte apeteceis.

—Pensad lo que mejor os plazca; soy vuestro esposo, y tengo derechos sobre vos, á los cuales es inútil que trateis de sustraeros.

—Lo verémos.

—Harto visto lo tengo, y os prevengo que si hasta aquí cedí á vuestros locos caprichos, resuelto estoy á que esto no suceda mas.

Y pronunciadas estas palabras, D. Lope salió de la estancia de su esposa.

. . . . . .

Al dia siguiente esparcióse por Zaragoza una noticia que produjo una sensacion extraordinaria.

D.ª Brianda de Luna habia abandonado el palacio de su esposo.

Presentó su demanda de divorcio fundada en causas harto vergonzosas para su esposo, al prelado de Zaragoza y á los abades de Montearagon y Veruela, y fué á esperar su decision á casa de una tia de D. Luis Cornel.

D. Lope Jimenez, ofendido por aquel infamante y vergonzoso borron arrojado sobre él, reunió inmediatamente á todos sus parciales y amigos, aprestándose á luchar en todos los terrenos contra los favorecedores de D.ª Brianda.

Mala consejera fue la pasion para la dama, pues no tuvo presente que el inconveniente paso que diera, no solamente concitaba contra ella las iras de los parientes de su esposo, si no que tampoco podian favorecerla los mismos propios.

La llegada de D. Luis acabó de trastornarla; la adormecida pasion alzóse mas potente, cególa, y la arrastró al mas horrendo de los precipicios.

Ni el arzobispo ni los abades accedieron á su demanda.

Era demasiado escandaloso el hecho para que le dieran su asentimiento, y el orgullo y la altanería de la dama habíanse mostrado demasiado patentes para que pudiaran aprobarlos.

Así fue, que si interés habia inspirado desde el principio aquella hermosa dama, enlazada á un anciano, sin dotes ni condiciones para interesar un corazon sediento de amor, desde el momento en que sucedió lo que acabamos de referir, el interés y el afecto trocáronse en indignacion y en ira.

D.ª Brianda soportó con firmeza aquella censura de la nobleza y mostróse mas altiva que nunca.

El arzobispo pronunció su sentencia en aquel extraño é indecoroso litigio, y en virtud de ella, la dama se vió obligada á volver al palacio de su esposo.

Al abandonar la casa en que buscara un asilo, D. Luis con el semblante ceñudo y sombrío, tembloroso de ira la preguntó con voz trémula:

—¿Qué piensas hacer Brianda?

—Esta noche te lo diré, - contestóle la dama que se hallaba no menos sombría y preocupada.

—A buscar tu respuesta iré.

—No faltes.

Y tras estas palabras siguió á los que habian de conducirla al lado de su esposo.

. . . . . .

Iba á mediar la noche.

Todo era reposo y quietud en la ciudad.

El palacio de los Ezmirez, donde moraba D. Lope Jimenez de Urrea, parecia hallarse disfrutando de la misma calma que el resto de la ciudad.

Sin embargo, no era así.

D.ª Brianda se hallaba, como la vimos por primera vez, cerca de las ventanas contemplando las murmuradoras aguas del caudaloso Ebro.

Cada ligero rumor que percibia hacíala dirigir la vista en la direccion que se escuchara.

Y viendo que el tiempo se pasaba y que no iba el que ella esperaba, separábase impaciente de la ventana murmurando:

—Si no vendrá.

Pero otra vez y, como á su pesar, atraíala aquella funesta ventana, y sus miradas se perdian en la oscuridad del espacio.

Por fin le pareció percibir un ligero rumor.

Latió su corazon con violencia.

Dilatáronse sus ojos cual si quisieran aumentar la intensidad de su mirada para penetrar en aquel mar de tinieblas.

Y el rumor fue escuchándose cada vez mas distinto.

Parecia que una barca se deslizaba silenciosamente por la corriente del rio.

Y era tan débil el ruido que hacia, con tal cuidado la guiaban sin duda, que únicamente el oido de un amante pudiera percibirlo.

La lámpara que habia en la estancia de Brianda debia servir de guia sin duda á los de la barca porque esta se detuvo al pié de la ventana.

—Brianda,—exclamó una voz desde abajo.

—Aquí estoy,—contestó la dama.

—He cumplido tu deseo.

—Gracias, Luis; ¿traes una escala?

—Prevíneme con ella, mas temo no acertar á clavar los garfios en la ventana.

—Espera.

Y la dama penetró en su cámara, cogió un cordon de seda que prevenido tenia, y dijo lanzándole á la barca:

—Ata la escala á este cordon.

Momentos despues decia á su vez D. Luis:

—Ya está.

Entonces la dama comenzó á recoger el cordon, y bien pronto la escala quedó asegurada en la ventana.

D.ª Brianda se dirigió á la lámpara y la apagó.

De nuevo asomóse á la ventana y dijo:

—Sube.

D. Luis llegó hasta asomarse al antepecho de la ojiva y D.ª Brianda le detuvo.

—¿No me dijiste que en tu roquero castillo de Aljafarin podríamos encontrar un asilo seguro?

—Sí.

—¿Te atreves á luchar contra los que osen ofenderme?

—Mi vida diera por tí, Brianda mia;—repuso el enamorado mancebo.

—Pues bien, tuya soy, porque tuyo es mi amor. Huyamos de aquí.

Y la infiel esposa subió al alfeizar de la ventana, y ayudada por D. Luis descendió hasta la barca.

Una vez en ella, esta se alejó siguiendo el curso del rio.

D.ª Brianda acababa de descender al abismo á que su insensata pasion y su orgullo la condujeran.

La que no habia vacilado en hacer objeto de ludibrio el nombre de su esposo, habia arrojado sobre sí una de esas manchas que difícilmente pueden borrarse.

. . . . . .

Al dia siguiente todo era animacion y movimiento en el palacio de los Ezmirez.

D. Lope Jimenez apenas supo la desaparicion de la esposa reunió á todos sus deudos y amigos.

Los Lunas y los Urreas hallábanse en la espaciosa cámara de honor del vasto edificio.

D. Lope les dijo lo que habia pasado.

Hiciéronse pesquisas inmediatamente y no tardó en saberse que D.ª Brianda se hallaba en el castillo de Aljafarin.

Semejante noticia llenó de ira á los Lunas y Urreas.

Inmediatamente el ofendido esposo y los ofendidos parientes de D.ª Brianda, enviaron un heraldo á D. Luis Cornel, apercibiéndole que de no entregar la dama que en su castilllo se encontraba, entrarian por sus tierras llevándolo todo á sangre y fuego hasta tomar cumplida venganza de tamaño desafuero.

La respuesta de D. Luis, fue reunir á sus parciales y comenzar las hostilidades contra los que consideraba como sus enemigos.

Causas formadas por tan culpables hechos, deben producir efectos muy deplorables.

Así sucedió en este caso.

Poderosos los dos bandos, dieron comienzo á una guerra de exterminio, en la cual poco á poco fueron mezclándose de una y otra parte ricos magnates que llevaron la consternacion por todo el reino.

En vano trataron algunos prudentes caballeros y religiosos varones de poner término á tan sangrientas contiendas.

D.ª Brianda cada vez mas orgullosa rechazaba todas las proposiciones de paz, prefiriendo el deshonroso estado en que se hallaba, á obtener el perdon de su esposo.

Y la guerra asolaba los pueblos, talaba los campos, causaba innumerables victimas llevando la desolacion y el espanto por todo el reino.

Terribles son las páginas que en la historia aragonesa forman la guerra de estos bandos, que haciendo brotar por doquiera espantosos clamores, hubieron de obligar por fin al rey D. Pedro IV el *Ceremonioso*, que ocupaba el trono de Aragon, á tomar cartas en el asunto.

Pero su autoridad fue desconocida por los altivos Corneles.

Sus mensajeros apenas fueron escuchados, y sus amonestaciones y sus mandatos desobedecidos.

Entonces ya no tuvo otro remedio el Monarca que obrar con energía y severidad.

Conocido el carácter de D. Pedro, fácil es de comprender que no abandonaria su empresa sin haberla dejado terminada por completo.

Un dia vieron aparecer los defensores del castillo de Aljafarin, lucida hueste que situándose ante sus muros preparó los ingenios y máquinas necesarias para batir las robustas murallas.

El pendon real ondeaba al viento en el campo de los sitiadores.

D. Luis apercibióse para una defensa tanto mas obstinada, cuanto que comprendia que no obtendria piedad ni gracia.

D.ª Brianda, la culpable esposa no se separaba de su lado; cuanto mas próxima se hallaba á sucumbir, mas indomable, mas altiva, mas enérgica se mostraba.

Era la personificacion del ángel malo con su audacia y su orgullo, con su fatal hermosura y sus ardientes pasiones.

Los soldados de D. Pedro dieron el asalto.

El roquero castillo de Aljafarin fue tomado, sus defensores pasados á cuchillo y la soberbia mole asolada.

D.ª Brianda fué á terminar sus dias en la soledad del claustro entre el acerbo remordimiento de sus pasados extravíos y el dolor por la suerte á que arrastrara á D. Luis.

El rey de Aragon templó su iracunda saña, merced á los empeños de poderosos magnates, y el desdichado amante de D.ª Brianda fue encerrado en perpétua prision.

Tal es la tradicion que corrobora la historia y que va aneja al antiguo solar de los Ezmirez, en el callejon, que como hemos dicho, lleva su nombre.

. . . . . .

Con sumo placer estuvieron escuchando los jóvenes el relato de Federico, con el cual pasaron toda la tarde en agradable compañía.

Cuando regresaron á su casa, encontráronse á Pascual que se disponia á regresar á Guadalajara.

—Pues ¿cómo es eso? — preguntóle Castro.

—¡Toma! me han pagado esta tarde, y como que la familia siempre le llama á uno, como aquel que dice, he pensado marcharme esta noche en el tren correo y mañana *trempanito* estaré en casa.

—Pero hombre, espérese V. un par de dias mas siquiera, — le dijo Azara.

—Ca, no señor, yo me estaria de *guena* gana; pero en casa hago falta y aquí aunque Vds. digan otra cosa, yo les sirvo de estorbo y...

—¿Quiere V. callar, hombre de Dios? Por el contrario nos favorece mucho el tenerle en nuestra compañía.

—Ustedes se privan de comer á la hora que tienen de costumbre porque yo coma á la en que comemos en Guadalajara; Vds. se mortifican porque yo vaya en su compañía y... vamos, que yo estoy ya haciendo falta en casa.

—Vuelvo á repetirle que nosotros estamos muy satisfechos con tenerle aquí, y que si en algo nos violentásemos no lo haríamos.

—Ya he puesto un parte en el *telegráfo* avisando á la Robustiana mi llegada, asi que ya no tiene vuelta de hoja la cosa. Esta noche he de marchar.

—Pues siendo tan pronto, yo no puedo acompañarle como deseaba—dijo Castro,—pero mañana ó pasado iré para allá.

—Cuando V. quiera.

Inútiles fueron las tentativas de los jóvenes para detenerle.

Pascual tenia el buen sentido suficiente para comprender que su lugar no estaba al lado de aquellos elegantes jóvenes que tenian amigos de su misma clase, y que estos mas intolerantes y menos dispuestos á mirar el fondo, juzgaban solo por las apariencias, y se reian, mortificando con esto á sus amigos.

Aquella noche, partió como habia dicho, en el tren correo, llevando el encargo de anunciar la próxima llegada de D. Cleto y de Castro.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO PRIMERO.

PÁG.

CAPÍTULO I. Preparativos de viaje. 11
CAP. II. Salida de Madrid.—*Vicálvaro.—Torrejon de Ardoz.* 15
CAP. III. ALCALÁ DE HENARES.—Descripcion geográfica.—Situacion de la antigua Complutum.—Historia religiosa.—Aspecto actual de la poblacion.—Causas de su decadencia.—Monumentos.—Historia civil y política.—Varones célebres hijos de Alcalá.—Acontecimientos importantes que han tenido lugar en ella.—Produccion, estadística, agricultura é industria. 23
I. La antigua Complutum. 24
II. El colegio de San Ildefonso.—Su fundador el cardenal Cisneros. 26
III. Palacio arzobispal. 34
IV. Hospitales.—Colegio del Rey.—Colegio de Jesuitas. 36
V. La iglesia Magistral.—Santa María la Mayor. 38
VI. La Biblia poliglota. 41
VII. Visita á la campiña de Alcalá.—Su estado actual.—Produccion.—Industria.—Agricultura. 42
VIII. Alcalá eclesiástica y judicial.—Los mártires de Alcalá. 46
IX. Acontecimientos históricos de Alcalá.—Sitio de Alcalá por Fernando I el Magno. 52
X. Últimos momentos de Fernando I.—Alfonso VI.—Conquista de Al-Kaala. 58
XI. Aumento de la poblacion de Alcalá.—El emperador Alfonso VII.—Consecuencias que tuvo para Alcalá la derrota de Alarcos. 62
XII. D. Sancho (el Bravo).—Su testamento en Alcalá. 67
XIII. D. Alfonso XI.—Cortes de Alcalá. 70
XIV. Muerte de D. Juan I de Castilla, ocurrida en Alcalá de Henares. 73
XV. D. Enrique III (el Doliente).—D. Juan II.—D. Enrique IV.—Acontecimientos ocurridos en Alcalá durante estos tres reinados. 76
XVI. Desde Isabel I hasta el advenimiento de la casa de Borbon. 80
CAP. IV. Continuacion del viaje.—Azuqueca. 83
CAP. V. GUADALAJARA.—Posicion y descripcion geográfica.—Montes, minas, produccion.—Historia eclesiástica.—Division municipal y judicial.—Beneficencia.—Estado actual de la poblacion.—Industria y agricultura.—Monumentos.—Historia civil y política.—Leyendas. 91
I. Produccion.—Industria.—Medios de comunicacion. 98
II. Beneficencia.—Instruccion pública.—Costumbres. 103
III. Situacion, confines y clima de Guadalajara.—Su aspecto interior.—El colegio de Ingenieros. 105
IV. El Hospital.—La casa de Maternidad. 108
V. Explicaciones de amigos. 110
VI. Instituto.—Escuela normal.—Escuelas.—Museo y Biblioteca provincial. 115
VII. Palacio del duque del Infantado.—Casas consistoriales.—Teatro. 118
VIII. Iglesias.—Fuentes y paseos públicos. 128
IX. Demanda matrimonial. 133
X. La campiña de Guadalajara.—La fuente de la Alaminilla. 137
XI. El castigo del perjuro. 139
XII. Regreso á Guadalajara.—Viaje á Sacedon. 157

XIII. Real sitio de la Isabela.—Habitaciones.—Jardines. 159
XIV. Casa de baños. 163
XV. Antecedentes históricos del Real sitio de la Isabela. 166
XVI. *Pastrana.*—Su posicion geográfica.—Estado actual. 168
XVII. Pastrana.—Parte eclesiástica.—Templos.—Ermitas. 174
XVIII. Palacio de los duques de Pastrana. 176
XIX. *Albalate.*—Su posicion geográfica.—Su historia. 179
XX. *Zorita de los Canes.*—La antigua Contrevia. 182
XXI. *Almonacid de Zorita.*—Su posicion geográfica.—Sus edificios.—Su historia. . . 183
XXII. *Brihuega.*—Su situacion, límites y clima.—Comercio é industria. 186
XXIII. Una visita por el interior de la villa. 189
XXIV. D. Alfonso VI en Brihuega. 191
XXV. Una ojeada histórica.—Memoria de Cárlos II. 193
XXVI. España bajo el reinado de Cárlos II.—Intrigas de la corte de Francia.—Testamento del Monarca. 198
XXVII. Reinado de Felipe V hasta el principio de la guerra de sucesion. 203
XXVIII. Principio de la guerra llamada de sucesion. 211
XXIX. Sublevacion de Valencia, Cataluña y Aragon. 221
XXX. Favorable cambio en pro de las armas de Felipe V.—Batallas de Almansa y Brihuega. 227
XXXI. Algunos detalles sobre la memorable batalla de Brihuega. 233
XXXII. *Atienza.*—Posicion geográfica.—Produccion. 238
XXXIII. *Atienza.*—Sus templos.—Antigüedades.—Historia. 241
XXXIV. Páginas históricas de Atienza. 244
XXXV. Riqueza mineralógica del partido judicial de Atienza. 248
XXXVI. *Molina de Aragon.* 249
XXXVII. *Cifuentes.*—Su estado actual.—Sus recuerdos históricos. 254
XXXVIII. *Trillo.*—Su industria, su poblacion.—Establecimiento balneario. 256
XXXIX. *Cogolludo.*—Sus recuerdos históricos y artísticos. 259
XL. *Hita.*—Sus recuerdos.—Su situacion actual. 263
XLI. Breve estancia en Guadalajara. 266
XLII. Noticias históricas respecto á Guadalajara. 267
XLIII. Desde Guadalajara á Sigüenza.—Fontanar.—Junquera.—Humanes.—Espinosa.—Jadraque.—Matillas.—Baides. 274
XLIV. *Sigüenza.*—Aspecto interior y exterior. 281
XLV. Sigüenza.—Division eclesiástica y judicial.—Condiciones generales del partido. 283
XLVI. La catedral de Sigüenza. 284
XLVII. Lápidas, sepulcros é inscripciones de la catedral de Sigüenza. 291
XLVIII. Iglesias parroquiales, conventos, hospital y colegios de Sigüenza. 294
XLIX. Historia religiosa, civil y política de Sigüenza. 297
L. Desde Sigüenza á Cuenca. 303
CAP. VI. CUENCA.—Su historia civil, política y religiosa.—Situacion topográfica.—Geográfica.—Artes, industria, agricultura y comercio.—Su estado actual.—Division judicial. 305
I. Situacion, confines y clima de Cuenca. 307
II. Produccion, industria y comercio.—Carácter, usos y costumbres. 309
III. Aspecto interior de la poblacion. 311
IV. La catedral. 312
V. El palacio episcopal.—Parroquias y conventos. 322
VI. Instruccion pública y beneficencia. 326
VII. Arrabales, puentes y diversiones. 327
VIII. Historia eclesiástica. 331
IX. Historia civil y política. 334
X. Camino de Cuenca á Priego. 354
XI. La venganza de una dama. (*Leyenda*). 355
XII. *Priego.*—Su aspecto exterior. 387
XIII. La fuente Loca.—*Beteta.* 392
XIV. Baños del solar de Cabras. 395
XV. *Masegosa.*—La Cueva del Griego. 397
XVI. *Alcantud.*—Sus baños. 399
XVII. *Fuertescusa.*—Camino de Cañete. 401
XVIII. Camino de Cañete.—Propiedades del terreno de Cuenca. 407
XIX. *Cañete.*—Su poblacion.—Usos y costumbres. 410
XX. *Moya.*—Sus recuerdos históricos. 413
XXI. Reseña histórica de la villa de Moya. 417
XXII. Camino de Henarejos.—*Landete.*—La Fuente Pedrida. 422
XXIII. Desde Landete á Cardenete.—Minas de carbon y hierro. 423

XXIV. *Motilla del Palancar*. 426
XXV. *Minglanilla*.—Sus riquísimas salinas. 429
XXVI. *Iniesta*.—Villanueva de la Jara. 431
XXVII. *Alarcon*.—Su pasado.—Su presente. 435
XXVIII. Camino de San Clemente. 438
XXIX. *San Clemente*. 440
XXX. *Belmonte*.—Su pasado y presente. 443
XXXI. *Villaescusa de Haro*. 453
XXXII. Hombres célebres hijos de Villaescusa.—Ventajas que estos la proporcionaron. 455
XXXIII. *Uclés*. 457
XXXIV. La casa-matriz de los caballeros de Santiago. 459
XXXV. La órden militar de Santiago.—Sus grandes Maestres. 462
XXXVI. La batalla de los siete condes. 467
XXXVII. Los franceses en Uclés.—Su sangriento proceder. 471
XXXVIII. *Tarancon*.—Su estado actual.—Recuerdos históricos. 475
XXXIX. *Huete*.—Su pasado.—Estado actual. 479
XL. Un paseo por la ciudad.—Noticias históricas. 481
XLI. Recuerdos históricos de Huete. 482
XLII. *Ercávica y Valeria*. 485
CAP. VII. SORIA.—Situacion geográfica y topográfica.—Partidos judiciales.—Estado actual.—Historia de la provincia en su parte civil y política.—Obispado de Osma.—Monumentos.—Condiciones especiales de la localidad.—Recuerdos de la antigua Numancia.—Ferias, mercados y diversiones públicas.—Industria, agricultura y comercio. 495
I. Llegada á Soria.—Aspecto de la poblacion. 499
II. Edificios notables.—Paseos.—Instruccion pública. 503
III. *San Juan del Duero*.—La ermita de San Saturio. 509
IV. Mas datos sobre Soria.—Producciones: industria y comercio. 513
V. Recuerdos históricos de Soria.—Numancia. 515
VI. Soria.—Tiempos primitivos.—Su repoblacion. 520
VII. Desde el reinado de Alfonso VIII hasta el de Alfonso XI. 522
VIII. Alfonso IX.—Muerte de Garcilaso de la Vega. 524
IX. Desde el reinado de D. Pedro I de Castilla hasta el de D. Juan II. 526
X. Gobernacion de Soria durante la Edad media.—Sus fiestas.—Los Doce Linajes. . 530
XI. Soria bajo el dominio de la casa de Austria y de la de Borbon 535
XII. Soria durante la guerra de la Independencia. 539
XIII. Soria durante la guerra civil. 544
XIV. Algunas noticias complementarias referentes á Soria. 545
XV. La industria en Soria.—Algunas noticias respecto á su pasado. 551
XVI. *El Burgo de Osma*. 555
XVII. Aspecto interior y exterior del Burgo de Osma.—Edificios notables. 557
XVIII. Colegio de Santa Catalina.—Casa de Caridad. 563
XIX. Comercio, industria, caminos y produccion. 564
XX. Historia eclesiástica de la Diócesis de Osma. 567
XXI. *Osma*.—Interior de la poblacion.—Sus particularidades. 568
XXII. Historia antigua y moderna de Osma. 569
XXIII. *Coruña del Conde*.—La antigua *Clunia*. 574
XXIV. Desde el Burgo á Soria.—El último dia de Numancia. 578
XXV. *Agreda*.—Su estado actual. 581
XXVI. Agreda antigua.—Ilurci, Grachuris. 583
XXVII. Agreda á partir de la invasion árabe.—Sucesos que en ella tuvieron lugar. . 586
XXVIII. Una lijera visita á San Pedro Manrique. 589
XXIX. *Almazan*.—Su estado actual. 591
XXX. Parroquias de Almazan.—Capillas principales. 594
XXXI. Paseo por los alrededores de Almazan.—Su muralla.—Producciones, industria, comercio y otras particularidades. 598
XXXII. Orígen é historia de Almazan. 603
XXXIII. *Calatañazor*.—Su historia.—Muerte de Almanzor. 609
XXXIV. Camino de Medinaceli. 616
XXXV. *Medinaceli*.—Su aspecto interior y exterior. 618
XXXVI. Recuerdos históricos de Medinaceli. 621
XXXVII. *Santa María de Huerta*. 623
CAP. VIII. ZARAGOZA.—Partidos judiciales.—Historia eclesiástica, civil y política.—Sus monumentos.—Posicion geográfica y topográfica.—Condiciones especiales de su terreno.—Industria, agricultura y comercio.—Vias de comunicacion.—Canales.—Usos y costumbres.—Fiestas y diversiones.—Produccion.—Carácter especial de cada

localidad 627
I. *Ariza.—Cetina* 627
II. *Alhama.*—Su estado actual.—Su historia. 632
III. Baños de Alhama. 635
IV. De Alhama á Ateca.—Armas de los antiguos. 639
V. Llegada á *Ateca.*—Aspecto general de la poblacion. 643
VI. Edificios notables de la villa.—Instruccion pública y otras particularidades. . . 646
VII. Historia de Ateca. 649
VIII. *Calatayud.*—Su situacion.—Idea general de la poblacion y de su término. . . . 652
IX. Edificios notables de Calatayud.—Instruccion pública.—La ciudad alta.—Ruinas árabes. 655
X. Las dos colegiatas de Calatayud.—Parroquias y conventos. 660
XI. Parroquias de Calatayud. 666
XII. Historia de Calatayud. 669
XIII. Terminacion de la historia de Calatayud. 672
XIV. De Calatayud á Zaragoza.—*Armas antiguas.—Illueca* y otros pueblos. 677
XV. Situacion de Zaragoza.—Su término, produccion é industria.—Comercio y caminos. 687
XVI. La familia de Azara.—Un paseo por Zaragoza. 689
XVII. Armas antiguas. 692
XVIII. La catedral de la Seo 697
XIX. Recuerdos históricos de la Seo. 709
XX. Iglesia de las Santas Masas ó Santa Engracia. 716
XXI. Parroquias de San Pablo y San Miguel. 721
XXII. Santa María Magdalena.—San Felipe y Santiago.—San Gil.—Santa Cruz.—Santiago.—San Nicolás.—San Andrés. 723
XXIII. Parroquia de San Martin.—La Aljafería. 725
XXIV. Iglesia Metropolitana de Nuestra Señora del Pilar.—Sus primitivos tiempos. 735
XXV. Iglesia metropolitana del Pilar.—Tiempos modernos. 738
XXVI. Situacion actual del Templo del Pilar. 743
XXVII. Conventos y monasterios. 750
XXVIII. Palacio de la Diputacion provincial. 751
XXIX. Seminario conciliar de San Valero y San Braulio.—Antiguo palacio de la Diputacion del reino. 753
XXX. La Lonja.—Casas consistoriales. 758
XXXI. Palacio arzobispal. 761
XXXII. El Coso.—Cruz del Coso. 763
XXXIII. Palacio de la Audiencia.—Casa solariega de la ilustre familia de Luna.—Teatro principal. 767
XXXIV. La antigua casa del Comercio. 772
XXXV. Cárcel de los Manifestados.—Privilegio de la Manifestacion.—Plaza del Mercado. 775
XXXVI. El salon de Pignatelli.—Apuntes biográficos referentes á este ilustre hijo de Zaragoza. 779
XXXVII. Calle de Pignatelli.—Antigua calle de la Dama.—Tradicion. 783
XXXVIII. Casa de Misericordia. 787
XXXIX. Plazuela del Justicia.—Un recuerdo sobre esta institucion. 789
XL. La Universidad de Zaragoza. 791
XLI. La Cárcel.—Ligeras consideraciones sobre estos edificios en España. 794
XLII. Casa de Expósitos.—Hospital de Nuestra Señora de Gracia. 798
XLIII. Casa llamada de la Infanta. 800
XLIV. La Torre Nueva. 802
XLV. La calle de la Traicion.—Leyenda. 807
XLVI. Paseo por los afueras de la ciudad.—El Arrabal.—Puente de Piedra. 816
XLVII. Puerta de Santa Engracia.—Paseo de la Lealtad.—Paseo de la Mina. 819
XLVIII. Torrero.—Casa Blanca.—El Canal Imperial. 822
XLIX. El puente colgante.—La Torre de Bruil. 825
L. Noticias complementarias. 826
LI. Agricultura, industria y comercio. 828
LII. De Zaragoza á *Pina.*—La campana de Velilla. 829
LIII. *Caspe.*—Su estado actual. 831
LIV. Monumentos de Caspe. 832
LV. El compromiso de Caspe. 833
LVI. Recuerdos posteriores de Caspe. 837
LVII. *Mequinenza.* 839
LVIII. *Escatron.*—Monasterio de Rueda. 840
LIX. *Belchite y Daroca.* 843
LX. Daroca. 845

LXI. Monumentos de Daroca. 848
LXII. Los Santos Corporales. 850
LXIII. Otros templos de Daroca. 851
LXIV. Noticias generales de Daroca. 853
LXV. Un episodio de la vida de D. Jaime el *Conquistador*. 854
LXVI. *Baguena*.—Heróico proceder de Miguel Bernabé. 857
LXVII. De Daroca á Tarazona.—Un recuerdo del Monasterio de Piedra. 858
LXVIII. *Tarazona*.—Su posicion actual. 865
LXIX. Monumentos de Tarazona. 867
LXX. Noticias generales sobre Tarazona. 869
LXXI. Etimología del nombre de Tarazona.—Oscuridad respecto á la fundacion de su sede episcopal. 871
LXXII. San Atilano obispo de Zamora, hijo de la ciudad de Tarazona. 873
LXXIII. Monasterio de Veruela. 876
LXXIV. Armas antiguas. 881
LXXV. *Borja*. 885
LXXVI. Apuntes históricos de Borja. 886
LXXVII. Las Cinco Villas. *Sos*.—Situacion actual. 887
LXXVIII. Un castillo.—Sádava. 889
LXXIX. *Egea de los Caballeros*. 890
LXXX. Armas de fuego. 891
LXXXI. *Tauste*. 897
LXXXII. *La Almunia*. 898
LXXXIII. *Epila*.—El último dia de la UNION. 900
LXXXIV. Zaragoza.—Su historia.—Época romana. 901
LXXXV. Zaragoza, bajo la dominacion de los árabes. 903
LXXXVI. Zaragoza, capital de los reyes de Aragon. 906
LXXXVII. Union definitiva de Cataluña y Aragon. 909
LXXXVIII. Aragon bajo el reinado de los Reyes Católicos. 925
LXXXIX. Aragon bajo el reinado de Felipe II. 928
XC. Zaragoza moderna.—1808 y 1809. 930
XCI. Segundo sitio de Zaragoza. 936
XCII. Honores concedidos á Zaragoza. 949
XCIII. Desde la terminacion de la guerra de la Independencia hasta la muerte de Fernando VII. 953
XCIV. Reinado de D.ª Isabel II. 955
XCV. Los Mártires del Cristianismo en Zaragoza.—Santiago el Mayor. 956
XCVI. La Vírgen del Pilar. 963
XCVII. Santa Engracia. 967
XCVIII. Lamberto. 969
XCIX. San Valero. 971
C. Descanso de nuestros viajeros en Zaragoza. 973

FIN DEL ÍNDICE.

